

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
PROGRAMA DE POSGRADO EN LETRAS**

**LAURA MÉNDEZ DE CUENCA**

*Simplezas y otros cuentos...*

Edición crítica, introducción, notas e índices

TESIS QUE PARA OPTAR POR EL GRADO  
DE MAESTRO EN LETRAS MEXICANAS  
PRESENTA

**ROBERTO SÁNCHEZ SÁNCHEZ**

ASESOR: PABLO MORA



México, 2009





Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## ÍNDICE GENERAL

AGRADECIMIENTOS.....	3
ADVERTENCIA EDITORIAL.....	5
INTRODUCCIÓN	
1. <i>La Sociedad Netzahualcoyotl: Una constelación y una estrella resplandeciente.</i>	15
2. <i>El oficio del escritor</i> .....	19
3. <i>El cuento mexicano entre siglos XIX y XX</i> .....	23
LAURA MÉNDEZ, CUENTISTA	
1. <i>LA POÉTICA DEL COMETA: LA OSCURIDAD SIN LUZ</i> .....	32
1.1. <i>La soledad</i> .....	39
1.2. <i>La muerte</i> .....	43
1.3. <i>La duda</i> .....	52
2. <i>LA POÉTICA DEL COMETA: EL NÚCLEO</i> .....	57
2.1. <i>Patria y sociedad: La misión del escritor</i> .....	60
2.2. <i>La educación nacional</i> .....	64
2.3. <i>Higiene y enfermedad</i> .....	70
3. <i>LA POÉTICA DEL COMETA: LA CAUDA</i> .....	77
3.1. <i>Una ciudadana del mundo</i> .....	78
3.2. <i>La música, las artes plásticas y el cinematógrafo</i> .....	87
BIBLIOHEMEROGRAFÍA.....	94
<i>SIMPLEZAS Y OTROS CUENTOS</i>	
Un rayo de luna .....	102
Catalepsia.....	105
Apoplejía de oro.....	109
Abandonada.....	112
Estaba escrito.....	115
Trabajar para sí.....	119
Muerta.....	123
Magdalena.....	127
La deseada.....	131
La confesión de Alma.....	135
La Venta del Chivo Prieto.....	148
La venganza.....	159

Los dulces de los Santos Reyes.....	167
La tragedia del borracho.....	175
La tanda.....	178
El cuico.....	182
El cinematógrafo.....	189
El aparecido.....	192
Un buen negocio.....	196
¡Ese bribón, a Yucatán! .....	198
Casto Porrugas.....	202
El milagro de san Panuncio.....	205
Heroína de miedo.....	208
El cerdo de engorda.....	212
Los ochenta mil francos del boticario.....	216
El pantalón claro.....	219
El baile de cuelga.....	227
La curva.....	231
Buches para la belleza.....	238
Amaldina.....	241
El chasco de <i>miss</i> Isadora.....	244
Un espanto de verdad.....	248
Rosas muertas.....	252
La tía de don Antonio.....	256
La espina.....	260
La gobernadora.....	264
El ridículo Santelices.....	267
El Señor de las Amapolas.....	271
El corpiño azul.....	274
La tamalada del coronel.....	277
El ramo de violetas.....	280
La bruja.....	283
El loco.....	285
Porque era bizca.....	288
 ILUSTRACIONES.....	 292
 APÉNDICES.....	 294
 ÍNDICES	
I. PERSONAS.....	316
II. OBRAS.....	323
III. PERSONAJES.....	328
IV. INSTITUCIONES, CALLES, LUGARES Y ESTABLECIMIENTOS.....	330

## AGRADECIMIENTOS

La presencia y sustento de los doctores y maestras Belem Clark de Lara, Fernando Curiel, Blanca Estela Treviño y Ana Laura Zavala ratificaron mi convicción de que la Academia en la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, tiene un sentido cotidiano: social e individual. En el doctor Pablo Mora encontré, detrás de la figura de un tutor severo, a un amigo y colega en el aprecio y en la escritura de los estudios literarios.

En la edición de esta tesis recibí el beneficio en la transcripción, el cotejo o en el simple intercambio de opiniones de Bertha Rivera y Marcela García. Claudia Isela, además, vivió conmigo momentos de ilusión y desaliento (la imagen de Mariana suscitó ambas emociones). A la doctora Mílada Bazant debo su confianza en un afán común: el interés por la vida y obra de Laura Méndez de Cuenca.

A Claudia Isela Pérez Ríos,  
por compartir el pan y el vino, ¡salud!

## ADVERTENCIA EDITORIAL

### *Una trayectoria luminosa*

La obra narrativa de Laura Méndez de Cuenca inició en la última década del siglo XIX, atravesó el umbral del XX y concluyó en 1910. Ese trayecto de 20 años significó una asimilación fecunda de recursos literarios y técnicos emanados de las diversas corrientes en que gravitó su oficio de escritora; su mirada avizó con presteza los *ismos* en auge, abonando a favor de la reelaboración y corrección esmerada de los 17 cuentos publicados en la edición de *Simplezas* (1910).<sup>1</sup> Aspectos medulares en una mujer empeñada en configurar los elementos distintivos de la modernidad finisecular, cuyos signos notorios eran la diversidad y simultaneidad estéticas.

Laura Méndez perteneció a una generación que, a diferencia de sus predecesoras, no tuvo necesidad de tomar las armas para enfrentarse a ejércitos invasores o coterráneos. El gobierno de la República Restaurada estableció paulatinamente un entorno favorable a la creación artística. Así aprendió el oficio de la escritura con plena libertad y dedicación profesional.

---

<sup>1</sup> La obra de *Simplezas* fue publicada por la Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, en colaboración con la librería de Paul Ollendorff, 50 Chaussée D'Antin, París, al iniciar 1910; se vendió en el mercado mexicano en \$ 1.75. Es la única obra de Laura Méndez reeditada hasta hoy, sello de la editorial Premiá y el INBA, colección La Matraca, dirigida por Margo Glantz y Tola de Habich, que reúne 60 títulos de autores mexicanos de los siglos XIX y XX, en dos series de 30. La edición de *Simplezas* (México, 1983), segunda serie, número 20, consta de una "Presentación" interesante sin firma, el retrato de la autora y los 17 cuentos (no se trata de una edición facsimilar, los textos fueron transcritos, lo que ocasionó las numerosas erratas que la acompañan); en su portada se aprecia un fragmento del óleo *Muchacha* de Alfredo Ramos Martínez, artista mexicano fundador de la primera escuela mexicana de pintura al aire libre, su obra está constituida por retratos, cuadros de flores y murales. *Muchacha* pertenece a la colección del Museo Nacional de Arte. Es probable que Laura Méndez y Ramos Martínez se hayan encontrado en Europa en 1908, él estaba becado y ella comisionada por el gobierno mexicano.

Sin embargo, la fatalidad se enseñoreó con sus parientes y contemporáneos más cercanos, fallecidos con premura en sucesos dramáticos; con todo, tuvo la entereza —a pesar de la larga enfermedad diabética, con síntomas de histeria, que padeció desde joven— de vivir una existencia prolongada en constante innovación.

Sin duda, los textos narrativos de Laura Méndez constituyen una revelación en la historia de la literatura mexicana de entre siglos, pues incorporan los rasgos peculiares de las corrientes literarias en ciernes, sin menoscabo de una escritura sucinta, con una sencillez aprendida de sus maestros: los clásicos grecolatinos, alemanes, ingleses y franceses.

La publicación de sus cuentos y de su novela, *El espejo de Amarilis* (1902) —asimismo el hallazgo reciente de su novela inédita: *Los Preciados* (ca. 1926)—<sup>2</sup> permitió a la prosa mexicana escrita por mujeres allanar las dificultades inseparables a su oficio de escritoras. Su escasa presencia en los manuales y en las antologías de la literatura nacional corrobora esta apreciación.

La literatura, para nuestra autora, formó parte sustancial en su empeño por institucionalizar la educación nacional. Su labor como profesora y gestora, en la apertura de edificios y espacios escolares para la enseñanza laica, le hizo constatar las desigualdades inherentes a una sociedad en transformación; dichas reflexiones se manifiestan a plenitud en su prosa, en la que es notable el tratamiento de la condición humana.

La edición crítica de sus cuentos logrará apreciar su universo estético, concebido y resuelto en una serie de acciones complementarias marcadas por la dinámica espacial de sus numerosos viajes al extranjero, por una técnica narrativa en donde el tiempo de lo

---

<sup>2</sup> La colección de la autora se enriquece notablemente con este suceso, debo la noticia a Pablo Mora. El mecanoscrito se encuentra ahora bajo resguardo de la Biblioteca Nacional de México.

narrado resulta revelador en la búsqueda poética de la autora, senda que configura la visión de un cometa: núcleo y cauda brillando en lontananza.

### *La presente edición crítica*

Una sucesión de contingencias personales antecedieron a la curiosidad y obstinación en la búsqueda de las obras literarias de Laura Méndez de Cuenca, diseminadas en diarios, revistas, manuscritos, mecanoscritos, informes, cuadernos de diversa índole; bibliografía, incluso de conversaciones y entrevistas han surgido señales inestimables.

Salvo escasos comentarios periodísticos, algunos de los cuales se recogen en los Apéndices de esta tesis, la obra narrativa de la autora no mereció mayores precisiones de sus contemporáneos; uno de ellos, Agustín García Figueroa, director de *Biblos*, el boletín de la Biblioteca Nacional, trazó la primera semblanza biográfica que habría de servir de referencia a posteriores acercamientos a su vida y obra.<sup>3</sup>

La labor poética de Laura Méndez corrió con mayor fortuna desde el principio con muestras por doquier, pero su primera antología (1953) que celebró el aniversario 100 de su nacimiento, provino de un grupo intelectual del Estado de México, encabezado por el poeta Horacio Zuñiga.<sup>4</sup> De esta recopilación se desprendieron nuevas ediciones y artículos, durante la década de 1980, que revalorizaron la importancia de su obra literaria y educativa en el ámbito nacional. Los primeros estudios sobre el género prosístico fueron autoría de

---

<sup>3</sup> Luis Mario Schneider, *et al.*, eds., *Biblos* (México, 1999), pp. 146-147. Agustín García Figueroa formó parte de la Sociedad Netzahualcoyotl (1869-1872), primera constelación literaria de la República Restaurada, al igual que varios de sus miembros, Manuel Acuña, Juan de Dios Peza, Agapito Silva, estudió hasta graduarse en la Escuela de Medicina; fue director de *El Pueblo* y encargado de la Biblioteca Nacional desde el 23 de diciembre de 1918 hasta su muerte ocurrida el 29 de octubre de 1919.

<sup>4</sup> El Grupo Letras publicó *Mariposas fugitivas* (Toluca, 1953), selección de 11 poemas, con dos viñetas de Edmundo Calderón y Orlando Silva Pulgar, que contribuyó a la reedición promovida por uno de sus miembros, Gonzalo Pérez Gómez, *Poesía rediviva* (Toluca, 1977); posteriormente Raúl Cáceres Carenzo editó *La pasión a solas* (Toluca, 1984, 1989 y 2003), ésta incluye dos cuentos: “Un rayo de luna” y “Rosas muertas”.

Ana Rosa Domenella, Luzelena Gutiérrez y Nora Pasternac,<sup>5</sup> quienes analizaron siete relatos de *Simplezas* desde un enfoque de género. John Brushwood, en cambio, enjuició *El espejo de Amarilis*.<sup>6</sup>

En 2003 se evocó el 150 aniversario del nacimiento de la autora, en consonancia Mílada Bazant publicó una investigación que contribuyó a valorar la tarea pedagógica de la profesora mexiquense, un aspecto crucial que entreteje su obra narrativa.<sup>7</sup> Pablo Mora dio a luz la correspondencia Laura Méndez-Enrique de Olavarría y Ferrari, como vertiente del proyecto “Españoles en México”; en esas cartas se aprecia la recia batalla de una mujer con valor y talento, pero vulnerable y melancólica.<sup>8</sup> Por mi parte, colaboré con una semblanza de la poeta en el “Homenaje” que el Instituto Mexiquense de Cultura organizó el 11 de septiembre en la sede de la Escuela Preparatoria “Sor Juana Inés de la Cruz”, Amecameca; en ese evento Raúl Cáceres llevó a escena la pieza teatral *La pasión a solas*.

Al año siguiente, cumpliendo con mi servicio social en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas (IIB-UNAM), amplié la exploración de los textos de Laura Méndez. Las evidencias de esta indagación se encuentran en *Impresiones de una mujer a solas*, una antología coordinada por Pablo Mora y que por primera vez muestra la diversidad de su obra literaria con un amplio estudio preliminar.<sup>9</sup> También se hallan las primicias en mi tesis

---

<sup>5</sup> Ana Rosa Domenella *et al.*, “Laura Méndez de Cuenca: espíritu positivista y sensibilidad romántica”, en *Las voces olvidadas. Antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX* (México, 1997), pp. 117-138. En coautoría también: “Tras los reflejos de Amarilis. Laura Méndez de Cuenca, novelista”, en *Literatura mexicana del otro fin de siglo* (México, 2001), pp. 559-566.

<sup>6</sup> John Brushwood, “El espejo de Laura Méndez de Cuenca”, en *Una especial elegancia. Narrativa mexicana del Porfiriato* (México, 1998), pp. 127-140.

<sup>7</sup> Mílada Bazant, “Una visión educativa contrastada. La óptica de Laura Méndez de Cuenca, 1870-1910”, en *Revista de Investigación Educativa* (Toluca, 2003), o <http://www.cmq.edu.mx/docinvest/document>.

<sup>8</sup> Pablo Mora, “Cartas de Laura Méndez a Enrique de Olavarría y Ferrari: dos promotores de la cultura mexicana”, en *Revista de Literatura Mexicana* (México, 2003), pp. 241-287.

<sup>9</sup> Laura Méndez de Cuenca, *Impresiones de una mujer a solas. Una antología general* (México, 2006).

de licenciatura: *Laura Méndez de Cuenca: Crónicas de viaje, 1896-1910. Andanzas por Estados Unidos y Europa*.<sup>10</sup>

Para la investigación documental de sus narraciones cortas busqué, con fruición, en diversos periódicos y revistas nacionales, revisé el Archivo Personal de Laura Méndez de Cuenca (APLMC),<sup>11</sup> y el Archivo Personal de Enrique de Olavarría y Ferrari (APEOF);<sup>12</sup> al final localicé un total de 44 relatos de la autora; es decir, agrego por primera vez, 27 cuentos más a los contenidos en la edición de *Simplezas*. Los primeros nueve tienen la singularidad de que se publicaron sin firma y con el seudónimo de Stella.

Su primer cuento, “Un rayo de luna”, lo publicó *El Liceo Mexicano*, con la firma de la autora, el 1 de abril de 1889.<sup>13</sup> La misma narración la reprodujo el periódico *El Universal* el 4 de agosto de 1890, pero ahora con el seudónimo de Stella.<sup>14</sup> La autenticidad de su autoría corroboré con el autógrafo de “Estaba escrito”, incluido en APEOF.<sup>15</sup> Ambas circunstancias me permitieron identificar cuatro relatos más con dicho seudónimo, publicados en *El Universal*, me refiero a: “Trabajar para sí”,<sup>16</sup> “¡Muerta!”,<sup>17</sup> “Magdalena”<sup>18</sup> y “La deseada”.<sup>19</sup>

---

<sup>10</sup> Roberto Sánchez Sánchez, *Laura Méndez de Cuenca. Crónicas de viaje, 1896-1910. Andanzas por Estados Unidos y Europa* (México, 2006).

<sup>11</sup> Agradezco la generosidad de Carlos Beteta, descendiente y depositario de los archivos de la autora, por permitirme su consulta.

<sup>12</sup> APEOF, en <http://www.coleccionesmexicanas.unam.mx>.

<sup>13</sup> Laura M. de Cuenca, “Un rayo de luna”, en *El Liceo Mexicano* (1 de abril de 1889), pp. 73-74.

<sup>14</sup> Stella, “Un rayo de luna”, en *El Universal*, t. v, núm. 79 (4 de agosto de 1890), p. 2, col. 1-2.

<sup>15</sup> Laura M. de Cuenca, “Estaba escrito”, APEOF, ficha 2383, 1893; Stella, “Estaba escrito”, en *El Universal*, t. v, núm. 85 (11 de agosto de 1890), p. 2.

<sup>16</sup> Stella, “Trabajar para sí”, en *El Universal*, t. v, núm. 92 (18 de agosto de 1890), p. 2.

<sup>17</sup> Stella, “Muerta”, en *El Universal*, t. v, núm. 99 (25 de agosto de 1890), p. 2.

<sup>18</sup> Stella, “Magdalena”, en *El Universal*, t. v, núm. 106 (1 de septiembre de 1890), p. 2.

<sup>19</sup> Stella, “La deseada”, en *El Universal*, t. v, núm. 120 (15 de septiembre de 1890), p.1.

El seudónimo de Stella tiene su origen en dos fuentes. La primera se halla en un personaje femenino de los cuentos de Hoffmann,<sup>20</sup> donde se relatan trece historias nocturnas y fantásticas, vistas con los ojos del alma (“Un rayo de luna” y “Abandonada”, parecen también emanar de esa tradición). La segunda tiene que ver con el poema “Stella” publicado por Víctor Hugo<sup>21</sup> en julio de 1853, precisamente el año en que Laura Méndez nació. El poema vislumbra la fugacidad de la vida, pero anima a la Naturaleza y al poeta a renovar con fe los prodigios del Universo.

Otros cuentos, “Catalepsia”,<sup>22</sup> “Apoplejía de oro”,<sup>23</sup> y “Abandonada”,<sup>24</sup> trascendieron sin firma en la edición especial *Lunes de El Universal*, publicada por breve temporada: del 14 de julio al 15 de septiembre de 1890. Su procedencia se certifica con el recorte periodístico de “Abandonada”, pegado y corregido, en un cuaderno de la autora (APLMC); los otros dos relatos armonizan en el entramado de las anécdotas que ella concibe en ese momento creativo.

Las demás narraciones aparecen ya firmadas con el nombre de Laura Méndez de Cuenca; fueron escritas en el extranjero y publicadas en México: *El Mundo Ilustrado* (1896 y 1903), *El Imparcial. Ilustración Popular* (1908) y *El Imparcial* (1908-1910).

---

<sup>20</sup> Ernst Theodor Amadeus Hoffmann recrea ambientes en donde la atmósfera crepuscular es sustancial. Los relatos “*Der Sandmann*”, “*Rath Krespel*” y “*Das verlorene Spiegelbild*” fueron llevados a la ópera *Les contes d'Hoffmann* (1881), con música de Jacques Offenbach y libreto de Jules Barbier. Su estreno en México ocurrió en el Gran Teatro Nacional el 15 de diciembre de 1882 por la compañía francesa de Maurice Grau. // Asimismo, José María Roa Bárcena tradujo en 1856 algunos cuentos de Hoffmann, que se publicaron en el periódico *La Cruz*.

<sup>21</sup> Victor Hugo, *Les châtiments*, Livre VI, “La stabilité est assurée”, xv, 1853, “Stella”, vv. 36-42: *J'arrive. Levez-vous, vertu, courage, foi! / Penseurs, esprits! montez sur la tour, sentinelles! / Paupières, ouvrez-vous! allumez-vous, prunelles! / Terre, émeus le sillon; vie, éveille le bruit; / Debout, vous qui dormez; car celui qui me suit, / Car celui qui m'envoie en avant la première, / C'est l'ange Liberté, c'est le géant Lumière!*, en <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2595510-10k->.

<sup>22</sup> Sin firma, “Catalepsia”, en *Lunes de El Universal*, t. v, núm. 64 (21 de julio de 1890), pp. 1 y 2.

<sup>23</sup> Sin firma, “Apoplejía de oro”, en *Lunes de El Universal*, t. v, núm. 64 (21 de julio de 1890), p. 3.

<sup>24</sup> Sin firma, “Abandonada”, en *Lunes de El Universal*, t. v, núm. 71 (28 de julio de 1890), p. 1. El texto periodístico está ilustrado con un grabado de M. Weber.

La edición de *Simplezas* (1910) revisada e impresa en París por Laura Méndez, antes de su retorno a México en julio, contiene un retrato suyo y 17 cuentos colocados sin orden cronológico —seleccionados y corregidos de las versiones periodísticas por ella misma en un ejercicio de reescritura. El criterio de su elección abre una interrogante, ¿por qué la autora reveló preferencia por esta muestra, siendo que dejaba fuera 27 más? La respuesta vislumbra el sentido puntual de una escritura concisa, una antología elaborada con perfección y elegancia: *Simplezas* es la culminación de un viaje creativo de dos décadas que ilumina de manera categórica su obra narrativa.

#### *La actualización ortográfica y técnica*

Los textos han sido actualizados en su ortografía, eliminación de acentos en desuso, mayúsculas obsoletas (excepto las que conllevan un sentido alegórico), cursivas en expresiones latinas y modismos en lenguas extranjeras y vernáculas. He actualizado la puntuación, pero respeto el uso peculiar de los signos de admiración e interrogación, empleados por la autora en función de énfasis. También he desatado abreviaturas como Mr., D., Dña.

Asimismo he puesto al día las referencias bibliográficas: cursivas para libros, periódicos y revistas; comillas para cuentos, poemas y textos dentro de una obra mayor o de una revista.

#### *Notas de ubicación, de variantes y de contexto*

Las notas de ubicación fijan la referencia del texto y sus distintas versiones, en orden de secuencia: firma, título, época, año, volumen o tomo, número de publicación, fecha, número de página y columna; por tanto, los cuentos de Laura Méndez aparecen en esta

edición crítica de manera cronológica. Con excepción de “La Venta del Chivo Prieto”, todos los relatos incluidos en *Simplezas* presentan la ficha de su versión periodística.

Respecto a las notas de variantes he fijado aquellas que el cotejo me permitió descubrir. A excepción de tres cuentos: “Estaba escrito”, “La gobernadora” y “El ridículo señor de Santelices”, que por ser notoriamente distintos en su estructura sintáctica se ofrecen en ambas versiones: según la última voluntad de la autora y en el Apéndice I.

Las notas de contexto pretenden guiar al lector en la orientación de espacios públicos y privados que configuran los escenarios de la narración, de igual modo filtran la significación de la lectura, en directa alusión a personas, personajes, sucesos y obras artísticas.

#### *Auxiliares técnicos*

Con el propósito explícito de auxiliar al lector en la localización de referencias intertextuales, ofrezco cuatro índices:

De PERSONAS: Nombres de personajes históricos o de la vida social, política, cultural y seudónimos que se citan en los textos o en las notas.

De OBRAS: Literarias, históricas, pictóricas, musicales.

De PERSONAJES: De obras narrativas, dramáticas, poéticas, musicales y pictóricas.

De INSTITUCIONES, CALLES, LUGARES Y ESTABLECIMIENTOS: Se incluyen edificios, calles, plazas, jardines, restaurantes, modas, etcétera.

#### *Apéndices*

Al final se agregan seis apéndices, las versiones de tres cuentos: “Estaba escrito”, “La gobernadora” y “El ridículo señor de Santelices”; un poema inédito de Laura Méndez,

único texto en su obra literaria que manifiesta la ausencia de su progenitora; otro documento biográfico refiere un momento clave en la vida de la escritora: su exilio a los Estados Unidos, ocurrido en 1891. Los demás artículos conforman el escaso juicio que su obra narrativa mereció de parte de sus contemporáneos, entre ellos el publicado por un columnista anónimo quien consideró agraviado el orgullo hispano, merced a los comentarios expresados por la autora en uno de sus relatos: “La tía de don Antonio”.

\* \* \*

El lector tiene, así, entre sus manos, la más vasta recopilación de la obra cuentística de Laura Méndez de Cuenca. Esta labor, asaz misteriosa y gratificante, es una respuesta al reclamo pronunciado por la autora:

*Ni humilde cruz, ni fecha, ni mi nombre  
ni cristiana sentencia, ni un recuerdo,  
¡Quién no me olvidará!  
Mas en cambio la tierra exuberante  
de blancas flores y de verde musgo  
mi tumba cubrirá.*

*¿Cómo será mi vida de ultratumba?  
¿Persistirá este afán que me devora?  
¿Cesará el padecer?  
¿Qué equivaldrá a estas lágrimas que vierto?  
¿Habrá entre todos los tormentos, uno  
que iguale al no creer?<sup>25</sup>*

---

<sup>25</sup> Laura M. de Cuenca, “Ultratumba”, vv. 7-18, en *El Universal*, t. V, núm. 64 (21 de julio de 1890), p. 2.

Una hermosa composición poética, una novela primorosa, se antojan la visión de un cometa: núcleo y cauda, brilla como núcleo la forma galana de la obra; la historia tremendamente triste inspiró al artista, cauda es lágrimas cuajadas, desvaneciéndose en el infinito, en la sombra, en el misterio.

(“Jesús García y la lavandera del poeta Chamisso”,  
Laura Méndez de Cuenca, crónica de viaje, 1907)

## INTRODUCCIÓN

### *1. La Sociedad Netzahualcoyotl: Una constelación y una estrella resplandeciente*

El programa nacionalista del gobierno liberal de la República Restaurada auspició la apertura de asociaciones literarias, de cuyas reuniones surgieron publicaciones editadas por escritores jóvenes, a la vez colaboradores en otros periódicos y revistas prestigiosas, en particular *El Siglo Diez y Nueve* y *El Renacimiento*. Su sola mención conforma una colectividad heterogénea comprometida con la República de la Letras.<sup>26</sup>

El grupo poético, dirigido por Agustín F. Cuenca y Manuel Acuña, que fundó la Sociedad Netzahualcoyotl (1868-1872), publicó los *Ensayos literarios de la Sociedad Netzahualcoyotl*,<sup>27</sup> *El Anáhuac. Periódico Literario Ilustrado*<sup>28</sup> y *La Sombra de Guerrero*.<sup>29</sup> Me interesa destacar su importancia porque allí se definen los preceptos que guiarán la producción inmediata de sus autores, nacidos alrededor de 1850, en especial de Laura Méndez.

---

<sup>26</sup> Belem Clark de Lara en “¿Generaciones o constelaciones?” expone cinco “lecciones”, de las cuales asumo dos: “1. El impostergable rescate filológico de la literatura del siglo XIX, buena parte de ella todavía preservada en reservorios hemerográficos. 2. La revisión de los juicios, muchos de ellos de valor, sobre figuras, obras y corrientes” (*La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. I, B.C.L. y Alicia Speckman, eds., México, 2005, pp. 11-46). En esta perspectiva pongo en función el concepto de “constelación”, pertinente para los fines de la ecdótica y la hermenéutica, piezas medulares en esta tesis.

<sup>27</sup> Libro editado en mayo de 1869 por la imprenta de Ignacio M. Escalante, con el apoyo de Anselmo de la Portilla, director del periódico *La Iberia*.

<sup>28</sup> Dos números dados a luz en octubre de 1869.

<sup>29</sup> *La Sombra de Guerrero*, 18 números, noviembre 1872-febrero 1873.

En el número inicial de *El Anáhuac. Periódico Literario Ilustrado*, 1 de octubre de 1869, los redactores exponen el prospecto respectivo,<sup>30</sup> del cual subrayo las consideraciones siguientes:

1. La literatura es la más bella, la más espléndida de las manifestaciones del arte.
2. El progreso de la sociedad mexicana reclama la tarea comprometida del artista.
3. El deber de un escritor se consuma en la realización de su obra.

El nombre de Laura Méndez no aflora en la lista de colaboradores de las dos primeras publicaciones, quizá por su juventud (tenía 15 años), pero estaba al tanto de las pretensiones del grupo. En la segunda época de la Sociedad Netzahualcoyotl, 9 de mayo de 1872, ya participaba de sus actividades; un artículo de *Revista de Revistas* refiere que algunas reuniones de los contertulios se efectuaron en su casa, entonces ubicada en el entorno de la Plazuela de las Vizcaínas, cerca del Convento de San Jerónimo.<sup>31</sup>

El año de 1872 concluye para el grupo literario con la publicación de *La Sombra de Guerrero*, Periódico Científico y Literario, fundado con el exclusivo objeto de sostener la candidatura de Vicente Riva Palacio para presidente de la Suprema Corte de Justicia. A pesar de la brevedad de su permanencia, resulta importante por dos motivos: nos muestra textos representativos de los diversos géneros literarios escritos por jóvenes con una sólida

---

<sup>30</sup> Publicado íntegro en *El Siglo Diez y Nueve* (26 de septiembre de 1869), p. 3.

<sup>31</sup> “Homenaje a Manuel Acuña”, en *Revista de Revistas* (6 de diciembre de 1923), p. 5. Es probable que ella conociera a los miembros del grupo antes del mes de mayo de 1872, puesto que el 29 de abril, en la reinstalación del Liceo Hidalgo, Manuel Acuña leyó su poema “A Laura”, cuyos versos dejan entrever el talento de la musa. Otra noticia, publicada en una gacetilla de *El Universal* (6 de diciembre de 1890), p. 3, comentó lo siguiente: “Después de la representación de *El Pasado* [9 de mayo de 1872] salieron los amigos del teatro: Acuña, Cuenca y Agapito Silva, rumbo a la casa de Agustín Cuenca, en el trayecto Manuel se acercó al balcón de una novia suya [Laura Méndez] para ofrecerle las palmas de su éxito, después siguieron la parranda”. El motivo de la corona de laurel obsequiada a la musa reaparece en el poema largo de Acuña, “La gloria” (11 de octubre de 1873), donde dicho sea de paso, Elena —uno de los nombres de pila de Laura Méndez— la protagonista, devuelve el galardón a Pablo, ocasionando su pesadumbre y su posterior suicidio. La ficción rápidamente se presentó como una realidad cruel: el 7 de diciembre de 1873 Manuel Acuña se suicidó en circunstancias semejantes.

formación cultural; asimismo patentiza la responsabilidad con el manifiesto que dio origen a su generación: la responsabilidad del escritor con su entorno educativo y social.

En el caso particular de Laura Méndez, ligada permanentemente al ámbito pedagógico, no sólo mantuvo firme ese compromiso sino lo fue reconfigurando en función de su vida humana y literaria, siempre alerta para advertir los avances pedagógicos de las naciones más desarrolladas (Estados Unidos, Alemania, Francia), y evitar, en consecuencia, una posición dogmática; como podrá apreciarse éste es uno de los elementos fundamentales en el análisis de su poética narrativa.

La redacción de *La Sombra de Guerrero* estuvo integrada por Juan E. Pérez, Gerardo M. Silva (*Benjamín*), Joaquín Linarte, Manuel Acuña y Agustín F. Cuenca; en el cuerpo de colaboradores trabajaron Alfredo Higareda, Manuel Sánchez Mármol, Juan de Dios Peza, Manuel M. Flores, Sara,<sup>32</sup> Enrique de Olavarría y Justo Sierra.

La aparición de Justo Sierra en sus páginas es significativa. Sierra, para entonces, había publicado buena parte de su obra prosística más destacada, caracterizada por la dificultad, desde mi punto de vista, de clasificarla en corrientes literarias ortodoxas. Pero me atrevo a decir que al igual que su posterior colaboradora y amiga Laura Méndez, siguió un camino paralelo de renovación: la creación poética, la narrativa, el periodismo, la política y la educación.

No todos los colaboradores adscritos a la Sociedad Netzahualcoyotl alcanzaron un rumbo literario prolongado como sucedió con Juan de Dios Peza; Rafael Rebollar, por

---

<sup>32</sup> En conversación personal con Pablo Mora coincidimos en la apreciación de que Sara es posiblemente un seudónimo de Laura Méndez; ya que los versos de “Un grito al corazón” —de métrica y figuras retóricas similares a las empleadas en los firmados con su nombre— publicados con tal seudónimo en *La Sombra de Guerrero* (1 de diciembre de 1872), p. 2, nos anuncian la sensibilidad y la energía vital de la escritora mexicana.

ejemplo, desempeñó cargos públicos con eficacia; Agustín García Figueroa sobresalió en las ciencias médicas; otros fallecieron con premura: Manuel Acuña, Agustín F. Cuenca y Manuel M. Flores, dejando apenas una muestra estimable de su talento.

De manera paralela a la labor de la Sociedad Netzahualcoyotl, tuvo lugar la incursión de un grupo de escritoras que compartían sus postulados; ellas se reunieron en torno a una revista afín: *Las Hijas del Anáhuac* (1873-1874). En sus páginas, por medio de seudónimos en lengua náhuatl, que esperan algún día revelar el verdadero nombre de todas sus autoras, se manifestaron la poesía, el cuento y el ensayo con singular calidad.

La importancia de la constelación literaria de la República Restaurada, de honda estirpe romántica, residió en un cambio de perspectiva respecto a la profesionalización del escritor y el compromiso social que conllevó, según los propósitos del nacionalismo mexicano. Además, se trató de un grupo que asumió la tradición y anunció los nuevos derroteros de la literatura nacional, de forma peculiar se manifestó en las obras de Justo Sierra, Agustín F. Cuenca, Juan de Dios Peza y Laura Méndez. El desarrollo de este grupo, que había dejado atrás paulatinamente la lucha armada en busca de la renovación en sus formas de vida y escritura, incidió de manera clave en los diferentes ámbitos de la vida sociopolítica del México finisecular, de modo particular se mostró en la educación (instrucción pública y salud). También algunos de los jóvenes escritores ocuparon más adelante cargos en la burocracia o la tribuna legislativa, estableciendo instituciones y leyes, con más o menos fortuna durante el Porfiriato.

## 2. *El oficio del escritor*

La poesía fue el primer género literario que Laura Méndez cultivó (1872), después el teatro, y al mismo tiempo el cuento, el ensayo, la crónica —ejercicios prosísticos que coincidieron con las corrientes literarias en boga: el romanticismo, el realismo y el modernismo. A la par, es necesario apuntar el encargo en la redacción, su trabajo como columnista, que la nacida en la Hacienda de Tamariz (1853) practicó desde su aprendizaje en la Escuela de Artes y Oficios (1872), cuyo resultado fue la edición de *Las Hijas del Anáhuac*; también lo practicó como jefa de redacción de la parte literaria en el periódico *El Mundo* (1888).

No olvido que su esposo, Agustín F. Cuenca, fue un eficaz cuanto combativo redactor y editorialista en publicaciones decimonónicas de la segunda mitad (*El Siglo Diez y Nueve*, *La Sombra de Guerrero*, *El Búcaro*, *El Interino*), incluso padeció en 1880 la represión de una facción del gobierno local veracruzano —durante una temporada la familia Cuenca Méndez radicó en Xalapa y Orizaba— renuente a aceptar la crítica que le era adversa.<sup>33</sup> Sin duda que la entereza incorruptible de Cuenca, semejante a la calidad de su obra poética, tuvo mucho que ver en el oficio de escribir de Laura Méndez.

La puntual observación de la futura maestra, notoria desde la infancia, se perfeccionó en la tarea diaria de las publicaciones capitalinas. Así, no es de extrañar que asuntos “recreativos”, como el circo, los paseos, el canto o el baile, llamaran su atención. Fijar sus sentidos en las minucias de todos los días, muestra a una mujer empeñada en discernir la complejidad de los ámbitos sociales para favorecer los contrastes y encontrar soluciones pertinentes.

---

<sup>33</sup> Desde las páginas de *El Amigo del Pueblo* —diario publicado en el puerto de Veracruz— Agustín F. Cuenca, su editor, promovió la candidatura para gobernador de la entidad de Apolinar Castillo, rival del oficialista Juan de la Luz Enríquez, finalmente derrotado por Castillo en las elecciones de agosto de 1880, en las cuales Manuel González fue nominado presidente de la República.

Es cierto que revistas contemporáneas editadas por mujeres se publicaban ya en el ámbito nacional. El *Álbum de la Mujer* (1883-1888) y *Violetas del Anáhuac* (1887-1889) fueron las más representativas; es extraño que en ninguna hubiese colaborado Laura Méndez. Creo saber los motivos de esta exclusión: uno tiene que ver con su condición de marginalidad, consecuencia de la militancia de su padre en las filas conservadoras, exaltada por las secuelas de su romance con Manuel Acuña, previos a su situación de esposa y viuda. A tales circunstancias debió quizá su “carácter agrio” y férreo que la acompañó por muchos años. Más significativo resulta que ella fuera una de las promotoras de la primera época de *Las Hijas del Anáhuac* (1873-1874), en clara respuesta al movimiento nacionalista promovido por los gobiernos liberales.

No es insólito que Laura Méndez, a través de un seudónimo náhuatl, haya participado en esta revista pionera, dada su cercanía con la Sociedad Netzahualcoyotl que, como he dicho, tenía una revista similar: *El Anáhuac*. La clave parece dárnosla un anuncio aparecido en la segunda época de *Las Hijas del Anáhuac*:

Con motivo de haberse publicado en estos últimos días **una pequeña hoja suelta con el mismo título que el de nuestro periódico, lo cual perjudica sensiblemente nuestros intereses, y a fin de evitar equivocaciones y no descender al terreno de disputar un calificativo**, circunstancia que no guarda analogía con nuestro carácter de Señoras ni con la misión que venimos a desempeñar en el estadio de la prensa, participamos a nuestros lectores que desde el próximo número esta publicación se denominará: *Violetas del Anáhuac*.<sup>34</sup>

Es probable, entonces, que a Laura Méndez y a las otras fundadoras de la primera época de *Las Hijas del Anáhuac* les resultara inadmisibles la usurpación de una denominación entrañable, y que siendo sus recursos económicos exiguos sólo consiguieran imprimir una hoja; éstas me parecen causas suficientes para que se les cerraran las puertas del *Álbum de*

---

<sup>34</sup> “Editorial”, *Violetas del Anáhuac* (22 de enero de 1888), p. 10. El subrayado es mío.

*la Mujer y Violetas del Anáhuac*, consideradas entonces como la vanguardia del pensamiento femenino.

No fue menor su tribulación al asumir la redacción de la parte literaria de *El Mundo* (1888). Un político influyente, Jesús Corral, de forma grosera la conminó a regresar a su labor de profesora, en lugar de dedicarse al periodismo. Como bien lo apuntó Pablo Mora, ese ambiente hostil fue una de las razones que la “estimuló a buscar otros aires y espacios en un mundo mexicano que se los cerraba”.<sup>35</sup> Ese pequeño mundo del periodismo mexicano soterradamente conservaba su animadversión hacia lo que no comulgara con sus mezquinos intereses de facción. Un contemporáneo de la poeta alcanzó a percibir esa desolación:

No hubo en esa vez quien recordase los triunfos y las glorias de aquel talento femenino. Sola, en la callada galería de la Biblioteca Nacional, buscaba en las páginas del libro, algo con qué olvidar la envidia de afuera, o algo con qué encontrar nuevas fuerzas para la lucha por la vida.

Alguna vez rodó por sus mejillas lágrima candente, y dejó escapar el suspiro, manifestación del pesar interno; pero eran actos momentáneos. Rehacíase pronto, y su cerebro vigoroso se imponía de nuevo sobre el debilitamiento o la flaqueza.

De redacción en redacción pasaron sus artículos; desde el diario en que el editor paga con alguna esplendidez los trabajos calzados por una firma autorizada, hasta aquellos en que se regatea el precio, como el usurero acorta, tras del mostrador del empeño, el pago del efecto que se le propone.

La peregrinación fue larga, hasta que al fin, decepcionada, combatida por los envidiosos y por los murmuradores, resolvió abandonarnos.

Hizo bien. Hay ciertos soles que brillan con más fuerza mientras más se alejan.<sup>36</sup>

El trabajo de Laura Méndez como periodista continuó en el extranjero. En San Francisco, California, editó la *Revista Hispano-Americana* (1895-1896), ejemplar

---

<sup>35</sup> Pablo Mora en la “Introducción” a *Impresiones de una mujer a solas*, pp. 30-31.

<sup>36</sup> Fernando Rivera Fuentes, “La décima musa”, en *El Lunes Literario. Edición del Diario del Hogar* (1904), pp. 123-124 (*Vid.* Apéndice IV). Una gacetilla publicada el 6 de junio de 1891 por *El Siglo Diez y Nueve*, advierte: “Esta distinguida escritora salió ayer por el Ferrocarril Central con rumbo a los Estados Unidos, llamada por una casa editorial americana [Bancroft]. Se cree que permanecerá algunos años en San Francisco California”.

publicación que buscó ser un vínculo con las naciones de habla española, vía el comercio y la cultura entre Estados Unidos e Hispanoamérica.<sup>37</sup>

A su regreso de los Estados Unidos, en 1905, se reconcilió con las escritoras que publicaban *La Mujer Mexicana* (1904-1905), entre otras Mateana Murguía de Aveleyra, antigua colaboradora de *Las Hijas del Anáhuac*; incluso fue directora de aquélla por breve tiempo. En junio de 1906 salió para Europa, allá permaneció cuatro años. A su vuelta, en plena Revolución Mexicana, desempeñó labores educativas, más tarde (1915) colaboró como editorialista en el diario revolucionario *El Pueblo*, impreso entonces en el puerto de Veracruz.

La labor periodística de Laura Méndez fortaleció su oficio: la escritura, pero también el interés del preceptor que buscaba extender la educación a diversos segmentos de la sociedad mexicana. Ambas tareas no se excluían en el horizonte de la autora, eran una condición necesaria para su actividad creativa, cumplida a cabalidad en los dos ámbitos.

De igual modo, su afán en la redacción y edición de publicaciones también fue importante: vivió de cerca la transformación de un periodismo incipiente, su renovación, modernización y posterior declive en el México posrevolucionario; proceso plagado de mezquindades que terminaron por cincelar su carácter obstinado.

Asimismo, en el desarrollo de la prosa breve:

Fue importante la tradición periodística de carácter crítico y satírico practicada en México desde los tiempos de la Colonia. Ahí se fue forjando el nexo, la posibilidad de que entrara a la lengua escrita el acento y el tono de la lengua popular. Ese periodismo hizo posible una escritura cruzada por el aliento de lo oral popular, que no sólo es un asunto de recurso literario, sino de perspectiva.<sup>38</sup>

---

<sup>37</sup> Para otros detalles de esta empresa cultural remito a la correspondencia epistolar Laura Méndez–Enrique de Olavarría, en <http://www.coleccionesmexicanas.unam.mx>.

<sup>38</sup> Martha E. Munguía Zatarain, “*Cuentos del general y Noche al raso*. La fundación de una poética del cuento mexicano”, en *Literatura mexicana del otro fin de siglo* (México, 2001), p. 155.

Ahora bien, en la obra cuentística de Laura Méndez el habla popular no se manifiesta por medio de un lenguaje que reproduce simplemente giros verbales aldeanos; no es una escritura de carácter costumbrista, sino más bien lo que la autora logra es inyectarle a su prosa concisión y gracia, en una atmósfera en donde los personajes tienen un habla singular de carácter nacional y universal.

### 3. *El cuento mexicano entre siglos XIX y XX*

No obstante que se han reconocido los pendientes de la historiografía respecto al estudio del género en México, las antologías del cuento mexicano, antiguas y recientes, siguen ignorando la creación de la narrativa femenina de entre siglos.<sup>39</sup> En otros casos la selección comienza con escritoras que publicaron después de la Revolución Mexicana, pasando por alto que cuentistas de mayor edad se encontraban en plena madurez literaria.<sup>40</sup>

Me propongo en este inciso hacer un repaso a la producción cuentística femenina del periodo decimonónico finisecular, insertándola en la historia general del cuento mexicano; en este afán entrecruzo con las narradoras a tres umbrales del género: Vicente Riva Palacio, Justo Sierra y Manuel Gutiérrez Nájera.

Los *Cuentos del general* (1896) de Riva Palacio se editaron en Madrid, proceden de versiones periodísticas impresas entre 1869-1893, circunstancia que se refleja en el tratamiento de diversas épocas y ambientes. Me parece que su postrer cuento, “La promesa

---

<sup>39</sup> Hay una excepción, *Las voces olvidadas. Antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX* (México, 1997), edits.: Ana R. Domenella y Nora Pasternac.

<sup>40</sup> Es el caso de la colección preparada por Ma. Aurora Ocampo, *Cuentistas mexicanas del siglo XX* (México, 1976). En general la omisión trasciende más acá, Jaime Erasto Cortés y Alfredo Pavón han dicho al respecto: “Ya se advierte que la crítica sí ha dialogado con el cuento. Aunque sin duda, no todos sus aspectos se han cubierto, puede afirmarse que varias de sus rutas sí recibieron ya ordenamiento, si bien su análisis más profundo aún no se cumple” (“El cuento y sus espejos”, en *La República de las Letras*, edits. Clark y Speckman, vol. I, México, 2005, p. 265).

de un genio”, concentra su poética del relato: “He cumplido mis promesas, y os advierto que todavía el hombre ha penetrado apenas en el pórtico de mi palacio”.<sup>41</sup> Una mansión donde no tiene lugar la gravedad ni el sofisma, puesto que los adelantos del genio humano, la chispa luminosa, se condensan en una literatura festiva, lúdica, inserta en una realidad histórica difícil y contradictoria que pretende construir el concepto de Nación, por lo mismo es conveniente para este propósito mantener el goce de la escritura. Martha E. Munguía añade con pertinencia:

[...] pues si bien muchos de sus cuentos [de Riva Palacio y Roa Bárcena] abrevan de la crónica histórica, van mucho más allá gracias a su vocación popular de centrar la atención en los pequeños hechos marginales que no tuvieron cabida en la elevada tradición historiográfica; pero sobre todo, ensayaron otra mirada a los hechos, al mundo referenciado: optaron justamente por la mirada doméstica, familiar, juguetona, y con ello su escritura quedó desprovista de la gravedad que caracterizaba la historia positivista.<sup>42</sup>

Los *Cuentos románticos* de Justo Sierra se publicaron en 1895, pero él mismo advierte que fueron escritos entre 1868-1873: “Lleva esta colección su fe de bautismo en el lirismo sentimental y delirante que la impregna”.<sup>43</sup> Además del aspecto sensitivo, el frenesí narrativo que destila en su prosa, es posible advertir un tejido diverso, una amalgama de recursos técnicos: vasta cultura cosmopolita, desde los clásicos grecolatinos hasta los *conteurs* franceses e ingleses. Escenarios en donde la naturaleza no urbana, a veces atmósfera, a veces protagonista, domina la condición humana. Laura Méndez comenta a propósito:

Los protagonistas de los *Cuentos románticos*, aunque en cuerpo son hombres y se llaman pilotos, filibusteros, cazadores de cabelleras, etcétera, no son sino moldes de carne viva en que se encierra el alma de un estudiante: el alma del mismo autor quizás. En cuanto a las heroínas, creaciones son de la fantasía trovadora del poeta, que no puede sacudirse el recuerdo de la primera edad. El cuadro de las playas natales se ofrece a la mente colorista del narrador, con esa metódica repetición del tema musical en una partitura. La muchacha rubia recuerda la flor del tamarindo; la de cutis tostado, los rigores del sol tropical; la del talle cimbrador, el flexible

---

<sup>41</sup> Vicente Riva Palacio, “La promesa de un genio”, en *Cuentos del general* (México, 2000), pp. 109-110.

<sup>42</sup> Martha E. Munguía, *op. cit.*, p. 153.

<sup>43</sup> Justo Sierra, *Cuentos románticos* en *Obras completas II, Prosa literaria* (México, 1984), p. 375.

datilero; la de mirada dulce, los amarillos *shkantoles*. Tienen los *Cuentos románticos* el encanto misterioso de las noches de luna, y esparcen el aroma delicado de la flor de *shtaventún*.<sup>44</sup>

La discrepancia filosófica entre Riva Palacio y Sierra, quedó manifiesta en un reproche que el primero le hizo y que no deja de ser sino una esgrima festiva: “Justo Sierra es un literato retirado a la vida pública, es decir, a la política; es un poeta metido en *camisa de once varas*; digo, en el positivismo”;<sup>45</sup> aserto que no impidió que Riva Palacio valorara el trabajo poético y narrativo de Sierra, no así su dramaturgia y su vena política, deplorando que hubiese dejado las letras por la tribuna. Sin embargo, en descargo de Justo Sierra agrego que él supo conciliar la literatura con la política, lo cual era indispensable en ese momento histórico nacional.

La creación literaria de ambos escritores va más allá de la nomenclatura de los manuales literarios mexicanos, empeñados en sostener un criterio historicista de corrientes ortodoxas decimonónicas, y esto quizá porque su producción literaria marca un momento de renovación constante en la vida social y cultural finisecular, su escritura, con diferentes alcances, está ya narrando la modernidad. Desde perspectivas semejantes influyeron de forma notable no sólo en la creación literaria de sus contemporáneos, sino en su actitud vital ante el destino de la Patria.<sup>46</sup>

Otro momento clave que me interesa destacar es la producción narrativa de Manuel Gutiérrez Nájera. Ya sus estudiosos más diligentes se han encargado de propagar las bondades de los textos najerianos:

---

<sup>44</sup> Laura Méndez de Cuenca, “Licenciado Justo Sierra”, en *Diez civiles notables de la historia patria* (México, 1914), pp. 173-184; asimismo, en *La pasión a solas*, pp. 133-147. // En idioma maya yucateco *xtabentún* significa enredadera que crece en la piedra. La leyenda de Xtabay, “prostituta”, trata de esta flor blanca que nació de su tumba, una humilde y bella flor silvestre que crece en cercas y caminos (*vid.* Justo Sierra, “Playera”, *op. cit.*, pp. 483-488).

<sup>45</sup> Vicente Riva Palacio, *Los cerros. Galería de contemporáneos* (México, 1996), p. 75.

<sup>46</sup> Al respecto, *vid.* el “Prólogo” de Clementina Díaz y de Ovando a la edición de los *Cuentos del general* (México, 2000).

La labor del escritor moderno era la de engullir el pasado, absorber el presente, y “viajar” (el verbo es del poeta) con la imaginación “en comunicación íntima con las civilizaciones antiguas y con todo el mundo moderno”. Construyó así [Gutiérrez Nájera], en forma fragmentaria pero típica de la escritura moderna, una epistemología de la modernidad, la que se emparenta con formulaciones generacionales de vanguardia coeva, las de un Martí o de un Juan de Dios Peza, en las que se funden conceptos de nación, cultura de occidente, y arte universal y autónomo.<sup>47</sup>

La prosa breve de Gutiérrez Nájera exhibe un mosaico multiforme que encaja a la perfección en el umbral de la modernidad, que el autor supo percibir a tiempo, darle forma de una escritura sugerente. En ella tiene lugar la imaginación, pero una imaginación con un claro rigor narrativo, un lenguaje punzante que se concreta en los objetos y sentimientos de una naturaleza interiorizada. “Este mundo frágil, romántico, hecho de escenas de la vida cotidiana, familiar y callejera y, a veces también bucólica, está basado en una confusa relación entre lo sensual y lo sensible”.<sup>48</sup>

Laura Méndez, en este trayecto, recreó tres aspectos primordiales de los autores reseñados, que distinguieron la escritura de sus relatos:

1. Una prosa sencilla, escueta, alejada de las largas descripciones de los textos mexicanos anclados en el romanticismo o el realismo-costumbrismo.
2. El gesto irónico y festivo, no la gravedad ni los sofismas que derivaban en la compasión y autoflagelación que caracterizó a buena parte de los escritores mexicanos finiseculares adscritos al realismo o modernismo.
3. Finalmente la sensualidad, el carácter “frágil”, que hace de la innovación un instante único e irrepetible.

En este contexto surgieron las figuras de las primeras cuentistas mexicanas que he documentado: Guadalupe Ramírez y Mateana Murguía de Aveleyra, colaboradoras de la

---

<sup>47</sup> Iván A. Schulman, “Más allá de la gracia: la modernidad de Manuel Gutiérrez Nájera”, en Yolanda Bache, *et al*, eds., *Memoria. Coloquio Internacional Manuel Gutiérrez Nájera y la Cultura de su Tiempo* (México, 1996), p. 11.

<sup>48</sup> Margo Glantz, “El concepto de fragilidad en Gutiérrez Nájera”, *ibid.*, p. 95.

primera época de *Las Hijas del Anáhuac* (1873-1874). Guadalupe Ramírez publicó un par de relatos: “Amor y misterio” y “Un rayo de luna” (antecedentes, al igual que un relato de Mateana Murguía, del primer cuento homónimo de Laura Méndez).<sup>49</sup> En “Amor y misterio” aborda el tema amoroso de Manuel y Elvira, la vocación religiosa de ella impide su realización, Manuel desconsolado acaba suicidándose. Elvira se traslada a Guadalajara para trabajar en un hospital, en donde muere por un ataque de tisis. El otro texto es apenas un esbozo, una viñeta pictórica del astro lunar.

Mateana Murguía publicó dos cuentos: “En el campo”<sup>50</sup> y “Una noche de luna en la montaña”;<sup>51</sup> dos leyendas melodiosas que guardan anécdotas líricas del paisaje del valle contemplado desde las alturas de un cerro en Michoacán, en donde la mirada de la escritora plasma en un lienzo la armonía de la Naturaleza. Asimismo escribió “Mariana”,<sup>52</sup> relato de raigambre romántica: un hombre rico seduce a una mujer rica, pero al enterarse de su embarazo la abandona a su suerte, más tarde la madre fallece, deja a su hijo en el abandono. El huérfano sobrevive a las penurias con el sostén de un protector que le ofrece trabajo. Aquí la autora intenta recursos narrativos empleados por Riva Palacio: lleva la escena a los tiempos de la Intervención Norteamericana de 1847, traslado que le permite jugar con el tiempo narrativo. En *Violetas del Anáhuac* se conocieron otros tres cuentos de Mateana Murguía: “Las posadas”, “Adriana” y “El corazón y la cabeza”;<sup>53</sup> destaca el tercero que

---

<sup>49</sup> Guadalupe Ramírez, “Amor y misterio”, en *Las Hijas del Anáhuac*, t. I, núm. 5, 6 y 7 (16, 23 y 30 de noviembre de 1873, respectivamente), “Un rayo de luna”, en *Las Hijas del Anáhuac*, t. I, núm. 8 (7 de diciembre de 1873), pp. 2-3.

<sup>50</sup> Mateana Murguía, “En el campo”, en *Las Hijas del Anáhuac*, t. I, núm. 9 (14 de diciembre de 1873), p. 2. // La autora nació en Etzatlán, Jalisco, fue miembro de El Liceo Hidalgo, cultivó varios géneros literarios, colaboró además en *Violetas del Anáhuac* y *La Mujer Mexicana*.

<sup>51</sup> Mateana Murguía, “Una noche de luna en la montaña”, en *Las Hijas del Anáhuac*, t. I, núm. 14 (18 de enero de 1874), p. 4.

<sup>52</sup> Mateana Murguía, “Mariana”, en *Violetas del Anáhuac*, año I, t. I, núm. 41, 43-45 (16 y 30 de septiembre, octubre 7 y 14 de 1888), pp. 482-484, 509-510, 521-522 y 531-532, respectivamente.

<sup>53</sup> Mateana Murguía, “Las posadas”, en *Violetas del Anáhuac*, año I, t. I, núm. 55 (23 de diciembre de 1888), pp. 620-622; “Adriana”, en *Violetas del Anáhuac* año II, t. II, núm. 4 (27 de enero de 1889), pp. 42-43;

quedó inconcluso, en él la autora mezcla elementos sensuales que ponen en entredicho la honra de los protagonistas, puesto que el deseo interviene en su vida como una tentación.

También en esta revista Elvira Lozano Vargas dio a conocer, durante los meses de agosto y septiembre de 1888, una serie de narraciones con temas diversos: en algunos aparecen personajes de su natal Michoacán; otros tratan anécdotas en ambientes europeos.<sup>54</sup> Lo rescatable en estos textos es la técnica narrativa, caracterizada por una composición de crónica, sucesos históricos y legendarios prototípicos de diferentes tradiciones universales, afines a los escritos por Riva Palacio.

La “Redactora en jefe” de *Las Hijas del Anáhuac*, Concepción García de Ontiveros, *Ilancueitl*, publicó un cuento más ambicioso, “El linón blanco”,<sup>55</sup> prenda anecdótica que sirve como enredo para que una joven aristocrática se percate de la inutilidad de las prendas fastuosas, de lo caro que resultan para obtener el amor de un joven sincero. La brisa del puerto de Veracruz agita con sensualidad el vestido de linón blanco que Amelia porta con dignidad ante la mirada complaciente de Salvador.

Hacia 1890, la prosa femenina se orientó a la escritura de novelas y crónicas de viaje.<sup>56</sup> Salvo los relatos de Laura Méndez, correspondientes a este momento, María Enriqueta Camarillo, dio a conocer en la *Revista Azul* un cuento: “El maestro Floriani”.<sup>57</sup> Una pieza narrativa llena de evocaciones, en donde los sonidos provenientes de los objetos, las aves,

---

“El corazón y la cabeza”, en *Violetas del Anáhuac* año II, t. II, núm. 18, 19 y 21 (mayo-junio de 1889), pp.205-206, respectivamente.

<sup>54</sup> Elvira Lozano Vargas, “Leyendas”, en *Violetas del Anáhuac*, año I, t. I, núm. 34-39 (agosto-septiembre de 1889). // También de la misma revista registro otros relatos de Rita Cetina Gutiérrez e Ignacia Padilla de Piña: “Cuento del mar” y “Pasión”, respectivamente.

<sup>55</sup> Concepción García, “El linón blanco”, en *Las Hijas del Anáhuac*, t. I, núm. 13 y 14 (11 y 18 de enero de 1874), pp. 2-3.

<sup>56</sup> Por ejemplo, Enriqueta y Ernestina Larrainzar, *Viaje a varias partes de Europa...* (1881-1882); Refugio Barragán de Toscano, *La hija del bandido o los subterráneos del Nevado* (1886); María Néstora Téllez Rendón, *Staurofila, precioso cuento alegórico* (1890).

<sup>57</sup> María Enriqueta Camarillo, “El maestro Floriani”, en *Revista Azul*, t. II, núm. 11 (13 de febrero de 1895), pp. 165-172.

las notas musicales, son parte importante de la atmósfera singular del Conservatorio Nacional. Así, María Enriqueta se acercaba a una forma de escritura moderna; la autora, al igual que su narrador personaje lo hace con el piano, abandonó lamentablemente el género por casi 25 años, ya que su primer libro de cuentos, *Sorpresas de la vida* (1921), no contiene colaboración semejante.<sup>58</sup>

En la revista tapatía *Flor de Lis*, Adelaida Vázquez Schiaffino publicó “Canción”<sup>59</sup> y una suerte de rompecabezas llamado “Cuentos pálidos”.<sup>60</sup> Son descripciones que evocan sentimientos de una infancia venturosa, a modo de fabulillas, añoranzas relevantes para la vida sencilla de los protagonistas.

De 1905 es el cuento “Ángela”,<sup>61</sup> publicado en *La Mujer Mexicana*, autoría de otra escritora jalisciense: Rosa Navarro. Las protagonistas, dos hermanas separadas por la pobreza, se reencuentran en la Ciudad de México después de varios años. Petra, hermana de Ángela, ha llegado en búsqueda de su hija, quien ha escapado del hogar materno. La ciudad termina por aniquilar a madre e hija; la primera fallece de un ataque de tisis y la hija termina sus días en un prostíbulo. La narración contiene elementos de carácter naturalista, mantiene una prosa fluida en constante tensión.

La nómina de autoras es significativa, cubre un hueco historiográfico en el estudio de la narrativa mexicana de entre siglos; los diferentes relatos manifiestan su irrupción en las diversas corrientes literarias en ciernes, desde textos con un marcado acento romántico —el

---

<sup>58</sup> A propósito de su obra narrativa, María Enriqueta dijo alguna vez: “Me agrada más escribir novela, porque el campo de ésta es amplísimo y sus horizontes vastos. Sólo ella me satisface plenamente. Escribiéndola me parece que estoy entre mar y cielo. En tratándose de novela, lo único que me interesa es el estudio de las almas, porque las almas son la humanidad entera” (*Del tapiz de mi vida*, Madrid, 1931, p. 233).

<sup>59</sup> A. Vázquez S., “Canción”, en *Flor de Lis*, t. I, núm. 2 (15 de abril de 1896), p. 94.

<sup>60</sup> A. Vázquez S., “Cuentos pálidos”, en *Flor de Lis*, t. II, núm. 9 (15 de septiembre de 1897), p. 94.

<sup>61</sup> Rosa Navarro, “Ángela”, en *La Mujer Mexicana*, año II, núm. 10 (15 de octubre de 1905), pp. 3-6.

signo que prevalece—, los atisbos de una escritura de carácter realista hasta sus incursiones en la prosa modernista.

Laura Méndez se encontró atenta al desarrollo de la producción literaria de sus contemporáneos, incluso retomó algunos elementos narrativos para su universo poético; si nos atenemos a lo declarado por Rivera Fuentes,<sup>62</sup> leía publicaciones de diversas tendencias ideológicas, lo que le permitió, en principio, ser una lectora insaciable, escritora y crítica rigurosa.

Aún más, la prosa femenina (cuento, novela, crónica, ensayo) alcanzó un desarrollo acentuado en el último tercio del siglo XIX e inicios del XX, respecto a la creación poética, que se mantenía en cánones añejos y estereotipados cercanos al romanticismo, salvo autoras que son estrellas en el firmamento, por supuesto Josefina Pérez de García Torres, Josefa Murillo, Cecilia Zadi (seudónimo de Haydee Escobar de Félix Díaz) y Laura Méndez de Cuenca.

El declive de la escritura y publicación del cuento mexicano se exhibió de modo ostensible alrededor de 1910; fallecido Ángel de Campo (1908) y Amado Nervo en una suerte de ataraxia, casi sólo quedaba Laura Méndez para inyectarle una buena dosis de calidad, sensualidad e ironía al relato mexicano. Así concluía una trayectoria, no únicamente de labor personal, también del género cuentístico, tan pródigo en la centuria precedente.

La revisión de publicaciones en la segunda década del siglo XX en búsqueda de textos narrativos breves resultó desalentadora. Quizá dos o tres cuentos perdidos entre decenas de páginas laudatorias y crímenes entre mexicanos. Apaciguadas las batallas militares revolucionarias, se trazaban los nuevos derroteros en el periodismo y la literatura:

---

<sup>62</sup> Cfr. F. Rivera Fuentes, *vid.* Apéndice IV.

Era preciso reanudar la tradición, entonces interrumpida, de los narradores mexicanos, de la capital y la provincia. El cuento literario nació, y había vivido siempre, al amparo de publicaciones periódicas, Noriega Hope comprendió que *El Universal Ilustrado*—sin duda, la mejor revista de aquel instante en México— podía ser la animadora que suscitara la aparición de nuevos cuentistas.<sup>63</sup>

Los ejemplos anteriores dejan constancia del rumbo que tomó la escritura del género narrativo breve. En los casos paradigmáticos de Riva Palacio, Sierra y Gutiérrez Nájera, queda manifiesta la confluencia de diversas corrientes literarias decimonónicas, precisamente porque no se adhirieron a ninguna en particular, al mantener su labor en constante renovación; en palabras del Duque Job, el “cruzamiento” en la literatura era un elemento indispensable para modernizar la tradición y originar una ruptura en la cultura nacional.<sup>64</sup>

---

<sup>63</sup> Francisco Monterde en el “Prólogo” a *18 novelas del Universal Ilustrado, 1922-1925* (México, 1969), pp. 7-15.

<sup>64</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “El cruzamiento en literatura”, en *Revista Azul*, t. I (9 de septiembre de 1894), pp. 289-292. *Cfr.* Belem Clark y Ana Laura Zavala, *La construcción del modernismo* (México, 2002).

## LAURA MÉNDEZ, CUENTISTA

### *I. LA POÉTICA DEL COMETA: LA OSCURIDAD SIN LUZ*

En la obra narrativa de Laura Méndez de Cuenca hay un desplazamiento de carácter cronológico, que atañe, en principio, a su biografía (1853-1928), 75 años de existencia. A lo largo de ese itinerario vivió los movimientos cruciales, sociales y políticos, del México de la segunda mitad del siglo XIX y de las primeras décadas del XX, de forma simultánea advirtió las tendencias modernas en el ámbito de la cultura universal.

Para Antonio Cándido “lo *externo* [en el caso lo social y lo biográfico] importa, no como causa, ni como significado, sino como elemento que desempeña un cierto papel en la constitución de la estructura, tornándose, por tanto, *interno*”.<sup>65</sup> Consecuentemente en este estudio no aparece un capítulo *ex profeso* dedicado a la biografía de la autora.<sup>66</sup> Tampoco se trata de un análisis desde la perspectiva de la sociología de la literatura.

Lo mismo sucede con una exégesis sustentada en nomenclaturas y corrientes literarias insertas en un criterio ortodoxo: romanticismo, realismo, modernismo, naturalismo, etcétera, que considero insuficientes para un análisis hermenéutico de la propuesta cuentística de Laura Méndez.

El autor, lo mismo que el lector, debe objetar las clasificaciones sin negar una tradición, pues su exigencia creativa va en el sentido de lograr una innovación enriquecedora de su

---

<sup>65</sup> Antonio Cándido, “Crítica y sociología”, en *Literatura y sociedad* (México, 2007), p. 26.

<sup>66</sup> Acerca de aspectos biográficos de Laura Méndez advierto del recorrido que Pablo Mora realiza en la citada “Introducción” a *Impresiones de una mujer a solas*; en él ha logrado entretener acontecimientos vitales con juicios literarios sugerentes y acertados de la autora; para detalles de fechas, *vid.* la cronología que acompaña a esta antología; igualmente R. Sánchez Sánchez: *Laura Méndez de Cuenca. Crónicas de viaje, 1896-1910...*, pp. 8-16.

experiencia literaria y humana, en favor de una lectura que refigure el texto de ficción. Así, dichas formas de aproximación al género narrativo breve, tanto el aspecto sociológico como las corrientes literarias, no son excluyentes, por el contrario, se integran al presente análisis, pero se convierten en parte de su mismo proceso.

Otro aspecto fundamental para la valoración de los relatos de Laura Méndez es la poética del cuento que la autora trazó y desarrolló a través de la escritura y publicación de sus textos (1889-1910); en este afán recurro a la imagen y recorrido del cometa —guiado por la señal del epígrafe que abre la presente tesis— para establecer su disposición textual a partir de la concepción de los elementos técnicos y literarios de su obra narrativa, el cruce ecléctico por las corrientes del pensamiento de fin de siglo hasta culminar con el impulso de las vanguardias del siglo XX.

Para alcanzar lo anterior, partiré de las propuestas teóricas de Paul Ricœur,<sup>67</sup> cuyo planteamiento de la triple mimesis se configura así: la mimesis I (MI) corresponde a los diversos elementos que atienden la “precomprensión” de la semántica de la acción, su realización simbólica, su temporalidad. La mimesis II (MII) tiene que ver con la creación del texto literario; y finalmente, la mimesis III (MIII) se ocupa de la función hermenéutica que corresponde al lector en esta red de significaciones. El paso de una a otra función no se realiza bajo el arbitrio de una secuencia, sino de una reelaboración constante (dinámica) de las acciones, las cuales encuentran su manifestación más pertinente en la narración.

Desde tal perspectiva, la creación literaria para Laura Méndez de Cuenca se corresponde con una figura que ella identificó como las manifestaciones de un cometa: “núcleo y cauda”. Esta imagen despliega una trayectoria que inicia con algunos elementos

---

<sup>67</sup> Paul Ricœur, “La triple mimesis”, en *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico* (México, 2007), pp. 113-161.

biográficos de la autora, lo que el epígrafe describe como “una historia tremendamente triste” (estructura prenarrativa), entretejidos con el contexto sociocultural que la rodea. Las acciones de la vida diaria pasan a la narración mediante el proceso de la trama, que forma el núcleo, es decir el texto literario. A su vez éste, a través de la hermenéutica del lector, desprende esas lágrimas cuajadas, pequeñas joyas que resplandecen al contacto con la luz solar, pero terminan, siguiendo la inscripción, “desvaneciéndose en el infinito, en la sombra, en el misterio”. Laura Méndez lo expresó de la manera siguiente:

Otra cosa sucede con los narradores de cuentos y novelistas. Espectadores indiferentes de sucesos y aventuras que pasan a su alrededor, en los que juegan sujetos con quienes no tienen otra liga que la social, pueden observar fríamente y juzgar con imparcialidad el enlace de las vidas de éstos, sus caracteres, sus pasiones, sus impulsos y sus ideales; de este modo, simpatizando con unos y repeliendo a otros, al introducirlos como personajes de novela, con nombres supuestos, omitiendo o desfigurando el de los lugares donde las escenas ocurrieron, presentan al público una historia verídica, en la cual el temperamento del autor no desfigura los hechos sino solamente se inclina ante determinados individuos, haciendo de ellos héroes y protagonistas de sus romances. Con esto no extravía el criterio del lector, pues el caso es frecuente de que muchos lectores encuentran menos atractiva e interesante al héroe o heroína de una novela que el autor de ella quiso, y se sientan tocados de emoción y de simpatía por los personajes accesorios colocados en segundo término, por el novelista, para dar realce al grupo principal.<sup>68</sup>

El tiempo es —como lo apunta Ricœur— una experiencia vital; sin embargo, el tiempo de lo narrado es diferente al de la narración, éste apunta en dirección cronológica. El tiempo humano *vive* en el texto y lo percibimos por medio de las acciones marcadas por la contingencia, así los personajes de los cuentos de Laura Méndez *viven* y *son* sus acciones. En el texto de ficción existe el pasado como memoria y como historia, tiene que ver con las experiencias de la vida. Si bien en los relatos de la autora la narración se manifiesta mediante una temporalidad lineal, su planteamiento y estructura se logran mediante la

---

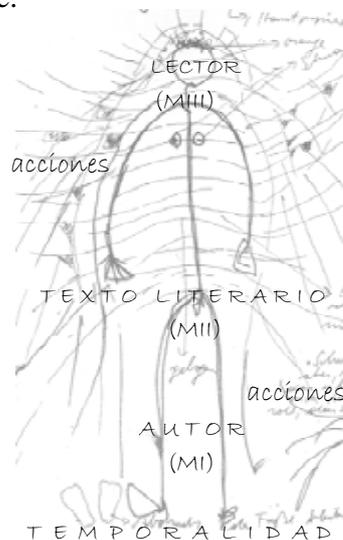
<sup>68</sup> Laura Méndez de Cuenca, “Episodio romántico que dio vida a una novela. Las aventuras del marqués de Chateauneuf”, en *El Imparcial*, t. XXIV, núm. 4212 (12 de abril de 1908), pp. 10 y 12. Laura estaba narrando hechos ficticios —“absurdos” según anotó su detractor anónimo, *vid.* Apéndice VI— no costumbres ni hechos verídicos.

retención y espera de la dinámica de las acciones, resueltas con el uso de una escritura concisa.

Ahora bien, el Museo Franz Mayer de la Ciudad de México presentó hace unos meses una muestra sugestiva de cometas o papalotes con su armazón, ligereza y colorido, creación de la artista austriaca Anna Rubin; entre ellos busqué una imagen lúdica que ilustrara mi afán por aprehender la forma de esa estrella errante. El folleto de la exposición iluminó mi horizonte con un dibujo de la autora, quien a propósito sugiere:

Por extensión, el papalote es la representación de un ser humano. El papalote se mueve continuamente, representando el cuerpo humano que está siempre en movimiento. Al volar el papalote toca el cielo y el viento [...]. El círculo es un símbolo del ser humano. Las varas que sobresalen son símbolo de protección.<sup>69</sup>

Así la red conceptual, la trayectoria, a veces presagiando augurios funestos o bienaventuranzas, en todo caso incesante, manifiesta lúcidamente la poética de Laura Méndez en la figura siguiente:



<sup>69</sup> "Surcando el cielo, papalotes artísticos de Anna Rubin", exposición temporal julio-octubre 2008, Museo Franz Mayer, <http://www.franzmayer.org.mx>; sobre la figura y el texto de la autora agregó mis marcas. // En un relato memorable, "Los amores del cometa" (1882) el Duque Job recrea los instantes visibles del cometa desde una posición terrenal, capturando con una escritura sensual su presencia radiante y fugaz. La reflexión científica en torno a la presencia de los cometas se expresó en dos artículos de Cayetano Vidal y Valenciano: "Los cometas" y "Las estrellas volantes", en *El Diario del Hogar*, t. I, núms. 43 y 45 (7 y 9 de noviembre de 1882), pp. 1-3, respectivamente. En sus reflexiones el astrónomo español anunció que el cometa Halley "se presentaría en 1910, llegando a su perihelio a las once de la noche del día 16 de mayo".

Durante el análisis literario, que realizaré enseguida con los relatos de Laura Méndez, la red conceptual se manifiesta de forma significativa en su vida y obra, en función del movimiento generado por su desplazamiento en los planos sincrónico-diacrónico: “Los hemisferios de esa mirada, por decirlo de alguna forma, son, en las crónicas europeas de Laura, de carácter ambidiestro y por ello se asoma, desde el doble rostro de Jano, a ambos mundos”.<sup>70</sup> El juicio anterior que atañe a sus crónicas de viaje, puede aplicarse cabalmente a sus relatos, justamente porque el contexto sociocultural de la modernidad está asomando con todas sus rupturas e innovaciones.

Los viajes al extranjero de la poeta, sus largas, continuas andanzas por las ciudades norteamericanas y europeas: calles, plazas, balcones, jardines; la mirada del *flâneur* contemplando los aparadores que exhiben en las tiendas los avances de la moda, joyas de belleza e incalculable valor, los libros con temas educativos, los avances tecnológicos; su asistencia a exposiciones, congresos y conferencias —manifiestamente con un sentido educativo— permitió a la cuentista la experiencia de modificar el tiempo ficcional, para fundirse con temas y formas narrativas peculiares como la crónica de viaje, el relato breve o el fragmento lírico.

Esta configuración espacial se cierra con la reaparición histórica del cometa Halley, visible en el año de 1910, precisamente el año en que Laura Méndez escribe y publica sus últimos cuentos: el tiempo de su retorno a México, travesía que da cuenta de la tradición e innovación, elementos que se cumplen a plenitud en el caso presente.

---

<sup>70</sup> “Laura Méndez de Cuenca: una mujer entre ciudades, una viajera entre ambos mundos”, ponencia, autoría de Pablo Mora y R. Sánchez Sánchez, leída el 26 de septiembre de 2007 durante el Coloquio Internacional “El viajero y la ciudad”, IIB-UNAM (en prensa).

Luego entonces, en la biografía de Laura Méndez hay momentos, previos al encuentro con Manuel Acuña y el grupo de la Sociedad Netzahualcoyotl, colmados de amargura. Su padre, general conservador, había sido fusilado días antes que el emperador Maximiliano en la ciudad de Querétaro. Su madre, de origen francés, mantuvo una indolencia hiriente con sus hijas. Un poema inédito de la poeta refleja ese abandono:

*¡Qué lentos y tediosos  
resbalaron mis años infantiles;  
auroras apagadas  
al punto de brillar fueron mis sueños;  
siempre mis ilusiones destrozadas;  
sin rumbo al porvenir mi aciaga estrella;  
mi fe en las sombras del dolor perdida!  
¡Qué soledad aquella!  
¡Qué horas tan negras las de aquella vida!  
Buscaba en la quietud de mi aislamiento  
con la alma de una madre y la de un niño;  
y a solas —devorando  
toda la hiel de los tormentos que hacen  
derramar tantas lágrimas al hombre—  
tu nombre entre sollozos repetía  
bañando con mis lágrimas tu nombre.<sup>71</sup>*

Los años posteriores al suicidio de Manuel Acuña (diciembre 1873) y a la muerte del hijo de ambos (enero 1874) mantienen ese infortunio. Después de más de treinta años rememora un viaje realizado en 1877 a Maltrata, Veracruz, meses antes de su matrimonio con Agustín F. Cuenca:

A los veinticuatro años de edad no se asiste a una boda como a un entierro, con el corazón pellizcado y las nublaciones de la melancolía, ennegreciendo la mente. Pues ese era mi estado habitual, mi modo de ser ordinario. La sangre ardiente de la juventud se me helaba al contacto del muerto que llevaba yo o sentía llevar dentro. Sin motivo se me llenaban los ojos de agua. Unas veces me atosigaba el dolor por las flores pisadas, por los animales sacrificados a la utilidad común, por la materia inconsciente de su existir; las hermosas flores que ignoran lo grato de su perfume, las fúlgidas estrellas que no saben que brillan. Otras ocasiones se apoderaba de mi ser lo sombrío y me animaba espíritu destructor.<sup>72</sup>

---

<sup>71</sup> Laura M. de Cuenca, “Infortunio”, vv. 20-35, en *El Siglo Diez y Nueve* (17 de marzo de 1875), p. 2. Además de su valor como poema, es un testimonio biográfico definitivo; lo incluyo íntegro en el Apéndice II.

<sup>72</sup> Laura Méndez de Cuenca, “La neurastenia”, en *El Imparcial* (28 de marzo de 1910), p. 2. *Vid. Impresiones de una mujer a solas, op. cit.*, pp. 296-298.

Con esta crónica de viaje Laura Méndez remata la escritura de tal género literario, más adelante hará lo propio con su último cuento, “Porque era bizca”. En ambos, el paso del tiempo de lo narrado mediante la autoironía y el humor negro, exorciza de manera definitiva sus fantasmas amorosos.

Siguiendo este itinerario, los primeros cuentos de la autora corresponden a un momento de orfandad y conversión, en esa encrucijada se expone el suicidio, la inercia, el rencor o la esperanza de una existencia creativa. Sus títulos son elocuentes: “Un rayo de luna”, “Catalepsia”, “Apoplejía de oro” y “¡Abandonada!”. “Un rayo de luna” tiene un sesgo romántico, fantástico, la soledad impone su ley en la oscuridad del paisaje. Al final el llanto, propiciado por los versos de una canción mexicana, aligera la tristeza del narrador personaje.

La anécdota del segundo relato nos muestra a un hombre en estado latente dentro de su ataúd, en la angustia de ser enterrado vivo; misma zozobra que padece la viajera sin rumbo en “Abandonada”. Lo que sucedió más tarde, en la vida de Laura Méndez, confirma que finalmente, tal como el esfuerzo lo demandaba, terminó por encontrar “la cruz del camino”; que no es otra sino la vida creativa, la esperanza de la existencia, el núcleo del cometa.

El análisis hermenéutico de este primer capítulo aborda tres intrigas primordiales en la narrativa breve de la autora: la soledad, la muerte y la duda, aparecen con frecuencia en la trama de sus cuentos, pero su manifestación se expresa en recursos técnicos que van transformándose en función de la voz narrativa, si bien la del autor omnisciente domina la mayor parte de los textos, puede apreciarse en el desarrollo de su escritura una voz polifónica que acompaña una renovada perspectiva creativa.

### 1.1 La soledad

“¡Hombre!, no eres otra cosa que un rápido sueño, una dolorosa fantasía; no existes más que por la desgracia; no tienes otro valor que el de la tristeza de tu alma, y la eterna amargura de tus pensamientos”,<sup>73</sup> exclama sentencioso Chactas en el desenlace de *Atala*.

“Luna de las flores”, le llama Chateaubriand al lapso que transcurre del crepúsculo al amanecer, esos instantes meditabundos, atemporales, en el melodrama *René*. En la mañana, René, el protagonista, debe revelar los secretos de su alma en busca de la luminosidad que le alivie de la desolación de los días: “Atormentábame un secreto instinto, pues conocía que yo era también un viajero”.<sup>74</sup> ¡Laudable vocación del solitario que halla alivio en el viaje! Ante sí palpita la Naturaleza exuberante: elevadas montañas, riscos inmarcesibles, tempestades, corrientes que se desbordan, el bosque extenso como un muro pétreo... el viento envolviendo todo.

Un anuncio de *El Diario del Hogar* advierte que el primer cuento publicado por Laura Méndez: “Un rayo de luna” es “un precioso artículo fantástico, estilo becqueriano”.<sup>75</sup> Es insensato no coincidir con la apreciación del gacetillero en turno. Ciertamente, el texto contiene influencias de Bécquer; me refiero, desde luego, a su leyenda “El rayo de luna”.<sup>76</sup> Sin embargo, más allá del planteamiento inicial de una historia legendaria descrita como la búsqueda de “una verdad muy triste”, del uso de imágenes cósmicas (entre ellas la de astro lunar), símbolos de comunión con la Naturaleza, el relato de Laura Méndez contiene elementos discursivos distintos:

---

<sup>73</sup> René de Chateaubriand, *Atala* (Barcelona, 1968), p. 90.

<sup>74</sup> René de Chateaubriand, *René* (Barcelona, 1968), p. 111.

<sup>75</sup> “El Liceo Mexicano [publicará] un precioso artículo fantástico, estilo becqueriano, cuya autora es la inspirada poetisa Laura Méndez de Cuenca” (*El Diario del Hogar*, 30 de marzo de 1889, p. 2).

<sup>76</sup> G. A. Bécquer, “El rayo de luna”, en *El Contemporáneo* (12 y 13 de febrero de 1862), recogida en *Leyendas, apólogos y otros relatos* (Barcelona, 1974), pp. 185-187.

1. El relato es conciso, evita las enumeraciones del paisaje.
2. No se trata de una leyenda tradicional local o de corte histórico. El lirismo del texto nos acerca a la prosa poética.
3. La narración carece de largos párrafos pormenorizados de tipo físico o psicológico, propios de la narrativa romántica o realista.

“Un rayo de luna”, al igual que “¡Abandonada!”, inicia con una negación: “No era una noche tibia de primavera, de esas impregnadas de perfume de flores tropicales”, que recuerda el principio de notables poemas de Byron:

*No digo, no esbozo, no exhalo tu nombre,  
dolor hay en el sonido, culpa hay en el renombre:  
pero que la lágrima que ahora arde en mi mejilla declare  
los hondos pensamientos que moran en ese silencio del corazón.*<sup>77</sup>

Y precisamente un ambiente intimista, ese “silencio del corazón”, recorre los relatos de Laura Méndez. Es octubre, el frío es intenso, al fondo el Ajusco semejando formas fantásticas: “torres de encaje, arcos esbeltos ornados de primorosos arabescos y festones, puentes colgantes, barcos gigantescos, hombres muy altos y mujeres muy blancas y deformes”. Hasta aquí domina al texto una dimensión que corresponde a los elementos de una construcción arquitectónica, propios del relato gótico. Pero de inmediato la narración

---

<sup>77</sup> Lord Byron, “Estrofas para ponerle música”, vv. 1-4, en *Poemas escogidos* (Madrid, 1997), p. 28. Laura Méndez sentía una especial predilección por la obra poética de Byron, a la cual se acercó en las traducciones que abundaban en las revistas locales, en particular *El Renacimiento* (1869). Ella misma tradujo, años después, varios poemas del bardo inglés. Ignacio Manuel Altamirano, en su “Crónica de la semana”, *El Renacimiento*, t. II (23 de octubre de 1869), p. 116, señala a propósito: “El señor [Manuel] Acuña pertenece al grupo de pensadores que ha nacido de la escuela de Göethe y de Byron, y con el mismo derecho que estos grandes poetas han tenido para interrogar al Destino en sus poemas de *Fausto* y de *Manfredo*, él, pequeño como es, también se ha creído autorizado para formular sus dudas y para sujetar al análisis los misterios de la vida humana”.

cruza al umbral lírico para colocarse en una atmósfera singular de lo fantástico hoffmaniano.<sup>78</sup>

“Un rayo de luna” se despliega en un ámbito entre lo real representado por la serranía del Ajusco y la fantasía entrevista por la narradora protagonista. En la leyenda becqueriana el *leitmotiv*: soledad-amor, que anima a su personaje Manrique, causa al mismo tiempo la atracción y huída del objeto amado porque su deseo le causa ilusión, angustia, juego infinito en que el miedo perturba a sus propios sentimientos. Al igual que en la leyenda de Bécquer la protagonista de “Un rayo de luna” es atraída por el espejismo de una imagen ilusoria: “un elegante busto, una mano morena y nerviosa que empuñaba una guitarra, y unos ojos negros como la sombra de los árboles, que me miraron abrasándome, y que yo siento me miran todavía”.<sup>79</sup>

A diferencia del texto becqueriano, la protagonista en el cuento de Laura Méndez permanece azorada ante el espectáculo de la Naturaleza y de su propia ilusión. Ese arrobamiento queda roto al escuchar los seis versos de una canción mexicana que le ocasionan el llanto:

*Te vas y en la mar te meces  
sobre las ondas de blanca espuma  
que dora el Sol;  
Mañana, niña, estaremos  
separados muy lejos,  
tristes tú y yo.*<sup>80</sup>

Ahora bien, en el relato de Laura Méndez la fantasía se halla contenida, no sólo por la brevedad del texto, sino por la necesidad de ensayar nuevos géneros de escritura; así la

---

<sup>78</sup> “Los personajes de Hoffman son seres solitarios, soñadores, visionarios, melancólicos, cuya relación con lo real es siempre problemática; suelen ser músicos o pintores” (David Roas, en el “Prólogo” a *Hoffman en España*, Madrid, 2002, p. 175).

<sup>79</sup> Laura M. de Cuenca, “Un rayo de luna”, en *El Liceo Mexicano* (1 de abril de 1889), pp. 73-74.

<sup>80</sup> Laura Méndez de Cuenca, “Un rayo de luna”, en *Simplezas* (Paris, 1910), pp. 47-52. Estos versos no aparecen en la versión de 1889.

ilusión se convierte en un símbolo de libertad, en el cual únicamente vive un agente activo, dinámico e imaginativo.

La presencia de la leyenda en el cuento decimonónico, entonces, no fue nociva, como se pretende, para la conformación del género, al contrario, fue un abono que ayudó a la fertilidad de la ficción al darle asuntos atractivos, al ofrecerle modos de enunciar que le imprimieron un tono peculiar a nuestro cuento. Pero esta influencia fue benéfica gracias a la perspicacia de estos escritores para tomar distancia de la gravedad y hacer familiar, burlesco, lo que en una genuina leyenda sería serio.<sup>81</sup>

Si bien en “Un rayo de luna” el personaje queda atónito ante su propia ilusión, en los cuentos posteriores de Laura Méndez los personajes tienen que convivir y luchar con esa soledad; a veces mantienen una resignación ineludible, en otras asumen una aquiescencia con el destino y la naturaleza humana. Aceptan la tristeza y la soledad como un acto de suprema generosidad. En casos paradigmáticos la soledad es una elección, se presenta en el momento en que los protagonistas, generalmente trabajadores asalariados, resuelven desafiar a la existencia de manera solitaria. Por ejemplo en “La confesión de Alma”, “Rosas muertas”, “La tamalada del coronel” o “El cuico”.

Laura Méndez al igual que René, el personaje de Chateaubriand, convocará a la soledad mediante el recurso infalible del movimiento, acción manifiesta en el viaje perpetuo que depara una doble mirada: hacia dentro y hacia el exterior de su individualidad, con el propósito constante de una renovación creativa.<sup>82</sup>

Dichos desplazamientos espaciales propician la migración, el viajero se convierte en un ciudadano del mundo, en un exiliado; ese autoexilio lo lleva a formar parte del mosaico de que están conformadas las grandes naciones del planeta; como sucede en un relato luminoso, novela corta, *nouvelle*: “La confesión de Alma”, narración en donde se

---

<sup>81</sup> Martha E. Munguía, *op. cit.*, pp. 152-153.

<sup>82</sup> Acerca de las dimensiones del viaje en las crónicas de Laura Méndez, *vid.* R. Sánchez Sánchez, *op. cit.*, pp. 24-30. Asimismo, “Laura Méndez de Cuenca: una mujer entre ciudades, una viajera entre ambos mundos”, *op. cit.*

entremezclan la diversidad de razas, usos y costumbres de los personajes que han emigrado a la nación norteamericana en búsqueda de fortuna; su afán sobrelleva un sinnúmero de ambiciones mundanas e ilusiones inalcanzables.<sup>83</sup>

### *1.2 La muerte*

El sino de la muerte quedó plasmado desde los primeros poemas (1872-1873) de Laura Méndez; su manifestación no era sólo recurso literario proveniente del romanticismo, era un signo vital, cincelado con paciencia mediante un “proceso en el que la mirada de Laura, ante el sufrimiento temprano y el desengaño, confrontado con una poesía puntual, transparente y contenida, ahora se cristalizaba, a través de una labranza lírica permanente”.<sup>84</sup> A la soledad debía seguirle como consecuencia funesta la muerte. Ella se encargó con pasión de retar a la proterva en tres sendas: su vida, la escritura, la trascendencia de ambas.

Es cierto que la generación de la autora desplegó su actividad creadora en un ambiente de paz y libertad, sin mantenerse del todo ajena a revueltas en el segundo lustro de 1870; no sucedió lo mismo durante su infancia, caracterizada por la violencia, persecución y marginación.

Esa atmósfera impregnó la vida de sus personajes, justamente porque el propósito de Laura Méndez es confinarlos desde el inicio del relato en esa suerte de suspensión vital que siente con angustia el personaje del cuento “Catalepsia”. Tiempo narrativo latente, suspendido, confluencia entre el destino y el libre albedrío, que “no resulta tan libre” con el

---

<sup>83</sup> En 1904 Laura Méndez asistió a la Exposición Universal de San Louis Missouri; 18 crónicas, publicadas en *El Diario del Hogar*, dejan constancia de su observación minuciosa y de las reflexiones socioculturales en torno a los pabellones de los países invitados.

<sup>84</sup> Pablo Mora en la “Introducción” a *Impresiones de una mujer a solas*, p. 40.

correr de los días; sus personajes mantienen ese estado de alerta necesario para tomar una resolución, en el mejor de los casos, o bien aceptar los designios de la Fortuna con resignación.

Porque no siempre el azar y el deseo coinciden, es entonces cuando el drama aparece a plenitud. Tal caso sucede en un cuento ejemplar: “Apoplejía de oro”, en donde el uso del dinero establece una serie de relaciones que determinan la conducta de los personajes. En los cuentos de Laura Méndez la riqueza tiene una importancia singular: exhibe la descomposición que genera, la desigualdad social, pero también permite establecer, mediante el trabajo, una sociedad más democrática, más equitativa.

Las alegorías puestas en escena por la autora: la ruleta como un símbolo de la existencia, el cuerpo humano insensible y corrompido por la ambición del dinero. La muerte se convierte merecidamente en una apoplejía de oro; parálisis y pérdida semejantes a las que sufre el acróbata de “Estaba escrito” —otro texto que pone en marcha el engranaje de la fatalidad— suspendido en el vacío, en lo alto del trapecio, sosteniendo entre sus piernas a una víctima, el ser amado:

Ya estaba Camila entre los pies de Marcial, cuando éste acertó a ver al payaso entre un grupo de maromeros; verlo y reconstruir la escena de los cariños del indecente, fue todo uno; como entonces perdió las fuerzas, y la niña, sin poderlo evitar, cayó desde la altura de la plaza, fracturándose el cráneo.

Al descender el acróbata por la cuerda en incomparable estado de idiotismo, la policía lo recibió para defenderlo contra la indignada plebe que quería aniquilarlo sospechando un crimen. ¡Son esos maromeros tan depravados!

Cuando Marcial entró a la cárcel del pueblo, era más de media noche, y la luna menguante asomaba por el Oriente con un pedazo de menos, como roída, destacándose sobre una negra nube, ni más ni menos que el corazón del artista sobre el fondo tenebroso del pensamiento.<sup>85</sup>

---

<sup>85</sup> Laura M. de Cuenca, “Estaba escrito”, en [http:// www.coleccionesmexicanas.unam.mx](http://www.coleccionesmexicanas.unam.mx), BNM, APEOF, C24, E1, D22. Manuel Gutiérrez Nájera en “La hija del aire” (1882) aborda el tema de forma sugerente pero con un tono paternalista. Amado Nervo publicó “Esmeralda” (1894) un relato con trama y desarrollo similar en un circo, en donde incluso algunos párrafos tienen semejanza con el texto de Laura Méndez.

“La deseada” es un cuento que narra momentos cruentos de la Guerra de Tres Años (1858-1861), con su secuela de horror y muerte. Una mujer busca con desesperación en los arrabales de la Ciudad de México el cuerpo de su esposo, en una área colmada de hombres abatidos por las balas enemigas. La muerte le ha arrebatado al ser amado, al sostén económico de su hogar. Josefina, la protagonista, debe cargar ahora en su espalda el cadáver ensangrentado de su marido bajo un manto tétrico, una acción dramática apenas salpicada por la prosa lacónica de la autora. Ni la tragedia detiene el acaecer del tiempo, menos la sobrevivencia, la orfandad y el porvenir de su hija.

Sobre este aspecto cabe acentuar la diferencia de perspectiva en torno al tratamiento de la mujer en relatos contemporáneos de Leduc, Nervo o Gamboa; en general los personajes femeninos de Laura Méndez no sucumben a la tentación realista-decadentista de entreverlos como víctimas propiciatorias en las celdas, en las haciendas o en los prostíbulos; ellas se encaminan, mediante el trabajo asalariado, a su emancipación.

Es verdad que se presentan ejemplos —notablemente analizados por Domenella, Gutiérrez y Pasternac— en donde las actitudes y acciones femeninas no logran trascender su condición de sumisión y miedo; sin embargo, en otros cuentos los personajes de ambos géneros logran sacudirse rutinas, prejuicios, tradiciones, adquiriendo una conciencia solidaria, no obstante sus contradicciones personales.<sup>86</sup>

La fatalidad ronda las calles de la Ciudad de México, pero ahora se abate cruel sobre dos niños. En sendos cuentos, “Los dulces de los Santos Reyes” y “La venganza”, cuyas narraciones se ubican en una casona de la calle de Santo Domingo y en una vecindad de La

---

<sup>86</sup> Las autoras matizan sus juicios —a la luz de los nuevos relatos encontrados hasta 2006— en el ensayo “Laura Méndez de Cuenca. Forjando la nación, entre el magisterio y la escritura”, en *Impresiones de una mujer a solas*, pp. 331-367.

Merced, la autora relata las tribulaciones de dos familias de diverso origen socioeconómico, en un caso la muerte llega para la familia rica, en el otro se ceba sobre los pobres. Sin caer en la sensiblería al uso, Laura Méndez con una llaneza elogiada pone fin a sucesos trágicos. La urbe surge con sus misterios y contrastes: amplios patios, corredores, balcones, ventanas, carruajes, fuentes, tendejones, comercios de postín.

La muerte, se sabe, iguala todo, a veces es una decisión propia, el suicidio, deplorada por Laura Méndez en el caso de Manuel Acuña, por su cobardía para afrontar los reveses cotidianos. A Casto Porrugas, personaje del cuento del mismo título, reprocha su debilidad “para el combate con las tristezas de la vida”. Resuelto a suicidarse en una noche de profundas cavilaciones, sobrevendrá la casualidad para salvarle la existencia.

En ocasiones sus protagonistas son marionetas del destino, sirven como ejemplo disuasivo, no a la manera judeocristiana del castigo, sino como víctimas de la descomposición humana. Un caso singular se presenta en “La Venta del Chivo Prieto”, puesta en escena de una arquitectura bien diseñada: la casona, alejada del centro del pueblo llamado Las Palmas,<sup>87</sup> tiene dos niveles —una escalera los comunica— con su cuarto para los huéspedes, una sala, el patio trasero que sirve para hornear chivo en barbacoa, al cual se accede por una puerta posterior. Esta casa es el escenario circense de la ambición de Severiana; su consorte, un hombre pusilánime, ha renunciado a todo, excepto al cariño de su hijo. La dignidad del marido se enfrenta al placer sensual, el deseo es más fuerte que la razón y termina por vencerla. Así cada uno se somete a la voluntad del otro por comodidad,

---

<sup>87</sup> Hay que destacar que ese lugarejo llamado Las Palmas reaparecerá en otros relatos, e incluso en su novela *El espejo de Amarilis*. Como lo entrevió Pablo Mora, resulta ser un lugar fundacional que presagia otros semejantes: Santa María, por ejemplo, de Juan Carlos Onetti, con quien también comparte Laura Méndez el tratamiento singular del tiempo narrativo, más explícito en “El dietario de Karlsbad”, *vid. Impresiones de una mujer a solas*, pp. 273-298.

siguiendo su “natural inclinación”. La víctima, el hijo adolescente, es sacrificada accidentalmente por el padre, ocasionando la degradación definitiva de ambos progenitores.

En este relato, con frecuencia en la mayor parte de ellos, el tiempo narrativo juega un papel relevante, los acontecimientos van ocurriendo en una serie de secuencias en presente sucesivo, como una presentación de actos circenses: una mujer con rasgos y actitudes varoniles;<sup>88</sup> un hombre fuerte como un toro, pero domesticado; el hijo de ambos: imberbe, virginal. El desenlace, si bien previsible, mantiene el interés del lector porque la autora domina con habilidad el ritmo interior del relato. Laura Méndez trastoca el tiempo narrativo (15 años *pasan*) con el tiempo de lo narrado, trasladando el desarrollo de la anécdota a los inicios de la Intervención Norteamericana, sellándolo al iniciar la Guerra de Tres Años; con ello agrega un ingrediente sociopolítico que abona a favor de su verosimilitud.

Por otro lado, los cuentos de la autora adquieren visos de escenificación, trátense de los grandes decorados de la ópera, escenografías simples, bien de representación dramática, teatral, circense u oratoria. Por ejemplo, las ejecuciones llevadas a cabo en la plaza de San Francisco California, que Laura Méndez narra en “La confesión de Alma”, donde el espectáculo de la muerte es llevado a su expresión mínima: la *nota* periodística. La horca dispuesta para escarmentar a los que subvierten la paz pública sirve a la cuentista para trazar un panorama del crimen y castigo, ilustrado desde la Antigüedad hasta el siglo XIX:

Desde Licurgo, hasta Lombroso pasaron en desfile por aquel pico de oro legisladores y filósofos; y los casos y las pruebas de la inutilidad de la pena de muerte se menudearon en forma más o menos anecdótica, siempre conmovedores, patéticos y llenos de interés. Una señora histérica se emocionó a tal grado que hubo que darle a oler sales, pues no había dejado de hacer pucheros durante la peroración, y nos anunció que no tardaría en desmayarse.<sup>89</sup>

---

<sup>88</sup> *Cfr.* Leticia Romero Chumacero, “Armonías y disonancias del modelo andrógino en relatos de Emilia Pardo Bazán y Laura Méndez de Cuenca”, en <http://www.ucm.es/info/especulo/numero29/armonias.html>.

<sup>89</sup> Laura M. de Cuenca, “La confesión de Alma”, en *El Mundo Ilustrado*, t. I, núm. 17 (26 de abril de 1896), pp. 257-260.

Mención aparte consigue un cuento breve, que a mi parecer se encuentra entre lo más valioso de la narrativa de Laura Méndez, “Amaldina”. El relato es una tragedia amorosa con reminiscencias clásicas: la atmósfera marina de las playas de la bahía de Nápoles, el pacto entre los amantes, el desenlace trágico tomado por mano propia. Antes de arrojarlo desde el acantilado Amaldina recuerda el pacto hecho con Pascualo; no, no puede irse sin cumplirlo. Justo a la salida de la boda religiosa de Pascualo, Amaldina lo liquida con un puñal. El remate del cuento es admirable:

Aprehendida por la guardia, declaró la culpable ante el Juez, que Pasqualo le había dado aquel cuchillo, para que con él lo castigara cuando le fuese infiel, que ella le había jurado hacerlo, y ahora no había hecho otra cosa que cumplir su palabra.

Amaldina espera salir pronto del mal paso, y buscar en la onda zarca el descanso del cuerpo y el espíritu. Allí donde las bañadoras de cada verano acuden en busca de salud.<sup>90</sup>

Amaldina obtiene la complicidad del lector, es digna de consideración porque logra por sí misma vengar la deshonra, el desprecio padecido; a diferencia de Carlota, el personaje de “El pantalón claro”, no se queda con la humillación y el coraje. La cárcel no será suficiente para limpiar la “culpa” de Amaldina, su “estupidez” por haber amado sin ser correspondida, reacción emocional sufrida también por la protagonista de “La confesión de Alma”, pero incomparable en la consecución de su deseo amoroso; pese a todo, Amaldina no terminará, como Alma, sus días en la oscuridad de una tienda.

El suicidio anunciado, el cuerpo de Amaldina flotando en las aguas salutíferas napolitanas, no será narrado por Laura Méndez, queda así exculpada de modo definitivo

---

<sup>90</sup> Laura Méndez de Cuenca, “Amaldina”, en *El Imparcial*, t. XXV, núm. 4536 (18 de febrero de 1909), p. 4. El cuento es una elegía en honor a Safo, apreciada en otros textos por Laura Méndez, quien incluso tradujo unos versos de la poeta griega: “Oh Venus, reina del amor, oh diosa, / reina de las sonrisas, deja al cielo, / descende presurosa / y al llegar a mi alcoba para el vuelo; / en el festín alegre y soberano / escancia el vino; y que la copa de oro / pase de mano en mano / rebosando del néctar que yo adoro: / ve que sólo mi techo presta abrigo / al que de Venus es constante amigo” (“Venus”, en *El Mundo Ilustrado*, año x, t. I, núm. 16, 19 de abril de 1903, p. 6). Safo falleció, según algunas versiones, al arrojarlo desde el promontorio de Leucade, isla del Mar Jónico, cerca de Corfú, sitio en donde se precipitaban al mar los infortunados amantes que querían curarse de su pasión y borrar el recuerdo de sus penas.

por la autora y el lector; esta manera de adhesión me acerca a un personaje borgiano inolvidable: Emma Zunz, provista de un destino que deberá cumplir escrupulosamente, a pesar del asomo dubitativo en un momento de crisis, para salvar su honor, no obstante la imposibilidad de restaurar su propia honra.<sup>91</sup>

En no pocos casos la muerte, la narración, termina cambiando de rumbo, respetando de forma cáustica —aquí la prosa de la autora resplandece— la vida de los personajes. En “Heroína de miedo”, “El aparecido” y “El milagro de san Panuncio” los protagonistas juegan con un destino manifiesto, escapando hacia una vida más larga, puesto que el viaje tiene que continuar. En estos ejemplos la ironía, elemento discursivo moderno usual en la autora, es fundamental para enlazar la relación de tramas tan disímiles.

Por ejemplo, en el relato “Ese bribón a Yucatán” el personaje se halla en el lugar menos propicio: el lugar del crimen, el azar y la perfidia de sus patrones lo involucran en acusaciones que lo encaminan a la cárcel de San Juan de Ulúa. “Los ochenta mil francos del boticario” está ambientado en Turín y la Ciudad de México. Piedad, una lectora asidua de novelas rosas, presunta escritora de versos, seduce a Juan para mantener devaneos clandestinos; la relación se ve salpicada por la correspondencia que depositan con nombres falsos en el correo. Ambos casos, tomados de la *nota* periodística, proporcionan a la autora material suficiente para tratar el asunto de la infidelidad, en la convivencia matrimonial, estable por una buena cantidad de dinero.

En la serie de cuentos de la autora en donde aparecen los animales: “La venganza”, “Los dulces de los Santos Reyes”, “La Venta del Chivo Prieto”, “Amaldina”, “Un buen negocio” y “El cerdo de engorda”, su presencia conlleva la desgracia o la fortuna. Por ejemplo, la figura de los gatos apareja la muerte, en cambio el cerdo suscita la riqueza a un

---

<sup>91</sup> Jorge Luis Borges, “Emma Zunz”, en *El Aleph* (Buenos Aires, 1957), pp. 59-66.

pastelero de Las Palmas.<sup>92</sup> Este aspecto animista, con su consabida moraleja, está vinculado estrechamente con la predilección de la cuentista por las fábulas de Esopo, Samaniego e Iriarte; en sus relatos cumplen una función educativa, pero también exhiben la paradoja del determinismo, ya que el ser humano pretende, mediante su libre albedrío, la razón de su existencia.

El tratamiento de la muerte que Laura Méndez pone en función tiene que ver, desde luego, con la lección trágica de los clásicos. Exhibir las miserias y grandezas del ser humano, y al propio tiempo liquidar a sus personajes, son premisas que retoma de sus maestros grecolatinos, y desde luego de la obra de Shakespeare:

Varios pasajes hay en la obra de Shakespeare que muestran al cortesano, al hombre avezado a vivir en los salones de los nobles y en las cortes, y familiarizado con esas costumbres, familiarizado con la política y sus ardidés, con los hombres de mundo, con los diplomáticos, con la realeza. Sabedor de las miserias de los grandes, de sus ascensos al poder como de sus desastres y sus caídas, es menester haber conocido de cerca y haber tenido la rectitud de criterio para juzgarlos, a los guerreros, a los cortesanos, a los letrados, a los jueces que tan maestramente presenta en las obras shakesperianas su verdadero autor.<sup>93</sup>

En efecto, Laura Méndez no tuvo piedad con sus personajes masculinos, nadie como ellos reunían esas miserias delatadas por la medida de sus actos: en “El cuico”, “El aparecido” y “La bruja”, aquellos asesinan con brutalidad a sus consortes. Por su parte, a sus protagonistas femeninas les otorgó la posibilidad de reivindicarse, no mediante la muerte, que hubiera sido demasiado benévolo, sino a través de la lucha tenaz día a día con su entorno social. En los escasos relatos en que éstas fallecen por accidente o enfermedad,

---

<sup>92</sup> Milada Bazant me comunica que los abuelos franceses de Laura Méndez se dedicaban a la repostería, su tienda se encontraba en la calle de La Concepción (hoy Belisario Domínguez), Ciudad de México.

<sup>93</sup> Laura Méndez de Cuenca, “¿Comediante o poeta?”, en *El Imparcial*, t. XXVIII, núm. 4957 (15 de abril de 1910), p. 7. En este ensayo Laura aborda el asunto del valor estético y la autoría de las obras shakesperianas, puestas en duda por el investigador Bleibtreu, quien atribuyó al conde de Rutland ser el verdadero autor. En torno a la presencia de la obra del dramaturgo inglés en México en la segunda mitad del siglo XIX, *vid.* el artículo de Wendell M. Aycok, “Shakespeare en las obras de Manuel Gutiérrez Nájera”, en *Memoria. Coloquio Internacional...*, pp. 213-223.

“Estaba escrito” o “La tanda”, reciben un tratamiento de fatalidad literaria, si es que la muerte asume esa condición.

El dinero, como factor social, interviene de manera terminante en las relaciones amorosas que se presentan en la narrativa de Laura Méndez. Tal vez porque en su manifestación existe un trato desigual, establecido por normas, prejuicios y una buena dosis de condición humana, siempre predispuesta al egoísmo y a la traición. Así es evidente en dos cuentos: “Trabajar para sí” y “Un buen negocio”; los dos están ambientados en sitios europeos, aquél en París, éste en España; en ambos son las mujeres quienes mediante una herencia consiguen un trato de igualdad.

“Trabajar para sí”, uno de sus primeros cuentos escritos con el seudónimo de Stella, inicia con una postal que exhibe la calle de Plateros en la Ciudad de México, de donde Julieta, una mujer viuda, tiene que trasladarse a Europa para resguardar su dignidad e iniciar una nueva vida lejos de los embustes eróticos de Juan. Al cabo de cinco años, se reencuentran en una avenida parisiense. Al final ella acepta las pretensiones de Juan, terminan estableciendo un hogar. La muestra anterior es la única en donde el amor sale bien librado y sobrevive a un final funesto; más adelante Laura Méndez matizará las conveniencias de un enlace de pareja convencional a favor de otros sustentados en la igualdad social, educativa y política.

La autora, en relatos posteriores, combinará los escenarios dilatados con una mirada que perfila el interior de la vida de sus protagonistas, mediante un recorrido narrativo con elementos figurativos, visible en el panorama de los escenarios teatrales, la fotografía y el cinematógrafo.

La muerte para Laura Méndez es una ironía de la vida; así no representa para ella el momento culminante de la existencia: la vida late en sus momentos de crisis, la posibilidad de superarlos, se *vive* aquí sobre la Tierra.

Venida la estación veraniega, Alma rehusó el permiso de dos semanas de vacaciones que anualmente sus patronos le concedían. La verdad es que no se sentía mal; por el contrario, la sacudida que, de corazón a cabeza la había arrojado en una atonía profunda, de la cual le parecía imposible quedar libre, había en cambio mejorado su sistema: ganaba en carnes de día en día y su color era más uniforme. Ni el más ligero achaque que rebajara su fuerza vital sustrayéndola siquiera por breve tiempo a aquella congoja inacabable. Caer mala de algo doloroso, ¡qué alivio tan inmenso! Abatido el cuerpo por la dolencia no tendría vigor para sentir ni en el torcedor del recuerdo, ni el incentivo de lo imposible ni el bochorno de la vergüenza. Una calentura... ¡Qué alegría! ¡Qué cosa más sabrosa que el delirio para endulzarse la boca con un nombre querido que no se puede pronunciar en estado de razón sin inspirar lástima o desprecio!<sup>94</sup>

Es pues el de la autora, un pensamiento que plantea una doctrina filosófica, en donde la religión tradicional cede su importancia al esfuerzo individual, a los logros de una sociedad democrática, en suma a sus *acciones*. Los nuevos dioses: el progreso, la educación, también serán puestos en liza para ser enjuiciados; al final Laura Méndez mantiene su espíritu en rebeldía, impregnado de melancolía crepuscular.

### c) *La duda*

El tema de “¡Abandonada!” es la Duda, con mayúscula. Surge otra vez la viajera, o más bien el viaje prosigue, tras el alivio del llanto que brota en la protagonista de “Un rayo de luna”. Pero esta vez se trata de navegar por aguas inquietantes, una corriente de agua lúgubre la ha arrastrado hasta allí. El cansancio y el dolor no son sólo físicos, resultan de pesares acumulados durante su vida, la viajera se halla ante una mole de granito, suerte de tálamo mortuorio, convertido en ruinas por el abandono y la tristeza.

---

<sup>94</sup> Laura M. de Cuenca, “La confesión de Alma”, en *El Mundo Ilustrado*, t. I, núm.17 (26 de abril de 1896), pp. 257-260.

La referencia a la leyenda española “La cruz del diablo” es innegable. Anota Rubén Benítez, en la edición becqueriana, que el tema parece venir del folclore de la zona pirenaica. Allí existe una tradición con un anatema: arrodillarse ante la *Pedra del Dimoni* condena a eternizarse en esa posición:

De Chateaubriand proviene también su tratamiento del paisaje y de la ruina. Paisaje y ruinas parecen fundidos, como un símbolo de la trascendencia del mundo y de la historia, y de la caducidad temporal del hombre. Troncos de árboles y columnatas, ramas y ornamentos, luces policromas del atardecer y vitrales, todo se asocia como expresión de un aliento divino que anima la creación, la eterna creación de mundo o la precedera creación artística.<sup>95</sup>

En el relato de Laura Méndez, la aparición espectral, condenada de por vida a mantenerse postrada, conmina a la peregrina a buscar otro rumbo menos funesto. En “la cruz del camino”, por el contrario, late la vida, sucesión de tristezas y dichas; en todo caso el ser humano prosigue interminablemente su viaje.

Sin embargo, lo que distingue a estos dos relatos es el tratamiento de la religiosidad, un aspecto que los separa de manera terminante. Bécquer acude a la leyenda primitiva para acentuar el carácter cristiano de la anécdota, en cambio para Laura Méndez, educada en un ámbito laico y anticlerical, el tema es un acto de fe, la purificación del abatimiento, la búsqueda de lo inefable.

Otro cuento interesante al respecto se llama “La espina”. El protagonista, un niño de siete años, a quien se le ha quedado clavada en un dedo una espina de tuna, al tomar la fruta sin permiso, va presenciando sucesos que le machacan la crueldad y la incapacidad humana por respetar la vida de todo ser viviente. El infante cuestiona a sus parientes sobre el por qué de las acciones humanas, con la interrogante abre una pregunta filosófica:

—¿Muy cruel? Así es que Dios, que ha creado la Naturaleza, ¿es cruel también?

---

<sup>95</sup> Rubén Benítez, “Introducción” a la edición de *Leyendas, apólogos y otros relatos*, p. 113-115. “La cruz del diablo”, se publicó en España, por primera vez, en *La Crónica de Ambos Mundos* (21 y 28 de octubre de 1860).

—¡Qué sabes tú de esas cosas! Todavía estás muy verde. La Naturaleza es todo lo que existe: hijo de la Naturaleza es el hombre, producido por las fuerzas misteriosas de la vida; y después de corta existencia en el mundo, como ser pensante, retorna al seno común, como la gota de agua, que fue momentáneamente nube y lluvia, retorna al mar.

Dijo, y se atusó de nuevo los soñados bigotes.

—Pero, ¿y después? ¿Qué sigue luego? ¿Cuál es lo último de todo?

—¡Eso sí, quién sabe!

El último trago de chocolate se quedó por beber en la taza, espeso y frío. Clavó Isidoro la barba sobre el pecho, y apretándose con una mano la frente y con la otra el corazón, se quedó ensimismado, mientras que su hermano el escolar se alejaba muy campante. Volvió la espina, agrandada, en todo su ser. Lo peor de todo es que la siente todavía.<sup>96</sup>

En el cuento “Los dulces de los Santos Reyes”, Tomasito, el niño travieso del barrio, es envenenado por los dulces que en la madrugada le han dejado en el pretil de la fuente del patio los “tres reyes”. León, el amigo pudiente, pregunta a Dios si los reyes además de “injustos y estúpidos”, son “asesinos”. El silencio es la respuesta. No es casual, entonces, que Laura Méndez ponga en boca de sus personajes infantiles —a la manera de Gutiérrez Nájera o Ángel de Campo, pero dejando de lado la conmiseración— la tentativa de una nueva perspectiva educativa de asumir la realidad social mexicana.<sup>97</sup> Como se verá más adelante, esta tipología reaparece en diversos relatos de Laura Méndez; el surgimiento de personajes adolescentes, por ejemplo en “La tía de don Antonio”, “La Venta del Chivo Prieto” o “La tanda”, son una contribución de la autora a la narrativa mexicana.

Asimismo, la dura crítica hacia la institución religiosa, un aspecto que recorre su obra narrativa, fue una de las razones que la llevaron a ampararse bajo el seudónimo de Stella,<sup>98</sup> sucede que tres de los cuentos de 1890 tienen lugar dentro de edificios administrados por la Iglesia; en ellos no sólo se enclaustra a las mujeres, impidiéndoles su desarrollo educativo, de igual modo se acogen sacrilegios e infortunios mundanos; también a esos recintos acude

---

<sup>96</sup> Laura Méndez de Cuenca, “La espina”, en *Simplezas* (Paris, 1910), pp. 120-122.

<sup>97</sup> José Ricardo Chaves, en su curso sobre el andrógino impartido en la FFyL UNAM (2008) apunta con pertinencia que la aparición de personajes infantiles, del loco, del afeminado y del médico en la narrativa se debe a situaciones de carácter subversivo dentro de una sociedad tradicional.

<sup>98</sup> *Vid.* Advertencia Editorial.

la muerte presurosa para castigar la profanación de una pareja de amantes que han mancillado su recinto. La actitud de Laura Méndez es congruente con su formación liberal y anticlerical, el cuerpo debía ser rescatado de las penumbras del claustro, para que el Estado lo educara en la libertad y la democracia. Así lo ha expresado de forma más meditada en artículos posteriores: “Las necesidades de México”.<sup>99</sup>

Sin embargo dejó de reñir con la institución católica, al percatarse de que la solución se encontraba en la apertura de centros educativos que estuvieran en manos del gobierno liberal. Por tanto, había que empezar de inmediato la transformación de la sociedad mexicana; el primer e ineludible paso era dejar de rabiarse, documentarse en los sistemas más avanzados de la pedagogía. Ya desde 1878, como directora de un plantel capitalino de instrucción elemental, había adoptado el método pedagógico de Fröebel, antecedente de los jardines de niños en México.<sup>100</sup> La tarea inconmensurable de la instrucción pública laica era si no la única, sí uno de los instrumentos más eficaces del progreso de la sociedad mexicana decimonónica, de acuerdo con la autora.

El cuento que mejor ejemplifica este discurso es “El milagro de san Panuncio”. Sin alardes prosísticos, con una sutileza apreciable, la narradora pone en entredicho los prejuicios religiosos de una anciana carbonera que reparte su producto a una escuela. La encargada del colegio recurre a las argucias para aliviar los achaques de la anciana trabajadora:

---

<sup>99</sup> Serie de tres ensayos publicados en *La Mujer Mexicana*, t. II, núms. 3, 4 y 5 (marzo, abril y mayo de 1905), pp. 1-2, respectivamente.

<sup>100</sup> Para Friedrich Fröebel la educación del hombre comienza desde la niñez; el juego es el medio más adecuado para introducir a los niños al mundo de la cultura, la sociedad, la creatividad y el civismo, sin olvidar el aprecio y el cultivo de la Naturaleza en un ambiente de amor y libertad; esta idea fue la que inspiró al pedagogo alemán para fundar los jardines de la infancia o *kindergarten*. En palabras de Fröebel, el jardín de niños debía ser una extensión del hogar.

En el colegio situado en el remate de la cuesta, a donde doña Tules llevaba sacas de carbón tres veces al día, la veían llegar como el mosquero que se cuelga por la ventana, apenas se inicia un aguacero. Unas llamábanla la “llaga ardiente”; las más caritativas, “la tía Dolores”. No faltaba quien, con sobrada impertinencia, en vez de corresponder con otro a su saludo, le espetase groseramente: “¿Qué le duele a usted hoy, doña Tulitas? ¿La lengua? Habrá usted hablado mal de mí y por eso”.

Ella no reparaba en la burla, preocupada como estaba en la decadencia de la salud, único asunto de interés para todo achacoso. Respondía de buena fe a la impertinente, añadiendo a la consabida enumeración ordinaria de sus padecimientos, una retahíla de síntomas nuevos, que por su infinita variedad quitaban monotonía al relato.<sup>101</sup>

Es cierto que la educación era una herramienta indispensable en el desarrollo del México de fin de siglo, que los afanes de algunos funcionarios y profesores responsables eran meritorios. Empero, el nuevo siglo no presagiaba amplios logros, la sociedad mexicana en general se encontraba sumida en una creciente pobreza. La duda sobre los alcances del progreso anunciado incubaba en las mentes rudas de adultos y ancianos, cansados de esperar las bondades prometidas, la riqueza seguía en manos de la Iglesia y los patrones. Al igual que los niños, los ancianos cuestionaban esa realidad lacerante:

¡Cochinos porqués! Como serpientes iban enroscándose en el cerebro las dudas traidoras y las preguntas sin respuesta: ¿Por qué gastar en basílicas y claustros, tesoros que comprarían a los infelices, el honesto placer de alimentarse cada día, y, a sus horas, de proteger su miserable armazón de las inclemencias de la intemperie? ¿Por qué esto, y lo otro, y lo de más allá? Mas, pronto encontraba el camino de Damasco, y, rendido de cuerpo y alma, echábase en la cama diez minutos, en busca de reposo. Recobrado, volvía la fe a su espíritu, con la seguridad de la paloma mensajera que retorna a la estación de partida.<sup>102</sup>

La duda era inequívocamente una manifestación del cambio de perspectiva respecto a la vida literaria y a la orientación vital de Laura Méndez, ambos mecanismos personales y humanos, se fueron transformando en función de la movilidad de los límites de la autora. La perspectiva se abría como un camino árido, el cual debía recorrerse con la entereza necesaria para sobrevivir sin añoranzas ni rencores; la búsqueda continuó en ese andar perenne que caracterizó la vida y obra de la poeta.

---

<sup>101</sup> Laura Méndez de Cuenca, “El milagro de san Panuncio”, en *El Imparcial*, t. XXV, núm. 4443 (17 de noviembre de 1908), p. 4.

<sup>102</sup> Laura Méndez de Cuenca, “El ridículo Santelices”, en *Simplezas* (Paris, 1910), pp. 55-67.

A esa lúgubre oscuridad llegaría la luminosidad, no como un remanso, sino presagiando contiendas fructíferas en su quehacer creativo; pero antes era necesario que la pasión romántica se manifestase de manera contundente, irrefrenable, en su vida. Sus primeros cuentos, el resto de su obra incluso, contienen ese material de diversa índole.

## 2. *LA POÉTICA DEL COMETA: EL NÚCLEO*

Los años de formación académica y literaria de Laura Méndez de Cuenca abarcan fundamentalmente tres décadas (1857-1887). Aunque el período parece excesivo, no lo es, atañe a circunstancias personales y a momentos históricos peculiares. Por el lado histórico circunscribe la promulgación de la Constitución de 1857 y el fortalecimiento del régimen de Porfirio Díaz; por otro, en lo que concierne a su biografía, sucede desde la violencia militar nacional entre liberales y conservadores, cruza los avatares amorosos, prosigue con su titulación como profesora de instrucción primaria elemental y finaliza con la publicación firme de sus textos literarios.

La infancia de la narradora transcurrió cuando la vida sociopolítica de México era un caos, “una verdadera cena de negros”. En 1854 Ramón Méndez Mérida, padre de la autora, se enroló en el ejército conservador;<sup>103</sup> dos años después el soldado fue aprehendido y recluido por las fuerzas liberales en la cárcel de Tampico, enseguida alcanzó su libertad sin cargos en su contra. En este año de 1856 la familia Méndez Lefort se trasladó de la Hacienda de Tamariz, Amecameca, a la Hacienda de Santa Cruz, en Tlalmanalco, ambas en el Estado de México; aquí fue visitada por un personaje de origen español llamado

---

<sup>103</sup> Enrique Cárdenas, “Méndez Ramón”, en *Mil personajes en el México del siglo XIX*, t. II (México, 1979), p. 508.

Marcelino Cobos, general destacado de las milicias conservadoras. Laura Méndez, observadora perspicaz desde temprana edad, relata el acontecimiento:

Una tarde clara y plácida, la tertulia se formó en el patio, a la orilla del río, frente a la rueda del molino, que acababa de parar su volteo. Don Gumersindo me montó en sus rodillas, y mientras él refería a mi padre algún episodio de la vida española, yo le desaté la corbata, le desabotoné el chaleco, y de un tirón le eché fuera la aletilla de la camisa, donde indiscretamente unas manos queridas habían bordado un nombre. Entretenido en el relato, el español no se fijó en mi travesura, hasta que, mostrando la marca, grité gozosa: “¡Mira, mamá! Aquí dice Marcelino Cobos.” Nadie sabía que ya podía yo leer, así que fue una sorpresa para todos.

El hombre se puso blanco como un muerto. Mi padre le estrechó la mano, diciéndole: “Usted no es sino don Gumersindo Morlote, y nosotros, sus amigos”. Mi madre le alargó de su canasta de costura, las tijeras, con que cortó la marca delatora.

Cuando, algunos años después, leí de corrido los pormenores del fusilamiento o mutilación, o lo que fue del bandido Marcelino Cobos, lloré mis primeras lágrimas por algo que no era la muñeca rota o el dulce no comido. Diga lo que quiera la Historia, Marcelino Cobos, alias Gumersindo Morlote, fue un alma que dejó una grata emoción en la mía de niña.<sup>104</sup>

Durante la Guerra de Reforma Ramón Méndez fue ascendido a coronel con cargo del Batallón de Tiradores; en 1861 para proteger a su familia solicitó su traslado al recién desamortizado Convento de Santa Clara en el centro de la Ciudad de México.

Después de la invasión extranjera y la ocupación francesa, la niña Laura Méndez fue testigo de los acontecimientos históricos ocurridos en 1862. ¿Cómo entender que la hija de una mujer francesa y un militar conservador, desde uno de los balcones de su nuevo hogar, arroje pétalos de amapola al ejército liberal en su paso victorioso después de la Batalla del 5 de Mayo?<sup>105</sup> Sin duda se trata de imágenes que corresponden a un destino romántico, trágico, pero que con el tiempo la poeta irá decantando hacia una posición humanística de la entereza, del perdón, de la reconciliación, de la melancolía. ¿No son finalmente aquellos

---

<sup>104</sup> Laura Méndez de Cuenca, “¿Quién era don Gumersindo Morlote?, cuando México era un caos. Recuerdos de antaño”, en *El Imparcial*, t. XXIV, núm. 4184 (15 de marzo de 1908), p. 10. Marcelino Cobos nació en Manresa, España, murió por manos del ejército republicano y rancheros mexicanos; su cabeza fue paseada en triunfo por la Ciudad de México.

<sup>105</sup> *Vid.* Laura Méndez de Cuenca, “Conferencias y cocina”, en *El Imparcial*, t. XXIII, núm. 4058 (10 de noviembre de 1907), p. 10.

pétalos morados de la amapola una metáfora de purificación y gloria, una extraña imagen entre cristiana y pagana?

No obstante, el ambiente de persecución y odio desatado contra los partidarios imperiales derrotados alcanzó a sus propias familias.<sup>106</sup> Federico Gamboa en su novela corta *El evangelista* refiere esos momentos punzantes: “Los más benévolos, los que no pedían en su contra azufre y pez ardiendo, llamábanlos traidores, mal nacidos y perros hasta la cuarta generación. Y lo que Moisés preguntábase aterrado: ¿tan sin entrañas sería la República, que no habría de perdonarlos nunca?”<sup>107</sup>

Para 1865 la familia Méndez Lefort radicó en la calle de los Ciegos, en las inmediaciones de Santa María la Redonda, zona poblada por familias francesas. El *Almanaque de la Corte* 1866 indica que en este año “el general Ramón Méndez es ayudante de campo del archiduque [el emperador Maximiliano], comandante superior militar de Michoacán, comendador de la Orden Imperial de Guadalupe y caballero de la Orden Imperial de la Legión de Honor de Francia”.<sup>108</sup>

El Estado de Michoacán fue escenario durante 1866 de batallas violentas entre el ejército liberal y las fuerzas imperiales, pero también de ejecuciones sumarias. En enero de 1867 las fuerzas liberales tomaron el control de Morelia, ocasionando la huida de la tropa del Imperio rumbo a Querétaro para auxiliar a las huestes del emperador Maximiliano en la defensa del sitio. El 15 de mayo, tras de enconada lucha, la plaza cayó en manos del ejército republicano, dirigido por el general Mariano Escobedo; cuatro días después el general Ramón Méndez fue fusilado en la ciudad de Querétaro. Al cabo de un mes son

---

<sup>106</sup> Vid. Concepción Lombardo de Miramón, *Memorias* (México, 1980).

<sup>107</sup> Federico Gamboa, *El evangelista* (México, 1927), p. 34.

<sup>108</sup> *Almanaque de la Corte, año de 1866* (México, 1866). El general Ramón Méndez era nativo del pueblo de Ario, Michoacán.

ejecutados Maximiliano de Habsburgo, y sus más cercanos colaboradores, Miramón y Méjía, en el Cerro de las Campanas.<sup>109</sup>

El desenlace de estos acontecimientos no concluyó con la muerte de sus protagonistas, los sobrevivientes, desde otros ámbitos, en la oposición o al interior del grupo en el poder, sintieron la pesadumbre de los derrotados, la miseria humana ocasionó estragos en el seno familiar. Laura Méndez no evitó ser involucrada en la lucha de las facciones políticas que persistió en la historia finisecular de México; por el contrario, fue consciente de su pasado familiar, logró asimilarlo, sin olvido, a favor de una vida y una escritura con dimensiones universales.

### *2.1. Patria y Sociedad: La misión del escritor*

Fue de vital importancia para Laura Méndez vincular el compromiso social, la perspectiva de un gobierno democrático sin violencia, con la misión del escritor; según ya hemos apreciado durante su formación juvenil. La obra de la autora mantuvo ese encargo, incluso en la década de 1910 cuando dejó la creación literaria para dedicarse en pleno a la docencia. Este capítulo establece una liga cronológica y de pensamiento con sus maestros mexicanos.

Así, del dictamen ofrecido por los escritores mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX respecto a la misión del escritor y la indagación de una literatura nacional, destacan las perspectivas de Francisco Zarco e Ignacio Manuel Altamirano.

---

<sup>109</sup> Agustín Rivera y San Román, *Anales mexicanos. La Reforma y el Segundo Imperio* (México, 1994), pp. 308-310, retrata los hechos de manera precisa; según la narración, Ramón Méndez fue fusilado por la espalda frente al Convento de Santa Teresa, Querétaro, en señal de traición a la Patria.

Quizá uno de los primeros pensadores que examinó la realidad de la cultura nacional con agudeza fue Francisco Zarco; de su “Discurso sobre el objeto de la literatura”, glosó algunos preceptos:

1. La vocación, la independencia y, tal vez, la altivez noble del carácter, son cualidades indispensables en el escritor; sin ellas no puede jamás servir a la causa sagrada de la verdad ni de la moral.
2. La literatura moderna, comparada con la antigua, reconoce la excelencia de la mujer, que eleva a un grado de sublimidad y abnegación, de espiritualismo y desinterés. La justa estimación de la mujer es un paso importante en la carrera de la civilización, al mirar en ella un ser pensador en nada inferior al hombre, se reconoce su influencia social, influencia bienhechora y generosa.
3. La política no es un terreno extraño a la literatura. También en aquélla hay belleza, también en ella hay nobles sentimientos; en el ejercicio de la política hay que disipar errores, desarraigar funestas preocupaciones, generalizar interesantes verdades, derribar altares en que el crimen se hace adorar y las aras en que se sacrifica al género humano.<sup>110</sup>

En otra colaboración de 1852, publicada en *La Ilustración Mexicana*, Zarco nos previene acerca de la tentación del escritor de ampararse bajo la tutela del Estado:

El favor debilita, la protección corrompe, y el genio se degrada y se envilece cuando consiente en ser parásito del poder. Limítense los gobiernos a respetar el talento, aun cuando lo encuentren entre sus adversarios, y el escritor dedíquese a trabajar con empeño y resignarse a no

---

<sup>110</sup> Francisco Zarco, “Discurso sobre el objeto de la literatura”, en *Obras completas*, t. XVII (México, 1994), pp. 764-777. En la sesión efectuada el 24 de abril de 1869, Zarco pronunció las palabras de bienvenida a la constelación literaria de la República Restaurada, reunida en torno a la Sociedad Netzahualcoyotl; al terminar la tertulia, “para darle las gracias, improvisó un discurso sobre la misión de la literatura en los tiempos modernos, sosteniendo que debe consagrarse a generalizar la civilización y los conocimientos útiles entre todas las clases del pueblo” (*El Siglo Diez y Nueve*, 25 de abril de 1869, p. 3).

esperar recompensa. Que el pueblo instruido mediante la educación, sea el que proteja al escritor y le conceda consideraciones justificadas.<sup>111</sup>

Será en el artículo “El poeta”<sup>112</sup> en donde exalte las virtudes, valore las penurias e ilusiones del creador, una larga lista da cuenta de sus afinidades literarias: Homero, Milton, Campoamor; pero además cita a escritoras como *Madame* de Staël, Dacier, sor Juana, santa Teresa, Carolina Coronado, en lo que bien se entiende como el *summum* de la creación poética femenina. En este aspecto conviene destacar que Francisco Zarco valora la participación de la mujer en el ámbito social, en su labor doméstica, en la actividad como profesora y en el incipiente oficio de periodista. Los artículos firmados con el seudónimo de Fortún son lecciones de civilidad, de moral diaria, que atañen sobremanera la función de la mujer en la sociedad mexicana.

De distinta índole es el criterio de Ignacio Manuel Altamirano, más cercano a las propuestas del romanticismo nacional. La “Carta a una poetisa” (1872) contiene algunas reflexiones que conviene examinar.

1. La manifestación de Dios se halla en la Naturaleza, no en los altares. Hable el lenguaje del dolor o el de los deseos, pero sin llevar por guía más que a la Naturaleza.
2. El primer himno es para los dioses, el segundo para los héroes, el tercero para el amor. Pero no es necesario buscar ejemplos ajenos, describa el escritor nuestros paisajes y cree un estilo eminentemente nacional.

---

<sup>111</sup> Francisco Zarco, “De la protección a la literatura”, en *Obras completas*, t. XVII, pp. 818-823.

<sup>112</sup> *Ibid.*, pp. 824-833.

3. Inspírese en el amor, porque el amor será siempre el numen querido de la juventud; el amor don eterno de la Naturaleza y condición indispensable de vida de todo lo que existe, es también una fuente eterna de poesía.<sup>113</sup>

Las dos vertientes de pensamiento fueron pródigas en la formación cívica y literaria de la constelación de la República Restaurada, a la cual perteneció Laura Méndez. Ambos personajes, Altamirano y Zarco, eran guías sin discusión para las jovencitas y jóvenes de la Sociedad Netzahualcoyotl; ahora amparados por un régimen alejado de la violencia fratricida de los años anteriores. El encargo pedagógico no excluía el rigor poético imprescindible para ahondar de manera ficticia en los grandes problemas nacionales; por la vía del ejemplo, la autora entendió que la civilidad es necesaria para conformar los signos medulares de una nación.

Por consiguiente, es posible entrever dos formas distintas de acercarse a un mismo propósito: la Educación Nacional. Sólo que era indispensable lograr una actitud de reconciliación entre ellas, justamente porque conformaban una totalidad creativa social y política. En palabras de Francisco Zarco: la “política no es ajena a la literatura”; sin embargo, para el cabal funcionamiento del gobierno y la sociedad, deben mantener en sus atribuciones una relación de respeto, pero sobre todo de libertad.

Desde esta perspectiva, en la vida profesional de Laura Méndez cabe distinguir dos actitudes coherentes. Una de ellas mantiene la independencia del escritor respecto a las prebendas del régimen y sus instituciones —diversas notas periodísticas documentan su consternación por los reveses en pos de la obtención de trabajos en el magisterio y en el periodismo, en donde tuvo que luchar para conseguir esos puestos sin mediar dádivas ni favores. Al respecto, en la prensa mexicana se señalaría sobre nuestra autora:

---

<sup>113</sup> Ignacio M. Altamirano, “Carta a una poetisa”, en *La misión del escritor* (México, 1996), pp. 231-250.

De talento natural, abonado con selecta lectura, y bien aprovechada instrucción, alcanzó por voto unánime el título de profesora. Compartió las arideces del profesorado con los deleitosos desahogos de la inspiración poética. Casó con un poeta, y aquellas liras, enlazadas por el amor, fueron pródigos manantiales en los que el buen Apolo pudo haber saciado su sed.

Viuda y pobre, vivió de su pluma, cosa rara, tal vez única en México, e impulsada por uno de sus arranques varoniles, que en mucho la distinguen, marchó sola, a San Francisco California, sin hablar una palabra en inglés.<sup>114</sup>

En otras circunstancias, a su retorno a nuestro país, con un prestigio consolidado, laboró como representante del gobierno mexicano ante instancias educativas internacionales. No obstante el encargo, tampoco transigió con su voluntad insobornable. Justo Sierra tuvo en Laura Méndez una de sus principales colaboradoras para llevar adelante los programas didácticos necesarios para el impulso de la nación mexicana.

## 2.2. La educación nacional

La formación pedagógica de Laura Méndez la vinculó de manera continua con su entorno educativo, desde luego como alumna de la Escuela Nacional de Artes y Oficios, del Conservatorio Nacional; ya profesora de instrucción elemental en sus primeros años de trabajadora, ya editora y columnista de publicaciones, ya representante del gobierno mexicano en el extranjero. Todo pasaba por el tamiz de la educación del pueblo mexicano.

Consistentemente se ocupó de estos temas de manera puntual en los informes que remitió al maestro Justo Sierra,<sup>115</sup> pero también lo consiguió en su labor periodística desde las páginas de *El Mundo Ilustrado* y *El Imparcial*. A su retorno de San Louis Missouri (1905) se hizo cargo de una revista que reunió lo más destacado de la intelectualidad femenina: *La Mujer Mexicana*. Además de su responsabilidad en la dirección, publicó una

---

<sup>114</sup> Porfirio Parra, "Laura Méndez", en *Jueves del Mundo*, sección Artes y Artistas, núm. 22 (12 de junio de 1902), p. 13, *vid.* Apéndice III.

<sup>115</sup> Dichos informes pueden ser consultados en el *Boletín de Instrucción Pública y Bellas Artes*, entre los años de 1903-1910.

serie de tres artículos sobre el particular: “Las necesidades de México”.<sup>116</sup> Educación, higiene y alimentación, forman el triángulo sobre el cual se sustenta la propuesta teórica de la profesora Méndez de Cuenca.

Precisamente en torno a la tríada en cuestión, sus cuentos, a diferencia de los ensayos, fueron breves y contundentes, puesto que la ficción le permitió narrar sin emitir juicios de valor categóricos. En el relato “La curva”, una familia de mexicanos que habita la Alta California, extraños en tierra propia, tiene que luchar contra las restricciones de su origen cultural. Es verdad que el trabajo los salva del derrumbe total, sin embargo la carencia de instrucción escolar les impide entrever el progreso acelerado de la modernidad.

Ya está machucho el buen agricultor. No obstante la rudeza de su mente inculta, hace esfuerzos por dominar el sueño y el aburrimiento que le causa oír, a su hijita Andrea, repetir su lección de deletreo, noche con noche.

—¡Ah! —se dice cuando lo acometen los bostezos—, si yo hubiera entendido lo que significa una “curva”, a estas horas el bodoque de Wilson no sería el que se sentara, en el balcón de mi casa, a ver esas otras que la rodean, tan hermosas y ricas; no sería él el que se pasea en automóvil, por los lugares que quiere, sino el hijo de mi madre.

¡Lástima de ser viejo e inútil con todo y los cinco dedos que me dio Dios, en cada mano, y que no han dejado de voltear la tierra!

Y promete a Andrea una muñeca muy bonita, el día que sepa leer de corrido.<sup>117</sup>

Sin embargo, el juicio de la profesora va más allá de la lectura formal de los manuales de instrucción elemental. En las ciudades alemanas, conjetura Laura Méndez, abundan los carteles y letreros que todo mundo lee y respeta; en México todo mundo hace lo que le da la gana, en principio porque no sabe leer, por tanto no ha aprendido a respetar las leyes, decretos y reglamentos que impone el código constitucional.

---

<sup>116</sup> *La Mujer Mexicana*, números de marzo, abril y mayo de 1905, pp. 1, respectivamente. Aquí se reencuentra con una antigua conocida: Mateana Murguía de Aveleyra, subdirectora de la revista, quien le da la bienvenida y el beneplácito por asumir el cargo de directora, *vid.* Apéndice v.

<sup>117</sup> Laura Méndez de Cuenca, “La curva”, en *El Imparcial*, t. XXV, núm. 4484 (28 de diciembre de 1908), p. 4. Este cuento y “Un espanto de verdad” se desarrollan en el territorio de la Alta California. José Ma. Barrios de los Ríos ya había entretejido anécdotas de este tipo en *El país de las perlas, cuentos californios* (Zacatecas, 1908). Hay una edición reciente de 2002, salida de las prensas de la Cámara de Senadores de México.

Con los viajes por otras regiones del país y del mundo, Laura Méndez percibió la enorme riqueza que guardaba una tradición milenaria, sustentada en el símbolo, la fantasía, la imaginación; en ese viaje a través del tiempo el ser humano puede encontrarse con su pasado, ir a la raíz de su sustrato existencial, para procurar forjarse una patria común; pero esa búsqueda debería pasar sin excusa, ni pretexto, por la educación de las autoridades y del pueblo mexicano.<sup>118</sup>

La instrucción pública de las nuevas generaciones era un proceso gradual, insuficiente para edificar formas de conducta democráticas; el problema se iniciaba desde el núcleo familiar, ancestralmente desigual respecto a la igualdad de género. “El señor de Santelices” es un cuento sin complejidades en su trama, casi no existe narración, más bien la anécdota se desarrolla en una atmósfera aletargada, ese ambiente que la autora logra dominar con habilidad en varios relatos, sobre todo en los que participan personajes longevos. En este caso es un anciano que ha dejado media vida en las oficinas postales. La conducta de sus hijos mayores, también oficinistas —presuntos escritores asiduos a tertulias, pero negados a cooperar con el gasto familiar, en las actividades hogareñas realizadas, eso sí, por las hijas— ocasiona al anciano pesadumbre que logra atenuar con la felicidad momentánea de ver reunidos a los suyos en torno de la mesa.

La carencia de educación alcanzaba también a las altas esferas del gobierno mexicano, soldados metidos a políticos y políticos metidos a funcionarios educativos. Del periodismo ni se diga, periodistas inmiscuidos en la política y miembros legislativos empeñados en arrancar alguna virtud literaria a su nulo talento.

En “El pantalón claro”, un cuento largo, Laura Méndez narra con vivacidad el avance político de Luciano, un individuo que ha abandonado sus estudios escolares para trabajar en

---

<sup>118</sup> Vid. R. Sánchez Sánchez, *Laura Méndez de Cuenca. Crónicas de viaje...*, pp. 43 y ss.

una oficina del gobierno. En sus ratos libres asiste como *reporter* a eventos sociales de toda índole, en uno de ellos conoce a Carlota, mujer bella y coqueta, quien le desprecia por su falta de gala en el vestir. Luciano, tras de 15 años, guiado por su ambición plagada de marrullerías, alcanza una curul entre los diputados; entonces llega el momento de la venganza.

El juicio de la narradora alcanza por igual a ambos personajes, los dos están investidos por una ambición desmesurada, acentuada por la carencia de educación familiar; el deseo les impide vislumbrar los riesgos de una conducta malsana:

—Nos casaremos pronto, como me has prometido, ¿verdad?

—Señorita —respondió el miserable con ironía— usted no puede casarse conmigo, porque, mire usted, yo solamente uso pantalón claro.

Al decir esto, alargó una pierna mostrando los pantalones color de flor de romero, que intencionalmente se había puesto; hizo luego ademán de sacudirse, como quien desea apartar de sí una alimaña; y se alejó de la casa de Carlota, con aire de gallo victorioso que acaba de picotear la cresta a una gallina rebelde.<sup>119</sup>

En los relatos “Magdalena” y “La deseada”, la cuentista deplora la intimidación y el uso de la violencia de los preceptores tradicionales en contra de los alumnos; para evitarlo era necesario, de acuerdo con la autora, arrebatar a la institución religiosa la educación pública, entregarla a los nuevos modelos educativos encargados de renovar los espacios para su enseñanza.

Por eso en el sistema Fröebel, el juego y la práctica del deporte eran decisivos en la enseñanza infantil; los espacios abiertos, la luminosidad de los salones de clase eran requisitos para incrementar el aprendizaje de los infantes.

En este sentido, las peripecias de Tomasito, el personaje infantil del relato “Los dulces de los Santos Reyes”, contienen una doble enseñanza. Por un lado, la inquietud del niño

---

<sup>119</sup> Laura Méndez de Cuenca, “El pantalón claro”, en *El Imparcial*, t. XXV, núm. 4463 (6 de diciembre de 1908), p. 14.

juguetón será castigada con la muerte, planeada por algún vecino alterado por su ociosidad, en cambio las lecciones impartidas al niño rico evitarán un desenlace trágico. Más cercana a una perspectiva determinista de la existencia, la autora explicará los infortunios de los infantes en razón de la carencia de instrucción que los vuelve vulnerables ante las sacudidas sociales. Por tanto, la lectura, la fantasía y el juego dentro del orden educativo son el arma más eficaz contra el desorden de lo establecido.

Sin embargo, la perspectiva anterior no era compartida por algunos de sus colegas. La obra infantil de Laura Méndez: *Vacaciones* (1907, aún sin encontrar), fue sometida para su aprobación a la Academia de Profesores Normalistas, y según una gacetilla, despertó juicios contradictorios:

Se ha alegado que la fábula debe desecharse de los libros de lectura, **por ineficaz, pues hiere la imaginación infantil con su ficción y su falta absoluta de realidad.**

Las épocas de Esopo, Samaniego, Iriarte, Rosas Moreno, han pasado, dicen los normalistas opositores del libro de la Cuenca, y ahora se hacen necesarios otros medios para infiltrar los principios de moral en el espíritu de la niñez. **Algo más práctico, más realista en el buen sentido de la palabra.**

Por su parte, los partidarios de la escritora han aducido toda clase de razonamientos en pro del trabajo en estudio y hasta la fecha no se ha llegado a un acuerdo.

Se dice que algunos de los cuentos entrañan un **fondo de inmoralidad poco disimulado**, por lo que se cree que no alcance en esta vez la escritora el fin que persigue.<sup>120</sup>

Es probable que, finalmente, la obra no recibiera el beneplácito para su publicación. De ser cierta esta inferencia, confirma, por un lado, que en la perspectiva educativa se iba imponiendo la necesidad apremiante de generalizar la educación a los segmentos diversos de la sociedad mexicana, en detrimento de una enseñanza humanística. Por otro lado, confirma que en la narrativa de Laura Méndez ya se hallaba el aspecto lúdico, la ironía y una escritura moderna que abarcaba a los lectores infantiles. Quizá sobrevivió algo de este intento en cuentos de la colección de *Simplezas*: “La espina” o “La tía de don Antonio”.

---

<sup>120</sup> Gacetilla sin firma, “La Academia de Profesoras y doña Laura Méndez de Cuenca”, en *El Tiempo* (29 de agosto de 1907), p. 1. Los subrayados son míos.

Ahora bien, Mílada Bazant, quien se ha encargado de estudiar con pertinencia estos temas en la obra pedagógica de la profesora, nota las diferencias en la forma de impartir la enseñanza en el ámbito local y extranjero:

El aprendizaje de los niños del *kínder* en ambos países estaba basado en los dones de Fröebel, cuya premisa fundamental era "aprender haciendo". La maestra Méndez observó que en las escuelas de San Louis los salones de clase estaban adornados con dibujos que continuamente se cambiaban y estaban elaborados por las profesoras. Representaban cosas, animales y actividades propias del ser humano y tenían el propósito de instruir, al describirlos, pero siempre haciendo partícipes a los niños. "Jugando, jugando, porque en este país los niños no tienen miedo que se les sorprenda jugando como en México" apuntó Méndez, los educandos iban aprendiendo lo que era propio de su edad. En nuestro país, por el contrario, se les exigía el uso de la pizarra, a leer, a escribir, a contar y a sumar a pesar de que los niños tenían sólo tres años, en lugar de los seis, que habían cumplido los de San Louis. En ambos países había más maestras que maestros y a juzgar por las observaciones de Méndez, en el país del norte eran más responsables y preparadas.<sup>121</sup>

Sus experiencias y propósitos educativos quedaron inscritos en *El hogar mexicano. Nociones de economía doméstica para uso de las alumnas de Instrucción Primaria*, publicado en 1907.<sup>122</sup> La obra ofreció un conjunto de reglas sobre educación familiar y civismo. En el primer volumen la maestra abordó los modos de conducta dentro del hogar mexicano, repasando cada espacio de las habitaciones de la casa. El segundo tomo enseñó a los habitantes del hogar mexicano las maneras de mantener la higiene en prevención de las enfermedades; sus juicios y recomendaciones sólo se dirigieron a la clase media, dejando de lado a la clase pobre, la población rural e indígena.

A pesar de la merecida objeción que por esta razón merece el manual, la búsqueda pedagógica de la profesora Laura Méndez no es regresiva; por el contrario, en muchos sentidos se mantuvo a la vanguardia en lo que concierne a los nuevos métodos educativos:

---

<sup>121</sup> Mílada Bazant, "Una visión educativa contrastada. La óptica de Laura Méndez de Cuenca, 1870-1910", en <http://www.cmq.edu.mx/docinvest/document>.

<sup>122</sup> La primera edición de dos volúmenes fue publicada en Barcelona, cuando la autora se encontraba de viaje por Europa; Justo Sierra, el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, en respuesta a una carta de ella, le manifestaba su beneplácito por el interés que Laura Méndez tenía en publicar un manual para la educación elemental, *vid.* Justo Sierra, *Obras completas XV, La educación nacional* (México, 1984), p. 451.

la propensión al juego, al ejercicio y al deporte, asimismo al cambio de mentalidad de los preceptores, pero sobre todo al interés creciente por una educación laica en nuestro país.

Una parte de los cuentos que integran *Simplezas* corresponde a dichas expectativas; de ahí que la selección de los 17 relatos de la autora fuese cercana a un género educativo que hiciera conciliar de manera sencilla, pero definitiva, la literatura con la política, la educación con la cultura, afanes que no implican por necesidad sujetarse a modelos dogmáticos por excelencia, a cánones que la escritora había superado años atrás. La antología de *Simplezas* “si es una amalgama de experiencias donde priva la exacta caracterización de los protagonistas, sorprendidos la mayoría de las veces en momentos de crisis íntimas”, pero no son de “corte costumbrista”,<sup>123</sup> no al menos de signo tradicional; se trata más bien de una reflexión humana que deja atrás las largas descripciones y el tono moralizante del costumbrismo; en los cuentos de Laura Méndez se amalgaman elementos diversos de una escritura moderna, cuyos signos más claros son la ironía, la voz polifónica del narrador y una sensualidad latente.

### 2.3. Higiene y enfermedad

Durante su estancia en Europa, la autora asistió a numerosos congresos que trataban asuntos relacionados con la higiene y la enfermedad; ella misma tuvo que viajar en 1908 al balneario curativo de Karlsbad para sanar de malestares añejos. Ambas actitudes, la perspectiva individual del enfermo que busca hallar reposo, y el encargo social como comisionada del gobierno mexicano, le abrieron una expectativa que indaga en el destino de la condición humana. Esta disposición de ánimo se manifestó en sus cuentos, donde la

---

<sup>123</sup> Cfr. “Presentación” sin firma de la edición de *Simplezas* (México, 1983), pp. 3-4.

acción de los personajes en busca de nuevas conductas asépticas mostró la pertinencia de la autora por adentrarse en problemas tan inmediatos como son los de la salud:

Naturalmente, una exposición de higiene no es estética ni atrae a la fantasía popular. Es un código pelado de preceptos de cultura moral en aquellos de alma sana en cuerpo sano, que desde hace mucho tiempo la humanidad se sabe de memoria y lo repite como el perico. Salvo los bacilos que en sus redomas de glicerina o de colodión, vistos con auxilio del microscopio, remedan la bóveda del cielo en noche despejada y serena, lo demás es sombrío, asqueroso, repugnante. ¡Pero qué moralmente bello!<sup>124</sup>

Con dichos razonamientos, en la serie de cuentos que conciernen a la enfermedad, Laura Méndez asume un punto de vista más intransigente. En la recia batalla contra los padecimientos no se permite el menor asomo de duda, está en juego no sólo la salud personal, sino, sobre todo, la preservación de la fortaleza de las instituciones. A los siete pecados capitales (soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia, pereza) y los pecados sociales (fumar, beber, trasnochar, desaseo), la narradora opone el régimen, la dieta, la educación, la higiene, el deporte y el orden en la ciudad.<sup>125</sup>

A veces de manera escueta, con buen humor, traza hábilmente en “El milagro de san Panuncio” la batalla contra la ignorancia y el fanatismo religioso. Una anciana carbonera, siguiendo los hábiles consejos de la directora del plantel adonde acude a vender su mercancía, pone fin a sus dolencias al sumergirse en las aguas salutíferas. La marchante no puede viajar a Karlsbad, pero esa inmersión le permite una vida más saludable.

Algo semejante sucede con las tribulaciones del doctor Rosete, personaje del cuento “Buches para la belleza”, empeñado en curar a la humanidad del *mal del pinto*; pero su ciencia no alcanza para tanto, ni siquiera logra embolsarse el dinero que consigue el embaucador “colega” llamado Merolico. Rosete, queriendo aliviar el pesar que le ocasionan

---

<sup>124</sup> Laura Méndez de Cuenca, “La exposición de higiene en Berlín”, en *El Imparcial*, t. XXIII, núm. 4044 (27 de octubre de 1907), p. 9.

<sup>125</sup> *Vid.* R. Sánchez Sánchez, *op. cit.*, pp. 53 y ss.

a su mujer las arrugas, elabora un brebaje con agua y menta para que su consorte “haga buches para la belleza”. Así, de forma fortuita e irónica, silencia las quejas pueriles de su mujer hasta embolsarse, ahora sí, una buena cantidad de monedas.

A la religión institucionalizada le correspondía una parte de responsabilidad en la propagación de enfermedades, pues mantuvo secuestrado al cuerpo en la penumbra de un claustro, postrado ante el fanatismo de sus prosélitos. Los cuentos “La bruja”, “El Señor de las Amapolas” y “Buches para la belleza” son ejemplos ilustrativos del afán de la escritora por enjuiciar la ignorancia del pueblo y de los gobernantes mexicanos. Son simplezas escritas con mano maestra que no desmerecen dentro de su corpus poético. Como afirmó Pablo Mora:

Aquí lo que Laura nos recuerda en algunos textos, ante la idea del determinismo biológico es ese grado de libertad necesario y misterioso en el individuo. En realidad, lo que hace que nos cautiven sus cuentos —y en buena medida adquieran ese universalismo de las grandes obras— es la forma como filtra en sus planteamientos una sensibilidad romántica y la experiencia, que bien combina con un realismo y una vocación educativa, para, finalmente, proyectar el destino humano como el resultado de un “determinismo” singular: un juego biológico, social y cultural entre el azar y la necesidad, entre la naturaleza y la educación.<sup>126</sup>

La vida se presenta bajo los signos de un enigma —recuérdese el espejo, la confesión, las prendas de vestir, etcétera— que tiene que ser resuelto mediante la astucia, la rebeldía y un sentido claro de la justicia social. No coincido con la apreciación de que la narrativa de Laura Méndez, como ha señalado Brushwood, sea parte de un “romanticismo tardío” u ofrezca una “sensibilidad romántica y espíritu positivista”, según la fórmula de Domenella, Pasternac y Gutiérrez de Velasco. Para mí una de sus principales virtudes, reside en el hecho de narrar historias, *acciones*, que pertenecen a una realidad común, con personajes en búsqueda de su ser (*hacer*) en el mundo. Considerando las fórmulas de los colegas, el romanticismo de Laura no es tardío, persiste en su obra con sus innovaciones y su carácter

---

<sup>126</sup> Pablo Mora en su “Introducción” a *Impresiones de una mujer a solas*, p. 46.

subversivo, además también posee, en hora buena e invirtiendo el orden: un “espíritu romántico y una sensibilidad positivista”.

Por eso, si no podemos luchar contra la muerte fatal, al menos retrasemos su llegada, para ello una de las armas eficaces es la higiene con sus beneficios inherentes a la luz que proporciona la educación en la sociedad mexicana. Una colección práctica de preceptos mantienen una vida más saludable, en armonía con la Naturaleza; por esta senda Laura Méndez coincidió con sus maestros y otros personajes contemporáneos: la urgencia impostergable de dotar al mexicano de valores cívicos.

La riqueza de normas, reglamentos respetados por todos, lograrían edificar un país más educado. En otros términos, el habitante de la Ciudad de México, o de los centros urbanos, que no el de las poblaciones rurales e indígenas, ausentes del ideal de Nación del momento, deberían adquirir el derecho de ser “buenos ciudadanos”:

Para mandar tenemos siempre tendencias, a obedecer nos resistimos, aunque sea contrariando a la razón misma, por el prurito de que nadie nos ha de poner el pie en el pescuezo. Además romper con la rutina es romperse la cabeza: ésta la remienda cualquier matasanos. Aquélla deja un vacío en las costumbres que ninguna ciencia y ningún programa son capaces de llenar.<sup>127</sup>

El relato llamado “El cuico” pone en función lo anterior. Antonio Espinosa, hijo de un carpintero ebrio y violento, decide abandonar la casa atendiendo las suplicas de su madre, antes de enfrentarse con su progenitor; se convierte en un policía que vigila el cumplimiento de la ley, trátese de quien se trate. Es una escenificación: la autora va dibujando en una postal a la Ciudad de México en tiempos de la Cuaresma, con sus costumbres inveteradas; la quema del Judas será el remate de la parafernalia urbana. Sin embargo, el policía se mantiene atento a la diversión de la muchedumbre, suspensa a tres muñecos que cuelgan de una cuerda: un clérigo, un gendarme y una mujer de la “vida

---

<sup>127</sup> Laura Méndez de Cuenca, “La exposición de higiene en Berlín”, en *El Imparcial*, t. XXIII, núm. 4044 (27 de octubre de 1907), p. 9.

aireada”. En la noche de ese Sábado de Gloria, Antonio vivirá un estallido semejante a la quema del Judas; ese momento culminante del cuento representa un retrato furtivo, no la gran postal, del aliento humano.

Laura Méndez conoció de cerca a los principales promotores de la salud en México, los doctores Eduardo Liceaga y Rafael Lavista. En uno de sus primeros cuentos: “La venganza”, el ilustre médico Lavista aparece como un personaje que no puede evitar la muerte de María de la Esperanza, la niña rica de la casa enferma, de escarlatina.<sup>128</sup>

En su novela *El espejo de Amarilis*, la escritora se adentra más a los arcanos de la ciencia médica. Julián, el protagonista de origen humilde, tiene que retar a las enfermedades fatales que ponen en riesgo la salud de personas queridas: Amarilis, los hijos de ella, amigos y compañeros de profesión; en ocasiones logra sanarlos, en otras acepta su derrota.

Pero la novela narra un relato inquietante: las manifestaciones de la locura en el marido de Amarilis.<sup>129</sup> ¿Hasta dónde la ética médica, la educación, refrena las pasiones humanas? Julián se resiste a aliviar la locura de su rival amoroso, pero su valor moral termina por vencer a cualquier tentación malsana; después de atenuar los males del desquiciado y de aliviar las secuelas del segundo embarazo de Amarilis, encuentra en el viaje, a la manera de Chateaubriand, la tranquilidad de sus pesares.

---

<sup>128</sup> Laura M. de Cuenca, “La venganza”, en *El Mundo Ilustrado* (12 de abril de 1903), pp. 6-7. Eduardo Liceaga y Rafael Lavista fueron miembros del Consejo Superior de Salubridad, ambos promotores de las clínicas de salud en México. El doctor Liceaga, profesor de Acústica y Fonografía en el Conservatorio Nacional (1866-1873), fue mentor de Laura Méndez, de donde proviene su relación de amistad, trabajo y, desde luego, su afición por la música, *vid.* Zanolli Fábila, en <http://www.conservatorianos.com.mx>.

<sup>129</sup> Es probable que el sustento médico para su novela lo haya tomado Laura Méndez de los estudios que llevaba a efecto el doctor Rafael Lavista, en la década de 1890. “Lavista tiene que ser entonces considerado como pionero de la neurocirugía, tanto en nuestro país como a nivel mundial, bien se sabe, hay pocos países que pueden afirmar, en base a documentos incontrovertibles, que la cirugía de tumores cerebrales se haya iniciado en el siglo XIX, en sus respectivos territorios” (Chico Pardo, <http://www.scielo.unam.mx/scielo.php>).

Lo cierto es que había más de una coincidencia entre Lavista, Liceaga y otro conocido de Laura Méndez: Agustín García Figueroa, médico homeópata, colaborador de varias revistas científicas. Laura expuso la necesidad urgente de dotar a la sociedad mexicana de un sistema de salud que mejorara la vida de sus habitantes, en consecuencia, la probabilidad de una mejor educación; el esfuerzo no era sencillo, la buena voluntad era insuficiente.

Aunque Laura Méndez no lo expresó con todas sus letras, pensaba que en el trasfondo de las enfermedades se encontraban los síntomas sociopolíticos que las engendraban, en el México de entre siglos XIX y XX la atención médica era limitada, la pobreza de amplios sectores de la colectividad acentuaba los riesgos de epidemias que diezmaban sin clemencia a su población.

Lo que denunció Laura Méndez en esa travesía por el extranjero fue el negocio que subyacía en el tratamiento y cura de las enfermedades, antes en manos de un trío de bribones: el médico, el boticario y el barbero; en la modernidad, lo vio ella con clarividencia, el enfermo quedaba a expensas de negocios transnacionales:

Hoy día, la terapéutica es muy otra, y para su aplicación ya no se asocian en comandita el galeno, el chirinela y el rapista; con la transformación de la sociedad, sus condiciones todas también han sufrido cambios. Pasados a la historia los negocios a medias o regentados por tres o cuatro socios, la triple alianza contra los castigados por la enfermedad, ha quedado postergada por grandes compañías explotadoras de la vida y de la muerte. Como los organismos al evolucionar pierden algunas de sus partes por inútiles y crean otras nuevas que les son necesarias dentro de las condiciones distintas en que tienen que funcionar, así las sociedades modernas han debido dejar atrás algunos de sus elementos y formado otros flamantes que les sirvan mejor; de ahí que para la aplicación de remedios y demás drogas se hayan organizados poderosas asociaciones compuestas por pobretes por enriquecer, y ricos con la mira de hacerse millonarios.<sup>130</sup>

De manera paradójica, la medicina moderna favoreció que la sociedad escapara al control social de los grupos de poder habituales: el clero, el régimen político, la

---

<sup>130</sup> Laura Méndez de Cuenca, “Los médicos alemanes y su terapéutica. Los médicos ya no recetan drogas”, en *El Imparcial*, t. XXIV, núm. 4186 (17 de marzo de 1908), p. 5.

aristocracia. Sin embargo, el gobierno aceptaría su imposibilidad para aliviar mediante sus propias instituciones el complejo problema, dirimiéndolo a favor de la negociación con las empresas privadas de la salud.

La emancipación femenina también fue uno de los factores que contribuyeron a reconfigurar el cuerpo del siglo XX. La democratización del veraneo, los baños de mar, las curas termales, el auge de los deportes, la expansión de la prensa femenina, donde además de belleza y moda se trataban aspectos de higiene íntima, cambiaron la forma de sentir y mirar el cuerpo. Así pues, ser bella no tenía sentido si el alma estaba viciada, o sin una vida sana.

El paso del tiempo, la enfermedad y la cultura fueron formas que la escritora desarrolló con elegancia en “El dietario de Karlsbad”, serie de cinco crónicas ejemplares. En el balneario de Karlsbad el tiempo ha quedado suspendido, la narración está sujeta a los avatares de un grupo de menesterosos, en función del alivio paulatino de sus quejas o de su curación; la melancolía, matizada por la música y la poesía que se escuchaba por todos los rincones del sitio, atenuaba en algo la sordidez cotidiana, impregnando su vida de lirismo.<sup>131</sup> Paul Ricœur, comenta, a propósito de *La montaña mágica*:

*La montaña mágica* no es, pues, sólo una fábula sobre el tiempo. El problema es más bien saber cómo la misma novela puede ser a la vez la *novela del tiempo* y la de la *enfermedad mortal*. ¿Debe interpretarse la descomposición del tiempo como una prerrogativa del mundo de la enfermedad, o esta última constituye una especie de situación límite para una experiencia insólita del tiempo? En la primera hipótesis, *La montaña mágica* es la novela de la enfermedad, en la segunda, la novela de la enfermedad es, prioritariamente, una “novela temporal”. A esta primera alternativa aparente se añade otra nueva. En efecto, el problema se complica por la presencia, en el desarrollo de la novela, de un tercer componente junto a la supresión del tiempo y la fascinación por la enfermedad: el del destino de la cultura europea.<sup>132</sup>

---

<sup>131</sup> Vid. R. Sánchez Sánchez, “El dietario de Karlsbad (Laura Méndez se va de viaje)”, en *Impresiones de una mujer a solas*, pp. 351-367. // Por cierto que Ricœur, *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato de ficción* (México, 2004), pp. 553-582, de manera espléndida analiza el tiempo narrativo en *La montaña mágica*, de Thomas Mann, aspecto que quien esto escribe alcanzó a entrever con deficiencia.

<sup>132</sup> Paul Ricœur, *op. cit.*, pp. 558-559.

Thomas Mann, concluye Ricœur, ha logrado emparentarse con la tradición alemana de la “novela educativa”, algo semejante expreso de la obra literaria de Laura Méndez, tendiente a la renovación de sus formas de expresión, en especial notoria en sus cuentos y crónicas de viaje, con un acentuado carácter instructivo.

Los personajes de sus cuentos tendrán una segunda oportunidad sobre la Tierra, siempre y cuando se eduquen y trabajen a favor de su propia libertad. La enfermedad y el drama podrán vencerlos en cierto momento de sus vidas, pero la voluntad de poder, así sea en soledad o con una familia de por medio, les permitirá la reivindicación social. En el aspecto amoroso la realidad les depara, a pesar de su emancipación, tristezas y fracasos inexcusables.

### 3. LA POÉTICA DEL COMETA: LA CAUDA

La trayectoria de la narrativa breve de Laura Méndez de Cuenca llega a su término con el análisis de algunos relatos que giran alrededor del esplendor estético que reluce en la cauda de la poética del cometa, un sustancia en donde se amalgaman los avances más significativos para examinar al mundo finisecular: los viajes, los museos, la fotografía, el cinematógrafo y, desde luego, la música.

La diversidad ficcional alcanza su dimensión más intensa en una serie de cuentos en donde la narración y “la abolición del sentido de las medidas del tiempo”, para utilizar una figura de Ricœur,<sup>133</sup> son más manifiestas. Así lo ha apreciado Pablo Mora:

Se trataba de historias escritas sobre seres humanos universales, con un estilo ausente de recargamientos morales o de prejuicios o abusos retóricos, en las que el lector era quien sacaba las últimas conclusiones. Laura, la viajera y observadora de las costumbres sociales e individuales, también conocía el corazón humano, y como Chejov, Pushkin, Wilde o Balzac,

---

<sup>133</sup> Paul Ricœur, *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico* (México, 2007), p. 554.

contaba historias que podían estar protagonizadas por extranjeros ciudadanos o mujeres del campo, o bien de madres e hijos, o patronas y sirvientes que resolvían sus diferencias amorosas, sociales y raciales a través de acciones muy humanas y crueles —instintos de venganza, envidia, avaricia, etcétera— dentro de una involución de costumbres.<sup>134</sup>

Si bien estos elementos discursivos están presentes en otros cuentos de la autora, en los ejemplos que se analizan a continuación logra afinarlos, darles un carácter más cosmopolita, manteniendo una estructura formal sólida en donde el tiempo narrativo destila de manera primordial. La selección y análisis de los siguientes relatos —énfasis otra vez— no tiene que ver con una secuencia cronológica (proceden de diferentes años), la autora los concibió de manera simultánea, en congruencia con una poética vigorizada, tratando de conciliar la política con la literatura, la educación con la cultura. Laura Méndez enfrentó el destino humano sabedora de su fragilidad, esa aceptación se le presentó como una oportunidad de trascendencia creativa que ligó su vida cotidiana con dispositivos marcados por el movimiento y la acción. El cometa seguía desprendiendo fragmentos, sólo que ahora varios brillaban con mayor esplendor en esa noche oscura del alma.

### *3.1 Una ciudadana del mundo*

Laura Méndez representa un caso peculiar en la historia de la literatura mexicana decimonónica; de forma simultánea a su vida creativa, su biografía nos muestra a una mujer empeñada en ingresar a la modernidad por medio de una constante renovación de sus formas de escritura, propósito logrado con entereza y talento, sin mediar dádiva alguna en el ámbito literario del periodismo. Una manera de conseguir esa doble libertad fue trasponer el umbral del hogar, tanto en su condición de hija como de viuda. La ciudad o las

---

<sup>134</sup> Pablo Mora, “Introducción” a *Impresiones de una mujer a solas*, p. 48.

ciudades son para la autora un espacio lúdico que entrevera múltiples sorpresas, en el caso presente, la ciudad ha inventado a su cuentista.<sup>135</sup>

La relación de Laura Méndez con la Ciudad de México —sus zonas perimetrales, esos arrabales que poco a poco iban conformando la gran urbe, espacios humanos negados al progreso, vida rural sustentada en determinismos, costumbres y tradiciones— fue inmediata; una mujer mexicana de madre francesa y padre michoacano recorría sus calles para recrearlas, tiempo después, en su escritura. En sus primeros cuentos (1889-1890) narra el encuentro con personajes de la vida diaria, el paisaje, templos, colegios, calles y plazuelas; quizá por vez primera en la narrativa mexicana surge, en “Un rayo de luna”, el Ajusco como una presencia masculina, entrevisto en una ciudad fantástica que se puebla de seres excepcionales.

Sus templos religiosos son el teatro de sacrilegios, corrupción, deshonor; sus colegios clericales se vuelven escenario de enclaustramiento, abusos, mezquindades; así deambulan sus personajes transgresores o maniatados por sus oscuros claustros. La mirada de una colegiala del Convento de las Vizcaínas intenta traspasar sus muros pétreos:

¡La calle! ¿Cómo sería la calle? La Santita no conocía más que la solitaria y muy triste, que limitaba al norte el edificio del Colegio, y dos callejones feos y pantanosos, que con una horrible plazuela en donde no se veía otra cosa que montones de cal, completaban el perímetro de aquel sosegado asilo de la paz; todo eso lo había visto Magdalena desde la azotea del Colegio las tardes de los domingos que subía, a asueto, con sus demás compañeras. Pero las otras calles, todas las otras formadas por casas altísimas cuyas cornisas ella veía también, ¿qué cosas bonitas contendrían? Ella hubiera querido ser pájaro y volar, volar...<sup>136</sup>

Laura Méndez tiende su mirada indiscreta para advertir los recovecos de la ciudad, se mimetiza con su entorno, narra el tiempo de lo vivido, rasgo de verosimilitud necesario para apropiarse de una técnica poética que vincule la tradición de la prosa decimonónica

---

<sup>135</sup> Al respecto, *vid.* Pablo Mora y R. Sánchez Sánchez, “Laura Méndez de Cuenca: una mujer entre ciudades, una viajera de ambos mundos” (en prensa).

<sup>136</sup> Stella, “Magdalena”, en *El Universal*, t. v, núm. 106 (1 de septiembre de 1890), p. 2.

con el aliento e innovación de las propuestas literarias de la modernidad, lo cual alcanza manteniendo una voz sencilla y elegante (“prosa castiza”, *dixit* Pablo Mora), una estructura interna coherente y un claro sentido narrativo. Al igual que el personaje-narrador de “Los amores del cometa”, de Gutiérrez Nájera, Laura atisba, filtra la luz narrativa por entre rendijas en un amanecer que se cuenta distinto cada día.

Esta perspectiva visual de recorrer la ciudad se desplaza, asimismo, en la novela de Laura Méndez, *El espejo de Amarilis* (1902), publicada en folletín en el diario vespertino *El Imparcial* entre los meses de febrero-marzo; ese año la misma casa editora la imprimió en dos volúmenes. Sin embargo, las acciones, el tiempo de la narración, transcurren durante el período de 1867-1887, dos décadas clave para la República, veinte años decisivos en la vida y obra literaria de la autora. Por citar un episodio de ese entramado de historia-literatura, Julián, el protagonista, desde una azotea de la calle de San Hipólito, avista el desfile fúnebre de las exequias de Benito Juárez. Realidad y ficción se dan cita en las inmediaciones de las céntricas arterias de la Ciudad de México, en un importante documento que exhibe los anhelos teñidos de peripecias de la constelación literaria de la República Restaurada.

La ciudad se abre para cobijar las andanzas de cuatro personajes, cuatro poetas: Julián, *alter ego* de Laura Méndez, Juan de Dios Peza, Agustín F. Cuenca y Manuel Acuña. La novela narra sus recorridos por las calles de Plateros, Independencia, Dolores, la Alameda, la Reforma; las visitas al Teatro Principal para ver la representación de *La hija del judío*, autoría de José Peón y Contreras; comentarios de los espectadores que se convierten en una crónica de teatro, en un examen lúcido sobre la construcción de una literatura nacional, sesudos comentarios sobre la Naturaleza y la condición humana:

El dolor y la alegría tienen de común que elevan el alma al mismo misterioso limbo que nuestra limitada inteligencia no alcanza a penetrar, pero cuya paz y dulzura nos revela que es la región donde se vive desprovisto del barro de la tierra. Adivinamos la existencia de otro mundo superior, por las pulsaciones de la vida, por la tendencia a perdurar sobre el tiempo y el espacio, por el mejoramiento espontáneo de las especies, por esa ansia de inmortalidad latente en nuestros deleznable corazones.<sup>137</sup>

En varios capítulos de su novela, así como en algunos cuentos, Laura Méndez traza el programa literario y político de su generación, aspiración de un concepto de ciudad pretendidamente republicana, democrática. En compañía de Julián descendemos a la penumbra de los bajos fondos, tugurios, prostíbulos, casas de juego: “Mesones”, el “8”, el “16”, “La Cazuela”, “el pórtico del Teatro Principal”, convertidos en casas de Birján. “Apoplejía de oro” y “La tamalada del coronel” son cuentos que recrean esos escenarios como sitios de degradación, a la que no escapan figuras del espectáculo, la milicia, la aristocracia, el gobierno, sea republicano o conservador. Los juegos de azar además de poner en riesgo la salud pública aparejan la prostitución y el robo, despojan a la familia del sustento diario, la mantienen en la indefensión social.

Las ciudades extranjeras son para Laura Méndez un motivo de reflexión estética y humana. Las vidas de sus habitantes trazan los espacios arquitectónicos, la guía humanística que el viajero –que no el turista–, el periodista –que no el *reporter*–, deben apreciar, recrear en su desplazamiento, sea vertical u horizontal (el viaje en ascensor, en zeppelin o bien en barco, en *subway*), sea un viaje diacrónico que corra hacia el pasado o sincrónico en busca de elementos comunes de una sociedad.

Laura sin tener un espíritu fatalista, pero sí romántico, y sin adoptar al *flâneur* delirante o anestesiado que despliega otras bellezas en su prosa, o bien al que busca un ritmo poético que fascina, transita con realismo e imaginación, estableciendo puntos de partida críticos, a veces, eso sí, con prosa de tintes oníricos o con sentido del humor. Las ciudades son en todo caso una

---

<sup>137</sup> Laura Méndez de Cuenca, *El espejo de Amarilis*, t. I, cap. XXVII (México, 1902). Claudia Isela Pérez Ríos realizó una labor encomiable al corregir y editar la transcripción de la novela puesta en sus manos, que presumiblemente será publicada por el gobierno del Estado de México.

lección e ironía del progreso, su historia es ineludible pero también son una arcadia o son vitales en términos de experiencia.<sup>138</sup>

Los niños extranjeros que protagonizan sus cuentos surgen en las plazuelas, también inmundas, de Berlín, Roma o París, pero ahora con las atenuantes de la educación y el trabajo. Las mujeres de sus relatos, algunas de ellas reivindicadas por su labor asalariada, rebullen por las avenidas cosmopolitas rumbo a sus trabajos en oficinas, tiendas, almacenes, universidades. La mirada de la viajera que ha percibido la desigualdad, la injusticia de las mujeres que lían tabacos, mercan costales de carbón o terminan su vida arrebuajadas como profesoras en los salones inhóspitos de las ciudades y pueblos mexicanos, también se percata de la condición desvalida de pescadoras, oficinistas, educadoras y religiosas extranjeras.

El juego narrativo de que hace alarde en “El ramo de violetas” es seductor; es como si en la evanescencia de las flores diminutas se concentrara el paso del tiempo. La amnesia de la mujer madura es sutil, pero cruel, síntesis que los sucesos narrados atenúan mediante situaciones entretenidas:

Hubiera querido leer un poco del periódico de la tarde antes de ir a hacer compras; pero, ¿quién se fía de la memoria a los cincuenta años de edad? *Frau* Blum sacó de su bolsa de mano una cinta de seda negra, y se ató con ella alrededor del puño izquierdo el ramillete de violetas, diciéndose en el pensamiento: “Cuando las flores no me recuerden que tengo que comprarme una madeja, me lo dirá la presión de esta cinta, me lo dirá el dolor”.<sup>139</sup>

La protagonista regresa a su casa sin la madeja, es decir sin la extensión del tiempo que ha quedado latente en el interior del famoso Café Josti. Ese tiempo narrado capturado por las manos entrelazadas de un par de ancianos en busca de la complacencia amorosa suscitada por un anuncio periodístico —asedio y confusión que Blum rechaza porque su

---

<sup>138</sup> Pablo Mora y R. Sánchez Sánchez, “Laura Méndez de Cuenca: una mujer entre ciudades, una viajera de ambos mundos”.

<sup>139</sup> Laura Méndez de Cuenca, “El ramo de violetas”, en *El Imparcial*, t. XXVII, núm. 4799 (8 de noviembre de 1909), p. 4.

tiempo está en riesgo, ha sido trastocado por el malestar del olvido—, además la recurrencia de los ramos de violetas abundosos en el café berlinés termina por *enredarla*. El sonido del teléfono es lo único que despierta a *frau* Blum de su marasmo, ese rasgo temporal la vuelve por un instante a la realidad habitual.

El conflicto de la pérdida de la memoria se trasluce en dos sentidos: el primero involucra a las tareas de una vida doméstica relacionada con el tiempo de la narración; el otro riesgo es que sin memoria ella no puede contar, se queda sin relatar las acciones de lo vivido, imposibilidad que se extiende en el tiempo diacrónico con la destrucción del Café Josti.<sup>140</sup> Las imágenes que la protagonista berlinesa ve pasar con dificultad por su memoria, como si fuese una cinta cinematográfica, se corresponden brillantemente con las escenas de la película *Der Himmel über Berlin* (1987), del director alemán Wim Wenders.

Al revisar las referencias históricas sobre el Café Josti me encontré con una sorpresa reveladora, en el mismo espacio donde se relatan las acciones de “El ramo de violetas”, la atmósfera de sus comercios y avenidas, desaparecidas por la destrucción ocasionada por la Segunda Guerra Mundial, allí fue filmada dicha cinta. Un extracto del guión escrito por Peter Handke y Wenders, abona en tal sentido:

Y si alguna vez la humanidad pierde su narrador, al mismo tiempo habrá perdido su infancia. No logro encontrar Postdamer Platz. ¿Aquí? ¡No puede ser! En Postdamer Platz estaba el... Café Josti. Ahí, por las tardes, conversaba, tomaba un café, y observaba al público, después de fumar mi puro, de Loese y Wolf, un renombrado comercio de tabaco. Aquí, justo enfrente. ¡Esto no puede ser Postdamer Platz! Y no hay nadie a quien preguntar. ¡Era una plaza llena de vida! Tranvías, ómnibus de caballos y dos automóviles: el mío y el del chocolatero. Los alemanes de Wertheim también estaban ahí. Y después, de pronto... colgaban banderas, ahí... Toda la plaza estaba repleta. Y la gente ya no era amable, y la policía tampoco. Pero no

---

<sup>140</sup> El ámbito cultural alemán finisecular era propicio para que Laura se mantuviese informada de los avances médicos, es el caso de los estudios de Alois Alzheimer, psiquiatra y neurólogo que identificó por primera vez los síntomas de lo que luego se conocería como enfermedad de Alzheimer; los observó en una paciente que vio en 1901, en 1906 publicó los descubrimientos que hizo al examinar *post mortem* su cerebro.

voy a parar hasta que no haya encontrado Postdamer Platz. ¿Dónde están mis hombres? ¿Dónde estáis vosotros mis niños? ¿Dónde?<sup>141</sup>

La reconfiguración del texto halla su expresión más sugerente en el análisis hermenéutico de un relato con firmes y claros barruntos vanguardistas, la obra de Laura Méndez da fe de la tradición e innovación, ruptura y continuidad de la literatura finisecular. En diversos sentidos, la “madeja gris azul” se entretreje con la cinta de plata para seguir narrando una historia de la modernidad.

“El corpiño azul” es un relato que reúne varias cualidades; se trata de un texto hecho con una técnica pictórica puntillista, cada frase está puesta con minuciosidad; así el tiempo de la narración se disemina por el relato como el buque zozobrado por la furia del mar, mismas aguas que ahora arrojan un baúl con las señales malhadadas de la traición: un corpiño azul que envuelve las cartas deladoras. La escena es rabiosamente sensual y dramática, Pablo Mora la percibe de la manera siguiente:

El texto cuenta cómo la mujer, al disponerse a volver a Centroamérica con el marido desde California, después de haber estado con el amante, quedaba a la deriva sobre *El Colima*, un navío que naufragaba en un mar que era como el corpiño azul que revelaría el adulterio. Pero tal suceso servía a la escritora como el contrapunto para ejemplificar ya no la tragedia sino la belleza del naufragio de las almas humanas. Laura Méndez, por momentos, parece mostrarnos de manera moderna un mundo hecho de sonido y furia que bien sabía desprender de otro de sus autores preferidos, William Shakespeare, y que de manera moderna también recogería más adelante el escritor sureño norteamericano William Faulkner en el título de la novela *The Sound and the Fury*.<sup>142</sup>

En “Rosas muertas”, la narradora describe sus vacaciones en compañía de burócratas gringos, juntos salen a veranear para aligerar la neurastenia cotidiana. El contacto con la Naturaleza es un paliativo insuficiente, pues aunque bella y protectora es ajena al mecanismo social de la vida moderna; el ascenso a la montaña le permite a Laura Méndez reflexionar sobre el tiempo, esbozar una teoría del paisaje como un paisaje de la teoría: si el

---

<sup>141</sup> Vid. <http://milanesaconpapas.blogspot.com/2005/06/berln.html>. En este blog de Gustavo Nielsen, los cibernautas analizan y critican la producción cinematográfica, puesta al día, de Wim Wenders.

<sup>142</sup> Pablo Mora, “Introducción” a *Impresiones de una mujer a solas*, p. 47.

espacio es una dimensión del tiempo, desde la lejanía el viajero conjetura sobre la naturaleza de todo ser viviente, advirtiendo sus límites y riesgos. En esta posición reflexiva el ser humano puede volver a contar una historia, relatar su propia vida, con añadidos ficticios, si se quiere. Aquí, la vacacionista ha desplazado a la turista y a la viajera, inaugurando una nueva tipología de personajes que abundarán a lo largo del siglo XX.

En el siglo decimonónico mexicano no son escasos los ejemplos en que personajes de la política, artistas o gente común, salieron desterrados, en el mejor de los casos, rumbo a Estados Unidos o Europa, llevándose consigo a parientes, una cauda de malquerencias incluso. En otras ocasiones los partidarios del régimen en el poder fueron enviados a desempeñar labores consulares, para deshacerse de una figura molesta, o en representación del gobierno mexicano a congresos; de estas andanzas nos han quedado diarios, narraciones y poemas que dan cuenta de sus avatares en países lejanos.

Laura Méndez durante la década de 1890 vivió en un autoexilio, así lo han reconocido contemporáneos suyos<sup>143</sup> que supieron aquilatar la entereza de una mujer dispuesta a consagrarse a la literatura plenamente, valiéndose de su esfuerzo y talento.

De ese primer viaje a San Francisco, California, nos ha dejado un cuento largo,<sup>144</sup> tres crónicas de viaje, correspondencia epistolar, algunos poemas y la edición de la *Revista Hispano-Americana*. En “La confesión de Alma”, *nouvelle* de Laura Méndez, la voz narrativa, una polifonía de voces, asume la atmósfera del exilio: un reportero invitado a la tertulia de la señora de Stevenson toma nota de la vida privada de unos ciudadanos americanos para hacerla pública. El cenáculo está conformado por invitados pintorescos: un

---

<sup>143</sup> Entre otros, Mateana Murguía de Aveleyra, Porfirio Parra, Fernando Rivera Fuentes, *vid.* Apéndices.

<sup>144</sup> “La confesión de Alma”, anunciado como “novela” por *El Mundo Ilustrado* el 26 de abril de 1896, p. 257, ha pasado por iniciativa de Gustavo Jiménez, y por una suerte de juicio académico compartido por colegas de la FFyL durante su curso de “Novela corta en México” (2008), a integrar la lista de ese género finisecular.

pisaverde, un gomoso parecido a Wilde, una mujer inteligente con atuendo varonil, la anfitriona y el reportero. Lo interesante de esta puesta en escena es justamente la condición de exiliados en su propia tierra, un flujo constante de inmigrantes, como ellos lo fueron, llega para arrebatarles los últimos jirones de riqueza que aún conserva la nación americana.

Entre estos marginados se halla Alma, una mujer cuya “estupidez” fue haber amado en un lugar donde todo es desechable, en donde lo único importante es la estadística variable que ella misma se encarga de actualizar en los libros de contabilidad que maneja.

La horca visible en la plaza pública, dispuesta para los criminales vulgares, también alcanza a Alma en el desprecio que le asesta el desamor de Reginald Morton, en los comentarios expresados acerca de su persona por los contertulios, no contentos con la masacre de todos los días. Esa mujer que “esculpe con paciencia su modelo de amor”, como acertadamente lo percibió Pablo Mora, también recibe un castigo por su osadía, al convertir la confesión, proverbialmente religiosa, en un asunto secular. El destino de Alma será acabar sus días en la administración de una sombría licorería de los suburbios de San Francisco.

En un cuento posterior, “Casto Porrugas”, Laura Méndez vuelve a bordar el asunto de la migración, precisamente en otro cenáculo, pero a diferencia de “La confesión de Alma”, los contertulios son aristócratas extranjeros en decadencia radicados en los Estados Unidos. Una nación democrática les ha abierto las puertas a los nobles europeos venidos a menos, ahora convertidos en bufones de la monarquía:

Casto Porrugas era republicano hasta la exaltación. Su sinceridad y sencillez no le permitían ocultar el disgusto que le causaba la ociosa nobleza. Dividía cualquier grupo social en dos clases: abejas y zánganos, sintiéndose él orgulloso de ser lo primero. Llama al rey de España el

“pobre chico”; y cuando supo que le había nacido un heredero, dijo lacónicamente: “Un vago de más y una renta de menos para el tesoro público. ¡Pobre España!”<sup>145</sup>

En su correspondencia epistolar con Enrique de Olavarría,<sup>146</sup> sostenida en el lapso de 1894-1898, la autora desnuda esa alma anhelosa de comprensión; en esas cartas también aprecio otra manera de narrar, “un ejercicio literario más desenfadado y abierto en donde Laura podía desplegar sus facultades de observadora crítica de la intimidad”.<sup>147</sup> El género epistolar para la autora demanda un compromiso similar al de la ficción, conlleva plenamente un compromiso literario, social; le conduce a exponer de manera rotunda los abusos de que fue objeto en su vida personal y como profesionista.

A través del correo se teje una maraña inesperada de relaciones que trastornan la cotidianeidad de los personajes de sus relatos; una carta apareja el anhelo (“Magdalena”), la desilusión (“Porque era bizca”), el crimen (“Los ochenta mil francos del boticario”).

### *3.2 La música, las artes plásticas y el cinematógrafo*

Laura Méndez de Cuenca tuvo una formación musical acentuada, desde temprana edad fue asidua a las tertulias que se organizaban en el teatro del Conservatorio Nacional, en donde se alternaba la presentación de trabajos literarios con la interpretación de melodías en boga; sobre todo algunos fragmentos de ópera y piezas para piano.<sup>148</sup> Además su amistad con Enrique de Olavarría, Eduardo Liceaga, Alfredo Bablot, Manuel Peredo, profesores en la Escuela de Nacional de Artes y Oficios y del Conservatorio Nacional, la mantuvo informada de las novedades musicales emanadas del talento nacional y extranjero.

---

<sup>145</sup> Laura Méndez de Cuenca, “Casto Porrugas”, en *El Imparcial*, t. XXV, núm. 4441 (15 de noviembre de 1908), p. 9.

<sup>146</sup> Vid. <http://www.coleccionesmexicanas.unam.mx>.

<sup>147</sup> Pablo Mora, “Introducción” a *Impresiones de una mujer a solas*, p. 37.

<sup>148</sup> Me refiero, en particular, a las sesiones de la Sociedad Netzahualcoyotl (1868-1872), del Liceo Hidalgo (1872-1882), a las cuales Laura Méndez era cercana ya que en ellas colaboraron maestros y amigos.

El cuento “La tanda” recupera esos años juveniles de actividad musical; la protagonista, hija de una mujer que enreda tabaco en la fábrica el Moro, por mediación del doctor Peredo, asiste a las clases de canto y declamación en el Conservatorio Nacional; en vísperas de su presentación oficial la chica sufre una pulmonía que acaba con su vida. La muerte de Margarita la resuelve la autora mediante un recurso narrativo que antes había practicado de manera evocativa en “Amaldina”; ahora el homenaje va dirigido a Soledad Cordero,<sup>149</sup> fallecida de manera similar, a las numerosas mujeres que se quedaron en el camino de consolidar una carrera artística (ella misma recitaba de forma espléndida poemas en francés) en el arte dramático y musical. Laura Méndez, en cambio, deploraba las tandas por las desnudeces de las coristas extranjeras.

Margarita era con frecuencia designada en el Conservatorio, para recitar versos de los poetas célebres en esos días; y también leía discursos largos y pesados que le encargaban, en las fiestas gordas, a los cuales el buen modo de decir, la expresión, el tono dulce de la voz, y la belleza y juventud de la recitadora quitaban mucho del aburrimiento. ¡Cuánto debieron agradecer a Margarita los autores de esos mamarrachos, que el público no les hubiese arrojado por la cabeza los cojines de las butacas!<sup>150</sup>

No obstante, valoró el arte coreográfico de Isadora Duncan, por su atrevimiento en mostrar la desnudez de pies y piernas, pero sobre todo por una propuesta elegante que combinaba la música con el vestuario recreado de las obras pictóricas de artistas clásicos. En el cuento “El chasco de *miss* Isadora”,<sup>151</sup> una joven norteamericana visita México, pero se ve humillada por no estar al tanto del idioma español; la protagonista, al retornar a Estados Unidos, recomienda a sus compatriotas no hablar otra lengua que la propia e

---

<sup>149</sup> E. de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México*, vol. I (México, 1961), pp. 464 y 465, da cuenta de los pormenores de la muerte y exequias de la cantante mexicana: “Ayer a las doce del día [16 de diciembre de 1847] ha muerto después de graves padecimientos, la señorita Soledad Cordero, primera dama en el ramo de verso [...]. Según testigos presenciales el cuerpo de la bella actriz, amortajado de blanco, fue en su cama mortuoria visitado por las señoras de las principales familias, atención a la que parecía sonreír el rostro enteramente pálido y no en modo alguno demacrado de la virtuosa doncella”.

<sup>150</sup> Laura Méndez de Cuenca, “La tanda”, en *Simplezas* (Paris, 1910), pp. 259-267.

<sup>151</sup> Laura Méndez de Cuenca, “El chasco de *miss* Isadora”, en *El Imparcial*, t. XXVI, núm. 4595 (18 de abril de 1909), p. 8. Laura también escribió una espléndida crónica de viaje sobre el arte coreográfico: “Bailarines y bailarinas reales”, en *El Imparcial*, t. XXVI, núm. 4693 (25 de julio de 1909), p. 10.

imponérsela a los demás; precisamente lo que la coreógrafa, en otro ámbito de dominio, realizó con su talento dancístico.

Los dos primeros cuentos de Laura Méndez, “Un rayo de luna” y “Abandonada”, esencialmente líricos, deben leerse o escucharse cual un *lied*. La influencia de las melodías alemanas la adquiere Laura Méndez de la obra poética de Schiller, Byron y Heine.<sup>152</sup>

La historiografía que da cuenta de la contribución de las letras alemanas a su vertiente mexicana rebasa los alcances de esta tesis; no obstante, recupero un pasaje de las epístolas (1877) de Brackel-Welda a Gutiérrez Nájera, ávido joven, aunque no excepción, del interés de los escritores mexicanos en ámbitos ajenos:

Te veo, querido Manuel, inscrito en el círculo Bécquer, en esta reunión de jóvenes y entusiastas vates que prometen a la patria mexicana un porvenir de gloria literaria [...]. Esos jóvenes son, por decirlo así, la expresión más genuina de este movimiento literario que quiere penetrar en el espíritu poético y pensador de mi patria alemana.<sup>153</sup>

Otros cuentos pueden leerse fundidos con un aria de ópera, influencia musical que ella retomó a través de sus creadores: Vincenzo Bellini, Franz Schubert, particularmente de Richard Wagner,<sup>154</sup> cuya apropiación de las canciones alemanas, venidas del mito y el folclor, le proporcionaron ese acento épico gozoso. Como ejemplos de esta manifestación lírica tenemos “La confesión de Alma”, “La Venta del Chivo Prieto”, “Amaldina”.

“El pantalón claro” y “El baile de cuelga” evocan la cadencia y sutileza de la música bailable. En el primer ejemplo un vals negado por Carlota a Luciano desencadena una

---

<sup>152</sup> Laura Méndez tradujo en 1902-1904, durante su estancia en San Louis Missouri, algunas canciones de Heine, publicadas en *El Tiempo Ilustrado*.

<sup>153</sup> Brackel-Welda, *Epístolas a Manuel Gutiérrez Nájera* (México, 1957), p. 50. El barón Brackel-Welda llegó a México alrededor de 1863, colaboró en *El Siglo Diez y Nueve* y fundó *El Correo Germánico* en 1876, publicación en donde aparecen varias traducciones de baladas alemanas realizadas por Francisco Salgado.

<sup>154</sup> Cfr. E. de Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, vol. I, p. 686, comenta al respecto: “[El 10 de octubre de 1864, en el Teatro Iturbide] por primera vez en México se oyó en público música de Ricardo Wagner, habiéndose ejecutado la gran marcha de *Tannhäuser* por la orquesta que Emilio Palant dirigía”. En 1890 se presenta por primera vez en México una ópera completa de Wagner. Acerca de otras noticias al respecto, *vid.* el artículo sugerente de Consuelo Carredano: “Un ‘Orfeo en los infiernos’ del teatro porfiriano: la crónica musical de Manuel Gutiérrez Nájera”, en *Memoria. Coloquio Internacional Manuel Gutiérrez Nájera...*, pp. 269-277.

venganza cruel e inmerecida que éste va elucubrando alegremente a lo largo de 15 años. En el segundo cuento, Aurora, excelente bailarina de valeses y polcas, ve terminado su noviazgo con un viejo rabo verde, como consecuencia de su afición al baile. En cambio, en otro cuento llamado “La tamalada del coronel”, el baile sirve para ambientar el juego de naipes que de modo furtivo perpetran los invitados.

En la colección de cuentos no falta aquel que aborda el fenómeno del cinematógrafo, en un Jueves de Corpus, los protagonistas se trasladan a la Ciudad de México para divisar las imágenes que surgen de la “sábana estirada”. Ante las escenas cinematográficas logradas sobre la cubierta de un barco, el viudo ve pasar en la pantalla a “su” mujer recién desaparecida en el monte, de la mano de su amante. Otra vez la realidad y la ficción se mezclan en el pequeño espacio del galerón; entre gritos del “marido burlado”, la protesta de los asistentes y la charanga que escandaliza, el lugar es consumido por las llamas, que salen quién sabe de dónde. Accidentes inevitables, fugaces manifestaciones de la existencia que acaban hasta con la existencia de los personajes del cinematógrafo.

En otros relatos la mirada de la cuentista se desplaza como la cámara de cine, a veces desde su propio eje (*paneo*), en ocasiones cerca de su objetivo (*close up*), a ratos la cámara se desliza al ritmo que le marca un vehículo en movimiento: un buque, una bestia de carga, un tranvía, un recurso narrativo balzaciano, ni más ni menos.

La viajera tuvo infinidad de ocasiones para visitar los museos extranjeros, lo mismo en Estados Unidos que en Europa. El umbral del siglo XX era propicio para las manifestaciones más diversas de las artes plásticas: lo tradicional, lo clásico, las vanguardias entran en el acto de narrar de Laura Méndez; bastantes son los cuentos en que se manifiestan los elementos de las artes plásticas (nacionalismo, impresionismo,

puntillismo), sobre todo aquellos relatos en donde la narración transcurre en escenarios extranjeros.

Laura Méndez manifestó su predilección por la creación de obras pictóricas; en un par de artículos y en su correspondencia, demanda la intervención del gobierno mexicano, para auxiliar a dos artistas nacionales: Javier T. Martínez y Francisco Goitia, abandonados a su suerte en San Francisco California y Barcelona, respectivamente.<sup>155</sup> La novela inédita de Laura, *Los Preciados*, tiene como uno de sus protagonistas a un pintor.

Un coleccionista de arte, “El loco”, está empeñado en reunir los fragmentos de una civilización desaparecida que se conserva en los tiestos que pega con deleite y frenesí ante la mirada atónita de sus criados:

A mister Aroonson le gustaba hacer viajes únicos y directos a los países que deseaba conocer, estudiándolos y sacándoles todo el provecho posible. Téngase entendido que el millonario californiano adolecía del mal de la historia. Se despepitaba por averiguar lo que había pasado en tiempos remotos aquí o acullá, las hazañas de tal o cual personaje famoso, las bellaquerías de éste o el otro tunante; importándole un bledo el nombre de los vecinos que a menudo tropezaba en los alrededores de sus tierras, ni los malos hechos de los bribones que merodeaban por la comarca y asaltaban con desvergüenza sin igual los ferrocarriles, haciéndolos volar con dinamita cuando podían.<sup>156</sup>

En esta perspectiva revisionista de la historia, en donde la Naturaleza se decodifica de manera distinta —no es desbordante ni libertina, es una variante del esteticismo— Laura Méndez se acercó al estudio de las culturas prehispánicas: un mito maya de asunto amoroso y épico le sirven a la autora para reflexionar en torno a la vinculación cultural entre ambos mundos. La Naturaleza se pone también de moda en su aspecto de mercadotecnia.

---

<sup>155</sup> Vid. Justo Sierra, *Obras completas xv, Epistolario y papeles privados* (México, 1984), pp. 450-453. // Cfr. Laura M. de Cuenca, “Un artista mexicano: Javier T. Martínez”, en *El Mundo Ilustrado*, t. I, núm. 26 (28 de junio de 1896), p. 404.

<sup>156</sup> Laura Méndez de Cuenca, “El loco”, en *El Imparcial*, t. XXVII, núm. 4813 (23 de noviembre de 1909), p. 4. El empeño por rescatar la historia de los pueblos antiguos coincidió con la exploración de las zonas arqueológicas llevada a cabo en nuestro país en la primera década del siglo XX. Laura Méndez reflexiona sobre el tema: “Hay en estos momentos en Europa vivo interés por el estudio de la América prehistórica, y se busca con ansia averiguar las relaciones etnológicas de sus aborígenes con los pueblos de la antigüedad” (“Arqueología”, *Gaceta del Gobierno del Estado de México*, t. XVI, núms. 39 y 40, 11 y 14 de noviembre de 1903, pp. 4 y 3, respectivamente).

El último cuento de Laura Méndez: “Porque era bizca”, fue escrito en Viena, Austria, publicado por *El Imparcial* el domingo 10 de julio de 1910 —ella arribó al puerto de Veracruz en el buque *Antonina* al día siguiente. Aquí la narradora se desplaza en búsqueda del tiempo perdido, significativamente pone en escena su romance ocurrido 38 años atrás con Manuel Acuña, para darnos una lección de autoironía y curación definitiva.<sup>157</sup> Este recurso narrativo también lo empleó la autora para cerrar su colección de crónicas de viaje; se trata de un título sugerente: “La neurastenia”, un viaje realizado en tren (1877) rumbo a Orizaba, vía las Cumbres de Maltrata.

Laura, con la voz de una pedagoga crítica, madre viuda, viajera y amante, escribía posiblemente, uno de los relatos más personales, casi un cuento, que también representaba una especie de anticuerpo ante el regreso a México, y frente a otros retornos (a Maltrata); se trataba de un relato cruel, doloroso, dramático.<sup>158</sup>

No sé si ella padeció estrabismo (algunas fotografías la muestran con evidencias de esa malformación óptica). El texto “Porque era bizca” es un guiño postrero de su narrativa. Laura Méndez nos muestra algunos fragmentos de lo que identifiqué como parte de la correspondencia amorosa entre ella y Manuel Acuña. Como sea, en la última muestra de su labor narrativa nos ha dejado otra lágrima cuajada brillando, desvaneciéndose en el infinito.

Los años de aprendizaje creativo para Laura Méndez abarcan veinte años, vividos en México; las siguientes dos décadas de estancia en el extranjero son la consolidación de su oficio de escritora, señales inequívocas de un viaje dimensional. En su país la cuentista vislumbró la innovación que le deparaban otros mundos, al cabo de un tiempo ese universo ajeno le devolvió la pertenencia a una tradición. La configuración del cometa, de sus textos narrativos, mantuvo esa doble mirada que *contaba* una historia. El desenlace de ese relato

---

<sup>157</sup> Muchas páginas se han entretendido en torno al enlace de Laura Méndez y Manuel Acuña, ese idilio es uno de los momentos culminantes del romanticismo mexicano; lo es desde su perspectiva poética, los versos de sus protagonistas son ejemplos plenos de esta corriente literaria; por otro lado, el suicidio de Acuña es el signo definitivo del héroe romántico. En la vida de Laura es un momento crucial, pero no definitivo.

<sup>158</sup> *Vid.* Pablo Mora, “Introducción” a *Impresiones de una mujer a solas*, p. 59.

culminó con su regreso en 1910. El régimen del Porfiriato, que la había amparado en la primera década del siglo XX, se derrumbaba en el momento mismo en que el desplazamiento poético del cometa alcanzaba su esplendor estético y humano: una premonición, en este caso funesta para la dictadura y esperanzadora para la revolución. Las dos señales que anunciaban al viajante celeste eran simultáneas, contrastes plenos de la condición humana, signos contundentes, también, del fin de un lapso significativo del cuento mexicano.

El último fragmento de ese cometa, ahora sí el definitivo en la vida de Laura Méndez, fue el poema “Pasa un poeta” (junio 1928) dedicado a Salvador Díaz Mirón, los días posteriores a la muerte de él, y tres meses antes de la muerte de ella; ambos vivieron 75 años, el periodo de recurrencia del cometa Halley. Los versos dedicados “A Byron” (1887) autoría del poeta veracruzano, culminan esta tesis:

*Eras a un tiempo el ángel y el vestiglo;  
el astro y el espectro en el cometa;  
todo un siglo hecho hombre; todo un siglo  
de befa y de pasión hecho poeta.<sup>159</sup>*

---

<sup>159</sup> Salvador Díaz Mirón, “A Byron”, vv. 1-4, en *El Diario del Hogar*, año X, núm. 11 (28 de septiembre de 1890), p. 2, recogido en *Poesía completa* (México, 1997), p. 354. Un comentario del poeta, *ibid.*, p. 571, agrega a propósito: “El genio de Byron fue brillante, extraño y espantable, como un cometa, como uno de esos astros-espectros, como uno de esos cabelludos heresiarcas del cielo en los que una antigua superstición veía fatídicos signos y pavorosos anuncios”.

## BIBLIOHEMEROGRAFÍA

### BIBLIOGRAFÍA

- ACUÑA, Manuel, *Obras: poesía y prosa*. Edición, prólogo y notas de José Luis Martínez. Gobierno del Estado de Coahuila, Factoría Ediciones, México, 2000.
- Almanaque de la Corte, año de 1866*. Imprenta del Gabinete Imperial, México, 1866.
- Antología de la poesía romántica francesa*. Edición bilingüe de Rosa de Diego. Traducciones de Vicente Bastida, Miguel A. García, Evelio Miñano, Pilar Andrade y Javier del Prado. Cátedra, Madrid, 2001.
- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel, *Para leer la patria diamantina*. Edición de Edith Negrín. FCE, f,l,m, UNAM, México, 2006.
- \_\_\_\_\_, “Carta a una poetisa”, en *La misión del escritor*, pp. 231-250 (vid. Ruedas de la Serna).
- AYCOK, Wendel M., “Shakespeare en las obras de Manuel Gutiérrez Nájera”, en *Memoria. Coloquio Internacional Manuel Gutiérrez Nájera y la Cultura de su Tiempo*, pp. 213-222 (vid. Bache Cortés).
- BACHE CORTÉS, Yolanda *et al.* (editores), *Memoria. Coloquio Internacional Manuel Gutiérrez Nájera y la Cultura de su Tiempo*. IIFL, UNAM, México, 1996.
- BARRAGÁN DE TOSCANO, Refugio, *La hija del bandido o los subterráneos del Nevado*. Editorial México, México, 1934.
- BARRIOS DE LOS RÍOS, José Ma., *En el país de las perlas, cuentos californios*. s.p.i., Zacatecas, 1908.
- BAZANT, Mílada, “Una visión educativa contrastada. La óptica de Laura Méndez de Cuenca, 1870-1910”, en *Revista de Investigación Educativa*, mayo-agosto, vol. 8, núm. 18. Colegio Mexiquense, Toluca, 2004, pp. 503-546.
- BÉCQUER, Gustavo Adolfo, *Leyendas, apólogos y otros relatos*. Edición de Rubén Benítez. Labor, Barcelona, 1974.
- BORGES, Jorge Luis, “Emma Zunz”, en *El Aleph*. EMECÉ, Buenos Aires, 1957, pp. 21-23.

- BRACKEL-WELDA, Othón E. de, *Epístolas a Manuel Gutiérrez Nájera*. Recopilación de Marianne O. de Bopp. UNAM, México, 1957.
- BRUSHWOOD, John, “El espejo de Laura Méndez de Cuenca”, en *Una especial elegancia. Narrativa mexicana del porfiriato*. UNAM, México, 1998, pp. 127-140.
- \_\_\_\_\_, “Estrategias narrativas contra el tradicionalismo: López Portillo, Nervo, Méndez de Cuenca”, *ibid.*, pp. 117-126.
- BURCKHARDT, Jacob *et al.*, *Escritos sobre Schiller*. Edición de Martín Zubiría. Hiperión, Madrid, 2004.
- BYRON, Lord, *Poemas escogidos*. Traducción de José M. Triana. Prólogo de Douglas Dunn. Orbis, Madrid, 1997.
- CAMARILLO, María Enriqueta, *Del tapiz de mi vida*. Espasa-Calpe, Madrid, 1931.
- \_\_\_\_\_, *Sorpresas de la vida*. Virnos, Buenos Aires, 1921.
- CANDIDO, Antonio, *Literatura y sociedad, estudios de teoría e historia literaria*. Edición de Jorge Ruedas de la Serna. UNAM, México, 2007.
- CÁRDENAS DE LA PEÑA, Enrique, *Mil personajes en el México del siglo XIX*. 4 vols. SOMEX, México, 1979.
- CARREDANO, Consuelo, “Un ‘Orfeo en los infiernos’ del teatro porfiriano: la crónica musical de Manuel Gutiérrez Nájera”, en *Memoria. Coloquio Internacional Manuel Gutiérrez Nájera...*, pp. 269-277 (*vid.* Bache Cortés).
- CASTRO, Miguel Ángel y Guadalupe Curiel, *Publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX: 1856-1876 (Parte I)*. UNAM, México, 2003.
- CHATEUBRIAND, René de, *Atala*. Traducción de Eduardo Rey Millet. Cumbre, México, 1968.
- \_\_\_\_\_, *René*. Traducción de Eduardo Rey Millet. Cumbre, México, 1968.
- CLARK DE LARA, Belem. “Generaciones o constelaciones”, en *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. I, UNAM, México, 2005, pp. 11-46.
- \_\_\_\_\_, y Ana Laura ZAVALA (antologadoras), *La construcción del modernismo*. UNAM, México, 2002.
- \_\_\_\_\_, y Elisa SPECKMAN (editoras), *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. III. UNAM, México, 2005.

- CORTÉS, Jaime Erasto y Alfredo PAVÓN, “El cuento y sus espejos”, en *La República de las Letras*, vol. I. UNAM, México, 2005, pp. 259-272.
- CUENCA, Agustín F., *Poemas selectos*. Edición de Manuel Toussaint. Ediciones México Moderno, México, 1919.
- DANTE, Aligheri, *Comedia*. 3 vols. Traducción de Ángel Crespo. Seix-Barral, Barcelona, 1973, 1976, 1977.
- DÍAZ ALEJO, Ana Elena, *Manual de edición crítica de textos literarios*. UNAM, México, 2003.
- DÍAZ MIRÓN, Salvador, *Poesía completa*. Edición de Manuel Sol. FCE, México, 1997.
- DOMENELLA, Ana Rosa y Nora PASTERNAK (editoras), *Las voces olvidadas, antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX*. El Colegio de México, México, 1997.
- DOMENELLA *et al.*, “Laura Méndez de Cuenca: espíritu positivista y sensibilidad romántica”, en *Las voces olvidadas, antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX*. El Colegio de México, México, 1997, pp. 117-138.
- DOMENELLA, Ana Rosa y Luzelena GUTIÉRREZ DE VELASCO, “Tras los reflejos de Amarilis. Laura Méndez de Cuenca, novelista”, en *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, pp. 559-566 (*vid.* Olea Franco).
- \_\_\_\_\_, “Laura Méndez de Cuenca. Forjando la nación, entre el magisterio y la escritura”, en *Impresiones de una mujer a solas. Una antología general*. FCE, f,l,m, UNAM, México, 2006, pp. 331-350.
- FAULKNER, William, *El sonido y la furia*. Traducción de Maya Ramos Smith y Francisco Arce. PROMEXA, México, 1984.
- GAMBOA, Federico, *El evangelista*. Librería Guadalupana, México, 1927.
- GARCÍA CUBAS, Antonio, *Álbum de mis recuerdos*. Patria, México, 1978.
- GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel, *Obras IV, Crónicas y artículos sobre teatro (1881-1882)*. Edición de Yolanda Bache Cortés y Ana Elena Díaz Alejo. Nueva Biblioteca Mexicana, UNAM, México, 1984.
- \_\_\_\_\_, *Obras XIII. Narrativa II. Relatos (1887-1894)*. Edición de Alicia Bustos Trejo y Ana Elena Díaz Alejo. Nueva Biblioteca Mexicana, UNAM, México, 2001.

- HOFFMANN, E.T.A., *Cuentos de Hoffmann*. Traducción de José Ma. Roa Bárcena, Factoría, México, 2006.
- LARRAINZAR, Enriqueta y Ernestina, *Viaje a varias partes de Europa por Enriqueta y Ernestina Larrainzar, con un Apéndice sobre Italia, Suiza y los bordes del Rhin por su hermana Elena L. de Gálvez*. 5 vols. México, 1881-1882.
- LEAL, Luis, *El cuento mexicano, de los orígenes al modernismo*. EUDEBA, Buenos Aires, Argentina, 1966.
- LOMBARDO DE MIRAMÓN, Concepción, *Memorias*. Porrúa, México, 1980.
- MANCISIDOR, José, *Cuentos mexicanos del siglo XIX*. Atenea, México, s/f.
- MANN, Thomas, *La montaña mágica*. Traducción de Mario Verdaguer. PROMEXA, México, 1984.
- MÉNDEZ DE CUENCA, Laura, *Álvaro Obregón*. s.p.i., México, 1919.
- \_\_\_\_\_, *El espejo de Amarilis*. Folletín de *El Mundo*, edición de la tarde, México, febrero-marzo, 1902.
- \_\_\_\_\_, *El espejo de Amarilis*. 2 vols. Imprenta de *El Mundo*, México, 1902.
- \_\_\_\_\_, *El hogar mexicano. Nociones de economía doméstica para uso de las alumnas de Instrucción Primaria*. 2 vols. Herrero Hermanos Sucesores, Barcelona, 1907.
- \_\_\_\_\_, *Impresiones de una mujer a solas. Una antología general*. Edición de Pablo Mora. FCE, f,l,m., UNAM, México, 2006.
- \_\_\_\_\_, “Licenciado Justo Sierra”, en *Diez civiles notables en la historia patria*. Gobierno Constitucionalista, México, 1914, pp. 173-184.
- \_\_\_\_\_, *Mariposas fugitivas*. Grupo Letras, Toluca, 1953.
- \_\_\_\_\_, *La pasión a solas*. Antología de Raúl Cáceres Careño. IMC, Toluca, 1984, 1989 y 2003.
- \_\_\_\_\_, *Poesía rediviva*. Antología de Gonzalo Pérez Gómez. Gobierno del Estado de México, Toluca, 1977.
- \_\_\_\_\_, *Los Preciados*. Mecanoscrito inédito. Biblioteca Nacional, IIB-UNAM, ca. 1926.
- \_\_\_\_\_, *Simplezas*. Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, Librería Paul Ollendorf, Paris, 1910.
- \_\_\_\_\_, *Simplezas*. Presentación sin firma. INBA-Premiá, colección La Matraca, segunda serie, núm. 20, México, 1983.

- MESTRE GHIGLIAZZA, Manuel, *Efemérides Biográficas (Defunciones-Nacimientos)*. Librería Robredo, México, 1945.
- MONTERDE, Francisco, *18 novelas del Universal Ilustrado, 1922-1925*. Bellas Artes, México, 1969.
- MORA, Pablo, “Cartas de Laura Méndez a Enrique de Olavarría y Ferrari: dos promotores de la cultura mexicana”, en *Revista de Literatura Mexicana*, vol. XIV, núm. 1, IIFL-UNAM, México, 2003, pp. 241-287.
- \_\_\_\_\_, “Laura Méndez, Impresiones de viaje, una escritora mexicana desde Alemania: tradición y modernidad”, en *Cátedra Alexander von Humboldt: “Percepciones interculturales en el siglo XIX”*, México, 2007 (en prensa).
- \_\_\_\_\_, “Laura Méndez de Cuenca: escritora mexicana entre siglos (XIX-XX)”, *Actas del V Congreso Internacional de Hispanistas*. FCE, Tecnológico de Monterrey, El Colegio de México, México, 2007, pp. 481-496.
- \_\_\_\_\_, “Laura Méndez de Cuenca: Escritura y destino entre siglos (XIX-XX)”, en *Impresiones de una mujer a solas. Una antología general*. FCE, f,l,m, UNAM, México, 2006, pp. 15-68.
- MORA Pablo y Roberto SÁNCHEZ SÁNCHEZ, “Laura Méndez de Cuenca: una mujer entre ciudades, una viajera de ambos mundos”, en *Coloquio Internacional “El viajero y la ciudad”*, IIB-UNAM, México 2007 (en prensa).
- MUNGUÍA ZATARAIN, Martha Elena, “*Cuentos del general y Noche al raso*. La Fundación de una poética del cuento mexicano”, en *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, El Colegio de México, México, 2001, pp. 145-155.
- NEGRETE, José, *Memorias de Merolico, páginas arrancadas a la historia de su vida*. INBA-Premiá, colección La Matraca, segunda serie, núm. 16, México, 1986.
- Nomenclatura de las calles, plazas, parques y jardines de la Ciudad de México*, formada por la Dirección de Catastro del Departamento del Distrito Federal, México, 1933.
- OCAMPO, María Aurora, *Cuentistas mexicanas, siglo XX*. UNAM, México, 1976.
- OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña histórica del teatro en México 1538-1911*. 6 vols. Prólogo de Salvador Novo, 3ª edición ilustrada y puesta al día de 1911 a 1961, incluye índices elaborados por Luis Reyes de la Maza, Porrúa, México, 1961.

- OLEA FRANCO, Rafael (editor), *Literatura mexicana del otro fin de siglo*. El Colegio de México, México, 2001.
- PERALES OJEDA, Alicia, *Las asociaciones literarias mexicanas*. UNAM, México, 2000.
- PEZA, Juan de Dios, *Epopéyas de mi patria, Benito Juárez*. Editora Nacional, México, 1956.
- \_\_\_\_\_, *Recuerdos y esperanzas. Flores del alma y versos festivos*. Porrúa, México, 1972.
- PONCE DE LEÓN, Fernando Chico, “*El doctor Rafael Lavista y las primeras intervenciones sobre tumores cerebrales y cirugía de la epilepsia en México*”, en *Arch. Neurocién*, vol. IX, núm. 4, México, 2004, pp. 226-232.
- POTT HERRERA, Sara (editora), *El cuento mexicano. Homenaje a Luis Leal*. UNAM, México, 1996.
- RICEUR, Paul, *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*. Traducción de Agustín Neira. siglo XXI, México, 2007.
- \_\_\_\_\_, *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato de ficción*. Traducción de Agustín Neira. siglo XXI, México, 2004.
- RIVA PALACIO, Vicente, *Calvario y tabor. Novela histórica de costumbres*. Prólogo de Vicente Quirarte. CONACULTA, IMC, México, 1997.
- \_\_\_\_\_, *Los Ceros, galería de contemporáneos*. Prólogo de Héctor Perea. CONACULTA, IMC, México, 1996.
- \_\_\_\_\_, *Cuentos del general*. Edición de Clementina Díaz y de Ovando. Porrúa, México, 1989.
- RIVERA Y SAN ROMÁN, Agustín, *Anales mexicanos. La Reforma y el Segundo Imperio*. Prólogo de Bertha Flores Salinas. Nota introductoria de Martín Quirarte. UNAM, México, 1994.
- ROAS, David, *Hoffman en España*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2002.
- ROSELL, Lauro, *Iglesias y conventos coloniales de México*. Patria, México, 1961.
- RUEDAS DE LA SERNA, Jorge (editor), *La misión del escritor*. UNAM, México, 1996.
- RUIZ CASTAÑEDA, María del Carmen y Sergio Márquez. *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias*. UNAM, México, 2000.
- SÁNCHEZ, José, *Academias y sociedades literarias de México*. University of North Carolina, 1951.

- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Roberto, “El dietario de Karlsbad (Laura Méndez se va de viaje)”, en *Impresiones de una mujer a solas. Una antología general*. FCE, f,l,m, UNAM, México, 2006, pp. 351-366.
- \_\_\_\_\_, *Laura Méndez de Cuenca: Crónicas de viaje, 1896-1910. Andanzas por Estados Unidos y Europa*. Tesis de licenciatura, FFyL, UNAM, México, 2006.
- SANTAMARÍA, Francisco J., *Diccionario de mejicanismos*. Porrúa, México, 2006.
- SCHNEIDER, Luis Mario *et al.*, *Biblos*. UNAM, México, 1999.
- SIERRA, Justo, *Cuentos románticos*, en *Obras completas II. Prosa literaria*. Edición de Francisco Monterde, Nueva Biblioteca Mexicana, UNAM, México, 1984.
- \_\_\_\_\_, *Epistolario y papeles privados*, en *Obras completas XIV*. Edición de Catalina Sierra de Peimbert, Nueva Biblioteca Mexicana, UNAM, México, 1984.
- \_\_\_\_\_, *La educación nacional*, en *Obras completas XV*. Edición de Agustín Yañez, Nueva Biblioteca Mexicana. UNAM, México, 1991.
- TÉLLEZ RENDÓN, María Nestora, *Staurofíla, precioso cuento alegórico*. Librería Católica de José I. Gloria, México, 1906.
- ZANOLLI FABILA, Betty Luisa, “La investigación musical en el Conservatorio Nacional de Música de México”, en *Conservatorianos*, Revista del Conservatorio Nacional de Música, núm. 4, julio-agosto 2000, pp. 25-37.
- ZARCO, Francisco, *Literatura y variedades. Poesía, crítica literaria*. vol. XVII de *Obras completas*. Compilación de Boris Rosen. Fundación Jorge L. Tamayo, México, 1994.

#### HEMEROGRAFÍA

- Álbum de la Mujer* (1883-1888).
- El Anáhuac. Periódico Literario Ilustrado* (1872).
- Boletín de Instrucción Pública y Bellas Artes* (1903-1910).
- El Correo Germánico* (1888).
- El Diario del Hogar* (1890-1905).
- Ensayos Literarios de la Sociedad Netzahualcoyotl* (1869).
- Flor de Lis* (1899-1901).
- Gaceta del Gobierno del Estado de México* (1900-1903).
- Las Hijas del Anáhuac* (1873-1874).
- El Imparcial* (1905-1910).
- El Imparcial Ilustrado* (1908).
- Jueves del Mundo* (1902).
- El Liceo Mexicano* (1889-1890).
- Lunes de El Universal* (1890).

*Lunes Literario. Edición del Diario del Hogar* (1904).  
*La Mujer Mexicana* (1904-1905).  
*El Mundo* (1888).  
*El Mundo Ilustrado* (1895-1903).  
*El Pueblo* (1913-1917).  
*El Renacimiento* (1869).  
*Revista Azul* (1894-1895).  
*Revista Hispano-Americana* (1895-1896).  
*El Siglo Diez y Nueve* (1868-1875).  
*La Sombra de Guerrero* (1872).  
*El Universal* (1889-1992).  
*El Universal Ilustrado* (1919-1925).  
*Violetas del Anáhuac* (1887-1889).

#### PÁGINAS ELECTRÓNICAS

*Blog de Gustavo Nielsen*: <http://milanesaconpapas.blogspot.com/2005/06/berln.html>  
*Colecciones Mexicanas, IIB-UNAM*: <http://www.coleccionesmexicanas.unam.mx>  
*Colegio Mexiquense*: <http://www.cmq.edu.mx/docinvest/document>  
*Compañía Rosete Aranda*: <http://www.baulteatro.com/taller2.htm>  
*“El doctor Rafael Lavista y las primeras intervenciones sobre tumores cerebrales y cirugía de la epilepsia en México”*: <http://www.scielo.unam.mx/scielo.php>  
*Google, búsqueda de libros*: <http://www.books.google.com/books?isbn>  
*Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora*: <http://www.institutomora.edu.mx>  
*Museo Franz Mayer*: <http://www.franzmayer.org.mx>  
*Revista del Conservatorio Nacional de Música*: <http://www.conservatorianos.com.mx>  
*“Un análisis de la traducción de 'Stella' de Víctor Hugo por Francisco Gavidia”*:  
<http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo>  
*Universidad de la Ciudad México*: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero29/armoniasl>

## UN RAYO DE LUNA \*

No era una noche tibia de primavera, de esas impregnadas de perfume de flores tropicales,<sup>1</sup> de cielo dulcemente gris de color de perla con nubes encarrujadas<sup>2</sup> en el horizonte, cuando el misterioso rayo de luna llenó mi alma de emoción hasta entonces nunca<sup>3</sup> sentida; bien segura estoy de que las mordentes<sup>4</sup> ráfagas de octubre habían despojado de sus hojas a los recios árboles, sin preocuparse de la suerte de los pobrecitos gorriones que entre hojas y capullos sabían fabricarse nidos de arquitectura tan perfecta como la de los palacios góticos y los castillos señoriales de la Edad Media.

También creo recordar que las estrellas temblaban al través de la ligerísima niebla<sup>5</sup> que anuncia, en nuestras regiones, la estación fría, como se ve la trémula palpitación de las vírgenes, bajo el velo nupcial. Sirio,<sup>6</sup> la hermosa reina Sirio, sobresalía en blancura brillante y luminosa en medio de las otras, todas de diversos colores, rojas, verdes, azules, que se prendían en el espacio.<sup>7</sup>

El cielo, teñido débilmente<sup>8</sup> de un matiz entre azul<sup>9</sup> y verdoso, remedaba la superficie del mar alegre y sereno; y se me figura<sup>10</sup> que las demás estrellas han de haber estado hechas una furia de celosas. Cierto que resplandecían, mas con ese fulgor siniestro de las miradas de un enamorado en presencia de su rival.

Hacía frío, muchísimo frío. La cima encrespada del Ajusco<sup>11</sup> que cierra el término del paisaje, se empinaba cuanto podía en el espacio, y un jirón de nube sobre ella posado, semejaba<sup>12</sup> un obelisco de plata. Mirando fijamente a la serranía, a la hora de ponerse el Sol, creíase ver una ciudad fantástica, con sus torres de encaje, sus arcos gráciles ornados de arabescos, sus columnas enredadas de festones, sus puentes colgantes; y también barcos

---

\* Laura M. de Cuenca "Un rayo de luna", en *El Liceo Mexicano* (1 de abril de 1889), pp. 73-74; con el seudónimo de Stella y mismo título, en *El Universal*, t. v, núm. 79 (4 de agosto de 1890), p. 2, col. 1-2; con el nombre de Laura Méndez de Cuenca e igual título en el *Lunes Literario de El Diario del Hogar* (1904), pp. 242-243, y *Simplezas* (Paris, 1910), pp. 47-52. Fijo aquí el texto de la edición de 1910, revisado y publicado por la autora durante su estancia en París, y registro en nota las variantes.

<sup>1</sup> 1889, 1890 y 1904: *esas noches impregnadas de perfumes de Oriente, por de esas impregnadas de perfume de flores tropicales,*

<sup>2</sup> 1889 y 1904: *encarrujadas y espumadas* // 1890: *encarrujadas y esfumadas*

<sup>3</sup> 1889, 1890 y 1904: *no por nunca*

<sup>4</sup> 1889, 1890 y 1904 no aparece: *mordentes*

<sup>5</sup> 1889, 1890 y 1904: *bruma por niebla*

<sup>6</sup> Sirio (del griego *seirios*, "cruel") es la estrella más brillante del cielo, visible en los meses invernales, se encuentra relativamente cercana al Sol (a 8,7 años luz), en la constelación del Can Mayor. Esta estrella fue muy venerada por las antiguas culturas, ya que era presagio de buenas cosechas.

<sup>7</sup> 1889, 1890, 1904: *que decoraban el espacio por que se prendían en el espacio*

<sup>8</sup> 1889, 1890 y 1904: *suavemente por débilmente*

<sup>9</sup> 1889 y 1904: *azulado por azul*

<sup>10</sup> 1889, 1890 y 1904: *tiraba a superficie de mar, pero un mar alegre y sereno; y hasta se me alcanza por remedaba la superficie del mar alegre y sereno; y se me figura*

<sup>11</sup> 1889, 1890 y 1904: *volcán por Ajusco*

<sup>12</sup> 1889: *semejante a por semejaba* // 1904: *semejando por semejaba*

raros y gigantescos con sus trapos desplegados, ligeros juncos y débiles esquifes. La población de la ciudad fantástica era también de lo más extraño: hombres muy altos, mujeres blancas y deformes. Una llevaba unidas a la espalda abiertas alas de halcón; otra se cubría la cabeza con descomunal casco romano. Algún hombre llevaba un tirso y lo empuñaba con arrojo cual si fuera lanza; y otro, apenas distante del primero, acometía con ira a unos perros, armado de un paraguas, arrastrando a la vez<sup>13</sup> la enorme cola de delfín que ocupaba el lugar de sus piernas, pues que de tales miembros carecía.<sup>14</sup>

Yo estaba en sitio donde<sup>15</sup> admirar ese cuadro fantasmagórico:<sup>16</sup> en lo más recóndito del bosque de pinos.<sup>17</sup> Allí todo era oscuro. La densa lóbreguez de la noche descendente sobre el tupido follaje no permitía siquiera alcanzar, con la vista, a cuatro metros de distancia. Arriba, todavía se franjeaba de oro y violado la ciudad fingida por las nubes en la serranía, esfumándose, transformándose, fundiéndose unas en otras con maravillosa rapidez.

De súbito<sup>18</sup> gruesos nubarrones plomizos que se empujaban unos a otros,<sup>19</sup> arremolinándose hacia el Occidente, dejaron en tinieblas<sup>20</sup> el objeto de mi atención: la ciudad fingida en el volcán muerto.<sup>21</sup> Entonces, un rayo de luna, un indiscreto<sup>22</sup> rayo de luna que se enderezó hacia el bosque, dejéme ver ¡lo que nunca viera!: un airoso busto, una mano morena y nerviosa recorriendo los trastes de la guitarra y unos ojos negros como la sombra de los árboles, que me miraron abrasándome, y que yo siento me miran todavía.

El rayo de luna recorrió a prontos trechos el bosque, dibujando a mis pies temblorosa y movable alfombra de encaje, con la sombra de las hojas agitadas por el viento<sup>23</sup> sutil. Después, ocultándose el astro detrás de enorme masa compacta de vapores que borroneaba el horizonte, recogió su bendito rayo, arrebatando a mis miradas el volcán muerto, el cielo verde-azul, el busto airoso,<sup>24</sup> la mano, y aquellos ojos negros como el dolor...

Por un buen rato no acerté a concertar mis ideas dispersas.<sup>25</sup> Sentía yo que se me atropellaban en los rincones del cerebro, y también que mis nervios, tirantes a más no poder, amenazaban reventar. Algo en mi interior me decía: suspira, solloza, grita. ¡Qué sé yo qué! Iba a darme a escapar de ahí, cuando el airecillo sutil, que seguía jugueteando entre las hojas, trajo a mi oído un preludio de guitarra, un acorde y, luego, los dulces ecos de una voz deleitosa<sup>26</sup> y robusta, que entonaba una canción del país:

---

<sup>13</sup> 1889, 1890 y 1904: *con dificultad por a la vez*

<sup>14</sup> 1889, 1890 y 1904 no aparece: *pues que de tales miembros carecía.*

<sup>15</sup> 1889, 1890 y 1904: *punto de por sitio donde*

<sup>16</sup> 1889, 1890 y 1904: *fantástico. por fantasmagórico.*

<sup>17</sup> 1889 y 1890 no aparece: *en lo más recóndito del bosque de pinos.*

<sup>18</sup> 1889, 1890 y 1904: *Súbito por De súbito*

<sup>19</sup> 1889, 1890 y 1904 no aparece: *unos a otros,*

<sup>20</sup> 1889, 1890 y 1904: *tinieblas espeluznantes*

<sup>21</sup> 1889, 1890 y 1904: *el volcán que ocupaba mis sueños y mis delirios. por la ciudad fingida en el volcán muerto.*

<sup>22</sup> 1889 y 1890: *discreto por indiscreto*

<sup>23</sup> 1889 y 1904: *vientecillo por el viento // 1890: el vientecillo*

<sup>24</sup> 1889, 1890 y 1904: *arrebatando a mis miradas el volcán, primero, el cielo azul, el busto, por arrebatando a mis miradas el volcán muerto, el cielo verde-azul, el busto airoso,*

<sup>25</sup> 1889 y 1904: *Por un buen rato no acerté a pensar en nada; por Por un buen rato no acerté a concertar mis ideas dispersas. // 1890: Por un buen rato no acerté a pensar nada;*

<sup>26</sup> 1889, 1890 y 1904: *una voz al par por una voz deleitosa*

*Te vas y en la mar te meces  
sobre las ondas de blanca espuma  
que dora el Sol;  
Mañana, niña, estaremos  
separados muy lejos,  
tristes tú y yo.*<sup>27</sup>

Mis<sup>28</sup> nervios ya no pudieron más; haciendo ¡crac!,<sup>29</sup> reventaron en lágrimas, en éstas que me ahogan todavía.<sup>30</sup>

San Pedro de los Pinos, 1890.<sup>31</sup>

---

<sup>27</sup> 1889, 1890 y 1904 no aparecen los versos.

<sup>28</sup> 1889, 1890 y 1904: *Los por Mis*

<sup>29</sup> 1889 en cursivas: *¡crac!*; // 1890: “*¡crac!*”; // 1904 en cursivas: *crac*,

<sup>30</sup> 1889, 1890 y 1904 agregan una última línea y un dato: *Y al referírmelo, la ola amarga empapó sus últimas palabras.* // 1889 y 1904: *1889. Laura Méndez de Cuenca.* // 1890: *Stella.*

<sup>31</sup> 1889, 1890 y 1904 no aparecen lugar y fecha. // En San Pedro de los Pinos, Avenida 16, número 73, Ciudad de México, se encontraba el domicilio de la autora y de sus dos hijos: Alicia y Horacio.

CATALEPSIA\*  
(Cuento)

Recuerdo que empecé a percibir como que un velo se descorría en mi imaginación, colocándome en un estado que me permitía hacerme cargo de lo que iba a pasar en torno de mi lecho.

En primer lugar, quise abrir los ojos y no pude; parecía que sobre mis párpados había un objeto pesado que lo impedía; traté de incorporarme: ni mis manos ni mis piernas tenían el menor movimiento; en mí no vivía más que el espíritu, el cuerpo estaba muerto.

Hubiera sufrido una paliza sin quejarme.

Esta circunstancia hizo que acudiese a mi mente una idea fatal.

Yo recordaba haber leído en un libro de medicina, que los efectos de la catalepsia eran los mismos que yo experimentaba; es decir, lucidez completa del espíritu e inercia completa también de la materia.

El accidente que me retenía en el lecho era una catalepsia.

Inmediatamente pensé en las consecuencias que esto pudiera originar: la inmediata, era ser enterrado vivo, entregarme a los gusanos de la fosa sin que el “manjar” estuviera aún en sazón; cinco minutos de desgarradora agonía, que iban a hacérseme cinco siglos; después las uñas y la cabeza destrozadas, la muerte en el seno de la más espantosa oscuridad.

Mis temores debían confirmarse en breve.

Lo temible, lo verdaderamente aterrador de esta clase de accidentes, es que el enfermo, el vivo de ultratumba, oye y se entera de todo cuanto pasa en su derredor.

Así, oía yo a mi mujer que preguntaba al médico:

—Pero diga usted, ¿está verdaderamente muerto?

—Señora, no abrigue usted la menor esperanza —contestó el galeno— se han hecho ya con él las pruebas que la ciencia aconseja, y no me queda más que extender la certificación.

¡La ciencia!

Esta palabra en aquella ocasión me pareció un sarcasmo.

¿Qué ciencia es ésa que no conoció entonces que la engañaba la Naturaleza?... ¿Que se burlaba de ella, presentándole un problema que no podía resolver?

Al médico, que parecía un sacerdote de una falsa divinidad, un propagador de errores, le hubiera estrangulado, porque aquella certificación que en mala hora extendía, me enviaba al cementerio antes de tiempo.

Después sentí que alguien entraba en mi aposento: eran algunos amigos íntimos, que procuraban “consolar” a mi mujer y mi suegra.

—¡Pobre Celestino! —decía uno.

—¿Ha hecho testamento?

---

\* Sin firma, “Catalepsia (Cuento)”, en *Lunes de El Universal*, t. v, núm. 64 (21 de julio de 1890), pp. 1 y 2, col. 5-6 y 1, respectivamente.

—Sí, señor, contestó mi suegra (ésta no lloraba ni poco ni mucho; mi mujer parecía bastante resignada).

—Del mal el menos.

—Como él padecía de frecuentes ataques; yo le convencí para que no se muriera *ab-intestato*.

—La verdad es que llevaba una vida desordenada.

Percibí la palabra “perdido”, aunque no sé quién la pronunció.

Luego se alejaron todos.

Al cabo de una hora entraron en mi alcoba unos hombres, probablemente dependientes de la funeraria, que habían tomado cartas en el asunto.

Aquellas gentes me cogieron sin ceremonia, bamboleándome en todos sentidos: iban a amortajarme.

Mi suegra se presentó con un traje que arrancó esta exclamación a mis ayudas de cámara:

—Señora, ¿no hay vestido más decente que ponerle? Las botas están agujeradas y el pantalón lleno de manchas.

—Bien va así —contestó mi suegra. ¿Quieren que le vistamos de ceremonia para que le respeten los gusanos?

Estas atroces palabras me indignaron; mi suegra, a quien yo no había escaseado nada, me mandaba al sepulcro como un pordiosero, llevaba la economía hasta más allá de la tumba.

Ataviado de aquel modo fui colocado sobre un ataúd; aquella iba a ser mi última morada; “el tren de recreo” que iba a conducirme al cementerio.

Mi mujer entró a poco, acompañada de un “primo” que le había hecho el amor antes de casarnos.

¡Detalle horrible!

Al ver las luces que alumbraban mi ataúd, apagó dos, diciendo:

—¿Cómo?, ¡seis hachas!... Con cuatro tiene bastante... No empecemos a derrochar.

Mi suegra me disfrazaba de mendigo, mi mujer quería dejarme a oscuras.

—¿Qué sitio va a ocupar en el cementerio? —preguntó el primo.

—Se le comprará un nicho.

—¿Qué estás diciendo? Entonces te obligarán a que le hagas entierro de primera clase, y esto, con los lutos, va a ser demasiado.

—¡Tienes razón!... Entonces “le contentaremos” con una sepultura.

—Y no de las más caras, ¡horror!

No pensaron en el basurero, porque no está permitido.

¡Mi mujer!... con quien yo me había gastado catorce duros en la fonda de Europa el día de nuestra boda... ¡Amén de los regalos que la precediera, y de las cuentas de la modista posteriormente!

¡Mi mujer a quien siempre llevaba yo a paseo, cuando íbamos al teatro, a quien pagué muchas noches la cena en el Café de la Concordia...!<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> El Café de la Concordia, propiedad del empresario de espectáculos Antonio Omarini, se encontraba en la esquina de la 2ª de Plateros y San José del Real (esquina nororiente de las avenidas Francisco I. Madero e Isabel la Católica) frente al templo de La Profesa, sitio que hoy ocupa la casa de modas Zara; en la acera opuesta se levanta el antiguo edificio de La Esmeralda, que alberga, en su piso inferior, la tienda de discos Mixup, y en la parte superior el Museo del Estanquillo.

¡Mi mujer, a quien adoraba yo, me escatimaba un nicho, por no hacerme enterrar en primera clase!

Aquella conversación impía fue interrumpida por mi suegra, que anunció la llegada de la modista.

Todos desaparecieron.

Sin embargo, debían haber pasado al aposento inmediato. Porque yo oía decir al primo:

—¡Estás encantadora! ¡Es deplorable que tu marido no se haya muerto antes, para que hubiéramos visto realizada tu hermosura por el luto!

—¡Guasón!

Esta palabra, en presencia del cadáver de su marido, me pareció una blasfemia; mi esposa hacía caso de las galanterías de los fatuos, estando yo de cuerpo presente.

De ahí a casarse dentro del novenario, no había más que un paso.

¡Y yo entretanto, sin poder hacer el menor movimiento que hiciese constar mi estado!

Es verdad que al apercibirse de él, puede que mi mujer me hubiera muerto de veras, ¡para no privarse del placer de ver realizado sus encantos por el luto!

Llegó la tarde, y con ella la hora de mi conducción al cementerio.

Algunos “amigos” entraron en la estancia mortuoria.

Ya sabía yo lo que era el amor conyugal, era necesario que supiese también lo que significa la amistad.

—¡Pardiez! ¡Qué feo está! —decían algunos.

—Ese pobre diablo se ha muerto a tiempo: yo le debía dos mil reales de que la viuda no tiene noticia.

—Pues en cierta ocasión no quiso prestarme veinte duros.

—¡Era un tacaño!

—¡Y ahora por su causa, tendremos que gastar en coche! —decía el de los dos mil reales.

—¿No os parece que la viuda está bastante consolada?

—¡Cómo tiene a su lado al primo, que cuida de todo!

—¡Pobre Celestino!... has hecho bien en morirte tan a tiempo.

Un golpe seco y rudo cortó aquel diálogo; era la tapa de mi ataúd que se cerraba de golpe.

Me sentí conducido por los sepultureros; al cruzar las habitaciones de la casa, percibí algunos muy débiles sollozos y la voz del primo, que decía:

—Vamos, vamos... hay que ser razonable.

Otro ruido me hizo estremecer dentro del ataúd: me pareció el de un beso.

Yo estaba en el caso de admitirlo todo de la mujer que no quería derrochar en luces, y que me escatimaba un nicho.

Me colocaron en carro mortuorio y partimos.

En aquel momento terrible yo no me acordaba de mi mujer, ni de mi suegra, ni del primo, ni de los amigos.

Pensaba sólo en mí mismo, en la espantosa muerte que me deparaba mi extraño destino, en aquella fosa abierta para un vivo que iba a entrar en el reino de los muertos sin la autorización correspondiente.

Estos horribles pensamientos me producían una especie de vértigo espantoso y cruel, pero que no lograba romper las ligaduras con que me tenía sujeto la catalepsia.

Hasta mí llegaba ese alegre rumor de la calle, que parece el zumbido que se escapa de una colmena inmensa; aquellas alegres gentes estarían muy lejos de sospechar el drama que empezaba en mi ataúd, y que debía de terminar en el cementerio.

No tardamos en llegar.

Los sepultureros me depositaron en el suelo, uno de ellos abrió la caja.

Entonces sentí en mi rostro una impresión agradable.

Empezaron los responsos del cura del camposanto y de otros dos sacerdotes que formaban parte del acompañamiento.

Mi vida estaba pendiente de aquellos breves minutos, una vez dentro de la fosa, ya no había esperanza.

*Requiescat in pace*

Con esta frase concluyó todo; era el último adiós que mis amigos me dirigían por boca de la religión.

Los sepultureros se precipitaron sobre la caja para cerrarla.

Hice un violento y supremo esfuerzo... Mis ligaduras estaban rotas, y di un fuerte puntapié... a mi patrona que entraba en la alcoba con el chocolate.

¡Dios os libre de sueños semejantes!

## APOPLEJÍA DE ORO\*

Era noche de gran concurrencia.

La bola ebúrnea, que alrededor del anfiteatro de la ruleta daba rápidas vueltas, apenas cesaba de culebrear contra las puntas de acero, que como atalayas defienden los números. A un lado y otro de la larga mesa cubierta de tirante paño verde, brillaban montículos de oro y plata, que mermaban o crecían a cada momento, según aquí o allá se inclinara la suerte.

A la amarillenta claridad de la lámpara que, suspendida del techo y mandando su círculo de reconcentrada luz a la mesa, presenciaba las mil peripecias de aquel drama del azar, veíanse pálidas y desencajadas las caras de los circunstantes agrupados y silenciosos, esperando con afanes egoístas el favor vacilante de la fortuna.

Allá, en un extremo de la mesa, con el sombrero bajo hasta los ojos, replegados los labios y el cuello palpitante, avanzados hacia el juego, uno de los asistentes espiaba recatándose a medias en la sombra, los tortuosos giros de la esfera de marfil, buscando el número en que colocar el premio.

Traía un traje, mitad civil y mitad militar. Un chaleco azul con botones metálicos dejábase ver por la abertura de un mal cerrado paletó, en que se embutía el atentísimo jugador.<sup>1</sup>

Su porte era distinguido. Casi echado nuestro personaje en el borde del tapete, apoyábase en los codos, puestas las manos en entrambas mejillas.

Su rostro era enjuto, con ese color de cobre con que pinta el Sol aquellas epidermis que han sufrido durante largo tiempo sus ardientes injurias.

Todo revelaba en él al antiguo oficial de ejército que pasó parte de su vida entre el polvo de las jornadas y los patios de los cuarteles, o a la puerta de la tienda de campaña.

Sus marciales mostachos, afilados por las puntas y gruesos hacia las curvas del centro, ponían un remate característico al retrato de este hombre.

Parecía abismado en una somnolencia de fiebre. Sus ojos, a pesar de la penumbra en que el ala del sombrero los sumía, mostraban a ratos fulgores de relámpago. Comprendíase que el dueño de aquellas pupilas llameantes debía padecer mucho. Los músculos de su rostro estaban contraídos. La barba dejada crecer, y en la cual la canicie empezaba a despuntar, dábale apariencias de enfermo. Súbitas palideces venían a hacer sospechar el

---

\* Sin firma, "Apoplejía de oro", en *Lunes de El Universal*, t. v, núm. 64 (21 de julio de 1890), p. 3, col. 2-3.

<sup>1</sup> El padre de la escritora, Ramón Méndez Mérida, además de militar era un jugador empedernido. La novela de la autora, *El espejo de Amarilis* (México, 1902), vol. I, p. 45, evoca a propósito: "De las tunantadas y picardías de Ramoncito, de una habíale quedado amargo deajo, debido a infortunadas circunstancias. Lo diré claro: Mendoza no sabía trabajar en nada honesto, y para sacar la torta, hacía de tallador en una partida. Por buena suerte los dueños del garito le conocían y le estimaban, sin otra razón que la de no haberle dejado ni cara en qué persignarse, y hoy aquí, mañana allá, pasado mañana acullá, Romancito tenía empleo seguro que, como quien no quiere la cosa, le rendía, lo menos, tres dureses diarios".

estado morboso que dominaba a aquel hombre. Pero estas eran las pruebas solas que daba de vida.

Tan en sí estaba, que no vio unos dedos sutilísimos, movidos en una mano cortés y atenta, que le tocaron en el hombro.

Volvióse con indiferencia.

Una voz amiga le dijo:

—¿Y tu hija?

Nada contestó el interpelado.

Sólo pudo observarse que salió de sus ojos terribles una mirada de intensa desesperación.

Luego dirigió su atención al lugar por donde daba vueltas y quiebras aquella mágica rueda de la fortuna.

¡Si hubiera podido pararla en el punto en que se agolpaban sus deseos!

\* \* \*

No tenía, con todo, nuestro héroe, un alma vendida al diablo de la avaricia.

Llegado a altísimo escalón de la jerarquía militar, había súbitamente descendido en el espacio de un instante, merced a uno de esos impulsos en que el honor comprometido opta por el abismo de la conciencia, antes que por la meseta del favoritismo.

El deber de compañero le ató los pies y cayó en la flor de su gloria.

Fue relegado al olvido.

Una hija, fruto de lazo santo que aflojó la muerte, pero que cortó por completo, quedó como dulce reconvencción de aquel desastre al desgraciado militar.

Largos días de inquietudes y de estrecheces contaron padre e hija. Pero la noche en que nuestro protagonista se puso delante de la mesa de juego, la miseria había invadido horriblemente la habitación a donde se habían refugiado aquellos dos náufragos de la vida.

El jugador tenía en la mano su última moneda.

Como poseído por inspiración sobrenatural, púsole a “pleno”. A poco la blanca esferilla, resbalando por la pendiente abigarrada de la ruleta, detúvose en una casilla. La “puesta” del militar fue aumentada una treintena de veces. Volvió a dar vuelta la bola, y la voz vibrante del banquero pregonó por segunda vez el número.

Puñados de oro y plata fueron amontonados delante del jugador.

Arrellanóse más en su silla, y siempre con los codos clavados en la ancha mesa, dejó abandonado a la suerte aquel caudal improvisado.

Gozábase en semejante ejercicio, muy parecido a un combate con sus campos enemigos, vencidos y victoriosos, llena cada peripecia de encontradas emociones.

Corría y corría la esfera, y en cada parada nuevos torrentes de monedas serpeaban al lado de aquel hombre, ya dueño de fabulosa suma.

Las cantidades parciales, diseminadas por toda la mesa, delante de cada jugador, pasaron a su sitio; los banqueros de casa agotaron sus recursos.

El militar permanecía inmóvil, con los ojos fijos en el templete de oro que tenía enfrente. Apretábase las sienes con ambas manos y todo convulso.

El oro se levantaba en columnas, en montecillos deslumbradores.

Silencio profundísimo había en la sala: parecía que se iba a cometer un crimen.

Sólo algunas voces empezaron a murmurar por lo bajo:

—¡Que se retire! Va a perder lo que ha ganado.

Otra vez los dedos cariñosos del amigo le tocaron en la espalda; pero el jugador no respondió con movimiento alguno.

¡Semejaba haberse vuelto de metal, como el dinero que tenía entre sus brazos!

No aguardó más el amigo.

—Iré por su hija —dijo. Ella le arrancará de aquí.

Y se precipitó a la calle, veloz y gozoso, como si fuera a realizar una acción buena.

\* \* \*

Quince minutos después, una niña pálida y convulsa, tirando de un brazo al jugador, gritaba entre sollozos:

—¡Padre! ¡Padre!, vente.

Pero el militar no respondía.

¡Estaba muerto!

Su muerte había sido una apoplejía de oro.

## ¡ABANDONADA!\*

No, no era la solitaria cruz del camino, formada de rústicos leños ya despojados de lozano ramaje y de vigorosos retoños, prendida en un montículo de guijarros que aventó a la ribera del arroyo la corriente engrosada por la lluvia. No, ¡qué había de serlo!

En la cruz del camino palpita la vida: se sienten los aleteos de las mariposas, se oye el susurro del follaje sacudido por el viento, se contempla el desenvolvimiento de los capullos, se aspira el perfume de las flores silvestres, se asiste a la generación de la yedras, se percibe<sup>1</sup> el vuelo sutil del polen que germina y se escuchan los matinales conciertos con que los pájaros salvajes saludan al Creador, al despuntar el día. Cada viajero, cada infortunado a quien el destino empuja al azar, sigue y sigue, siempre goteando sangre, por la ruta escabrosa, siempre con los ojos escaldados por el llanto, la respiración congojosa y difícil, abrumado por la carga del pensamiento, la más abrumadora de todas las cargas que agobian a la desgraciada humanidad.

Pero llega allí donde está la cruz:<sup>2</sup> unos brazos abiertos le esperan. Cierto es que el camino ha sido largo, que las fuerzas parecen agotadas, la frente está húmeda y sombría, las carnes abiertas y la voz seca, ahogada y adolorida; mas al caer de rodillas, sobre el humilde polvo que sustenta la cruz, el dolor se resuelve en quejas, en lágrimas, en plegarias, y el ánimo se vigoriza, el corazón se calienta, las negruras lóbregas del pensar se disipan como la niebla rasgada por los rayos del Sol.

Ya se puede seguir el viaje; ya se puede ver cara a cara al sufrimiento; las lontananzas están alegres y sonrosadas, hay en ellas celajes y arreboles; el viaje se hace corto, y la vida, fardo insoportable antes de la plegaria en la cruz del camino, se siente pesar menos, pesar muy poco, pesar como un puñado de alas de mariposas.

Al emprenderse de nuevo la peregrinación, se deja atrás aquel bendito lugar de refugio, en donde se descargó la pena, en donde surgió la esperanza, se recobró el aliento desfallecido y a medida que la distancia crece, acuden de nuevo las sombras a ennegrecerlo todo, hasta volver a distinguir otra nueva luz, otro leño musgoso invadido por la retama,<sup>3</sup> acariciado por las campanillas azules, blancas y moradas, cuyo brezo,<sup>4</sup> de forma de corazón, aprieta sus nudos contra los brazos de la cruz.

La cruz del camino sencilla, solitaria y cubierta de flores, es símbolo de la fe: ¡Dichoso el que cae de rodillas, ora y espera!

---

\* Sin firma, "Abandonada", en *Lunes de El Universal*, t. v, núm. 71 (28 de julio de 1890), p. 1, col. 2-4; con la firma de Laura M. de Cuenca en un recorte periodístico, pegado en un cuaderno del Archivo Personal de Laura Méndez de Cuenca (APLMC). Fijo aquí la versión del recorte sin procedencia que forma parte de APLMC, ya que sus correcciones con puño y letra son su última voluntad, y pongo en nota las variantes de la versión sin firma. Un grabado de M. Weber, representando a una mujer abrazada a una cruz, inserta en un peñasco, acompaña al cuento en la versión del *Lunes de El Universal*.

<sup>1</sup> 1890: *ve por percibe*

<sup>2</sup> 1890 no aparece: *donde está la cruz*;

<sup>3</sup> 1890: *el brezo*, por *la retama*,

<sup>4</sup> 1890: *follaje*, por *brezo*,

\* \* \*

Aquella no era la cruz del camino. La travesía había sido larga, durante ella se habían experimentado en ordenada y rigurosa sucesión algunas alegrías, algunas ternuras; se había el pasajero ceñido la corona de rosas blancas de la inocencia, los mirtos del amor, los laureles del artista, los encinos del vencedor y<sup>5</sup> los sueños castos de la infancia, escapados del<sup>6</sup> hogar en que nacieran, no habían vuelto; las ilusiones, de doradas que fueron al comenzar el viaje, tornáronse rojas, rosadas después, descoloridas y blanquizas más tarde, para que al convertirse en blancas y transparentes, se volvieran en un momento sombra, humo que se disipa y que se aleja. La travesía había sido larga.

No era cosa de ver flores, ni montañas, ni de sorber, con labios reseco, el agua juguetona del arroyo, no sangraban los pies desnudos, no abrumaba el cansancio muscular: el viajero había sido arrancado sucesivamente del regazo maternal, del afán paterno, de brazos de la amante esposa, de junto de la cuna en donde se acababa, a mordidas, las manos el pequeño. Era de noche, una noche lasciva que se entregaba a las frenéticas caricias del huracán; el mar rugía azotando por todos lados la frágil barquilla que zozobraba<sup>7</sup> arrebatada por las olas, dando tumbos aquí y allá contra desiguales arrecifes. De repente encalló.

El viajero no veía más que una negrura sin término, una soledad sombría que le aterraba, y sintió la sangre cuajarse en las venas, las lágrimas estancadas<sup>8</sup> en los ojos, y una infinita necesidad de ser compadecido y consolado.

Sin ánimo,<sup>9</sup> quiso ensayar sus últimas fuerzas; pero el cantil anguloso<sup>10</sup> y cortante le desgarró las manos, y tuvo que abandonar la empresa, entregándose al océano. ¿Cuánto tiempo transcurrió en el camino, empujado, aventado y combatido por el furioso oleaje? Nunca pudo saberlo.

Un golpe rudo y violento lo echó sobre las rocas,<sup>11</sup> y a la momentánea claridad de un fuego fatuo que atravesó el espacio, pudo ver que se hallaba en una enorme mole de granito, calva y mohosa a trechos por la humedad, que dejaba en ella el mar, lamiéndola<sup>12</sup> constantemente con su lengua acre.<sup>13</sup> El viajero se incorporó venciendo la torpeza de sus miembros, empapado, aterido, con la mirada vaga, el cabello lacio<sup>14</sup> y las manos crispadas como garras.<sup>15</sup> Quiso reconocer el espacio ocupado por la mole, y lo<sup>16</sup> halló erizado y estrecho; abrió los brazos y tropezó con otros de piedra abiertos también, pero mudos, desconsoladores; quiso caer de rodillas, y encontró estorbado el lugar por una mujer pálida y triste, de blanca túnica desceñida y suelta, de pies descalzos y brazos abatidos que nunca se han alzado juntos en actitud de orar. Iba a pronunciar una plegaria el peregrino, manteniéndose en pie trabajosamente; pero la oración espiró en sus labios. ¿Quién eres,

---

<sup>5</sup> 1890 no aparece: y

<sup>6</sup> 1890: *al por del*

<sup>7</sup> 1890: *corría por zozobraba*

<sup>8</sup> 1890: *estancadas las lágrimas por las lágrimas estancadas*

<sup>9</sup> 1890: *Sin ánimo ya, por Sin ánimo,*

<sup>10</sup> 1890: *la roca angulosa por el cantil anguloso*

<sup>11</sup> 1890: *una roca, por las rocas,*

<sup>12</sup> 1890: *que lamía por lamiéndola*

<sup>13</sup> 1890: *lengua salobre y acre. por lengua acre.*

<sup>14</sup> 1890: *hirsuto por lacio*

<sup>15</sup> 1890: *en forma de garra; por crispadas como garras.*

<sup>16</sup> 1890: *le por lo*

dijo entonces a la mujer, quién eres tú, que me arrancas la fe y me estorbas al doblar las rodillas?

¿Quién eres? Soy la Duda, respondió ella con frialdad. Huye de mí, vete: aquí no hay vida, no hay esperanza, huye. ¡Ay de ti si no encuentras en tu viaje el tosco leño de la cruz del camino!<sup>17</sup>

México, 1890.<sup>18</sup>

---

<sup>17</sup> Juan de Dios Peza recrea el tema en los vv. 45-48 de “La cruz del camino” (1892): “¿Qué para el pecho triste que sólo sueña / en el fulgor eterno de un Sol divino, / no hay altar tan hermoso como la peña / do está la solitaria cruz del camino!” (*Recuerdos y esperanzas*, México, 1972, pp. 21-22).

<sup>18</sup> 1890 no aparecen lugar y fecha.

## ESTABA ESCRITO\*

Aquella mañana Marcial y Camila salieron de paseo al mismo tiempo que el Sol, ¡cosa rara: ninguno de los dos era madrugador!

Marcial estaba sombrío, aunque trataba de ocultarlo, enseñando los dientes, de risa, de una risa estúpida que ninguna razón tenía de ser, porque si la mañana estaba azul y alegre, las flores ebrias de Sol, y el agua del río echando espumarajos de caballo cansado, habría cuando más, motivo para sentir el contento que da al ánimo el vigor de quien puede beber oxígeno a pulmón lleno; la alegría de la Naturaleza cuando salta de su lecho oriental; pero lo que es risa, risa capaz de aflojar las quijadas, no podía caber en un hombre romántico por enfermedad, como lo era Marcial; en un hombre dolorido eternamente del género humano, y sin pizca de darse a partido con las chocheces del siglo actual.

Por instinto, Marcial era un trasunto quijotesco muy fuera de caja con las costumbres modernas; profesaba la honradez convencional pregonada en los tratados de Moral, con una exageración tan extremada, que a no serle tan indispensable ganar para sí y los suyos el pan de cada día, hubiérase dado al ejercicio de desfacer entuertos, aunque pare ello hubiera tenido que arriesgar vida y hacienda. Marcial ignoraba la existencia de Cervantes y por ende la del ilustre manchego y su remilgada Dulcinea; debió ser trovador provenzal, pero por bromitas del hado nació en un pueblo rabón de la República,<sup>1</sup> y era maromero por educación, por necesidad y por honor a su abolengo.

El padre de Marcial fue siempre, desde la cuna, el más notable, el primer ecuestre de todas las compañías de funámbulos y volatineros; la madre “volteaba” admirablemente en los juegos de salón, pudiendo decirse que Marcial fue acróbata desde el vientre materno.

Marcial llegaba muy de cerca a los talones de su décimo octubre, cuando ingresó a la compañía una pobre mujer de miembros flácidos, tez jadeada y sudorosa a causa de un asomo de tisis que la condujo al sepulcro a vuelta de pocos meses y poco, muy poco trabajo; como que ninguna droga le salió al encuentro, ningún cuidado ni higiénico afán, ni apego a la vida del trapecio y el trampolín. La encanijada acróbata tenía, en aquel entonces, una chiquilla mofletuda que se bebía a la madre, en constante succión, de la que no prometía cansarse nunca; si había tenido progenitor, lo que es padre, ni de juguete: él tal era uno de tantos, difícil de entresacarlo entre la multitud la misma madre de la chica. A la muerte de ésta, que no se hizo rogar mucho, Camila, la mamona insaciable, fue recogida generosamente por la familia de Marcial. Ella se convirtió bien pronto en adolescente y él

---

\* Stella, “Estaba escrito”, en *El Universal* (Escrito para *El Universal*), t. v, núm. 85 (11 de agosto de 1890), p. 2, col. 3; con la firma de Laura M. de Cuenca e igual título, en un manuscrito perteneciente al Archivo Personal de Enrique de Olavarría y Ferrari (APEOF), Biblioteca Nacional de México (BNM), caja 24, exp.1, documento 22, 1890. La correspondencia epistolar de Olavarría y Ferrari con Laura Méndez puede consultarse en la página electrónica <http://www.coleccionesmexicanas.unam.mx>. El hallazgo de estas epístolas corroboró la autoría de los cuentos firmados con el seudónimo de Stella. El manuscrito es anterior a la versión periodística, por lo que se incluye en el Apéndice I. *Vid.* Advertencia Editorial.

<sup>1</sup> Aquí se encuentra el primer indicio de un lugar ficticio: Las Palmas, cercano a Orizaba, Veracruz, que aparece con frecuencia en las narraciones de Laura Méndez.

en atleta, en posesión de un vigor juvenil y una dotación de sueños e ilusiones de lo más raro y curioso que imaginarse pueda: casi no sabía leer, nada de escribir; pero ni la sabiduría le hacía falta para tener muy recto criterio, ni estorbábale la ignorancia a la hora de practicar el bien.

Camila había crecido en la sentina del circo: la libertad de acción, el lenguaje obsceno de sus compañeros de arte y la desnudez impudente que formara su vestido de gala, le arrebataron la inocencia desde muy temprano, pero sin prostituirla, porque la abstención de trato con gente honrada salvóla de caer en groseras malicias; para ella no era un secreto las causas de la vida; presentía los deliquios del amor, y como nadie la amonestaba enderezándola por camino alguno de moral escrita, Camila no tenía impacencias por llegar a mujer, y esperaba su turno gozosa, alegre y feliz, sin que le dieran que hacer los nervios.

Aquel día, Marcial, como he dicho antes, estaba decididor, locuaz, motivo suficiente para que Camila sacara tamaños ojazos de asombro, asombro que se convirtiera en espanto, cuando sentados ambos artistas a la sombra de un mezquite ocupado en mirarse en el río, Marcial, atrayendo a sí dulcemente a Camila, le dijo en el tono más mimoso que sólo para ella tuvo jamás; “Camila, yo te amo. ¿Quieres que nos casemos, y no volver a subir al trapecio que tanto te acobarda?”

Camila no estaba en el mundo; no subir al trapecio nunca, al horrible trapecio que se mecía allá arriba tan áspero y tan alto; ¡oh!, eso era un sueño. Iba a responder a Marcial, sí quiero, cuando se acordó que en la noche de ese día iba a efectuarse su función de gracia y tendría que trabajar sin red, para lucirse más, en el trapecio volante y en el trapecio doble; así es que no se resolvió a hablar, sonriendo tristemente.

“¿Qué me respondes, Camila, tú no me amas?”

Lo que es eso ni la pobre muchacha lo sabía; pero no le disgustaba cambiar por la vida de esposa y de madre cuyos dolores no conocía, aunque las satisfacciones de ambas adivinara, el trapecio aquel de todos los días y de todas las noches, la cuerda por la cual subía sosteniéndose con los dientes y por la cual bajaba haciendo “angelitos” con su vestido de tarlatana chillona y su flor teñida con *fushina* prendida entre los indóciles cabellos destrenzados. Camila no respondió a derechas, sí o no; pero no tuvo menos que preguntar tímidamente: “¿tampoco esta noche trabajaré?”

Marcial sintió un volteo brusco de corazón; seguro estaba de que la tal víscera había tenido la humorada de ponerse cabeza abajo. “Esta noche sí, porque el empresario no querrá permitirlo, aunque te pesáramos en oro, pero después no; ni mañana, ni nunca. Mi padre ya no renovará el contrato; nos casaremos en esta semana, y yo subiré al trapecio por los dos, por ti y por mí. ¿Quieres?”

Camila pensó: “Hoy nada más, nada más”; nada dijo, y cayó muda en los brazos de Marcial.

El artista estrechó a la chiquilla fuertemente, sellando con ese apretón una promesa hecha *in mente*: hacer la felicidad de aquel pobre ser.

\* \* \*

Eran más de las ocho; la destartalada plaza de gallos del pueblo abría sus anchas puertas de par en par cuyos batientes, lamían amenazando aniquilarlos, movedizas llamaradas de ocote, la murga insufrible formada por cinco indígenas se vengaba del desdén con que era mirada todo el año, echando notas inválidas, en los días de feria, a los cuatro vientos, al cielo y a lo más profundo de la Tierra; la gente acudía a la plaza provista de naranjas, cañas

y cacahuates para entretener, comiendo, la larga espera de todas las noches antes de la función.

Ya tenía el público para rato. Mientras no estuviera todo el pueblo en la plaza, ni esperanzas de maroma, ni esperanza de coplas saladas por el payaso. Parte de los acróbatas, con el vestido mixto de calle y de trabajo funambólico, emparejaban con un rastrillo el estiércol de la pista, extendían la raída alfombra, encima el jergón de zacate, afianzaban a martillazos las maniotas de la barra y aseguraban el trampolín. Nada de red, en las noches de beneficio suprimirla, era el lujo de la función.

A un lado del redondel, bajo un tinglado hecho a última hora de tiras de manta y tejamanil, el resto de la compañía en rutinaria promiscuidad, hombres y mujeres, se metían en abigarradas mallas, y algunos ya listos esperaban que el empresario diese la señal de salir al saludo, en grupo, ante el palco de la autoridad.

Llegado el momento sonó la campanilla, y al compás de una marcha popular comenzó la función. Pasados cosa de cuatro o cinco actos, salieron al público Camila, en un acto ecuestre, y el payaso Pepino,<sup>2</sup> el disoluto Pepino a dejar con la boca abierta a los espectadores, con sus chistes graciosos y oportunos. Marcial, que nunca permanecía en el picadero mientras trabajaba Camila, porque sufría mucho conociendo el miedo de la pobre niña, creyó que debía vigilar a la futura esposa y defenderla de cualquier riesgo; fuese allá y se clavó en una viga del cuadro que sostenía los aparatos de arriba, inmóvil como estatua.

Camila se portó como siempre, hizo a caballo las más difíciles piruetas, arrancando frenéticos aplausos; cuando el animal sudoroso empezó a echar espuma, Camila suspendió su ejercicio, sentóse cruzada de piernas sobre el animal, acarició a éste en el cuello y empezó a pasearlo al paso alrededor del picadero. El payaso entonces comenzó a desempeñar su papel.

A una contorsión seguía una gracejada, a la gracejada una pirueta y a la pirueta una obscenidad; Camila pasaba y pasaba a su lado, y él, mostrándosela al público, hacía ademanes soeces que arrancaban carcajadas a la muchedumbre y miradas de odio a Marcial. De repente, Camila volvió a pasar junto al payaso, ya dispuesta a reanudar su faena; y éste, llevando al extremo su afán de divertir a los espectadores, acarició por dos veces las piernas de la ecuestre, besándose después las manos, lamiéndoselas y haciendo escenas muy significativas de lúbricos antojos.

Marcial sintió que le faltaban las fuerzas, que una venda le cubría los ojos, y, al entrar Camila al tinglado, la recibió en sus brazos, diciendo entre dientes: “Hoy nada más, nada más”. Siguieron otros ejercicios y llegó el acto principal: trapecio doble por Marcial y la beneficiada.

Salieron juntos de la mano, fingiendo esas carreritas que sirven siempre para dar a los acróbatas una salida airosa. El vestido de gasa azul de ella flotaba como aleteo al hacer, por la cuerda, la ascensión al trapecio; él la siguió y comenzaron a lucirse y a arrancar aplausos.

Todo había salido muy bien, faltaba nada más la última figura, muy vistosa y de peligrosa apariencia, pero muy fácil de ejecución: él, sostenido de las manos en el trapecio, por medio de sus dos pies sostenía a ella en posición horizontal, acostada en el espacio, al parecer; si no tenía ningún riesgo, si lo hacían todos los días dos o tres veces: de día al ensayar; de noche: en la función, en presencia de todo el pueblo. Ya estaba Camila entre los

---

<sup>2</sup> Laura Méndez evoca al famoso payaso argentino *Pepino* 88, José Juan Podestà, integrante de la compañía del Circo Criollo, con quien recorrió buena parte de América durante la segunda mitad del siglo XIX, haciendo suertes de malabarismo a caballo, además de las consabidas gracejadas.

pies de Marcial, cuando éste acertó a ver al payaso entre un grupo de maromeros; verlo y reconstruir la escena de los cariños del indecente, fue todo uno; como entonces perdió las fuerzas, y la niña, sin poderlo evitar, cayó desde la altura de la plaza, fracturándose el cráneo.

Cuando Marcial descendió por la cuerda, en incomparable estado de idiotismo, la policía lo recibió para defenderlo de la indignación popular que quería aniquilarlo, sospechando un crimen. ¡Son esos maromeros tan depravados!

Cuando Marcial entró a la cárcel del pueblo, era más de media noche, y la luna menguante asomaba por el Oriente con un pedazo de menos, como roída, destacándose sobre una negra nube, ni más ni menos que el corazón del artista sobre el fondo tenebroso del pensamiento.

## TRABAJAR PARA SÍ\*

Todo el vecindario podía dar fe de la tenacidad de Juan y de la firme circunspección de Julieta; él siempre clavado en la esquina, recargado en el poste del teléfono; ella indiferente, sin alardear de desdeñosa, ni volvía los ojos hacia la esquina, ni espiaba, ni inquiría, ni pronunciaba, nunca, el nombre de Juan.

Julieta, o no advertía la persecución insinuante del calavera, o por no echar sombras en la reputación de su esposo, disimulaba tan hábilmente haber entendido las ofensivas intenciones de Juan, que ni éste mismo cuando se llamaba a juicio, confesaba no encontrar insignificante pormenor de ligereza en la conducta de su esposa, para interpretarlo en favor de su causa.

Valiéndose de la mala fe y la preclara posición de un amigo, enemigo para decirlo con propiedad, del esposo de Julieta, logró Juan entrar a la casa de la sitiada, y proseguir, en la butaca del estrado, la empresa innoble de ultrajar un hogar, engañar a un hombre honrado y agregar un nombre más al calendario de las desgraciadas adúlteras, ya bien castigadas con la maledicencia y el desprecio social, a causa de la indiscreta manía de confianzas, incurable en el afortunado seductor. Pero la de malas, la de malas, empezando a oscurecer los horizontes eróticos del mancebo, le llenó de desesperación y le dio ánimos para acometer, a todo riesgo, el último ataque, el decisivo: ese sería de vida o de muerte.

Mas, ¿cómo?, ¿qué hacer ante una frialdad de granito, una resolución tan inquebrantable cual si fuera sólo nacida del capricho femenino, único que resiste, de pie, todas las agresiones, todas las pruebas? Escribir, era inútil; las cartas de Juan no pudieron nunca llegar a su destino; hablar, menos; Julieta, por propia voluntad, se negaba, obrando atinadamente, a recibir a ningún hombre, por íntimo o pariente que fuera; en el salón, sabía sostener con acierto la conversación general cuando la concurrencia no era muy numerosa, en cuyo caso, si se formaban grupos, ella no tomaba parte en los que se componían de lo menos tres personas; pero todo esto sin violencia, sin que a Julieta le causara molestia o desagrado, sin que, ante su tertulia, pareciera su proceder otra cosa que el curso fortuito de los acontecimientos llevados a tal o cual extremo por obra de la casualidad.

De ahí que Juan, indeciso, empezara a obrar sin ton ni son, echando a mala parte su honradez que era mucha, y cambiándose de expansivo en maldiciente, de comunicativo en mordaz, de calavera en calumniador. Antes refería a sus amigos de confianza el vario éxito de aventuras callejeras con o sin consecuencias: *no se bañaba en agua de rosas*; su relato, siempre verídico, si dañaba corazones, arrancaba lágrimas o amontonaba vergüenzas sobre quienes blasonando de tener hoja inmaculada de servicios, usurpaban a la sociedad un puesto y un nombre que estaban muy lejos de merecer, la indiscreción bonachona de Juan volvía las cosas a su verdadero punto de partida, quedando nada más para deplorado el papel de ingrato que representaba el calavera, ante sí y los demás, por oponer difamación en vez de prudente mutismo, a los favores de las mujeres caídas hasta sus pies; y digo que

---

\* Stella, "Trabajar para sí", en *El Universal*, t. v, núm. 92 (18 de agosto de 1890), p. 3, col. 1-2.

favores, porque una vez en el lodo la mujer, ya pone precio, aunque sea módico a sus halagos.

Los impulsos eróticos de Juan, exacerbados por la decorosa actitud de Julieta rompieron el dique del respeto: se abrieron los labios del galán, y en qué sitio, Dios mío, junto a la puerta de Micoló,<sup>1</sup> al pasar la dama del brazo de su esposo, gozosa, satisfecha y sonriendo, sin regatear corteses saludos a sus amigos, es decir, a los amigos de la familia y del esposo. Igual amabilidad para unos y otros, ninguna preferencia, ni ligero indicio de desear coloquio con persona determinada.

Juan habló hasta enloquecerse: estaba trémulo, excitado, febril; todos, y no eran muchos, cinco a lo más, escuchaban ansiosos. Juan no sabía mentir, nunca le habían pescado en flagrante delito de fanfarronería; cuanto decía era cierto, no cabía dudarse ni por broma.

Julieta bajó del pedestal en menos que cantó el gallo, y, de boca en boca, su reputación paseó por todas las sentinas; cuando la historia “aquella” volvió a los oídos de Juan, también en las puertas de Micoló, estaba tan desfigurada por el “exceso de felicidades” para el calavera, que el mismo autor, ni se atreviera a inventar, presa de doble despecho del que le poseía cuando echó su magín, por la boca, la historia primitiva.

Conviene declarar, en nombre de la justicia, que Juan, avergonzado de su infamia, huyó de México con intención de no volver jamás.

\* \* \*

¡Qué vida tan atropellada la vida galante de los ricos en Europa!<sup>2</sup> Dinero, dinero es la llave de todas las puertas; las alcobas parisienses abundan en cerraduras frágiles, siendo lo más frecuente verlas ceder al empuje de una moneda de oro, aunque la llave que las guarda esté unida a un blasón hereditario. ¡Culpa del aire ambiente!

Juan se había convertido en Don Juan: más aguerrido, más guapo, más truhán, pero siempre bondadoso, gentil y discreto como si hubiera prestado juramento, tomaba lo alegre de la vida, sin ofender a nadie, sin hundir en el arroyo nombres respetables, sin menoscabar reputaciones ni desgarrar inocencias.

¡Cuánto había cambiado en cinco años!

Alegre, decididor y locuaz, hablaba de todo y sin decir nada en suma; mucha vivacidad, mucha conversación, y en fondo nada: ni mujeres comprometidas, ni hombres deshonorados; cuando más, todo el mundo por las nubes. París sólo le debía mucho oro y algunas vigiliadas de las que era responsable cierto tapete no siempre verde, pero siempre fatal, a cuyo derredor había derrochado, el muy pillo, mucha salud en accesos nerviosos singularmente emocionales. La actividad sin reposo de su vida de soltero, llena de mil continuos incidentes inocentes poéticos, campeando de generosos esfuerzos y atolondramientos rayanos en extravagantes quijotadas, habían borrado del corazón de Juan el punzante recuerdo de Julieta, y de su conciencia casi timorata —porque hay que decirlo, Juan no gastaba mangas muy anchas en cuestiones de honor— el remordimiento de aquella

---

<sup>1</sup> Pierre Micoló, barbero, tuvo su peluquería en la esquina de La Profesa y Puente del Espíritu Santo (hoy Francisco I. Madero e Isabel la Católica). Se hizo muy popular porque su establecimiento era un centro de reunión que tenía “la clientela de las personas más acomodadas” (Alicia Bustos Trejo, nota 3 al texto “Memorias de un paraguas”, en Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras XII, Narrativa*, México, 2001, p. 420).

<sup>2</sup> Por primera vez en su obra literaria Laura Méndez traslada la narración a sitios europeos; preludio de un viaje que 16 años después realizó, permaneciendo en Europa de 1906 a 1910. Vid. “El París de los sueños”, en *Impresiones de una mujer a solas* (México, 2006), pp. 238-241.

estupenda cuanto fingida historia, cuyas inmediatas consecuencias le habían llevado a continuar sus hazañas amatorias al viejo mundo.

Una noche de invierno, Juan, *boulevard* abajo, se encontró frente a frente de una mujer, acompañada de dos niños y una criada, que acertó a pasar al mismo tiempo que él: era Julieta.

El tuno sintió renacer, a un golpe de vista, todos los deseos dormidos, todos los afanes de la pasión nacida de una contrariedad y aguijoneada por el torcedor del imposible; al mismo tiempo no fue insensible a los pellizcos de la conciencia, y en un arranque de caballerosidad, no raros en Juan, tuvo deseo de reparar de algún modo el mal ocasionado; para ello y de cualquier modo que fuese, lo primero era averiguar la casa de Julieta, el por qué de su estancia en París, y el tiempo que ésta duraría, poco más o menos.

No le fue difícil llevar a término la inquisitorial tarea a quien conocía al dedillo los rincones más apartados e inaccesibles de la gran capital; antes de ocho días, Juan se presentó en casa de Julieta.

Cambio de decoración. Julieta, viuda desde hacía dos años, residía en Europa, y antes de regresar a México, adonde ya se dirigía, fuese en son de paseo a la capital de Francia, y estaba allí por pocos, muy pocos días.

Julieta recibió a Juan con severidad digna, no sin dejar de entrever que nunca le había sido indiferente el calavera, pero que no se arrepentía de su grave y decorosa actitud, respecto a éste, durante su posición de esposa, y de esposa de un hombre de honor.

Ante el amor y la belleza, qué no se olvida: Juan amó y fue correspondido. La hermosa Julieta, ignorando el proceder injustificable de Juan, aceptó un segundo matrimonio, llevado a efecto sin ruido, sin tropiezos de ninguna especie. Ricos ambos, libres y enamorados, Julieta creyó ver colmada su felicidad uniéndose a Juan; y éste, cuyas truhanerías le habían dotado de gran experiencia, recordando la firmeza y honradez de Julieta en tiempos atrás, aunque conviniendo en que no lo merecía, se convenció de que iba a ser el hombre más dichoso del mundo.

El amor de su esposa y el que ella le inspirara, acalló por completo la memoria de aquella mala acción; pero, ¿a qué recordarla? Lo que sí era cosa resuelta, de ello había convencido a Julieta, no volver a México jamás; los negocios se arreglarían confiriendo poder, o ya veríamos, ya veríamos; no había de faltar modo.

Hay días negros, ¡vaya que si los hay! Y aquel miércoles, si no lo fue para la culta Francia, orgullosa por haber inaugurado la Exposición,<sup>3</sup> sí para Juan, con la llegada a París de dos amigos de México que iban a cumplir las ganas de visitar el certamen dichoso.

—¿Qué te has hecho, pillo?

—¿Y Julieta?

—¿La has visto por aquí?

—¿Ya tiene nuevos amantes?

La cara de Juan pasó por todos los matices que dan, a la carne, la ira y la vergüenza, y dijo “aquello”; callarlo hubiera sido peor; cierto que lo de la coyunda le ahogaba, pero no era para tenerlo guardado dejando correr la lengua de los parroquianos de Micoló.

---

<sup>3</sup> La Exposición Universal de París, mayo-octubre 1889, celebró el centenario de su revolución, por lo que se prepararon eventos deslumbrantes en la Ciudad Luz, entre ellos la inauguración de la Torre Eiffel. México participó con un pabellón en forma de palacio azteca y llevó a Europa una propuesta novedosa de modernidad, justificada en todos los niveles del régimen porfirista.

—“Julieta es mi esposa”. Éstas o parecidas palabras muy tropezadas, pero irónicas, salieron de los labios de Juan. No hay para qué decir que sus amigos, un tanto cohibidos, procuraron despedirse a vuelta de pocos instantes.

Mientras que Juan se alejaba pensativo a lo largo de la calle, los parroquianos de Micoló sostuvieron el siguiente diálogo o cosa así:

—¿Te acuerdas de la historia aquella?

—¡Vaya si me acuerdo: buen *Juan Lanas*<sup>4</sup> es este Juan! Casarse con una...

La febril animación de París alejó de los oídos de los transeúntes una palabra que debiera sustituir el tizón anhelado por Isaías.<sup>5</sup>

\* \* \*

Un año hace que Julieta regocijada por sus nuevos deberes de madre, que cumple con la misma dignidad de otras veces, pasea colgada del brazo de su esposo, orgullosa de lucir tres chiquillos sonrosados y rubios. Al paso de la dama, no faltan risillas y muecas que ella no advierte ni sospecha.

Juan es el único que sabe que lleva a su lado una mujer honrada; eso sí, igual que pudiera llevar un diamante: por un capricho de la fortuna.

---

<sup>4</sup> De manera coloquial expresa el comportamiento de un hombre dominado por su mujer, o bien que carece de la fortaleza viril para imponer su condición de género. Manuel Gutiérrez Nájera recrea esta figura en su cuento “Juan Lanas”, en *op. cit.*, pp. 81-86.

<sup>5</sup> El Libro de Isaías, 6: 1-13, relata la introducción de un tizón encendido empuñado por un serafín, tomado de una urna de sacrificio, en la boca de Isaías para su expiación.

¡MUERTA!\*  
(Episodio romántico)

Cuando el capitán Pedroza, movido de unciosa piedad penetró al templo de La Concepción,<sup>1</sup> al sonar el toque de oraciones, las religiosas congregadas en el coro bajo entonaban con voz desigual y atiplada, pero llena de sentimiento, la dulce antífona que acostumbraba al cubrir a Nuestro Amo.<sup>2</sup> El capitán, apoyada la mano izquierda sobre el pomo de la espada, arregló con la derecha el embozo de una capa de gaitería, descubrió su cabeza, hizo sobre la frente con agua bendita la señal de la cruz, y fuese a echar de espaldas a la columna que sostiene el arco del coro, en el mismo lugar y en la misma actitud de todos los días, a comer con los ojos a la madre Consolación, hermosa doncella sepultada en vida por la inquebrantable voluntad de “su padre”: un tirano sin corazón.

Consolación amaba en silencio, siendo su secreto tan íntimo, que ella misma no había caído en cuenta de que pasaba el tiempo de rodillas sin sentir el menor cansancio, era la primera en llegar al coro, de donde no se retirara en toda la noche si la prelada, aunque regocijándose interiormente de aquella alma ganada al Señor no la hiciera encaminarse a la triste y solitaria celda.

El de Pedroza, aquella noche, más emocionado que otras veces, sintió aborrecimiento por el mundo, al medir la inmensa distancia que lo separaba de su amada; Consolación había pronunciado votos de por vida, que le arrebataran toda esperanza de ser feliz. Como avalancha acudieron a la mente del capitán los negros días que le aguardaba de atalaya al pie de la fuerte reja del coro, sin hablar a la religiosa, sin escuchar de ella amorosas promesas, dulces ternuras, halagos y consuelos que más y más había él menester, mientras más y más, en soledad pasara rumbo a la fría vejez, la triste juventud.

Parecía una agonía aquel pensamiento que luchaba febricitante a trechos, y se suspendía sin acción consciente por largo rato para caer después en tediosa y lúgubre atonía.

---

\* Stella, “Muerta (Episodio romántico)”, en *El Universal*, t. v, núm. 120 (25 de agosto de 1890), p. 1, col. 1. Cuarto cuento firmado con el seudónimo de Stella, en el cual Laura Méndez aborda un tema inquietante: un sacrilegio, motivo suficiente para ampararse en el falso nombre.

<sup>1</sup> El Convento de la Inmaculada Concepción, ubicado en la calle 1ª de Belisario Domínguez (antes Plaza Concepción), entre el Callejón del 57 y el Eje Central Lázaro Cárdenas, era uno de los más hermosos y extensos de la Ciudad de México. El 13 de febrero de 1861 fueron exclaustradas las monjas del lugar y llevadas al Convento de Regina. “El hábito que usaban las monjas se componía de una túnica blanca con escapulario del mismo color, y un manto de color azul cielo. Completaban el vestido un calzado tosco, un cordón de cáñamo y una toca blanca de lienzo, que cubría la frente, mejillas y garganta, y sobre ella un velo negro sin ningún adorno” (Juan de Dios Peza, *Epopeyas de mi patria*, México, 1956, p. 33). El templo, ahora cerrado y en el abandono, conserva su majestuosidad; cerca se encuentra la Plaza de Garibaldi con sus mariachis, y la parroquia de San Lorenzo, consagrado como patrono del trabajo.

<sup>2</sup> Forma musical propia de las tradiciones litúrgicas cristianas, consiste en una oración corta y melódica. En su origen, el verso antifonal se repetía tras cada versículo de un salmo, himno o cántico. En la actualidad sólo la entonación inicial de la antífona se oye antes del salmo, quedando el resto de este estribillo para el final.

Pedroza lloró por la primera vez. Cuentan que al salir aquella ocasión de la iglesia, habló hasta medianoche en la celda del prior de San Francisco, con éste y dos sacerdotes más; y es sabido que al siguiente día el muy noble y poderoso señor marqués de Pedroza, capitán del rey, abandonó la milicia por el claustro.

Largos días de oración: ¡Qué batallas entre las paredes blanqueadas de la celda con la rebelde tentación! El fraile castigaba cruelmente a la indomable y regalona carne, dejando para el espíritu los goces inefables de la virtud, de una virtud conseguida al precio de la existencia, pues a medida que se convertía en santo el capitán, sus facciones perdían gracia, su cuerpo anguloso y amarillento de la flacidez brincaba a lo rígido y enjuto del cadáver.

Pero aquel montón de huesos no perdía más que carne redonda y muelle; la sangre que corriera, a torrentes, por las venas del mártir cuando éste poseyó un cuerpo vigoroso, no perdía su actividad; ni el cerebro del fraile llegaba aún al ocaso de la vida, sino que desbordándose en pensamientos candentes, poco tardó en transformar al justo en pecador tenaz, y pronto a ejercer mefistofélicos intentos.

Cómo logró el fraile que el Arzobispo, prudente y sabio varón, le confiara la difícil dirección espiritual de un convento de religiosas, y cómo llegó hasta conseguir que el convento por él guiado fuese La Concepción, misterio es que quedó envuelto en la sombra y archivado en el libro de los destinos humanos; lo cierto es que en este cargo no anduvo la mano honrada del caballero; menos, aún, tuvo que ver en ello la santidad del sacerdote; y si hemos de creer lo que el vulgo dijo a este respecto por aquel entonces, obra fue de cierto diabólico pacto firmado con sangre, la noche de un horrible sábado, en una tela de maguey.

Pedroza fue por última vez caballero y hombre de buen vivir, el día que empezó a apoderarse de la conciencia del grupo de mujeres desgraciadas en el aislamiento, inútiles a la sociedad, prometidas a costumbres viciosas y crímenes sin cuento.

Consolación llegaba día con día temblando al tribunal de la penitencia, y allí repetía sus culpas en ordenada lista: desobedecer al padre que aprisiona, odiar el encierro y el convento, amar a un hombre que se clava todas las tardes, al toque de oraciones, contra la reja del coro; no pensar en los rezos de rutina, desear el mundo con sus dolores, el matrimonio con sus tiranías, la maternidad con sus penas tan hondas y sus alegres regocijos. Resignación, ninguna; fe, la bastante a merecer perdón; esperanzas, la muerte, un alma libre que vaga por espacios sin fin, una satisfacción que hace olvidar las lágrimas, estas lágrimas tan amargas y abundantes que corren y corren sin parar jamás. Ella, Consolación, ha visto en los párpados de sus hermanas muertas, una lágrima cuajada como una gota de cristal.

A esta letanía de pecados tan execrables, el sacerdote responde con frases de consuelo que llegan hasta lo más hondo del alma. Amar no es ninguna ignorancia: Dios amó también al hombre, hasta el extremo de morir por él. ¿No sabe ella que hubo en Magdala una pecadora a la cual perdonó Jesús porque había amado mucho? ¿No sabe que a una palabra de perdón cayeron de las manos de los hombres las piedras destinadas al castigo de la mujer adúltera? Amar es cumplir el objeto de la vida; es llegar a la perfección para acercarse a Dios...

La pecadora, a medida que se acercaba a Dios, encontraba más lóbregos y tristes los muros del convento; los medía con la imaginación, y sin poderlo remediar envidiaba a los gorriones que anidaban en la cornisa de las celdas y volaban muy alto, mucho más allá de la torre de la iglesia; ella los seguía con el deseo en su vuelo atrevido, y hasta que los perdía de vista no bajaba los ojos nublados por las lágrimas.

Es fácil adivinar la lucha que Pedroza sostenía con el tropel de malas intenciones que le tomaran por asalto corazón y cerebro: serpientes enroscadas y frías que deslizándose sin ruido, minándolo todo, amenazaban levantarse triunfantes y caer sobre su presa. Aquellas paredes blancas y desnudas de la celda; el duro lecho, el alimento mezquino; toda aquella miseria cambiada por el fausto y la holgura; el título nobiliario enterrado bajo la losa del claustro; las carnes muelles y redondas sangrando al picoteo de la disciplina y el cilicio, envueltas en áspera estameña en vez de la rica Holanda de otros días, ¡ay!, ¡cuánto bienestar sacrificado a un empeño amoroso!, ¡cuánta nobleza generosa inmolada en aras del mal, del mal vencedor que iba, por fin, a tremolar el pendón de la victoria!

Llegó el momento. La confesión había sido muy larga y angustiosa; el sacerdote, al abandonar el Santo Tribunal, estaba, según pudo notarse, muy desencajado y pálido, y en la mirada rielaba cierta claridad brillante de fiebre que consume. Consolación, con firmeza varonil, atravesó el coro a la hora de los maitines<sup>3</sup> y ocupó su puesto ordinario junto a la reja, donde con su amor terrenal naciera su perdición y su pecado.

\* \* \*

Era mucho más de media noche cuando el fraile, insomne y abrumado por la carga de doloroso remordimiento, cayó de rodillas a los pies de una imagen de Jesús. Iba a brotar de sus labios trémulos una oración sencilla y fervorosa, cuando como por ensalmo la puerta de la celda, silenciosa y pesada, giró sobre sus goznes, dejando encuadrada en el marco a Consolación. La monja parecía una estatua de marfil; al verla, se fue el fraile, se fue el caballero; quedando nada más el hombre primitivo y salvaje.

Pedroza se adelantó a la puerta con los brazos abiertos, y en ellos cayó Consolación sin pronunciar una palabra.

\* \* \*

A la mañana siguiente, a la hora de costumbre, el confesor de las religiosas de Santa Clara<sup>4</sup> se dirigía majestuoso, grave, al cumplimiento de su deber.

El templo estaba enlutado, las campanas doblaban tristemente; multitud de fieles entraban y salían con rostro compungido, manifestando el mayor respeto.

Al penetrar el fraile al sagrado recinto, vieron sus ojos azorados, en medio del coro bajo, un catafalco rodeado de amarillentos cirios, y sobre de él, tendido, el cuerpo de Consolación, con el mismo rostro de marfil bruñido, la misma actitud serena y grave de la víspera cuando se presentara en el marco de la puerta.

Pedroza iba a gritar, mas no pudo, sintió una tenaza que le apretaba la garganta como dogal. El padre sacristán que acudió en su auxilio, pasada la sorpresa, refirió al fraile los pormenores del suceso. Consolación había sucumbido repentinamente a un mal desconocido, acabado el rezo de maitines, antes de las nueve de la noche.

---

<sup>3</sup> Maitines es la hora más temprana del amanecer, antiguamente se cantaban durante las primeras horas del día, poco después de la medianoche, sirve de rezo en la liturgia de las horas canónicas de la Iglesia Católica Romana y la Iglesia Ortodoxa. Tras el Concilio Vaticano II (1965) los maitines de la Iglesia Católica Romana han sido reducidos en intervalo de tiempo y ahora se les denomina oficialmente Oficio de Lectura.

<sup>4</sup> Laura Méndez nos trae los recuerdos del sitio que habitó a su llegada a la Ciudad de México —casi derruido en su totalidad ocupa hoy la sede de la Biblioteca del Congreso, entre las calles de Tacuba y Bolívar—, convento desamortizado el 13 de febrero de 1861 por el gobierno liberal, las monjas fueron exclaustradas y trasladadas al Convento de San José de Gracia.

—¡Muerta! —dijo el fraile. Y soltó una estúpida carcajada.

MAGDALENA\*  
(Episodio histórico)

La primera noción de la vida que tuvo Magdalena, fue que ella no tenía padres como las otras niñas del Colegio de las Vizcaínas, en donde vivía desde su nacimiento.<sup>1</sup> A la verdad, Magdalena, aparte del contingente estadístico que trajo al mundo, ningún otro vacío vino a llenar; huérfanos, ya los había de sobra; desgraciados, uno de más o menos no hacía maldita la falta. Con todo y eso, Magdalena nació a la vida fruto de un amor ilegítimo: un caballero de la mejor sociedad mexicana, poseedor de cuantiosos bienes, y una ilustre y hermosa dama no menos rica que el galán, fueron los padres de aquella criatura abandonada a manos mercenarias, después de sufrir el castigo de una existencia concedida sin petición de parte.

Magdalena crecía con la vida lánguida y enfermiza de los seres aislados, su constitución delicada luchaba trabajosamente con la salud, que en la chiquilla amenazara ser de pocas medras; algo más que aire, luz y Sol se necesitan para dar alegrías al infantil espíritu, y carnes sonrosadas al mocoso, que todo se vuelve pensamientos sombríos.

Magdalena era una chiquilla avisada, si para merecer ese epíteto basta tener alcances muy lejanos respecto al “por qué” de las cosas; y una idiota, a juzgar por su poca penetración a lo hondo del corazón humano.

Como en los internados eclesiásticos, antiguamente no se permitían los juegos ruidosos, se acostumbraban los niños a la vida contemplativa, y a costa de la imaginación, los ojos emulaban en brillo a las estrellas, la flacidez daba a los músculos cierta elegante y romántica indolencia que disimulara a maravilla una completa insurrección en el centro nervioso del organismo.

Nunca fue Magdalena reprendida por traviesa: era una niña mesurada y quieta, adorable en la opinión de la Nanita de su vivienda, y de los Señores de la Mesa, quienes tenían fama de santos.

Ellos llamaban a Magdalena la *Santita*, y no tuvieron de que arrepentirse: fue digna de su nombre y de su fama.

El padre de la Santita les había entregado, la tarde de un viernes en que los airados cielos querían juntarse con la Tierra, dos bultos pequeños: una bolsa repleta de oro, y una humanidad incipiente envuelta en ricas holandas. Magdalena, Magdalena que sin probar el pecho maternal, se acababa las manecitas enroscadas a fuerza de chupetones. La bolsa era para los primeros gastos; después vendría mensualmente una pensión, que no faltó en nueve años el día primero de cada mes, acompañada de líneas mal trazadas en papel blasonado que nunca se archivó en el registro del colegio. Los Señores de la Mesa destruían tras la

---

\* Stella, “Magdalena (Episodio histórico)”, en *El Universal*, t. v, núm. 106 (1 de septiembre de 1890), p. 2, col. 2-3.

<sup>1</sup> El Colegio de las Vizcaínas, de la Orden de San Ignacio de Loyola, fue inaugurado a mediados del siglo XVIII; el enclaustramiento y disciplina eran férreos e inflexibles. El edificio se halla todavía en pie en la plaza del mismo nombre, cercana al Eje Central Lázaro Cárdenas (San Juan de Letrán). A dos calles se encontraba la Plazuela de San Juan, y cercana a ella el domicilio de la familia de Agustín F. Cuenca y Laura Méndez.

inmediata lectura todos aquellos justificantes de una deshonra que no quiere ser vista. Un día primero no hubo ni carta ni pensión. Magdalena fue vestida de luto, y nadie de la calle volvió al colegio a preguntar por ella.

¡La calle! ¿Cómo sería la calle? La Santita no conocía más que la solitaria y muy triste, que limitaba al Norte el edificio del colegio, y dos callejones feos y pantanosos, que con una horrible plazuela en donde no se veía otra cosa que montones de cal, completaban el perímetro de aquel sosegado asilo de la paz; todo eso lo había visto Magdalena desde la azotea del colegio las tardes de los domingos que subía, a asueto, con sus demás compañeras. Pero las otras calles, todas las otras formadas por casas altísimas cuyas cornisas ella veía también, ¿qué cosas bonitas contendrían? Ella hubiera querido ser pájaro y volar, volar...

La Santita se hizo mujer cuando menos lo pensaba; sintió curiosidad no sólo por conocer las calles, sino las gentes también; para ella, “gentes” eran nada más los jóvenes guapos, los señores menos ariscos que los de la Mesa, los papás de sus amigas, los maridos de sus compañeras, de aquellas dichosas para quienes se habían roto ya las cadenas del cautiverio. También los novios, como ella necesitaba para amar y ser amada, pertenecían al grupo de las gentes. Pero ni esperanzas de que Magdalena saliera a la calle jamás; ¿quién había de llevarla y para qué?

Magdalena, sin embargo, no perdía las esperanzas, único asidero del desdichado condenado al potro del tormento; sabía que no son duraderos ni dolores ni alegrías, y tenía siempre puesta en Dios su confianza, la confianza en Dios la había de permitir amar mucho, aunque fuera sin compensación; eso, al fin, ¡qué importaba!

Un domingo cualquiera, por la tarde, la Santita, desde su puesto en la fila de las traviesas de la azotea, vio a un joven que a ella le pareció de perlas; el esperado, el deseado, el hombre a quien amar. Ese sí que pertenecía a las “gentes”; y para que nada faltase, él miraba hacia la azotea, al punto en que ella estaba recargada, y parecía enseñar disimuladamente un objeto blanco, una carta quizá.

¡Qué gran día, Dios mío, qué tarde tan gloriosa! Una nueva faz se presentaba a la doliente vida de la pobre niña, cansada ya de protestar contra el encierro, contra la orfandad, contra la vida solitaria en medio de aquel bullicioso mariposeo de criaturas conformes con la transitoria reclusión, igual que con el horrible silabario: ambos suplicios era necesario afrontarlos por un poco de tiempo nada más.

Pero Magdalena no veía para sí ningún término en lo futuro; de dócil discípula se convertiría en maestra quién sabe de cuantas otras santitas, dormidas aún en la mente del Señor, que vendrían brotando a la vida y pasando al encierro, desde el seno de ricas damas timoratas ante el honrado criterio social. Sin embargo, desde que la Santita vio “aquello”, ya se creía a dos pasos de la felicidad: amar, amar mucho; ¿se necesitaba más para tutearse con la dicha?

Las tardes gloriosas de tres años se sucedieron sin interrupción; la cartita prometida no vino, es cierto; pero en cambio, ningún domingo por la tarde faltó el atalaya de miradas tiernas a dirigir amantes tortoleos desde la banqueta a la azotea del colegio. La amiga inseparable de Magdalena, Luisa de la Rosa, había llegado a averiguar el nombre del galán: Antonio Guzmán, nombre muy bonito, porque recordaba a un santo muy bondadoso y hasta complaciente con las niñas que no gustaban permanecer solteras.

Luisa era reservada y fría, ¡contraste singular! Magdalena, un temperamento senegálico, templado por la discreción y el bien parecer; no era expansiva, ni locuaz; concentrada y

sombría, todo lo guardaba para sí como suelen todos los niños crecidos en el aislamiento, sin que nadie intente abrirles a la confidencia una sola válvula del corazón.

Aunque Magdalena nada dijo a Luisa, para sus adentros le agradeció mucho el que hubiera le dado a su amor un destino y un nombre, desde aquel día ella sabría que amaba a *Antonio*, ya no al joven de la cartita que no quería acabar de llegar.

Un Miércoles de Ceniza, después de haber presentado Luisa su frente al sacerdote para que colocara en ella la Santa Cruz, recordándole a la niña de que estaba hecha de sucio polvo, Magdalena despidió a su amiga de infancia en la portería. Luisa partió al seno de su familia a pasar la Cuaresma; volvería al establecimiento por Semana Santa o después, después quizá, ella no lo sabía muy bien.

¡Qué tristeza para la pobre Magdalena! ¡Ay!, ¡si ella tuviera también familia que quisiera sacarla a conocer la calle siquiera una vez sola...!

Iba ya corrida más de media Cuaresma, cuando al pardear de un viernes, concluidos el rosario y el rezo ordinario, Magdalena fue llamada al Salón de Juntas por los Señores de la Mesa. La condujo la rectora, la cual se retiró del salón con la Nanita, dejando a Magdalena poseída de una mezcla de asombro y de espanto.

Cuando la Santa se encontró a solas en medio del salón, frente a frente de aquellos retratos tan graves y fríos de la fundadora del colegio, sintió helársele la sangre. ¿Qué le irían a decir tan misterioso los Señores de la Mesa? ¿Sería que iban a despedirla vergonzosamente por alguna falta cometida sin voluntad? ¿Habrían leído en sus ojos y en su afán y en su loca alegría *lo de Antonio*?

Poco tardó la curiosa en saberlo. La puerta se abrió anunciándose con un rechinido de goznes poco usados, y tres figuras secas y enlutadas entraron al salón una tras otra, calladas y sombrías. Instaladas alrededor de la mesa cubierta de bayeta verde bordada con seda amarilla, el más caracterizado de los tres viejos venerables, reposadamente habló así:

—Magdalena, te has quedado por voluntad de Dios, sola en el mundo; pero eres una buena muchacha, y tanto tus superiores como tus compañeras te quieren mucho; nosotros querríamos que nunca te separaras de aquí, lo cual no sucederá nunca si tú no lo deseas; mas aunque nos sea penoso, nos vemos obligados a decirte que hay un caballero muy discreto y rico por añadidura, que sin que tú lo advirtieras, te ha conocido, te ama y pide tu mano de esposa. ¿Qué nos respondes? Medítalo con juicio y conforme con tu albedrío.

La Santita, durante toda la peroración del anciano, se creyó en la cazuela de la Puerta Latina;<sup>2</sup> así sufrió su espíritu cuitado. Quiso responder, no pudo, las palabras se le apelotonaron en la garganta; igual que las lágrimas en los ojos; éstas, más impetuosas, rompieron el dique y salieron a raudales.

Magdalena fue cariñosamente despedida por los Señores de la Mesa, en la puerta del salón; ellos vendrían dentro de quince días a conocer la resolución definitiva de la niña, cuando ella la hubiera pensado mucho, mucho. ¡Son tan serios estos pasos!

Pobre Santita. Y qué gusto tiene de salir del encierro, de bracero con el hombre que ama; porque no puede ser otro que el galán de la cartita, el que la ha pedido en matrimonio. Cierto que la tal carta se ha quedado en el camino; pero qué importa, si vino en persona el amado, ¿a qué sirven todos los papeles garrapateados del mundo?

---

<sup>2</sup> Alusión a un pasaje del Evangelio de San Mateo, 20:23, según el cual el apóstol fue martirizado por órdenes de Domiciano, frente a la Puerta Latina, hundiéndolo en una caldera llena de aceite hirviendo, de la cual salió ileso.

Lo que es Luisa, la buena amiga de la Santa, se pondrá como unas pascuas cuando sepa lo de la boda.

Con el aniversario de la resurrección del Señor se cumplieron los quince días del plazo; y Magdalena, con carita de fiesta, vestida con la permitida coquetería en una colegiala, y en una colegiala pobre, hacía esfuerzos sobre humanos por disimular la inquietud propia de toda situación expectante. Súbito, fue llamada a la portería a leer en presencia de la “escucha” una carta, la primera que en sus veinte años de colegio llegaba a aquel umbral dirigido a ella. ¡Suceso inusitado!

La Santita, pálida de emoción y temblando, abrió torpemente el papel, leyó de rápida ojeada, y cayó al suelo sin sentido. Las mujeres presentes recogieron el cuerpo del delito para entregarlo a la rectora, no sin enterarse disimuladamente de su contenido que era poco más o menos el siguiente:

“Antonio Guzmán y Luisa de la Rosa participan a usted su enlace...”

\* \* \*

Cuando la pobre huérfana convaleció de gravísima fiebre cerebral, recogiendo ideas y recuerdos, dijo para sí en tono lastimero y resignado: “La carta no era para mí: todo fue un sueño, una químera”.

Un año después tomó el velo en el Convento de San Jerónimo.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Se trata del convento que albergó a sor Juana Inés de la Cruz. Laura Méndez evoca, así sea de manera tangencial, a la monja jerónima; agrego que la heroína de su novela *El espejo de Amarilis* (México, 1902) se llama Inés Amarilis.

## LA DESEADA\*

Cerca de ocho años estuvo la cuna del angelito que voló al limbo, desierta y tristemente abandonada, en espera de algún otro chiquillo para alegría del hogar. El padre gruñía enfurruñado por no tener chicuelos, mientras la apacible tinta de la melancolía bañaba la faz delicada de la solitaria madre.

¡Pobre Josefina! Cuántas angustias devoradas a solas, habrían sido menos amargas si el hijo malogrado, compadecido de ella, hubiera preferido al seno oscuro donde van a dar los niños que mueren sin bautismo, al tibio regazo maternal.

—Tú tuviste la culpa —decía el hosco marido. Si no fueras rebelde, si no quisieras salirte siempre con la tuya, tendríamos hoy un chico que ya supiera leer y escribir, hasta me ayudaría en el despacho de la tienda. Pero, diste en la manía de no tomar alimento y mataste a nuestro hijo, ¡vaya, cómo si se pudiera vivir sin comer!

Josefina, sin responder esta boca es mía, bajaba la cabeza lánguidamente. ¡Culpable, culpable del delito de matar a un hijo, ella, que por verlo vivo media hora, habría dado gustosa la existencia! ¿Qué más hubiera querido la pobrecita? Para el esposo había familia, amigos, negocios que distraen, trabajo en que el pensamiento toma activo participio, y por último, el derecho de represalias, triste derecho con que el hombre se ha dotado por mera satisfacción y sobre el cual, si la mujer no fuera lista, ejercería un verdadero monopolio. Lo que es Josefina, no contaba gollerías que redujesen a menos su desdicha; careciendo de los elementos y las libertades de la gran señora, ella, ni pobre ni rica, alejada de los negocios comerciales de su señor y dueño, entregada al aislamiento de su hogar, daba a la faena doméstica todo su tiempo, del cual tenía que recoger después una buena parte por ser mucho para casa mediocre; y la verdad es que después de cada cinco horas que le sobraran diariamente, no sabía Josefina qué hacer: todo le estaba prohibido, menos rezar; mas tanto había rezado la infortunada, que casi ya nada le quedaba por contarle a Dios.

Cierta mañana de octubre, en que las hojas de los árboles vestidas de amarillo, pregonaban estar de viaje, Josefina se presentó sonriente y festejosa; ¿qué le importaban a ella los nidos abandonados, el cierzo inclemente golpeando las vidrieras durante las noches invernales, eternas noches de soledad en otras veces, pero ahora rápidas y felices, como que tiene ya la madre una seria ocupación de zurcir encajes, plegar cintas y alistar gorritas para el hijo que se anuncia a la vida?

Hasta el rigor conyugal es más blando, o por lo menos, el espíritu vigorizado por la esperanza se siente fuerte para cualquiera prueba a que quisiera sujetarlo el dolor. En aquel hogar, donde colgó su antorcha la esperanza, no cuajaron las nieves invernales; con aliento de brisa marceña atravesó el arrafagado viento de Nochebuena, y las estrellas que suplen a las de Belén en el cortejo de los Reyes Magos, alumbraron la bienvenida de un ser nuevo a este mundo viejo y gastado por la acción corrosiva y eterna del implacable tiempo.

---

\* Stella, "La deseada", en *El Universal*, t. v, núm. 120 (15 de septiembre de 1890), p. 1, col. 3-5. Con esta narración Laura Méndez cierra el ciclo de cuentos bajo el seudónimo de Stella.

Los niveos crespones de la cuna olvidada, fueron recogidos y plegados graciosamente con cintas de raso, y a la habitual quietud sucedió el arrullador vaivén con que los niños llaman al ángel de los sueños. Al cabo de ocho años de aterrador silencio, qué de cantatas rítmicas volaron en enjambre por los ámbitos de la alcoba, con esa algarabía de pájaros que después de larga prisión escapan por entre los barrotes rotos de la jaula.

El angelito había querido serlo de veras; no tomando de la forma corporal, la que pierde con los años su gracia y su belleza, presentando al matemático todas las clases de ángulos posibles, en músculos rígidos y secos, sino que encerrándose el espíritu entre las gallardas derivaciones de una masa de carne que se redondea a torno acercándose cuanto pueda al ideal plástico, vino al valle de lágrimas convertido en una rubia y sonrosada chiquilla, con dos ojazos azules como lagos en paz con los vientos equinocciales.

Al borde de la cuna, Josefina, sintiendo dentro de sí nacer la abnegación maternal, olvidó los dolores pasados; era preciso creer en la felicidad hasta entonces no llegada o inventarla. Adiós todas las cuitas, la soledad y la tristeza. La vida, cuando tiene un objeto, se desliza ligeramente, sin que nos demos cuenta ni de sus escarnios, ni de sus promesas mentirosas, ni de sus crueles quimeras. Todos caminan a su fin; nadie vuelve la cara a los horrores de la necrópolis, si no ha olvidado a la curiosa sodomita, petrificada en los términos de la ciudad maldita.

Al angelito rubio, durante aquella tregua de aburrimiento, le pusieron en la pila bautismal el nombre de la madre de Dios: María. Sabido es que la infancia de un ser es para la maternidad una sucesión de afanes: el cuidado, el mimo, la abnegación suprema, todo encuentra mezquino y deficiente la mujer que sabe lo que cuesta la reproducción humana.

Ya sabía la chiquilla rezar a media lengua oraciones dulcísimas al ángel de la guarda, cuando el padre sucumbió a la puerta de su propia casa bajo el hierro enemigo. Estábamos en aquellos aciagos tiempos de la revolución; la guerra civil convertía en campo de sangre las vastas sementeras, y fuera de la capital de la República y de algunas poblaciones de importancia, nadie estaba seguro de su persona ni de su hacienda en pueblos pequeños, fincas rústicas y caminos.<sup>1</sup>

Describir el dolor de Josefina en el fatal momento, cuando sola, aislada como lo están siempre los infortunados, pasado el furor de la escaramuza, fue a buscar de entre los muertos el cadáver del esposo, es emplear colores sombríos, frases que parecerían metafóricas, pormenores con traza de inverosimilitud, harto desmentida desgraciadamente por la realidad. Baste decir que la triste viuda, bregando en lucha abierta con las sombras de la noche, oponía, intentando desgarrar los densos velos, la tenue lucecilla de un cigarro, que ella procuraba avivar casi sobre la lívida faz de los hombres caídos y dispersos aquí y allá, para reconocer al compañero de su vida. Al dar con él, ¡qué cuadro de horror!

Por fin, recobrado el espíritu, Josefina tomó dificultosamente el cadáver ensangrentado, y echándolo sobre sus débiles espaldas, entró al quieto hogar donde la niña dormía tranquilo y venturoso sueño, muy lejos de sospechar la inmediata orfandad, la miseria cercana, y muy más allá, cierta lucha sorda y encarnizada entre la abnegación materna y la ingratitud filial.

---

<sup>1</sup> La autora rememora episodios de la Guerra de Reforma (Guerra de Tres Años, diciembre 1857-enero 1861), son recuerdos de su infancia vivida en Tlalmanalco. *Vid.* “¿Quién era don Gumersindo Morlote, cuando México era un caos. Recuerdos de antaño”, en *Impresiones de una mujer a solas*, pp. 266-268.

La vida sin amparo, la vida sin consuelos, la vida sin pan, tal fue el porvenir de la viuda. Ella sobrellevó victoriosamente la carga como Dios quiso, empeñándose tanto en la conservación de ambas existencias, como en la aureola de honradez sin tacha que de virgen y de esposa había llevado dignamente.

Josefina era joven aun sin ser hermosa no le faltaba gracia; era además bondadosa, dulce y simpática. Por lo tanto, no costará trabajo creer que, entre buenos y malos, unos con intención honrada, y otras aviesa, tuvo muchos adoradores. Para todos fue ella inaccesible, arrastrando la carga con vigor desusado entre los seres débiles, Josefina se consagró a María, toda y por entero; la educación de la pequeña la desvelaba; y tanto procuraba nutrirla en los buenos principios de la moral, como instruirla; en lo primero se buscaba formar a la mujer del hogar; en lo segundo un medio de ponerla a cubierto de la miseria; Josefina no hubiera querido jamás que María, hostigada por el hambre, cayera en la degradación.

Cada triunfo intelectual de María era para Josefina una esperanza, más que un regocijo; cada sacrificio por el adelanto de la niña, una moneda guardada en la lucha, ¡ay!, pero el día en que esta fuera rota, el día en que tocaran a recoger los beneficios sembrados, adiós penitas, adiós cuitas. Y, ¡qué lejos verían Josefina y María todos los dolores del pasado!

María, por exigirlo así las prácticas escolares, fue llevada al internado de su escuela; la madre se oponía, al principio, resueltamente, pero la convencieron mal de su grado, y consintió al fin. ¿No sabía ella que la niña estaría segura, entre religiosas muy respetables?

La niña, a quien también se le hizo cuesta arriba, en los comienzos, la ausencia de la madre, poco a poco fue entrando en razón; no la acompañaría en las largas noches de invierno, no la estrecharía entre sus brazos tan a menudo, pero rezaría por ella día y noche.

Nada malo puede suceder a una madre, si la hija la recomienda a la misericordia de Dios; María estaba segura de ello, y oraba a pasto por la felicidad de Josefina.

Llegó el día decisivo, el día de prueba: María iba a volver al seno de la cuitada madre, después de que la niña, en público examen, diera término a la vida escolar.

Entonces, comenzando a ejercer el profesorado, tendría para su madre, y para sí, un pan menos afanoso que el hasta entonces conseguido; Josefina ya no iría al taller, ni se codearía con mujeres desenvueltas y mal habladas. La vida se presentaba bajo más risueñas perspectivas. ¡Dichoso día aquel! Josefina vistió de gala, y reparó, a no poca costa, el ajuar desvencijado; se hicieron algunos resanos a parte del menaje, y hasta, por un momento, pareció que la alegría se sentaba de nuevo en el hogar.

Muy de mañanita, Josefina dirigió sus pasos al colegio. ¡Oh sorpresa!, la niña, en vez de estar regocijada, llevaba en la cara un velo de tristeza que no pudo escapar a la perspicacia maternal. ¿Qué había pasado en el alma de la niña?

Bien poco era. María, ángel purísimo, escapado a la mundana corrupción, temía por su virtud, en los azares de la vida cortesana; desconfiaba del mal que asalta, del vicio que hunde en el abismo, y hasta creía ver cerradas de golpe, ante sus ojos, las puertas del paraíso. En una palabra, María había sentido llamada al Señor, y quería encerrar en un claustro, su juventud y su hermosura.

Josefina abarcó de una rápida ojeada toda la inmensidad de su infortunio; nada dijo, dejó correr el raudal de sus lágrimas y dio su bendición postrera a aquel pedazo de sus entrañas.

Un año después, Josefina ya no lloró más; sus ojos habían perdido para siempre la luz y el llanto; y desde entonces anda por esas calles de Dios ciega y miserable, pidiendo el pan

que no puede ya obtener por medio del trabajo honrado; mientras María, el ángel rubio de ojos azules, macera sus carnes delicadas en un convento de Brownsville.

## LA CONFESIÓN DE ALMA\*

Viernes... día de ahorcado. Pero aquel viernes, cinco de febrero, nos despachamos con el cucharón. A nombre de las leyes del Estado, habíamos mandado al cadalso a cuatro víctimas: un verdadero festín de carne humana. La vindicta pública debió sentirse ahíta; nosotros lo estábamos también, ¡pues, ya lo creo! Largas crónicas, abundantes ilustraciones, mucho teje maneje reporteril y luego una tirada fabulosa: la mar de periódicos. Aunque he de decirlo sin que me quede nada adentro: no eran los infelices sacrificados los que nos daban contingente aquel día; los crímenes que les costaba la existencia habían sido explotados a su debido tiempo, algunos de los cuales dieron tanto qué decir cuando andaba el cuento por la Corte, que nada nos quedó por desmenuzar el día de la ejecución. Uno, sin embargo, estaba bastante fresquito y nuevo, y aún se le podía sacar jugo.

Era este caso el de un pescador griego que, enamorado de su esposa hasta la locura, le había disparado dos tiros a boca de jarro, al punto que ella acababa de pedir dinero para casarse con su amante y, valiéndose de testigos falsos, acusaba al marido de cruel. La desdichada había caído redonda en medio del arroyo de donde nunca debería haber salido; y el futuro cónyuge, que al pronto no alcanzó a ver de qué medios se servía la Divina Providencia para protegerle, entregó el delincuente a la justicia.

Acabada la labor periodística del día, pasé la mirada por mi libro de memorias: representación de *Julius César en el Baldwin*, por la Compañía Wardes y James,<sup>1</sup> primera función de la temporada; concierto en el Metropolitan Hall,<sup>2</sup> con estreno de artistas laureados en academias particulares y música plagiada con arreglo a las leyes de los Estados Unidos: la romanza de *Martha*,<sup>3</sup> *La flor* y un vals de Juventino Rosas<sup>4</sup> que a la

---

\* Laura M. de Cuenca, “La confesión de Alma” (Escrito expresamente para *El Mundo*), *El Mundo Ilustrado* t. I, núm. 17 (26 de abril de 1896), pp. 257-260, col. 1-3. Ilustraciones de Carlos Alcalde nos muestran a los personajes cosmopolitas del relato. En una gacetilla del mismo día, p. 250, la revista anunció lo siguiente: “Llamamos la atención de nuestros lectores hacia esta novela de doña Laura Méndez de Cuenca, escrita especialmente para nuestra publicación, y que de San Francisco nos fue enviada el mes actual”. Gustavo Jiménez, en su curso 2008 de “Teoría, escritura y recepción de la novela corta en México, 1892-1922”, FFYL UNAM, advierte que este anuncio forma parte de la promoción del género de novelas cortas hecha por diversas publicaciones de fin de siglo.

<sup>1</sup> *The Tragedy of Julius Caesar* (1599) de William Shakespeare; recrea la conspiración en contra del dictador romano Julio César, su homicidio y sus secuelas, representada por la compañía teatral de Wardes y James.

<sup>2</sup> Al parecer se trata de la sala de ópera neoyorquina.

<sup>3</sup> La ópera *Martha*, de Friedrich von Flotow —nos cuenta Olavarría y Ferrari en su *Reseña histórica del teatro en México*, vol. I, México, 1961, p. 665— se representó en la Ciudad de México en 1860-1861, por las hermanas Inés y Fanny Natali, integrantes de la Compañía de la Steffennone.

<sup>4</sup> Juventino Rosas se inscribió en el Conservatorio Nacional en 1885. Autor de piezas musicales relevantes, desde luego *Sobre las olas* (1887), a la que sin duda alude la autora. *Sobre las olas*, “originalmente *A la orilla del Sauz*, y luego *Junto al manantial*, fue vendido por su autor a la casa editorial Wagner y Levien, junto con el chotis *Lazos de amor*, en la cantidad de cuarenta y cinco pesos” (Elvira López Aparicio, nota 6 al texto “Juventino Rosas”, en Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras VIII, Teatro VI*, México, 2001, p. 400).

sazón andaban de teatro en teatro cubiertas por una firma norteamericana. Repasando el *memorandum* hasta el fin, hallé esta línea: “Recepción ordinaria” en casa de la señora de Stevenson. ¿Para qué era saber más?

Llegué allá cuando estaban al caer las nueve de la noche. En el centro, todavía los chiquillos ofrecían por un *níquel* la correspondencia del tranvía y la novena edición de un diario de la tarde con *All about the execution*, es decir, la descripción menuda de nuestro salvaje atracón de la mañana.

El viento del Sudoeste barría la ciudad de abajo a arriba y arremolinaba a mis pies hojas secas y basuras que chirriaban, anunciando un temporal próximo y violento.

La Luna se ahogaba entre la bruma y parecía surgir trabajosamente del fondo del mar desvanecido, en medio del cual, brillaban débilmente las luces de los vapores anclados, y como en segundo término las de los pueblos que bordeaban las costas vecinas. En mitad de la bahía, como un fantasma lúgubre, alzábase el Monte Diablo;<sup>5</sup> escueto y solitario peñón donde suelen posarse las gaviotas. Buen rato llevaban las nubes de estar arremolinándose sobre las mesetas del lomerío, hasta que por fin acabaron por borrar en el cielo, la Luna; en el horizonte el mar y a mi alrededor, la ciudad entera con las torres góticas de sus iglesias cristianas y los dombos bizantinos de sus magníficas sinagogas. Hacía frío húmedo, y la atmósfera pesaba sobre mi ánimo rebajado por el recuerdo del cuádruple homicidio que no me había sido posible apartar de la memoria, teniendo en imposible tensión mis nervios todos.

Compadezco a los que no hayan asistido a los “viernes” de la señora de Stevenson, mujer incomparable por su hermosura y su talento, y distinguida por su gusto exquisito y su elegancia. Más de una vez he adivinado una promesa en sus ojos negros que centellean bajo los arcos triunfales de sus cejas de hebrea, un tanto respingaditas hacia las sienas; y en su busto airoso y su cabeza erguida y morena he creído ver a aquella judía por cuya mano sacrificó Jacob catorce años de libertad.

La señora de Stevenson era judía de raza, de religión y de costumbres. Su doctrina era amar lo justo, hacer lo bueno y no desear al prójimo más que lo que para ella misma hubiera deseado; de ahí que en su salón ni se daba cabida al chismorreó femenino ni se compadecía al vecino arrancándole a tiras el honor y el pellejo. La sencillez artística de la señora de Stevenson era más bien en ella un símbolo de la verdadera mujer israelita.

A mi llegada, la adorable señora me presentó a las personas que eran para mí desconocidas en la reunión: dos recién admitidos a los “viernes”, que voy a presentar a los que por estas líneas pasaren su curiosa mirada.

Uno de ellos, *mister* H. J. Chapell, era un viejo verde a quien de vista y de oídas había yo conocido en parajes que no viene a cuento nombrar aquí; y la otra, la señorita Bertha Wilson, solterona de treinta y cinco, seca, desgarbada, bonita de facciones, aunque algo bizca del ojo izquierdo. Gastaba espejuelos de varilla dorada; sombrero y camisa de hombre, con chaleco y corbata de *idem* en los días lluviosos; pero en los plácidos y asoleados, solía llevar una boina con plumas de gallo puestas al sesgo; y sólo en ocasiones muy solemnes, usaba prendas de vestir de corte elegante, y propias de su sexo. Deleitaba

---

<sup>5</sup> Elevación montañosa que forma parte de la Cordillera de California Occidental, incluye los montes de Santa Lucía y San Rafael. Laura, en su primera crónica de viaje, “California y sus elementos de vida”, en *Revista Hispano-Americana* (5 de febrero de 1895), p. 6, describe el entorno geográfico de esa ciudad.

*miss* Wilson por su instrucción, y la claridad de su inteligencia le permitía discernir sobre cualquier asunto por intrincado que fuese.

No hacía ella ascos a discusión alguna, pues de todas sabía salir siempre pavoneándose y con la frente ceñida del laurel del talento. Estas victorias continuas halagaban su amor propio femenino y la orillaban, a menudo, a promover cuestiones arduas donde lucirse; porque, palabra que ella estaba bien segura de lucirse sacando todo el partido que le era dable de una sociedad como la nuestra, en la que un hermoso perro o un caballo de alzada son tenidos como cosa de más valía que una mujer bella y de corazón bien puesto.

La concurrencia no era mucha ni estable: desocupábanse los asientos con frecuencia para ser de nuevo invadidos por gente recién llegada; no cesaba la campanilla en su repiqueteo estridente que nos alteraba los nervios, ni la moza francesa, guapa y bonita, con delantal blanco y toquilla de encajes rizados, que estaba de guardia en el vestíbulo, dejaba de acarrear en azafate dorado, tarjetas anunciando a la señora de la casa los nombres, categorías y empleos de cada una de las visitas.

El ajetreo de entrantes y salientes nos obligaba a los íntimos a compartir con la ama la tarea de los honores; sin que pudiéramos meter baza en cierta conversación amena y sabrosa con que la señorita Wilson entretenía a unas cuantas personas, en un rincón del estrado, donde los leños que crujían en la chimenea, echaban rojizos resplandores, dibujando sobre los arabescos de la alfombra siluetas temblorosas e informes.

Con cada uno de los que llegaban, había que hablar por turno de las calamidades que se nos habían echado encima: la invasión de los chinos que nos tenía arruinados, la amenaza de que los japoneses nos arrebataran el pan de la boca apoderándose de las industrias locales, el aumento de la criminalidad en los últimos tiempos, nuestras cinco mil cantinas; la baja de la plata, todo, todo lo habíamos agotado ya, dándole mil vueltas y vistiéndolo de mil colores; pero nadie osaba tocar el escándalo del día en que versaban un clérigo encopetado y dos damas de la buena sociedad.

Eso sí que había sido para los periodistas el vellocino de oro; pero, ¡bien nos guardaríamos de pregonarlo!

Nadie, por supuesto, se había revolcado en el fango de que los periódicos están llenos: cada una de las apreciables damas de la reunión y los caballeros todos, pasaban por alto aquellas inmundicias, y no faltó quien se manifestara resuelto a borrarse del *Examiner* si persistía en publicar los pormenores del clerical proceso. El señor Chapell era de este parecer y a su dictamen se adherieron los contertulios todos.

¡Qué cosas alcanzábamos, Señor mío; pero sí que cosas! Ayer una mujer descuartizada flotando en pedazos en la bahía, un crimen cometido para ocultar otro más inicuo y repugnante que coser a un hombre a puñaladas; luego, el doble parricidio cometido por un joven de buena casa, impaciente por heredar a sus viejos padres; después, las dos muchachas ultrajadas y estranguladas en un templo protestante; y ahora... ¡Ah, bien empleada estaba esa horca que segaba, los más de los viernes, estos campos cubiertos de maleza!

Sin leer las atrocidades que nosotros los noticieros exhumábamos para mantener en los periódicos el escándalo, damas y caballeros lo sabían todo. Porque, es claro, aquello flotaba en el aire; nadie podía taparse los oídos cuando los papeleros voceaban los sucesos del día, ni era cosa de amordazar al chico que conducía el ascensor, ni tampoco había para qué sacarle el bulto al vecino que nos encaraba preguntándonos:

—¿Pero, ha visto usted cosa igual? Yo estoy horrorizado.

A lo que la vecina agregaba:

—Esto me enferma: no quiero ni pensar en ello. Figúrese usted que “ella” tomaba morfina a carretadas y “él” era una cosa atroz...

Y con todo este que te fue y que te vino, no había modo de ignorar ni lo que oyó el juez ni lo que se negó a declarar el acusado, ni la suma más o menos larga que los defensores habían depositado en el banco para sobornar a los jurados.

Pero tales conversaciones, como he dicho ya, no se tenían en casa de la señora de Stevenson sino en diálogos muy cortados y a espaldas de la dueña de la casa. ¡Buena estaba la señora de Stevenson para consentir que su salón se enlodase con tales porquerías! Entre un caballero que llega y dos amigas que se retiran, un pisaverde de veintitantos años que se despepitaba por imitar la apostura gallarda de Oscar Wilde,<sup>6</sup> puso el dedo en la llaga, trayendo a colación el proceso del ministro y comparsa, y relató en un santiamén, casi textualmente, el cuestionario de la audiencia de aquella mañana, a lo cual *miss* Wilson dio feliz solución antes que la señora de Stevenson volviese a ocupar su puesto en el estrado.

La conversación, hábilmente guiada por Bertha, cambio del espinoso rumbo de la chismografía callejera al despejado y límpido de la legislación penal; campo amplísimo en que la inteligente dama expresó hermosas utopías que todos tragamos saboreándolas como una delicada golosina. Desde Licurgo,<sup>7</sup> hasta Lombroso<sup>8</sup> pasaron en desfile por aquel pico de oro legisladores y filósofos; y los casos y las pruebas de la inutilidad de la pena de muerte se menudearon en forma más o menos anecdótica, siempre conmovedores, patéticos y llenos de interés. Una señora histérica se emocionó a tal grado que hubo que darle a oler sales, pues no había dejado de hacer pucheros durante la peroración, y nos anunció que no tardaría en desmayarse.

Nadie había mencionado a los ahorcados de aquel día; los que yo había visto subir a la trampa, y luego, con el gorro negro, caer...

Instigado por el mozalbete petulante que se obcecó en interrogarme, exclamé sin pensar casi en lo que decía:

—¡Qué valor, qué serenidad, qué sangre fría! Sobre todo, la del inglés; ese sí que supo enseñarnos a morir.

*Miss* Wilson me paró el golpe interrumpiendo:

—¡Oh! La flema británica... Los ingleses son máquinas que comen; desventaja que no los recomienda en los tiempos que corren, económicamente hablando, por supuesto. Por lo demás, ya hemos visto que son conquistadores y tercos por añadidura. Poseen la mitad del mundo y corren en pos de la otra mitad para conquistarla a mordiscos, si es que pueden hacerlo con la boca cerrada y sin ajarse el traje de etiqueta.

—No están fuera de la humanidad —replicó la señora de Stevenson. Me los figuro tan capaces del heroísmo y del crimen como a los demás hombres. Eso que por característico se

---

<sup>6</sup> Oscar Wilde nació en el seno de una familia protestante irlandesa. En 1882 viajó a los Estados Unidos y Canadá a dar un ciclo de conferencias. *The Wasp*, un periódico de San Francisco, California, publicó una caricatura ridiculizando a Wilde y el esteticismo. Pero, por otro lado, fue muy bien recibido en un lugar rudo como la ciudad minera de Leadville, Colorado.

<sup>7</sup> Licurgo, según la tradición, fundador de la Constitución de la antigua Esparta.

<sup>8</sup> Cesare Lombroso, psiquiatra italiano fundador de la antropología criminal. En su obra fundamental *L'uomo delinquente* (1876) expuso los principios de una criminología experimental, fundada en el positivismo, para la cual el delincuente es un tipo antropológico determinado por anomalías físicas, posteriormente atenuó esta teoría determinista.

tiene en los pueblos, entiendo que es más bien influencia de clima y de medio ambiente, que de educación y de raza. Trasplantad a los hombres como a los vegetales y tendréis otras especies modificadas por la asimilación de elementos extraños a su naturaleza. El inglés de las islas británicas no tiene nada de común con el inglés de las colonias, como el colono de América en nada se asemeja al colono de India. Una misma bandera, una misma patria; pero eso no es más que convencionalismo puro; vamos, que nadie quiere dar su brazo a torcer en aquello del patriotismo. En este país cosmopolita todos los hombres se adaptan al medio en que viven, y por lo mismo, marchan unidos al progreso y a la riqueza por el mismo camino: economía y trabajo.

—Yo no digo que no —respondió *miss* Wilson— pero se dan casos que desmienten la regla. Bueno... las excepciones, es claro; pero lo que no tiene quite es darse uno de boca contra una excepción. Cierto es que a este estercolero del mundo nos vienen unas muestras... Deberíamos vivir en constante exhibición.

—Vamos, me dirán ustedes que los alemanes son aquí filósofos, músicos, poetas. En una palabra, ¿hay por acá esos sabios que nos dejan con la boca abierta cuando la emprenden con las ciencias exactas? Díganme ustedes dónde están los lienzos de nuestros pintores, dónde nuestras esculturas, dónde nuestra música, dónde nuestras obras docentes. Y contamos los alemanes por millones; pero éstos, como los criollos, abren surcos a máquina, y lo propio hacen el italiano y el francés, el holandés y el sueco.

—Tenemos poder absorbente —agregó el señor Chapell— y damos con la hospitalidad, al extranjero, nuestro ejemplo de honradez y trabajo, imprimiéndole nuestro sello inmortal de grandes y libres.

—Pues con todo, a Inglaterra nada se le da, y sus súbditos siguen tan campantes con sus ideas monárquicas, su ambición de oro para apuntalar sus viejos castillos señoriales que ya se desmoronan... Y tienen, como siempre la misma flema, y... hasta aquella limonadita que corre por sus venas... ¡Ah, qué rico refresco si pudiéramos beberles la sangre!

*Mister* Chapell, tan circunspecto como nunca lo estaba en los sitios donde yo lo había conocido, se sentía ya con el cerebro exhausto; el obligado tema de la temperatura y las plagas sociales le había vaciado el magín; mas no queriendo darse por vencido, se aventuró a terciar en la conversación para sacar a relucir lo que quedaba inédito de su literatura, pepenada en diarios y revistas, únicos impresos en que solía picotear los frutos del saber, a solas, en su cuarto de célibe. Por fin dijo entre dos suspiros:

—¡Ay, señores, los ingleses tienen mucha suerte en América: se llevan nuestro oro y nuestras mujeres ricas! Incontables son los nobles arruinados que se han alzado con el matrimonio, cuando menos, medio millonaje... Y la verdad es que, en buen derecho, las herederas nos deberían pertenecer a nosotros, los de casa. ¡Ay, sí, sí...!

Y cerró los ojos sin concluir la frase, como lo hacía en el salón de fumar del club cuando se desquijaraba por tirar humo de un habano contrahecho, “por manos blancas”, como se dice por acá, apurando muy pulcramente a medios vasos, botella tras botella de *whisky* de la marca más prestigiada en el mercado.

—Ellas tienen la culpa: en todo caso dan su hermosura, sus millones y tal vez su felicidad por maridos como el príncipe de... el conde de... y lord... Aquí George Wallace, el gomoso lampiño que pretendía parecerse a Oscar Wilde, acariciándose la barba sedaña y empolvada de velutina, mentó dos o tres títulos europeos que todos conocíamos por sus escándalos en la ciudad, añadiendo:

—Nosotros trabajamos hasta en la vejez y esos señores ingleses nos acechan como piratas y nos roban a cara descubierta.

—¡Exageración, exageración! ¿Qué han de hacer los pobres si nosotras los amamos de veras? ¡Pues no, sino que nos habían de rechazar con millones y todo! ¿Habría alguno de ustedes que se asustara porque una inglesa hermosa le trajera con su mano, apellidos ilustres y títulos de nobleza?

A tal pregunta de la señora de Stevenson, *miss* Bertha respondió:

—¡Si no fuera más que eso! Pero el hecho es que los ingleses no tienen corazón o si lo tienen lo guardan en el arca mientras vuelven de América. Vaya, una prueba al canto: ¿Se acuerda usted de Alma Hyer, querida mía?

—Sí que me acuerdo. No era hermosa en verdad; muy lejos de ello, pero generosa y noble y abnegada hasta donde más no se pueda. No he vuelto a verla desde que, para casarme, salí de la oficina de *mister* Holmes donde ambas éramos tenedoras de libros. Más de doce años hace ya. Salí para Europa y a mi regreso, muchas amigas me visitaron; en cuanto a Alma, como si se la hubiera tragado la Tierra.

—¡Oh!, la pobre vive al Sur de la ciudad con unos parientes y lleva los libros en una licorería de los suburbios. Viene poco al centro y rara vez paga visitas.

—¿Es infeliz?

—No sabría decirlo: hace mucho ya que no habla de eso; pero encontró en su camino algo que... Vaya, oigan ustedes y decidan después. Vale que no se trata de ningún secreto, porque él o lo dijo todo o permitió que la gente se lo leyera en la frente, que no en el corazón, pues lo que es corazón...

—¿Qué fue, pues, Bertha?

—Alma, usted lo ha dicho, no era hermosa ni de fisonomía atrayente. Tímida, por lo general, y reservada, a veces tenía osadías que pasmaban, porque ante todo, ser sincera y enseñar hasta la última celdilla de su cerebro y el más recóndito pliegue de su corazón, era para ella como un deber. En eso estuvo la equivocación. De ser recelosa e hipócrita, al menos nadie habría sabido el suceso; pero, ¡vayan ustedes a fiarse de la discreción de un hombre cuando la vanidad está de por medio!

¿Cómo fue que Alma conoció a *mister* Reginald Morton? Creo que en casa de una amiga, en el campo, durante unas vacaciones. Él era empleado en un banco y como la mayor parte de los empleados en los bancos, era inglés. Guapísimo, amiga mía, lo mejor de lo mejor como decimos por acá; inteligente, hermoso y fino hasta la cortesía más refinada; frío como todo el hielo que cae durante un siglo en la vieja Albión.

Pasada la estación campestre, cada uno fue regresando a la ciudad a ocupar de nuevo su puesto en la dura banqueta de la lúgubre oficina, y a pasarse las horas alegres del día trazando números sin fin, en los libretos de par en par abiertos bajo esos focos eléctricos que despedazan las retinas.

Al principio las visitas de Morton a *miss* Hyer fueron bastante escasas; uno y otra solían encontrarse camino del restaurante, a la hora de almorzar; se sonreían y cada cual a su negocio, murmurando un “adiós” soltado de prisa y con suma indiferencia.

Él, en realidad, no tenía tiempo de qué disponer para sí propio: las labores del banco, con ser de una monotonía desesperante, había que sacrificarles todas las horas de luz. Para las de la noche quedaban el ejercicio, la gimnasia, la natación y, cuando sobraba tiempo, el club, el teatro, los amigos, la sociedad en fin y la vida.

Para las existencias que se deslizan en el ocio y en los placeres, a la acariciadora luz de un Sol rojo y fecundo, cuando se bebe a pasto aire bien oxigenado, ni los ejercicios corporales ni las excursiones campestres son de rigor para reparar el vigor orgánico; pero entre nosotros, el trabajo es potro a que estamos condenados a perpetuidad y éste nos

aniquila. ¡Y ya saben ustedes lo que podemos esperar del Sol de San Francisco! Me río yo de los calabozos de la Edad Media cuando me cortan la respiración, el tufo de los caloríferos a vapor y el aire infecto de los almacenes subterráneos.

Resumidas las habituales tareas, *miss* Hyer y Morton se fueron estrechando sin saber cómo, hasta llegar a ser amigos íntimos. ¡Sobre que no había noche de Dios en que el inglés dejara de pasar una hora al lado de su amiga, con éste o con el otro pretexto! Alma, aunque tenía padres, se lamentaba de ser sola en el mundo: divorciados aquellos desde muchos años atrás, habían vuelto a contraer segundas nupcias —primero ella que él— y ambos formaban separadamente hogar, en diferentes pueblos del país. La hija única se halló pues independiente, o por mejor decir, abandonada a los diecisiete años; y desde esa época desempeñaba la plaza de tenedora de libros en la misma casa de comercio, viviendo en pupilaje con unos viejos parientes de regular pasar, que atendieron a la desamparada criatura con paternal solicitud.

En casa de esas buenas gentes fue donde Reginald Morton y Alma Hyer, leyeron juntos en los mismos libros y presenciaron a través del mismo vidrio de la ventana los atrevimientos de tres dinastías de gorriones que se cruzaban en la banqueta con los transeúntes o jugaban a las escondidillas entre los ramos de las acacias alineadas al frente de la calle. Morton, con toda la dignidad de los hombres de su alcurnia, se desmoronaba en amables pero frías atenciones por la dama, abriendo, tal vez sin querer, en el corazón de la infeliz un surco desmedido. Así corrieron los meses de tres años hasta que por fin Alma llegó a caer en la cuenta de que llevaba estampada la imagen de Morton en los corpúsculos de su ser, y que ya era tarde para oponerse a que él se adueñase de todo su albedrío si así le venía en voluntad hacerlo.

A decir verdad, no era la primera ocasión que Alma se inclinaba al concierto de otro ser; pero sus sensaciones habían hasta entonces sido muy pasajeras, porque en su corazón noble y afectuoso no era bastante la reciprocidad en el amor; sentía como una imperiosa necesidad de rendirse solamente a un hombre superior en quien resaltaran cualidades morales que ella se habría esforzado en imbuirse. Abrigaba un anhelo de perfeccionamiento del que nunca llegaba a satisfacerse, pues a medida que su espíritu iba elevándose, a la callandita, nuevos deseos de mayor progreso la asaltaban, quedando siempre el ideal flotando ante sus ojos, pero lejos, muy lejos del alcance humano.

Con todo, no se dejaba arrastrar por el viejo camino del idealismo erótico; dábase clara cuenta de lo que era el amor, de sus fines y de sus goces rápidos, no admitiendo el matrimonio como medio sino como punto de término; y para ello creía preciso que el compañero que se elige para compartir la existencia, fuese tal, que al mitigarse los ardores sensuales por la posesión o por la huida de la juventud, pudieran perdurar la noble estimación y el respeto mutuos, como únicos y verdaderos lazos de la familia. Si los atractivos femeniles eran en Alma tan insignificantes que escaparan a la observación más sutil, mujer más ingenua y bondadosa no hubiera podido crear Dios. Su gran espíritu remachado de energía, y su corazón, abierto y anheloso por inspirar una vehemente pasión, no quedaban escondidos ni a los ojos de aquellos obcecados en encontrar sólo miserias y borrones en el alma humana.

Dos o tres veces Alma había probado las mieles del amor, pronto diluidas en excesos imaginativos y agotadas después, por no hallar el ideal soñado. Adorar admirando, ennoblecerse, dignificarse, sentirse impulsada hacia el bien, eso, eso era el mito tras del cual su afán corría sin darle alcance; no cabía en su espíritu recto, ni el pensamiento venal ni el sensualismo impuro, sino como un mero accidente de la vida a dúo entre las especies,

siendo la cabal unión psíquica y la armonía moral, el punto donde ella estribaba la razón y la dicha de vivir. Mas la voluptuosa sensación de la reciprocidad en el concepto del amor, era reclamada como un estimulante para el sacrificio y como un lenitivo para el malestar, que en los organismos intactos van dejando las ansias carnales no satisfechas.

En la antigüedad, *miss* Hyer hubiera hallado su ideal en el gladiador, como en el guerrero en la Edad Media o en el hombre docto en los tiempos modernos; pero en estos días angustiosos de un siglo que presume de haberlo alcanzado todo, cuando ella había cumplido más de treinta años en soledad contemplativa y sentía esterilizarse en el aislamiento lo mejor y más maduro de su existencia, no hubiera podido rendir su voluntad, sino ante un hombre valioso de veras: un escogido del Señor, de esos que comprenden los dolores humanos y los alivian y los consuelan. ¡Qué refrigeradora alegría la de compadecer a la pobre humanidad, enferma de la carcoma del desaliento!

Y aquí vuelvo a decir, que en eso estuvo el mal. El amor, más que ciego, es imbécil; así es que Alma creyó encontrar el ideal soñado en Reginald Morton, y lo peor fue, que nunca llegó a comprender qué lejos estaba el inglés de aquellos nobles sentimientos. Aunque tácitamente fue conformando su dócil albedrío al de su amigo, llegó un día en que ella se aventuró a hacer una minuciosa inquisición en el fondo de su pecho, y encontró en él muy acurrucadito al flemático mozo, hecho un dueño y señor de todo su ser. ¡Y qué día tan triste el de tales indagaciones! Llovía menudamente, y el viento quejumbroso con que empezaba a inaugurarse las tempestades del invierno, hacía retemblar los cristales de la ventana con monótono tic-tac, y a través del rayado oblicuo de la lluvia, se veían flotar tristemente los lazos de un fúnebre moño que, fijo en el exterior de la puerta de una casa vecina, anunciaba la presencia de un cadáver de cuerpo presente. Personas de rostros afligidos entraban y salían a la casa del difunto; muchas llevaban artísticas piezas de flores figurando lirias, anclas, corazones o cruces. En una que representaba una losa sepulcral, había figurada con *daffodils*, esas florecillas que sólo viven tres semanas, la siguiente inscripción: “¡Hijo mío!” Aquel hijo de veinte años, arrebatado por la consunción, era el único de una pobre viuda, que se miraba en el pedazo de sus entrañas. En un rincón del pórtico, el perro del que había traspasado los umbrales de la vida, dormitaba arrinconado y a ratos lanzaba aullidos lastimeros. Era la hora de ponerse el Sol, pero ¡ay!, el Sol no había aparecido por el cielo en los últimos tres días.

Durante la velada, Alma creyó descubrir en su amigo, no sé qué de tierno, en que jamás había reparado antes. Atraía en verdad la amabilidad cadenciosa de Morton, aun a los caracteres más agrios; había nacido para seducir corazones, y sin esforzarse, avasallaba. Alma se había dado por vencida y gozaba en su esclavitud. La lectura de esa noche, fue en su mayor parte consagrada a Tennyson, el poeta favorito de Morton quien recitaba dulcemente:

*Nay, dearest, teach me how to hope  
Or tell me how to die.*<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> Alfred Tennyson, poeta británico de gran virtuosismo técnico, en 1830 publicó *Poems Chiefly Lyrical*, que contiene fragmentos de una delicadísima belleza. La editorial Cervantes (México, 1920) dio a conocer una antología de sus poemas. Los vv. 9-10 pertenecen al poema “The Skipping-Rope” (1842): “Nay, el más querido, enséñame cómo esperar o dime cómo morir”.

Y ¡oh contraste!, la tristeza de aquella tarde sin Sol, crepúsculo brumoso en que la muerte visitaba las cercanías, en el corazón de Alma resonaba una música misteriosa, una bandada de pájaros que saludaban la llegada de la diosa primavera. ¡Qué importan todos los dolores de la vida a un corazón repleto de amor! Gratas fueron desde entonces las veladas del invierno cerca del fuego alegre, discutiendo acaloradamente o comentando un buen libro, del que quedaba siempre un punto a consultar, para la noche siguiente. A veces las controversias eran sociales o religiosas, gastándose en ellas más sentimentalismo que erudición. Alma se complacía en quedar vencida por su inteligente adversario, el cual se manifestaba adorable en su comedimiento y pulcritud aristocrática, aunque siempre glacial sin afectación.

La dulzura y la cortesía tranquila y correctísima de Reginald enfermaban de frío, si se estaba en capacidad de no dejarse arrebatar por sus encantos personales, y se le juzgaba serenamente desde un punto de vista exento de preocupaciones.

Sucedió que una tarde de Cuaresma, al ponerse el Sol radiante y magnífico en la inmensidad del océano, los dos amigos frente a la ventana, encuadrada en clemátides trepadoras, veían acostarse al astro lleno de majestad, como un verdadero rey de la creación. Las campanas de un lejano templo católico mandaban sus melancólicos sonidos, a través de la calma de la tarde, hasta aquella casita encaramada en la meseta de una loma, nido en la actualidad de purísimas y blancas ilusiones, Reginald cerró súbitamente el libro y dijo:

—¿Qué significa ese doliente son en las iglesias romanas?

—Esas campanas convocan a los fieles a rezar el rosario y a confesar sus pecados.

—¡Confesar...! ¿Y de qué sirve el confesar? ¿Qué puede importar a un desconocido lo que hacemos y lo que sentimos?

—Eso, amigo mío, paganamente hablando, sirve de gran consuelo. Confesar es aliviar el pecho de un dolor que corroe; es compartir con otro la carga que nos abrumba, es pedir a la experiencia un consejo; es suplicar a una voz amiga que nos acaricie y nos consuele... ¡Tristes de aquellos que no hayan en el mundo un hombro donde reclinar la cabeza y llorar a mares!

—Pues, paganamente hablando, eso puede tenerse fuera del templo, sin oír toques lúgubres que inundan de tristeza. La intervención de los extraños en los secretos de familia, juzgo que destruye el hogar. Suponga usted que marido y mujer confiesan con el mismo sacerdote que ambos le enteran de lo más recóndito; ¿qué queda pues, de la santidad del hogar?

—Si los secretos de los dos no son delitos, nada tienen que confiar al sacerdote; si lo son, ¿dónde está la santidad violada? Donde hay adulterio no hay hogar, donde hay engaño no existen sino la miseria y el pecado. Un confesor es un amigo y nada más.

—Pues bien, todo aquel que tiene amigos puede confesar y ser consolado. ¿Usted, ha confesado alguna vez?

—¿En el templo?... Sí.

—¿Y en el seno de un amigo?

—Jamás he creído encontrar uno a quien decirle cara a cara mis faltas sin meterle espanto.

—¿Muchas iniquidades, Alma?

—Quizá. O muchas desdichas.

—A ver: yo soy su amigo y estoy dispuesto a oírla en confesión...

—¿Y a consolar y a perdonar también?

- A consolar y a perdonar también.
- Desdichas, una sola: amar mucho.
- ¿Y las iniquidades, Alma?
- Una sola también: decírselo a usted.
- Amar... ¿A quién? La confesión entera...
- Y franca y leal. A usted...

Un rayo que repentinamente hubiera rasgado el azul del cielo en clarísima noche de luna, no habría causado en la naturaleza asombro igual al que la irreflexiva confesión de Alma en el orgullo de Morton, quien, no obstante la tirantez de la situación, salió del embarazo con su habitual sangre fría. Mantúvose sereno y sonriente por algunos instantes; luego se levantó rítmicamente y en el más dulce tono respondió:

—Pues olvídeme usted, señorita. ¿Cuánto tiempo necesita usted para olvidarme?

Fue un latigazo descargado en carne viva. Ella al pronto quedó muda; después balbuceó algunas excusas, y ya con la fiebre de la vergüenza, rompió a hablar con la locuacidad del delirio. ¡Qué sarta de tonterías echó por aquella boca sin el freno de la razón! Habló la desdichada de un hilo, llegando a pensar que hasta los gorrioncitos que tan ricamente picoteaban las azules clemátides de la ventana, se estarían burlando de ella a más y mejor. El Sol continuó hundiéndose en una hoguera de nubes de escarlata y dejó al desaparecer una mancha negra. ¡Escarlata y negro, colores que simbolizaban su vergüenza y el dolor inacabable que se le echaba encima con aniquiladora pesantez!

Pigmalión en presencia del corazón de mármol de Galatea,<sup>10</sup> tenía al menos el derecho de reducirla a polvo; pero la pobre mujer, qué podía hacer ante aquella roca, ¡qué derecho tenía para amar ni para confiar el inmenso amor que había sido su regocijo y su alegría durante tantos meses!

A no ser por los largos y silenciosos pasos con que el inglés medía la estancia, se le hubiera creído una estatua soberbia por su actitud arrogante y majestuosa. ¡Era el león acribillado por la furia de los insectos!

Lo que siguió no puede describirse sin que la garganta rompa en sollozos: Morton, con frases muy pulidas, dio tres o cuatro evasivas a las explicaciones de Alma; frases de esas que no matan, porque la vergüenza y el dolor no matan nunca si a su auxilio no acuden la ruptura de una arteria o el aniquilamiento de una víscera.

La despedida fue seca y lacónica. Reginald salió y ella no tuvo ni el deshogo de anegarse en lágrimas: las cobardes se habían evaporado de los ojos irritados y resecos. Cuando se halló en su cama para buscar en el benéfico sueño el reparador descanso de que tanto necesitaba, destrenzó sus cabellos para arreglárselos como tenía costumbre hacerlo para dormir, y por la primera vez vio con horror entre la negra mata algunos mechones blancos. Ahora lo comprendía todo.

Las grandes crisis traen consigo reacciones imponentes. Para Alma, desde la terrible confesión, días y noches fueron sorbos de hiel que apurar sin descanso. El dolor no se conforma con ser insaciable, tiene que ser cruel, que revolcarse en su presa; y si a veces se hace más llevadero es para apretar en su tremendo rigor después. Y a todo esto hay que

---

<sup>10</sup> En la mitología romana Galatea era el nombre de la estatua que representaba a una mujer hermosa, a la que Venus, la diosa del amor, en respuesta a los ruegos del escultor Pigmalión, quien se enamoró de la obra que había creado, animó y dio vida (Ovidio, *La metamorfosis*, Libro X, vv. 270-298).

añadir la buena porción de ridículo con que se flagela al desgraciado cuyo infortunio no depende de una calamidad, de esas que afectan al común. Se deploran en colectividad los estragos de una guerra o de una peste; se compadece al que pierde un deudo querido o a quien por fuerza de la fatalidad cae agobiado por dolencias físicas; pero, ¿qué puede esperar aquél cuya felicidad estriba en un mero detalle que para los otros nada significa? Un corazón que late sin querer, y que sin saber por qué se inclina bajo la mirada magnífica de un ser a quien se le es completamente indiferente, no es acontecimiento que por vulgar interese a nadie, y sin embargo, ¿de qué vulgaridades no están hechas la felicidad y la desgracia?

Bien comprendió Alma que lo mejor era poner fin a su trato con el inglés; pero el “qué dirán”, ese eterno censor, la detuvo. Las visitas de Morton fueron menos frecuentes y siempre ceremoniosas y tirantes; aunque muy cohibida, ella aceptó la vergüenza como castigo de su indiscreción y adoptó para recibir a su amigo, la reserva tardía que pudo haberla salvado del sonrojo. ¡Tiempos aquellos en que la confianza ingenua y la estimación respetuosa presidieron las veladas en las noches de invierno! Todo parecía decir adiós en contorno de aquella mujer desolada e inmensamente triste.

Después de aquella inolvidable tarde de Cuaresma, Alma recibió a Reginald como una docena de veces. Cada día más amable y dulce, se arqueaba el mozo ante las damas, dispuesto a todo servicio, pronto a proteger a los débiles y enclenques seres que no recibieron de la naturaleza privilegios efectivos y a quienes la sociedad exige energías imposibles.

Venida la estación veraniega, Alma rehusó el permiso de dos semanas de vacaciones que anualmente sus patronos le concedían. La verdad es que no se sentía mal; por el contrario, la sacudida que, de corazón a cabeza la había arrojado en una atonía profunda, de la cual le parecía imposible quedar libre, había en cambio mejorado su sistema: ganaba en carnes de día en día y su color era más uniforme. Ni el más ligero achaque que rebajara su fuerza vital sustrayéndola siquiera por breve tiempo a aquella congoja inacabable. Caer mala de algo doloroso, ¡qué alivio tan inmenso! Abatido el cuerpo por la dolencia no tendría vigor para sentir ni en el torcedor del recuerdo, ni el incentivo de lo imposible ni el bochorno de la vergüenza. Una calentura... ¡Qué alegría! ¡Qué cosa más sabrosa que el delirio para endulzarse la boca con un nombre querido que no se puede pronunciar en estado de razón sin inspirar lástima o desprecio!

Resuelta a no salir de la ciudad, esperaba que su amigo viniera a despedirse para ir al veraneo, y así fue. Una noche, serena en lo que cabía y bastante plácida, el mozo vino a pedir a la señorita sus órdenes y a recibir su adiós. Era ordinariamente tan amable que ante sus correctísimos modales desaparecía toda la pena en que Alma quedaba sumida al ausentarse él. Inspiraba confianza por su suavidad y parecía como si mares de indulgencia le brotaran por los poros y le impulsaran a regar sobre los pecadores el refrigerante rocío del perdón. A esta flexibilidad insinuante obedeció la ingenua confesión de Alma, y también que todos sus propósitos de reserva se fuesen a pique en presencia del inglés.

—Me marcho dentro de cuatro días. Si puedo hacer algo por usted...

—A Cloverdale, como siempre ¿eh? Ay, el tiempo está hermosísimo allá, según me escriben.

—Señorita, salgo el dieciocho para la América Central.

—¡Ah!...

Y no dijo más, su lengua estropajosa ensayó en vano una frase de parabién, pero por fin aquélla no quiso o no pudo salir, y resultó esta tontería:

—¡Lo siento en el alma!

O Morton no la oyó o tuvo la generosidad de absolverla de la indiscreción. Se habló después de muchas cosas: de la fiebre amarilla que devasta aquellas tierras caldeadas por el Sol de los trópicos; de cómo librarse de la plaga de los mosquitos, y otras más. ¿Qué el café era una riqueza?, seguro, el porvenir de Centroamérica, como por aquí se estila decir, ¡ah!, y las jaulas aquellas para desembarcar en Guatemala, ¡qué miedo causaría verse suspendido en ellas, a muchos pies sobre el mar! Un apretón de manos y adiós. Alma no faltaría a bordo el día de la partida; puesto que había renunciado a las vacaciones, fácil le sería obtener un día de asueto.

Volando llegó el temido dieciocho, día bochornoso en que el mercurio subió hasta ochenta y dos grados. El calor animaba y convertía en locuaces hasta a las personas más serias y perezosas en el hablar. *Miss Hyer* llegó a bordo del *City of Sydney* muy de mañanita: quería ser la primera en verlo todo. Sentada en la banca de la borda, con la cara vuelta a la mar, se entretuvo largo rato siguiendo el vuelo rampante de las gaviotas que se cortaban el camino en varias direcciones. Había reventazón y, a alguna distancia, el agua estaba gruesa y espumosa remedando un vellón; eso que llamamos *white caps*, que da mareos cuando se fija mucho la vista. Cuando menos lo pensaba, Alma se vio rodeada de un mundo de gente, algunos dispuestos a partir, y los más, acompañantes de los viajeros que iban a decirles adiós. Los que salían eran en gran número cosecheros hispanoamericanos, muchos de ellos hombres bastos y rudos, que después de haber gastado grandes sumas en parrandeos, volvían al hogar para llegar a tiempo de levantar por sí mismos la nueva cosecha, proponiéndose volver a las andadas el año venidero. Iban cargados de grandes paquetes de golosinas y chucherías compradas a última hora. La carga de exportación parecía no tener fin: ¡Cómo aturdían con su rechinado las carretillas del alijo sin dejar oír los encargos y recomendaciones de los que se quedaban y las promesas y reiteras de cariño de los que iban a marchar!

Morton y sus amigos —los que debían marchar también— habían recibido como regalo hermosos ramilletes, muchos de los cuales les fueron ofrecidos a bordo por las donantes en persona. Más de dos horas tardó en zarpar el vapor y durante ese tiempo no faltaron ni charla festiva ni palabras que sabían a gloria: promesas hechas de corazón como para amortiguar un poco el escozor de la despedida. Cuando se dio el toque a despejo, fue una de besos y de abrazos que emocionaba. ¡Ay, quién sabía a cuántos de los que se marchaban les detendría la muerte en el camino!

Reginald había dividido atenciones exquisitas y dedicado cumplimientos entre todas las amigas que lo acompañaban a la sazón y para todas tuvo un estrecho apretón de manos y un voto sincero por su dichoso porvenir. Pocos momentos conversó a solas con Alma, manifestándole cuanto placer le causaría hacer algo en servicio suyo. Díjole también, cómo había logrado, por la mediación de un compatriota pudiente, el puesto de tenedor de libros en una hacienda de café donde iba a tener que sepultarse en vida. ¡Qué aburrimiento y qué tristezas le esperaban! ¿Volver a San Francisco? Ni por pienso. Nada tenía él que hacer aquí donde no dejaba familia. Escribir a los amigos, eso sí, pero regresar no era cosa que entrara en sus planes futuros. Si le iba mal pasaría a una colonia británica en América o regresaría a Europa. Llegó la hora fatal. Millares de gentes dejaban a diario el puerto para jamás volver y Alma, ¡tan fresca!, pero ahora la ausencia de un sólo ser le hacía añicos el corazón. Reginald le tendió la mano y Alma dejó caer la suya, desmayada y yerta, soltando la última necesidad:

—¡Ay, cuánto me duele que se vaya usted para siempre...!

El inglés nada dijo y se separaron los dos cuando las últimas valijas del correo desaparecieron por la escotilla de la bodega. El gentío todo comenzó a descender y a poco se vio desprender el vapor, arrollando sus cables, con el capitán en la torre, majestuoso y magnífico como un rey del océano.

Morton de pie junto a la borda, se dejó llevar sin una lágrima, sin un suspiro, sin una mirada siquiera para su compañera de tres años. ¡Y yo no estaba allí para ofrecer mi hombro a la infeliz y suplicarle que llorara a mares!

—¿Y no se ha sabido más de Morton? —preguntó la señora de Stevenson muy emocionada.

—Sí, se ha casado hace dos meses con la hija mayor de su patrón.

—¡Y para esos hombres no hay una horca...! —exclamé indignado.

—No —respondió miss Wilson apaciblemente—, para éstos hay una “finca de café” que acompaña la mano de la desposada.

—¿Y Reginald Morton...?

—Ha recibido la suya, ¡Pues no faltaba más...!

San Francisco, California, abril de 1896.

## LA VENTA DEL CHIVO PRIETO\*

*A don Aurelio J. Venegas.<sup>1</sup>*

Ninguno que lea el sucedido que voy a referir, podrá poner en duda su veracidad, para inventarlo sería menester haber sido engendrado pantera y nacido hombre por verdadero capricho de la suerte.

Ahora mismo, al trazar estas líneas, siento el doloroso estremecimiento del verdugo, al ensayar el nudo corredizo, la víspera de una ejecución. ¿Por qué, pues, las escribo? Porque como no se trata de componer una novela, sino de narrar un hecho, y no falta quien diga que decir la verdad es el mejor medio de contribuir a hacer bien, quiero yo prestar mi contingente al servicio común; y así me lo tome Dios en cuenta, cuando me ajuste las que pendientes tenemos, a la hora de estancar la zalea.

Es sólo un recuerdo. Pero, ¿qué de tragedias no desfilan, en un minuto, por la angosta faja de una frente que recuerda?

No espero que tú, lector amigo, hayas oído mentar a “Las Palmas”,<sup>2</sup> lugarejo risueño y florido de la costa de Oriente. Dicho nombre es pura invención, sugerida a mi mente por la media docena de cocoteros que se miden en lozanía con otras tantas ceibas de retorcido tronco y hojas barnizadas como vitela que dan sombra a la plaza única del lugar.

Desde un cerro de mármol oscuro, por muchos años ignorado, y todavía por explotar, se abarca con la vista el enjalbegado caserío: parvada de gaviotas desparramadas por el triple par de riberas de tres alegres riachuelos, ocupadísimos en precipitarse uno en otro, formando sendas y espumosas cataratas. Allí, entre platanares y cafetos, guanábanos y pomarrosas, la dulce brisa de los trópicos canta al amanecer y arrulla a la puesta del Sol.

Los palmeños (pido carta de naturalización para mi adjetivo, por parecerme de tan buena cepa, como los de tártaro, asirio y otros) eran agricultores rudimentarios como los caananitas, y de ello ofrecían buena muestra sus toscos aperos de labranza. Mineros no lo eran por el forro: odiaban ese ramo de la industria, como al pecado mortal, por creerle causante de que muchas naciones antiguas y modernas, de pueblos poderosos, hubiesen pasado a convertirse en colonias de esclavos.

Los grandes países jamás intentan la civilización de los pueblos que luchan por la vida en un suelo estéril y falto de riqueza. No es mía esta opinión, sino de los palmeños, quienes sabían o decían saber, por tradición, la historia del mundo. De boca en boca habían oído decir que unos tales llamados fenicios, que florecieron en tiempos del rey que rabió,

---

\* Laura Méndez de Cuenca, “La Venta del Chivo Prieto”, en *Simplezas* (París, 1910), pp. 3-43. En la Advertencia Editorial señalé que no encontré su versión periodística; está fechado por la autora en 1902, cronológicamente este lugar le corresponde.

<sup>1</sup> Aurelio J. Venegas nació en la Ciudad de México y falleció en Toluca; colaboró en *El Monitor Republicano*, *La Unión*, *El Ahuizote* y *El Noticioso*. La relación con Laura Méndez proviene de una amistad mutua: José Vicente Villada, gobernador del Estado de México, promotor de la escritora para ocupar el puesto de subdirectora en la Escuela Normal para Niñas de Toluca en 1898.

<sup>2</sup> Cerca de Orizaba —aquí Laura Méndez pasó una temporada (1880) en compañía de Agustín F. Cuenca— se encuentra Las Palmas, lugar que la autora recreó en varias narraciones.

trasegaron, en época lejana, las montañas de todos los lugares adonde sus atrevidas naves los condujeron, hasta dejarlas convertidas en embudos.

Por la misma pícara tradición sabían los palmeños que las artimañas de esos señores fenicios, propagadas entre otros pueblos, se transmitieron con mala semilla de generación en generación, llegando a producir, en nuestros días, una abundosa cosecha de buscadores de oro, sólo igual a la de microbios en un pantano.

De sus profundos conocimientos de la historia de las conquistas del mundo, venía el tesón con que los palmeños acostumbraban poner la cruz a todo lo que oliese a extrangis, y ni respondían al impertinente catecismo de los transeúntes, ni menos los invitaban a pernoctar en el lugar, y, por lo mismo, tampoco consentían que se fabricase en su recinto ni buen hotel, ni pobre mesón, ni menguada hostería. Y como los viajeros fuesen mal mirados cuando cruzaban por las calles fisgando todo, cual si quisieran llevarse de ello el retrato en los ojos, las riquezas del suelo eran vigiladas noche y día; por lo que los vagabundos extranjeros que acertaban a pasar por allí tenían que seguirse de largo, con su cansancio auestas, y lo que digo del cansancio quede entendido igualmente del hambre y la sed. En que ningún forastero había de pasar la noche en Las Palmas, los palmeños todos estaban acordes.

El judas de la comunidad lo fue Severiana, o la *Severiana*, como solían llamar allí a una gachupina de pelo en pecho, pizpireta, graciosa, de corta estatura y ojos muy decidores; oriunda de Burgos donde un peón caminero la había recogido del lecho de su madre moribunda.

Huérfana, había crecido a la merced de Dios, como los cardos del monte: erizada, fuerte, salvaje. Al cumplir catorce años, el peón la puso a servicio en una familia de alemanes que no tardaron en emigrar a América llevando consigo a la rapaza.

Se establecieron en Cuba.

Cuando la resaca deja sobre las costas del Golfo de México, los organismos podridos en que abunda, muchas “Severianas” desembarcan en Veracruz, muchas vergüenzas nos encienden las mejillas, mucho lodo nos salpica. En una de esas marejadas, la “Seve” de mi cuento, como la llamaban familiarmente en el lugar, quedó arrojada en las arenas de nuestro primer puerto, en días aciagos para la nación. Fue en tiempo de la guerra con los americanos.<sup>3</sup>

Por aquellos días, un rico heredero del Estado se prendó de la recién llegada con ardor tal que, sin distingos ni reparos, por conquistarla, dio al traste con su hacienda y votó al demonio el respeto social, el decoro y cuanto Lucifer puede requerir de un mozo insensato. Descendió grada a grada, la escala entera, siendo su mentecatada final la de mudar de nombre, y con otro supuesto, se unió en matrimonio a Severiana. Él se hizo nombrar Desiderio.

Desde el día de la boda, Desiderio, como todo pobre diablo que pierde los estribos por las hembras desalmadas, se dejó gobernar por su mujer, y así, obedeciendo él y mandando ella, aparecieron los dos en Las Palmas, donde sentaron sus reales: de prendera ella, de parásito él.

---

<sup>3</sup> Guerra de Intervención Norteamericana (1846-1848), mediante la cual Estados Unidos se apropió de 2 millones 500, 000 km<sup>2</sup> de territorio mexicano, a cambio de los cuales se comprometió a pagar 15 millones de dólares. El asalto e invasión final por el puerto de Veracruz fue escenario de resistencia y actos heroicos de sus habitantes nacionales, y algunos extranjeros.

A poco, por el oficio que desempeñaba, le aplicaron el apodo de “Mercadela” el cual alternaba con el de la “Seve”.

Después de varios años de residencia en Las Palmas, llegó el matrimonio a poseer algunos centenares de pesos, arrancados por medio de la usura a los palmeños, quienes ya no tenían siquiera cara en que persignarse. Este dinero ensangrentado y empapado en lágrimas, pudriéndose en la hucha, un día de recuento, puso en la sesera de Severiana la idea de establecer en el lugar lo que los palmeños más detestaban: un mesón. Pero alzándole pelo al proyecto, por el riesgo que semejante cosa aparejaba, la Seve, como quien quiere vivir en paz y morir en su cama, mejoró su plan determinándose a no llevarlo a cabo en el recinto de la aldea, sino en las afueras, rematando para el efecto un cacho de tierra labrantía que le habían ofrecido por salir de él.

Y así se realizó.

Verificada la operación, la prestamista fue a recibirse de la finca y sus anexos, examinándolo todo con minuciosidad de agiotista. Los terrenos, por abandono de su dueño, habían sido invadidos por la hierba; la casa empezaba a desmoronarse, clareada como lo estaba por las balas norteamericanas, las mismas que habían echado por tierra, acribillado y sin vida, al amo de aquel predio.

Pagada la mezquina suma que a Severiana le dio licencia de sacar de un hoyo, su avaricia siempre en creciente, se puso mano a la reedificación.

Los herederos del patriota, antes que pensar en deshacerse del montón de gloriosas ruinas empapadas en la sangre de un valiente, habían abandonado el solar a las rudezas del tiempo. El esqueleto de la casa solariega daba pavor: montones de piedras aquí, brechas allá, matorrales y triste parietaria por todas partes. Con todo, sin moratorias ni regateos, entregaron a la prestamista la casa paterna, como antes, sin resistencia, se habían ya dejado arrancar por la brava hembra, a tiras el pellejo.

No tardó la Seve en trasladarse a su nueva habitación. A su mandato y bajo la égida de su ojo avizor, dos peones de esos que en lugar llaman barateros, dieron comienzo a reparar la vivienda. Se resanaron las paredes, se cerraron brechas, se cegaron fosos; de palitroques se armó una gran cerca, rodeando la casa, y, en pocos días, con su sala, su cocina, su bodega, su corralón y su cuadra, quedó levantada en pie, al borde del camino real,

#### LA VENTA DEL CHIVO PRIETO

El nuevo trato prendió, como le prendía a Severiana todo lo que inventaba. La usurera determinó entonces añadir dos habitaciones en el piso alto, para hospedaje de viajeros acomodados, con la perversa intención de darles en el chollo a los palmeños que tanto odiaban a los huéspedes.

Uno de los mencionados cuartos del piso alto, llegó a cumplido fin; pero el otro se quedó a medias, por haber empezado de nuevo el diablo de la avaricia a hacer comezón en las entrañas de la mercadela. De ahí que permanecieran al descubierto, para sécula sin fin, las pilas de adobe, y el andamiaje tendido precisamente sobre un cobertizo de tablas de tripa, que había sido menester levantar a uno de los costados de la casa, para sombrear las caballerías.

Ajuareada la casa con mesas de oyamel y bancas de lo mismo, patizambas, en las que por obligación hacían sube y baja quienes en ella se sentaran, se abrió la Venta al público.

Al principio escaseó la parroquia. Apenas llegaba por ahí uno que otro sediento, buscando a remojarse el gaznate, y pasaba de largo; o tal cual hambreado que no conseguía

calmar su necesidad con el trozo de queso rancio, la tira de cecina asada, como cuero de dura, y el zoquete de pan enmohecido en que ni los ratones hubieran podido meter diente; pero, a la larga, era de verse la reata de bestias de carga que, como rosario, llegaban agujoneadas por sus fieles verdugos, los arrieros, pujando bajo el peso del carbón de madroño, las vasijas de barro o las frutas tropicales.

Para la mercadela era rato de inacabable recreo, ver cómo caía despatarrada, haciendo ridículas piruetas, alguna víctima de la banca coja. Soltaba el trapo a reír y era el cuento de nunca acabar, pues hasta lloraba de la risa.

Sobre la puerta frontera, abierta precisamente en medio de la sala, un pintor de ollita había afirmado el enorme cartel en que, en combinación, unas letras y la figura de un macho cabrío expresaban el nombre de la Venta, y a entrambos lados del rótulo, sendos letreros decían:

PASTURAS, POSADA PARA ARRIEROS, CORRAL  
PARA CARROS Y BESTIAS.  
CENAS, FORTAS COMPUESTAS, PUCHAS, RODEOS,  
QUESO Y AGUARDIENTE.  
PAJA Y CEBADA.

En letras de otro carácter, encerrada entre manecillas y admiraciones, remataba cada lista, la siguiente advertencia:

¡¡NO SE FÍA!!

Dale que dale aparejando acémilas y ensillando caballerías, Desiderio, el mentecato que había tomado por esposa a la usurera, vio transcurrir los días de varios años, contemplando la salida del Sol, bañándose en las rosadas tintas de la aurora o en el ropaje gris de la tarde, al ponerse el astro. Indiferente a los cuadros bellos de la Naturaleza, atendía solamente a cercenar en el pesebre el forraje, pues al dedillo sabía que como diese a las mulas la mitad siquiera de la pastura cobrada en el mostrador, o no mojase la paja, o se le pasara mezclar aserrín con la cebada, tendría que habérselas con su costilla.

Cierto es que Desiderio se había hecho más bestia que las bestias que alimentaba. Cediendo a los instintos sensuales había consentido en voluntaria degeneración y permanencia indiferente a todo, excepto al cariño de su hijo, único fruto de aquella monstruosa unión.

Desiderio era manso en presencia de su mujer; no osando levantar los ojos cuando la Severiana amanecía de mal talante, prefería escabullirse por los rincones. De que a ella le diera por refunfuñar, ya andaba el mandria del marido con pisadas de gato. Cerraba las puertas con tiento y hablaba quedo para no provocar a la fiera, temerosos de que el “niño”, el hijo de los dos, se despertara con la gritería de la riña.

El “niño” era ya un mocetón fornido, a quien decían Máximo; amábanlo los dos con vehemencia y se disputaban sus caricias, causándose mutuamente celos. Máximo era una cadena de flores enlazando dos fieras salvajes.

Digan lo que quieran los sabios y discutan cuanto gusten y manden echándose por la cabeza sus tratados de fisiología y psicología, de biología y sociología, por razones inexplicables a la ciencia, era Máximo tan cabal de alma como de cuerpo. Ustedes lo creerán o no; pero, sea dicho con perdón de la ciencia, en la que delego la tarea de descubrir

los “porqués”, haciendo la vista gorda a la maliciosa sonrisa que adivino en los labios del lector, he de declarar sin rodeos que Máximo era un santo. En generosidad y abnegación no había quien le arrebatara la palma; y si del colegio de Puebla, donde sus padres lo pusieron a educar, sacó amplios conocimientos y modales atildados, no perdió por ello ni la sencillez rústica ni el aire franco de quien crece apartado de los centros sociales.

Acabada la escuela, Máximo tornó al hogar, si así puede llamarse al cubil de dos fieras, y desde entonces la usurera se convirtió en idólatra de su hijo. Para Severiana, él lo llenaba todo: ideal, amor, deber, religión, patria.

Porque Máximo había nacido en México, la Mercadela fusiló, desde su ventana, a más de un francés fugitivo, cuando la guerra de intervención, pues quería que la patria de su hijo estuviese limpia de invasores.<sup>4</sup> Porque Máximo escapara de las fiebres primaverales que diezman a los niños, en las tierras del trópico, aquélla bestia humana había doblado las rodillas, con verdadera humildad, y pedido a la Virgen salud para el pequeño, ofreciendo, como muestra de gratitud, el mejor collar de perlas que tenía. Para que Máximo disfrutara de holgura y de todo aquello que se puede comprar con dinero, la usurera había corrido de Sol a Sol por las aldeas cercanas, vendiendo chácharas, prestando a rédito, despojando de lo suyo a todo bicho viviente, sin que la ruindad de estos hechos le dejase la más angosta sombra en la conciencia.

De los goces el más inofensivo es soñar, y a ése se entregaba con ardor la Mercadela, en ausencia de su hijo. Soñaba verle rico, poderoso, ocupando alto puesto en la administración del país; siempre mimado, siempre venturoso, aunque célibe, porque eso no, la celosa madre no capitularía jamás con que le arrebatasen el amor de su Máximo.

Pero turbaba sus sueños un malestar constante. El presentimiento de un infortunio inesperado amargaba el alma de la prestamista, y durante las momentáneas ausencias del mozo, a quien no dejaba en paz ni a Sol ni a sombra, de miedo de que algún accidente le aconteciese, a la infeliz se le ponía el cuerpo crespado de horror. Niño, le había preservado del aire, de los rigores del Sol, de las pedradas de los otros chicos, de la palmeta del maestro y de la corrección paternal; cuando mozo, le cubrió de amuletos, le llenó de reliquias, le colgó del cuello escapularios y medallas, y ni en los días de mayor afán dejó de encomendarse a todos los santos para que le conservaran al hijo ileso.

Por no concitarse la desestimación de su Máximo, la Mercadela se refrenaba cuanto podía, en su presencia, y no conociendo la tal cómo era de villana, el hijo veneraba tanto a la madre que sin vacilación habría arrancado la lengua al osado que se atreviese a cualquier desmán en contra de Severiana.

Mirándose los dos el uno en los ojos del otro, habían hecho vida de familia dos años largos, desde que el mozo regresó del colegio.

Máximo se aburría. Allá en Las Palmas, no tenía amigos de su clase ni sociedad culta que sustituyese la de los camaradas de escuela, quienes, una vez terminados los estudios, se habían marchado a sus hogares respectivos, aquí y allí diseminados por el país. Severiana no permitía a su hijo labrar la tierra porque no se le estropeasen las manos; ni le permitía dedicarse a ocupación alguna en la ciudad, por no volver a separarse de él. Como saliera el

---

<sup>4</sup> Guerra de Intervención Francesa (1861-1862), en enero de 1862 ejércitos de tres potencias europeas desembarcaron en el Puerto de Veracruz; una de ellas, la francesa, mantuvo planes imperialistas promovidos por mexicanos, quienes ante el virtual fracaso del partido conservador, volvieron los ojos hacia Europa, en un afán último por mantener sus privilegios e imponer un gobierno reaccionario. El tiempo de la narración del cuento transcurre en 15 años (1847-1861).

joven de los dominios de la Venta, siquiera fuese por breves instantes, ya andaba la Seve con el credo en la boca, aturdiendo a la corte celestial con padrenuestros y avemarías, y no había santo popular que se la pasara sin su lámpara de aceite o vela de cera, en cambio del milagro de devolver al muchacho sano y salvo a los brazos de la madre.

De mimos estaba Máximo hasta la coronilla: la vida ociosa le causaba tedio, amortiguado solamente por la consideración de que todo su malestar provenía de la ternura, quizá exagerada, de Severiana.

Un día llegó por fin en que Máximo determinó romper con la monotonía de su existencia. Sacando Dios sabe de dónde, energía largo tiempo contenida, en tres o cuatro frases breves declaró a la madre su emancipación.

A la Seve se le vino el mundo a cuestras; pero la flaqueza maternal le ató la lengua, las manos, la voluntad y todo. Máximo se salió con la suya. Empezó a salir a caza o a la pesca de bagre, acostumbándose pronto a permanecer ausente lo más del día. Hizo amigos en la ciudad. A veces andaba con ellos fandanguando con la guitarra, al pie de las ventanas de las muchachas de Las Palmas; otras se paseaba por el campo, a solas, trepando las montañas, encaramándose en los árboles más altos, o seguía por la vereda estrecha, a lo largo de los puentes de hierro del ferrocarril, para contemplar grandiosos panoramas. A medida que las correrías se prolongaban, Máximo ganaba fuerzas, y su sangre, antes abatida por la inacción, recobró de nuevo su vigor.

Pero la inquietud de la prestamista aumentaba en proporción del alejamiento de su hijo, a cuyo derredor veía ella peligros continuamente.

Rezaba sin cesar. Encendía velas a la Virgen para que librase a Máximo de ladrones imaginarios, de asesinos que jamás habían pensado en arrancarle la vida, de fieras que no existían. En su imaginación forjaba precipicios que no se parecían por Las Palmas, en varias leguas a la redonda, y bestias que sólo han vivido en el Apocalipsis. Las horas que Máximo pasaba fuera de la Venta marcaban siglos en el corazón de la Seve, sobresaltada siempre y en continua tensión nerviosa.

Amaneció un día de feria en Las Palmas. La mercadela, de pie, hecha estatua, con los brazos en jarra, en la puerta de la Venta, miraba desfilar el cordón de gente endomingada y la cáfila de bestias cargadas de toda suerte de mercaderías, de esas que componen el regocijo y el tráfico de los pueblos en días de mercado.

Pensando en que Máximo, que ahora dormía quietamente en el piso alto, se empeñaría más tarde en ir al pueblo, lugar de cita de truhanes, jugadores y rateros, y que como mozo de pasiones violentas que era, volaría al peligro desafortadamente, ansioso de los goces de la juventud, la Mercadela sintió escalofrío. La muerte, en acecho constante, podría venir, de un momento a otro, y segar en flor aquél arbusto lozano que sombreaba el corazón de una madre amorosa. Se tragaría la descarnada aquella tierna existencia henchida de promesas, aquella cabeza poblada de sueños. ¡Ay!, no podía imaginarse la Severiana de dónde sacaría ella el valor para tentar y sentir helado el corazoncito virginal de su hijo, ya palpitante a los primeros latidos del amor.

La pobre mujer se echó a temblar sintiendo que se le ponía la carne de gallina. ¿Qué sería para ella la vida sin su Máximo? ¿Para qué habría entonces esquilado, robado y exprimido sin misericordia a los pobres de todas las aldeas del contorno? ¿Por quién ayudaba ella sin chistar a la ruda labor del campo, ahorrando el miserable jornal del peón, y se desencuadraba en el grosero servicio de la Venta, y aguantaba la presencia de Desiderio, el maridazo, que era, como quien dice, lo que más odiaba Severiana, desentendiéndose de que a sus pies había depuesto él su fortuna y su vergüenza?

Ahogada en lágrimas se entró en la sala.

Sentados en el banco bailarín almorzaban a la sazón dos arrieros, cuyas piruetas no la movieron a risa. Recatándose la infeliz detrás del mostrador, como para ocultar un acto vergonzoso, púsose a murmurar avemarías, al tiempo que desgranaba las cuentas del rosario.

Desiderio, mientras tanto, en el corral, de pie junto de un hoyo recién abierto, acababa de desenterrar un chivo en barbacoa que debía llevar a la feria poco más tarde.

Máximo, que desde la ventana veía a Desiderio en su faena, le gritó, preguntando:

—Padre: ¿Hay mucho alboroto por allá? Avísame de lo que veas, pues esta noche quiero ir a darme una vueltecita.

El hombre asintió, expresándolo a su hijo con un movimiento de cabeza. En tanto, la madre, que todo lo había oído, sintió otro vuelco en el corazón y de nuevo se le llenaron de lágrimas los ojos.

Había sonado ya en Las Palmas la plegaria de las ánimas, ahogada entre los repiques de las cuatro esquilas que el pueblo poseía y el restallido de millares de cohetes. Máximo, de pie contra la ventana, inclinó con respeto la cabeza en presencia de la Seve, tras recibir su bendición, cual solía siempre, antes de salir de casa. La ventera se deshacía en llanto que su hijo secaba a besos, cuando no se le agotaba a ella, pues ya no tenía lágrimas que llorar.

En medio de bendiciones, hípidos y sollozos entrecortados, la Mercadela decía: “Que te cuides, niño, que no pesques un tabardillo, ni te dejes desplumar en la ruleta. Mira cómo no te pillan la capa los rateros. Vamos, dame otro beso, chiquitín, y otro más. Cuidado con olvidarse de mis encargos. Conque, vamos a ver: no excederse ni en comer ni en beber; no andar a picos pardos; no meterse en callejones ni andurriales, y, sobre todo, nada de reñir, por nadita del mundo, ¡eh! Por nada, pichón, ¿me entiendes? Es mejor que no te apersones por donde se juega; pero si por desgracia fueres y te va mal, que no se te suba la sangre a la cabeza. Vuelve a casa en seguida”.

—Madre, mejor no me esperes en la noche, porque puede ser que me quede allá, en la casa de los compadres.

—Bueno, bueno. ¿Sabes? Sí, sí, mucho mejor es que no te arriesgues a media noche a los peligros del camino. La Petra te quiere bien, y en su casa no ha de faltarle nada. Dios te lleve con bien, vida mía, Dios te bendiga. Conque diviértete prudentemente y adiós.

Otra explosión de besos cortó las bendiciones de los labios de la Seve, y el mozo, al fin, se alejó de la Venta, silbando una danza popular.

Sentada a la puerta de su casa, se estuvo la mujer largo rato, pensativa, y tan callada que nadie hubiera sospechado que de sus labios brotaban plegarias inéditas que sólo las madres saben inventar, y en cuya eficacia, hasta los hombres más incrédulos, mientras son hijos, tienen fe.

El rumor de fuertes pisadas sacó a la devota de sus rezos. Alzó la cara y sus ojos de avara descubrieron, en el instante, la presa que al agiotista mantiene siempre en perpetuo acecho.

El dueño de aquellos pasos, saliendo de un tirón de las tinieblas en que momentáneamente le había sumido la rápida ocultación de la Luna, espantó de la mente de Severiana la oración por el hijo ausente. Hasta se le pasó de la memoria que era madre.

La Venta estaba mezquinamente alumbrada, destacándose la luz del cuarto de Máximo, bastante esclarecido por una vela de cera y la lámpara del Santísimo.

El hombre de los pasos era mozo también, y apuesto y guapo. Traía bien visibles un par de talegas que, por el peso, parecían abundantemente provistas. Era administrador de un

rancho no lejano, quien por estar recién llegado de España, su patria, y aún no familiarizado con aquellos contornos, habíase extraviado en el camino de la ciudad, de donde venía del cobro de una libranza para la “raya” de los peones. Perdido en los campos y en posesión de una fuerte suma de dinero que no era suya, había pasado muy mal rato y todavía, al acercarse a la Venta, no las tenía todas consigo.

Recobrado del susto, a medida que iba acercándose a lugar poblado, empezó a sentir ligera la responsabilidad que antes le había pasado como una montaña, y empezó a divagar.

Andando hacia la Venta, le vino a la memoria el recuerdo de su aldea, allá en España, se acordó de la anciana madre que había quedado, en el hogar, rezando por él; pensaba en la novia que le había prometido aguardarlo hasta la vuelta. Gozaba imaginándose el día del regreso, cuando hallaría brazos abiertos que le ciñesen el cuello, manos que se alzarían a bendecirle, labios que oprimiesen los suyos con ternura. ¡Cuántas preguntas le harían alternadas con apretados besos, y qué alegría la de él al responder a todo, y narrar sus aventuras de viaje, sus tristezas de ausente, sus esperanzas de repatriación siempre ennegrecidas por la nostalgia! Parecíale ver a las dos mujeres queridas que allá, al otro lado del océano, pronunciaban, con el alma entera, su vulgarote nombre, *Remigio*, bañándolo de lágrimas.

Llegó por fin.

Remigio pidió a la ventera habitación en que pasar la noche, alegando que temía ser sorprendido y robado por los muchos haraganes que la feria de Las Palmas había atraído.

A la Severiana, otro que no hubiera sido el forastero le habría leído la codicia en los ojos. Valiéndose de la suspicacia truhanesca que acostumbraba como arma defensiva, se hizo de muchísimos papeles y rehusó de plano el hospedaje. Pero Remigio, apretado por la necesidad, insistió en su demanda, alargándose hasta ofrecer generosa recompensa que, no sin pocos ruegos, le fue aceptada.

Servida que le fue, en la sala, la mezquina colación que la Mercadela tenía siempre lista para los viajeros, Desiderio, guiando escalera arriba y echando luz hacia delante, de la palmatoria que en la mano llevaba, condujo a Remigio a su habitación. Era ésta la estancia que ocupaba Máximo en el piso alto.

Desiderio arregló el lecho con sábanas limpias y se marchó, emparejando la puerta al salir.

Sin causa aparente, el forastero empezó a mostrarse inquieto. Apenas se quedó a solas, le entró cierto reconcomio inexplicable que en vano trató de someter a análisis racional. Por estar siempre soñoliento y cansado del trabajo del campo, en tierra tropical, no había escrito ni a la madre ni a la novia con la frecuencia que les prometió al partir. Eso ya merecía castigo, y como tal tomaba él la inquietud que le molestaba, refiriéndola a gritos de conciencia. Luego le pareció haber leído no sé que aviesa intención, en los ojos de la ventera, cuando le había aquella alargado un zoquete de pan más duro que un guijarro para acompañar a la cena. Entonces ya no pensó en dormir, sino en poner a buen recaudo el dinero que traía.

Temeroso de que le venciera el sueño, *inter se* resolvía al partido que tomar, acomodó las talegas debajo de la almohada. Se quitó las botas para descansar los pies, se persignó con reverencia y se echó vestido sobre el techo.

Empezó a cabecear. La lámpara rechinaba paveseando, al contacto del agua con la llama, pues ya empezaba a faltarle aceite. La luz de la luna, atenuada por la presencia de sutiles nubes, se filtraba débilmente en la habitación.

Remigio dormitó un poco. No descansaba, sobresaltado como estaba y pensando en sueños qué haría. El rumor de las hojas, agitadas por la brisa de la noche, era bastante a hacerle sacudir nerviosamente, y le espantaba el chirrido de los insectos nocturnos. El cansancio se había enseñoreado de sus huesos y por momentos le bajaba a los párpados, más y más pesado, el sopor.

De repente algo le hizo saltar y se despertó muy azorado. El macizo andar de toscas plantas se dejó oír, ascendiendo por la escalera. Entonces el durmiente se incorporó. Por las hendiduras de la puerta penetró débil reflejo de claridad que parecía atenuada a ratos, como si de intento la ocultasen. Los pasos se detuvieron y el aliento comprimido de alguien que no osaba respirar se advirtió claramente detrás de la puerta.

A éstas, Remigio se santiguó una vez más. Creyendo llegada su última hora, envió en hondo suspiro el último adiós a la madre y a la prometida, allá en España, y encomendó el espíritu al Señor. Tuvo de pronto ánimo para pedir auxilio, mas, convencido de que los de casa eran sus agresores y el gritar podía agravar su situación, se tuvo quedo y alargó el oído. Nada. Silencio profundo. Luego los mismos pasos sordos descendiendo hasta perderse en la distancia, extinguidos a poco en la apacible calma de la noche.

Remigio respiró: estaba salvado. Dijo en su corazón el Ave María, y, obedeciendo al instinto poderoso de la vida, calzóse con rapidez, recobró sus talegas y ganó la ventana en dos trancos.

Por el andamio, descendió el caedizo, y de éste, saltó al camino real con la ligereza que el miedo consentía. Cayó de rodillas, porque del susto se le doblaron las corvas al saltar.

Viéndose a salvo, luego que se repuso del terror, espoleado por el miedo de que lo persiguiesen y alcanzasen, echó a correr desatinadamente a campo traviesa, sin volver el rostro hacia atrás.

Por la carrera, o por el miedo, el fugitivo no vio que otro hombre, un ladrón quizá, trepaba por el mismo tejado al mismo andamio que acababa de servirle a él de escalera, y penetraba quietamente en la habitación, de donde venía huyendo él aterrado.

El que escapaba desapareció a poco entre la sombría arboleda donde no llegaba jamás la claridad de la luna; el que se introdujo en la estancia, se desnudó sin ruido, acurrucándose bajo las sábanas como un pájaro en su nido, y cerró los ojos al sueño. Perdida la mente en deleitosos pensamientos y con el corazón regocijado por gratas memorias, no advirtió el desorden del lecho.

¿Qué había sucedido entretanto en la Venta? Nada de extraordinario. Severiana, tentada por las talegas de dinero, determinó en un instante robar a su huésped. Una vez más el vil abridor de todas las puertas indujo a la mujer a olvidarse de su hijo, y la empujó hasta el crimen.

Se ha de decir en esclarecimiento de la verdad, que la usurera, ladrona y todo, jamás había pensado en matar. Pero sobre la idea del delito, surgió la ambición; el deseo de que Máximo se convirtiera en rico, que viviese como un potentado, dichosísimo de estar apegado al amor de su madre y viajando en compañía de ella como gran señor. Con el contenido de las talegas y lo que la mujer tenía enterrado en un hoyo, en la trastienda, habría lo suficiente para que Máximo viese colmados sus deseos.

En un periquete la Severiana formó su plan de ataque y lo comunicó a su marido, de quien necesitaba para realizarlo, no como quien busca a entenderse con un cómplice, sino cual se manda a un esclavo en cuya obediencia se confía.

Oyóla Desiderio, con calma al parecer; pero cuando la Seve acabó de hablar, miróla su marido con despreciativa insolencia. Era la primera vez de su vida que se atrevía a tanto. Díjole resuelto:

—Yo no he matado nunca. ¿Por qué habría de hacerlo ahora?

—Te desprecio —respondió la Mercadela hecha un energúmeno.

—Mira: tú me has hecho robar muchas veces, y he robado porque tú lo querías, mas sin tener ni inclinación ni voluntad; sabes que soy fuerte, que en llegado el caso, pondría de rodillas a un toro, cogiéndolo por las astas, cuando me diera la gana, y que puedo arrancar de cuajo, de un solo tirón, un arbusto recio; sabes que no soy un bruto, sino que, cegado por la pasión que me inspiras, me he degradado, me he envilecido, bajando hasta ti, desde mi esfera social respetada y respetable, como baja el rayo de sol a revolcarse en la charca inmunda. En cambio de ti, de tu persona que me enloquece, y de ese hijo amado de que me hiciste padre, te he dado todo, porque todo lo he perdido por ti: educación, familia, fortuna. Sí, todo, todo. Por amarte, mis padres me desposeyeron de mis bienes, dejándome sin herencia; por seguirte, me vi obligado a cambiar de nombre, porque se me hizo cargo arrastrar a tus pies el del hombre honrado que me lo dio con la existencia; sabes que por haberme enlazado a ti, con legítimos lazos, mi madre me borró de su corazón y se fue a la tumba sin volver a verme. Pues bien, todavía estoy loco por ti, todavía robo y me revuelco en la inmundicia por agradarte; pero matar, ni por ti ni por nadie. ¿Entiendes?

—Eres un miserable y te desprecio. Para lo que yo necesito de tu amor... Huiré de esta casa con mi hijo, con mi Máximo, cualquier día de estos, dejándote solo. Solo, ¿lo entiendes?

—No mataré.

—¡Cobarde!

La mujer calló, pero lo que sus labios no articularon, dijéronlo sus ojos de réprobo.

Desiderio, indignado, adelantó hacia la puerta, donde la Seve estaba recargada. Ligeramente como el pájaro al que, por intentar cogerlo, le rozan las alas, escapó la mercadela del alcance de su marido, repitiendo con ira:

—¡Cobarde, cobarde!

—¿Huirías arrastrando a Máximo a seguirte? No, mujer, no; ni lo digas.

Temblando y bajando aún más la voz, enronquecida por la emoción, agregó el miserable:

—¿Y qué haríamos del difunto?

—¡Bah!, te ahogas en un vaso de agua: echémosle en el hoyo del corral. Cuando de cada casa ha salido un chivo en barbacoa, ¿quién se extrañaría de ver, en un corral, un montón de tierra removida? ¿No estamos en días de feria?

—Bueno, dame un puñal. ¿Acaso tenemos puñal? ¡Si jamás hemos sido asesinos!

—Mira, mira: el cuchillo de la cocina tiene la hoja angosta, pero está acabado de afilar. Ayer precisamente... Pero dale bien y de firme; en la mera chapa del alma. ¿Entiendes? Una cosa a medias nos comprometería.

—Sí, sí, le buscaré el corazón, aunque sea al tanteo, porque el cuarto está a oscuras. Sin duda apagó la lámpara, para descansar mejor.

—Así me gusta; animoso, bravo. Toma la linterna sorda... Aquí está el cuchillo: ¡Mira qué punta tiene! Sube con tiento.

Desiderio empezó a ascender. A medida que ganaba en altura, la razón se le entraba por la cabeza, alejando la idea del crimen. Llegó hasta la puerta de la alcoba; pegó el oído a la hendidura, pero nada oyó. “Sin duda duerme —se dijo para sí—, yo no digo que no mataría

a un hombre despierto, a uno que me hubiera ofendido, a un rival que me disputara a esta infame mujer que me empuja al crimen, a esta fiera que amo todavía como el primer momento que la vi; pero a un hombre dormido, que, además es extranjero y se recoge a mi techo y confía en mí... ¡Oh!, matar así no más, a un hombre indefenso, no, no jamás”. “Horrible, horrible, horrible”.

Y empezó a descender sin guardarse de hacer ruido.

Abajo esperaba la usurera con el alma en un hilo. Desiderio le mostró su debilidad, refiriéndole las consideraciones que le habían pasado por la mente. Entonces dio principio entre los esposos una riña tremenda: increpaciones, insultos soeces, bajezas de todas suertes. ¡Qué de secretos se descubrieron! Ambos a dos se arrebataban las palabras, subiendo el diapasón de la voz sin proponérselo; y entre el murmullo de las recriminaciones conyugales, se perdió el eco de las pisadas del fugitivo huésped, de Remigio que se alejaba a todo correr, y el eco de otros pasos vigorosos, los de un hombre que se encaramaba por el caedizo, hacia el estribo del andamiaje, y se colaba discretamente en la habitación que había estado a punto de ser teatro de un crimen.

El que entró, se arrojó en el lecho sin desvestirse, se arropó y, cubriéndose la cara con el embozo, siguió gozando en sueños con el recuerdo del baile de donde venía; de la verbena donde había pasado horas de deleite y de amor. No tuvo tiempo de pensar en la sorpresa que llevarían sus padres cuando le viesan allí, muy de mañanita, porque el sueño le retozaba en los párpados. Muy pronto se quedó como piedra.

Abajo había dado fin el altercado. La bestia humana, sobreponiéndose de nuevo a su miserable cómplice, le empujó a subir por segunda vez, armado de cuchillo y linterna.

El menguado no había podido soportar la idea de ser abandonado por los dos únicos seres que le hacían tolerable la vida de abyección.

Con mucho tiento, abrió Desiderio la puerta; deslizándose, avanzó hasta el lecho y escuchó. La respiración sosegada del durmiente levantaba el embozo de las cobijas, con movimiento rítmico, marcando el lugar del corazón.

La lámpara, falta de aceite, se había extinguido por completo, y apenas la escasa claridad que permitía la Luna dejaba entrever los objetos que en ella había.

Desiderio contempló el bulto de la víctima, midió el golpe, y levantando y blandiendo el cuchillo, lo sepultó con hercúlea mano en el pecho del infeliz.

Quedo, muy quedo, llamó a su mujer el asesino, y los dos procedieron a bajar el cadáver, chorreando sangre, para arrojarlo al hoyo del corral. En el mismo sitio donde poco antes había estado el chivo en barbacoa, le echaron sin preces y sin lágrimas. Iba Desiderio a empezar a trasegar la tierra, cuando a Severiana le vino al magín otra idea perversa: despojar el muerto.

—Aguarda —dijo al hombre—, ¿si llevara al cuello alguna joya por donde pudieran descubrirnos?

—¿Quieres decir que registremos el cuerpo?

—Claro. ¿Hemos de ser tan bestias que le enterremos con las alhajas de valor?

—Haz lo que quieras.

Severiana arrancó la sábana del rostro del muerto. La Luna, bogando en todo su esplendor por el cielo enteramente despejado en aquel instante, descendió indiscreta y amorosa a besar los labios de Máximo que la muerte había sorprendido sonriendo en sueños.

Saint-Louis, Missouri, diciembre 24 de 1902.

## LA VENGANZA\*

La puerta de la alcoba giró silenciosamente y asomando por ella el licenciado González del Castillo dijo:

—Hasta que quiso Dios. Son las once y cuarto: telefona a la litografía.

—¿Qué fue?

—Mujercita. Es preciosa.

—Entonces. María de la Esperanza, ¿no?

—Sí, sí, María de la Esperanza. Que hagan las esquelas de una vez y las distribuyan sin pérdida de tiempo. Cien ejemplares. Ya tienen ellos la lista para la distribución.

—¿Puedo ver a la niña?

—Dentro de un momento, ahora la va a bañar la partera. Yo te avisaré.

Volvióse el licenciado a la alcoba cerrando tras sí la puerta y, en un periquete, Rafael, plantado en la asistencia, que era donde estaba el teléfono, cumplió con las órdenes de su hermano. ¡Qué largo se le hizo el tiempo de espera!, media hora cabal, pero él hubiera jurado que era media vida. Estaba impaciente por conocer al angelito a quien todos los de la familia habían aprendido a amar desde antes que bajara del cielo.

Esperando, se había aplicado Rafael a retener en la memoria las combinaciones de líneas que componían grecas en el cielo raso; a tener lápiz y papel a mano, las hubiera reproducido con maestría. Del techo pasó a examinar la pared, y en menos que canta un gallo, se aprendió de cuerito a cuerito la labor del tapiz: mangos dorados sobre fondo rosa y guirnaldas entrelazadas formando arcos. Ya empezaba el impaciente mozo a estudiar los arabescos de terciopelo negro aplicados en el cortinaje azul de felpa que escondía una puerta, cuando el cortinaje ondeó y abriéndose en dos gajos, dio paso a una señora de edad, bien plantada y bastante guapa.

—Rafaelito —dijo la dama—, ya puede usted pasar a ver a la niña. Es el retrato de su papá: los mismos ojos azules, el cabello como hebras de oro y la naricita larga. De Julia sólo tiene el color apiñonado.

—Conque remendada, ¿eh?

—Ya verá usted, güera y trigueñita.

Entraron en la alcoba Rafaelito y la abuela materna de la recién nacida, en tanto que el licenciado González del Castillo acompañaba al doctor Lavista<sup>1</sup> para despedirlo en la escalera. A alguna pregunta del jurisconsulto, el facultativo respondió sonriendo:

---

\* Laura M. de Cuenca, “La venganza”, en *El Mundo Ilustrado*, año X, t. I, núm. 15 (12 de abril de 1903), pp. 6-7, col. 1-3. Ilustraciones de Eugenio Olvera plasman a los personajes infantiles y a su mascota.

<sup>1</sup> Rafael Lavista, médico mexicano, miembro de la Academia de Medicina y director de la Escuela Nacional de Medicina. A iniciativa suya se crearon los Institutos Bacteriológico y Patológico (1895) en la Ciudad de México. Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, vol. III, p. 1858, apunta: “En la sesión del 27 de abril [de 1898] celebrada por los miembros de la Academia de Medicina, el doctor Lavista disertó acerca del estado sanitario de la ciudad, opinando que era alarmante el número de enfermos de padecimientos endemo-infecciosos que había en la capital, y más que su número espantaba el carácter grave que revestían esas afecciones”.

—En cuanto a eso, no; confórmese usted con lo que Dios le ha dado y cuídelo como a las niñas de sus ojos. Las funciones materiales de Julia aquí empiezan y aquí acaban. La esposa de usted no es probable que vuelva a tener hijos, salvo un milagro.

—¿Corre algún peligro, doctor?

—Por ahora no. Está delicada, naturalmente, pero fuera de riesgo. Lo que sí creo indispensable es que a la niña se le ponga nodriza; Julia no puede criarla, porque sería en perjuicio de los dos. Y si la niña se nos muriese...

—¡Oh, no, no!

—Fuera terrible.

—Sí, sí, terrible —agregó el licenciado, sintiendo que le daba vuelcos el corazón.

La cuna, ornada de finísimos encajes, alboreaba como la concha cubierta de espuma en que Venus surgió del mar; pero la cuna ordinariamente estaba vacía mientras su dueña, estregándose los ojos con los puños de nácar apretados como capullos, pasábase las horas de regazo a regazo, impávida a los mismos e indiferente a los cumplimientos y adulaciones de que era objeto venerado.

Reina, princesa, pedacito de cielo... Y la reina respondía con berridos desentonados y mohines indignos de persona bien mirada, que toda la familia, sin embargo, admiraba como gracias precoces.

A los pocos días vino la nodriza, una india prieta con cara de ídolo. Se llamaba Hipólita y era madre de una “tarasca” a la que el cura de San Sebastián había puesto por nombre de pila María Antonia, no encontrando en el santoral cristiano ningún otro sinónimo de changa o monstruo que le viniera de perilla a la horrible criatura.

Luego que Hipólita encontró acomodo, puso a María Antonia en Azcapotzalco con una comadre suya que ofreció cuidar del monstruo y lactarlo a expensas de una burra parda llena de mataduras. Como privilegio exclusivo obtuvo la nodriza, de sus amos, el permiso de recibir de visita a su hija dos veces al mes, sucediendo así con regularidad los dos años que María de la Esperanza tardó en aprender a comer de todo.

Al segundo invierno, la niña era un querubín por lo hermosa y por lo buena, lo dulce y lo amable, un terrón de amores. Lo que en ella formaba el principal encanto era sin duda la humildad: respondía con sonrisas y a besos las reconvenciones de la mamá, lo mismo que a los regaños de la nodriza.

María de la Esperanza era para sus padres el colmo de la vanidad: se sentían orgullosos de haber dado la vida a una criatura tan bella y adorable. Tenía el rostro ovalado, los cabellos rizados y rubios, los ojos azules como los ópalos de Australia, la boquita sonrosada y la pequeña barba adornada de hoyuelos.

Para destetar a la “reina” se desveló la nodriza once noches; valiéndose de mil argucias para hacerla aborrecer el pecho, pero nada, ella se había aferrado en no soltarlo hasta que untado de hiel se lo pusieron en la boca, causándole la primera pesadumbre gorda de la vida. Cuando ya se dio a comer a gusto panecitos tostados y cántaros de leche, la separaron de Hipólita, pero bien pronto echaron de ver que la niña se ponía triste y había perdido los colores, así es que consultado el médico de cabecera, la nodriza fue llamada otra vez al lado de la niña. Hipólita amaba entrañablemente a María de la Esperanza, pero al mismo tiempo no quería vivir por más tiempo apartada de María Antonia, a quien amaba más, y para volver al destino, impuso condiciones y en ellas se mantuvo firme. El licenciado en persona

aceptó que le pusieran las peras a cuarto, por el bien de María de la Esperanza, porque Hipólita fue inexorable.

—Vuelvo con la condición de que mi muchachita ha de vivir conmigo y de andar por donde yo ande.

Y volvió. No se paró a considerar en la rebaja del sueldo, la disminución de alimentos ni el descenso de categoría social; de nodriza a criada hay mucho que decir en una casa de ricos. Mientras que para Toña fue progreso pasar del jacal de Azcapotzalco a la casa de veintitrés cuartos en la calle de Santo Domingo,<sup>2</sup> para Hipólita fue gloria dejar la cama caliente en la elegante alcoba por el petate en el cuarto de la azotea al lado de su criatura. En vez de la “princesa” contra su pecho, la “tarasca” era como quien dice la alegría, la felicidad, el premio gordo.

Julia amaba a su hija con locura; pensando en su porvenir y haciendo mil jardines acerca del destino de la niña, entretenía la mayor parte de los días; y cosiendo primorosos vestidos y gorras muy monas, le daban las tantas de la noche sin acordarse de que existían en el mundo parientes y amigos a quienes visitar y que en los teatros se daban bonitos espectáculos.

Cuando María de la Esperanza, de la mano de su niñera francesa, causaba, en la Alameda, la admiración de las madres pobres y envidia de las ricas, no se daba cuenta de ello: inconsciente, como las rosas que brotan de una planta injertada, ignoraba los afanes de su amorosa madre por prenderla y vestirla bien, igual que las efímeras flores los cuidados del jardinero.

Era nula, en el concepto de la niña, la distancia que media entre nodriza y madre: su mente infantil reproducía con fidelidad los rostros amigos, ya fuesen bonitos o monstruosos. Así, sin desfigurarlos, retrata el arroyuelo a la Luna que lo platea, al árbol que le presta sombra y a la bestia que ensucia su raudal cristalino.

Quizá por lo que el amor tiene de egoísta, es más precoz que la conciencia. En María de la Esperanza tuvo una revelación prematura cuando la primavera trajo a las golondrinas a anidar en el techo del corredor. A ellas les platicaba todas las aventuras ocurridas a sus muñecas desde que cayeron en manos de Toña; les enseñaba las canciones que sabía, aprendidas de los cenizales de las jaulas colgadas en el balcón, o las que atesoraba en ese repertorio íntimo que traen en su corazón, desde el otro mundo, los artistas genios.

Enredar de un hilo y repartir besos entre Hipólita, Toña y el gato, consumían la existencia de la niña. ¿Para qué era más?

El gato era el más querido, porque se dejaba morder la punta de la cola; la “tarasca” venía después e Hipólita ocupaba el tercero y último lugar en el corazón de María de la Esperanza; Julia, el licenciado, la parentela de ambos y la niñera francesa eran objetos secundarios que no componían mucho.

Desde que a la nodriza le fue permitido tener consigo a su “tarasca”, se limó mucho mostrándose más conforme con la civilización. Empleaba indistintamente el vocabulario aprendido de su ama, con las dos niñas: “Hermosa, vida mía, mi gloria, mi estrella”, todo eso eran María de la Esperanza y Toña: dos almitas buenas, encarnada la una en un amorcillo de Watteau,<sup>3</sup> y la otra en un ídolo azteca.

---

<sup>2</sup> La calle de Santo Domingo (hoy calle República de Brasil), albergaba en su entorno el templo y plaza de Santo Domingo, la Aduana y el Colegio de Medicina, escenario del suicidio de Manuel Acuña.

<sup>3</sup> Jean-Antoine Watteau, pintor francés; su obra, de exquisita sensibilidad, reproduce escenas de la vida militar, del teatro, asuntos galantes, etcétera.

Si las dos niñas se besaban en presencia de Julia, sentía ella que los celos le mordían el corazón. Perdonaba al gato las caricias de la niña; a Toña la aborrecía de muerte. Verla constantemente al lado de su hija era un sacrificio de gladiador para la madre injusta y esclava de miserables pasiones. Sugirió a la niñera francesa el proyecto de apartar de la niña el afecto que sentía por la hermana de leche, entreteniéndola con cuentos que divagaran su imaginación.

—Quiero que pronto hable en francés —decía— y que ocupe el puesto que le corresponde, porque ella es la niña de la casa y esa negra horrorosa no es más que la muchacha de la criada. Cuando crezcan las dos un año más, es menester separarlas para siempre.

Pero el gran distribuidor de cetros de oro y de cetros de caña; el que, cuando le place, substituye las coronas de oro por otras de espinas, y viceversa, una mañanita de marzo, mandó que una ráfaga dorada llevara entre sus átomos uno o un millón de microbios —que para el cuento es lo mismo— y les ordenó a los animalitos anidar en la sangre fértil, nueva y rica de la reina, de la estrella, del pedacito de cielo...

Al primer asomo del mal, Lavista acudió a ver a la enferma, no obstante ser de noche, sentirse él quebrantado y tener en casa huéspedes que atender, muy respetables. Para el facultativo, María de la Esperanza no era un cliente, sino una espina que entraba hondo en su corazón a la vez que las epidemias periódicas que se ceban en los niños aparecían por las garitas de México. Lavista era el viejo médico de las dos familias de la niña; había aplicado la vacuna al licenciado cuando estaba en pañales, y a Julia la primera azotaína en el mundo por haber llegado a él renegrida de asfixia. Así, la vida de María de la Esperanza no era cualquier cosa para el venerable facultativo.

Desde el primer instante, la catástrofe se presentó descarada y cruel; no lo ocultó el doctor y asestó la puñalada del diagnóstico a pecho descubierto para que el dolor de la herida lo curtiere e hiciera insensible al recibir el golpe de remate.

—Es un caso de escarlatina maligna con su difteria y todo —dijo algunos días después. Con su difteria y “todo”.

“Todo” quería decir ataúd, flores y tumba.

—¿Tiene remedio, doctor?

—Veremos. Se hará lo que se pueda.

Lo que se pudo fue promover dos juntas de a cuatro diferentes lumbreras; unos señores enlutados muy tiesos y muy preguntones que a todas las respuestas hacían: ¡hum!, ¡hum! Como quien magulla un zapote para probar su madurez, magullaron ellos el cuerpecito delicado; en la boquita, que parecía estuche de perlas, ajustaron un tosco tapón de corcho y se pusieron sucesivamente a espiar como en la lente del cosmorama. Para ver, ¿qué? Un hervidero de flemas inmundas que manaban de un telar de placas grises. Y ¡hum!, ¡hum!, ¡hum! La madre, ahogada en lágrimas, no se atrevió a despegar los labios, de miedo de oír la respuesta.

No hay para qué decir que el angelito le echaron la botica encima; el abominable corcho funcionaba regularmente cada hora, haciendo añicos la boquita de rosa; pero los bodeques de hilas empapados en ácidos corrosivos no le hicieron más efecto que el que les hacen a las estrellas los versos de los poetas. Lavista lo sabía bien; después de los menjurjes de la botica, vendría “todo”: acostarla en el sepulcro dentro de cuatro o cinco días.

Antes de ese plazo, muy de mañanita fue llamado el doctor a toda prisa. Encontró a la enfermita sentada, muy pálida; los ojos sin brillo parecían zafiros revolcados. Alrededor de la boca se le paseaba un tinte sombrío y mantenía el cuello tieso y erguido como las actrices que hacen en el teatro los papeles de reinas.

Lavista le dijo con dulzura:

—¿Cómo te sientes, chula, qué te duele?

—Quelo agua.

—Que te den agua. Vamos a ver: bebe.

El doctor en persona le acercó el vaso a los labios; bebió con ansiedad un par de tragos, arrojando inmediatamente el agua por la nariz; hizo esfuerzos para dar un respiro gordo y de su garganta estrecha y reseca partió un chillido mitad aflautado y mitad ronco. Crispó los puños con desesperación, y arrebatando de manos del doctor el vaso de agua, lo arrojó con furia a la cara de la nodriza. Al mismo instante el gato brincó a la cama y María de la Esperanza, precipitándose sobre él, le mascó con rabia las orejas. El animalito huyó despavorido resoplando, más a poco volvió a rebujarse en la colcha a los pies de su verdugo.

González del Castillo nada dijo: los pliegues de su entrecejo y lo escaldado de sus ojos hablaron por él con la precisión del fonógrafo. Julia lloraba a mares.

—Los mismos toques, los mismos papeles y que le den gusto en todo. ¡Pobrecita! Volveré al anochecer.

El “gusto en todo” que formaba parte de la receta era más que el tiro de gracia: era el golpe en la nuca, del cachetero.

Pasada la fatiga del acceso ocasionado por el trago de agua, el angelito entró en descanso y se sentó de nuevo.

—Quelo que venga Toña.

—Toña se fue a la calle, mi vida; pero va a venir mañana —respondió la nodriza vivamente.

—Quelo Toña.

—Mira, mi reina, ¿no quieres mejor al gatito? Anda, coge al gato chulo.

—No quelo gato, quelo Toña.

—Sí, alma mía, que traigan a Toña. ¿Por qué no te hemos de dar gusto? Hipólita, sube a tu muchachita.

—¡Ay niña! ¡Válgame Dios!, y si le pega el mal a mi criatura.

—¡A Dios!, y ¿por qué se lo ha de pegar, tú? Más bien te puede castigar Dios con que se te enferme y se te muera si eres díscola.

Esta fue para Hipólita la razón contundente: para que Dios no la castigara, bajó al cuarto de la portera en busca de la niña.

Luego que el doctor diagnosticó escarlatina, la portera se ofreció de buena gana a hacerse cargo de Toña de todo en todo. Para que no corriera riesgo alguno, su madre renunció a verla durante la enfermedad, así es que cuando la portera vio entrar a la nodriza, sin reparar en que traía los ojos llorosos, la reprendió agriamente. Explicadas las circunstancias, las dos mujeres comentaron a su sabor la orden de la señora.

—Me ha echado una maldición doña Severita, dice que Dios me puede castigar por díscola. Ya verá usted.

Persignaron ambas a la criatura y llena de bendiciones y avemarías Hipólita, más muerta que viva, la presentó en la alcoba.

¡Con qué inefable alegría la recibió en sus brazos María de la Esperanza! Ambas se abrazaron y se besaron mucho sin que Julia sintiera en el corazón aquella rata que se llama celos.

Las dos boquitas se juntaron una vez más en un beso largo, largo, que interrumpió un acceso de tos tras el cual vino otro de asfixia. Cuando el dogal apretó mucho, la enfermita se cansó de Toña y la abofeteó sin piedad.

En la noche el doctor ordenó un vejigatorio en la garganta. La agitación iba en aumento, el malestar no tenía fin; pero después de levantado el cáustico desapareció la sombra aquella y algo del tinte de la rosa coloreó las mejillas de la niña.

—Está muy aliviada, doctor, y tiene mucha hambre.

—Tiene mejor cara hoy. ¿Cómo te va, chula?

—Quelo pan, quelo lechita.

—Que te den pan y lechita, primorosa.

—¿No cree usted, doctor, que está mi hijita muy aliviada?

—Parece —respondió examinando el floreo de la colcha con ahínco de artista. Que le den gusto en todo —agregó levantándose para salir.

—¡Ah!, doctor, se me olvidaba pedirle a usted un favor —suplicó Julia. La muchachita de la criada ha caído mala y deseo que le recete usted. Dicen que ardió en calentura toda la noche.

—Malo, la veré.

—Voy a mandar que la traigan.

—No, si tiene calentura, que no la saquen. ¿Dónde está? Iré a verla donde esté.

—Pero, ¿cómo se va usted a molestar, doctor? El cuarto de la portera es tan feo y tan oscuro; y luego que no tiene ni sillas. Diré que la arropen bien...

—Un enfriamiento mata lo mismo que un puñal Julia, y no debemos esgrimir el uno ni ocasionar el otro.

—Cabal, doctor, pues a la salida hágame usted favor de entrar en el cuarto de la portera.

Al bajar Lavista, se encontró con que el licenciado y su mamá subían la escalera.

—¿A qué horas vuelve usted, doctor? —inquirió con ansiedad el licenciado.

—¿Para qué? —repuso el facultativo mirando las macetas que adornaban el rellano. Yo no quiero ver eso.

—Para consuelo de Julia —añadió el jurisconsulto, tragando gordo.

—Estaré aquí al oscurecer.

A Hipólita, por orden de la señora, le habían ocultado la enfermedad de la “tarasca”. Apenas la vio el doctor pintada de erupción y horrorosa por lo hinchado de los ojos, se hizo cuenta del enemigo con que tenía que habérselas. Empezó a cuestionar lo de rigor.

Era el cuarto muy oscuro, de modo que el reconocimiento de la piel y la garganta de la enferma tuvo que hacerlo el doctor con ayuda de su caja de cerillos; aplicó el termómetro, y mientras éste desempeñaba su oficio, Lavista se puso a revisar la habitación cual si tratara de comprar la finca o de rematar los muebles.

El cuarto era frío, además de lóbrego: con puerta al Norte y techo no muy alto. Ocupaba uno de los ángulos el banco de cama, el cual un petate resguardaba del viento, colocado a guisa de biombo; mientras que otro le servía de colchón y sobre él estaba la “tarasca” arropada con enaguas viejas. Un baúl y tres o cuatro trebejos de esos que no tienen nombre especial, por ser mitades o terceras partes de algún mueble aplicadas a diferentes objetos muy ajenos al que debieron ser destinados cuando fueron muebles cabales, completaban el

mobiliario. La temperatura, con ser tan fría, estaba templada y bastante, merced al brasero donde en ese instante mismo se cocían las tortillas.

El humo y el olor a cochambre no entraban en la terapéutica del doctor, pero no estando en su manos evitarlos, Lavista se aventuró a protestar haciendo ¡hum!, que es la protesta de los doctores.

El termómetro no presentó un número desconsolador.

—¿Qué come esta niña, señora?

—Lo que Dios me da.

—Necesito saber qué le da a usted Dios.

—Pos, señor, mole, frijoles, tortillas...

—¡Hum! Pues es menester que Dios le dé a usted por ahora leche pura y espesa, y que con ella alimente usted a esta niña, porque si come tortillas, frijoles y mole, se muere. Tiene escarlatina, pero no está de peligro. Aquí voy a recetar una friega para todo el cuerpo y cucharadas cada hora; que no le dé el aire ni se moje y que el cuarto se mantenga caliente.

Antes de que el doctor terminara la receta en una hoja de su propia cartera, Julia gritó angustiada desde el extremo de la escalera:

—Doctor, doctor, suba usted: la niña se muere.

Era el último acceso, el que iba a fijarle definitivamente, en la garganta, una flauta rota en la cual la muerte soplaría la nota final.

\* \* \*

Con los ojos encarnizados de llorar, la garganta enronquecida de dar alaridos y la fe vacilante, hallaban los días y las noches a Julia sentada, hundida en una butaca junto al balcón de la alcoba de la niña; inmóvil a ratos, como estatua sedente, cuestionaba desde el fondo de su alma al cielo. Especulaba en esa filosofía brutal aparejada a los grandes dolores, que enciende la idea en el sabio y oscurece aún más el cerebro del bruto. Formulaba *in mente* los “porqués” aterradores cuya única solución es el perplejismo.

—Por qué se fue mi hijita, tan amable, tan inteligente, tan dulce; un querubín por lo hermosa, una promesa, una alegría. La hubiéramos educado tan bien, teniendo recursos de sobra para ello. ¡Qué dicha la de verla llegar a la juventud y ser amada; qué consuelo el de que ella hubiera cerrado nuestros ojos, estos ojos que ya no la verán jamás!

Un sollozo, otro y mil más rompieron el soliloquio con que había terminado la meditación de la desolada madre. El mismo tema inspiraba sus razonamientos y bajaba a los labios exhaustos de tanto deprecar. La ola de llanto acudió engrosada por el dolor latente y corrió, corrió hasta agotar las fuentes de los ojos.

En el patio, bebiendo a pulmón lleno un magnífico haz de sol primaveral, saturado de olor a amapolas y chícharo silvestre, en un petate, echadas a la bartola, estaban la “changa” y la nodriza. Hipólita había puesto a su hija a calentarse fuera del cuarto, por la primera vez después de la enfermedad. Débil aún la pequeñuela, con poco aliento tendía sus manecitas flacas y despellejadas al gato fiel, al amigo cariñoso de María de la Esperanza, a la cual había acompañado hasta el fin. Hipólita era ese día el ser más feliz de la creación; pensaba en el riesgo pasado con la alegría victoriosa de los que escapan de los grandes peligros, mas en su obtuso entendimiento se deformaban los sucesos terribles que había presenciado, apareciendo aún más culpable Julia de lo que era realmente. La alegría de Hipólita era la del lobo que desgarrar al tigre herido, el principio vital de bestia que activa el organismo humano.

Oyendo sollozar a la madre afligida, la nodriza comprendió su inmenso dolor; pero en vez de piedad, sintió deseos innobles de venganza, odio y todas las pasiones del infierno. Antes de pensar en lo que iba a hacer, luego que observó que Julia la miraba, estrechó a la “tarasca” una y muchas veces contra su corazón, diciéndole con dulzura:

—¿Quién es la reina, quién es la princesita, quién es el pedazo de cielo?

Julia cayó de bruces y con la cara hizo pedazos un tiesto de flores que había en el balcón. La cuenta estaba saldada.

## LOS DULCES DE LOS SANTOS REYES\*

Entre los chicos endiablados del barrio de La Merced,<sup>1</sup> Tomasito se llevaba la palma. No había que preguntar cuyas eran las pedradas que hacían llover vidrios de los balcones, ni quién ataba por la cola al gato de la carnicería contra la perra del tendejón; todos los vecinos hubieran respondido a coro:

—El bribón de Tomás, el bribón de Tomás.

Para sus seis años, no se encontraba en los contornos pillo más redomado, hervíale la sangre como paila de jabón; así que no era posible tenerlo quieto, porque para él una silla era la mismísima corma.

Sus padres no hacían siquiera la intentona de poner a raya a Tomasito, sabedores de que al ama le disgustaba mirarle retozar en el patio; ellos, cuyo afecto por el niño era extremado hasta rayar en idolatría, le echaban a la calle a hacer torerías.

—Es cierto que la criatura es traviesa —decían—, pero ¡pobrecito! Es nuestro hijo, y no lo hemos de regalar ni de comérnoslo, que no somos verdugos o bárbaros. Que vaya el alma mía a dar guerra a la plazuela, la calle es de todo el mundo y al que no le guste...

El muy bribón no veía con malos ojos la debilidad paternal y se apuraba a aturdir con incesante gritería a todo el vecindario. Precisamente en el zaguán de las moradas pacíficas, convocaba al ejército de pillastrines callejeros, batiendo diana en una lata vieja de petróleo; allí era el cuartel maestro de donde partían las órdenes, siempre severas, desde un banco de palos hasta la ley fuga.

El ideal de Tomasín era el generalato, ya no por los honores de las batallas bien libradas, sino por el relumbrón de los galones y el garbo del sombrero de gallina.

Los relumbrones a los ojos del niño, eran la expresión de la fama y del glorioso prez militar, servían de punto de mira a su arrojo de descamisado, y, por lograrlos, en el campo de batalla de la imaginación, más de una vez había derrotado a supuestos enemigos. Los instintos bélicos de Tomasito, con ser poderosos, se abatían en la presencia de León, el hijo de los amos de la casa en que ambos vivían, el uno rico, mimado de la fortuna, el otro de corta suerte, vástago único de los porteros de la finca, quienes lo amaban como a santo milagroso.

Cuando León bajaba a la portería, libro en mano, el bravo militar tornábase grandísimo gallina. Su amigo le explicaba el significado de las estampas de sus libros de escuela, permitiendo, además, que Tomasito pasara sus dedos mugrosos por la cara de los muñecos.

---

\* Laura M. de Cuenca, “Los dulces de los Santos Reyes”, en *El Mundo Ilustrado*, año X, t. I, núm. 16 (19 de abril de 1903), pp. 8-9, col. 1-3. Dibujos de Eugenio Olvera ilustran momentos del relato: los personajes con sus juegos infantiles.

<sup>1</sup> El barrio de La Merced es uno de los más antiguos y tradicionales de la Ciudad de México; como centro de abasto de alimentos funcionó desde el siglo XVIII, por medio de acequias fluía el intercambio comercial desde los lagos cercanos a la urbe. Construido en 1890, el mercado de La Merced tenía 83 metros de longitud por 11 metros de ancho, con techo de hierro galvanizado y acanalado, piso embaldosado, amplitud y luz suficiente, contaba con dos pequeñas tiendas de carne y 72 cuartos interiores y exteriores, al centro se encontraba una fuente de agua.

—¿Quién es este viejo de los tres cuernos? —le preguntó una noche el pillo, aumentando con una nube de grasa de su dedito índice la tempestad del Monte Sinaí en un libro de Historia Sagrada.

—Es Moisés, el que libró al pueblo judío de la esclavitud de Egipto, sacándolo para la tierra prometida.

—¡Ah! —respondió Tomasito con la suficiencia de quien recuerda un cuento que le es familiar.

—¿Y estos tres viejos tan feos?

—No seas descomedido, ¡qué tú! Quienes han de ser sino los Reyes Magos, ¡los tres Santos Reyes!

—¡Cómo!, ¿también el negro es rey?

—¿Y qué le hace, tonto?

—Yo quiero saber en dónde pueden ser los reyes tan feos. ¿Lo sabes tú?

—Todavía no, pero luego que el maestro me explique esa lección, yo te la enseño a ti.

—Bueno, bueno. Yo quiero aprender a rey o a general como tu papá, digo, como el señor amo.

Diálogos de esta guisa eran el pan de cada día en el cuarto de los porteros; ante los razonamientos de León, se abatía el ardor bélico del héroe de plazuela, quien, olvidado por unos instantes de la chusma callejera, cuyas cabezas solía él pasar a cercén, sólo sabía abrir ojos y oídos a los relatos de historia del niño de la casa. El narrador a su vez daba de mano los juguetes primorosos con que sus padres lo agasajaban, mientras él ocupaba la cátedra en la portería.

\* \* \*

Si el placer de maestro y discípulo no hubiera tenido el peso del rigor, qué diferente marcha habrían seguido los sucesos; mas para colmo de desdichas, el general Ballesteros y su señora ponían cara de vinagre cuando los chicos se reunían.

—Que no se me roce con el hijo de los porteros —decía el general, y su digna señora aumentaba:

—Ese Tomás es un igualado, no mira que cada cual tiene su lugar aparte.

Generala a los veintiocho años, no cualquiera lo es, y la señora de Ballesteros, a decir verdad, había sabido hacer los honores a las charreteras y al sombrero de gallina. Llenaba el generalato con dignidad que consistía en tiesura, orgullo y arrogante egoísmo.

Para vigilar la educación del pequeño León, le faltaba siempre tiempo a la señora de Ballesteros; la modista y las amistades consumían sus días, y el teatro y los bailes, sus noches; pero, en no mirando a su retoño, como ella supiera que no estaba el niño en el cuarto de los porteros, poco se le daba en qué lugar se hallaría y qué cosas estaría oyendo y platicando.

Por fortuna para los dos amigos, la memoria de la señora de Ballesteros solía dormir siestas prolongadas.

Melchor, el zapatero, no era en realidad padre de Tomasito, eso lo sabía él muy bien, pues cuando conoció a Lorenza, el niño tenía tres meses de edad. Él quiso a la muchacha “porque sí”; y cuando supo que el padre de Tomasito había muerto, propuso el casorio y la adopción del nene: ambas cosas le fueron aceptadas. En el transcurso del tiempo, Melchor, a quien Dios no le había concedido descendientes, aprendió a amar al entenado, en lo que hubiera muy bien podido ganarse el primer premio.

Cuando le pasaba por la imaginación la idea de que Tomasito podía morir, claveteaba con furia sobre el tirapié, como quien estuviera seguro de que entre las dos tapas de un tacón se hallase agazapada la muerte.

La madre de Lorenza había sido por veinticinco años portera de la casa de los Ballesteros. En ella había nacido y crecido Lorenza y allí vivió hasta que le pasó la desgracia... Después se puso a servir de criada, y más tarde contrajo matrimonio con el zapatero Melchor, a quien no amaba, pero sí sentía por él grande y respetuosa estimación.

Muerta la vieja portera, a Melchor le fue ofrecido el empleo, y marido y mujer, con el pequeño tunante, fueron a vivir en la casa del militar.

Lorenza encontró en ella muchos cambios: el niño Juanito era ya general y se había casado. La zapatera no se atrevía a mirar cara a cara a su amo por miedo de que Melchor pescara el secreto, en una mirada a hurtadillas. El secreto sí, el secreto del delito del cual le correspondía la mitad de la culpa, aunque ella, valientemente, se la había echado toda a las espaldas. ¿Y qué era el secreto sino una repetición más de la travesura del Paraíso: Adán, Eva y la tradicional serpiente haciendo de las suyas? A su debido tiempo vino el pillito redomado; para la madre fue un consuelo, para el cómplice una contrariedad.

En el “secreto” estaban tres: la madre de Lorenza y los dos pecadores; muerta aquélla, el niño Juanito con el matrimonio y los repetidos ascensos militares, había logrado olvidar; Lorenza se puso a querer al hijo y a mentir al esposo para el bienestar de la familia; Melchor, engañado por su mujer, era feliz.

El general sólo deploraba del pecado las consecuencias; la existencia de ese Tomasito incorregible que era un peligro para la buena crianza del primogénito. León era muy mirado y pulido, mientras que el hijo de los porteros se pasaba de ordinario y grotesco. Veía en la inofensiva criatura una amenaza de males futuros. Creía a todo creer en la inferioridad social de los hijos de la maldición, mientras consideraba a los legítimos como dones del cielo.

—El hijo de la portera —decía— no debe alternar con gente decente, sino girar en la esfera de su madre. ¡Pobre criatura! Es su sino, su “rayita”; no debe la vida al amor, pues es producto de un accidente.

De ahí que el general apoyara en todo y por todo a su cara mitad en lo relativo a poner coto a los lazos amistosos de los dos niños; ella, animada por la incondicional aprobación de todos sus actos hostiles contra los porteros, se atrevió a proponer a su consorte que, para cortar el mal de raíz, Melchor y Lorenza fueran sustituidos, pero al niño Juanito le entró el recelo de que su víctima, sin la cortapisa de perder la colocación, hablara de indiscreta, y desechó el plan, lisonjeándose de generoso.

—Debemos ser buenos con esta pobre gente —dijo. Lorenza es hija de una antigua criada de mi madre y él es un artesano trabajador. Basta atarle a Leoncito el cabo corto, cuidando de que no se trate con Tomás.

Avergonzada la señora ante los nobles sentimientos de su marido, de una vez para siempre dobló la hoja.

El niño Juanito, para sus adentros no se juzgaba con tal optimismo y él sabía por qué. Si Lorenza me pierde de vista y lejos de mi influencia, habla, lo natural es que lo haga jactándose de haber dado a luz al hijo de un general; las noticias suelen cundir andando, pero los chismes tienen alas; y si mi esposa supiera... Luego, cerrando los ojos, completaba el razonamiento; apretándolos aún más, veía en lo más recóndito de la mente a Melchor y sentía un horripilante calosfrío en la espina al escuchar, con el poder de la imaginación, el roce de la chaira contra la chaveta.

Una tarde de enero, a esa hora en que el cansancio del día tiende al sueño y el cansancio del alma hacia Dios, echando medio cuerpo fuera de la ventana por la portezuela de la berlina, León contemplaba con delectación el cielo tachonado. Encarándose de pronto con la generala, le preguntó resuelto:

—Mamá, ¿cuáles son los ojos de santa Lucía?<sup>2</sup>

—Déjame, niño, no seas impertinente. Que te los enseñe tu nana.

Ocupadísima con discernir cuáles de sus amigas llevaban vestidos ricos y de moda, y cuáles iban ataviadas con faralaes de la pelea pasada, a la señora de Ballesteros pasó inadvertida la mueca de desabrimiento de León, al oírse llamar impertinente porque deseaba saber. Volviéndose el chiquitín a su nodriza, le dijo:

—Enséñamelos tú, nanita.

—Sí mi alma. ¿Ves aquellas dos estrellas juntas en el cielo? Aquellas que parece que te están mirando.

—Sí, sí; y luego, veo otras tres muy juntitas también en medio de cuatro grandotas tan brillantes que forman un marco como el de mi pizarra. ¿Las ves tú, nanita?

—Ésos son los tres reyes, los tres Santos Reyes que adoraron al Niño Dios en el portal de Belén, y por eso después de muertos se los llevó Dios y los cambio en estrellas.

—¿De modo es que ya no son gentes, nanita?

—Sí, también, pero son santos. Mañana es el día de los Santos Reyes, y su Divina Majestad les permite venir al mundo.

—¿Y a qué vienen nanita?, ¿no les gusta más estar en el cielo y ser estrellas?

—Vienen a premiar a los niños buenos. Todos los que han sido aplicados y obedientes, si ponen está noche un plato en el balcón, cuando pasen los Santos Reyes ponen en él dulces; pero siendo los niños malos, sus majestades no hacen más caso de los platos que del cajón de basura.

—¿Y de dónde cogen los Reyes los dulces, nanita?

—Los traen del cielo, mi alma.

—Pero, ¿cómo saben si los niños han sido buenos o no?

—Desde el cielo, niño, se sabe muy bien lo que pasa en el mundo; lo que es cierto y lo que no.

—¿He sido yo bueno, nanita?

—Sí, mi alma.

—¿De modo que si pongo está noche mi plato en el balcón, me traerán los Reyes dulces y juguetes?

—¡Qué duda cabe! Pero tienes que pedirle a tu papá permiso esta noche, para poner el plato.

—Lo pediré, lo pediré —dijo Leoncito batiendo palmas.

La sombra de la noche había envuelto la ciudad por completo; no siendo ya posible distinguir a las personas que pasaban en coche, la señora Ballesteros cedió a un ataque de sentimiento maternal, hallando de perlas lo del plato y los dulces de los Santos Reyes.

---

<sup>2</sup> En la Edad Media se invocaba a la santa contra las enfermedades de los ojos, probablemente porque su nombre está relacionado con la luz; su culto dio origen a una leyenda: un tirano mandó a sus guardias que le sacaran los ojos y ella recobró la vista. Cuando muchos decían que santa Lucía era mera ficción, se probó su historicidad con el descubrimiento (1894) de la inscripción sepulcral con su nombre en las catacumbas de Siracusa. Dante Alighieri en la *Comedia, Inf.* II. 97 y *Purg.* IX. 55 (Barcelona, 1973-1977), atribuye a santa Lucía el papel de gracia iluminadora.

Aplaudiendo para su capote el ingenio de la nana, prometió al niño obtener del general la solicitada licencia.

Durante la cena, el general y su señora trataron de la venida de los Santos Reyes, y cuando una hora después, montaron en la berlina para ir al teatro, Ballesteros dijo al lacayo: —Vamos antes al “Paraíso Terrestre”, calle del Coliseo.<sup>3</sup>

Apenas se perdió a distancia el ruido del carruaje, León, de escabullida, se bajó al cuarto del portero. Halló a su amigo pesaroso y compungido, pues los dos monstruos le habían propinado la azotaina del siglo.

Habíasele antojado al pícaro proclamar la Independencia, esa tarde, aprovechando la ausencia de Melchor y un rato de distracción de Lorenza. Mientras el uno se marchó a entregar la obra al taller y remendaba la mujer una cobija, echándose cuentas alegres, el bribón arrancó del marco la estampa de la Virgen de Guadalupe, y pegoteándola muy bien en un paliacate, que luego ató en la caña del plumero, se improvisó con la imagen la bandera de la insurrección. De un pedazo de cuero inglés con destino a un par de botas, se frangolló un bonete de tres picos, untándose para complemento de abominaciones, toda una caja de betún en ambos carrillos para asegurarse unas patillas de torero andaluz de antaño. Tal era la concepción ridícula que la imaginación de Tomasito se había formado del padre de la Patria.

Barbón y de bonete, el “cura Hidalgo” capitaneó esa tarde al más grueso ejército del barrio; la batalla fue reñidísima y sangrienta: las piedras llevaban alas, las interjecciones callejeras se desgranaban de las bocas de los mocosines y caían como cerezas maduras.

En el campo de batalla cayó Melchor como una bomba luego que echó de menos el pedazo de cuero inglés. Con banderas descogidas iba el héroe, ya victorioso y festejado de la multitud, cuando el zapatero le alcanzó por una oreja. Sacado tan vergonzosamente de las filas insurgentes, quien con galán desenfado iba media hora antes a libertar al pueblo del yugo español, los vecinos del barrio se desbordaron en aclamaciones de júbilo, que en vez de aumentar en Melchor el anhelo de castigar al culpable, desarmaron su cólera y le recordaron la indulgencia paternal. Ya no tenía para el hijo ni siquiera mirada torva; le preguntaba si le dolía mucho la orejita, y se la acariciaba con tierno afán.

—Es un consentidor —murmuraban las viejas; los muchachos chiflaban y los hombres se reían en las barbas de Melchor. En casa, Lorenza completó la corrección paternal, dando a Tomasito, con el paliacate, una zurribanda de primera. Jamás se había visto el chico en tal empeño, y por eso cuando León bajó a verle, le encontró sollozando muy afligido.

Para consolarle, en un santiamén le enteró de la visita que debían hacer esa noche los Santos Reyes, explicándole las circunstancias y persuadiéndolo a poner un plato para sí.

—Yo no tengo balcón —repuso el lloroso niño con tristeza.

—No le hace. Puedes poner el plato en el pretil, dice mi nana que es lo mismo.

—¿En el pretil de la fuente?

---

<sup>3</sup> “En el portal del ‘Águila de Oro’ se encuentra el establecimiento de Reynaud, expendio de dulces y carnes frías y en la acera de enfrente la famosa dulcería francesa denominada ‘El Paraíso Terrestre’, competidora de los establecimientos del mismo género de Devers y Gramout, en las calles del Puente y Espíritu Santo, respectivamente” (García Cubas, *Album de mis recuerdos*, México, 1978, p. 202). Por cierto que el “Paraíso Terrestre”, calle del Coliseo Viejo núm. 24 (hoy avenida 16 de Septiembre), ofrecía para los niños dulces elegantes, además de natillas, mantecadas, sangrías, refrescos, helados deliciosos y canutos. Su propietario fue Teófilo Hellion.

—Sí, sí, tú pones el tuyo en la fuente, y yo el mío en el balcón que da para el patio. De ese modo los Santos Reyes, si ven el uno, no pueden pasar inadvertido el otro.

En eso quedaron; y cuando don Morfeo empezó a colgar de los párpados de los dos amigos, ambos se fueron prestos a dormir.

De vuelta los esposos Ballesteros, notaron el plato del pretil de la fuente: en él había algunos confites y cuatro caramelos verdes y brillantes como el cristal.

—Mira —dijo la señora a su marido— ya por aquí pasaron los Santos Reyes.

—¡Pobres! —respondió el general sonriendo con lástima al ver el morroñoso don de los Reyes Magos.

De puntillas, el general y la señora llegaron al balcón y en el plato de filetes dorados acomodaron una libra de dulces franceses, una caja de soldados y un libro de cuentos de hadas. Retiráronse a su habitación; él se durmió en breve, gozando anticipadamente de la sorpresa agradable del niño al siguiente día; pero ella estaba tan nerviosa, y tan impresionada por la abominable y cruel Norma,<sup>4</sup> que había sacrificado a sus hijos en la ópera que acababa de oír por la primera vez, que no pudo pegar los ojos en un par de horas.

León fue el primero en recibir a la mañana siguiente la grata visita. ¡Habían venido los Santos Reyes!

Desde el corredor espía el plato de la fuente, y comparando con el propio el regalo de Tomasito, León pensó que los Reyes Magos eran aduladores de ricos y no muy generosos con los pobres.

—Que no se me baje León las escaleras, Ángela —con voz de trueno dijo el general al salir de su alcoba en traje dominguero.

—Pierda usted cuidado, señor —contestó la doméstica temblando.

Confinado en la asistencia tuvo el pequeño hasta las diez, hora en que plantándole en el coche, salieron de casa todos para ir de paseo. León hubiera querido compartir su alegría con la de Tomás y convidarle de los dulces finos, pero la nodriza se mostró inflexible. El coche rodaba y rodaba mientras el niño batallaba con una idea.

¿Eran tontos los Santos Reyes?, ¿no entendían que el pobre necesita más que el rico?, y si lo entendían, ¿por qué no eran justos? A él a quien todo le abundaba en juguetes y golosinas, le habían traído ricos presentes; a Tomasito, por carecer de lo esencial, le salían con cuatro dulces insignificantes, cuatro porquerías que eran la vergüenza del cielo.

El bribón de Tomás no esperó a desayunarse, ni se anduvo con melindres; uno tras otro se engulló los dulces verdes y los confites, echándose luego a la garganta un buen jarro de agua. Reclutando gente para la batalla del día, se anduvo por las cuatro esquinas más de media hora; feliz, porque los Reyes no había tomado a mal las escaramuzas de la plazuela. Al primer retortijón, se retorció como un arco, al segundo soltó la bandera y apretó a correr para su casa.

Lorenza echaba en ese instante un tizón soplado de la ceniza, en la olla del café, cuando vio entrar al hijo hecho un cadáver.

—Mira que pareces un desenterrado, es de hambre. Ven a beber un café.

---

<sup>4</sup> La ópera *Norma* (1831) fue escrita por Vincenzo Bellini, quien nació en Catania, Sicilia. Bellini fue un artista meticuloso, daba importancia a la relación entre la música y el texto, sus óperas consiguen gran efecto dramático a través de sus melodías, admiradas por su peculiar belleza. El estreno en México de *Norma* ocurrió en 1836, en el Teatro Principal, por la compañía italiana de ópera de Filippo Galli.

Apeteciendo algo caliente, Tomasito dio algunos tragos, mas no hallando consuelo, apartó de sí la taza y se echó en el petate para buscar descanso. Pócima tras pócima le dieron los desolados padres: hierbabuena, manzanilla, cedrón, la botica entera.

Por fin, Melchor, envolviendo a la criatura en un jorongo, cargó con ella al consultorio de la farmacia vecina.

La gente había cargado aquella mañana, así es que Melchor, recibiendo la ficha 23, tuvo que esperar largo tiempo su turno. El 15 tenía un absceso en el cuello y tardó siete minutos en salir; del 16 al 20 los casos no debieron ser serios, pues los pacientes de esos números pronto se vieron en la calle; pero el 21, un viejo que padecía de varices y estaba vendado de piernas, y el 22, un herido de la cara, se tardaron una barbaridad. Antes de que llamaran al 23, hubo un entreacto: el médico se lavó las manos con que había curado llagas y heridas, para torcer el cigarrito, fumado el cual, se asomó a la puerta, diciendo:

—Entre el 23.

—¿Qué ha comido? —preguntó frunciendo el ceño el matasanos, después de reconocer minuciosamente al niño.

—Nada, señor, nada, porque ni siquiera bebió el café.

—Pues está envenenado y temo que sea demasiado tarde. Veremos.

En la botica, sin que el farmacéutico cobrara un centavo al paciente, recibió todos los remedios aconsejados por la ciencia, pero inútilmente. Era tarde, muy tarde, y Tomasito expiró en brazos del doctor.

¡Y pensar que la muerte, cruel e inevitable, roba tintas a las mejillas de las vírgenes, sueños al adolescente, ilusiones al mozo y promesas al pequeñuelo! En cambio, con qué tardo y penoso andar acude al reclamo del decrépito, del caduco y del afligido. Viene, viene siempre, pero es inoportuna.

León, en presencia del cadáver de Tomasito, se quedó perplejo. Se le anudaba la garganta y no osó articular palabra. No de los ojos, de los poros todos de su cuerpo sentía él que le brotaban lágrimas como de los poros del árbol resinoso brotan las gotas de goma. Sus ojos, sin embargo, se mantenían secos y torvos bajo el dosel de la frente encapotada.

La señora de Ballesteros se conmovió de veras y el general consoló lo mejor que pudo a los padres del niño muerto. A León le aseguró la generala que Tomasito estaba ya en el cielo. Ni entusiasmo ni simpatía despertaba al niño la vida celestial, eterna tertulia de holgazanes repantigados y ebrios de música angélica. De la orquesta del cielo podía formarse idea por el concierto religioso de la sagrada catedral, y recordando el zumbido de moscones de los señores canónigos en el coro, y la canturria monótona en falsete de los coloraditos al pie del facistol, pensaba que en materia de música, Dios no debía de ser persona de gusto.

Costeó el general el entierro; León y su nodriza asistieron a él en el coche de la casa.

A medida que el sepulturero excavaba la tierra, León hacía esfuerzos mentales por excavar el cielo. Había oído decir que los dulces verdes teñidos de fucsina, habían envenenado a Tomasito; a su compañero, a su amigo querido; luego, ¿eran los Santos Reyes estúpidos o asesinos?

Sobre la tumba se formó un montecito de flores, que todos los presentes humedecieron con sus lágrimas. De regreso a la ciudad, atardecía; el cementerio quedó allá abajo, metido en la sombra de los árboles y de la noche; pero con serlo tanto, era más densa la sombra del espíritu. León, desde el fondo de su alma, interrogó a la muerte:

—¿Me devolverás a Tomasito? ¿Le volveré a ver alguna vez?

La Luna empezaba a inundar de claridad el espacio mudo, y la apacible luz aumentaba la melancolía del alma; ninguna voz se oyó, pero el pequeño, en lo más hondo de su pensamiento, vio grabada con letras de fuego la sombría y lacónica respuesta del cuervo posado en el busto de Palas.<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> El cuento rescata imágenes inquietantes del poema “El cuervo” (1845) de Edgar Allan Poe, de quien por cierto Laura Méndez tradujo, en 1896, su poema “Annabel Lee”, *vid. Impresiones de una mujer a solas* (México, 2006), pp. 91-92.

## LA TRAGEDIA DEL BORRACHO\*

Aconteció en una aldea de España. Corría de boca en boca, cuando anduve por ahí, con esas tintas de vividez y frescura de los hechos recientes que, aunque carezcan de lógica, basta cualquier rasgo sentimental, suplido por la fantasía del narrador, para que el vulgo lo coloque al lado de las tragedias<sup>1</sup> de Agamenón o de Macbeth.

Ésta, a que voy a referirme, con no tener como escenario a ninguna mansión de reyes, ni ser en ella actores testas coronadas, ocupó mayor tiempo la atención del pueblo y le llegó más al alma que la caída de un trono o la explosión de una bomba de dinamita, o de nuevas ideas e ideales.<sup>2</sup>

Se trataba del tío Segundo:<sup>3</sup> majadero, al que los chicos todos hacían guasa, lo mismo que le viese en la taberna, diciendo herejías del cura y del alcalde, entre trago y trago de Valdepeñas,<sup>4</sup> que, a la puerta de la iglesia o en el banco de la plaza. Todavía a las diez de la noche se le podía encontrar haciendo vaivenes, como esquife cogido de través en la bajamar.

El mundo entero le conocía. Digo, el mundo entero que componían<sup>5</sup> los del lugar: unos cuantos miles de almas. Al “mundo entero” le constaba que el tío Segundo era solamente borracho; y lo que con la borrachera se apareja: vagabundo. Daño no era capaz de hacer a su prójimo, ni siquiera compitiendo con un mosquito; y si cuando estaba en sus cabales —lo cual no solía suceder sino el Viernes Santo— alguien le hubiese dicho: “Segundo, tú serías capaz de quitar la vida a un cristiano”, habría muerto de dolor.

\* \* \*

Cierta tarde calurosa de agosto, frente a la puerta de la vinatería, de que era asiduo parroquiano, vio el tío Segundo, al través del espeso velo de la embriaguez que, a pesar del bochorno y el resplandor rojizo que bañaba la acera, uno a uno, o dos a dos, iban formando fila caras hurañas y curiosas. Los ojos de todas se dirigían a un balcón del entresuelo de la casa, donde la taberna estaba, que, a la sazón abierto de par en par, permitía ver la llama de un cirio, descolorida por la luz del día.

---

\* Laura Méndez de Cuenca, “La tragedia del borracho. De parte de Dios te digo, alma hermana...”, en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XIV, núm. 4177 (8 de marzo de 1908), p. 10, col. 1-2; con el título de “La tragedia del borracho” en *Simplezas* (Paris, 1910), pp. 249-255. Fijo aquí el texto de la edición de 1910 y señalo en nota las variantes.

<sup>1</sup> 1908 no aparece: *de las tragedias*

<sup>2</sup> 1908: *Esta tragedia a que voy a referirme, con no tener como escenario ninguna mansión de reyes, ni ser en ella actores las testas coronadas, a quienes el escozor de las ideas de libertad que tan tenazmente escarba en el pueblo, hace caer acribillados a balazos o deshechos por la dinamita, ocupó más tiempo la atención de la aldea española y le llegó más al alma.*

<sup>3</sup> 1908: *Como que se trataba del Tío Segundo: por Se trataba del tío Segundo:*

<sup>4</sup> La región de Valdepeñas se encuentra situada en el borde meridional de la meseta Sur castellana. La denominación de origen de los vinos blancos, tintos y rosados, famosos en todo el mundo, fue reconocida el 8 de septiembre de 1932.

<sup>5</sup> 1908: *conocían por componían*

A la puerta del estrecho zaguán, se llegó un sacerdote revestido de sobrepelliz, y con bonete al desgaire; luego otro, después tres juntos, y, por último, otros más, hasta completar quince. Tenían aire de congestionados por el calor que les interrumpía el trabajo digestivo y les incitaba más a la siesta que a un entierro.

Bajaron al muerto sus parientes llorosos y sollozando, y, ordenándose procesionalmente los quince panzudos ministros del Señor, comenzaron con voz gangosa a cantar, en latín, cosas en que ellos mostraban tedio, y los demás oían con respeto, por no entenderlas. El cortejo fúnebre enderezó hacia el camposanto. Era un camposanto de España.<sup>6</sup>

Había sido el difunto un rico de la aldea,<sup>7</sup> y a sus funerales asistieron por de contado muchísimos dolientes. El tío Segundo fue uno de tantos. Añadióse al séquito, sin ser advertido, y, una vez franqueadas las puertas del panteón nuevo, se apartó de la compañía y se puso a discurrir entre sarcófagos y fosas recién abiertas. A lo lejos, oía el monótono canturreo de los responsos, que a él parecían interminables. Entrándole deseo de descansar un rato, en paraje fresco, que le mitigara de los abrasantes rayos del sol, descubrió, a lo alto, una gaveta vacía, en uno de los muros laterales, y la escogió para su lecho. Para trepar hasta allí,<sup>8</sup> se valió de la escalera de mano de que se sirven los sepultureros para ascender las cajas mortuorias. Se tendió a la bartola en el hueco sepulcral,<sup>9</sup> quedando con parte de la cabeza al fresco. Roncó divinamente, como saben hacerlo los borrachos profesionales, a quienes los nervios no fustigan.

A la puesta de sol, el camposanto cerró sus puertas. Para poner en orden las cosas,<sup>10</sup> de que se sirven para el oficio los sepultureros, la escalera de mano fue trasladada de donde el tío Segundo dormía, y puesta, finalmente, en un rincón<sup>11</sup> que le servía de estancia durante el descanso de la noche.

Cuando, linterna en mano, el sacristán hizo su ronda, por las vastas galerías del cementerio,<sup>12</sup> sintió que le daba una congoja, pues estaba seguro de haber oído unos ronquidos lúgubres que no podían venir sino de la otra vida, o de los meros antros del infierno. Corrió a la habitación del clérigo, a cuyo cargo estaba el panteón, y le puso en boca el caso espeluznante.

Mientras el clérigo se revestía y armaba de hisopo y aceite de agua bendita, el sacristán acudió a llamar a los principales vecinos, siendo como de veinte personas el grueso del ejército luchador contra brujas y almas en pena.

Con voz solemne y sin omitir coma al ritual de conjuros, el clérigo, con voz temblona y visiblemente emocionado, dijo: —“De parte de Dios te digo, alma hermana, que si has menester de sufragios para tu descanso eterno, me lo digas aquí, inmediatamente, pues venimos a darte lo que te haga falta. Hermano o hermana, te conjuro, en nombre del Señor, a que abandones este mundo. ¿Qué deseas para hallar felicidad y paz?”

—“Vino” —respondió el tío Segundo, cuya cabeza, medio despejada de la embriaguez, a causa del sueño reparador y el oreo de la brisa crepuscular, asomó, alargándose por la boca, de la gaveta.<sup>13</sup>

---

<sup>6</sup> 1908 no aparece: *Era un camposanto de España.*

<sup>7</sup> 1908: *Era el difunto un rico de la aldea*, por *Había sido el difunto un rico de la aldea*,

<sup>8</sup> 1908: *Para llegar hasta él* por *Para trepar hasta allí*,

<sup>9</sup> 1908: *sepulcro*, por *hueco sepulcral*,

<sup>10</sup> 1908: *Al poner en orden las cosas*, por *Para poner en orden las cosas*,

<sup>11</sup> 1908: *al sitio* por *y puesta*, *finalmente*, *en un rincón*

<sup>12</sup> 1908: *sepulcrales*, por *del cementerio*,

<sup>13</sup> 1908: *del sepulcro*. por *de la gaveta*.

\* \* \*

Los vecinos rieron el lance, pues conocían las chuscadas del tío Segundo. Además, querían, unos a otros, ocultarse el miedo que antes los había acometido y ahora les causaba vergüenza.

Menos malo que todo resultase burla; pero no, el clérigo, herido por la apoplejía, cayó renegrido, para morir tres horas después.

Tales cosas suelen causar las almas en pena.<sup>14</sup>

---

<sup>14</sup> 1908 no aparece: *Tales cosas suelen causar las almas en pena.*

LA TANDA\*  
(Cuento)

Todos los martes entre las cigarreras de la fábrica de “El Moro”,<sup>1</sup> se celebraba una famosísima TANDA de a cuarenta pesos; lo cual era ocasión de inusitado movimiento y alegría. La Tanda venía a ser, o a querer decir, el turno que tocaba a las torcedoras, para recibir, de una vez, la suma colectada por ellas mismas a mínima prorrata cotidiana,<sup>2</sup> durante cuarenta semanas. Se verificaba, poniendo cada una de las cuarenta mujeres un real diario en una alcancía. Arrancábaselo del miserable jornal,<sup>3</sup> como quien se arranca una tira de pellejo.

El trabajo se les distribuía por “tareas”. La tarea las ocupaba medio día justo, recibiendo por ella dos reales y medio,<sup>4</sup> que no alcanzaban a contentar ningún estómago, por parco que fuese. Mujer había que no se daba abasto para despachar sus dos tareas, en la fábrica; y se llevaba el resto por concluir, a casa, donde continuaba, para ella, muchas veces hasta media noche, la amarga faena del día. Otras, más fuertes y con suma agilidad en los dedos, dejaban, al retirarse, su labor cumplida; pero ganosas de hacer algo más de los cinco reales, se llevaban consigo otra “tarea”, o cuando menos, “media”, que traían a la fábrica convertida en haces de cigarrillos, a la mañana siguiente.

De éstas era doña Pilar. Había crecido en la fábrica, cosida a las faldas de su madre, que también había sido estanquera y aprendido desde tierna edad.<sup>5</sup> Y como ni el poco tiempo que duró casada dejó de torcer, porque al marido lo agarró la leva, a los veinte días de la boda, y se lo llevaron a matar en una pelotera de “Puros” y “Mochos”,<sup>6</sup> no tuvo doña Pilar ocasión de que se le agarrotaran los dedos, por falta de práctica. Sus treguas de descanso eran nones, y no llegaban a tres: una sola,<sup>7</sup> cuando nació la niña, la hija única: Margarita. Entonces sí que habían sido tres meses de estar acostadita en su cama dura y numerada de hospital, con la peritonitis y otras consecuencias de la maternidad, en combinación con la miseria y los golpes de la fortuna.

---

\* Laura Méndez de Cuenca, “La tanda (Cuento)”, en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XIV, núm. 4198 (29 de marzo de 1908), p. 9, col. 3-5; con el mismo título en *Simplezas* (Paris, 1910), pp. 259-267. Fijo el texto de la edición de 1910 y señalo en nota las variantes.

<sup>1</sup> Con la operación del Ferrocarril Mexicano (1873) se fundaron en la región de Orizaba varias empresas de textiles, una cervecería y varias manufacturas de puros y cigarros: “El Moro Muza”, “El Progreso” y “La Mexicana” (Cfr. Aurora Gómez y Bernardo García, en <http://www.institutomora.edu.mx/revistas>). Otra noticia de Romana Falcón, et al., en <http://books.google.com/books?isbn=9688593478>, agrega que en septiembre de 1881 las operarias de la fábrica “El Moro Muza” suspendieron labores por las pésimas condiciones de trabajo que padecían, ya que estaban obligadas a hacer 2,185 cigarros por cuatro reales. Sus demandas fueron ignoradas, pero el movimiento de las cigarreras siguió adelante.

<sup>2</sup> 1908: *entre sí*, por *a mínima prorrata cotidiana*,

<sup>3</sup> 1908: *arrancándoselo del miserable jornal*, por *Arrancábaselo del miserable jornal*,

<sup>4</sup> 1908: *recibiendo como paga dos reales y medio*, por *recibiendo por ella dos reales y medio*,

<sup>5</sup> 1908: *aprendido el oficio desde tierna edad*. por *aprendido desde tierna edad*.

<sup>6</sup> Con esa denominación se conocían a liberales y conservadores, respectivamente.

<sup>7</sup> 1908 no aparece: *una sola*,

\* \* \*

Fue durante la cuarentena<sup>8</sup> cuando vino el parte de los caídos en qué sé yo qué escaramuza, figurando en la lista de las bajas del regimiento, el esposo y el padre. Pero doña Pilar no lo supo porque ni ella ni las almas caritativas que la habrían llevado la noticia, sabían leer, ni entendían de partes de batallas. Así se ahorró doña Pilar un dolor violento; pues el de aguardar, llena de esperanzas, la vuelta del soldado, lo escondió largo tiempo en el corazón.

El tiempo cura, y el trabajo disipa la tristeza. Los dos cumplieron divinamente su obra, en la cigarrera, en tanto que Margarita crecía, despertando en el alma inculta de su<sup>9</sup> madre nuevas y más delicadas emociones.

La chiquilla no creció en la fábrica de cigarros. Al cuidado<sup>10</sup> de una vecina cariñosa con cuyas hijitas jugaba de ordinario, gente menos palurda que doña Pilar, adquirió Margarita<sup>11</sup> modales que no suelen tener los niños de talleres o factorías. Fue con sus amiguitas a una escuela de silabario, catecismo y dechado, de a real por semana; y cuando llegó a esa edad en que la mujer, aunque en la pila la hayan nombrado Chucha o Trinidad, siente ella que se llama<sup>12</sup> *Primavera, Alegría, Gloria*, entró en el Conservatorio,<sup>13</sup> a aprender declamación, en compañía de otras chicas que habían sido ya sus condiscípulas.

Margarita no quería ser torcedora. Para redimirse del oficio único a que la empujaban las circunstancias del medio y la necesidad de cooperar<sup>14</sup> en la adquisición del pan de cada día, determinó hacerse artista. Poniéndose en lo peor —decía a su madre—, una mala cómica gana más que una buena cigarrera. Siendo honrada puede tener mejor asociación que la del estanco. Además, para el teatro tengo disposiciones, y sueño con los aplausos del público. ¿Por qué no he de llegar a buena actriz?

Doña Pilar, que veía el Sol en los ojos de su hija, decía a todo amén. Con escrúpulos de madre, había ido alguna vez a hablar con el director del Conservatorio y los maestros de Margarita. Tanto el señor Bablot<sup>15</sup> como el doctor Peredo,<sup>16</sup> le habían asegurado que la niña tenía ingenio, gracia, y una voz, ¡vamos!, que no había instrumento musical a qué compararla.

A los temores de la cigarrera, de que Margarita, con el roce de la gente de tablas, se echase a perder, Peredo añadía que con sus buenos principios y la vigilancia constante de la

---

<sup>8</sup> 1908: *entonces por durante la cuarentena*

<sup>9</sup> 1908: *la por su*

<sup>10</sup> 1908: *sino al cuidado por Al cuidado*

<sup>11</sup> 1908 no aparece: *Margarita*

<sup>12</sup> 1908: *escucha una voz interior que le llama por siente ella que se llama*

<sup>13</sup> 1908: *su madre consintió en que entrara en el Conservatorio, por entró en el Conservatorio, // El Conservatorio de Música, que nace en 1866, es la consolidación del proyecto educativo de uno de los grupos más importantes formados a mediados del siglo XIX: la Sociedad Filarmónica Mexicana. Este organismo que, no obstante haberse desarrollado inicialmente al amparo de la corte imperial, a la usanza de las antiguas academias medievales y renacentistas, obtuvo después el apoyo del régimen juarista, al grado de sumar casi medio millar sus miembros, provenientes éstos no sólo del ámbito musical, sino también del político, científico y cultural. Laura Méndez asistió como alumna al Conservatorio en 1872; la enseñanza incluía una clase de declamación (por cierto, recitaba con excelencia poemas en francés).*

<sup>14</sup> 1908: *coadyuvar por cooperar*

<sup>15</sup> El 11 de julio de 1882 fue nombrado el escritor y crítico artístico de origen francés Alfredo Bablot D'Olbreusse director del Conservatorio Nacional de Música de México, cuya administración fue una de las más relevantes en la historia de la institución (*vid.* Betty L. Zanolli, <http://www.conservatorianos.com.mx>).

<sup>16</sup> Manuel Peredo, traductor, profesor, actor, dramaturgo y periodista. Peredo fue uno de los promotores del periódico *El Renacimiento*, y fundador de la Academia Mexicana de la Lengua. El 29 de septiembre de 1869 participó en la función inaugural de la sección del Conservatorio Dramático.

madre, eso no sería posible. Recordaba a doña Pilar,<sup>17</sup> o por lo menos intentaba recordarle, muchos casos de jóvenes decentes que habían pisado el escenario, sin menoscabar su virtud; citábale una retahíla de nombres que ella jamás había oído mentar. A fuerza de repetírselos mucho, la torcedora se aprendió el de Soledad Cordero;<sup>18</sup> y por la reverencia con que el doctor lo pronunciaba, la madre convino en consentir que Margarita siguiera el camino del arte. Quizá sería ella también otra Soledad Cordero.

\* \* \*

Margarita era con frecuencia designada en el Conservatorio, para recitar versos de los poetas célebres en esos días; y también leía discursos largos y pesados que le encargaban, en las fiestas gordas, a los cuales el buen modo de decir, la expresión, el tono dulce de la voz, y la belleza y juventud de la recitadora quitaban mucho del aburrimiento. ¡Cuánto debieron agradecer a Margarita los autores de esos mamarrachos,<sup>19</sup> que el público no les hubiese arrojado por la cabeza los cojines de las butacas!

Con la cabeza llena de sueños, de coronas y laureles,<sup>20</sup> Margarita sentía la pobreza de su condición social, rayana en miseria, ligera como un ramo de flores. Esperaba confiada y valerosa en el porvenir.

Su primera esperanza, en algo concreto, era en la “Tanda”. Cuando le llegara a doña Pilar el turno de los cuarenta pesos, además de que muchas necesidades domésticas iban a remediarse, la futura Soledad Cordero tendría un vestido blanco que su madre le había prometido y algunos ejemplares de comedias. Sobre todo, las de Bretón. Debía estrenarse en el teatro con la Marcela.<sup>21</sup>

\* \* \*

Un sábado por la tarde, Margarita regaba las macetas en el corredor, bañado todavía de melancólica luz crepuscular, cuando la acometió una congoja, después un golpe de sangre y por último un desmayo. Las amiguitas de la vecindad le prestaron cuidados, mientras doña Pilar regresó de la fábrica, a la hora acostumbrada. Como loca corrió la infeliz en busca de un médico; pero esos ministros de la ciencia, que no suelen salir a curar a desconocidos, sin preguntar más que el catecismo, no acudieron al lecho de Margarita. Alguno prometió ir a la media hora, pero todo quedó en jarabe de pico.

La habitación de la cigarrera, un cuartucho angosto que parecía cerbatana, estuvo tres días con sus noches, como piña; pues el vecino que no acudía con el linimento o la taza de

---

<sup>17</sup> 1908: *eso no podría ser. Y recordaba a doña Pilar, por eso no sería posible. Recordaba a doña Pilar,*

<sup>18</sup> Soledad Cordero, precoz artista mexicana, a los diez años de edad interpretaba papeles infantiles, pronto se convirtió en la estrella del Teatro Principal. E. de Olavarría y Ferrari, t. I, pp. 464-465, da cuenta de los pormenores de su muerte y exequias: “Ayer a las doce del día [16 de diciembre de 1847] ha muerto después de graves padecimientos, la señorita Soledad Cordero, primera dama en el ramo de verso [...]. Según testigos presenciales el cuerpo de la bella actriz, amortajado de blanco, fue en su cama mortuoria visitado por las señoras de las principales familias, atención a la que parecía sonreír el rostro enteramente pálido y no en modo alguno demacrado de la virtuosa doncella”.

<sup>19</sup> 1908: *¡Cuánto debieron agradecer sus autores, por ¡Cuánto debieron agradecer a Margarita los autores de esos mamarrachos,*

<sup>20</sup> 1908 continúa: *más que de comodidad para la vida,*

<sup>21</sup> 1908 no aparece: *Debía estrenarse en el teatro con la Marcela.* // Manuel Bretón de los Herreros, dramaturgo, poeta y periodista español. En 1831 el triunfo de *Marcela, o ¿a cuál de las tres?* le abrió las puertas de la fama. El estreno en México de esta pieza ocurrió en el Teatro Principal en 1842.

manzanilla, traía una imagen de santo milagroso o alguna vela bendita. Por fin, entre varias mujeres iniciaron la colecta para la visita del médico, y se consiguió que uno viniese a recetar la extremaunción. Era un caso de tisis galopante, dijo, y se marchó.

La maestra de la fábrica trajo el miércoles temprano a doña Pilar, los cuarenta pesos de la “Tanda” que le había tocado la víspera. Las vecinas cosieron a toda prisa el vestido blanco, y, en vez de comedias, compraron muchas flores con que cubrieron el sepulcro de Margarita.

## EL CUICO\*

Amaneció Dios, lloviendo tristemente. El chaparrón de la víspera había aguado la serenata del Zócalo, igual que el desfile de enlutadas y enlutados que, en Viernes Santo, suelen afluir por las calles, desde la puesta del sol, para ir a las iglesias.

El plenilunio, anunciado en el Calendario de Galván<sup>1</sup> con los epítetos de sereno y brillante, resultó una burla meteorológica, y de órdago fue el chasco de los fieles católicos que se pusieron los mejores trapos para ir al Pésame. Un trastorno barométrico, repentino, en el litoral del Golfo, trajo desde Veracruz hasta la capital, truenos, relámpagos y goterones gordos y tupidos, que hizo correr a las gentes por bandadas, en busca de refugio. Luego que tundió la tormenta, millares de devotos salidos de la Catedral, donde ya les habían dado con las puertas en la cara, y millares de indiferentes que no acostumbraban visitar templos, pero sí asistían regularmente, a refocilar el ánimo con los danzones con que solía la banda militar en turno, dar fin a las serenatas, se precipitaron hacia los portales, para guarecerse del agua. En el de Agustinos,<sup>2</sup> una mujer del pueblo dijo a un hombre que insistía en acompañarla:

—Está usted perdiendo el tiempo, pues lo que es yo ni lo quiero ni nunca lo he querido. Lo mejor es que se vaya a dar buen ejemplo a su familia. Tiene usted una santa por mujer, y su hijo es un modelo de... ¡ja, ja, ja!

La risotada encendió al hombre en coraje; quería saber de qué era modelo su hijo, pero la bribona que había soltado aquella injuria, se aprovechó del desorden y la apretura que provocó un pelotón de recién venidos al portal, para escabullirse y sacar el bulto a su perseguidor.

—Me las pagarás —gruñó él entre dientes, y se perdió también, arrastrado por la avalancha humana.

El Sábado de Gloria, no menos ahogado que el Viernes Santo, prometía pocos judas de quema, y, por consiguiente, poca animación; pero a eso de las nueve y media, el Sol rasgó las nubes y, como por ensalmo, los vengadores de la muerte y pasión del Divino Maestro, apresuradamente tendieron cuerdas de balcón a balcón y en los cruceros de las calles, suspendiendo de ellas judas de todos tamaños y atavíos, con sendas dotaciones de cohetes.

---

\* Laura M. de Cuenca, "El cuico", en *El Imparcial. Ilustración Popular*, t. I, núm. 42 (19 de abril de 1908), pp. 4-5, col. 1-4. Incluye ilustraciones en color sin firma, que dejan ver al cuico comiendo los platillos preparados por su madre y otra escena de los judas pendiendo de una cuerda. // La edición dominical ilustrada de *El Imparcial* empezó publicándose el 6 de julio de 1907 y finalizó el 14 de junio de 1908. // Agradezco a Mílada Bazant la referencia de este cuento.

<sup>1</sup> La publicación del primer ejemplar del Calendario de Mariano Galván Rivera (1827) logró gran éxito; éste seguía el mismo esquema de los que ya se publicaban en la segunda mitad del siglo XVIII: manual de pequeñas dimensiones, 7x10 cm., con un total de 48 páginas, incluía notas cronológicas, eclipses, cómputo eclesiástico, santoral, artículos acerca de las características físicas del país o de algún estado de la República y un soneto de corte religioso.

<sup>2</sup> El Portal de Agustinos corría desde la calle de La Palma hasta la Plaza Mayor, allí cambiaba el nombre para llamarse de los Mercaderes, continuaba hasta la calle de Plateros (Av. Francisco I. Madero). En su lugar existió el Centro Mercantil, hoy Hotel de la Ciudad de México.

Hombres, mujeres y muchachos iban aglomerándose, principalmente donde los traidores que iban a ser quemados tenían montadas al pescuezo sartas de chorizos o rosarios de tortas de pan.

En Tacubaya, el gentío no era menor: no se podía dar un paso a inmediaciones de la parroquia, y el vocerío era mayormente expresión del alegre regocijo callejero. Diálogos abundaban también.

—Sí, sí, madre, no hay otra como usted para guisar sabroso, y si yo comiera de estas manos todos los días, no anduviera mi estómago tan dado a la trampa. Esa plaza, ese bodegón, me están llevando a las boqueadas.

—Y todo por tu mala cabeza, todo por querer que tu padre se haga a tu modo, en vez de que tú sigas el suyo. A los viejos, Antonio, ni se los cambia ni se los manda, y tu padre es así: testarudo, voluntarioso. Además, como ya estoy vieja, y hace harto tiempo que nos casamos, se ha cansado de mí y anda con otra mujer. Pero eso ha sido su perra maña muchos años y ya ni me importa. Si no me pegara tanto...

—Eso, eso es lo que a mí me desespera, lo que no puedo sufrir. ¿Aguantar yo que en mi presencia se le pegue a una mujer? ¡Qué capaz! ¡Ahora, cuando se trata de usted, de mi misma madre! ¿Qué no me acuerdo de la última vez, que le dio a usted en la cabeza con el mango de la escoba, y quería seguir luego con el metlapil? No, madre; no crea usted que yo pueda volver a ver eso. Si no hubiera sido mi padre...

—Dios nos ampare que hubieras levantado la mano para él. Hiciste bien en irte, por lo pronto. Pero ahora que han pasado ya tres meses y tu padre casi no hace pie en casa, habías de volver. Me siento tan sola... Desde que anda metido con la Bizca, puedo asegurarte que tu padre no se ha quedado en la casa tres noches seguidas. Viene a comer, eso sí; pero la cena se me queda las más veces. ¿No te digo que estoy muy sola?

—¡Ay, madre!, ¡qué pena! Pero vea usted, yo conozco mi genio, que es muy malo, y en una de esas de mi papá no me puedo contener y le falto al respeto.

—¡Jesús nos favorezca! Entonces es mejor que yo venga a verte y te traiga un bocadito, de vez en cuando, ya que tanto te gustan mis guisos. Lo malo es que te hayas venido hasta Tacubaya, pues me queda lejos. Si estuvieras, como al principio, en La Merced...

—Mejor que no. Precisamente busqué a que me pasaran aquí, porque en La Merced seguido me encontraba con mi padre y esa... señora: la Bizca. Y sobre la cólera que me daba el verlos juntos, mi padre, que iba siempre jalado, me decía al pasar: “¿Qué tal te va de cuico?” o “Adiós cuico; recados a la familia.” Yo sentía que me encendían un cohete, y pensé: lo mejor es que pida mi pase fuera de México.

—En eso hiciste bien. Vamos, come ahora; ¿dónde te tiendo la mesa?

—Venga usted conmigo al zaguán de enfrente de la alameda. Los patrones de la casa me permiten almorzar allí, los más días. No dicen nada, con tal de que no se les ensucie el suelo. Vamos andando.

El diálogo precedente era sostenido por una mujer como de cuarenta años de edad, fornida y bien presentada, y un gendarme, al parecer, muy mozo. Era bastante galán y de modales pulidos. Vestía ella naguas y rebozo muy limpios, y el de la policía uniforme de gala.

Juntos anduvieron, en plática animada, la distancia de una cuadra, entrando luego en el portal de una casa solariega.

En el suelo pelado extendió la mujer una servilleta blanquísima, que tenía más de labor calada que de tela; sobre ella distribuyó algunas ollas y cazuelas con viandas, que fue sacando de una canasta, de las que subía incitante olor. El gendarme se hizo alfombra de un

periódico que llevaba en la mano y medio sentado y medio echado sobre un codo, se puso a devorar los manjares bien olientes, como si en ocho días no hubiera probado bocado.

*Inter* el mozo aplacaba el goloso apetito, la madre refería sus cuitas matrimoniales de los últimos tres meses: palizas, prolongadas ausencias, amenazas de muerte. Y luego la Bizca, tan injuriosa y tan malhablada, que la ponía hecho un trapo, siempre que se la encontraba por la tortillería o por la tienda. Lo bueno era que ya un antiguo amante de la odiosa rival, le andaba otra vez haciendo la rueda, y si se la llevaba del barrio, no tendría más encuentros peligrosos. Hasta pudiera ser que el marido volviera a casa decepcionado y tal vez arrepentido. Ella no le tenía ya voluntad; pero, ansiosa de paz, cejaría con todo, y no tendría para él ni quejas ni reproches. ¡Qué había de hacer una mujer casada!

El polizonte comía en silencio, a la vez que meditaba en las desavenencias domésticas con cuyo relato la madre le había avivado el recuerdo de los disgustos frecuentes con su padre, los cuales lo habían empujado a dejar la casa. Antes que ser mal hijo y faltar al respeto al autor de sus días, era mejor ausentarse y no volverle a ver. Y como lo quiso, lo hizo.

“Antonio Espinosa —se decía— no nació para ser un cualesquiera. Hombre de bien había de ser, o si no, dos varas y media de tierra lo harían bueno: morir joven no era la mayor desgracia del hombre. Fué sin despedida; pero a la madre, para librarla de aflicción, la hizo advertir del paso que daba, por medio de un vecino; y también le pidió su bendición y la hizo prometer que iría a verle frecuentemente dondequiera que estuviese. La madre asintió a todo”.

Una vez en la calle, Antonio Espinosa no sabía que partido tomar para ganarse la subsistencia. A la sombra del hogar, ayudaba al padre en su oficio de carpintero, ocupación que al gendarme no le atraía, por su mezquina retribución. Antonio estaba seguro de que un buen artesano podría medrar a costa del oficio; pero también conocía que su padre, aunque se hacía llamar maestro, de aprendiz chapucero no pasaría, y mal puede enseñarse a otro, oficio que no se sabe. Así, padre e hijo, para llevarse un bocado a la boca, hacían arandelas, tapaderas de tinaja, cuchareros y tablillas para picar recaudo, todo ello de medio mogote y como Dios les daba a entender. Cumplida la tarea del día, la madre salía al mercado a vender los artículos de carpintería, y regresaba con el importe de ellos convertidos en provisiones para la amanezca.

Mientras, Antonio, que era muy leído, ocupaba los ocios de la noche en leer novelas que un vecino le prestaba, de las que se venden por entregas, el padre corría la tuna con mujeres de la cáscara amarga. Volvía a casa borracho y sacudía el polvo a su mujer, sin agregar pretexto para la solfa. Ella se echaba a llorar, en tanto que al hijo, ante tamaña injusticia, se le escapaba el corazón.

—Yo no puedo aguantar esto —gritaba exasperado— me largo y me largo.

Y se largó.

En su vida las había visto tan gordas. Vacilando sobre si entrar de oficial de carpintero, con lo poco que del oficio sabía, o ponerse a mozo de servicio en casa acomodada, la noticia de que iba a ver aumento de gendarmes, puso fin a sus titubeos. Con la ayuda del vecino de marras dio los pasos conducentes a obtener un puesto en la policía, y en el *inter*, su protector lo atendió también en aquello de la bucólica y le regaló con una tirada de consejos pertinentes a la futura posición social.

Antonio Espinosa tomó a pechos el honor profesional y se hizo propósito de ennoblecer el cargo de gendarme. ¿Por qué había de sentirse rebajado, cuando los chicos de la vecindad le habían gritado soplón, una mañana que acertó a pasar por su antigua casa,

conduciendo a un rata a la Comisaría? Que su propio padre le llamase cuico, cada vez que se lo había al paso, no era razón para mirar con desprecio un puesto que las condiciones sociales habían creado y la sociedad misma cuidaba de conservar para tener aseguradas hacienda y vida. Vamos a ver, si se suprimiera la policía y en vez de un gendarme se encontrasen los agredidos y los robados, con un guardacantón en cada esquina, ¿qué sucedería? Que los vecinos volverían a armarse como en tiempos pasados; que nadie dormiría pacíficamente, y que, en defensa del caudal cada uno esgrimiría las armas que tuviese, sobre el delincuente real o imaginario, haciendo desmoché humano, cuando le diera la real gana o su fantasía le presentara moros con tranchete.

Embaulando la sabrosa comida, el gendarme pensaba en la dignidad de su cargo. Él, con su complexión robusta, su ligereza en el andar, sus brazos de acero y aquella mirada escrutadora y pronta a la observación, era más capaz de guardián del orden que de aprendiz de carpintero. Para manejar el escoplo requeríase cierta finura de que sus toscas manos carecían; para fabricar utensilios domésticos, era menester combinar la práctica de ejecución con las reglas del maestro, en quien la ímproba labor de muchas generaciones de industriales había llegado a inculcar cierta maña y habilidad que al presente constituyen la técnica del oficio, y sin cuyo conocimiento, transmitido por quien lo posee a derechas no se puede ser artesano, sino aprendiz chapucero.

Antonio Espinosa, mientras su madre recogía las cazuelas y el mantel, en la canasta que llevaba, se esperezó para desentumirse, pues la incómoda postura y la frialdad de las losas del zaguán, le comprimían los nervios. Anduvo algunos pasos, se estiró, se golpeó los miembros, buscando activar la circulación de la sangre y cuando se sintió rehecho y fuerte, adelantó contento hacia la calle. Con qué satisfacción, a medida que madre e hijo caminaban por las calzadas de la alameda, el guardián comparaba su musculatura de hierro y la propia fuerza física, con la traza de los pequeños enclenques, que hacían rueda a las pulquerías por abrirse, cuando apuntaran los repiques de la Gloria. Veía también con desdeñosa lástima, a tanto catrín raquíptico, cuya fachenda movía a risa más que a otra cosa. ¿Por qué había de compadecer a los que se extenuaban y daban su vigor a los vicios, como podrían dar su hacienda a los pobres? Pobres diablos encanijados y entecos, de cuyos huesos y músculos elevados, en montón, a la quinta potencia, no podría sacar el Hacedor un hombre sano.

Llevando bizarramente la mano izquierda sobre la empuñadura del chuzo que del cinto colgaba, mientras que con la diestra estrechaba el cuello de la madre, dijo alto, como si respondiese a una interpelación que le hubiesen susurrado al oído:

—Porque yo velo, se echan ustedes descuidados en sus camas; porque yo rondo, se pasan las horas al pie de una ventana, disfrutando los goces del amor; porque yo vigilo, desaparecen de las casas los caballetes erizados de puntas de vidrio, y a las rejas suceden portones trabajados a torno.

Antonio Espinosa, de las novelas patibularias que habían sido, desde la corta edad medio de instrucción y de objeto de recreo, sacaba palabras pulidas, cuyo significado no siempre acertaba correctamente; pero ya que hablara, ya que pensara nada más, la expresión de sus ideas revestíase del vocabulario de los héroes de Pérez Escrich<sup>3</sup> y don Manuel Payno.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> Enrique Pérez Escrich, escritor español, también conocido por su seudónimo Carlos Peña-Rubia y Tello, era uno de los maestros del folletín. Entre sus novelas destacó *El matrimonio del diablo* (1867). La repercusión de sus obras fue tal en México, que incluso varias piezas teatrales, entre ellas *El rey de bastos*

\* \* \*

Comenzaron a sonar las diez. A los primeros toques del reloj, las campanas de las iglesias fueron echadas a vuelo, y el restallido de los cohetes fue la exhortación a la jácara y al desorden. Chillaban los mirones a más no poder, celebrando con desvergüenza y silbidos, las amputaciones que la pólvora ocasionaba en los miembros de los iscaríotes. Al caer, hecha una flama todavía, una víscera de cartón, precipitábanse sobre ella cien manos ansiosas para desmenuzarla aún más, no cejando en la destructora tarea, hasta que el último fragmento quedaba pisoteado en el fango o se escapaba de entre los dedos, tornado en humo.

De una cuerda tendida entre la panadería principal y una tienda de abarrotes, pendían, de tamaño natural, un clérigo, un gendarme y una mujer que, por las trazas, parecía de la vida airada. Al verlos bailar por la quema, un lépero de calzonera ceñida y sombrero chapeteado, gritó:

—Ahora sí que se amolaron los “Enemigos del Alma”.

El concurso vecino rió la ocurrencia, y observando un chusco que Antonio Espinosa se personaba por allí, vociferó con malicia:

—Miren al cuico cómo se le achicharrona la asadura.

Otros muchos corearon:

—¡Qué asen a los cuicos!

El gendarme, mosqueado con los que le querían tomar el pelo, hubiera querido desaparecer por los aires, para mostrar a aquellos montoneros la superioridad que sobre todos tenía; pero a falta de alas con que remontar el vuelo, hizo valer sus ojos, que de lince los tenía y entresacando del gentío a un mozalbete, que era de los ya roncós en fuerza de gritar, le dijo:

—Oye, tú, el de la camisa color de rosa y sombrero de petate, ¿ya no te acuerdas del cuico a quien llamaste ayer para que aprendiera a tu amo, porque le estaba dando a tu hermano de patadas? ¿Ya no te acuerdas de que el cuico no se dejó sobornar ni con cinco, ni diez, ni cincuenta pesos que tu amo le ofrecía, porque lo dejara en paz y se hiciera pato? ¿Has olvidado que el cuico le dejó con su dinero en la mano y lo llevó a la Comisaría, diciendo: “A mí no me compran ni con las minas del Rosario,<sup>5</sup> cuando hay delito que perseguir”?

El aludido, queriendo tener la fiesta en paz con el gendarme, que públicamente le enrostraba su ingratitud, no contestó palabra. Repartiendo codazos a derecha e izquierda, en breve escurrió el bulto.

Viéndolo desaparecer Antonio Espinosa, todavía arrebatado por los nervios, dirigiéndose a la madre, continuó:

---

(1850), fueron representadas alrededor de 1863; de igual manera sus folletines se reprodujeron profusamente en la prensa nacional.

<sup>4</sup> Manuel Payno ejerció varios cargos públicos, incluso el de Secretario de Hacienda en dos gobiernos distintos, fue cónsul general en Barcelona y secretario del presidente Mariano Arista; colaboró en *El Ateneo Mexicano*, *El Año Nuevo* y *El Federalista*, entre sus obras sobresale la novela *Los bandidos de Río Frío* (1889-1891).

<sup>5</sup> El Rosario, Sinaloa, adquirió fama mundial por la riqueza de sus minas (se decía que cada tonelada de piedra llegaba a rendir hasta cuatrocientos kilogramos de oro), una fama a la cual no tardó en agregarse cierta leyenda que le adjudicó orígenes mitológicos, como la que propone que ahí se encontraba el antiguo Aztlán, lugar fundacional de la cultura mexicana.

Si yo no fuera un hombre de bien, habría tenido un buen pico de ese roto, porque tiene dinero, y ya me daba hasta quinientos pesos, porque le dejara escapar. Con el tacón le abrió la frente al muchacho, y casi le desbarató las narices a patadas. Pero yo no me vendo. Y, sobre todo, el hombre que ofende a una mujer, lo arresto yo, aunque sea mi mismo padre.

—Calla, hijo, por Dios. ¡Qué barbaridad!

—Pues así se lo dije al roto, cuando le aventé la mano con su puerco billete.

Fenecidos los judas y apagado el último son de las campanas repicadoras, la multitud empezó a circular por las lodosas aceras y las mucho más enfangadas calles y plazas. Las carretas, cargadas con barriles panzones, de pulque, se arrastraban dificultosamente, pues las mulas de tiro, aunque adornadas con espejos en las orejas, collares de rosas y banderitas amarradas en las guarniciones, por flacas y escuálidas no podían más. Los atavíos no hacían sino estorbarlas.

—¡Qué compuestos van los carros del pulque de la Gloria! —observó la madre de Antonio.

—Sí, sí; hoy es día muy pesado para la policía; así que esta tarde, que me toca el turno, ya me puedo componer. ¡Habrà tanto borracho!

—¡Quiera Dios que no!, mañana vuelvo a ver cómo te fue. Ahora, adiós. Aquí viene ya el tren.

La locomotora que venía de Mixcoac, se detuvo bufando y tras de breve parada siguió su marcha a la capital.

Antonio contestó, agitando la mano, al saludo de la autora de sus días, que más parecía bendición hecha al disimulo, y se alejó de la alameda.

A las dos de la tarde entró de servicio por el rumbo del Puente de la Morena,<sup>6</sup> lugar no muy poblado pero sí concurrido por gente pasajera, por la vecindad a tres sitios de suyo siempre frecuentados: la estación del ferrocarril, la parroquia y la comisaría. La tarde pasó sin incidente alguno; el tiempo se había serenado desde medio día, preparando una magnífica puesta de sol. Luego salieron la Luna, en su segunda noche después de la llena, y toda la pedrería matizada, que suele decorar el cielo de México, cuando no reina la estación pluviosa.

A eso de las nueve el silbato con que es costumbre llamar a la policía, se hizo sonar con insistencia. Antonio escuchó en su corazón: “¡Auxilio, auxilio!” Fuese a donde el pito sonaba, y encontró que el portero de una casa de vecindad hacía ya a otro gendarme la relación del triste suceso.

—Pues si le digo a usted que apenas tuve tiempo de jalar la puerta y correr en la armella el candado que la mujer había dejado en la otra hoja, abierto, colgando y con la llave pegada. Si no ando tan listo el hombre me ensarta también a mí, porque está furioso. Oiga, oiga nomás cómo golpea la puerta con las patas.

—Veremos, veremos si me quiere ensartar a mí también —dijo con vanidoso desprecio el gendarme.

Aludiendo luego a Antonio Espinosa, añadió:

—Ahora ya somos dos. Lo que debemos hacer es apostarnos uno a cada lado de la puerta: yo, pronto a desarmar, cara a cara, al asesino, que de seguro se me vendrá encima,

---

<sup>6</sup> La Casa de la Morena perteneció a una famosa cortesana, a su morada concurrían importantes miembros de la nobleza colonial, el puente de La Morena unía a Mixcoac con Tacubaya.

con el puñal, y mientras forcejeo con él, usté 17, con el mecate del pozo, que nos dará aquí el portero, le echa una lazada, por detrás, para afianzarle los brazos. ¿Estamos?

El 17, que lo era Antonio, pues dicho número lo llevaba en el kepí, se preparó a hacer lo que su compañero indicaba, y guiados por el portero, quien los había provisto de lo que pedían, se acercaron a la destartada covacha, donde se acababa de cometer el crimen. Mientras los tres, capitaneando un séquito de curiosos, atravesaban el patio, el portero aclaraba a los de la policía muchas cosas que ellos preguntaron: que la mujer era vecina de dos días, y desconocida de los demás inquilinos; que la víspera había venido de México, poco antes de cerrarse el zaguán, y un hombre muy plantado, de pantalonera de pana, chaqueta, tilma de colores y jarano de palma había entrado con ella; que juntos salieron, para ir a la misa de Gloria, al caer las diez. El portero no supo decir si, entre los dos, había habido palabras; él sólo recordaba que a los diez minutos de entrados en el cuarto, la mujer lanzó un ¡ay!, tan doloroso y tan profundo, que atrajo al vecindario entero. Cuando se precipitaron los primeros curiosos en el lugar del crimen, la víctima yacía muda en el suelo, revolcada en su propia sangre, mientras el asesino tornado un energúmeno, dejando de asestar puñaladas en el cuerpo de la mujer, blandiendo el cuchillo, amenazó a los recién llegados. Como locos se dieron éstos a correr. Iba la fiera a escapar; mas el portero le cerró el paso, tirando de la hoja de la puerta, que había quedado entornada, y pasando por la armella el candado que de la armella de la otra hoja pendía. Entre tanto, los chicos de la vecindad corrieron en solicitud de la justicia.

\* \* \*

No se veía luz por las rendijas de la puerta: o el asesino la había apagado intencionalmente, con la esperanza de vencer en la lucha que con los gendarmes presentía, y de escapar, sin ser visto, o al intentar la víctima huir los golpes de su verdugo, volcando el candelero por tierra, alguno de los dos la había extinguido. Tampoco se escuchaba rumor alguno: probablemente el matador, cambiando su plan de defensa, luego que sintió pasos dejó de golpear la puerta a puntapiés, y se tuvo lo más quedo que pudo, a fin de que sus perseguidores no se apercibieran de la defensa.

El 17, secundando las instrucciones de su compañero, se plantó en guardia, con la reata enarbolada, como se le había dicho; el otro polizone se envolvió el brazo izquierdo con su capote, para formarse una rodela, y amartillando la pistola con la derecha, dijo al portero:

—¡Abra, amigo!

\* \* \*

No aparece con menos furia la bestia en el coso, cuando corren la puerta del toril, que el desalmado en presencia de los que le buscaban. Blandió el puñal, e iba a descargar el tremendo golpe sobre el pecho del gendarme, cuando el 17, haciendo gala de su fuerza hercúlea, se le echó encima por la espalda; lo domeñó y lo sujetó con la cuerda del pozo. El desahogo de desvergüenza de la fiera, arrancó en Antonio Espinosa un sollozo. En el matador había reconocido a su propio padre.

—He despachado a la Bizca —vociferaba— pero todavía tengo alma para los cuicos; y si de ésta escapo... ya lo verán.

Solicitados por los vecinos, a quienes mucho divertían estos lances de tragedia, el comisario y dos adscritos, precediendo a los cargadores con la camilla, se dejaron ver a la dulce claridad de la luna.

## EL CINEMATÓGRAFO\*

Repantigado en la estrecha butaca del teatrillo que ninguna comodidad ofrecía, Vicente empezó a bostezar. Se había quedado solo, es decir, sin su compañero y paisano don Tranquilino, a quien tenía que agradecer la invitación. A solas, no estaba de ningún modo, pues desde que ambos amigos habían llegado al teatro, éste se hallaba de bote en bote. Don Tranquilino, notando que los espectadores leían en una hoja de papel color ladrillo, lo que iba a salir de la “sábana estirada”, como él decía, salió en busca de otro papel para sí y Vicente.

A poco entró con el programa en la mano, contento y feliz como si el papel color de ladrillo encerrase el testamento de algún Rockefeller, instituyéndolo único heredero. Creyó que Vicente dormía, por tener los ojos cerrados, y se estuvo quedo, temeroso de espantarle el sueño. ¡Sabe Dios lo que faltará para que empiece la función! Y se puso a leer. Vicente no dormía, pero sí soñaba. ¿En qué? En el hogar dichoso que él hubiera podido tener si el destino no se hubiera metido a arreglar las cosas a su modo. En cinco años de casado, habría podido ser padre de dos niños a lo menos, quienes alegrarían su existencia, perpetuarían su nombre honrado y disfrutarían de la fortuna que él amasaba sin avaricia, sin expoliación, sino como natural resultado de trabajo emprendido en circunstancias prósperas para el país.

Prefería Vicente, en sus sueños de vigilia, representarse a la prole que pudiera haber tenido, más que a la esposa y madre de esos hijos anónimos, porque para decirlo de una vez, aunque ni al padre confesor se lo había dicho, lo que es él no creía que Marina hubiese muerto. Aunque en el pueblo todos lamentaban su viudez y le compadecían por la trágica muerte de Marina, él para sus adentros se decía: “No, ésta a mi no me la ha pegado, ésta vive. ¿Dónde? ¿Con quién?” Si Vicente supiera dónde y con quién, habría ido a matarlos, a aplastarlos a manera de sabandijas. Pero mientras ignorase el paradero de la ingrata, de la adúltera infame, era mejor ocultar las sospechas e ir con la corriente. Tenerse por viudo y desgraciado no era un padrón de infamia como lo otro: lo que él sabía que era y no lo quería parecer a los ojos de los demás.

Después de todo, ¿no se lo tenía bien merecido? No había que echar la culpa a la juventud ni a la inexperiencia del mundo, porque si él tenía de todo eso una venda en los ojos, cuando se empeñó en casarse con Marina, su padre, a fuer de prudente y de corrido, le había puesto en guardia, advirtiéndole del peligro que encerraba matrimonio tan desigual. El viejo bien claro le había dicho: “Hijo, acuérdate del refrán: *Antes de que te cases, mira lo que haces*”. Esa niña Marina tiene malos pies para gallo. Te hará infeliz. ¿Crees tú que una colegiala de México, que habla en francés y se empolva la cara va a encajar en la existencia tranquila de un rancho? Pues te equivocas. Es como si se le ajustaras el cubo de la rueda de un landó al carro de acarrear la alfalfa. Vicente sabía muy bien que no había querido “mirar”, antes de casarse lo que iba a “hacer”, y que si su padre no se hubiera

---

\* Laura Méndez de Cuenca, “El cinematógrafo”, en *El Imparcial*, t. xxv, núm. 4219 (19 de abril de 1908), pp. 10-11, col. 3-5.

muerto tan pronto, dos meses después de haberle hecho las sabias advertencias, habría sido testigo de la terquedad de su único heredero. Por fortuna se lo llevó Dios, ahorrándole tamaña pesadumbre.

La boda se aplazó un año, a causa del duelo. Los nuevos esposos se retiraron al rancho, a pasar la luna de miel, dejando cerrada la casa que poseían en el pueblo. Él, “loco de alegría”, ella sonriente, callada y pensativa. Transcurrieron dos meses.

Una tarde, bajó Vicente al pueblo a tratar la venta de unas reses, mientras que Marina, para entretenerse la soledad, acompañada de una sirvienta, subió al monte, a cortar flores de san Juan. No volvió. Las pesquisas de los vecinos, las de la autoridad, las del esposo, todas fueron inútiles. Se cansaron de buscar a las dos mujeres en vano. Algunos días después del triste suceso, unos polleros que regresaban de la capital, denunciaron al alcalde dos cuerpos de mujeres a medio comer por los coyotes. Trasladóse la autoridad escoltada por el vecindario, al lugar que se le indicaba, y halló muy mermados los restos de las víctimas: los coyotes habían vuelto a hacer de ellas festín, dejando intacto un pie blanco y descalzo y algunos fragmentos informes de otro cuerpo de piel atezada. “El ama y la criada”, dijeron al punto los vecinos.

\* \* \*

Vicente identificó a su querida esposa en la ausente dueña de aquel pie, para poner fin a la popularidad de que era objeto con motivo de la tragedia. No sentía dolor, sino rabia y vergüenza y deseos de venganza. Se puso de luto y se apartó del trato de la gente. Le compadecieron y, a una, respetaron su aflicción.

Joven todavía era don Tranquilino, quien andaba por los treinta, y a él pertenecían los dos mejores comercios del pueblo. Por lo ricachón, todos lo miraban con respeto, y muchos se preciaban de llevar amistad estrecha con él. Pero don Tranquilino a quien quería de veras, era a Vicente, y habíase propuesto consolarlo, desentristecerlo, sacarlo a la vida plácida y grata del habitante de un pueblo que trabaja y progresa.

Vicente se dejaba conducir donde don Tranquilino le llevaba, pues le iba cobrando ley. Era su único amigo, pues tocante a parientes, ninguno tenía. Como el viejo no se había acordado de nadie en el testamento, después del entierro surgió la desbandada. Muerto el perro se acabó la rabia.

Don Tranquilino había dicho a su amigo: “Lo que es para Corpus nos vamos a la ciudad. Van a poner Títeres y Cinematógrafo”.

—¿Cinema... qué? ¿Qué es eso?

—Pues dicen que en una sábana estirada divisa uno otras tierras de muy lejos y ve uno a las gentes como son. Se menean y andan y hablan, sólo que uno no oye lo que dicen.

—¿Con que sí, eh? Pues iremos a ver eso.

Llegóse el día de Corpus.

Vicente continuaba con los ojos cerrados, pero ya no devanaba sobre la tragedia de los coyotes. Oía a su amigo canceando al leer el programa del cinematógrafo. Pero así y todo se le entendía muy bien lo que iba enumerando: “La plaza del mercado en Lisboa”, “Un bazar en Constantinopla”, “Segunda catarata”, “La aurora vista en...”<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Ángel Miquel, investigador de la Universidad Autónoma de Morelos, quien prepara una antología de relatos mexicanos sobre la función del cinematógrafo, advierte que el cuento de Laura es, probablemente, el primero con esta temática; asimismo me informa que los cuatro bloques exhibidos tenían una duración de alrededor de media hora. Cabe recordar que la primera exhibición del cinematógrafo se efectuó la noche del 6

Aquí rompió la charanga con un tamborazo que hizo saltar del asiento a Vicente. Abrió los ojos y se encontró a oscuras, pero en el lienzo blanco que tenía al frente, se dibujó una multitud compuesta de hombres y mujeres vestidos de muy extraños trajes, con cestas al brazo o en la cabeza, repletos de comestibles. ¡Cómo se antojan las frutas frescas de los puestos! Los pescados saltan, vivos todavía, en las espuertas, queriéndose volver al mar.

El mercado se esfuma en el lienzo, causando a los espectadores la consiguiente molestia visual. Otras líneas aparecen y se perfilan sobre la sábana, un buque aislado en alta mar. El océano inmenso está en calma: ondea apenas, y el trasatlántico navega apaciblemente hacia el público, cual si intentase penetrar en la sala del teatro. Se agranda, se ofrece a la vista en detalle con sus cuatro chimeneas y su casco pintado de rojo y negro. Ya se distingue el hormiguero humano que lleva a bordo, entrar y salir, por puertecillas estrechas, o paséanse hombres y mujeres, solos o en grupos, por la ancha cubierta. Algunos niños juegan a la raqueta cerca de la proa.

Debe hacer frío. Los espectadores sienten que se asan en la angosta e incómoda sala, por cuyas rendijas tapadas con tiras de papel, no penetra aire respirable. La atmósfera interior es tan densa, que se podría hacer de ella tajadas. Pero los señores viajeros no sienten en el trasatlántico el aire impuro del salón, pues los que circulan llevan puestos paletós y gorras o cachuchas, los que permanecen sentados o tendidos en sillas largas, se arropan en mantas y ponchos. Las mujeres se cubren la cabeza con velos atados debajo de la barba.

Don Tranquilino en el colmo de la admiración, dice a su amigo, dándole una palmada en la rodilla:

—Qué caramba, tú; mira que si conociéramos a alguna de estas personas, sería como las estás mirando aquí. Y ellos ni lo saben, tú, ¿verdad?

—Qué van a saber —respondió Vicente asombrado también, poniendo toda su atención e interés en la escena que tenía enfrente.

Apareció de pronto, a la vista, una pareja más: hombre y mujer cogidos de la mano, jugueteros, sonrientes, felices. Él era rubio, esbelto, de blancura transparente, de aspecto linfático. ¿Ella...?

—¡Maldición, maldición! ¡El agente de seguros, el infame que nos engatusaba a todos, “el coyote”! ¡Ah! ¡”El Coyote”!

A los gritos de Vicente, quien todo desencajado vociferaba mostrando los puños, varias voces exclamaron: “¡Fuera el loco! ¡Qué saquen al loco!”

A este punto se escuchó un estallido y una llamarada se levantó en el centro del foro empezando a lamer las bambalinas.

Al grito de ¡quemazón!, la gente corrió despavorida. Atropelladamente se echaban unos a otros por el suelo, hollando caras y cabezas y miembros, ganaba la puerta el que podía. Vicente había caído sobre su asiento, desplomado y como imbécil; pero don Tranquilino lo sacó a rastras por una puertecilla estrecha, disimulada en el muro, que de fuera abrieron para dar auxilio.

---

de agosto de 1896, en el Castillo de Chapultepec, ante la presencia del presidente Porfirio Díaz. Es obvio que se sucedieron de inmediato reportajes y crónicas del acontecimiento, entre otras las de Ángel de Campo. Lo que Míquel apunta es lo relativo al género cuentístico.

## EL APARECIDO\*

### I

Cuando al marido de Manuela se le subía el apellido a la cabeza, resultaba más guerrero que el Cid. Porque Timoteo Guerrero veía moros por todas partes, y a falta de armas adecuadas con qué combatirlos, les arrojaba furiosamente los trastos, los cacharros y cuanto a mano se le venía. Los moros que se le antojaban a Guerrero eran el perico, el perro y el gato de su mujer, y la Manuela misma no estaba a salvo de la ferocidad de su cónyuge cuando a éste se le colgaba de los párpados un velo color de sangre, como él explicaba cuando le pasaba el acceso. En estado normal Timoteo era otro Timoteo: pacífico, comedido, prudente. Manuela, que conocía bien las flaquezas de su marido, tenía buen cuidado de encerrar en la cocina a las tres víctimas domésticas: el perro, el gato y el perico, en caso de que Timoteo volviese de la fábrica con el entrecejo fruncido y la mirada recelosa. A nadie como a ella le había enseñado la gran maestra, doña experiencia, lo que significa un pliegue de más o de menos en al minúscula faja superior del rostro humano.

Una tarde de junio, pesada y oscura por densas nubes, presagiando tormenta, entró Timoteo Guerrero en su accesoria, callado y rostrituerto. Verlo su mujer con cara de pocos amigos y salir a esconder a los tres animales, fue cosa de un suspiro. Pero Timoteo no estaba para dianas, y hubo riña sin poderlo remediar la Manuela. El altercado, gordo al principio, se hizo vehemente, acabando por fin en tragedia: Guerrero, con unas tijeras, mató a su infeliz mujer.

Cómo se despestañó el defensor de oficio estudiando la causa, para sacar de ella circunstancias atenuantes que no existían, a favor del defendido. Con más elocuencia de oropel que buenas razones, logró por fin conmover a algunos miembros del jurado, resultando que el veredicto no empujara al juez a pronunciar la sentencia fatal. Guerrero sacó siete años de prisión que debía extinguir en Belén,<sup>1</sup> y no en San Juan de Ulúa,<sup>2</sup> para fortuna suya. ¡Ay!, qué pavor le infundía el solitario castillo, del cual sólo tenía lúgubres referencias. Por no ir al presidio de Veracruz, hacía Timoteo cuanto se le pidiese: trabajo duro, difícil, poco retribuido o absolutamente gratuito, si así lo ordenasen.

\* \* \*

---

\* Laura Méndez de Cuenca, "El aparecido", en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXIV, núm. 4226 (26 de abril de 1908), p. 11, col. 2-3.

<sup>1</sup> La Cárcel de Belén o Cárcel Nacional se estableció en el año de 1863 al reacondicionarse el entonces Colegio de las Niñas de San Miguel de las Mochas o San Miguel de Bethlem, fundado por Domingo Pérez de Barcia. En el lugar se dispuso la construcción del llamado Palacio de la Justicia, con el propósito de instalar en él todos los juzgados que anteriormente existían en la parte alta del edificio; en la parte posterior existió el llamado Patio del Jardín, en donde se llevaban a cabo las ejecuciones de los delincuentes condenados a muerte.

<sup>2</sup> Esta construcción tiene su origen en el siglo XVI, en el siglo XIX se convirtió en presidio, algunos de sus prisioneros fueron: fray Servando Teresa de Mier, Benito Juárez y Jesús Arriaga, *Chucho el roto*, el bandolero que robaba a los ricos para ayudar a los pobres. En 1915 Venustiano Carranza, siendo presidente de la República, fijó su residencia presidencial allí; actualmente es un museo de sitio.

Sucedió, en aquellos días en que el uxoricida empezó a arrastrar la penosa existencia del condenado, un robo en casa habitada, que dio mucho qué decir en la ciudad. El jefe de la policía hizo detener a algunos bellacos que le parecieron sospechosos, pero bastante listos para entregarse ni en declaraciones ni en careos. Con buen olfato, el jefe estaba seguro de tener en sus manos un cabo de la cuerda de los ladrones; pero mientras no cayeran todos, la prensa urgía con puyas más o menos embozadas y la atención de la sociedad esperaba, en acecho, el curso de las gestiones de la autoridad. El jefe policíaco pasó varias noches en vigilia, sumido en hondas cavilaciones, y fraguando hábiles emboscadas. Se le metió en la cabeza que Timoteo Guerrero era precisamente el instrumento que hacía falta, y empezó a usar de él para logro de sus planes. Hablaron a solas el superior y el sentenciado: “Que por aquí y por allí; que patatín y que patatán, que tú en eso sirves al esclarecimiento de un delito, y, al mismo tiempo de que ayudando a las autoridades a hacer bien a la sociedad, descargas tu conciencia del crimen que cometiste, cuyo recuerdo tanto dices que te carcome, harás méritos para que se te acorte el término de tu condena: de siete años podría reducirse a cinco, a cuatro, a tres”.

Timoteo pensó que las puertas del cielo se le abrían. Creyó que el papel de esbirro solapado que el jefe le proponía hacer, era distinción honorífica con que se le brindaba, quizá, como recompensa de su arrepentimiento. ¡Quién había de dudar de su contrición! Desde el horrible momento del asesinato de la indefensa Manuela, no había tenido el criminal rato a gusto: oía aullar tristemente al perro en la puerta de la accesoria, mientras el gato triste y arisco daba vueltas alrededor de la muerta, oliéndola, mas con esa inteligente expresión de la que es común atribuir a los felinos. El perico, silencioso y esponjado en su jaula, se había aferrado, en la frente del asesino, como memoria imborrable de la doméstica tragedia.

\* \* \*

Siguió Guerrero, en el patio de la cárcel, el sendero que el jefe le había delineado, lo mismo que en la bartolina de uno de los sospechosos, desde donde el día de las instrucciones del de la policía, le pusieron a dormir. La sincera perfidia de Timoteo fue fecunda para el jefe. En su estulticia, creía el sentenciado que el espionaje que se le había impuesto era su deber; por eso al ver coronada su obra, cuando uno tras otro fueron entrando a Belén los ladrones en cobro, se sintió honrado y satisfecho.

Tres años de espionaje, de orden suprema, dieron lugar a frecuentes entrevistas, a solas, entre el superior y el encarcelado, y así fue también nivelándose el terreno social que a entre ambos separaba: descendiendo el polizonte por la ruindad a que su oficio lo orillaba, ascendía el criminal por la lealtad con que servía a su jefe, por la honradez con que desempeñaba una obra que él creía de rehabilitación y de justicia. Poco a poco el recuerdo de Manuela escocía menos al matador, pues a fuerza de oír que se le elogiaba en estimación de sus servicios, llegó a creerse por ellos regenerado. En los seres rudimentarios es siempre el sentimiento precursor de la razón, quizá porque el dolor se anticipa a la inteligencia.

Por el acierto con que el jefe de la policía sabía conducir sus pesquisas, el esclarecimiento de los delitos más ocultos, ganó considerable fama, en la sociedad. Se le alababa, teniéndole en mucho, porque poquísimas personas, a no ser los esbirros que obraban en complicidad con él, le conocían lo solapado y lo perverso. Los crímenes de quien nadie le acusaba, porque eran de todos ignorados, le hubieran llevado repetidas veces al patíbulo.

Conciencia, no la tenía, sentimientos, tampoco. La sola pasión que lo impulsaba y lo movía era el anhelo de subir muy alto, muy alto en la escala social. ¿Hasta dónde? ¿Cómo? Eso lo sabía nada más él.

Cierta vez que Timoteo le había hecho revelaciones muy útiles para el descubrimiento de los cinco autores de un asesinato por robo, con escalamiento y fractura, el policía notó con disgusto que Guerrero al deponer su delación, lo hacía confidencialmente y sin ceremonias. Como quien vierte una queja íntima en el seno de un amigo. O por humillado de tales confianzas o por convencido de que con la aprehensión de los delincuentes llegaría a la meta que marcaba el término de su primera carrera política, el jefe resolvió quitar de en medio a su cómplice inconsciente. Meditó bien el plan y lo dejó dormir dos semanas en la sesera.

Cierta mañana, apenas alboreaba la luz, Timoteo Guerrero salió muy festejoso en compañía de cuatro soldados y un cabo, por la ancha puerta del ex Convento de Belén. Aunque entre filas, parecía prisionero, sabía él que aquel aparato era convencional: iba al cumplimiento de un encargo del jefe, en la Cárcel de Talpan, donde había pájaros de cuenta acabados de arrestar. Ese era el cuento que le había hecho al infiel protector, al darle las supuestas instrucciones.

Quienes las llevaban precisas y contundentes, eran los encargados de conducirlo. La mañana estaba fresca y como el vientecillo mordía, los seis hombres marchaban en silencio. Caminaron dos horas. Como se apartasen improvisamente del camino real, el preso observó: “¿Qué, no iremos a extraviarnos, amigos?”. “No —contestó el cabo— es que hemos de sombrearnos un poco debajo de aquel chopo; porque el Sol pica, ya irán a ser las ocho”. Y prosiguieron la marcha todos callados.

Cerca del chopo, el cabo, volviéndose con fiera a Timoteo, le dijo:

—Ahora, amigo, encomiende a Dios el alma porque va a morir.

—¿A morir?

—Como lo oye.

Y acorralado por los cinco hombres del pelotón, recibió una nutrida descarga de fusilería. Los asesinos temblaban al descargar sus armas y registraban con la vista el lejano horizonte. Viendo el cabo, a distancia, una vaca rumiando en el potrero, dijo a sus soldados: “Hemos obedecido al jefe. Ahora vamos a avisar que el reo quiso largarse y tuvimos que pegarle”.

Ordenadamente marcharon cogiendo el camino real.

## II

Había anochecido a las seis, como sucede en diciembre. Allá por las nuevas colonias, al Poniente, las casas aisladas, en calles apenas trazadas, sin aceras ni empedrados, se alzaban pavorosas cuando la sombra las envolvía. El suelo fangoso, que no hacía largo tiempo había sido pantano, obliga en muchos parajes al transeúnte a rodear edificios, para llegar al lugar buscado. El alumbrado público es escaso y malo, consistiendo en candiles de aceite de manteca, dentro de faroles turbios y distantes entre sí más de lo que era necesario.

En una casa moderna, de elegante fachada de cantera y granito, un gendarme hacia guardia sentado en el zaguán. A él se dirigió un hombre ensabanado y descalzo, que vestía calzón y camisa de manta, preguntando si podría ser recibido por el señor jefe de la policía, a quien tenía que hacer revelaciones secretas.

El gendarme estaba avezado a esa clase de asuntos que versaban sobre delaciones, por hombres del pueblo que en muchos casos pertenecían al cuerpo de la policía secreta. “Éste

es de la reservada”, pensó del desconocido el guardián; pero por las dudas, no quiso perderle movimiento.

—Pos el jefe vendrá horita, amigo, aguárdelo.

El hombre de la sábana se repechó contra la jamba de la puerta, permaneciendo de pie, derecho y tieso como un morillo. Pasó más de media hora.

Un coche de punto<sup>3</sup> trajo a su casa al jefe de la policía. Venía solo; y al acercarse al zaguán, después de despedir al vehículo, vio de cuerpo entero a Timoteo, con el sombrero en la mano, el rostro lívido y tan extenuado, que por encima de los pellejos que en vez de carne tenía, se le señalaba la calavera. La mortecina luz de un farol vecino contribuía a dar a su aspecto el de un cadáver.

—Aquí estoy, mi jefe, para servir a usted.

El de la policía, aterrado con aquella aparición, nada dijo. Titubeó, quiso andar y no pudo, y se apoyó contra el hombro del gendarme, quien creyendo que el señor estaba borracho, quiso darle ayuda. El espectro miraba penetrante y severamente a su antiguo superior, dolido de que aquél no lo reconociese y le diera la bienvenida. Con voz cavernosa y debilitada por largo sufrimiento, Timoteo prosiguió:

\* \* \*

—Mi jefe, vengo a decirle lo que aquéllos hicieron conmigo. Usted los mandó a que me llevaran y... quisieron despacharme y me afusilaron contra un chopo. Vivo por la misericordia de Dios. Usted, señor, es mi único amigo.

—Entra —dijo el jefe ya repuesto del terror que le había asaltado. Por supersticioso y por criminal había creído que Guerrero era un aparecido del otro mundo que venía a pedir cuentas a su cobarde asesino.

A solas en el despacho narró Timoteo el milagro de su resurrección: recogido por unos arrieros que acertaron a pasar por el lugar del crimen, fue llevado a lomos de mula al jacal no distante de uno de ellos, y allí, curado con hierbas, al modo que suelen hacerlo los indios. Los soldados, o por cobardes o por torpes, temblaron al disparar errando la puntería; así las heridas no fueron de esas que causan la muerte. Luego que lo vieron mejorado, las buenas gentes lo llevaron a Cuernavaca a convalecer. De ahí venía ahora a denunciar a los criminales ante su protector y amigo, esperando que se le hiciera justicia.

El jefe meditó un rato. Por fin, sacando de su cartera algunos billetes que alargó al resucitado, le dijo:

—Tus sufrimientos te han valido escapar a los cuatro años que te faltan para cumplir tu condena, y al nuevo proceso que te espera como prófugo de la cárcel. Quiero ser todavía tu protector y amigo; toma esto y vete muy lejos donde no se vuelva a saber de ti, porque corren riesgo tu vida o tu libertad. Desde lejos yo te ayudaré. Adiós.

Cuando Timoteo, discretamente, salió del despacho, el jefe sacudió la cabeza como si quisiese arrojar de ella negros pensamientos. Caviló largo rato. Tres horas más tarde, con un pañuelo hecho venda en los ojos, daba golpes de ciego, intentando romper la piñata. Era la víspera de la Nochebuena y le tocaba a él la posada.

---

<sup>3</sup> A mediados del siglo XIX apareció el concepto de coche de plaza o punto, llamado así por tener un sitio concreto de parada. La mayoría de los carruajes de alquiler disponían de una o dos mulas, y su capacidad era de dos o cuatro asientos.

## UN BUEN NEGOCIO\*

No invento, transcribo nada más, un sucedido que de boca de un español oí narrar en una mesa redonda de hotel, el año pasado. Dejo la responsabilidad toda al narrador sobre la verosimilitud de mi cuento, ya que la veracidad es más dudosa todavía. ¡Son los gachupines más salados para inventar imposibles y darles vida real! Mientras se despachaba una merluza, o una porción de ella, rociándola copiosamente con Valdepeñas, refiriéndose a lo listos que son los catalanes, habló así:

—Fue cerca de mi pueblo, y no hace mucho, cuando se celebró la boda de la Blasa con Crisóforo, el rico. Era mozo muy galán, y las aldeanas en estado de merecer se pirraban porque les echase flores. Ahora, casarse con él, cualquiera lo había hecho a ojos cerrados, pero ninguna esperaba verse en ese espejo. Él, cierto que las miraba como diciendo: “Te comería a besos, pero en cuanto a soltar prendas y comprometerse, ni por pienso”. Era menester conservar dignamente la posición, aun a costa de las inclinaciones mentirosas del corazón. Crisóforo sabía que todos los casados confiesan haberse engañado con la elección de mujer, o por lo menos lo confesarían, si tropezaran con el amigo de confianza, en el momento en que la apreciable consorte les tiene colmada la medida.

A Dios rogando y con el mazo dando, los padres de Crisóforo de arrendatarios pasaron a negocios de aparcería y de allí llegaron a terratenientes, siendo bien quistos en el pueblo por su caridad con el prójimo y su reverencia a Dios. Ni lo uno ni lo otro quitaba que también fuesen listos en acrecer la hacienda y en sugerir a Crisóforo, su único hijo y heredero, el medio de aumentarla aún más.

Sabían que la Blasa era una chica guapísima y poca salidora a la calle, que sus progenitores la querían como a las niñas de sus ojos y le habían señalado una cuantiosa dote que todos los pretendientes podían ver: tierras, yuntas, carros y algunas bestias. Blasa iba a misa antes del alba, muy arropada en ancho mantón, y luego a casita, donde por un postigo de la ventana sacaba su cara de sol, para dar alegría a los transeúntes.

Crisóforo, de acuerdo con sus padres, se propuso obtener la mano de Blasa, si lograba antes ganarle el corazón. Pero... un pero nunca falta en el mejor plan; y en el de Crisóforo consistía precisamente en que el mozo rengueaba tanto al andar, por lesión de las caderas, que temía que la moza no lo recibiera con agrado. La madre del galán tuvo una idea salvadora para contrarrestar aquel mal, y la comunicó a su hijo inmediatamente. Crisóforo debería pasearle a la chica la calle, haciendo ronda, caballero en el rosillo, que era la mejor pieza de la cuadra.

Dicho y hecho. En pocas tardes de caracolear su cabalgadura con donaire, frente de la ventana de Blasa, la conquista del afecto de la niña era tan cabal, como la de Granada por los reyes católicos, doña Isabel y don Fernando. Tarde con tarde, las chicas envidiosas de la aldea catalana, refunfuñaban cualquier mala razón contra la Blasa, por haber conseguido que aquel buen mozo pusiera en ella su mirada. Si él supiera —decían— si él supiera... Y

---

\* Laura Méndez de Cuenca, “Un buen negocio”, en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXIV, núm. 4236 (6 de mayo de 1908), p. 2, col. 6-7.

seguían adelante dejando a los dos novios tortolear: él parando de manos el caballo; ella encuadrada en el marco de la ventana, asomando nada más el busto.

La familia de Blasa tampoco veía con malos ojos a Crisóforo; antes hacían de él en presencia de la muchacha, un panegírico que habría envidiado Santo Tomás de Aquino y el prudente Ulises. Así, pues, concertadas las voluntades de los futuros contrayentes, los padres de entrambos se acercaron a concertar también la cuestión de intereses, en lo cual no hubo dificultad ninguna. Todo era juego limpio y a capital saneado, el del novio no iba a la zaga del de su prometida. Hubo consejos de familia, juntas, citación y comparecencia de testigos, y, al fin, con autorización de un escribano, los documentos y papeles indispensables quedaron despachados en regla.

A Blasa le bailaban los ojos de júbilo aquella misma tarde en que su boda quedó apalabrada y ajustada con firmas de cura y de notario. Cuando llegó la hora de aparecer en la ventana, era su rostro la gloria misma con sus coros de querubines, serafines y tronos, era la expresión del éxtasis beatífico.

Él se presentó al pie de la reja de su amada, más arrogante, más decididor y más altivo, como quien quiere hacer constar sus recursos en táctica amatoria, reclamando con justo derecho que se le reconozca su mérito y se le aclame entre los Abelardos y los Romeos<sup>1</sup> del orbe.

Llegarse al postigo, mostrando los papeles que le daban derecho a la mano de Blasa, y perder los estribos, hastiado por la vanidad, fue todo uno. Se apeo del rosillo, lo arrendó hacia un guardacantón, donde lo dejó atado del cabestro, y se volvió hacia su futura, a paso medurado, mostrando cuán rencoso era.

—Ahora nos casamos sin remedio, ¿sabes?

Ella sonrió irónicamente; y abriendo de par en par la ventana, se mostró de cuerpo entero, dejando ver a su adorador lo que él hasta entonces no había descubierto: una joroba monumental que Blasa llevaba en el espinazo. Al mismo tiempo, le dijo:

—Si creías hacerme la boba, ya tienes tu merecido. Somos tal para cual.

Crisóforo pensó que después de todo, un rencoso iba bien con una corcobeta cuando ambos llevaban al matrimonio cuartos bastantes para endulzarse la píldora, y la boda se celebró con solemnidad, pues había con qué pagarla, y regocijo de los novios y sus deudos.

Sólo las mordaces y envidiosas del lugar le pusieron cara de vinagre a tan buen negocio.

---

<sup>1</sup> Célebres personajes del amor cortés, menos conocida es la historia, casi legendaria, de Abelardo, preceptor y músico, quien compuso en lengua romance canciones que solazaban a las damas y divertían a los estudiantes. Su relación amorosa con Eloísa, sobrina de Fulberto, canónigo de la Catedral de París, quien le confió su educación, ocasionó un drama pasional; como venganza, el padre de Eloísa castró a Abelardo, quien humillado se enclaustró por una temporada en el monasterio de Saint-Denis, Eloísa hizo lo propio en Argenteuil.

## ¡ESE BRIBÓN, A YUCATÁN!\*

A última hora se decidió que no fuera a Yucatán, sino a San Juan de Ulúa, a extinguir diez años de presidio. ¿Cómo sucedió que le probaron el crimen? Nunca pudo darse cuenta de ello. Todo lo sabía de cierto, era<sup>1</sup> que jamás había matado ni siquiera una mosca, porque le daban lástima. Le parecía que para una mosca, meterse en la taza de chocolate era un regalo tan deleitoso, como para él mirar el cielo, al atardecer, o sentir la frescura del ambiente muy de mañana.

Pero cuando lo cogieron, con otros fisgones como él, husmeando lo que pasaba, en la accesoria donde las dos mujeres habían metido a su deudo, mortalmente herido, tratando de ocultarlo a las indagaciones de la justicia, no le permitieron hablar para justificarse. Bien asegurado lo llevaron a la Comisaría por sospechoso. Después pasó a la Diputación, donde le pusieron incomunicado. Luego no supo más de sí. Lo que siguió fue tan largo, tan molesto, tan incomprensible para quien tiene la conciencia limpia, que todo lo vio él con el mayor desprecio. ¿Cuántas veces le habían preguntado su nombre, su edad y la relación circunstanciada de lo que hizo la infausta noche de la aprehensión? ¡Qué iba a saberlo! ¡Había perdido la cuenta!

Por fin lo sacaron a jurado. Le probaron ante él, hasta la evidencia, ser el verdadero asesino, sacándole de paso a colación sus malos antecedentes.

Su amo había dicho, cuando le pidieron referencias de su conducta:<sup>2</sup>

—¡Ese bribón, a Yucatán! Yo no sé si habrá sido él, el autor del homicidio; pero de lo que estoy seguro es que de mi casa solían desaparecer objetos de poco valor, mientras tuve a José María de cochero; y desde el punto en que me lo pusieron a buen recaudo, nada me falta. En cuanto a lo que ocurrió aquel<sup>3</sup> día, no lo sé; José María tenía libre una tarde, cada semana, saliendo a la una de casa, para regresar a la mañana siguiente. Así, cuando cometió el crimen, andaba fuera, con licencia.

Ese había sido el premio de años de buen servicio.<sup>4</sup>

Habían transcurrido once meses desde aquella malhadada tarde. José María, con otros delincuentes, encerrado entre una buena escolta, fue conducido en el vagón municipal hasta la estación de Buenavista.<sup>5</sup> Uno de los sentenciados, ya veterano en el presidio de Ulúa,

---

\* Laura Méndez de Cuenca, “¡Ese bribón, a Yucatán!”, en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXV, núm. 4247 (17 de mayo de 1908), pp. 9-10, col. 3-5 y 6 respectivamente; con el mismo título en *Simplezas* (Paris, 1910), pp. 83-93. Fijo el texto de la edición de 1910 y señalo en nota las variantes. // 1908 agrega lugar y fecha: *Berlín, mayo de 1908*.

<sup>1</sup> 1908: *Todo lo que sabía de cierto*, por *Todo lo sabía de cierto, era*

<sup>2</sup> 1908: *cuando le pidieron referencias de su conducta en la casa, durante dos años de servicio: por cuando le pidieron referencias de su conducta:*

<sup>3</sup> 1908: *ese por aquel*

<sup>4</sup> 1908 no aparece: *Ese había sido el premio de dos años de buen servicio.*

<sup>5</sup> La ruta Buenavista-Veracruz fue inaugurada el 1 de enero de 1873 por el presidente Sebastián Lerdo de Tejada. La estación de Buenavista tenía dos recorridos, uno hacia el Oriente y otro hacia el Norte de la República Mexicana. En el Museo del Ferrocarril de la Ciudad de México, ubicado en la antigua estación de la Villa de Guadalupe, se exponen notables documentos de la historia de este medio de comunicación.

donde había cumplido dos condenas de corta duración, viendo a José María de pico bajo, dijo, animándolo:

—Anda, “manís”: hasta que te vide en el tren de recreo.

José María guardó silencio. Lloraba para adentro, haciendo todo lo posible por conservar la indiferente actitud que desde el principio había guardado. Era para él cuestión de amor propio no dar su brazo a torcer en eso de admitirse culpable del delito que se le imputaba. Si le hubiesen asegurado bajo palabra de honor que confesándose asesino, se le ponía en libertad, perdonado y redimido, antes que decir una falsedad, habría optado por el presidio. Pero aquí no había ocasión de ponerle a prueba, ni que darle a escoger; la evidencia era que José María aparecía responsable de la muerte de un hombre; la realidad,<sup>6</sup> el castillo de San Juan de Ulúa, donde arrastraría diez años de vida miserable. Menos mal si la fiebre amarilla le abreviaba los días.<sup>7</sup>

\* \* \*

Rodaba el tren crujiendo y rechinando. La monotonía del crujir y el rechinar amodorraba a los presos, quienes sólo contaban con escasa luz y poco aire que reanimara sus fuerzas; pues los angostos ventanillos del vagón donde, con el piquete de la escolta, iban hacinados, se cerraban con persianas, excepto en la parte superior. Tales aberturas no bastaban a la renovación del aire.

Cuando el día empezó a calentar, algunos de los hombres se quedaron dormidos. José María, apurando a tragos su dolor, nada más pensaba. ¿En qué? Hizo examen de conciencia. Trató<sup>8</sup> de explicarse la inquina que su patrón le había cogido de la noche a la mañana, sin que él hubiese puesto de su parte la más pequeña culpa. No se explicaba el caso.<sup>9</sup> Su corta vida había corrido tranquilamente, sin ruido ni incidentes que la alterasen, hasta la tarde aquélla, cuando la esposa del amo tuvo con su marido el inesperado y fatal encuentro, causa de tantos sinsabores.<sup>10</sup> ¡Cuánto velo se le descorrió aquella tarde malhadada! El amo, indignadísimo, echó en cara a su mujer, su liviandad. Al primo le llamó grandísimo esto y lo otro, y le dijo que por qué no había cargado de una vez con la mala pécora, causando escándalo de que él pudiese hacer hincapié, para promover la separación legal.

¡Qué de cosas más le dijo! Mientras el primo tragaba gordo, buscando a disculparse, tejiendo una sarta de mentiras, el marido ultrajado lo abrumaba con sus injurias. Ella lloraba a mares. De tantos dimes y diretes como se cambiaron los tres, mientras la berlina corría por las avenidas del bosque, José María sacó en limpio haber sido él cómplice ignorante de adulterio.<sup>11</sup> En un abrir y cerrar de ojos, se le aclararon muchos “porqués”. Parecía increíble que, sin haber sido enterado por nadie,<sup>12</sup> en un abrir y cerrar de ojos viera en sus manos la clave de la misteriosa piedad de la señora, quien, siendo joven, rica, bella y exenta de cuidados, se pasaba las horas muertas rezando en La Profesa. Ahora todo era

---

<sup>6</sup> 1908: *la realidad inevitable, por la realidad,*

<sup>7</sup> 1908: *los terribles diez años. por los días.*

<sup>8</sup> 1908: *tratando por Trató*

<sup>9</sup> 1908 no aparece: *No se explicaba el caso.*

<sup>10</sup> 1908: *sinsabores para todos. por sinsabores.*

<sup>11</sup> 1908: *que él había sido el cómplice ignorante de adulterio. por haber sido él cómplice ignorante de adulterio.*

<sup>12</sup> 1908: *que nadie lo hubiese enterado, por que, sin haber sido enterado por nadie,*

claro como el agua del manantial: la señora le mandaba tarde con tarde, parar el coche en la puerta de La Profesa<sup>13</sup> que da a las alineadas calles de San Francisco; mientras ella se entraba en el templo y salía por la puerta de San José el Real.<sup>14</sup> Allí alquilaban los dos amantes un simón, yéndose a lucir la desfachatez y la desvergüenza del adulterio a Chapultepec.

Así lo aseguraba el marido, llenado a los culpables de atroces epítetos: “esto” y el “otro” al primo; gran “tal” y gran “cual” a la esposa.

Rodando silenciosamente la berlina, por las enarenadas avenidas del Bosque, llevaba en su elegante caja de asientos almohadillados y elegantes, todo un drama doméstico, que pararía en tragedia. Sí, señor, pararía en tragedia; porque el esposo ultrajado y el primo se iban a batir en duelo, sin testigos ni nada, pero caballerosamente, con propiedad y corrección: uno frente del otro, armados de cualquier arma. Porque uno de los dos sobraba en el mundo; eso no tenía duda. Así lo aseguraba el marido hecho un energúmeno; así lo conocía el amante también, asintiendo a la proposición de su contrario, quien se empeñaba a todo trance en matar o morir.

José María se acordaba de haber<sup>15</sup> internado la berlina por las avenidas lejanas del castillo, donde el tránsito era poco frecuente, creyendo que al amo le halagaría no dar pábulo a la murmuración, evitar el escándalo. Apartados del bullicio central, las tres personas se sintieron menos cohibidas. Alzaban la voz sin proponérselo. El cochero, en el pescante, oyendo todo y dándose cuenta de todo, no les importaba, por el momento, más que el tronco de frisiones del tiro. A un criado se le arroja de casa cuando no se le necesita, y sanseacabó.

Al siguiente día del encuentro del marido con los amantes, en Chapultepec, José María salió, según lo hacía semanalmente. Era su tarde de asueto. Tropezó con el crimen acaecido antes de que él, por curiosidad, tuviera el antojo de ir a espiar a la accesoria y lo cogieran por sospechoso.

Acudió al amo en su ayuda; pero el amo, creyéndolo cómplice de la liviandad de la señora, había agravado su miserable situación. El amo no había querido hablar con el señor juez, de quien era amigo íntimo, en favor de su leal cochero; el amo seguramente lo creía solapador y correveidile de la señora, y, en castigo, lo dejaba en aquel aprieto, a salir de él si podía o como pudiese. ¡Diez años en San Juan de Ulúa, por un error!

\* \* \*

El ferrocarril bajaba lentamente por las moles gigantescas de las Cumbres de Maltrata; entraba por túneles, cruzaba por puentes de hierro, desfiladeros y barrancas profundas que ponían miedo. José María, hundido en la semioscuridad del vagón, aletargado por la

---

<sup>13</sup> 1908 no aparece: *de La Profesa*

<sup>14</sup> 1908: *se subía a pelar la pava, por la de San José del Real. por se entraba en el templo y salía por la puerta de San José el Real.* // A la iglesia de la Casa Profesa de la Compañía de Jesús se le llamó simplemente La Profesa, porque era el templo de la residencia de los jesuitas profesos. A raíz de su expulsión, el templo quedó a cargo del Colegio de San Ildefonso; hacia 1771 fue adquirido por los padres del oratorio de San Felipe Neri, bajo la advocación de San José el Real. Considerando lo anterior, la adúltera entraba al recinto religioso por la puerta de la calle de Francisco I. Madero y salía por la de Isabel la Católica. Este episodio evoca el final de “La novela del tranvía” (1883), de Manuel Gutiérrez Nájera.

<sup>15</sup> 1908: *había por se acordaba de haber*

monotonía del bufido de la locomotora y la trepidación del tren, permaneció con los ojos entrecerrados, mirando con clarividencia de fatalista la implacabilidad del destino.<sup>16</sup>

Al reflejarse su espíritu en la serenidad de su conciencia inmaculada, José María sentía en lo más hondo de su ser, la necesidad de que existiera en el mundo la justicia. Entonces se le arrasaban los ojos en lágrimas.

\* \* \*

Duelo, ni en presencia de testigos ni sin ellos, lo hubo entre el marido y el amante. A las recriminaciones e injurias de Chapultepec, siguieron días de encierro del amo, en su gabinete, sin hablar con nadie. La señora se puso mala de la jaqueca, y permaneció quieta en su alcoba.

Semanas más tarde, los dos primos, muy festejosos y plantados de frac, chanceando y riendo, acompañaban en su palco a la elegante dama, que era respectivamente prima y esposa de los dos ex enemigos. Habíanse hecho explicaciones mutuamente; el resultado de ellas era la complaciente felicidad de la vida conyugal en terceto.

El testigo de la deshonor de la casa se pudriría mientras en San Juan de Ulúa.

Y se pudrió realmente.<sup>17</sup>

---

<sup>16</sup> La vía férrea de México a Veracruz por Orizaba, inaugurada el 1 de enero de 1873 por el presidente Sebastián Lerdo de Tejada, tiene obras de arte de notable mérito, que hacen honor a los ingenieros que las proyectaron y a los encargados de su construcción. El trazo de la vía, en las Cumbres de Maltrata, exigió un estudio hecho con especial empeño y minuciosidad para vencer adecuadamente las numerosas dificultades del terreno, que parecían insuperables; pues en dichas cumbres, en un tramo de poco más de 40 kilómetros, hubo de salvar una altura de 1, 178 metros equivalentes a casi tres por ciento de pendiente. Laura Méndez, en una crónica de viaje desoladora: "La neurastenia", narra aspectos de ese itinerario, *vid. Impresiones de una mujer a solas* (México, 2006), pp. 296-298.

<sup>17</sup> 1908 no aparece: *Y se pudrió realmente*.

## CASTO PORRAGAS\*

Entró en el comedor de la casa de huéspedes, todo atrojado y pisando lana, quizá porque había notado en los comensales cierto aire de curiosidad que nadie se esforzaba por contener. Para todos era cosa de fiesta la presencia de una cara nueva, fuera de quien fuese; pero para algunos, entre los cuales me contaba yo, había el deseo de oír como Dios manda la lengua nativa, pues el nuevo huésped acababa de llegar de España y no sabía jota de la lengua del país.<sup>1</sup>

La mesa estaba de domingo, con las servilletas dobladas en forma de mitra; sobre el mantel blanquísimo, dividiéndolo en dos, de largo a largo, un camino de mesa de papel floreado de peonías purpúreas, y del mismo color las velas de cera que servían de adorno, las pantallas encarrujadas que abatían su luz, la graciosa envoltura de las macetas intercaladas entre las bujías, y sus flores lozanas. El recién llegado tenía las mejillas color de púrpura también, y los ojos bajos. Vestía de negro y temblaba de emoción como si se acercase por la primera vez a la mesa de la eucaristía.

Entre los comensales había un joven italiano, de carácter bufonesco, quien, por no tener nada de provecho que hacer, gastaba su tiempo en decir chistes, contar anécdotas y remedar perfectamente a todo el mundo. Podía andar como viejo, imitar la sandunga de las mujeres, chillar como los niños, recitar imitando la voz y mímica de cualquier actor. Era muy elegante en el vestir, y de modales correctos, cuando todavía no se había hecho de confianza con alguno; así es que los recién llegados no veían en él al payaso, sino al caballero; pero los que ya lo conocían por esas mañan esperaban fiesta en el salón, después de la comida, cuando el nuevo huésped se hubiese retirado. Voz, modales, gestos, todo sería imitado grotescamente por el italiano, para diversión de los demás, quienes, ya de confianza con el bufón, le preguntaban: “A ver, señor Albini, ¿cómo hice yo mi entrada el primer día?” Y se morían de risa cuando Albini les mostraba cómo.

A Casto Porrugas le señalaron el asiento inmediato al de Albini, siguió la presentación con sus respectivos cumplimientos y caravanas, siguiendo la comida en silencio; verdadera comida de hambreados.

\* \* \*

De la presentación se supo que el mismo huésped se llamaba como ya he dicho, que era ingeniero y venía a hacer un estudio complementario de electricidad y de maquinaria, creyendo que el adquirido en su país era deficiente. Esto lo decía con modestia y sin ofender a España, pues la del patriotismo sobresalía entre todas las cualidades de Casto Porrugas, las cuales eran muchísimas. No era una de ellas la discreción; así es que poco tuvo que rascarle el italiano para saber del español, a qué pueblo y provincia pertenecía,

---

\* Laura Méndez de Cuenca, “Casto Porrugas”, en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXV, núm. 4441 (15 de noviembre de 1908), p. 9, col. 4-5.

<sup>1</sup> La acción del relato acontece en San Francisco California, Estados Unidos, lugar de estancia de Laura Méndez entre 1891-1898.

quiénes eran sus padres y parientes, cuál la ocupación de aquéllos. En cuanto a caudal, aunque muchos tenían curiosidad por saber hasta dónde daría de sí la bolsa del ingeniero, el italiano mismo, que tenía su puntas de parásito, no se aventuró a aclarar el asunto, sino poniendo en juego toda la marrullería y el tiento de un buen diplomático. Triunfó. Cuando ya se avistaban los postres, había emprendido la charla inquisitorial Albini, y su curiosa indagación se vio completamente satisfecha cuando él y su víctima sorbieron el último trago de café.

De sobremesa se abordó la cuestión política. Aquí comenzaron las disensiones, las voces altas, la expresión de disgusto en los rostros de ambos contendientes, al enterarse de los pesares y sentires opuestos diametralmente a los propios. El italiano, como buen holgazán, manifestaba sus principios monárquicos, sosteniendo la necesidad de la división social en clases, los fueros de la nobleza. Mostraba grandísimo desprecio por el obrero, el nacido para picas piedras o hacer zapatos, y echaba una letanía de duques, condes y príncipes, cuando enumeraba a sus amigos, aunque él no podía jactarse de ningún título. ¡Qué hubieran dado los plebeyos que acudían con su insignificante hacienda a los préstamos forzosos del parásito, porque hubiera podido vanagloriarse aquél del título de hombre de bien! Porque Albini gastaba en coche y automóvil más de lo que la modesta pensión que le enviaba su madre viuda, lo permitía, y avergonzándose de trabajar, se echaba encima deudas a cubrir cuando, entrando en mayoría de edad, recibiera algunos miles de liras que componían la herencia paterna.

Casto Porrugas era republicano hasta la exaltación. Su sinceridad y sencillez no le permitían ocultar el disgusto que le causaba la ociosa nobleza. Dividía cualquier grupo social en dos clases: abejas y zánganos, sintiéndose él orgulloso de ser lo primero. Llama al rey de España el “pobre chico”; y cuando supo que le había nacido un heredero, dijo lacónicamente: “Un vago de más y una renta de menos para el tesoro público. ¡Pobre España!”

La juventud es lazo de flores que liga fuertemente dos corazones de veinte años; por consiguiente, a vuelta de pocos días, Albini y Porrugas estaban estrechamente unidos, al grado de que el italiano pedía dinero prestado al español, y éste se desmorecía de risa cuando aquél le reproducía su entrada torpe al comedor, el día de la llegada, deslumbrado con la blancura y nitidez de la casa, la profusión de focos eléctricos, el colorido de las flores y el mucho tocado de las mujeres. Indiscretamente confesaba haber escrito a sus padres, que tanta elegancia y tanto señorío era mucho para él y lo mareaban. Casto, en verdad, no se sentía a gusto y aspiraba a una existencia más sencilla.

Su timidez no le permitía decir esto con franqueza a la patrona de la casa, avisándole que se mudaba, sino que, buscando más justificado pretexto, le dijo que para sus estudios había menester de estancia menos céntrica, donde no llegase ni el bullicioso charlar de los vecinos que trasnochaban, ni el ruido de la calle.

\* \* \*

Casto Porrugas anhelaba la soledad y el aislamiento, para pensar en la muerte, su constante preocupación y amiga. Criado en los principios del dogma cristiano los diez primeros años de su vida, cuando cursó en un colegio de Francia estudios que socavaban su fe; cuando sintió que las nuevas doctrinas de la escuela le destruían, sin repararle ni sustituirle con otras más generosas, sus ideales, empezó a debilitar en espíritu y a buscar una solución definitiva a sus problemas de duda. Por fin, halló la solución en la muerte. Esa sí que le traería la paz del alma. Para meditar en el suicidio, a Porrugas le estorbaba la sociedad.

Resolvió apartarse de ella. Bien planeado el suicidio, lo llevaría a cabo cuando mudase de casa, pues no faltaba por allanarse más que el escrúpulo de dejar inconsolables a los autores de sus días, dos pobres viejos, trabajadores de aldea, que entregados al comercio seguían amasando caudal que legar a los hijos, a quienes educaban como señoritas, en los mejores colegios europeos.

El suicidio de Casto Porrugas quedó resuelto de una vez.

Llegado el día de la mudanza, el patrón de la casa, deseando conservar a tan buen huésped, porque además de pagar adelantado bimestres y trimestres, su bolsillo estaba siempre abierto a los préstamos, le fue a brindar con una alcoba situada en lo más alto y apartado de la casa, donde no volaba ni una mosca. Allí podría estudiar cuanto quisiera.

El tímido Porrugas no osó decir esta boca es mía: mudó sus bártulos.

Por la noche, después de la comida, entró en su nueva habitación, más cabizbajo que nunca. Era una de esas veces en que la vida le era más odiosa, el descanso de la muerte más tentador. No había, entre Casto y el sepulcro, otro obstáculo que el dolor inmenso en que sumiría a sus honrados y amorosos progenitores; su desaparición voluntaria del mundo, por un medio cobarde, traería a los pobres viejos no sólo pesadumbre, sino vergüenza. Porrugas había aquilatado las consecuencias del suicidio, pero se sentía débil para el combate con las tristezas de la vida, pues luchar por un pedazo de pan, lo que se llama luchar, no le había caído en desgracia; a la hora de estas contaba con heredar buenos millares de pesetas, gozaba del amor de sus padres y hermanitos menores, y estaba libre ya de la obligación de servir al ejército, por haber su padre comprado ya un reemplazo.

Con un mundo en la cabeza, el ingeniero se levantó de la poltrona, apagó las luces y se metió en el lecho. El sueño le puso bien pronto los pensamientos en paz.

Era más de media noche cuando un vecino trasnochador percibió fuerte olor a gas. Dio aviso a la criada de guardia, y ambos llevaron a cabo un registro minucioso, del cual resultó que el español dormía dulcemente con un pico de gas abierto y fluyendo muerte.

Abrieron puertas y balcones, despertaron al durmiente. Casto, amodorrado y con fuerte dolor de cabeza, no supo de pronto explicar el suceso; pero cuando se dio cuenta de que por no estar acostumbrado a la iluminación de gas en casa, había cerrado torpemente la llave de su lámpara, estando a punto de asfixiarse, palideció de horror. El resto de la noche la pasó echado en una butaca, cerca del balcón, de par en par abierto, buscando el aire puro de la calle.

Al día siguiente Casto Porrugas encontró el Sol más ardiente, la brisa dulce y acariciadora, las estrellas lúcidas y esplendentes como nunca. Sin embargo eran los comienzos de un noviembre gris: el aire cortaba, el Sol... ¡Qué Sol más triste y descolorido! La vida se presentó a los ojos del suicida, en el lapso de una noche, vestida de nuevo, hermosa, llena de seducción y encanto.

Desde entonces, Casto Porrugas estudia con empeño y con placer. La visión tétrica del suicidio huyó a las puertas de la tumba, y el ingeniero se ha vuelto tan cauto en el manejo del gas, que, por sí o por no, duerme siempre con el balcón abierto.

## EL MILAGRO DE SAN PANUNCIO\*

(Cuento)

A medida que el Sol iba descendiendo, en dirección a las casas nuevas, para ocultarse detrás de los pinos que les guardaban la espalda, formándoles un fondo de bosque o cosa así, doña Tules se echaba la cuestecilla, paso a paso, agobiada del pesado fardo que en la cabeza sostenía: la saca de carbón que entregaba diariamente en la escuela de niñas del lugar.

No era que la saca fuera reventando de grueso y macizo carbón de encino, ni tampoco el tercio era de los llamados de marca, ni contenía piedra alguna, para engañar a la ecónoma de la escuela, quien invariablemente sopesaba el tercio con las dos manos, antes de enviarlo a la cocina; no era que los años de doña Tules, en el mundo, se pudiesen contar por veintes, más un diez, como los de los patriarcas, sino que de tiempo atrás, la pobre carbonera venía padeciendo achaques sin fin. Cuando no le pegaba la jaqueca, lo cual era un suceso raro, le dolían todos los huesos, o se le acortaba la respiración, o la sobrecogían los vahídos. Fuerzas, no las tenía ya ni para arrastrarse, y cuando las punzadas en las sienes le daban con ganas, el trance era de dar alaridos y pedir a voces la extremaunción. Doña Tules estaba persuadida de que acabaría por perder el juicio.

A los cuatro médicos del pueblo había acudido, tostón en mano, en solicitud de remedios, y la botica del Santo Niño le había sacado todas sus economías en pozuelos, cucharadas y unturas, porque hay que declarar, francamente, que la carbonera sabía manejar el giro con habilidad y ganaba muy buenos reales de sus entregas. Ella no era perezosa y acarrea personalmente, a las casas, todo el santo día, costales y sacas.

\* \* \*

Convencida doña Tules de la ineficacia de las drogas de boticas, las abandonó por remedios caseros, los cuales tampoco la recobraron. Hierbas machacadas en cataplasmas, o aplicadas en frío a las sienes, al colodrillo, a la frente, a la nuca, todo fue en vano: las punzadas la atacaban con furia como buscando a desquitarse de alguna mala pasada que doña Tules hubiera hecho. Andaba la pobre vieja relumbrosa de aceites de todos colores y olores, cuya combinación con la mugre, el sudor y el polvo del negro opaco del encino y el brillante del madroño, le daban aspecto de bruja come-niños. Y el hedor, el hedor de su cuerpo y de toda su persona era tal, que la gente la huía con repugnancia. Por donde quiera que iba, en siendo paraje de mezquina ventilación, hasta aquellas mujeres no muy puntillosas en materia de aseo, le sacaban la vuelta, echándole en la cara alguna grosería. “¡Fuchi, fuchi! ¡Cómo hiede doña Tules! ¡Vaya, que mujer tan apestosa!”

Doña Tules no daba pie con bola para poner fin a sus males. Se quejaba del día a la noche, lo mismo con los marchantes que venían a comprar a la carbonería, que con la servidumbre de las casas donde ella hacía entregas. Tal cual doméstica y tal cual parroquiana la escuchaban con interés, cuando empezaba la pobre vieja la cansada relación

---

\* Laura Méndez de Cuenca, “El milagro de san Panuncio (Cuento)”, en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXV, núm. 4443 (17 de noviembre de 1908), p. 4, col. 5-6.

de sus dolencias; pero generalmente aburría a sus conocidos, entrando en pormenores de esos que sólo al médico conviene conocer.

En el colegio situado en el remate de la cuesta, a donde doña Tules llevaba sacas de carbón tres veces al día, la veían llegar como el mosquero que se cuele por la ventana, apenas se inicia un aguacero. Unas llamábanla la “llaga ardiente”; las más caritativas, “la tía Dolores”. No faltaba quien, con sobrada impertinencia, en vez de corresponder con otro a su saludo, le espetase groseramente: “¿Qué le duele a usted hoy, doña Tulitas? ¿La lengua? Habrá usted hablado mal de mí y por eso”.

Ella no reparaba en la burla, preocupada como estaba en la decadencia de la salud, único asunto de interés para todo achacoso. Respondía de buena fe a la impertinente, añadiendo a la consabida enumeración ordinaria de sus padecimientos, una retahíla de síntomas nuevos, que por su infinita variedad quitaban monotonía al relato.

Cierta vez ingresó a la escuela una celadora, en sustitución de otra que dejaba el puesto. Era mujer sana y fuerte; como vendía salud, era en su carácter la jovialidad un resultado inevitable. Además, era piadosa y buena, sin presunción ni alharaca.

La celadora no tardó en ser notada por doña Tules como novedad en la escuela, y nueva confidente, fue pronto para la carbonera, manantial de consuelo. Al principio le aconsejó que consultara con facultativos cuya rama ella conocía; pero oyendo de la paciente que ninguna fe le quedaba en la ciencia, le sugirió otros tratamientos: medicinas caseras, brujerías, encomiendas a los santos. A probar todos los medios de sanar a la anciana, estaba decidida su nueva amiga, y con tal fin, se puso a estudiar diligentemente la etiología de la dolencia.

\* \* \*

No se necesitaba de grande observación para convencerse de que la carbonera tenía el desaseo personal como un título hereditario, al que rendía culto, como si fuera vergonzoso no consagrarle la vida. La celadora descubrió en doña Tules una tez blanca, detrás de la máscara de cisco vio la costra de mugre que le cubría el partido de los cabellos, en dos bandas untuosas y enmarañadas, y comprendiendo que cualquiera que fuese la enfermedad de la anciana, se agravaría, teniendo los poros del cuerpo totalmente atascados, se propuso llevar a cabo un plan curativo que allanase el camino a los médicos.

Una mañana, al salir doña Tules de la cocina, la celadora se hizo la encontradiza con ella, y le dijo:

—Doña Tules, tengo para usted un remedio que me han dado las monjitas, ¿quiere usted hacérselo?

A la respuesta afirmativa de la carbonera, su protectora le puso en las manos un paquetito diciéndole: “Son los polvos de san Panuncio.<sup>1</sup> Aquí está también la novena que tiene usted que rezar durante la cura. Pide usted al sacristán de la parroquia un pozuelo de agua bendita, y todas las noches, después de rezar la novena, en una tina de agua de cocimiento de espinosilla, malva y hojas de naranjo, echa usted una cucharada grande de estos polvos y el agua bendita, para que le comunique al baño la virtud. Persigna usted la tina tres veces, poniendo su corazón en manos del santo, y se mete en la tina, se refriega

---

<sup>1</sup> San Panuncio, como san Antonio, tenía fama de milagroso casamentero, siendo pequeñito y regordete, era una imagen pesada, se decía que la mujer que buscaba marido iba ante él, si podía abarcarlo y levantarlo, pronto se casaba.

bien con jabón cuerpo y cabeza, y se está dentro mientras reza el rosario sin letanía. Cuando se salga, dice la letanía de rodillas, y no se acuesta hasta tener los cabellos secos. Dicen las monjitas que san Panuncio es muy eficaz para los que tienen fe”.

Al pie de la letra cumplió la carbonera con la aplicación de la receta. La celadora le provee de polvos de san Panuncio, que en la droguería se llaman borax, y gracias al milagroso santo, doña Tules es hoy una viejita que recuerda buenas mocedades, pues su cutis es blanco como la nieve y sus venerables canas parecen un copo de algodón. Además, se siente dichosa, porque tiene una amiga en el mundo y un protector en el cielo.

## HEROÍNA DE MIEDO\*

A Casimira le amaneció el gallo suelto, el Domingo de Resurrección. El gruñido con que correspondió el saludo matinal del amo, el ceño adusto que le puso cuando aquél le mandó que le entregase pronto el chocolate, y, por último, el silencio en que se encerró a todas las preguntas de la señora era buena muestra de que la cocinera, ordinariamente festiva y locuaz, estaba ese día de moña tuerta.

Había razón. Casimira, aunque de origen humilde y baja condición de criada de servicio, tenía nervios como todo el mundo; y aunque, en aquellos tiempos, no se conocían de nombre la neurastenia y la neurosis, dichas plagas abominables existían, mostrándose, solamente, por sus resultados: “mal humor”, “moña tuerta”, “catoche”, etc. ¡Qué de variada no es la cáfila de frases para dar a entender que una persona está con poca gana de que le hablen y se metan con ella! Tanto don Pedro Ordóñez, como su mujer, doña María Antonia, se hacían cruces de lo que le pasaría a la cocinera; y ambos la miraban solamente con el rabo del ojo, porque la respetaban y amaban, a la vez que temían hacerla enojar.

Casimira había criado a don Pedro en sus brazos; tratábalo de tú a tú, y lo regañaba, sin parar mientes, cuando lo creía justo. “Que andas siempre corriendo y te fatigas; que sales de sopetón a la ventana, cuando estás pegado a la vela; que te quitas el sombrero en el aire”. La cocinera no entendía que su amo ya no era Periquito, el que se pellizcaba las narices, sino un mocetón de veintidós años, recién casado, y con empleo de escribiente de a cincuenta pesos, en el gobierno del Distrito. Cuatro meses hacía que don Pedro había dicho a la fámula: “Casimira, en tus manos pongo a mi esposa y mi casa: tú sabrás cuidar de todo lo que es mío. María Antonia, como jovencita que es, no tiene experiencia; pero es dócil y se dejará guiar de tus consejos. Que me la cuides, como me cuidaste a mí, ¿eh?”

\* \* \*

María Antonia, acostumbraba a que la juzgasen humilde, y sabedora de que la mansedumbre y la irresponsabilidad eran el galardón a que debía aspirar la mujer, mostrábase sumisa en todo. Acataba con respeto las órdenes del marido, como con respeto había obedecido fielmente las de sus padres; pero en su interior, la joven esposa se rebelaba contra el papel de borrego que el sexo le imponía. Pensaba humillante que la mujer fuese inferior al hombre e irresponsable de sus acciones. A lo menos, ella veía, en su propio pensamiento, una irradiación sobrenatural, y sentía tener alas, en vez de brazos. Alas, sí, pero cortadas y entumidas. ¡Ay!, si se las dejaran crecer, ¡qué lejos y qué rápida volaría! María Antonia esperaba pronto verse con un hijo en los brazos, antes de cumplir diecisiete primaveras. Al hijo sí que lo enseñaría a ser<sup>1</sup> responsable y libre, aunque fuera del mismo sexo inferior y apocado que a ella le había tocado en suerte.

---

\* Laura Méndez de Cuenca, “Heroína de miedo”, en *El Imparcial*, t. xxv, núm. 4444 (18 de noviembre de 1908), pp. 4-5, col. 3-5 y 5, respectivamente; con el mismo título en *Simplezas* (Paris, 1910), pp. 141-154. Fijo el texto de la edición de 1910 y señalo en nota las variantes.

<sup>1</sup> 1908 no aparece: *ser*

El mal humor de Casimira no tenía una causa, sino un rosario de causas. A una mujer de orden y costumbres decentes, como ella decía ser, no le puede gustar que la lleven a ver camorras de léperos, que acaban siempre con sangre. Don Pedro, quien, como todo buen casado, durante la luna de miel condescendía con los deseos de su mujer, aunque éstos fueran contra las propias convicciones, había consentido en ir el Sábado de Gloria a Santa Anita,<sup>2</sup> haciendo que la criada vieja los acompañara; como para que los años y la experiencia de la cocinera prestasen sombra al joven matrimonio. ¿Y qué había pasado? Lo de siempre: indecencias, exceso de embriaguez y cuchilladas. Esto, tras el sermón de Pésame de la víspera, tan elocuente y conmovedor; esto, dos días después del horrendo asesinato de don Juan de Dios Cañedo, en el Hotel de la Gran Sociedad,<sup>3</sup> mientras que un huracán inusitado arroja<sup>4</sup> las chispas del incendio, de carrocería a carrocería, por las calles de Nuevo México: esto era bastante a sacar de quicio el sistema nervioso mejor equilibrado.

Casimira continuó amordazada hasta la hora de salir al mandado. Se podía barrer la casa y fregar los trastes con el pico cerrado; pero no salir a la calle sin avisar a la señora para que atrancara bien el zaguán, tanto más, cuanto que tenía que quedarse sola, por un par de horas.

La cocinera, haciéndose violencia, al bajar la escalera ese día, dijo: “Ahora, niña, enciérrese usted bien con llave y tranca, no sea que se vaya a meter alguno y le tuerza a usted el pescuezo. Luego no podrán echarme a mí la culpa”.

\* \* \*

Era la vivienda de don Pedro Ordóñez una de esas de la Plazuela de las Vizcaínas, llamadas accesorias “de taza y plato”. Formaba parte del Colegio de la Paz, al cual daban renta; pero quedaban de éste completamente incomunicadas y aisladas entre sí. El nombre de “taza y plato” les venía, por estar compuestas de dos partes; la una encima de otra: el plato contenía el zaguán y la escalera; la taza, una sala minúscula, una recámara menor todavía, y la cocina, donde apenas cabía la cocinera. En la sala de los Ordóñez, ocupaba puesto principal una mesa tortuga, adornada con floreros y muñecos de porcelana de Dresde, unos vestidos de Corte y otros de aldeanos. Tres veces al día quitaba Casimira los cacharros de la mesa y la carpeta de China bordada a colores vivos, para extender el mantel y poner el servicio de desayuno, comida y cena. Durante esta cotidiana tarea, acostumbraba la buena mujer advertir a su señora de los peligros del mundo, ilustrando con mil consejas y ejemplos los hechos nefandos de que quería librarla. “El niño me la ha entregado a usted —decía—, y yo me creo obligada de prevenirla de todos lo malo para que no se crea usted del mundo y se cuide; porque el 'Enemigo' nos acecha por todas partes, para perdernos”.

---

<sup>2</sup> El Canal de Santa Anita, afluente del Canal de La Viga, unía al centro de la Ciudad de México con los lagos del Sur de la cuenca del valle. La primera parte de la novela de Laura Méndez, *El espejo de Amarilis* (México, 1902), se desarrolla en esa zona chinampera.

<sup>3</sup> Juan de Dios Cañedo recibió 31 puñaladas durante un robo ocurrido en el cuarto 38 del Hotel de la Gran Sociedad, el crimen aconteció el 28 de marzo de 1850 (A. García Cubas, *op. cit.*, p. 443). // En el siglo XIX, en la esquina Noroeste de las calles de Coliseo Viejo y del Espíritu Santo (actualmente 16 de Septiembre e Isabel La Católica) se encontraba el famoso hotel y café de La Gran Sociedad, propiedad de Armando Frank —era un hotel\*\*, cobraba de 70 a 1.50 cvs. diarios, los había hasta de \$ 4.00 pesos— así como el Portal del Águila de Oro, donde se alojaban los libreros de viejo de la Ciudad de México. Este terreno lo ocupa hoy la Casa Boker, comercio especializado en herramientas para equipo mecánico pesado y ferretería.

<sup>4</sup> 1908: *arrojaba por arroja*

En sus filípicas a María Antonia, Casimira repetía verbalmente trozos enteros de los sermones a que con frecuencia asistía en la vecina iglesia de las Vizcaínas.

María Antonia oía a su criada con sumiso respeto, más por<sup>5</sup> sus años que por sus conocimientos y experiencia. Ella no conocía el miedo ni de vista. No podía figurarse cómo pudiera existir quien causara mal a otro, sólo por complacencia. “¿Quién me ha de hacer daño a mí, sin que le provoque y le ofenda?” —pensaba la inocente criatura. Pero, no obstante su parecer optimista, obedecía fielmente a los consejos de la sirvienta.

Estaba a punto de sonar la Oración, cuando Casimira, entrando de la compra de la tarde, “toda encandilada”, como ella decía siempre que no distinguía claramente los objetos. Por lo mismo, no echó de ver que, junto a la puerta de la accesoria, había un bulto agazapado, el cual se escurrió dejando el paso libre a la fámula. Llamó ésta al zaguán, dando tres veces con la palma de la mano, como era la señal convenida; y antes de que María Antonia bajara a abrir, don Pedro se personó. Ambos se cambiaron palabras de salutación y hablaron de bagatelas. En éstas, se abrió la puerta, cerrándose instantáneamente tras de amo y criada.

A la cena, que era muy frugal en la casa de Ordóñez, seguía una escena de mimos entre marido y mujer, con la que don Pedro acostumbraba endulzar a su cara esposa la soledad en que solía dejarla noche a noche, mientras él iba a desaburrirse en alguna tertulia de amigos o en el café. “Voy a saludar a mi madre —decía.<sup>6</sup> La pobrecita me tenía como único compañero, por la noche; pues ya sabes que papá es algo trasnochador. Desde que me casé, se le hace muy triste la soledad. Tú me tienes siempre por tuyo, picarona; mientras que ella, la pobre...”

Don Pedro se iba primero a la casa de la “pobre”, a la cual decía invariablemente: “Vengo a darte las buenas noches y un beso; porque 'ésa' es muy miedosa y se ha quedado solita. Te manda recados”. Y se iba a sus entretenimientos sin acordarse más de la picarona “ésa”,<sup>7</sup> sino hasta que daban las diez.

María Antonia esperaba, noche a noche, a su marido en el balcón, ya echada de codos, ya sentada en una silla de costura. Entretenía el tiempo haciendo recuerdos de ayer, pues su corta edad no le había permitido almacenar recuerdos lejanos. Fantaseaba. Veíase en el amplio corredor de la casa de vecindad, donde había crecido, y era todavía morada de sus padres, rodeada de sus hermanitos menores y tal o cual amiga de infancia, jugando a la momita, o cantando canciones románticas, al compás de la guitarra, o echando ojeadas al patio, a ver si columbraba a “aquél”. Aquél era ya su esposo: don Pedro Ordóñez.

\* \* \*

Persuadida de que su felicidad era completa, y esperando ya al hijo que encarnara el amor conyugal, ya no satisfecho con anhelos platónicos, María Antonia no se daba cuenta de la melancolía que la asaltaba al volver los ojos hacia atrás, a los primeros años de su vida. No sabía a qué atribuir esa sensación de encarcelamiento que la estrechaba en el nuevo hogar. Era algo así como si la hubiera descoyuntado y quebrantádole los huesos; como si le hubieran hecho en la cabeza un agujero, y echádole, por él, la mar de telarañas. Para no llorar, cuando sentía todo esto, la joven esposa cantaba canción tras canción hasta que llegaba don Pedro. Entonces bajaban del brazo; ella y Casimira, a abrir la puerta, y hacer al amo de la casa una recepción afable de bienvenida.

---

<sup>5</sup> 1908: *a por por*

<sup>6</sup> 1908 no aparece: —*decía*.

<sup>7</sup> 1908 no aparece: “*ésa*”,

Esa noche María Antonia se sentía muy cansada; los huesos le dolían; los pies, que habían dado en hincharse últimamente, parecían querer reventarle.

Entre canción y canción, María Antonia, pensando descansar sus pies, calzándolos con las zapatillas de levantarse, fue a buscarlas a su buró. Al agacharse para cogerlas vio, a la media luz que permitía la delgada vela de sebo, un par de pies, toscos y descalzos, asomando debajo de la cama. De terror contuvo el grito que le subió a la garganta. Se agachó aún más, vio que los ordinarios pies pendían de un par de piernas cubiertas de calzón blanco, y que éstas correspondían a un hombre, que, echado boca abajo, estaba agazapado, en acecho, debajo de la cama. Empuñaba enorme cuchillo. Era un ladrón, preparado al crimen.

María Antonia recordó que esa misma tarde Casimira le había dicho que no dejara de mirar jamás, dentro de la tinaja, antes de acostarse; pues en ella solían esconderse los ladrones, cuando preparaban un buen golpe. A la pobre muchacha se le quería escapar el corazón. Su primer pensamiento fue pedir auxilio,<sup>8</sup> huir a la calle con su criada; pero, madurando su dictamen y sacando del miedo mismo el valor que se necesita para ser héroe, empezó a tararear una canción enderezada a la Luna, de las muchas de esta suerte que eran boga de la época. Se calzó las zapatillas sin precipitación y volvió a su puesto, en la silla costurera, sin dar muestras de haber visto al facineroso.

Más de dos horas duró la espera. Las que María Antonia contó con las pulsaciones de su corazón, y el latido de sus sienes, no caben en un siglo. Sentía la lengua estropajosa y la garganta reseca y dolorida.

Cuando, a la exigua claridad del farol de la esquina, cuya candileja, alimentada con aceite de manteca, empezaba a parpadear, distinguió la esposa<sup>9</sup> la silueta de Ordóñez, las lágrimas se le agolparon a los ojos. Pero todavía tuvo el valor de no dejarlas asomar y reprimir la emoción que la ahogaba. Mirando hacia abajo, gritó clara y distintamente: “¡Ah!, ¿ya estás aquí, Perico? Aguarda que ya bajo a abrirte. Casimira, la llave, que ya está ahí el señor. Vamos pronto, porque el pobre parece estar muy cansado”.

Ama y criada bajaron, apoyada la una en el brazo de la otra, como ordinariamente lo hacían. Casimira abrió la puerta. Antes de dar paso a don Pedro, María Antonia arrastró fuera de la casa a la cocinera. En pocas palabras refirió lo que ocurría. Don Pedro cerró la casa dejando al asesino en ella, y mientras las mujeres corrieron a la esquina a pedir auxilio del guarda, el marido<sup>10</sup> se quedó de atalaya, al pie del balcón, para cortar el vuelo al asesino, caso de que intentase la fuga, descolgándose por él.

\* \* \*

“El valor del miedo es el que tiene mérito —decía María Antonia a Casimira, cuando la cocinera le recordaba el episodio del ladrón. No es valiente el que desafía el peligro por desprecio a la muerte; sino el que, temiéndola, la confronta y la vence. ¡Cuando yo te digo, Casimira, que siento alas en vez de brazos y me creo capaz de empresas muy grandes! ¡Pero, tú, no me conoces, no me conoces!

¡Ay! ¡Si yo me decidiera a hacer lo que soy capaz...!”<sup>11</sup>

---

<sup>8</sup> 1908: *auxilio o huir*, por *auxilio*,

<sup>9</sup> 1908 no aparece: *la esposa*

<sup>10</sup> 1908: *él por el marido*

<sup>11</sup> 1908 no aparece: *¡Ay! ¡Si yo me decidiera a hacer lo que soy capaz...!*

## EL CERDO DE ENGORDA\*

De generación en generación, como de sus mayores, los Borbones, había heredado Cosme, el pastelero, el labio colgante, el apego al trabajo y la actividad.<sup>1</sup> Era incansable. No se conformaba con allegarse el pan de cada día. Le parecía<sup>2</sup> cosa ruin el no contar más que con las veinticuatro horas siguientes de su tranquilidad. Él era de los de alcancía bien repleta; capaz de sacar de un apuro a su dueño, caso de accidente, enfermedad o fiesta de compromiso; porque, ¿quién le aseguraba que no lo convidasen, inesperadamente, de padrino de bautismo o casamiento?

Pero si en lo trabajador Cosme se parecía a sus ascendientes,<sup>3</sup> se diferenciaba de ellos en el oficio que había escogido para ganarse la subsistencia. El padre fue zapatero, el abuelo sastre, y el bisabuelo, talabartero. Todos gustaron de ocupaciones que los tenían sentados, hora tras hora; en tanto que Cosme, no pudiendo estarse quieto cinco minutos, optó por el oficio de pastelero. A lo menos, pensaba, esto es más de hombres y permite a uno tener la sangre en movimiento.

Desde que Dios encendía su Sol de fuego, en la ardiente ciudad de Las Palmas, gloria tropical, regada por tres ríos, exuberante y próspera, Cosme, en su accesoria letra “M” de la plaza principal, daba vueltas y vueltas. Limpiaba y cargaba de leña el horno; cernía harina, paloteaba masa; untaba de grasa moldes de hojalata, que ora representaban forma de corazón, ora de piña, o de flor o de rueda. Sacaba, a la puerta, sus tablas copiosas de pasteles en blanco, a que se oreara la masa, mientras, en el horno, crujía la leña, y de su boca salían llamaradas crepitantes.

Hasta las diez y media de la mañana concluía la tarea, empezada el amanecer. Para esa hora, los pasteles calientes olían a sabroso y antojadizo. Cosme los acomodaba, sobre una servilleta albeando, en una gran bandeja charolada que se ajustaba luego, a él, en la cabeza, cuando ya despojado del vestido pringoso de trabajo, se ponía<sup>4</sup> otro limpito, que completaba ancho y blanquísimo delantal. Se preparaba entonces a salir.

Hecho un catrín se creía Cosme, cuando pasaba pregonando su mercancía por las estrechas calles de Las Palmas, tan calladas y quietas, que la hierba crecía entre las juntas de las baldosas, por falta de tránsito. Cosme no usaba sombrero más que los domingos por la tarde, que, en vez de pasteles, vendía helados en un puesto de la plaza principal. Pero a mañana y tarde se plantaba la bandeja de los pasteles sobre la cabeza monda, no sin

---

\* Laura Méndez de Cuenca, “El cerdo de engorda”, en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXV, núm. 4446 (20 de noviembre de 1908), p. 4, col. 3-5; con el mismo título en *Simplezas* (Paris, 1910), pp. 195-206. Conservo el texto de la edición de 1910 y señalo en nota las variantes.

<sup>1</sup> 1908: *como se hereda el cáncer, había heredado Cosme, el pastelero, de sus mayores el apego al trabajo y la actividad.* por *como de sus mayores, los Borbones, había heredado Cosme, el pastelero, el labio colgante, el apego al trabajo y la actividad.*

<sup>2</sup> 1908: *por parecerle* por *Le parecía*

<sup>3</sup> 1908: *a su ascendiente, por a sus ascendientes,*

<sup>4</sup> 1908: *puéstose* por *se ponía*

peinarla cuidadosamente, empomadándose los cabellos y partiéndoselos en dos bandas, con su raya en medio.

Cosme era soltero y vivía solo. Enamorado fiel de una criada de casa principal, donde le compraban diariamente regular cantidad de pasteles, por ser numerosa la familia, hacia Cosme depósitos en oro, en la alcancía de marras, con objeto de poner un obrador grande, antes de ir a pedir la mano a su novia.<sup>5</sup> Buena pamplina es, pensaba él, casarse antes de tener qué ofrecer a la mujer.

Para apresurar la fortuna, Cosme compró, en el mercado, un cerdo apenas salido de lechón, con el objeto de engordarlo. En seis meses estaba él seguro de sacar veinticinco veces la cantidad que había pagado por el animalito. Después de éste, engordaría otro, y otros, que lo sacasen pronto a rico, permitiéndole establecerse, con decoro, en Las Palmas. Cosme, seguro de llegar a tener la mejor pastelería de la ciudad, veía siempre el porvenir color de oro.

¡Lástima grande que la azotehuela perteneciente a la accesoría fuese tan reducida de espacio, no permitiendo que Cosme engordara dos cerdos a la vez! Uno bastaba a destruir la azotehuela, haciendo cuanta fechoría le dictaba su instinto. Arrancaba, a mordidas, el salitre de la humedad, desperfeccionando el friso en la pared; escarbaba, a dos patas, el pavimento; volcaba la tinaja del agua, convirtiendo, en fango, la tierra del pavimento.<sup>6</sup> En el concepto de Cosme, era aquel cerdo un bicho de mala índole, que no estimaba la abundante y buena pitanza que se le servía.

A menudo, cuando volvía el pastelero a casa, encontraba que el marrano había reventado la sogá que lo ataba del cuello contra una estaca, fuertemente enclavada en medio de la azotehuela. Ocupábase el animal en arañar la puerta de la habitación. Cosme lo castigaba entonces,<sup>7</sup> azotándolo, con el cabo de la sogá, la cual remataba, en el extremo, con grueso y apretado nudo. Temía el pastelero, y no sin razón, que el animal le causara disgustos con el dueño de la casa, de quien se decía que acostumbraba hacerse pagar, de los vecinos, hasta la descalichada de la pared que ocasionaba una alcayata.

El primer viernes de Cuaresma salió Cosme muy campante y airoso, con su mandil de helados,<sup>8</sup> y con la bandeja de los pasteles posada, con donaire, sobre la cabeza. Iba a hacer un entrego de empanadas de vigilia a la cantina de Las Palmas, donde se emborrachaban los aristócratas más copetudos, personajes de la administración. Es de advertir que,<sup>9</sup> en Las Palmas, los mozos de las familias más distinguidas se dedicaban al toreo de afición, y concertaban, en la cantina, sus corridas, encierros y jaripeos. Cosme llevaba, dentro del magín, los sueños de la lechera; así, notábasele el júbilo en los ojos, y hasta su voz parecía regocijada cuando pregonaba, con grito agudo, la mercancía: “¡Aquí va el pastelero! ¡Pastelitos y empanadas de leche! ¡Empanadas de carne y de vigilia! ¡Ah! ¡A los pasteles calientes!” El corazón le decía que había de ser rico. Pintábase en la fantasía, a su persona muy peripuesta, delante del mostrador de la gran pastelería que había de poner, precisamente enfrente de la cantina, donde hacían cuartel general los rotos.

El día fue próspero para el pastelero: acabó su venta más temprano que de costumbre, dejando a muchos de sus parroquianos a medias mieles. No le quedó qué vender,<sup>10</sup> pues el

---

<sup>5</sup> 1908 no aparece: *a su novia*.

<sup>6</sup> 1908: *suelo*. por *pavimento*.

<sup>7</sup> 1908: *Cosme castigaba entonces al animal*, por *Cosme lo castigaba entonces*,

<sup>8</sup> 1908: *nieve*, por *helados*,

<sup>9</sup> 1908: *Hay que advertir que*, por *Es de advertir que*,

<sup>10</sup> 1908 no aparece: *No le quedó qué vender*,

marchante, que ordinariamente le compraba un real de “mostachones”, ahora quería dos; en vez de cincuenta “almohaditas”, le pedían ciento, y “panqués” y “volovanes”, a manos llenas. Cosme iba repitiendo a los que le asediaban: “Ya no hay”. Y prometía, para el siguiente día, dejar a todos sus marchantes contentos.

Volvió a casa, a dejar la bandeja y el dinero de la venta. Lo encerró<sup>11</sup> bajo siete llaves, poniéndolo, primero, en una bolsa; la bolsa en una almohada; ésta, en una caja, con candado de letras, cuyo cierre formaba el nombre del pastelero: Cosme.<sup>12</sup> Por último, la caja desaparecía, detrás de un rimero de mandiles, en el fondo del ropero. A todo guardó chapa inglesa de doble vuelta.

Prendido el llavero del cinturón por medio de una cadena, se lo escondió Cosme, después, en una bolsita pequeña y alta que en el pantalón traía con ese único objeto. Era hombre prevenido. Luego se marchó a sus correrías.<sup>13</sup>

Serían las nueve y media de la noche, cuando volvió a recogerse, algo tururú, con las copas de mezcal que sus amigos habían sacado de la alacena, juntamente con bizcochitos de los que fabricaban las monjas exclaustradas. Todo para agasajarle. Él era sobrio, y no bebía, sino de cuando en cuando, y eso, en ocasión de alguna solemnidad. Lo que es monas no se había puesto sino una en la vida: “el 5 de Mayo”, cuando corrieron los zuavos en Puebla o, mejor dicho, cuando llegó la noticia, a Las Palmas, y repicaron en la parroquia, y sacaron los vecinos unos vítores con cañas verales, echando muchos cohetes. Sobre esa única mona habían pasado ya diez años, los cuales trajeron a Cosme su bigote recio y su barba cerrada.

La alegría de haber hablado con sus amigos, de su querida Dulcinea, y confiádoles sus proyectos matrimoniales, para cuando lo de la soñada “pastelería grande” tomara cuerpo, y la confusión mental, producida por las libaciones del tequila, hicieron que Cosme se olvidara del cerdo ayuno, y amarrado con cuerda nueva y fuerte, en el reducido espacio de la azotehuela. Tampoco oyó, durante el primer sueño, siempre macizo y sabroso, que el animal escarbaba en el suelo, con furia, y gruñía, amenizándose, con su propia música, el ahondamiento de un hoyo que se había impuesto como tarea nocturna para disipar el hambre.

Al cabo de media noche, Cosme percibió ruido, y se alebrestó creyendo que se le hubieran metido ladrones. Paró el oído. Poco tardó en convencerse de lo que ocurría al abrir la puerta interior y distinguir, a la escasa claridad de la vela que llevaba en la mano, el socavón que el cerdo había hecho, con las cuatro patas.<sup>14</sup> Se había caído y sumido en él, quedando suspendido del cuello, y a punto de ahorcarse con la sogas de que estaba sujeto.

El pastelero perdió su buen humor, en vista del estrago. En vez de hacer ahorros, iba a tener que ocupar un peón, que rellenara el hoyo, y eso le costaría medio jornal.

Cortó con su cuchillo de labrar las masas el dogal que oprimía el cuello del cerdo, y luego, con la sogas doblada, dio buena tunda al animal, dejándolo, en castigo, que pasara la noche en el hoyo, pues a buen seguro, que su gordura le permitiese salir, de él, sin ayuda. Cosme volvió a su cama, cogiendo bien pronto el sueño.

---

<sup>11</sup> 1908: *el cual encerró* por *Lo encerró*

<sup>12</sup> 1908 no aparece: *Cosme*.

<sup>13</sup> 1908: *a fuer de hombre prevenido, y se marchó a sus correrías*. por *Era hombre prevenido. Luego se marchó a sus correrías*.

<sup>14</sup> 1908: *a cuatro pies*. por *con las cuatro patas*.

Con el alba se levantó, como de ordinario, para dar principio a la acostumbrada faena. Temeroso de que el animal se desmejorara, falto de alimento, y por la incómoda postura en que lo había dejado pasar la noche, fue su primera diligencia llevarle una ración de salvado y habas, y sacarlo del hoyo.

El cerdo no había descansado de escarbar. Abierta, a sus pies, una verdadera mina, en ella se había enterrado.

No poco trabajo tuvo el pastelero para poner en libertad al animal, habiendo tenido que lazarlo y valerse de una maroma que improvisó con dos trancas, para sacarlo en peso. Cuando, después de una hora de trabajo y fatiga, el cerdo quedó atado en un ángulo de la azotehuela, contra una estaca más fuerte, Cosme, el medir con la mirada la profundidad de la excavación, vio asombrado, en el fondo, la boca de una olla gruesa, enterrada y tapada con una cazuela. Bajó al hoyo de un salto, destapó la olla y encontró en ella sesenta mil pesos en onzas españolas, y algunas alhajas antiguas. Ese día la accesoria permaneció a piedra y lodo, y los parroquianos, chasqueados, se la pasaron sin pasteles.

\* \* \*

Mucho antes de que la gran pastelería de *Don Cosme* se estrenara, con música, en la plaza principal, éste, todavía en la accesoria, convidó a sus amigos para corresponder al obsequio que le habían hecho en días pasados. La fiesta fue<sup>15</sup> a lo grande: matanza de “cerdo”, salazón de carne y embutido de morcillas, longanizas y chorizos aromáticos y especiados.

Tal fue el paradero final del “autor” de una fortuna a quien Las Palmas deben esa pastelería con mesas de mármol, a las cuales se sientan, por la tarde, las muchachas a tomar helados<sup>16</sup> y dejarse hacer el oso, mientras en el kiosco de la plaza, toca danzas habaneras,<sup>17</sup> la banda del regimiento de guarnición.

---

<sup>15</sup> 1908: *era por fue*

<sup>16</sup> 1908: *nieve por helados*

<sup>17</sup> 1908: *mientras toca en el kiosco de la plaza, danzas habaneras, por mientras en el kiosco de la plaza, toca danzas habaneras,*

## LOS OCHENTA MIL FRANCOS DEL BOTICARIO\*

(*Sucedido que parece cuento*)

Ayer fue puesto en libertad en Turín,<sup>1</sup> un boticario que había sido preso por equivocación, una equivocación que pudo haberle costado ir a presidio.

A los veinticinco años de edad, cualquier hombre tiene derecho a aspirar a ser rico y darse buena vida, según el concepto de “buena” que cada uno se forme. ¿Cuál sería el del boticario de Turín? Sería muy aventurado especular sobre el asunto. Pude ser que soñara con la riqueza por la satisfacción de socorrer a los menesterosos, por establecer casas de educación donde la adquirieran tantos y tantos niños que pululan por las calles del reino, sin otra ocupación que la de revolcarse en el polvo, rascarse la roña y pedir *soldinos* a los transeúntes. Quizá tenía el buen chirinela *in mente*, la fundación de algún hospital, el sostenimiento de una cátedra, la construcción de un aeroplano. ¿Qué sé yo? Lo cierto es que deseaba ser rico, y para comenzar, se conformaba con una modesta pica: ¡ochenta mil francos!

Pensando cómo adquirir esa suma de modo que le viniera llovida del cielo o cosa así, pasó nuestro joven en vela varias noches; ya se le descoyuntaba el magín, cuando le vino la peregrina idea de casarse con la mujer que se los aportase en dote, cualquiera que fuese: vieja o moza, fea o bonita, noble o villana. Con tal fin, siguiendo la corriente del siglo y encauzando en las costumbres menos restringidas que lo caracterizan, hizo insertar en un diario el siguiente aviso: “Un joven farmacéutico tomará por esposa a la señorita que le traiga de dote 80, 000 francos. Respuesta dirigida al correo. Diego, 2106”.

\* \* \*

Diego esperó que transcurrieran veinticuatro horas, las cuales, a su impaciente deseo de convertirse en candidato a millonario, se le antojaron veinticuatro siglos. Luego que amaneció Dios, al siguiente día, muy orondo, se presentó el buen hombre en la poste a escoger las soñadas respuestas. Serían tantas, que Diego podría escoger a su prometida, desechando a ésta, a aquélla y la de más allá. Mas como no todo sale a la medida del deseo, encontróse el boticario con que, en vez de cartas, le aguardaban, en la poste restante, cuatro gendarmes barbudos y mal encarados, que me lo condujeron a la cárcel. He aquí lo que había motivado la aprehensión.

Días antes de la publicación del aviso del boticario, un rico banquero de la ciudad había recibido una carta en que se pedía, bajo pena de ser asesinado, una gruesa suma. Se le

---

\* Laura Méndez de Cuenca, “Los ochenta mil francos del boticario (Sucedido que parece cuento)”, en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXV, núm. 4451 (25 de noviembre de 1908), p. 4, col. 3-6.

<sup>1</sup> Laura Méndez visitó Italia en 1906, al asistir en representación del gobierno mexicano a los congresos de Educación Familiar y Mutualismo, efectuados en Milán en el mes de septiembre. De esta visita nos ha dejado espléndidas crónicas de viaje, *cf.* R. Sánchez Sánchez (México, 2006). Turín, cercana a Milán, se ubica en una planicie delimitada por los ríos Po, que divide la parte de la ciudad ubicada en la colina y la Torino, en tanto el río Dora Riparia pasa por el Norte de la ciudad.

exigía que enviase dicha cantidad a la poste restante número 2106, y por rara coincidencia, la carta amenazadora iba calzada con esta firma: “Diego”.

Para vindicarse del delito que se le imputaba, Diego pasó las de Caín, teniendo que hacer confidente al juez de sus proyectos matrimoniales y de enriquecimiento. Fuera de la cárcel, ha vuelto al mortero, no sin melancolía, aunque no hay razón alguna para creer que haya perdido la esperanza de que la poste restante número 2106, le traiga un día u otro los ochenta mil francos.

Este episodio un tanto cómico, me trajo a la memoria otro parecido que tuvo lugar en México durante el periodo presidencial de don Manuel González.<sup>2</sup> Aquél fue mucho más serio, y pudo haber acabado en tragedia. El protagonista, a quien traté por muchos años, no se llamaba Diego sino José.

Era José un empleado de un ministerio, y se preciaba de buen servidor de la Nación. No era faltista, y sus jefes lo estimaban por callado, diligente y cumplido. En los dos años que llevaba de casado no había dado el menor disgusto a su joven esposa, a la cual respetaba él con veneración. Entre otras cualidades, tenía José la de ser un hijo modelo, y honraba a sus ancianos padres tanto como los amaba y como ellos le amaban a él.

La casa de los padres de José no distaba cosa de la en que aquél vivía; de modo es que el empleado se acostumbró a ir a saludar a los autores de sus días, todas las mañanas, antes de entrar en la oficina, y por la noche, al recogerse a su hogar.

\* \* \*

El diablo, que no se duerme, quiso poner fuego en el alma de José y condenarlo a la infidelidad y el deshonor. Para ello se valió de los encantos misteriosos de una mujer tan joven como bella, tan bella como depravada, tan depravada como infeliz. Vivía en la planta baja de la habitación de los padres de José, siendo autora de grandes escándalos nocturnos, que le atraían el desprecio del vecindario entero, sin proporcionarle ración muy suculenta para alimentarse. En suma, la meretriz no era mimada por el vicio, y sabe Dios que no comía los más días, sino una vez en veinticuatro horas. Se llamaba entre sus amigos la Pálida; en la pila bautismal le habían puesto Piedad Estrada.

Piedad Estrada se fijó en las entradas y salidas regulares de José, y enderezó la proa hacia él, con el fin de mejorar la fortuna. Era experta en el oficio, y no tardó en lograr su empeño.

José, por educación viciosa, creía que huir de una aventura amorosa, es rebajarse; como la mayor parte de la gente de manga ancha, encontraba ridículo resistir a las insinuaciones de una ramera, y por nada del mundo hubiera aceptado el digno carácter del “casto José”, ridiculizado por los calaveras. Se puso al habla con la perdida, se entendieron los dos, y la tomó por amante, no sin tomar todas las precauciones posibles para ocultar en el misterio las criminales relaciones.

Para Piedad, el secreto de sus amores era un encanto desconocido, un incentivo nuevo que probar, cuando pensaba haberlos agotado todos. Para José, la discreción era medida indispensable a la paz doméstica. ¿Se amaban los dos? Nadie podría asegurarlo, ni siquiera

---

<sup>2</sup> Manuel González, militar y político mexicano, presidente de la República (1880-1884). Nació en Matamoros, combatió en el territorio de Texas contra la invasión de Estados Unidos (1846-1848), y más tarde a las tropas francesas que defendían al emperador Maximiliano; fue diputado, gobernador del estado de Michoacán, secretario de Guerra y Marina. Durante su gobierno, envuelto en algunos disturbios, se fundó el Banco Nacional e impulsó las comunicaciones telegráficas y de ferrocarril.

ellos mismos; se les había ofrecido la aventura fácil, con la seducción de lo vedado, es verdad, pero a ninguno de los dos obligaban las circunstancias a hacer sacrificio por conservar la criminal inteligencia entre los dos.

Mientras que José era de carácter seco, de cortas luces y nada letrado, Piedad era una de esas muchachas que debía su caída en el vicio, a la imaginación extraordinariamente exaltada por una instrucción deficiente, adquirida en la escuela, a medias, y completada por la lectura inmoderada de novelas de a cuartilla la entrega, a que se dedicaba todo el vecindario. Cuando llegó a ciertos grados de conocimiento a medias, y falsamente interpretados por sus mismos maestros, Piedad sintió dentro de sí una plétora de emociones que se desbordaban en conceptos chabacanos, los cuales, con cariño de autora, guardaba cuidadosamente en un cuaderno. De ahí se surtía, cuando estaba de vena, para componer versos y prosa, que enviaba, con seudónimo, a los periódicos de señoritas.

Los amoríos clandestinos de José robustecieron su cosecha literaria; para desahogarse un poco, dio en la florecita de escribir cartas a su amante. Se las enviaba a la lista de correos.

José vio un peligro contra su tranquilidad doméstica, en la correspondencia irregular e inútil de Piedad, con la que tenía frecuentes entrevistas en sitio seguro; pero faltándole energía para poner a raya a aquella fogosa mujer, convino con ella en adquirir un nombre supuesto que usar en el sobre de las cartas. Dio como pretexto, que no quería afligir a sus padres con la revelación de su callado e intenso amor. El nombre supuesto fue formado con el de pila de él y el apellido de ella. Es decir: José Estrada. Probaron.

\* \* \*

Orondo como el boticario de Turín, buscaba José a los pocos días en la lista de correos, el nombre convenido; hallólo, y dirigióse inmediatamente a la taquilla de entrega de cartas, sin parar mientes en *el chato* Rosas, un esbirro de la reservada. José pronunció el nombre fatal, a lo que el polizonte me le echó el guante, con auxilio de otros que apostados estaban, y dieron con él en una bartolina de Belén. Como Diego el boticario, el pobre José tuvo mil trabajos para vindicarse, necesitando de los servicios y buenos influjos de su honorable progenitor, que fue quien lo sacó de la cárcel al cabo de algunos días. Por supuesto que la madre, y la esposa, y la sociedad entera, supieron que José no era el caballero que le creían, y les había dado gato por liebre.

Su caso fue más serio que el del chirinela, porque no se trataba de un estafador, sino de un loco quizá, que quería subir al patíbulo. Un tal José Estrada había escrito al general González una carta, amenazando atentar contra su vida, si no le concedían qué sé yo qué cosa.

¿Cayó el José Estrada legítimo en manos de la policía? Si lo supe o no, no lo recuerdo. Sobre este episodio ha caído el polvo de veintiséis años y, a no ser por parecersele tanto al del farmacéutico de Turín, hubiera quedado hundido en mi memoria.

## EL PANTALÓN CLARO\*

Cuando arrojó la colilla del último cigarro de gorra, tomó Luciano la determinación de abandonar los estudios, para ponerse a trabajar, porque, en verdad no era perezoso.

—Destriparé —decía— y me colocaré en cualquier oficina, donde poder ganar siquiera para una cajetilla de cigarros, eso de fumar siempre de mogollón es muy cargante.

Luciano había aprendido a fumar, con el ejemplo de sus padres, quienes eran fumadores empedernidos; pero, no queriendo fomentar vicios, como solían ellos decir, ni le daban al hijo un cigarro, ni dinero con qué comprarlo. La munificencia paternal hacia el estudiante, se extendía a alojamiento, plato y una muda semanal, amén del par de botines y el terno de casimir, cuando ya los en uso no podían más. En cuanto a gastos de bolsillo, el de Luciano jamás se había puesto en contacto con un centavo.

Destripó y se hizo empleado del gobierno del Distrito, valiéndose de su buena presencia, de su verba audaz y agudez de ingenio, bien manifiesta. Pero, a los pocos días de escritorio, Luciano midió la distancia que tendría que recorrer su vida vegetativa para llegar a donde sus sueños le tiraban, y dejando la curul, como punto de mira, en su propio sitio, Luciano se desvió de la curva que le conduciría a él sabe Dios cuándo, siguiendo otra recta más corta y precisa: el periodismo de aldea. Con un saco de mano, portador de su mezquino guardarropa, Luciano abandonó la capital, su residencia de estudiante, apareciendo en su pueblo nativo dos semanas más tarde, como uno de los redactores de *El Lucifer*. Esto ya era otra cosa. Entre párrafo y editorial, se fumaba, se bebía ajenjo y se hablaba mal de todo bicho viviente.

Aunque por su población y extensión llevaba el nombre de ciudad, la en que Luciano había trasladado su domicilio, no era, realmente, sino pueblo grande, atrasado, sin movimiento en el comercio, ni energía vital. Industria no la había, y la agricultura era tan rudimentaria, que a no ser porque la tierra fértil de la comarca daba de sí, naturalmente, con prodigalidad, habría sido aquella la tierra del hambre.

\* \* \*

Luciano encontró el vivir trabajoso, en el nuevo medio en que se había colocado, más trabajoso, cuanto que su espíritu se había abierto de par en par a la ambición, y el camino del medro se le prolongaba considerablemente.

En vez de capitular con la suerte Luciano, y de hacerse más tenaz en la lucha noble contra la adversidad, se tornó en irónico y acre, apático en el trabajo, suelto de lengua hasta la procacidad, sobre todo, entre hombres solos; en presencia de la mujer, se miraba bastante, haciendo el hipócrita tan lucidamente, como un verdadero actor.

Lo que desesperaba al ex estudiante era no poder presentarse en sociedad hecho un figurín, pues la mezquina indumentaria le impedía cortejar a las muchachas ricas de la localidad, que, aunque zafias y rancheras, se tenían por aristócratas, descendiendo, como

---

\* Laura Méndez de Cuenca, "El pantalón claro", en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXV, núm. 4463 (6 de diciembre de 1908), p. 14, col. 3-6.

era verdad, de la extinguida nobleza española, cuyos bienes poseían y gozaban, dejando los títulos apollillarse en las gavetas. Cuando Luciano escribía en la redacción amaneradas crónicas sociales, en que enumeraba los nombres femeninos de la ciudad, realzados por adjetivos adulantes, sus colegas le cogían el pelo, de lo cual se desquitaba él soltando la viperina lengua, como el azote de Dios.

Hería a mansalva. Abusaba de amigos y parientes, sacrificándolos sin vacilación, a un chiste vulgar. Sin que el rubor le encendiera las mejillas ni la vergüenza de un origen bastardo le royese el corazón, había dicho una vez, entre amigos, que él no tenía parecido alguno con su progenitor, sino que era el vivo retrato del confesor de su madre. Por milagro, las lenguas viperinas, que no se cansaron de repetir guasonamente el chiste, jamás llegaron al oído de la respetable y honrada mujer a quien tocó en suerte dar a luz aquel engendro del mal.

Sucedió que, en llegando las fiestas de Navidad, muy regocijadas y vistosas en aquella ciudad levítica, se dio un baile en la rica mansión urbana de uno de los más pudientes hacendados. La casa, por su extensión, era un verdadero palacio; por su decorado y mueblaje, lo mejor que se conocía en esa época, en cincuenta leguas a la redonda. Se sabía que *El Lucifer* sacaba los domingos las crónicas de los bailes que metían ruido y, por lo mismo, queriendo el anfitrión que el ambigú por él preparado para sus amigos, sonara por todo el litoral, hizo convidar a los principales de la redacción.

Luciano sacó con este motivo, sus trapos domingueros, consistentes en pantalones color de almendra, levita cruzada y corbata de seda negra. Como fuese el chaleco, no se podía ver, por llevar la levita bien cerrada. Había dejado en manos de un sirviente el fieltro apabullado, para que se lo tuviese en el guardarropa; digo, el fieltro mondo y lirondo, pues ningún gabán lo acompañaba, por no haberlo gastado todavía el flamante periodista, no obstante lo avanzado de la estación fría.

El hacendado era viudo. Su única hija, Carlota, muy joven, inexperta, y con la casquivería de su edad, y su ningún cultivo intelectual, fue comisionada por su padre para hacer los honores de la casa. Creíase ella muy competente, por acostumbrar aconsejarse en toda ocasión de las señoras más reconocidas en el lugar como damas de sociedad.

\* \* \*

Carlota juzgaba a su padre como desconocedor de la etiqueta, y lo tildaba de campechanote, mientras ella se esmeraba en ser puntillosa contra la incorrección social. En tanto que el viejo acogía en sus salones, palmeándoles sobre los hombros, al huésped pobre lo mismo que al pesado, su única heredera retrataba en sus pupilas a todo recién llegado, antes de darle la bienvenida. Con su sagacidad de mujer, pronto notó que Luciano vestía mal, chocándole sobremanera que su traje todo no fuera negro. Fingió no haberle visto, para no mostrar el desagrado que le originaba aquel desacato a la costumbre social.

Pasadas varias piezas que Carlota había bailado con éste y con el otro, Luciano, con un malévol plan de matrimonio, que le transformara en rico, bulléndole en el cerebro, se acercó galanamente a la joven, y al ofrecerle el brazo, le dijo:

—Señorita. ¿Me hace usted el honor de bailar conmigo la danza que sigue?

Carlota miró al periodista, de arriba abajo y, sin malicia ni agresión, le contestó como la cosa más natural del mundo.

—Tiene usted pantalón claro.

Esta negativa rotunda en que no formó parte el monosílabo no, cayó en el corazón del ex estudiante como una carga de dinamita. Su amor propio estaba hecho pedazos. Bailó con

varias jóvenes, menos exigentes, todas las piezas que se tocaron, sin dejar una; y al retirarse, casi al amanecer, se despidió con humildad, sonriente y agradecido. Bajo el frío disimulo, la venganza rugía, como la lava en el volcán.

Al siguiente día apareció en *El Lucifer* una crónica del baile, excesivamente adulante, en la cual la fama de Carlota, como bella, elegante y distinguida, se estableció definitivamente en el lugar.

Corrieron quince años, Luciano firmemente siguió la senda que se había trazado en la carrera política, llegando a la meta deseada: la curul. Tenía afición por la oratoria y ciertas tendencias disolventes; así es que sus aspiraciones se vieron colmadas cuando, en discursos estrepitosos y sobrecargados de retórica, pedía la extinción de esto y de lo otro y de lo de más allá. Sus proyectos de aniquilamiento de los principios morales más rudimentarios, varias veces eran aplaudidos por las galerías, varios secundados por los demás diputados y salidos de la Cámara con bien. Algunas de sus proposiciones, con todo, fueron de tal modo crudas, que poco faltó para que el presidente del Congreso le ordenase callar y largarse, si hubiera sido posible.

Luciano, despellejando con su sátira a todo el mundo, lo mismo en los corrillos de la Cámara, en el pórtico de los teatros, en la tabaquería de Plateros y en torno de la mesa de redacción, había ganado muchos amigos. Él los divertía a costa del honor del prójimo, y tenía el poder de imponérseles, con la fuerza persuasiva de un catedrático que explica la lección del día por medio de sofismas. Entre los amigos, algunos, los más jóvenes, llegaron a titularlo maestro, y eran de su disipación verdaderos y aplicados discípulos.

Sucedió que el estreno de una fábrica de hilados llevó a Luciano a su tierra natal. Tres días duraron los festejos, durante los cuales, el diputado supo, muchas veces sin inquirir, el paradero de varios conocidos. Supo que Carlota, después de una carrera de venalidad y coquetismo, que le había dejado soltera, se dedicaba al presente, a vestir santos, con todas las reglas del arte. Se había hecho beata.

Ya no era hermosa. La transparencia límpida de su cutis había desaparecido bajo la capa caliza y mercurial de los ungüentos amarillentos, y se le alargaba a medida que se le comían las encías. Los ojos, opacos ordinariamente, se animaban de tiempo en tiempo, y le brillaban febrilmente cuando le apuntaba algún síntoma de histeria. Su cuerpo de jamona no tendía a la obesidad, sino que se secaba con los ayunos repetidos, el arrodillamiento largo y la rebelión de los nervios.

Canas prematuras aparecían en los antes sedosos cabellos de la beata, ahora descuidados y sujetos, en la coronilla, con nudo desgarrado. El vestido de negro, especie de sotana de merino, que la asaba en verano y no la calentaba en invierno, por ser bastante rala la tela, era todo lo que sus recursos limitados le permitían vestir, desde que su padre había derrochado su vasto caudal en fandangos y bureos. El pobre viejo, por dar gusto a su hija y asegurarle un novio de campanillas, había dado al traste con todo.

Para Carlota, en los días de su grandeza, no había habido bastantes príncipes ni reyes que la merecieran de esposa. A cualquier proposición, recibían los galanes en respuesta, alguna invectiva, con tal desprecio pronunciada, que más los lastimaban la entonación y el modo de decir, que el desaire que las palabras expresaban. Porque el hacendado jamás sospechó que a los hijos deben los padres educación, principios, algo más que trapos, lecciones de piano y fiestas. Así, cuando padre e hija se vieron empobrecidos y obligados a vivir de la mínima renta de una casita, se pusieron a amar a Dios, consagrándosele por el resto de la vida, y a odiar al prójimo con toda el alma. El prójimo se llamaban los usureros, los acreedores, los gorriones que hacen la vista gorda al caído que los mantuvo con hartura;

los novios que se baten en retirada, los amigos de ocasión, y, por último, la cáfila de indiferentes, que pasan junto del pobre, sin fijarse ni en su insignificancia ni en las cualidades que a nadie suele faltar.

La vida de modestia y santidad con que padre e hija iban ganando el cielo, corrió en dulce quietud tres años, hasta el día en que Luciano asistió a la bendición de la fábrica de hilados y se enteró del paradero de Carlota. Cuando un antiguo redactor de *El Lucifer*, metido ahora en una empresa de alumbrado y potencia eléctricos, y podrido en pesos, enteró al diputado del desastre del hacendado, aquél sonrió. Oyó el cuento hasta el fin, sin hacer preguntas ni comentarios; mas como era cada día más erudito, se acomodó bien en el corazón la sustancia de esta frase: “La venganza es el placer de los dioses”. ¡Vaya si él saborearía ese placer!

El amigo de Luciano y ex colega en *El Lucifer*, era uno de los que más lo admiraban, y con devoción de neófito le seguían en la senda literaria. Se llamaba Cándido Rubio. Sus tres haciendas bien administradas por él mismo, con la ayuda inteligente de sumisos y leales parientes, y la importante plaza social de gerente de la compañía de luz eléctrica, no le compensaban de los desastres literarios. Sus escritos en prosa y verso, ya fuesen calzados con su firma, ya con diversos seudónimos, iban derechos al cesto de papeles rotos, en todas las redacciones, sin mayor explicación.

Una vez sola, le habían dirigido una carta aludiendo a cierto artículo, y eso en la sección del periódico llamada “Correspondencia con los lectores”, que suele correr a cargo de un chistoso de oficio, digamos el payaso de la redacción, él cual empuña el látigo y flagela a principiantes y aficionados en letras, sin ver dónde cae el ramalazo, ni qué hondo desgarrar el amor propio de las víctimas. En su carta había llamado el *clown* a Cándido, grandísimo bruto, aconsejándole, finalmente, que hiciera zapatos.

Luciano había consolado a su amigo con cariñosas frases, después de haber aplaudido el vapuleo en la redacción. Cándido, que por serlo de veras, no sospechaba la perfidia del diputado, le estaba agradecido y le envidiaba, aunque sin malicia, su estro, sus facultades creadoras; no la reputación ni el nombre, a cuya grandeza y fama, él sinceramente contribuía con sus elogios hiperbólicos. Por otra parte, no siguió el consejo del crítico: en vez de zapatos, se dedicó a hacer una fortuna limpia y bien cimentada, en el desarrollo del país. Para sus adentros, el diputado codiciaba el caudal de Cándido; aprovechando las ocasiones que se le ofrecían de gozar parte de él, en comilonas, festejos y otras gollerías. Cuando el industrial iba a México, lo que acontecía frecuentemente, se desquitaba de la privación de una fortuna igual. Para conservar la amistad de Cándido, que tales gangas aparejaba, Luciano hacía cuanto era posible porque la admiración literaria, que su amigo le dispensaba, aumentara continuamente.

\* \* \*

En estas condiciones, el diputado periodista, al saber que Carlota permanecía y había salido del estado de merecer, al ocurrir la ruina de su padre, lejos de sentir compasión por ella, pensó en la ruin venganza. Era el momento de ajustar cuentas con la beata ex coqueta, que le había lanzado el insulto aquél: “Tiene usted pantalón claro”.

Acababa Luciano de estrechar diez, veinte, cincuenta manos de los convidados, que le habían aplaudido su elegante brindis; eran las pesadas horas de la ingestión de una comida de banquete, Cándido por quedarse a solas con su amigo, a compartir con él la ovación de que había sido objeto, hubiera dado cualquier cosa. Comprendiéndolo el periodista, se dijo

para sí: “He aquí el momento”. Tomó del brazo a Cándido y lo condujo afectuosamente al jardín.

Nada esclarece mejor la mente y ablanda el sentimiento, como una buena digestión: de sobremesa se piensa y se ama hondo. La comida bien sazonada y deglutida con buenos tragos de vino añejo, de las mejores marcas europeas, avivando el cariño del industrial hacia el diputado y la sagacidad de éste, preparó un cúmulo de circunstancias que torcerían la corriente de la vida del hacendado empobrecido y de su hija. ¡Qué lejos estaba la resignada Carlota, la modesta organizadora de la Guardia del Corazón de María, del horizonte en que los nubarrones que la alcanzarían con la inclemente severidad de todas las borrascas, se levantaban ahora en rizados copos de humo que partían de la extremidad de dos cigarrillos de Tuxtla!<sup>1</sup>

Entre bocanada y bocanada, Luciano preguntó a Cándido con socarronería, mientras le daba golpecitos de mano en un hombro:

—¿Serías capaz de sacarme de un apuro, pero de un apuro grande, en que me hicieran falta tu abnegación, tu afecto, tu confianza en mí?

—Luciano —dijo el otro, mostrándose resentido—, ¿puedes dudar de mi amistad? Pide. Mi casa, mi capital, mi persona, todo lo pongo a tus órdenes.

—Dime, antes de todo: ¿Tienes fe en mi talento?

—Ciego. Un hombre que por su propio esfuerzo, llega a la posición que tú ocupas, merece que no se dude de su capacidad mental.

—Bien. Ahora, otra pregunta. Pero respóndeme con la mano en el corazón. ¿Amas a alguna mujer?

—Con franqueza te diré que jamás he querido a ninguna lo bastante para decidirme al matrimonio. He tenido mis aventuras, por supuesto, porque un san Francisco no lo soy; pero me ha gustado ser discreto, y como jamás he difamado a una mujer ni la he puesto a discusión, aunque no me la hecho de galán, conozco que el bello sexo me dispensa respeto. Si fuera casquívano, me atrevería a decir que las muchachas me quieren bien. Pero dicen que soy incasable, y tienen razón. Pero, ¿a qué viene todo esto?

—Necesito que enamores a Carlota Zaldivar.

—¿Yo? ¿Estás loco? ¿Meterme en líos con una coqueta que ni por su dinero, cuando su padre estaba reventando en cargas de oro, hubo quien cargara con ella? ¡Lindo papel haría yo de Don Juan de una beata!

—No eres mi amigo. Paciencia. Se fue quien lo dijo. Dime: ¿Y qué tal costearía aquí una cría de ganado? Hay buenas pasturas, a lo que veo, y agua en abundancia. ¿Crees que costearía?

—Pero, ¿por qué diablos se te ocurre que yo enamore a Carlota? Vamos. Me das en qué pensar.

—Hombre, olvida eso, por favor. Yo me vanagloriaba de tu cariño; llegué a imaginar que tú serías el único amigo que me ayudaría a realizar una empresa en que he meditado quince años. ¡Ah!, quince años de pensar y esperar en vano. Pero, dejemos eso y echémoslo al olvido: donde se echan las derrotas, las quiebras, las carreras malogradas, las empresas

---

<sup>1</sup> Desde mediados del siglo XIX, el Valle de San Andrés Tuxtla, Veracruz, por lo fértil de sus tierras y la abundancia de agua, creó un ambiente propicio para sembrar tabaco de calidad. Por todo esto, los puros de San Andrés han alcanzado un prestigio internacional, y están considerados entre los mejores del mundo. Anuncios publicados en *El Siglo Diez y Nueve* (1868) advierten que su “único” expendio de distribución en la Ciudad de México se halla en la calle del Espíritu Santo (hoy Isabel la Católica), núm. 6.

fallidas. Hablemos seriamente de la nueva que al presente me ocupa: una cría de ganado. Deseo cimentarme fuera de la capital y casarme. Pronto me saldrán al copete las canas que ya tengo por debajo. Mira.

El diputado quitóse el sombrero, y pasándose los dedos entre el cabello, para revolverlo, dejó que Cándido viese un centenar de hebras blancas.

—No me vengas ahora con ganados. Soy tu verdadero amigo y eso lo sabes bien. Si es menester para tus planes que enamore yo a Carlota, desde mañana me tendrás velando a Nuestro Amo, para ganarle el corazón, pues ya no está ella para flores ni paseadas por la calle. Pero, dime: ¿Qué hago después con esa beata? Supongo que no me pedirás que la haga mi esposa. Habla, ¿qué planes tienes?

—Si eres mi amigo de veras, el primer sacrificio que te exijo, es decir, que exijo a tu amistad, es la discreción. No me preguntes nada, ni trates de inquirir nada, hasta el final de la obra. Te garantizo que Carlota misma se desligará de ti oportunamente, sin que te veas obligado a escuchar en su compañía la epístola de San Pablo. Pero, mira, si te causa repugnancia obrar a ciegas, si desconfías de mí, dejémoslo. Ya ves que voluntariamente he desistido. Prefiero conservar el don de la amistad.

—No, nunca daré motivo para que dudes de la mía. Haré lo que me pide tu deseo: primero la corte en toda regla a la santa ahuerada y luego me conformaré con las calabazas que ella me dé. Te prevengo, y no porque me lo agradezcas, que eso de recibir calabazas, aunque sean de solterona, me va a saber a rejalgar.

—En cuanto a eso, no temas. Las calabazas se las darás tú; así es que tu amor propio quedará incólume. No me preguntes por qué. Fíate de mi talento y de mi palabra de caballero. No saldrás desairado en la empresa.

El trato quedó cerrado después de breve discusión.

Dos meses empleó Cándido en persuadir a Carlota de que su belleza no estaba marchita aún. En efecto: como la planta en plena floración, olvidada un día cálido del rocío del cielo, revive con la lluvia saludable, así la hija del hacendado sintió rejuvenecer su espíritu, arder la sangre, palpitar gozoso el corazón, cuando las transparentes alas de Cupido pasaron rozándole la frente. Se le figuraba que la habían volteado al revés, dejándole dentro la tez reseca, con la fina marca de una incipiente pata de gallo y el color paliducho de la anemia, mientras que la nueva vida con su cortejo de ilusiones, le sacaba a la cara el tinte del rubor, a los ojos el brillo, a las facciones la expresión amable de las criaturas que se deleitan en el amor.

En la alacena fueron arrumbados los trapos negros, el cordel mortificante que se ceñía la joven de treinta años, y hasta un cilicio a que la había condenado el confesor por pecados abominables. En la ventana aparecieron, de la noche a la mañana, macetas de claveles disciplinados y geranios de olor, que se bañaban de Sol durante el día y daban por la noche su aroma a una Julieta envuelta en batista, que esperaba al Romeo de capa española y hongo calado, quien antes de acercarse a la reja de su amada, hacía que el sereno, mediante una propina, apagase la luz del farol cercano. ¡Ah!, si hubiera sido posible apagar también el fanal de la luna, cuántas lenguas largas se habrían enmohecido en aquellos días en que se notaba la falta de acontecimientos escandalosos. No, pues lo que es sin robos, duelos, raptos, y adulterios de que den cuenta los directores de tertulias, en casa de sus íntimos, no se puede permanecer en una ciudad rabona, que carece de espectáculos públicos.

Todos los amoríos siguen el curso secular: cortejo, trato más o menos íntimo, alternados de tempestades y bonanza y, para finalizar, o calabazas o casaca. Los de Carlota y Cándido marchaban rumbo al altar, término feliz y anhelado por la novia; temido del pretendiente,

quien ya se veía en capilla, ya con el nudo corredizo al cuello. Los preparativos para la boda eran ya indispensables, y Cándido no veía cómo salir del compromiso, pues por ningún lado se le presentaba el diputado a cumplir con su palabra de honor. ¡Palabra de honor! Qué hermosa sería esta frase cuando por primera vez salió de los labios de alguno que tenía honor y sabía estimarlo; ahora es sólo expresión hecha de cajón, de la cual usan indistintamente el tahúr, el fullero, el falsificador y el Juan Lanas.

A sostener los fueros del honor susodicho, llegó el periodista el día menos pensado. Cándido se quedó de una pieza. Declaró a Luciano, cuando se lo permitió el torbellino de la confusión, haber llegado a dudar de él.

Los dos amigos sostuvieron larga y secreta entrevista, de la cual nada se pudo traslucir. Lo que el pueblo grande (que no era otra cosa la llamada ciudad), repitió, de extremo a extremo, fue que Cándido había sido llamado por el telégrafo a la casa de un tío moribundo, a quien debía heredar, para oír sus últimos consejos. Naturalmente, la boda tendría que aplazarse por tres o cuatro meses. Se supo de la partida del industrial, quien comisionó a su amigo para que, durante la corta ausencia, asistiese a Carlota y su padre, con lo que fuese necesario.

La obra perversa de Luciano, comenzada con manos postizas, continuó con la propia, resultando una obra maestra de ruindad. Valiéndose de la casquivanería inocente de la beata, en cuyo cerebro ninguna alma piadosa había encendido luz, y en cuyo corazón el impulso moral fue sofocado por la vanidad en los primeros días de la infancia; valiéndose de su elocuencia de oropel, a cuya eficacia debía los altos puestos de que gozaba, Luciano sedujo el alma de Carlota. Cruel, muy cruel, rastrero, muy rastrero, inundo, muy inundo, fue el procedimiento con que atrajo hacia el suyo, bajo y vil, el extraviado de la pobre mujer. Fuera de sí, con los nervios en rebeldía, pocas insinuaciones, escasos ruegos, fueron menester para que la víctima se arrojara en brazos miserables.

Cuando, avergonzada y sollozando, se dio cuenta la infeliz de su caída, en la calle de en medio, sólo acertó a decir al seductor:

—Nos casaremos pronto, como me has prometido, ¿verdad?

—Señorita —respondió el miserable con ironía— usted no puede casarse conmigo, porque, mire usted, yo solamente uso pantalón claro.

Al decir esto, alargó una pierna mostrando los pantalones color de flor de romero, que intencionalmente se había puesto; hizo luego ademán de sacudirse, como quien desea apartar de sí una alimaña; y se alejó de la casa de Carlota, con aire de gallo victorioso que acaba de picotear la cresta a una gallina rebelde.

Antes de partir, Luciano, en el cuarto del hotel, escribió a Cándido los pormenores de su venganza, lo cual le ocupó hasta cerca del amanecer. Rasgueaba con el entusiasmo de poeta novel, que se imagina a la Fama esperándolo corona en mano. Pero si en vez de escrita la relación de sus hazañas, la hubiera hecho de viva voz a Cándido, éste habría marchado al patíbulo y aquél al cementerio, cosido a puñaladas. Tal fue el sentir del candoroso industrial, cuando leyó la villana confesión de su amigo. Él, a quien todos aplaudían declarándolo talentoso, heraldo de la civilización moderna, hombre del día: él, a quien Cándido mismo había admirado y amado, no era más que un rufián, repetidor de palabras ajenas, destituido de sentimiento.

\* \* \*

Ni Cándido trató de tener explicaciones con su fingida novia, para recoger su palabra de casamiento, ni la miserable criatura buscó a pedírselas. Como que las razones del

rompimiento de ambos las coreaban en el teatro los calaveras, y en las puertas de la parroquia y en las avenidas de la alameda. ¿Quién no sabía en la ciudad las aventuras de la beata?

Alguna vez Cándido tropezó con la infeliz, que iba camino de la iglesia. De nuevo vestía ropas negras, de nuevo se cubría la cabeza con el manto a mañana y tarde, y se colgaba al cuello la cinta azul de las Hijas de María. Su rostro, ajado por la pintura y los afeites durante veinticinco años, ya no era tentación: surcábanlo en todas direcciones pequeñas arrugas, que servían de fondo a la pata de gallo. Los ojos le brillaban más febricitantes que en la otra ocasión que se había apartado del mundo. Reparando en su ex prometido, bajó la mirada al suelo, trastabilló cual si sintiera guijarros debajo de los pies, y el mismo golpe de sangre que le aceleraba las pulsaciones del corazón, la bañó, con su ola rojiza, la cara macilenta.

El industrial, que desde aquella aventura había dado de mano sus aficiones literarias y su afición a los emborronadores de cuartillas, cuando se sentaba por la noche en su butaca de reposo, a olvidarse de cifras numéricas y combinaciones de especulación, sentía frecuentemente pesada la soledad del egoísta, que confunde el sensualismo con el amor, y lo compra hecho y a la medida en cualquier callejuela. A menudo, el insomnio lo atormentaba: se revolvía en el hecho como desesperado; y cuando por el balcón abierto a medias, el viento nocturno le traía los lloriqueos de los chicos de un matrimonio de la casa de enfrente, que los tenía a montones, le saltaba el corazón y se le humedecían los ojos, acordándose de Carlota.

Ella y él eran dos seres inútiles y estériles. ¿Quién tenía la culpa? El azar, las circunstancias, el *modus vivendi* de la época y del país, la idiosincrasia de un tipo de raza peculiar. “No pudo ser, no pudo ser” —murmuraba irritado y haciendo esfuerzos por bostezar, fingiéndose soñoliento.

\* \* \*

Mientras tanto, Luciano continuaba en la capital, recogiendo triunfos en la tribuna. Se hizo flaco y un poco seco, siendo más visible su apariencia de palo encebado, por la tiesura afectada que tomó al andar, para darse paquete. Saludaba con protección a los que le sobrepasaban en hacienda o prerrogativa social, y de los inferiores en estas ventajas, sólo los que de algo le servían o lo adulaban, le merecían una sonrisa forzada o lejano saludo de mano. Pero bien sentado, y a perpetuidad, en su escaño del Congreso, Luciano se reía de todo y de todos, empujándole el ahínco de llamar la atención hasta presentar a la Cámara proyectos de ley nunca soñados por los padres conscriptos. El que lo ocupó a raíz de su cumplida y sabrosa venganza, que así llamaba él a su proceder con la hija del hacendado, consistía en la abolición del matrimonio, sustituyéndolo con el amor.

## EL BAILE DE CUELGA\*

Desde la muerte de don Hermenegildo Mujica, doña Macaria, su viuda, se puso a administrar los bienes que le dejó el finado, sin atenerse a parientes o amigos, sin solicitar consejos de abogado, porque, como ella decía muy bien, no necesitaba vejigas para nadar.

En manos de la Mujica, la tienda siguió su marcha regular por algún tiempo, entrando luego en una época de bonanza. Doña Macaria importó artículos nuevos, apenas conocidos en la lejana capital, y los introdujo en el comercio del pueblito. El resultado pecuniario fue tan lisonjero, que la viuda tomó la resolución de educar para damas a sus cuatro hijas, empezando a dar de consiguiente los pasos necesarios. Los primeros fueron encaminados a dar aspecto decente a la habitación, aumentando sus muebles, reparando otros y cambiando la indumentaria de los santos que, encerrados en capelos, había distribuidos en todos los cuartos de la casa, por otra con visos de elegante. Completando el ajuar de la casa, llegó de México un piano vertical, alto como un ropero, con sus cortinillas de seda de color solferino y copete de lira con algunos remates dorados. En aquellos tiempos un piano se llamaba clavicordio y el maestro que enseñaba a las jóvenes casaderas a tocar tal instrumento, se le contaba como verdadero tenorio en las pequeñas localidades.

\* \* \*

Doña Macaria, una vez que hubo dado, si no término, tregua, a las mejoras de la tienda y la casa, apartó a sus hijas del mostrador, prohibiéndoles severamente que se apersonaran por la trastienda. En adelante entradas y salidas no habría más que por el zaguán. Para que la ayudasen en el despacho, tomó a su servicio dos mocetonas del pueblo vecino, alegando que las muchachas fuereñas no tienen pretensiones y saben conformarse con salarios más cortos que los dependientes de profesión. Sobre todo —decía— los hombres son siempre un peligro, cuando se es viuda con cuatro hijas casaderas.

La educación de las niñas requería gastos de consideración, pero eran indispensables, y la de Mujica, comprendiéndolo así, se determinó a hacerlos sin que le doliera la bolsa. Vino de México una maestra de labores, bordadora en fino muy recomendada, que deshilaba, calaba y tejía randas de aguja con singular primor. Con las albas y sobrepellices que de sus manos habían salido —contaba a sus amigas doña Macaria— se podría engalanar un arzobispo. Para que las niñas se hicieran mujeres en toda forma, la madre propuso a la cocinera francesa de la vecina fábrica de aguardientes; para cantar y tocar el clavicordio, se les puso un profesor local que había aprendido en Europa, y finalmente, Silvio Pozzi,<sup>1</sup> un ex barítono de la época que dirigía en la capital un tal Zanini,<sup>2</sup> fue designado para dar las

---

\* Laura Méndez de Cuenca, "El baile de cuelga", en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXV, núm. 4463 (7 de diciembre de 1908), p. 4, col. 3-6.

<sup>1</sup> Debe tratarse del barítono Francesco Pozzi, miembro de la Compañía de Ópera de Rafael Tomba, fundada en 1879.

<sup>2</sup> Juan Zanini, integrante de la Ópera Italiana que debutó en México en el Teatro de la Plaza de Gallos, calle de las Moras, el 12 de julio de 1841.

lecciones de baile. Con los ribetes de arte coreográfico, se completaba en aquél entonces la educación femenil, quedando cualquier chica apta para el matrimonio y la institución de la familia.

En cada asignatura progresaban las niñas rápidamente, pues en poco tiempo pudieron encargarse de la cocina en días de santo, bordaban y cosían diferentes prendas que regalaron, o al padrino o al confesor, y cantaban con dulce voz avemarías, los viernes, en el rosario de la parroquia, y nocturnos y romanzas, a diario, en las tertulias caseras. De las cuatro criaturas el pueblo estaba orgulloso, tomándolas como un prodigio.

Aurora, la mayor de las Mujica, al cabo de los tres años que había comprendido el curso de su educación, rayana ella en los veinte años de edad, manifestó notable habilidad en el baile, habiéndose dado con tal tesón al arte coreográfico, que le costaba trabajo tenerse queda cinco minutos. Para sus adentros Aurora se decía que ni en la cocina, ni en el bordado, ni en la música, descollaba sobre sus hermanas, quienes de veras se aplicaban a estos tres ramos de la educación femenil en boga. La mayor de las Mujica, cuando preparaba algún manjar sin ayuda de vecinas, no obstante de operar receta en mano, lo quemaba inevitablemente o lo dejaba crudo. Sus verdaderos conocimientos musicales se limitaban a cantar en coro, perdiéndose su voz en la de las demás concertistas, y en cuanto a ligereza de manos, baste decir que el clavicordio jamás se sintió aporreado sin compasión, como cuando la niña mayor de la casa le dejaba caer sus toscos dedos en el teclado. En labores era menos su torpeza; pero aunque las puntadas no le salieran mal, tenía el defecto de la inconstancia con el trabajo. La obra en que ponía las manos tenía que ser terminada invariablemente por las hermanas o la maestra, pues que Aurora jamás le daba fin. El remate de una labor cualquiera nunca llegó a salir de sus manos, porque le daban flojera las últimas puntadas.

\* \* \*

Bailar: he aquí para lo que la primogénita de los Mujica había venido a este mundo. Como pasara por la calle algún músico ambulante de acordeón o arpa (entonces ni se platicaban los organistas italianos de cilindro o pianola) aunque estuviera la joven en el estrado, con el señor cura de visita, o el prefecto del pueblo, los pies le empezaban a brincar. Una buena noticia le producía en las piernas el tirón de la cuerda del titiritero sobre El Negrito o Don Simón.<sup>3</sup> Cuando trataba de andar señorilmente, cual convenía a su edad, sexo y posición social, sacudía las caderas sin darse cuenta, y no le paraban las manos, las cuales, durante la conversación más corta y lacónica, le entraban a la cara a quien quiera que platicase con ella.

Un día sucedió que Aurora, a pesar de ser tan estrepitosa, inquieta y superficial, tuvo un novio serio que la quisiese para esposa. Fue el gachupín de la tienda de *La Purísima*; un don Homobono Peláez, rico, trabajador y de miras muy altas, dentro del círculo de honradez en que había encerrado su ambición. Don Homobono pidió a doña Macaria la mano de Aurora, con lo cual puso en fuga a todos los enamorados ociosos de la Mujica, especialmente al maestro de baile, con quien ella se daba más vuelo y coqueteaba más.

---

<sup>3</sup> En 1880 el nombre de la Compañía de la familia Rosete Aranda cambió a “Compañía Nacional de Automatas Hermanos Rosete Aranda”, tenían 1300 muñecos, y para 1900 poseían 5104 figuras. En 1891 fueron llamados al Castillo de Chapultepec para una función dedicada a Porfirio Díaz, donde representaron el grito de Independencia del 16 de Septiembre, más de 500 marionetas transitaron por el escenario, *vid. <http://www.baulteatro.com/taller2.htm>*. En la primera década del siglo XX la Compañía Rosete Aranda fijó su sede en Huamantla, Tlaxcala, y realizó recorridos por pueblos de este Estado.

De pronto, con la novedad del noviazgo, Aurora no sintió pesadumbre del cambio de medio ambiente, pero al cabo de algunos meses ya se le hacía cruz la sequedad de don Homobono y le daba la carga al diablo. Con alguna conformidad había dado de mano las visitas, las salidas a la ventana, con harta frecuencia; pero renunciar a los bailes era más amargo que una copa de hiel. ¡Si la perspectiva del matrimonio que la tornaría en la mujer más rica del pueblo, no fuese tan halagadora!

Llegó el cumpleaños de la joven, y don Homobono, sin rodeos ni insinuaciones indirectas, preguntó que deseaba que él le diera de cuelga. Aurora respondió sin vacilaciones que apetecía bailar sobre todas las cosas, y el baile quedó resuelto. Todo, absolutamente todo, corría a cargo del gachupín, y todo, naturalmente a su cuenta. La niña no tendría que hacer otra cosa que arreglar su traje y adiestrar sus pies. Con esto no hay para qué decir que mientras la costurera iba armando pieza a pieza un vestido azul, espejo y copia fiel de un figurín del *Correo de Ultramar*,<sup>3</sup> Aurora pasaba de la mazurca al vals, de éste a las figuras de las cuadrillas.

\* \* \*

El día del santo, la sala brillaba con el fulgor del cobre recién atizado de los múltiples candeleros; los almendrones de la araña central limpios y relucientes, descomponían en rayos irisados los últimos toques del sol que se adelantaba a su ocaso. Aurora y sus hermanas se prendieron y engalanaron consagrando dos buenas horas al tocador; y mientras se abrochaban joyas y se prendían flores, oyeron desde sus alcobas el ajeteo de la gente de servicio dando la última mano a la casa para ponerla de recepción. Mozos entraban y salían trayendo cajas de dulces y pasteles encargados expresamente a México, así como los botes en que un repostero, venido de la capital, iba a preparar la nieve de zapote y de mamey.

A las nueve, la casa de los Mujica parecía un palacio de hadas por su refulgencia y pulcritud; las niñas, vaporosas como querubines, esperaban impacientes a sus amistades. Larga espera. A eso de las diez, don Homobono, hecho un “veinticuatro”, se presentó en el portón. Congratuló a su prometida, ofreciéndole un ramo de rosas, y mandó que entrasen los músicos que venían tras él.

Cuando un rasgueo de bandolones y bajo anunció la primera varsoviana, Aurora, algo inquieta, preguntó a su prometido:

—¿Y los invitados, a qué hora vendrán?

—Los convidados somos doña Macaria y yo. ¿Para qué hacen falta los extraños en las reuniones de familia? Ahora, niñas, a bailar. Tú con Pepita, la Chata con Andrea y yo con tu mamá.

Viendo que la viuda no estaba presente, don Homobono arrebató la silla que al lado tenía, y, abrazándose a ella, empezó a dar alrededor del salón los pasos rítmicos que indicaba la varsoviana.

El baile acabó con un ataque de nervios que acometió a Aurora, quien hasta la fecha no ha olvidado la ocurrencia. A menudo la refiere a sus sobrinos. Cuando peina sus venerables canas y frota sus gotosos pies con aceite alcanforado, las lágrimas le vienen a los ojos, como empujadas por tristes recuerdos. En su mente sólo están fijas una palma y una corona.

---

<sup>3</sup> *El Correo de Ultramar* (1842-1886) se publicó en París. La revista trató temas políticos, literarios, mercantiles e industriales; hacia 1869 introdujo una sección de modas, que causó revuelo en Europa y América.

Don Homobono, abuelo de larga chiquillada y podrido en pesos se pasea diariamente dos horas a pie por la alameda, en las primeras horas de la mañana. Se siente vigoroso y joven a pesar de sus setenta; y preocupado con sus múltiples negocios, ha llegado a olvidar a la bulliciosa y alegre Aurora.

## LA CURVA\*

Para Silverio Madariaga, tener cinco dedos en cada mano era el don más digno de agradecimiento con que la Providencia había favorecido al hombre. ¡Cinco dedos ágiles, cinco dedos diestros en el manejo de herramienta e instrumentos para varios oficios! En su concepto, el hombre no necesitaba, para rico y feliz, más que los dichosos cinco dedos y una voluntad inquebrantable y decidida de trabajar.

Con sus gallardos veinte años, Silverio se encontró enfrente del porvenir, en una vasta llanura de la Alta California,<sup>1</sup> cuyo suelo fértil no producía sino lo que la naturaleza da en frutos silvestres. Jamás<sup>2</sup> azadón o arado habían roto los terrenos del suelo virgen, oculto entre malezas. Allí se levantaban los cuatro paredones que, desde tiempo inmemorial, habían servido de hogar a los ascendientes de Silverio. Allí se revolcaban a su sabor un par de cerdos y media docena de gallinas, único patrimonio del joven mexicano, cuyo padre y cuyo abuelo, aquél en la cuna todavía, y éste, encorvado sobre el surco, habían cambiado de nacionalidad allá por el año de 47, así como el borrico cambia de roncal: sin darse cuenta.

Lo único que no escapó a la observación incipiente de aquellos dos imbéciles conquistados, o traspasados, o vendidos, fue que ya no llegaban misioneros por aquellas tierras, a sembrarlas y cultivarlas, recompensando a los que ayudasen<sup>3</sup> a la labranza, con raciones de pozole y fanegas de maíz; ya no había rosarios gloriosos, ni procesiones cantando el Alabado, sino capataces bruscos a la cabeza de la peonada, quienes hablaban una lengua ruda e incomprensible, exigían tareas largas y pagaban con monedas de oro luciente el jornal, sin que los jornaleros estuvieran obligados a gastar su salario en ninguna Tienda de Raya.

\* \* \*

Por el resto de su vida, el abuelo y el padre de Silverio vivieron en la misma casuca, al lado del chiquero, donde, con regularidad, se sucedían anualmente generaciones de cerdos y gallinas. Ni el abuelo medró, ni el padre hizo otra cosa que sostener miserablemente a la mujer y a los hijos, a quienes legó, al morir, el terruño fértil, escondido y olvidado de la industria agrícola.

Convencidos los hermanos mayores de Silverio, de que la tierra heredada de su padre no daría de comer a cinco de familia, mayormente si contraían matrimonio, uno tras otro emigraron a las minas dejando a la madre con el chico de quince años, en quienes de buena gana renunciaban la herencia paterna.

---

\* Laura Méndez de Cuenca, "La curva", en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXV, núm. 4484 (28 de diciembre de 1908), p. 4, col. 1-4; con el mismo título en *Simplezas* (Paris, 1910), pp. 209-219. Fijo el texto de la edición de 1910 y señalo en nota las variantes.

<sup>1</sup> Al igual que sus contemporáneos, la pérdida del territorio arrebatado a México por los Estados Unidos en la Guerra de Intervención, significó un momento crucial que entreteje la obra literaria de Laura Méndez, es un motivo de reflexión humana y creativa.

<sup>2</sup> 1909: *pues jamás* por *Jamás*

<sup>3</sup> 1909: *ayudaban* por *ayudasen*

Madre e hijo continuaran la vida precaria que la suerte les había dado, hasta que Silverio, al cumplir veinte años de edad, abrió los ojos, y enterándose de su mísera condición, se propuso salir de ella por cualquier medio. Entonces fue cuando comprendió el valer de los cinco dedos que en cada mano tenía, y se dijo: “Silverio, a trabajar”.

¡Trabajo, trabajo!...<sup>4</sup> bonita palabra. En los oídos del mozo resonaba armoniosa, y repercutía en su corazón como sinónimo de bienestar, y hasta de riqueza. Desmontando árboles y plantando, en su lugar, cereales y legumbres que pudieran tener salida en el mercado,<sup>5</sup> con el tiempo y mediante Dios, se allegaría una fortuna. Pero no había que dejarlo para mañana.

\* \* \*

Silverio puso manos a la obra. Abatió los árboles.<sup>6</sup> Convirtió el ramaje seco en combustible; las ramas gruesas en leña que vender; y, del tronco, sacó buenas tozas, que realizó entre los fabricantes de muebles corrientes, obteniendo buenas ganancias. Su labor había sido premiada con creces.

No entró jamás la pereza en la casa del honrado agricultor; tampoco tuvieron cabida el despilfarro ni el vicio. En cambio, la ignorancia y su gemela, la rutina, vivían con Silverio a la pata llana, siendo inspiradoras de todos sus planes, obstáculo de sus buenas obras y oscuridad en su porvenir.

Así como el Sol encontraba diariamente a Silverio azadón en mano o unciendo los bueyes para conducir al campo el arado, la Luna no le vio de otro modo que echado a la bartola, en la puerta de la cabaña, en las noches cálidas, o junto a la lumbre, en el invierno, tostando cacahuetes, que él y la madre se comían después, amenizando la velada en sabrosa plática, alrededor de la hornilla. ¿De qué hablaban? Del tiempo y sus accidentes; de si la cosecha de don Pedro el mexicano fue menos abundante que la del gringo Brown; de si se logró el maíz mejor que el trigo. A veces, los sucesos ruidosos de la comarca daban asunto para variar la conversación. Del mercado solía traer Silverio, a su madre, algunas noticias, que no siempre eran placenteras: robos, asaltos o linchamientos, especialmente de mexicanos. El gobierno conquistador<sup>7</sup> les atribuía la responsabilidad de todo lo malo que en el país se hacía. Tal cual vez<sup>8</sup> Silverio era portador de buenas nuevas.

\* \* \*

El producto de las economías de madre e hijo iba invariablemente a una olla enterrada, en medio de la cabaña, a medio metro de profundidad. El trabajo de sacar la tierra de la excavación, cada vez que guardaban dinero en la olla,<sup>9</sup> no disgustaba a ninguno de los dos. Era entretenimiento en las largas noches invernales. A veces, sin tener que añadir al depósito un centavo más, madre e hijo regocijábanse en desenterrar la olla, para contar y recontar la suma que contenía. Esta ocupación los desaburría de los ocios nocturnos, apenas las horas de luz iban disminuyendo.

---

<sup>4</sup> 1909: *¡Trabajar, trabajar!* por *¡Trabajo, trabajo!*...

<sup>5</sup> 1909: *salida para los mercados*, por *salida en el mercado*,

<sup>6</sup> 1909 no aparece: *Abatió los árboles*.

<sup>7</sup> 1909: *especialmente de mexicanos, a los cuales el nuevo gobierno conquistador por especialmente de mexicanos. El gobierno conquistador*

<sup>8</sup> 1909: *tal cual ocasión, con todo*, por *Tal cual vez*

<sup>9</sup> 1909: *en la olla de marras*, por *en la olla*,

De cuando en cuando, Silverio y su madre, sin ser mordaces, se ocupaban en comentar y discutir la vida y milagros de sus amistades y conocimientos. Que si éste había comprado una segadora de maquinaria que quitaba a diez hombres el pan; que si aquél se casaba con una rica, para desposeer al suegro de su hacienda; que patatín, que patatán. Hacían hincapié, cuando se les deslizaba la lengua, en algunos casos, que había presenciado la comarca, de americanos pobres que se casaban con herederas mexicanas, y llegaban a hacerse dueños de todo el caudal de la familia de la mujer, dejando a aquélla por puertas.

\* \* \*

Cuando Silverio juzgó tener lo suficiente para fabricar una buena casa, consultó con la madre y, luego, con la almohada. Ambas le dieron su aquiescencia. No fue palacio, en verdad; pero sí una vivienda amplia y hermosa, de dos pisos, en medio de un jardín lozano, desde cuyas altas ventanas se contemplaban las tierras de labor, el soto, el riachuelo bullicioso, y, más allá, el camino real, a cuyo extremo pasaba cruzándolo, la locomotora rechinante y renegrida, con rapidez vertiginosa. En medio del jardín hizo abrir Silverio un pozo artesiano. Él mismo lo formó, de sólida piedra, un brocal rústico. Bien aplanado y pulido en el interior, servía de recipiente al agua saltadora, mientras que por fuera, las piedras ajustaban como si estuvieran en equilibrio, permitiendo crecer, en las juntas, millares de florecitas amarillas que parecían estrellas.

Concluida la casa, la madre aconsejó a Silverio que le buscara inquilino, pues no estando ellos acostumbrados a tanta comodidad, había de serles molesta una gran vivienda. Además, la renta les ayudaría mejor al crecimiento del caudal.

Silverio, que había soñado con poseer una buena casa, para establecer en ella su hogar definitivo, fundando una familia a que llamar suya, no más, se sintió de pronto desanimado. Tenía treinta y dos años de edad. Quería casarse; pero, como afortunadamente le faltaba novia,<sup>10</sup> determinó aguardar un poco más, por no disgustar a su madre.

Alquilaron la casa a un *mister* Wilson, con su esposa y dos pequeños hijos. Parecía muy hombre de bien. Estaba muy contento de haberse trasladado en aquel paraje fértil y grato: aunque, en tiempo de aguas, se le hacía cuesta arriba tener que chapotear lodo, desde la parada del ferrocarril, en una estación de bandera, distante seis millas,<sup>11</sup> hasta la entrada de la casa.

\* \* \*

Pero el “mister” no se achiquitó: con un buen par de botas de hule, impermeable y paraguas, se simplificó las molestias. Iba a su trabajo a un pueblo, a dos horas de ferrocarril, y regresaba bien<sup>12</sup> provisto de paquetes de comestibles y bebidas, libros, con que amenizar las veladas, y el periódico del día. Éste no le faltaba jamás en cualquiera de los bolsillos del sobretodo.

*Mister* Wilson estimaba las buenas prendas de Silverio y su madre. Se asociaba con ellos y les daba palique, para reconocer sus facultades intelectuales, al mismo tiempo que para ganar información respecto de la vida y costumbres de los mexicanos. Él, en verdad,

---

<sup>10</sup> 1909: *no tenía novia*, por *le faltaba novia*,

<sup>11</sup> 1909: *acerca de seis millas*, por *distante seis millas*,

<sup>12</sup> 1909: *Además, el regresaba de su trabajo en un pueblo, a dos horas de ferrocarril, y todavía con luz, y venía bien por* *Iba a su trabajo a un pueblo, a dos horas de ferrocarril, y regresaba bien*

no los despreciaba ni malquería, como sus demás paisanos. Compadecíalos<sup>13</sup> y procuraba ayudarlos en lo posible.

Con frecuencia invitaba<sup>14</sup> a Silverio, a venir a la tertulia doméstica; y mientras que la esposa del americano ocupabábase en algún tejido, y la madre del agricultor devanaba madejas de estambre que la señora le encomendaba, los hombres llevaban la palabra, preguntábanse y respondíanse<sup>15</sup> lo que a cada uno importaba, dándose a conocer recíprocamente uno del otro.

Con frecuencia el yanqui leía el periódico, explicando las noticias que creía de interés para los mexicanos. Pero Silverio no mostraba ninguno por cuanto atañía al país que era su patria de adopción. No se dolía tampoco de las desdichas de la patria<sup>16</sup> a que había cesado de pertenecer. Su mente estaba fija en lo futuro; pero en el suyo propio. Casarse, formar una familia en la casa de su pertenencia, ser trabajador y honrado hasta morir era su constante afán.<sup>17</sup> ¿Qué le importaban a él los sucesos políticos, la evolución social, el progreso del mundo?

\* \* \*

Cierta ocasión, el “mister” le picó la cresta con lo de su ignorancia mexicana; y cuando le vio medio molesto y con las orejas coloradas, para mostrarle la buena voluntad que le tenía, ofrecióse de su maestro de escuela.

—Cómprese un silabario, y yo lo enseño a leer, para que se divierta con los cuentos y chistes del periódico, ya que lo demás no le importa —le dijo.<sup>18</sup>

—Ya está viejo Juan para cabrero —respondió el agricultor. A mí, déme usted un carro, una yunta, un zapapico; pero el periódico, maldita la gracia que me da ni para lo que me sirve.

De lectura no se habló más en todo el invierno. Una tarde de primavera, Wilson llegó a su casa muy festejoso, con el periódico en la mano. Habló largamente con su mujer, durante la comida, participando ella, poco después, de la alegría de Wilson. En la noche, Silverio y su madre acompañaron a sus inquilinos en la corta velada de la estación florida. El americano leyó el periódico como ordinariamente lo hacía, escogiendo las noticias más comprensibles y de interés general. Explicándose, dijo:<sup>19</sup>

—El ferrocarril va a pasar más cerca de su casa; así, ya no gastará mucho en huaraches, don Silverio, sino que le dará algo a ganar a la compañía. ¿No es verdad?

—Mire, señor, que mientras tenga pies y fuerzas con qué menearlos, así entre el ferrocarril en el patio de mi casa, no le daré un centavo a su dueño. Uno está más entero y macizo cuando anda, ¿sabe usted? El gringo se alzó de hombros.<sup>20</sup>

---

<sup>13</sup> 1909: *Antes compadecíalos por Compadecíalos*

<sup>14</sup> 1909: *hacia invitación por invitaba*

<sup>15</sup> 1909: *preguntándose y respondiéndose por preguntábanse y respondíanse*

<sup>16</sup> 1909: *Con frecuencia el yankee leía el periódico, explicando con voz alta las noticias que creía de interés para los mexicanos. Pero Silverio no mostraba ninguno por las noticias que atañían al país que era su patria de adopción, ni se dolía de las desdichas de la patria por Con frecuencia el yanqui leía el periódico, explicando las noticias que creía de interés para los mexicanos. Pero Silverio no mostraba ninguno por cuanto atañía al país que era su patria de adopción. No se dolía tampoco de las desdichas de la patria*

<sup>17</sup> 1909 no aparece: *era su constante afán.*

<sup>18</sup> 1909 no aparece: *—le dijo.*

<sup>19</sup> 1909 no aparece: *Explicándose, dijo:*

<sup>20</sup> 1909 no aparece: *El gringo se alzó de hombros.*

Hablaron luego del porvenir. El gringo apuntó que había visto a Silverio muy inclinado a la hija de un barretero que ganaba un buen jornal, y se lo bebía de *wiskey* todo entero. Disertó largamente sobre las cualidades de la muchacha, acabando por aconsejar a Silverio que se casara con ella. Éste replicó:

—Tomás es rico, y no daría su hija a un pobre. Si tuviera yo ocho mil pesos, para deslumbrar a ese ambicioso, ya vería usted a la Eulalia salir de la iglesia, colgada de mi brazo.

—¡Ocho mil pesos! ¡Dos veces el valor de tu casa con los diez acres de terreno! ¡Vaya! O<sup>21</sup> sería loco el que te los diera, o sería muy buen amigo tuyo —dijo Wilson, como si le costara mucho trabajo pensar sobre el asunto.

Tras de corto silencio, añadió:

—Por verte feliz y establecido, te regalaría los ocho mil pesos gustoso; pero, amigo, soy pobre también. Quiero ayudarte, sin embargo. ¿Me venderás la casa y tierras en diez mil dólares?

—¿Vender las tierras donde nací?

—Con diez mil pesos puedes comprar el rancho de allá arriba en el monte, y hacer los gastos de la boda. Lo que un hombre, a tu edad, debe hacer, es establecer su hogar:<sup>22</sup> es decir, crear familia. ¿No crees que es triste llegar a la vejez, en soledad, y morir en aislamiento, como todos los egoístas? Mientras estés sin blanca, Tomás no te dará su hija; y para cuando tus economías monten a diez mil pesos constantes y sonantes, ya estarás hecho un Matusalén.

\* \* \*

Por supuesto, no creas que me empeño en que sigas mi dictamen: haz lo que te acomode. Lo que sí deseo es que te decidas pronto a aceptar el trato que te propongo, o a rechazarlo de plano, porque yo he resuelto gastar diez mil dólares en una finca de campo. O me quedo con la tuya, o me busco otra más cerca de la estación. Mis pies no son tan ágiles como los tuyos: se niegan a tragar leguas. Verdaderamente esta casa es cara. Si no fuera porque mi mujer le ha cobrado ley, ya me habría marchado de aquí. En fin, que si no me vendes la casa, me veré precisado a comprar un *buggy* para complacer a miss Wilson.

—Déjeme usted hablar con mi madre antes de arreglarnos, mister Wilson.

Por la noche, madre e hijo hablaron largamente del asunto. Silverio se había entusiasmado por lo del casorio; pero disimulaba, por no disgustar a la madre. La conocía por celosa e intolerante con cualquiera otra mujer.

La anciana prefería,<sup>23</sup> por el momento, tener que habérselas con la temida nuera, con tal de no ver la casa vacía. Sin la renta por varios meses, y con la obligación de asear y ventilar la casa hasta que Silverio encontrase otro inquilino, tanto ella como su hijo tendrían infinidad de molestias. Sentía la señora los achaques de la vejez; y habiendo disfrutado de relativa comodidad durante los últimos años, sin quererlo, empezaba a hacerse repelona y egoísta.

Aconsejó a Silverio que no dejase ir al marchante y que ajustase la boda. Pudiera ser que Tomás, que estaba podrido en pesos, regalara algo a la muchacha el día del casamiento.

---

<sup>21</sup> 1909 : *que por O*

<sup>22</sup> 1909: *es establecer su hogar: por establecer su hogar: // Evidente error del cajista, conservo el texto de 1909.*

<sup>23</sup> 1909: *la anciana con todo prefería, por La anciana prefería,*

Silverio afectó indiferencia al oír parecer tan de su gusto, y se le llenó de alegría el corazón.

Cerrado el trato, el “mister” se quedó con la casa de Silverio, a quien entregó, en lucientes monedas de oro, la suma estipulada. Aun le ayudó a gestionar la compra del rancho del monte. Fue también padrino de la boda, y regaló a la novia algunas chácharas de oro de escaso valor.

\* \* \*

Todavía no acababa la tornaboda, ni la desazón del descontento turbaba el corazón de la reciente suegra, cuando Silverio, una tarde soleada y diáfana, oteó desde la altura media del camino que conducía al campo, su antigua y querida cabaña. Notó que la estaban derribando; y sintió los golpes de barreta en todo su ser. Con los ojos anegados en lágrimas, permaneció largo rato en contemplación de aquella obra inicua y destructora. Le pareció que los componentes de todo su ser se disgregaban y desaparecían dispersos por el espacio.

Descendió otra vez. Encaminóse a buscar a Wilson para preguntarle por qué había hecho aquello. No comprendía cómo uno que se le vendía por amigo, era capaz de arrasar, ante sus ojos, la cabaña que lo había visto nacer.

Por el soto y hacia la margen del riachuelo encontró grupos de americanos atareados en la nivelación del terreno. Miraban unos por el teodolito; trazaban rayas otros en un plano; y algunos peones, acaudillados y armados de pala o zapapico, recibían instrucciones de un capataz.

Las mediciones avanzaban. En observación, Silverio fue siguiendo a los hombres, hasta su antigua casa, viéndolos plantar el teodolito a cincuenta metros del zaguán. Mister Wilson hablaba con otros vecinos y con los principales de los medidores, a quienes el capataz se dirigía llamándoles ingenieros. Tan entretenido estaba, que no reparó en Silverio, de pie junto a él.

Oyó la plática de los americanos el pobre agricultor; se enteró de que la compañía del ferrocarril había dispuesto alargarse hasta aquellos olvidados campos, cuya fertilidad merecía fáciles comunicaciones.<sup>24</sup> Ensanchando una curva, las pingues cosechas de la región podrían ser exportadas por el ferrocarril. Ya no saldrían en carretas a los mercados limítrofes, ni se pudrirían en las trojes.<sup>25</sup> Los terrenos subirían de precio una barbaridad. Lo que los americanos debían hacer era comprarlo todo; el río, el valle, el monte,<sup>26</sup> seguros de que, a vuelta de cinco años, cada palmo de tierra valdría diez veces su precio actual.

—Yo —decía el “mister”—, no doy, al presente, la casa y los catorce acres de tierra de labor, ni por el doble ni por el triple de lo que acabo de pagar por ello. Dentro de cinco años vendrán a rogarme que la venda en cien mil pesos. La “curva”, la “curva”, amigos, será nuestra fortuna.

Silverio se alejó con la cabeza hundida y los ojos turbios de llanto. No comprendió sino muy tarde que en los tiempos que corren, cinco dedos en cada mano sirven bien poco si no los gobierna una cabeza inteligente.

\* \* \*

---

<sup>24</sup> 1909: *merecía mayor facilidad de comunicaciones*. por *merecía fáciles comunicaciones*.

<sup>25</sup> 1909: *y no salir en carretas a los mercados limítrofes, o pudrirse en las trojes* por *Ya no saldrían en carretas a los mercados limítrofes, ni se pudrirían en las trojes*.

<sup>26</sup> 1909: *hasta el monte, por el río, el valle, el monte*,

Ya está machucho el buen agricultor. No obstante la rudeza de su mente inculta, hace esfuerzos por dominar el sueño y el aburrimiento que le causa oír, a su hijita Andrea, repetir su lección de deletreo, noche con noche.

—¡Ah! —se dice cuando lo acometen los bostezos—, si yo hubiera entendido lo que significa una “curva”, a estas horas el bodoque de Wilson no sería el que se sentara, en el balcón de mi casa, a ver esas otras que la rodean, tan hermosas y ricas; no sería él el que se pasea en automóvil, por los lugares que quiere, sino el hijo de mi madre.

¡Lástima de ser viejo e inútil con todo y los cinco dedos que me dio Dios, en cada mano, y que no han dejado de voltear la tierra!

Y promete<sup>27</sup> a Andrea una muñeca muy bonita, el día que sepa leer de corrido.

---

<sup>27</sup> 1909: *Y le promete* por *Y promete*

## BUCHES PARA LA BELLEZA\*

Salió de su laboratorio humilde, improvisado, en un cuartito de la azotehuela, con destino<sup>1</sup> a trastos viejos, el doctor Rosete. Iba<sup>2</sup> muy preocupado y pensativo, en busca de aire puro e inspiraciones nuevas. Se marchó derecho al Zócalo, cuyos jardines estaban esmaltados de rosas.

Era abril. Gente desarrapada, sin otra ocupación aparente que la de contarse los dedos, o retratar, en las niñas de los ojos, los contornos de catedral y de palacio, o los portales que bordean el Zócalo, al Poniente y al Mediodía, se hallaba acomodada en las bancas,<sup>3</sup> como de ordinario, en espera del doctor Merolico.<sup>4</sup> A todos divertía verle sacar muelas sin dolor; y hacer cascar<sup>5</sup> nueces a los pacientes, inmediatamente después de la operación, para comprobar el hecho milagroso.

El galeno estaba positivamente de “moña tuerta”. Eso lo había notado ya Candelaria, su mujer, quien, al verle bajar tambaleando la escalera, y con el sombrero metido hasta el entrecejo, dijo a la cocinera:

—Ahí va el señor, que se le pueden tostar habas. Apúrate con la comida, Petra. Que esté bien dorado el arroz. De que Rosete se pone así, ya tenemos fiesta para muchos días.

La señora siguió explicando a la fámula la significación del mal talante de su consorte; y ambas, en animado diálogo que duró cerca de dos horas, hicieron muchos planes para conjurar, con sabrosos manjares, el humor perro del jefe de la casa.

No era ese el camino de apaciguar el enfado de Rosete. Para lo que le servirían a él la capirotada y los chiles rellenos, con que habían dispuesto calmarlo aquella mañana, su mujer y su cocinera, si no llegaba a solución satisfactoria el procedimiento que ensayaba para hallar un suero contra el *mal del pinto*.

Trabajaba, luchaba con empeño, pero sin llegar a resultado que le dejase sentir satisfacción.

---

\* Laura Méndez de Cuenca, “Buches para la belleza”, en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXV, núm. 4524 (6 de febrero de 1909), p. 4, col. 5-7; con el mismo título en *Simplezas* (Paris, 1910), pp. 171-180. Fijo el texto de la edición de 1910 y señalo en nota las variantes.

<sup>1</sup> 1909: *destinado* por *con destino*

<sup>2</sup> 1909 no aparece: *Iba*

<sup>3</sup> 1909: *se había acomodado en las bancas*, por *se hallaba acomodada en las bancas*,

<sup>4</sup> “El doctor Rafael de J. Meraulyoock o Meroil-Yock llegó al puerto de Veracruz en un barco con bandera francesa en 1864 o 1865; el pasajero, un hombre polaco de extraña y agitada melena rubia, largos mostachos y espesa barba que le caía sobre el pecho, afirmaba ser un ilustre médico, un diestro dentista y poseer fármacos infalibles para todas las enfermedades conocidas y por conocer. Los habitantes del puerto, asombrados ante el ilustre médico, quien vestía una larga túnica entre griega y oriental, acudían a él en multitudes; el motivo: anunciaba ser el portador del famoso aceite de San Jacobo, un elixir infalible para la curación de todos los flatos, dolencias, cólicos, malos humores, asperezas de la piel y hasta para la extirpación completa de callos y callosidades” (F. Santamaría, *Diccionario de mejicanismos*, México, 2005, p. 707). José Negrete recrea una parte de la vida del personaje en *Memorias de Merolico* (1880).

<sup>5</sup> 1909: *mascar* por *cascar*

No ignoraba Rosete<sup>6</sup> en qué consistía el mal; pero también sabía que, en sus circunstancias, no le era dado poner el remedio. Nadie más convencido que él de que, por empeñoso y diligente que sea un estudiante, si cuando coge el libro o se prepara a maniobrar con el alambique y la retorta, no es dueño de poner toda su inteligencia y toda su voluntad en lo que está queriendo estudiar y hacer, vale más despachar al demonio laboratorio y biblioteca. Porque, ¿qué provecho se saca de lectura mecánica y manipuleo de aparatos, con la mente embobada en las tonterías que dice una mujer ignorante y parlanchina que, además, exige que se le escuche con atención? Rosete lo sabía y lo retesaba: con aquella cotorra incorregible, a domicilio, él no pasaría de un doctorcillo pacato, sin perspectiva de salir de la condición de médico de barrio y de casas de vecindad. Y Rosete aspiraba a emular a cualquiera eminencia europea, en descubrimientos científicos.

La locuacidad de Candelaria, la “doctora”, como la llamaban cariñosamente y por eufemismo, sus amigas, cuando se desmandaban a motejarla en sus barbas, no tenía comparación. Quitaba la doctora la palabra al licenciado más hablador, al cura más respetable, al charlatán más probado y corrido, dejándolos a todos pasmados y en muda. En pegando la hebra aquella cotorra, daba cinco y raya a los defensores de oficio. ¿Y todo para qué? Para decir mil sandeces; para repetir sin maldita la gracia, un sucedido que a nadie interesaba, o las ocurrencias sosas de sus conocidas y parientes.

Desgraciadamente para el facultativo, su cara mitad era muy dada a madrugar; lo que, en buenos términos quería decir que, desde el rayar del alba, Candelaria empezaba a probarle la paciencia con su habladera de retahíla. A veces, él se amoscaba y fruncía el ceño; pero le faltaba valor para declarar a su consorte la causa del disgusto que sentía; y ella, figurándose que su marido no encontraba en su mesa los platos bien condimentados, cambiaba a menudo de cocinera, servía manjares nuevos, y hasta inventaba algunos con habilidad singular.

Ni los ates de piñón, ni los chiles rellenos en nogada, desarrugaban el ceño de Rosete; mucho menos, cuando su mujer se tomaba la molestia de explicarle cómo se conocía el punto de una mayonesa, o cómo se cuajaba una jaletina. El doctor anhelaba solamente un poco de silencio. Siquiera mientras hacía cálculos mentales sobre reacciones químicas.

Enfadado de la lengua de matraca de Candelaria, Rosete determinó trasladar su laboratorio a casa de una cuñada viuda, cuya habitación era amplia y cómoda. Eso sirvió de pretexto. El doctor, acostumbrado a contentar en todo a su mujer, jamás hubiera tenido el arrojo de decirle la verdad acerca de las razones que lo impelían a la mudanza. Empacó sus bártulos, y se marchó, decidido a trabajar.

No tardó Candelaria en empezar a visitar el nuevo laboratorio. Hasta hizo las paces con la cuñadita, con quien, por bastante tiempo, había estado de muelas torcidas. Entonces no una sino las dos mujeres, se plantaban a ver manipular al doctor metiéndose a revolver ingredientes y a trastornar el orden de los cacharros y frascos que contenían sustancias costosas. Para mayor desesperación de Rosete, Candelaria dio en cobrarle celos de la cuñada; y a exigirle que saliera de la casa de aquella, si no quería que le armara un sanquintín.

Como rata por tirante, volvió el galeno a su hogar. Se reinstaló en el cuartucho de la azotehuela, dándose a mil demonios. No hay para qué decir que, lo mismo que antes, Rosete siguió trabajando en su laboratorio, sin resultado feliz.<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> 1909 no aparece: *Rosete*

<sup>7</sup> 1909: *satisfactorio*. por *feliz*.

Aquella mañana de marras se sentía tan desazonado, que casi había empezado a hallar valor para reñir con Candelaria. Sí, señor; le partiría, diciéndole: “Cotorra de los infiernos, o te me estás con el pico cerrado y no te me cueles en mi departamento, o me largo al infierno y te abandono”.

Mirando y admirando la rapidez con que pesos, tostones y pesetas pasaban de mano en mano, por el cordón de guardas, hasta llegar a las de Merolico, y de las manos de éste<sup>8</sup> a sus faltriqueras, se puso Rosete a hacer castillo en el aire. Los millares de pesos que él ganaría cuando sacase en venta su suero contra el *mal del pinto*. Si un charlatán medraba, no había razón para que un doctor de buena fe dejase de enriquecerse, poniendo ante el público un remedio eficaz contra enfermedad que todos tenían por hereditaria, y acaso contagiosa.

A medio día, se presentó en su casa más valiente que el Cid. Iba a emprender campaña contra su consorte, cuando notó en ésta los ojos escaldados y las lágrimas temblando en las pestañas. A la primera insinuación, Candelaria se echó en sus brazos sollozando y diciéndose desgraciada, infeliz y no sé cuántas cosas.

Cuando su dolor le permitió razonar, mostró a su marido la naciente pata de gallo que empezaba a marcar en sus ojos los cuarenta que acababa de cumplir, acabando por deshacerse en llanto.

Toda la energía de Rosete se aniquiló ante el duelo de su mujer. Su puerilidad, su ignorancia y casquivanería lo desarmaron, como si hubieran sido tres virtudes que se imponían, severas y contundentes. En un decir Jesús, preparó en el laboratorio una agua verdosa y con marcado sabor a menta, y ofreciéndola a Candelaria, le dijo: “No llores, tonta, que te tengo una buena noticia: he logrado componer un específico para perpetuar la juventud, en *estos 'buches'*, y tú misma lo vas a probar. Vamos a ser ricos y felices, y tú siempre joven y hermosa. Haz buches toda la tarde de hoy, y verás el resultado”.

Candelaria probó. Su imaginación ayudó a la cura, en parte; y en parte, la inmovilidad a que la condena el silencio.

Su rostro no se arrugó<sup>9</sup> sensiblemente. Rosete trabajó<sup>10</sup> en paz. Aunque no ha dado aún con el suero, contra el *mal del pinto*, ha llegado a enriquecer, vendiendo a carretadas frascos de *Buches para la belleza* cuya fama hizo propagar Candelaria en sus parlanchanerías. Cuando va de tertulia con las amigas no habla de otra cosa. Entonces sí que se desquita del mutismo del día. Se lo pasa con el pico cerrado, haciendo buches de agua olorosa, con esencia de menta.<sup>11</sup>

Rosete, al sacar la patente de invención, declaró honradamente de qué se componen sus *Buches para la Belleza*, y no teme que lo moleste el Consejo de Salubridad.

---

<sup>8</sup>1909: *y de sus manos por y de las manos de éste*

<sup>9</sup>1909: *arruga por arrugó*

<sup>10</sup>1909: *trabaja por trabajó*

<sup>11</sup>1909: *Cuando va de tertulia con las amigas. Entonces sí que se desquita del mutismo del día, pues se la pasa con el pico cerrado, conteniendo buches de agua olorosa, con esencia de menta. por Cuando va de tertulia con las amigas no habla de otra cosa. Entonces sí que se desquita del mutismo del día. Se lo pasa con el pico cerrado, haciendo buches de agua olorosa, con esencia de menta.*

## AMALDINA \*

Para Amaldina no existía más mundo que el que ella se había forjado en su grosero cacumen de pescadora. Hija de pescadores, nieta y descendiente de pescadores y relacionada por los cuatro lados con gente marinera, su mundo estaba en el mar y no más lejos que a la orilla del mar. ¡Y qué mar! El pedazo de espejo de la bahía de Nápoles, donde se retratan el cielo azul, el Vesubio y las moles de roca que guarecen las costas tirrenas.<sup>1</sup>

Su mundo, su cielo, su todo, se encerraba en la tosca figura de Pasqualo, un ganapán de piel tostada y dura, de melena hirsuta y vedijuda, de ojos negros mentirosos y decidores.

El dilema en que se debatía Amaldina, mientras repasaba las redes o las tendía a secar, era éste: correr a echarse en brazos de Pasqualo, o arrojarse en el mar, allí donde la onda zarca y transparente brotaba espumante y agitada del seno de una roca. Su color de cobalto y sus cambiantes de plata, incitaban a la pescadora y la atraían poderosamente siempre que Pasqualo pasaba de largo sin mirarla apenas.

### LA RIVAL

Pasqualo no se había fijado en Amaldina, sino en Rosa, otra linda napolitana, cuya casa paterna estaba en Boscotrecase.<sup>2</sup> Encontrábalas con frecuencia en la fuente del camino, tallada en una roca y surtida del agua de un torrente, que de lo muy alto de la montaña, bajaba a surtir la taza con chorro cristalino.

Allí se detenía Pasqualo a apagar la sed. Bajaba de su enorme carretón, tirado por los tres dóciles animales que prestan toda suerte de servicios al pueblo en la Italia meridional: el mulo, el asno y la vaca. Juntos sirven de tiro a las carretas; y cuando los desuncen y separan, por vía de descanso, va el mulo a dar vueltas a la noria, el borrico a transportar legumbres de la huerta a la ciudad, mientras que la generosa vaca, no obstante la fatiga y el calor, vuelve generosa a rendir su leche a la ordeña, para alimentar a sus dueños.

En compensación, los tres animales, cuando sirven de tiro, van ornados de cuello y nuca, con cintas, cordones y borlas de colores vivos, y llevan rematado en las guarniciones una especie de cabezal metálico en forma de cuchilla, colgado de cascabeles y campanillas que los pone muy majos. También llevan vistosos plumeros que, agitados por el aire, sirven a espantar de las bestias, las impertinentes y tenaces moscas.

---

\* Laura Méndez de Cuenca, "Amaldina", en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXV, núm. 4536 (18 de febrero de 1909), p. 4, col. 3-6.

<sup>1</sup> El Golfo de Nápoles se encuentra en la costa Suroeste de Italia, en su entorno destacan la antigua ciudad romana de Pompeya y el volcán Vesubio; al Sur se encuentra la península Sorrentina. El área es un importante destino turístico en Italia por las ruinas romanas cercanas de Pompeya y Herculano, destruidas durante la erupción del Vesubio del año 79.

<sup>2</sup> Tras numerosas explosiones menores, en abril de 1906 se produjo una gran erupción del Vesubio que duró diez días, causando una gran destrucción y la muerte de 2,000 personas, en la provincia de Boscotrecase.

Pasqualo hacía diariamente el mismo camino, echado de panza en la carreta, que rodaba sin otro guía que sus tres pacienzudos animales. Parecía deslizarse al azar, mientras su conductor cantaba dormitando, o vencido por la modorra de la calina, dormía profundamente. Pero fuera lo uno o lo otro, al pasar por la fuente rumorosa, se despabilaba, y de un salto se ponía en tierra.

Había notado que la Rosa llevaba a menudo ramilletes para la Madonna que en el altarcito de la fuente había, y no queriendo ser menos, llevaba él también sargas de limones con que formar arcada, o aceite para la lámpara.

Llenando el cántaro la muchacha fue como oyó la declaración de amor; arrullándose los dos con el rumor del chorro cristalino, se lo dijeron todo y se apalabraron para la boda.

#### PASCUALO

Amaldina no andaba jamás por aquellas aldeas de arriba donde Rosa moraba, e iba diariamente Pascualo a abreviar a sus bestias y a refrescar su corazón. Amaldina sólo conocía del carretero, lo que en el lugar ribereño se decía: que era todo un guapo a la hora del peligro. Cuando el Vesubio había la última vez arrojado por su boca de infierno ríos de lava, devastando y asolando la comarca extendida a sus pies, Pasqualo había sacado en brazos a tres niños, a quienes ya casi alcanzaba la corriente de fuego, poniendo en peligro su vida. Tal hazaña encendió en el corazón de Amaldina, quien desde entonces veía con anhelo el agua zarca arsenicada y ferruginosa donde tanta gente forastera venía años tras año a buscar salud.

El carretero, bien troteado en lances de mujeres, adivinó la tempestad en el corazón de Amaldina. Queriendo hacer de Don Juan una vez más, acechó la ocasión de ponerse al habla con la pescadora.

Muy a pelo la encontró a la puerta de la fábrica de pastas. Junto a las cuerdas de macarrones colgados a orearse, acorraló Pasqualo a la muchacha y le cantó de plano todo lo que en su pecho guardaba: “Amaldina, Amaldina, te haré mi esposa si me amas tú”.

#### EL PACTO

La pescadora lo miró con recelo y nada dijo; pero Pasqualo, impulsivo y sin meditar en lo que hacía, desciñéndose la banda de colores, sacó a luz un cuchillo, el cual puso en manos de la chica, diciéndole: “Mátame con esta hoja si te soy infiel”. El trato quedó hecho, y muchas alegrías se sucedieron en el alma de la joven pescadora.

Meses después, Amaldina empezó a notar desvío en su prometido. Observó, calló y tornó a pensar en la onda de cobalto. Para su espíritu estrecho e inculto, la Naturaleza era cruel si no le hacía donativo de lo creado, poniéndolo a sus plantas. Si el Sol no calentaba su corazón, si las flores no perfumaban su vida, si la Luna no derramaba su luz de plata sobre la frente de Pasqualo, en citas de amor, ¿a qué servían el Sol, las flores y la Luna? La vida misma no servía tampoco. Iba a arrojarse al agua espumante y bulliciosa, cuando un recuerdo la detuvo al punto de saltar.

Días después, un domingo por la mañana, en Boscotrecase, una tragedia suscitó en la iglesia de la aldea, terror y escándalo invencibles. Se alejaban del altar Pasqualo y Rosa, después de la boda, cuando Amaldina, abriéndose paso entre los circunstantes, abatió a cuchilladas la existencia de su amante.

Aprehendida por la guardia, declaró la culpable ante el Juez, que Pasqualo le había dado aquel cuchillo, para que con él lo castigara cuando le fuese infiel, que ella le había jurado hacerlo, y ahora no había hecho otra cosa que cumplir su palabra.

Amaldina espera salir pronto del mal paso, y buscar en la onda zarca el descanso del cuerpo y el espíritu. Allí donde las bañadoras de cada verano acuden en busca de salud.

## EL CHASCO DE MISS ISADORA\*

“Lo pensaré, lo pensaré —se repetía Juan *in mente*, andando a lo largo de la avenida, bajo el toldo de sicomoros y arces, cuyas lozanas copas se besaban. Debo pensarlo, antes de enojar a mi padre con la decisión de un casamiento así. ¿Desigual? Pues ya lo creo: *miss* Isadora no tiene otros bienes de fortuna que los que le produce el rápido meneo de sus deditos afilados. ¡Ay!, cuando tecléa en la máquina de escribir, el veloz movimiento de sus manos, protegidas con uñas nacaradas, se me antoja una lluvia de pétalos de rosa. Claro, claro, como que estoy enamorado de Isadorita hasta la obsesión. Pero un matrimonio así, tan desigual, debo pensarlo mucho, y lo pensaré”.

Y cuando se persuadía de todo lo que tenía que meditar, antes de echarse a cuestras la temida y amada cruz, apretaba el paso maquinalmente, como si, por instinto, buscara a apartarse de la orilla de una barranca.

Lo que acababa de decir a *miss* Isadora no era el último adiós novelesco y fuera de caja, en un siglo abundante de ferrocarriles y otros medios baratos de comunicación. Simplemente se había despedido de ella al uso moderno: “Conque, hasta la vista, señorita Jackson; que pronto vaya usted a México a cumplirme su palabra de visitar la hacienda de mi padre. Verá usted qué clima aquel”.

Se estrecharon la mano con efusión, mientras ella respondía: “Este verano pasaré en México mis vacaciones”. Y Juan cogió camino por la sombreada y apacible avenida, abismado en graves pensamientos.

Aunque el padrino de Juan, feroz yankíforo,<sup>1</sup> si cabe el neologismo, tenía poder e influencia decisiva en sus compadres, a quienes había contagiado del horror que a él le inspiraban las mujeres del Norte de América, el joven creía que las cualidades de Isadora redimirían a sus compatriotas de todo cargo. Por lo menos, la discreta mecanógrafa podría ser estimada como honrosa excepción. Así, así sería, Dios mediante.

De que el padrino se soltaba hablando contra la vecina república, no llegaba a fin. Cuando se trató de enviar a Juan a que se diese unos toques de actividad y *how to do business*, en Chicago, el buen señor estuvo a pique de engarabatarse del colerón.

—Sí, sí —había respondido con voz de trueno, palmeando sobre la mesa. Ya estoy mirando lo que Juanito nos traerá de vuelta: una lengua mal aprendida y una marotona para mujer.<sup>2</sup> Con mucha palabrería hueca por principios: que el hogar por aquí y que la familia por allá, y la mujer fiel por acullá; eso será todo.<sup>3</sup> Del otro lado del río, el hogar sólo existe entre los emigrados,<sup>4</sup> esa basura europea, podrida en la miseria y fermentada con el sufrimiento, que se arroja en cualquier barco, a la buena de Dios, viniendo a servir de

---

\* Laura Méndez de Cuenca, “El chasco de *miss* Isadora”, en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXVI, núm. 4595 (18 de abril de 1909), p. 8, col. 1-4; con el mismo título en *Simplezas* (Paris, 1910), pp. 97-109. Fijo el texto de la edición de 1910 y señalo en nota las variantes.

<sup>1</sup> 1909 en curs.: *yankíforo*,

<sup>2</sup> 1909: *una marotona apalabrada para mujer. por una marotona para mujer.*

<sup>3</sup> 1909: *por el otro lado. por acullá: eso será todo.*

<sup>4</sup> 1909: *emigrantes: por emigrados,*

abono a la vasta extensión del Norte. Pero dura ese hogar lo que tardan los descendientes de esos emigrados en hacerse al uso del país. No importa que el emigrado proceda de Italia, o de Hungría, de Polonia, o de Grecia; sus vástagos tomarán el nombre de sajones, creyendo de buena fe que lo son, e irán por todo el mundo, despapados y copetudos, a cantar las glorias de Washington y de Lincoln, como si la vida llana del uno, y las altas miras humanitarias del otro tuvieran algo que ver con la soberbia y la ambición.

Con enérgico puñetazo sobre la mesa, había marcado una pausa a sus desahogos, el señor compadre, aquel tremendo día del consejo de familia. Y había proseguido<sup>5</sup> agriamente de este modo:

—Rehúsan con desprecio los americanos el cruzamiento con las que llaman razas inferiores, mientras el matrimonio no trae a las mujeres de escasos recursos, bienes de fortuna, y, a las ricas, pergaminos hueros. Ya, ya nos traerá Juanito su pareja también: alguna desparpajada “miss” que ponga a mi compadre por puertas, y enseñoreándose de la hacienda, a título de traer<sup>6</sup> civilización.

A estas palabras, la comadre había hecho una mueca horrible,<sup>7</sup> que, sirviendo de aliento al vejete, lo hizo continuar con voz de trueno:<sup>8</sup>

—Pero que la amalgama de las razas suceda a la inmigración: se verá entonces a dónde van a parar los hogares y las familias. El *home, sweet home* es ya un vestigio poético que va a pasar a la historia, como los dólmenes megalíticos. Ya lo visitarán los pósteros en los cuadros de los museos, como ahora hacen peregrinaciones los arqueólogos, en busca de los *moundscities*.

Nada faltó para que el viaje de Juan a Chicago se convirtiera en música celestial. Por fin, el muchacho prometió este mundo y el otro a su padrino, jurando, además, por toda la corte del cielo, no traer a casa ninguna gringa. El padrino accedió a todo. Los padres de Juan, que reconocían en su compadre un hombre de bien y muy leído, se atuvieron por completo al dictamen suyo, permitiendo partir a Juan.

Cómo y en qué circunstancias entabló el mocetón relaciones con Isadora, no viene al caso precisarlo, por no ofrecer particularidad. Juan estaba seguro de que la joven no era de ésas cuyo ahínco de popularidad raya en delirio, pagándose de pertenecer a un pueblo que sobresale en todo. No se adulaba ni adulaba a sus paisanos, lo cual es otra manera de darse aires.

Examinando el país y sus costumbres, con toda la prevención que su padrino le había inculcado, no pudo Juan todavía encontrar las abominaciones que esperaba. Todo veíalo al través de los ojos azules de Isadora; y hasta cuando no salía el Sol, en los tristes días de invierno, se lo imaginaba con vivos resplandores en la cabellera de la rubia “miss”.

Tan subyugado le tenía el cariño de la americana, que, cuando llegó la Nochebuena, en vez de enviar a su madre, como aguinaldo, algo que le fuese útil o que pudiera ser agradable a una ranchera sencillota y rústica, le despachó, encerrada en triple caja, una miniatura en porcelana de Sajonia, representando la Aurora a carrera abierta, entre nubes de nácar, en su carro dorado que tiraba arrogante cuadriga. Era una grosera copia de Guido

---

<sup>5</sup> 1909: *siguiendo por Y había proseguido*

<sup>6</sup> 1909 no aparece: *traer*

<sup>7</sup> 1909: *de horror, por horrible,*

<sup>8</sup> 1909: *sirviendo de aliento al interlocutor, se le oyó continuar con voz de trueno: por sirviendo de aliento al vejete, lo hizo continuar con voz de trueno:*

Reni<sup>9</sup> en cuya figura principal había creído encontrar la solicitud amorosa de Juan, las facciones de Isadora.

Los tres años de estancia en Chicago habían hecho de Juan un hombre completo. Sus días habían corrido en placidez, sin otras desabrideces que las que, con periódica regularidad, le traían cartas de su padrino. Dedicado con tenacidad a buscar defectos de los americanos, y ayudado pródigamente por los periódicos de ellos mismos a encontrar la flaquezas yanquis, no cesaba el viejo de amonestar a su ahijado contra la que él<sup>10</sup> apodaba “raza de víboras”.

Su última carta,<sup>11</sup> que Juan llevaba en el bolsillo al despedirse de Isadora, podía arder en un candil. ¡Cuánta hiel tuvo que tragar el pobre muchacho mientras estrechaba respetuosamente la mano de su novia, al decirle adiós! Se le atoraban las ideas, con el recuerdo de las abominaciones que le había espetado<sup>12</sup> esa mañana su padrino: “Nosotros te iremos a recibir a la estación: así, cuídate de venir acompañado de una de esas “misses” que se aventuran a pasear con cualquier par de pantalones, y regresan de sus correrías, descoronadas y sin palma. Mira que esas mujeres entran en el matrimonio jugando a Paris y Helena, pero son ineptas para el hogar. De madres no tienen ni un pelo. Son como la pava, que los pocos huevos que pone, los ahuera...”

Más adelante proseguía:

“Si es cierto que la Naturaleza tiende a suprimir, en el cuerpo humano, los órganos inútiles, pronto dejará a tabla rasa, el de las mujeres del otro lado del Bravo, segándoles los senos que niegan a sus raros hijos, para alimentarse, como nos ha mondado a los hombres la cola del mono...”

¡Qué injusticia, qué injusticia! —pensaba Juan. Tragando gordo su indignación atravesó<sup>13</sup> disparado el andén. Saco de viaje y billete en mano, montó en el vagón, cuando éste iba a romper a andar. Había apenas ganado su sitio hizo mil pedazos la carta ignominiosa, y los arrojó por la ventana, viéndolos esparcirse y volar como pétalos de una flor que el viento deshoja. Me casaré con Isadora, dé donde diere, fue la resolución final.

\* \* \*

Día de gloria fue para Juan el mismo en que recibió de Isadora la noticia de que se embarcaba, en Nueva York, para Veracruz, y que haría una larga visita en el país.

Se preparó a amansar al padrino; pues de la catadura,<sup>14</sup> al hablarle del casorio, dependería la cantidad que los padres del muchacho le anticiparan de su herencia, para establecerse por su cuenta. El comercio era lo que le tiraba más y lo que había aprendido en Chicago. Puso como blanco el fin apetecido, y... a tirar, a tirar.

Durante una travesía monótona de verano, Isadora se fastidiaba. Para matar el aburrimiento, se hizo amiga de un cubano truhán y perverso, que volvía de la gran

---

<sup>9</sup> 1909 no aparece: *Reni* // Guido Reni, pintor italiano famoso por la sutileza con que representa historias mitológicas y religiosas. Reni consigue fundir perfectamente el naturalismo tenebrista con el clasicismo, creando un estilo personal que marcó buena parte de la pintura barroca europea. El fresco *Apollo nel suo carro preceduta da Aurora* (1624) es una obra que se exhibe en el Palacio Palavicini de Roma.

<sup>10</sup> 1909: *el viejo por él*

<sup>11</sup> 1909: *La última carta*, por *Su última carta*,

<sup>12</sup> 1909: *espetó por había espetado*

<sup>13</sup> 1909: *Juan atravesó por atravesó*

<sup>14</sup> 1909: *Juan se preparó a amansar al padrino; pues de la catadura que este mostrara*, por *Se preparó a amansar al padrino; pues de la catadura*,

república, resentido contra una compañía americana, con la que no había logrado arreglarse, para medrar en sus propios negocios. Llevaba el cubano odio a toneles contra los yanquis, a quienes llenaba de oprobios.

Isadora le pareció bonita y graciosa, pero ni la gracia ni la belleza fueron parte a aplacar la animosidad contra los yanquis, que le obcecaba. Como si tuviese telarañas en la mente y no acertara a discernir la justicia de la injusticia, procedió innoblemente con la joven norteamericana.<sup>15</sup>

Ansiaba<sup>16</sup> ésta sorprender a su novio con algunas saluciones en español, como si quisiese presentarse a los ojos de su amado con una nueva gracia; y hacía al cubano repetirle las varias formas de decir: “Buenos días”, “me alegro de ver a usted”, “tengo gusto de haberla conocido”. Ocupaban ya varios renglones, en memorándum, las frases que el cubano no se cansaba en hacerle pronunciar, clara y distintamente.

“Ya me la pagarás, 'gorrona' impertinente” —decía para su capote el cubano, de cuya ruindad no se percataba la aplicada señorita.

Repitió y repitió la lección con asiduidad, hasta que el maestro desembarcó en las costas de Yucatán, despidiéndose de ella sonriente.<sup>17</sup>

La joven guardó como una joya las primeras frases adquiridas de la lengua que iba a adoptar, cuando Juan la hiciera su esposa; y a primeras vistas con su prometido, se las soltó como quien desgrana una mazorca. Unas iban disparadas al padrino en persona, otras a los padres de Juan. Creyendo preguntar por la salud de todos, y congratularse de esto y de aquello, empezó la retahíla: “Condenado”, “hijo de perro”, etc. Y se quedó tan fresca.

Miró de refilón el padrino a la joven y sonrió con malicia. Las desvergüenzas americanas, no lo eran en español.

Juan estaba sin habla. Se sentía dividido por en medio. En voz queda explicó a la señorita la bribonada de que la adivinaba víctima. Víctima, eso es, no podía ser de otra manera.

El disgusto, la indignación y la vergüenza empujaron a “miss Isadora” hacia su tierra, de donde no quiere salir ya. Desea permanecer soltera y aconseja a todas sus amigas que no hablen más lengua que la nativa y la impongan siempre a los extranjeros.

Juan se ha casado con una compatriota. Es feliz.<sup>18</sup>

---

<sup>15</sup> 1909: *así procedió con la joven americana.* por *procedió innoblemente con la joven norteamericana.*

<sup>16</sup> 1909: *Ansiosa* por *Ansiaba*

<sup>17</sup> 1909 no aparece: *despidiéndose de ella sonriente.*

<sup>18</sup> 1909 no aparece: *Es feliz.*

## UN ESPANTO DE VERDAD\*

En esos días, las veladas, a la luz de la luna o al fulgor de las estrellas, en la veranda, eran la delicia de nuestra temporada campestre. La primavera se marchaba a paso veloz, acosada por el soplo ardiente de los primeros días de junio. Nos sentábamos en ruedo, después de la cena, a charlar, a rasguitar la guitarra y a cantar canciones de amor.

Lo que sabe una petenera cantada u oída a mil leguas de la Patria, no lo sospechan los que sin haber salido del terruño, suspiran por lo exótico y se fingen un sentimentalismo de pega, ante lo que les llega de extranjería, sea lo que fuere. A nosotros, nos venía de abolengo la guitarra. Entre los más bien templados violines con que artistas de fama nos regalaban los oídos, de música clásica, el instrumento morisco, de que hoy muchos se avergüenzan, era el que nos convocaba, noche a noche, a recordar los tiempos idos y las ilusiones voladas para siempre.

En una reunión cosmopolita, natural era que canciones, bailes y anécdotas lo fuesen también. Cada uno refería su cuento, dándole vida con la forma narrativa, seguro de que le faltaría interés recitándolo en seco. No sé qué de insípido y desmayado tiene la historia de los pueblos cuyas costumbres no las<sup>1</sup> conocemos, y de los cuales no hemos vivido la vida. Es menester vivir con ellos, hacernos a su instinto<sup>2</sup> y a su idiosincrasia, coparticipar de sus ideales, entender su lenguaje, por extraño que parezca al nuestro. Los animales nos llevan en esto la ventaja. Se entienden mejor entre sí, porque en todas las partes del mundo hace el borrego “me”, canta el gallo “qui-quiri-qui” y rebuzna el pollino en la misma tonada. Así, aunque se los traslade de un extremo a otro del mundo, nunca se sienten extranjeros entre los de su especie.

\* \* \*

Cierta noche, la Luna asomó por cima de un copo de nubes blanquecinas, precisamente en el punto en que, sobre la copa de un sicomoro, apareció el tecolote que a diario visitaba nuestro jardín. Mirónos atentamente y dejó oír su triste canto. Nada nos gustó la serenata. Otras veces se había conformado con atisbarnos desde la rama de un laurel lejano, sin regalarnos con lúgubres gemidos.

Sintiendo vergüenza<sup>3</sup> de su propio terror, quisieron todos disimularlo. Pusieron<sup>4</sup> en juego diferentes artimañas. Una señora, miedosa como ella sola, echándosela de guapa, dijo a la concurrencia, sin que nadie se lo preguntara:

---

\* Laura Méndez de Cuenca, “Un espanto de verdad”, en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXVI, núm. 4599 (22 de abril de 1909), p. 4, col. 3-6; con el mismo título en *Simplezas* (Paris, 1910), pp. 233-246. Fijo el texto de la edición de 1910 y señalo en nota las variantes.

<sup>1</sup> 1909 no aparece: *las*

<sup>2</sup> 1909: *no hemos vivido la vida entre ellos, es menester hacernos a su instinto por no hemos vivido la vida. Es menester vivir con ellos, hacernos a su instinto*

<sup>3</sup> 1909: *Sintiendo cada cual vergüenza por Sintiendo vergüenza*

<sup>4</sup> 1909: *poniendo por Pusieron*

—A mí no me asusta ni el canto del tecolote ni la muerte. Si me muero antes que ustedes, vendré a contarles lo que hay por allá. ¿Creen ustedes que los muertos vuelven? ¡Bien lo quisieran los pobrecitos!<sup>5</sup>

Don Antonio, un sesentón muy cachazudo, nacido y crecido en las misiones de la Alta California, recogió la observación, diciendo:

—Miren ustedes, mialmas; si los muertos vuelven del otro mundo o no, yo no sabría decirlo, pero en cuanto a levantarse, cuando están de cuerpo presente... ¡Vaya si se levantan!

—¿Los ha visto usted, don Antonio?

—Con estos ojos que me ha de comer la tierra.

—A ver, cuente usted —suplicaron todos a una.

Don Antonio descruzó la rodilla. Acomodóse bien en la butaca<sup>6</sup> y colocó la guitarra sobre un mueble cercano. Hizo una gesticulación que parecía querer juntar todos sus recuerdos, y habló de esta manera:

—Yo nunca he salido de California. Aquí, en estas vastas soledades, no se conoció nunca el miedo, mientras no nos lo trajeron de todas partes del mundo los buscadores de oro. Entonces, como se robaba y se mataba a tutiplén, el terror y el pánico crecieron tan frondosos como los naranjos. Pero todo esto es nuevo, ya lo he dicho, pues los californianos legítimos nunca tuvimos un pelo de collones. Sin embargo... oigan ustedes y créanme por éstas que son cruces. Y las formó apoyando los índices sobre los pulgares.<sup>7</sup>

\* \* \*

El ruedo se estrechó. Cuando hubo cesado el ruido de las sillas, al juntarse, prosiguió el viejo:

—Hace más, mucho más, de cincuenta años, que vivíamos en las inmediaciones de San Bernardino, en un rancho que mi padre había heredado del suyo, y que, por su numeroso ganado, sus sementeras de trigo y su extenso olivar, era codiciado por los aventureros que abordaban continuamente en California, siempre con miras de filibusterismo.

Por ese tiempo, ni Sloat ni Jones<sup>8</sup> habían enseñado la oreja, mostrando el malévolos designio de arrebatar, a la nación generosa que los hospedaba, este rico jirón.

Mi padre, cierto que no era muy leído, pero a hombre de bien y a patriota, no le iba en zaga ninguno; y, aunque en medio de nuestra existencia un poco vegetativa, nada nos hacía falta, tampoco sospechábamos que se acercara el día en que habíamos de ser extranjeros en nuestra propia tierra. ¡Quién nos había de decir que nos veríamos más tarde despojados de todo lo que entonces, por cuidarlo, nos tenía constantemente en vela, sobre las armas, y con el credo en los labios!

Periódicamente se descolgaban de la Sierra Madre, hordas de indios salvajes que nos obligaban a no dejar enmohecer las carabinas, ni a descuidar los puntos de defensa de los primeros días de las misiones.

Mi padre, cristiano rancio, como buen español que era, dispuso meterme de lego en la Misión de San Gabriel, aunque maldita la vocación que para fraile había notado en mí.

---

<sup>5</sup> 1909 no aparecen signos de admiración.

<sup>6</sup> 1909: *Don Antonio descruzó la rodilla, acomodándose bien en la butaca, por Don Antonio descruzó la rodilla. Acomodóse bien en la butaca,*

<sup>7</sup> 1909 no aparece: *Y las formó apoyando los índices sobre los pulgares.*

<sup>8</sup> Sloat y Jones fueron generales norteamericanos que participaron la Batalla de la Angostura, cerca de Saltillo, Coahuila, en la invasión a territorio mexicano en 1847.

Todo lo que me estiraba ir a combatir contra los salvajes, me era, por contra, repulsiva la vida monacal. Y no era menosprecio de aquellos santos varones que se inmolaban en la propaganda de la fe, no; era que, para mi natural inquieto, el sistemático sosiego del claustro acabaría por secarme. Mi actividad pedía más movimiento que el de echar bendiciones y rocíos de asperges.

Protesté y grité en vano: la decisión de mi padre se cumplió al fin. Desde que me tonsuraron y envolvieron en el hábito del seráfico san Francisco, la venturosa existencia de los misioneros se vio turbada por las travesuras más chuscas que puede inventar un colegial sin talento. Cuando los padres estaban en el coro, los prendía yo por los hábitos, de dos en dos; más de una vez me bebí el chocolate del guardián; pero lo que me daba singular contento era salirme al campo de escapada, al atardecer, y remedar el aullido de los osos. ¡Qué miedo se les metía a los santos padrecitos!<sup>9</sup>

\* \* \*

Cuando descubrían mis diabluras, me reprendían con suavidad, de manera que me fueron ganando el corazón, aunque no el humor regocijado que por poco me cuesta la vida. El padre Andrés, sobre todo, tenía para amonestarme un ten con ten que me hacía ir donde quiera que él me llevase. Llegó a hacerme más amable la soledad. ¡Cuántas veces, desde la extensa galería del convento, gocé contemplando el hermoso Valle de San Gabriel, con sus viñedos delineando figuras geométricas, sus lozanos sicomoros como atalayas, y, en algunos parajes, los cactus del desierto creciendo al lado de los arbustos de la planicie y la montaña!

El padre Andrés era un santo; y, como santo, el coro de ángeles lo arrebató para el cielo, en la plenitud de sus treinta años. Lo pusimos de cuerpo presente en la capilla, cuyas ventanas daban al jardín. Dos legos, o un padre y un lego, se turnaban, por horas, para velar el cadáver. Ocupaban el tiempo en rezar por el alma del difunto; así no se les hacía tan largo. Al hermano Pedro y a mí nos tocó el turno de media noche: en lo que estuvo nuestra desdicha.

Hasta antes de las doce, hubo mucha gente, en la capilla, pues los padres amaban al difunto, y quisieron acompañarlo largamente; pero, cuando, por exigirlo sus respectivos menesteres del día, se fueron a sus celdas a descansar, nos quedamos con el muerto, Pedro el lego, y el pobre de mí. Qué pitos fuimos a tocar, dos diablos, a la Misión, donde sólo almas buenas había, nunca he podido explicármelo. Estuvimos, al principio, gastando chanzas, solazando en pláticas ajenas a las circunstancias e inadecuadas al sitio visitado por la muerte.

Era el hermano Pedro un maricón incapaz de entrar solo en un cuarto, después de oscurecido; y en eso encontré yo precisamente diversión para hacer menos pesada la vigilia. Sucedió que a los dos empezó a rascarnos el hambre; entonces dije a mi compañero:

—O vas a la cocina a hacer dos tazas de chocolate, o voy yo, mientras tú te quedas con el muerto: a escoger.

Ni lo uno ni lo otro pareció bien al cobarde Pedro a quien las ramas de los sicomoros se le antojaban brujas montadas<sup>10</sup> en sendas escobas; pero en cuanto al refrigerio que el cuerpo le pedía, lo encontró de perlas. ¿Cómo hacer para que las manitas negras de los cuentos de encantos trajesen la colación apetecida? Como insistí, urgiendo al lego una resolución

---

<sup>9</sup> 1909 no aparecen signos de admiración.

<sup>10</sup> 1909: *brujos montados* por *brujas montadas*

pronta y definitiva, ante la amenaza de irme a hacer el chocolate, se decidió él por marcharse a la cocina, dejándome a la cabecera de fray Andrés.

Luego que me vi solo, me tentó el diablo una vez más, metiéndome la idea de hacer a Pedro una truhanería de renombre. ¡Qué hueco me puse cuando acabé mi obra! Había yo levantado del catafalco humilde el cadáver, y acomodándolo, con muchísimo trabajo, en uno de los sitaliales que servían para descanso de los oficiantes, en las misas cantadas. Buenas fuerzas y maña me gasté en ello. En el túmulo vacío, me tendí yo, bien estiradito, y crucé los brazos sobre el pecho. No me fue larga la espera, saboreando el efecto de mi profana chuscada.

A muy otra cosa que a perder el tino y después el juicio, venía el mísero Pedro con sus dos pocillos de chocolate. Ver el cuadro preparado por mí, y echar a correr, dando de gritos, fue todo uno. Los trastes, con chocolate y todo, quedaron en el suelo hechos añicos. Asustado del escándalo que armaría el muy collón, me precipité en su seguimiento; pero no logré darle alcance sino hasta el jardín, en el sitio donde precisamente caían las ventanas de la capilla.

La noche era clara, la luna menguante acababa de aparecer en el horizonte. A su luz, llena y blanca, veíase el suelo del jardín cuajado de culebras oscuras, pues tal parecían las ramas de los arbustos chapodados aquella misma tarde, diseminadas por las avenidas.<sup>11</sup> Pedro estaba demudado, y sudaba frío.

—Para que veas, collón, gallina,<sup>12</sup> que soy yo que he querido asustarte. Yo lo he hecho todo: bajar el cuerpo, acomodarlo en el sitalia, y tenderme después, en el féretro. Todo era de chanza, tonto, por asustarte, tontazo. ¿No ves que los muertos no se levantan? Así le dije.<sup>13</sup>

Pedro tartamudeaba nada más, poniendo unos ojos tales que yo ya no reía.

—Mira a la capilla cómo todo está quieto —proseguí, cogiendo a Pedro por la barba, y enderezándole la cara a las vidrieras débilmente iluminadas, de la cámara mortuoria. Pero, ¡sorpresa tal! Al punto que los dos mirábamos hacia arriba, de una de las ventanas, cuya vitrina se fue abriendo lentamente, se asomó medio cuerpo de fray Andrés. Nos miró dulcemente, y levantó la mano, en señal de bendecirnos.

El pobre de Pedro murió pronto, en el hospital, de la fiebre que le dio. A mí, como no había hecho aún<sup>14</sup> votos, mi padre me llevó de nuevo a la casa; donde volví a ser lo que había sido, menos el guasón de siempre.

Ahora, mialmas, díganme ustedes si sabré yo si los muertos se levantan.

Cuando don Antonio acabó su relato, el ruedo se estrechó aún más, y todos, a una, buscaron con los ojos el tecolote. El ave, posada en el laurel, reanudó de nuevo su triste canto.<sup>15</sup>

---

<sup>11</sup> 1909: *todas diseminadas por las avenidas*. por *diseminadas por las avenidas*.

<sup>12</sup> 1909: *gallino*, por *gallina*,

<sup>13</sup> 1909 no aparece: *Así le dije*.

<sup>14</sup> 1909: *todavía por aún*

<sup>15</sup> 1909: *Se había parado en el laurel más próximo y reanudó de nuevo su triste canto*. por *El ave, posada en el laurel, reanudó de nuevo su triste canto*.

## ROSAS MUERTAS\*

Quedó resuelto que saldríamos a veranear. Nos<sup>1</sup> lo pedían los huesos helados por la incesante lluvia del invierno. Los músculos ateridos clamaban por un poco de Sol; los ojos, cansados de la inmensidad gris del mar, anhelaban gozar<sup>2</sup> de lo verde de la campiña y del matiz de las gayas flores.

Mientras llegó el día de la marcha, y nos ocupamos en preparativos de viaje, la tarea diaria se me<sup>3</sup> hizo más llevadera. Seremos veinte los de la expedición —pensé—<sup>4</sup> y por aquella porción menguada de la gran masa humana que poblaba la ciudad porteña, empecé a sentir<sup>5</sup> particular simpatía, cuanto había sido mi desdén por el enjambre de hombres que me rodeaban.<sup>6</sup> ¿Qué se nos iba o se nos venía de que los demás se ahogaran, o se secaran como pergamino? El sentimiento egoísta que nace de la aglomeración, en lucha por la existencia, era la única muestra de sentir que a mí me daba el corazón.

Llegó el día.<sup>7</sup> Con el embarazoso bulto de las tiendas de campaña, plegadas hasta lo mínimo, y provisiones de boca hasta para un mes, salimos de la ciudad. Era<sup>8</sup> el 4 de julio, aniversario de la independencia norteamericana; día terrible, como del Juicio Final, hasta para los mismos nacionales.

La ciudad estaba envuelta en humo. Se aletargaba con el monótono crac-crac de los cohetes chinos que, a las puertas de las casas, quemaban niños y viejos, en señal de patriótico regocijo. Causaba tedio.

Nada dice al espíritu del extranjero el sentimiento de un pueblo con cuya vida no se ha podido identificar. Eso mismo me acontecía. ¿Qué se me daba de Jorge Washington y sus hazañas en aquel terruño, cuya historia es la de México, y en el que mis pies solicitaban con recelo el privilegio de pisar?<sup>9</sup> Por la gran avenida empezaba a agruparse la gente que iba a presenciar el desfile de parada, y ya las carretas empavesadas del comercio, que éste suele enviar como reclamo, aguardaban su turno, metidas en una y otra acera.

Nos embarcamos muy a tiempo. Zarpó el vaporcito,<sup>10</sup> por entre bandadas de gaviotas que no<sup>11</sup> se sobresaltan siquiera al pitar del silbato, ni mucho menos pensaban en huir. ¡El

---

\* Laura Méndez de Cuenca, "Rosas muertas", en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXVI, núm. 4619 (12 de mayo de 1909), p. 4, col. 3-6; con el mismo título en *Simplezas* (París, 1910), pp. 130-138. Fijo el texto de la edición de 1910 y señalo en nota las variantes.

<sup>1</sup> 1909: *Nos* por *No* // Evidente error del cajista, por lo que sigo el texto de 1909.

<sup>2</sup> 909: *salir* por *gozar*

<sup>3</sup> 1909: *nos* por *me*

<sup>4</sup> 1909: *—pensábamos—* por *—pensé—*

<sup>5</sup> 1909: *sentíamos* por *empecé a sentir*

<sup>6</sup> 1909: *el enjambre humano que íbamos a dejar atrás.* por *el enjambre de hombres que me rodeaban.*

<sup>7</sup> 1909 no aparece: *Llegó el día.*

<sup>8</sup> 1909 no aparece: *Era*

<sup>9</sup> 1909: *y en él mis pies solicitaban con recelo el privilegio de pasar?* por *y en el que mis pies solicitaban con recelo el privilegio de pisar?*

<sup>10</sup> 1909: *muy a tiempo de zarpar el vaporcito,* por *muy a tiempo. Zarpó el vaporcito,*

<sup>11</sup> 1909: *ni* por *no*

gusto que nos daba a todos alejarnos del caserío apretado, que a medida de la distancia se achicaba y envolvía en el vaho gris del humo y de la niebla! Allí<sup>12</sup> se quedarían rezagados los amos y patronos, y la pihuela de toda obligación cumplida por paga.

La mar estaba dulcemente tranquila, y de ella surgía, como castillo encantado, el casco a medio aparejar de un gran vapor de guerra: el *Oregón*. Sus claraboyas y troneras, sus torres y parapetos, dábanle aire de fortaleza medieval, erguida como atalaya del océano. Calaba tanto, que a no ser por la obra muerta, se diría, viéndola a distancia, que era una tabla con que se complacían en jugar las olas.

Media hora para atravesar la bahía; otra media para cruzar algunas millas de caserío en ferrocarril, y ya estamos en el punto donde comenzaba, verdaderamente, el alejamiento de los sitios poblados y antipáticos, que deseábamos ardientemente no ver y olvidar. Estábamos al pie de la montaña.

A la salida del<sup>13</sup> último pueblo, todavía se encontraban casitas muy monas, desparramadas en la falda del monte. Otras se alineaban en la áspera pendiente, formando amplia calzada, pues que estaban a una y otra banda. Era más bien una senda entre dos guirnaldas floridas, al comenzar el alegre julio. El ruido del mundo no llegaba hasta allí; el susurro del viento y el roce de las alas de los pájaros contra las ramas, al dejar sus nidos, eran la única noción de sonido que alcanzábamos a tener. De cuando en cuando algún peón que subía, adelantándonos con su paso rápido y seguro, o algunos rancheros que bajaban a abastecerse a la ciudad, rompían la monotonía de nuestra ascensión. Íbamos cortando rosas de los cercados que, por producirse en abundancia, colgaban su cortina hasta la acera. Arriba ya no más había flores silvestres, ni casas, ni hombres. Sólo pájaros.

Envanecidos de su libertad,<sup>14</sup> enviabánnos gorjeos, desde las copas de los árboles o a lo menos, se me figuraba así.<sup>15</sup> ¡Para lo que les serviría a las criaturas aladas saludar nuestra presencia! Bien podía verse que les importábamos un ardite.

Sube que sube, llegamos por fin a la cima; pero otra mole, que la niebla no nos había permitido entrever, se descubrió a la vista, desanimándonos. Esto era como heraldo de otras y otras que se nos fueron ofreciendo, no percibidas con claridad por la cerrazón del horizonte. Casi ya sin aliento estábamos al dominar el último crestón del monte. Luego comenzamos a bajar, rodando más que andando, por la pendiente abrupta. Llegamos hasta la orilla de un arroyo, donde, los diligentes compañeros que se nos habían adelantado, desplegaron y fijaron con maniotas y estacas las tiendas de campaña. ¡Cuánto les agradecemos el favor! Ellos, tendidos a la bartola, sobre el césped, nos advertían que habíamos llegado al punto de parada. Era allí, a campo raso, donde íbamos a veranear.

\* \* \*

¡Qué pronto nos acomodamos a aquella vida rústica sosegada! Servíannos las carpas para recogernos por la noche; pero, de luz a sombra, no hacíamos sino correrías de venado: trepando aquí, saltando y corriendo de picacho en picacho.

Atravesaba la cañada un torrente que engrosaba el arroyo, por entre frondosos laureles. En su linfa<sup>16</sup> más cristalina apagábamos la sed; en sus recodos escondidos, nos bañábamos;

---

<sup>12</sup> 1909: *Allá* por *Allí*

<sup>13</sup> 1909: *de este* por *del*

<sup>14</sup> 1909: *Los pájaros, envanecidos de su libertad*, por *Envanecidos de su libertad*,

<sup>15</sup> 1909: *así se lo figuraba nuestra bondad*. por *se me figuraba así*.

<sup>16</sup> 1909: *linfo* por *linfa*

y todavía la mansa y rumorosa corriente nos daba líquido en abundancia para nuestros deficientes usos domésticos.

Desde el segundo día de vida campestre ya no tuvimos que aprender la ligereza de los venados, ni la penetrante mirada de los pájaros de presa. Como éstos, percibíamos con claridad los objetos distantes, y en cuanto a soltura de pies, buena cuenta pudieron dar de ella las orquídeas holladas, los helechos chafados a pisotones, cuando el miedo infundado de las fieras salvajes nos hacía precipitar en busca de escondite.

Apenas se manifestó en músculos y sangre el vigor que suele producir el aire puro de las montañas, las dolencias que habían llevado a cada uno a buscar alivio en el descanso, desaparecieron. ¡Qué bienestar más grande! Tedio no lo hubo más, sino anhelo saludable de vida. Los odios que nos amargaban la existencia huyeron avergonzados; los rencores se fueron escabullendo, poco a poco, a manera de prisioneros que horadan un muro de la cárcel y escapan por la estrecha abertura. Uno tras otro, se fueron ante la Naturaleza vivificadora y sincera. Sólo sabíamos ser buenos. Casi extraños a la ciudad, donde se vive enfermo de aborrecimiento y de envidia, allí, donde apenas nos ataban lazos amistosos,<sup>17</sup> éramos íntimos ya. En aquélla comunión salvaje nos amábamos tiernamente.

El Sol alumbraba nuestras correrías por la montaña; y la Luna amorosa nos reunía en ruedo, fuera de las carpas, a contarnos nuestras aventuras, a comunicarnos, a comprendernos mejor y echar vínculos de amistad —triste es decirlo— endebles, efímeros, pero que nosotros, por lo sano del corazón en aquellos días, creíamos arraigados con firmeza. Durante la vida cortesana, no podíamos admitir que la rústica fuese exenta de aburrimiento;<sup>18</sup> y ahora, que pasábamos las horas sin sentir, ni siquiera nos asombraba el prodigio. Hasta la fe que suele faltar bajo las bóvedas de austeras catedrales, descendía espontáneamente a nuestro corazón. En presencia de las maravillas de la Naturaleza, Dios bajaba a curar las pobres almas enfermas de duda, y las iluminaba con la ardiente<sup>19</sup> llama de la fe.

No teníamos ni reloj que nos azuzara al trabajo; ni periódicos que nos recordaran que el hombre sólo seduce, mata. Ignorábamos cuántos criminales habían subido al patíbulo, cuántos cobardes se arrebataron la existencia, cuántos infelices perdieron la suya, aniquilados de miseria y de hambre. El incitante olor de la olla nos señalaba la hora de comer; el fatigado cuerpo sabía encontrar oportunamente, en el montón de paja, el apetecido descanso. Los nervios, templados por la reparadora acción del aire libre, no nos<sup>20</sup> daban nada qué decir. Hasta el albedrío, que nada tiene de libre, teniendo que habérselas con un organismo morbosos, parecía obrar desatado de sus trabas.

¡Ay!, llegó la hora de desbandar y volver a la diaria labor, a la lucha por la vida. ¡Qué melancólico y desalentado fue el regreso! Al llegar a poblado, cortamos de nuevo flores de las tapias para llevarlas como un recuerdo de nuestros breves días de amor y ventura.

Las despedidas fueron concisas<sup>21</sup> y tristes.

---

<sup>17</sup> 1909: *donde amarran apenas nos ataban los lazos amistosos. por allí, donde apenas nos ataban lazos amistosos,*

<sup>18</sup> 1909: *admitir la rústica exenta de aburrimiento; por admitir que la rústica fuese exenta de aburrimiento;*

<sup>19</sup> 1909: *misma por ardiente*

<sup>20</sup> 1909 no aparece: *nos*

<sup>21</sup> 1909: *tiernas por concisas*

Entramos, por fin,<sup>22</sup> en el engranaje de la máquina social. De todo aquello: el bello pensar y el dulce sentir, que había sido nuestra dicha, sólo quedó en mi corazón un dejo amargo y un tufo como el de las flores marchitas, donde ha estado un cadáver. Las ilusiones y las alegrías dispersas y deshojadas... ¡Cómo las rosas muertas!

---

<sup>22</sup> 1909: *Después entramos por Entramos, por fin,*

## LA TÍA DE DON ANTONIO\*

De los catorce hijos que dejó al morir don Blas, Rodrigo y Blanca eran los que, entre sí, más tiernamente se amaban. Rodrigo era diez años mayor que su hermanita. Acostumbraba arrullarla<sup>1</sup> en la cuna, cuando pequeña; ya mayorcita, la sentaba en sus rodillas para contarle cuentos, y, en las veladas invernales, breves para la chiquilla, pues debía marcharse a la cama desde temprano, Rodrigo ocupaba su tiempo y sus manos fabricando juguetes de cartón para Blanca.

Venían los dos<sup>2</sup> de magostar en el soto, una tarde de otoño, cuando cierto inusitado movimiento, en la casa, y los lloros de la familia, les anunciaron que un accidente acababa de acontecer: don Blas había caído muerto de un síncope.<sup>3</sup>

En cumplimiento de las odiosas e injustas leyes de la provincia española, donde esto sucedía, el hijo mayor heredó toda la hacienda del difunto.<sup>4</sup>

No tardó éste en ir mostrando la puerta a cada uno de los miembros de la familia, sin exceptuar ni la madre ni la abuela.

De los hermanos varones, unos entraron a servicio, ya no teniendo padre que los redimiera. Emigraron a América otros. Las mujeres, que aún permanecían solteras, se derramaron también por el mundo, mal casándose las que pudieron hallar con quién y colocándose el resto, como criadas de servicio, en casas de nobles. Rodrigo, el más joven de los hermanos, mocito de catorce abriles bien floridos, con ensueños, aunque deseoso de hacerse arquitecto, tuvo que salir a aprendiz de hortera, en una tienda de Madrid.

Triste fue para Rodrigo despedirse de la madre y de Blanca. La niña no se daba cuenta<sup>5</sup> todavía de lo que es un adiós.

Comenzó para el mozo la existencia solitaria, a la vez que la desilusión de haber truncado la carrera científica a que el porvenir le convidaba. Pero Rodrigo tenía alma grande; y el jarro de agua helada, que le había echado la suerte encima, no le iba a desmarridar. Sin perder de vista el medro, cambió de ruta y aparejo,<sup>6</sup> y trabajó con fe.

---

\* Laura Méndez de Cuenca, "El tío de don Antonio", en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXVI, núm. 4630 (23 de mayo de 1909), p. 11, col. 2-4; con el título de "La tía de don Antonio", en *Simplezas* (Paris, 1910), pp. 157-167. Fijo el texto de la edición de 1910 y señalo en nota las variantes. // En 1909: *El tío de don Antonio* por *La tía de don Antonio*.

<sup>1</sup> 1909: *Acostumbraba él arrullarla* por *Acostumbraba arrullarla*

<sup>2</sup> 1909 no aparece: *los dos*

<sup>3</sup> 1909: *les anunciaron el accidente que acababa de acontecer: don Blas había muerto de un síncope.* por *les anunciaron que un accidente acababa de acontecer: don Blas había caído muerto de un síncope.*

<sup>4</sup> Este cuento ocasionó la furibunda respuesta de un columnista anónimo de *El Correo Español*, quien escribió para la edición del 26 de mayo de 1909, p. 1, lo siguiente: "Para variar sus interesantes crónicas publicadas en *El Imparcial* esa señora ha querido también darnos un cuento sobre, o mejor dicho, contra España, con tan mala sombra, que el punto de partida, el arranque fundamental en que descansa toda la trama, es una falsedad notoria y una especie enteramente calumniosa para nuestra Patria". *Vid.* Apéndice VI.

<sup>5</sup> 1909: *y de Blanca quien no se daba cuenta* por *y de Blanca. La niña que no se daba cuenta*

<sup>6</sup> 1909: *y de aparejo, por y aparejo,*

¿Fueron la providencia o el azar, los que le ayudaron a hacer fortuna? Vayan ustedes a saberlo. Los conocidos viejos decían: este hombre ha puesto una pica en Flandes. Pero lo que él puso, en vez de pica, fue una tienda mixta y eso, no en Flandes, sino en un lugarejo del centro de España.

Fuera de multiplicar reales, no hizo otra cosa durante diecisiete años.<sup>7</sup> Guardaba en el alma tres anhelos: dar a la madre, agotada por el trabajo, buen reposo en sus últimos días, casar a Blanca, y casarse él también. De sus tres deseos,<sup>8</sup> sólo echarse la soga al cuello le fue dado cumplir; pues para lo demás, la fortuna no vino a tiempo. Antes de que Rodrigo pudiese llamarse rico, la viuda de don Blas murió; y su hija pequeña fue recogida por una tía abadesa que, a los diecisiete años de edad, la hizo también abrazar al monjío. ¿Qué hubiera podido hacer la pobre en el mundo, sin ariente ni pariente? Tomó el velo. Ya no se llamó Blanca,<sup>9</sup> sino sor María de la Cruz.

Rodrigo lloró amargamente cuando lo supo; no había querido ser testigo de la ablución social. Oyó con aparente calma las menudencias de la ceremonia de profesión. Sólo cuando le narraron,<sup>10</sup> con vividos colores, la entrada de la doncella, pálida y temblorosa, por un ancho portal cuya pesada puerta se cerró para siempre tras de la nueva esposa del Señor, a Rodrigo le dio el corazón unos tumbos desesperados. Juró no volver a ver a su hermana, sepultada en vida, sino llorarla como muerta.

Llorar no es la mayor desgracia de los hombres: lo desesperante<sup>11</sup> es su impotencia para evitar que los seres amados lloren.

Con el tiempo Rodrigo fue padre de numerosa prole. En las noches de invierno, solía sentarse a la cabecera del estrado y contar a sus hijos cuentos de magos y hechiceros, en los que todas las princesas y heroínas eran hermosas como Blanca, puras como Blanca, inocentes como Blanca. En cuanto a dichosas como Blanca, eso no: Blanca no podía ser dichosa, porque Dios no lo quiso.

Los hijos<sup>12</sup> de Rodrigo sentían indiferencia por sor María de la Cruz; pero a Blanca, la de los diecisiete años, la adoraban al través de las heroínas de los cuentos.

Antonio, el mayor de los hijos de Rodrigo, era un chico desmedrado y un poco huraño, como convenía a su organismo enteco. En el colegio, donde le habían puesto de interno para hacer carrera (pues su padre deseaba realizar en su heredero el ideal en sí mismo frustrado),<sup>13</sup> por lo serrote y lo seco, le trataban como a viejo. Cierta compañero guasón le llamó un día “don Antonio”, y “don Antonio” se le quedó, desde mucho antes que le apuntara el bozo. En una palabra: don Antonio era un espíritu viejo metido a empellones en el cuerpo de un niño.

De los hijos de Rodrigo, unos escuchaban con indiferencia las cartas que sor María de la Cruz les enviaba desde el convento, muy llenas de consejos sabios y exhortaciones en bien obrar; otros se aburrían, durante la lectura, y lo mostraban con bostezos y estiramiento de miembros cansados. Antonio estaba atento a cada palabra. Detrás de las cartas veía, en

---

<sup>7</sup> 1909: *diecisiete años*, por *diez y siete años*, // Conservo la primera versión, ya que generalmente en la edición de 1910 la autora desata esas cantidades.

<sup>8</sup> 1909 no aparece: *De sus tres deseos*,

<sup>9</sup> 1909: *Al tomar el velo ya no se llamó Blanca*, por *Tomó el velo. Ya no se llamó Blanca*,

<sup>10</sup> 1909: *le pintaron*, por *le narraron*,

<sup>11</sup> 1909: *lo que si es desesperante* por *lo desesperante*

<sup>12</sup> 1909: *La chiquillería* por *Los hijos*

<sup>13</sup> 1909 no aparecen los paréntesis.

su imaginación, a una viejecita encorvada que las escribía y rezaba por los pecadores, anhelando<sup>14</sup> atraerlos al buen camino.

Siempre cabizbajo y cargado de murria, don Antonio era insensible a los encantos de la juventud. No se percataba de las galas de la Naturaleza. El presente nada decía a su corazón. En sus recuerdos de infancia descollaba la princesa de todos los cuentos: Blanca, y en las promesas de los días por venir, aparecía también la buena, la vieja tía monja, que rezaba por todos sus sobrinos y quería llevárselos, consigo, a la gloria.

Al cumplir don Antonio los diecisiete años, se graduó de bachiller. Rodrigo, loco de contento, de ver a su hijo camino de lograrse, pensó darle como premio una visita a su tía monja. ¡Pues era viajecito, ir hasta el claustro de clarisas de San Francisco,<sup>15</sup> distante del colegio dos días a lomo de mula, por llanuras áridas y resacas, apenas alegradas por los manchones de verdura que circundan las norias!

Lleno de curiosidad y de asombro por lo que nunca se ha visto, el bachiller flamante empinaba el pescuezo, pocos días después, tratando de percibir, al través de triple reja, en la sala de un locutorio, oscurecida por la soledad y la tristeza, la forma de una mujer arrogante, fuerte y esbelta. El hábito grosero que la cubría no dejaba, ni con mucho, admirar el hermoso cuerpo que un artista hubiera deseado esculpir en mármoles y bronces.

Como remate de la grácil forma, un rostro peregrino, con esa palidez<sup>16</sup> que provoca a los imberbes románticos, se doblaba, inclinándose con modestia. La mirada<sup>17</sup> brillante de dos ojos calenturientos y escrutadores denunciaba el sentir vehemente de la monja por “algo” muy ajeno a las cosas del paraíso.

Habló la religiosa saludando a sus parientes. Se enteró<sup>18</sup> de las circunstancias que motivaban aquella visita. ¡Tanto tiempo había olvidado Rodrigo a su hermanita del alma! El mundo estaba lleno de ingratos, de descreídos, de pecadores. Pero, ¡qué gusto de volverse a ver! Gracias, por traerle al chico para que le conociese. ¡Tan aprovechadito y tan mono! Parecía increíble que aquél niño tan desmedrado fuese un mocito de casi dieciocho.<sup>19</sup> “Mocito”, esa era la palabra, porque a mocetón, vamos, a mocetón, Toñuelo no llegaría nunca.

Larga y sabrosa fue la plática al parecer; aunque, en el fondo, iba quedando un dejo de amargura. Poco o nada se mentó al mundo y sus falacias y engaños. Cuánto rezaba ella, sor María de la Cruz, por la dicha de todos, por su prosperidad, a fin de que pudieran servir de sostén a la Iglesia, y asegurar la salvación. ¡El porvenir del alma!, sobre todo: ¡El porvenir del alma! ¡Edificante conversación!<sup>20</sup>

Llegó la hora de partir. Sor María de la Cruz, sabedora de que Rodrigo venía preparado a donar mil pesetas al convento, rogó a su hermano que pidiese a la abadesa permiso para

---

<sup>14</sup> 1909: *anhelaba* por *anhelando*

<sup>15</sup> En 1546 la Universidad y el Concejo de Alcázar de Toledo hacen voto a la Inmaculada Concepción para que libre al pueblo de una plaga de langosta. En gratitud se levantó un voto para que no se olvidara el favor junto a la ermita de la Inmaculada. Las monjas del Convento de Santa Clara se encargaban de cuidar la ermita, la fama de la orden creció con el correr del tiempo. Laura Méndez visitó Toledo en 1907; acerca de su recorrido escribió una crónica: “Toledo la imperial”, en *El Imparcial*, t. XXIII, núm. 3988 (1 de septiembre de 1907), p. 9.

<sup>16</sup> 1909: *de palidez* por *con esa palidez*

<sup>17</sup> 1909: *Pero la mirada* por *La mirada*

<sup>18</sup> 1909: *, y enterándose* por *Se enteró*

<sup>19</sup> 1909: *dieciocho*. por *diez y ocho*.

<sup>20</sup> 1909 no aparece: *¡Edificante conversación!*

abrazar al niño, al chiquitín que jamás había conocido su tía hasta ahora. ¡Y eso, al través de la triple reja del locutorio!

Intentó Rodrigo<sup>21</sup> solicitar lo que la religiosa le pedía. Fuera el ablandamiento de disciplina que hacen los donativos, fuera que el capellán del convento era de los de manga ancha, todo se logró al deseo.

El capellán y otro sacerdote acompañaron solemnemente a los visitantes hasta el umbral<sup>22</sup> de ancha y pesada puerta que, en el fondo de un claustro, había. La misma que, diecisiete años atrás, no había visto Rodrigo cerrarse de golpe, a espaldas de Blanca, cuando, radiante de juventud, belleza y alegría, la habían cercenado del mundo la superstición, la miseria y la injusticia de una ley catalana. Todavía, sin haberlo oído, sentía Rodrigo<sup>23</sup> repercutir el portazo en el corazón.

Giró la puerta. Precedida de la superiora, apareció en el umbral sor María de la Cruz. Esperó firme, con la gravedad de un centinela que conoce hasta donde puede, con derecho, adelantar el pie a la aproximación de sus parientes.

No se permitió a unos y otra más que una breve despedida. Pero sin que la monja descendiera el escalón que servía de límite, a la entrada del convento, ni los otros lo subieran.

Por más que don Antonio se estiró sobre las puntas de los pies, al abrazar a su tía, apenas llegó su frente a posarse sobre el corazón de la monja,<sup>24</sup> cuyos latidos eran acelerados y desiguales. La mujer oprimió al muchacho, sacudiéndolo con rudeza; y con labios, que parecían dos brasas, le besó la frente, dejándosela empapada en llanto.

Al separarse, la monja parecía una imagen de cera.

El padre y el hijo salieron lentamente. Rodrigo, dando gracias y haciendo reverencias a los señores curas, mientras en sus adentros blasfemaba contra muchas cosas divinas. “Don Antonio” iba callado y pensativo.

Para el pobre bachiller, sor María de la Cruz había<sup>25</sup> muerto; pero Blanca vivía y palpitaba<sup>26</sup> en su corazón, como un símbolo del dolor humano. Tragándose las lágrimas que quería ocultar de Rodrigo, murmuró entre dientes:<sup>27</sup>

¡Pobre mujer!, ¡pobre mujer!

---

<sup>21</sup> 1909: *Intentó el hermano.* por *Intentó Rodrigo*

<sup>22</sup> 1909: *dintel* por *umbral*

<sup>23</sup> 1909: *Todavía sentía Rodrigo.* por *Todavía, sin haberlo oído, sentía Rodrigo*

<sup>24</sup> 1909: *Así es que la frente de don Antonio por más que él se estiró sobre las puntas de los pies, al abrazar a su tía, no llegó sino a posarse sobre el corazón de la monja,* por *Por más que don Antonio se estiró sobre las puntas de los pies, al abrazar a su tía, apenas llegó su frente a posarse sobre el corazón de la monja,*

<sup>25</sup> 1909: *ha* por *había*

<sup>26</sup> 1909: *vive* por *vivía y palpitaba*

<sup>27</sup> 1909: *A veces murmuraba entre dientes:* por *Tragándose las lágrimas que quería ocultar de Rodrigo, murmuró entre dientes:*

## LA ESPINA\*

Echando diablos por la boca salió Isidoro de la despensa, agarrándose con la izquierda la mano derecha, toda prendida de invisibles espinas. Tentado del deseo de engullirse un oloroso membrillo que había divisado en el frutero, esperó a que la noche colgara sus sombras para cometer el hurto, a salvo de la vigilancia de la moza.

Una tempestad furibunda adelantó la hora del oscurecimiento, con sus nubarrones tupidos, pesados y amenazando aplastar el mundo. Isidorito se había deslizado de puntillas, apretándose el corazón a dos manos, hasta donde se alzaba el árbol prohibido: la fuente con el fruto incitante. A tientas trasteó, y, de repente, unas tunas jugosas, las más frescas que Alfajayuca<sup>1</sup> había producido aquel verano, le cogieron los dedos por todos lados.

Ya no pensó el goloso más que en huir, y solicitar, de cualquier alma caritativa, que le librase de la picazón, sacándole las espinas de la mano pecadora. Hizo la criada lo mejor que pudo por librar al niño de aquella molestia, formando de un popote, partido en dos, las pinzas que necesitaba para operar.

Todas las espinas salieron, menos una; ni poniendo la mano de través, ni acercándola todo lo posible al foco incandescente, se dejó ver la indina.

Isidoro tuvo que apechugar con aquel estorbo que, de vez en cuando, le punzaba, además, como para recordar al chico su repugnante glotonería. Por mínima e imperceptible la cosita aquella, ponía al chico furioso; su amor propio se vejaba de tener que agachar las orejas ante incomodidad tan insignificante. El malestar que Isidoro había sentido otras veces, desde el punto y momento en que cometía una diablura, por la que, sabedor de ella, su padre le propinaba, a guisa de correctivo, una solfa de órdago, algo se parecía, en lo tenaz, a la espina de marras; pero aquello, a lo menos, tenía fin: la tunda. ¡Cuántas veces un par de tejocotes chorreando miel, desaparecidos por la boca, de una tarascada; o una piedra arrojada al balcón del vecino, con la maestría y certeza de un cañón de Krupp,<sup>2</sup> le habían quitado el comer a gusto, o el dormir tranquilo, hasta que, por fin, la bendita corrección paterna, con la tralla del chicote, o con el mecate del tendadero, le moreteaba el cuerpo sin compasión! Entonces sí que se le acababa, con el dolor físico, el malestar del espíritu porque ahora suspiraba.

---

\* Laura Méndez de Cuenca, "La espina", en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXVI, núm. 4632 (25 de mayo de 1909), p. 4, col. 3-6; con el mismo título en *Simplezas* (Paris, 1910), pp. 113-126. Fijo el texto de la edición de 1910 y señalo en nota las variantes.

<sup>1</sup> Alfajayucan se localiza dentro del Valle del Mezquital, en el Estado de Hidalgo. La flora en este municipio está formada principalmente de pradera y matorral espinoso como el garambullo, palma, nopal; en algunas comunidades predomina la zona de bosque, caracterizada por árboles de encino prieto, encino manzanilla, pino, encino, sabino, mezquite, jacaranda, oyamel y pirú.

<sup>2</sup> Alfred Krupp, industrial alemán que en 1850 presentó en la Gran Exposición de Londres un lingote de acero de una sola pieza que pesaba dos toneladas; a partir de entonces el negocio familiar se especializó en la fabricación de cañones que abastecían de material bélico al ejército germano.

En los días que siguieron al percance del membrillo cambiado en tuna, Isidoro se hizo meditabundo. Sus nueve años de vida no bastaban a darle explicación de muchas cosas; ¿por qué, una vez que la laceración del cuerpo le causaba dolor, encontraba el espíritu sosiego, y, si escapando al castigo corporal, ningún malestar físico lo hostigaba, el resquemor de la conciencia no le dejaba en paz? Convencido, por fin, de que él mismo era el autor de sus desdichas, y nadie más que él, hizo una hombrada: tomó la resolución de la enmienda.

Que le clavaran a él, en la frente, la primera golosina que intentara comerse. ¿Pedradas, como un salvaje, él? Ya podrían crecer las chinias hasta llegar a las montañas, en el sitio que las vio nacer, si por Isidoro quedaba. Y los pájaros, de que estaba llena la huerta de San Juanico, donde habitaba la madrina consentidora de Isidorito, ya podrían entrar y salir, y poner huevos hasta la consumación de los siglos, sin temer por la vida ni por la paz. La suya no daría el pequeño pecador, ahora contento, por andarse dando gustos pasajeros.

El chico recordó que su papá le había revelado el sinnúmero de tormentos de una conciencia turbada: piquetes, ardores, resquemor. Algo parecido a la sensación de la mano punzada por la cáscara de la tuna; sólo que todo ello no en ningún miembro corporal, sino en el alma. Convencido de lo saludable de la virtud, Isidoro se hizo tan dócil y tan bueno, que llegó a poner en cuidado a la familia, pues todos creyeron que iba a enfermar. Por precaución me le metieron en cama, con un termómetro apretado en la axila, como si dicho instrumento se hubiera inventado para medir la intensidad del arrepentimiento.

Durante dos semanas más, que pasaron como soplo, Isidoro fue feliz; porque hasta la espina de marras se le había salido cuando menos se esperaba. ¡Qué grata era la vida del bueno! Isidoro era dueño de hablar al sabor de la boca, pues en no ofendiendo a nadie... ¡Vamos!, corría por el potrero, sin capear los toros; y de comer, no más lo que en la mesa era servido, y eso con moderación de cenobita. ¡Dichosas dos semanas!

Una tarde, volviendo a casa, de la de su madrina, en San Juanico, vio un grupo de muchachos que se entretenían en ahorcar un pobre zapirón que en nada les había faltado, pues estaba tan hambriento y miserable, que fuerzas le faltaban para cometer una sinrazón. ¿Por qué lo iban a matar aquellos tiranos? Pues por malcomido, por flaco, por sarnoso y feo. Intercedió Isidoro en demanda de indulto, el cual no fue logrado, sino por mediación de una peseta que el salvador puso en manos de los verdugos.

Isidoro procedió a descolgar al felino, que ya tenía la soga al cuello; pero el animal, con las ansias de la asfixia, no supo agradecer la existencia que se prolongaba, sino clavando las uñas en la cara del amigo que se le ofrecía, y aquí que no pecó.

Soltó al gato Isidoro, para llevarse las manos al araño, que mucho le dolía; y volvió el animal a caer, en manos de los inquisidores. Éstos no tardaron en dar cuenta de él, con una nueva y refinada crueldad: untáronlo de petróleo y le aplicaron una pajuela encendida.

Todavía no se le calmaban los ardores de la cara a Isidoro, quien caminaba rostrituerto para su casa, cuando vio pasar junto de sí a su protegido, hecho una bola de fuego, ya sin voz para quejarse, y caer luego, a corta distancia, retorciéndose de dolor, en los últimos de la agonía.

Isidoro, cuando se dio cuenta de aquella atrocidad, corrió desolado, ahogándose en sollozos y dando alaridos de desesperación; ¡quizá los que el gato moribundo no había podido dar, falto de aliento!

No encontró el chico, entre los suyos, el consuelo que le hacía falta, porque un triste acontecimiento embargaba el ánimo de todos, no sólo en la casa de Isidoro, también en la vecindad, también en el barrio. Por vengarse de los desdenes de una joven singularmente

bella, y más que bella buena, un barbaján, que la pretendía sin esperanza, la había matado. Según aseguraban, la habían hecho picadillos a puñaladas. ¿Quién iba a ocuparse ahora de la suerte de un pobre gato? Hasta Isidoro mismo, hubo un momento en que olvidó el desdichado animal para tomar participación en el duelo común: la mala suerte de una criatura prematuramente arrebatada de la vida y martirizada con ensañamiento.

El ir y venir de los días desgastó las acrimonias de aquel dolor acerbo, que muy honda emoción había causado en Isidoro. Sintió el niño como si le hubieran desguazado con hacha el corazón; y con poco esfuerzo imaginativo, se lo veía él hecho un zoquete que el carpintero se dispone a labrar.

Cuando el gran sanador, el tiempo, convirtió en desabridez lo que había sido horror y espanto, angustia y pena inacabable, volvió en el ánimo del chico la misma desazón que lo embargaba, cuando lapidaba las vidrieras de los vecinos o metía los dedotes puercos en la fuente de la conserva. Le parecía sentir dentro de la sesera y en las entrañas, toda la sensación de la espina.

Una noche en que se le cargó todo aquello de la doble tragedia, preguntó a la criada, de rota batida:

—Oye, tú, ¿por qué permite Dios que los hombres sean tan malos, y que los animales no hallen qué comer, cuando no saben ellos trabajar?

—¡Yo qué sé, niño, lo que dice usted!

—Digo, que, ¿por qué Dios es tan injusto?

La fámula se quedó pensando en lo que Isidoro decía, mientras que un hermano pequeño del niño, respondió vivamente, a su mayor:

—Y si el pobrecito de Dios, que dicen que es tan bueno y el padre de todos, no puede remediar que seamos malos, ¿qué quieres tú que haga?

—¡Tonto!, ¡tonto!, ¿qué estás diciendo? ¡Si Dios lo puede todo! —respondió Isidoro con desconsuelo.

Más tarde discutió el asunto con su mamá y su papá; pero ni uno ni otra fueron capaces de dejarle satisfecho. La espina siguió haciéndole roncha en el corazón.

Un día azul y florido de primavera, Isidoro, con un lacito blanco en el ojal y la boca muy apretada, como si temiese que el aire arrebatara lo que en ella traía, entró en el comedor de su casa donde le esperaba la taza de espumoso chocolate, entre la mar de nardos y azucenas. Acababa de hacer la primera comunión. Todo aquello que las espinas le mortificaban, lo había confesado al señor cura, como pecado abominable; pero el buen anciano, perito en el manejo de las pinzas que sirven a trasegar de las conciencias todas las puntas, dejó la del chico renovada. ¡Qué palabras más consoladoras las del sacerdote! Dios, al crear al hombre, lo ha dotado de libre albedrío para escoger la senda del bien o del mal; pero este tuno redomado escoge siempre lo peor, y, naturalmente, tiene que redimirse de la culpa, por medio del castigo. Quien la hace la paga. Nada más justo, nada más justo. Pero a la postre, un buen acto de contrición, y a la gloria derechos; ¿qué son los tormentos de un día, por crueles que nos los figuremos, comparados con la bienaventuranza eterna?

Con las sopas de bizcocho remojadas en el aromático soconusco, se tragó Isidoro las contundentes explicaciones del confesor. Se hizo el propósito de conservarse siempre bueno y a ayudar a otros que lo fuesen, rezando por su conversión.

El aroma y la vista de las flores, el alegre Sol que por las ventanas del comedor de lleno entraba, la grata emoción de la solemne ceremonia de la iglesia, y el bienestar del estómago satisfecho hicieron su obra pía: Isidoro amaba en aquel instante el mundo y el cielo,

compaginando en su fantasía los placeres del cuerpo y la pureza del alma, como Dios se lo dio a entender.

¡Qué inoportuna aparición! Tomás, el primogénito de la casa, estudiante de cosas muy sublimes en la Escuela Preparatoria, se plantó en el comedor, con el periódico en la mano. Mientras que le servían el desayuno, devoraba en silencio la sección cablegráfica: el tifón reciente había arrebatado el caserío de un pueblo de pescadores, en las costas de China, inundando los campos, dejando a tres mil gentes sin hogar; a la altura de Terranova, dos barcas mercantes chocaron, a causa de la niebla, yéndose a pique una, sin que se salvara un alma; en una casa de vecindad de Nueva York, se había producido un incendio, en el que perecieron nueve niños... ¡Oh...!

—¡Qué atrocidad! —exclamó el estudiante, atusándose algo que creía tener en el labio superior. Ni siquiera le apuntaba el bozo, pues, a pesar de los diecinueve que se calzaba, prometía ser lampiño; pero creyendo tener una brocha, se martirizaba, a pellizcos, la comisura de los labios, fingiendo hacerse guías.

—¿Atrocidad de qué? —le preguntó Isidoro.

—De lo que pasa en el mundo. Debería uno vestirse de luto para leer los cablegramas, pues no se leen sino infortunios, accidentes, catástrofes. La Naturaleza es muy cruel.

—¿Muy cruel? Así es que Dios, que ha creado la Naturaleza, ¿es cruel también?

—¡Qué sabes tú de esas cosas! Todavía estás muy verde. La Naturaleza es todo lo que existe: hijo de la Naturaleza es el hombre, producido por las fuerzas misteriosas de la vida; y después de corta existencia en el mundo, como ser pensante, retorna al seno común, como la gota de agua, que fue momentáneamente nube y lluvia, retorna al mar.

Dijo, y se atusó de nuevo los soñados bigotes.

—Pero, ¿y después? ¿Qué sigue luego? ¿Cuál es lo último de todo?

—¡Eso sí, quién sabe!

El último trago de chocolate se quedó por beber en la taza, espeso y frío. Clavó Isidoro la barba sobre el pecho, y apretándose con una mano la frente y con la otra el corazón, se quedó ensimismado, mientras que su hermano el escolar se alejaba muy campante. Volvió la espina, agrandada, en todo su ser. Lo peor de todo es que la siente todavía.

## LA GOBERNADORA\*

Era graciosa y más linda que el pecado, por no decir que el pecado mismo. Era la mayor de cuatro primos de la Naturaleza, cuatro hijas de una mujerzuela que pensó en explotarlas apenas salieron del cascarón. Se llamaba Estela.

La madre, una hembra hermosota, producción de un feliz cruzamiento de razas, no apechugó con las desabrideces de la viudez y se malvendió a varios tunantes pobretones que jamás la sacaron de apuros. Así no salió de penar, hasta que sus chicas llegaron a la edad de merecer.

Cuando Estela cumplió los quince, la suerte empezó a sonreír a la desalmada viuda, quien supo coger la ocasión por los cabellos en la persona de un gobernador.

Dicho personaje, aunque general y todo, era, a secas, un mentecato. Carecía de cultura, de educación, de principios, de aspiraciones. Ya sesentón, después de sacarle el jugo a la vida, en acuerdo con sus inclinaciones sensuales, habiendo amasado una puerca fortuna, no tuvo que pedir a Dios sino descanso para la vejez. ¡Y qué descanso! Sentarse en algún puesto público de buen medro. Dios lo oyó, concediéndole el gobierno de un Estado, en la región cálida.

El brigadier gobernador había pasado la vida de sus sesenta años sin descubrirse una cualidad sola, aunque a montones las tenía. Despedía bondad por los poros, sin saberlo: como las estrellas despiden fulgores.

En su carrera militar contaba hechos heroicos, inconscientes de sí mismo. Para él el valor era cosa de su temperamento, y no comprendía que nadie pudiese ser cobarde. El miedo al peligro conceptuábalo dolencia individual y pasajera, como el vómito negro, o la pulmonía. De ahí que en las luchas extranjeras y nacionales que afligieron y ensangrentaron a la patria, el gobernador brigadier hubiese recorrido con gloria todos los grados subalternos.

Su flaqueza había sido procrear: once hijos naturales le debían la existencia. Don Policarpo —pues tal era su nombre— se recreaba en su prole, como un patriarca. No habría sido tan fecundo si le hubieran impuesto la obligación de colonizar el desierto, bajo pena de la vida.

Por donde había acampado el regimiento, en cuyas filas formó en los comienzos de la carrera militar, quedaron a merced de la Divina Providencia una o dos mujeres en vía de maternidad, para perpetuarle su estirpe. En eso se parecía el gobernador a otros muchos militares; pero en lo que disentía de ellos, era que en vez de dejar a las madres desamparadas y huérfana la prole, daba él su nombre a los hijos y enviaba mesadas a las mujeres.

---

\* Laura Méndez de Cuenca, “La gobernadora”, en *Simplezas* (Paris, 1910), pp. 71-80. *Vid.* Advertencia Editorial.

Éstas, agradecidas del comportamiento inusitado del seductor, ni lo malquerían, ni se quejaban de él. Con el tiempo llegaban a ufanarse de haber dado con él y asegurado con firmeza la torta del porvenir.

El mundo capitulaba también, con el estado de cosas; y a medida que la familia menuda de don Policarpo crecía, iba él ascendiendo en el escalafón. Adquirían los hijos mayores empleos lucrativos; los menores eran mimados en las escuelas donde concurrían a desbastarse el intelecto.

De los vástagos mayores de don Policarpo, unos eran conocidos en sus respectivos pueblos por los hijos del teniente, otros por el capitán, sirviéndose del nombre del grado que tenía su progenitor cuando fueron sacados al mundo. Asimismo, los otros eran designados por hijos del “mayor”, del “coronel” o del “general”.

Pero hijos del gobernador no los había. Ninguna mujer pudo vanagloriarse de haber despertado en don Policarpo cariño tan sincero como Estela. Por ella dobló el general el hombro a la Santa Cruz del séptimo sacramento. La vida fue enseñándole un camino de noble mira que él siguió sin darse cuenta, llevado por instintos y no por principios morales de que estuviese consciente.

Jamás se supo que el general, en el primer puesto del Estado, se revolcara en el fango del deshonor. No metió las manos en el erario, no hizo reparto de empleos entre sus parientes; no premió con sinecuras la adulación. Ni se inclinó al cohecho, ni se hizo llevar, para que los firmase, los pliegos oficiales a las casas de amantes. ¿Su antecesor en el gobierno, no daba audiencias oficiales en las casas de asignación?

Su gobierno se había desarrollado natural y pomposamente de las circunstancias, a la manera que de una viga podrida, arrinconada en el corral, brota un hongo lozano y saludable.

El gobernador había comenzado su era de rectitud, recogiendo bajo su amparo a aquellos de sus hijos naturales que más lo necesitaban, sin privar de auxilios y consejos a los que ya campaban por su respeto. “Esos tienen ya los colmillos duros y no han menester de mí” —decíase don Policarpo para su capote.

Con Estela por mujer y los hijos de varias madres, se formó don Policarpo un hogar en que ser feliz. Lo era más que todo por la satisfacción de haber arrebatado a las celestinas una víctima: Estela. Una de esas bribonas, con anuencia de la madre infame, Coralina, había ido a ofrecer al gobernador a la hermosa criatura. Él supo despachar a la perica a la tal por cual; se acercó a la madre monstruo, y tras agasajarla con algunas dádivas, le pidió a Estela en matrimonio.

Si Estela vio solamente la mano tosca y morena de don Policarpo, como una mano salvadora, o si con sagacidad femenil alcanzó el lucido papel que de gobernadora puede hacer una muchacha hermosa, baje Dios y lo diga. ¿Quién penetra en las reconditeces de un pecho de mujer?

Fue la boda. Estela hizo su entrada de esposa del gobernador, precedida de la charanga del Estado, la cual, desafinada y todo, alegraba cuanto podía. Recibieron a la recién casada bajo de arcos triunfales, y adornaron las calles de su tránsito con gallardetes y cortinas que sólo salían del ropero en honor de algún santo morrocotudo y de mucha veneración por aquellos contornos.

El viaje había sido penoso. Arrellanada en una poltrona ligera que dos indios llevaban en hombros, todo fue montañas arriba y montañas abajo, desfiladero a la derecha desfiladero a la izquierda; pero la ilusión de figurar, el sueño de la posición hicieron llevaderas las penalidades del camino. ¡Qué diferente fue el regreso! Había fallado la

reelección de don Policarpo, e iba el pobre a ser arrinconado y olvidado en la covacha donde se almacenan hoy en día los que fracasan en la política: el Senado. Fue todo una crujía. ¡Qué alcaldes con vara en mano y discurso en boca habían de salirle a un ex gobernador, a marearle con zalemas; ni qué serenatas de las murgas aldeanas, ni qué otro séquito que el de los arrieros que guiaban y los burros que cargaban los bártulos!

En las cuatro paredes de una modesta vivienda de vecindad se encerró don Policarpo a vegetar. Castigábalo el reuma, agobiábalo la amargura del fracaso en su vida política y la vejez. Con todos estos alifafes y desabrideces, encerró también dos vidas lozanas y ávidas de alegría y de libertad; dos gérmenes de primavera: la esposa en gloria de la edad y uno de los hijos que el impenitente pecador había sacado al mundo, allá en tiempo de sus campañas militares. Fue uno de tantos errores cometidos por el egoísmo inconsciente de los hombres. Estela fue el fuego y Efraín la estopa de que habla el refrán; el diablo, Coralina, la madre monstruo. Vino a soplar con su mal ejemplo y su ambición, con sus instintos depravados y su lascivia de hembra. Surgió la hoguera.

¡Qué escenas se suceden en el hogar del viejo senador! ¡Qué de cosas presencia, miserable y enfermo, desde la poltrona donde al fin lo encadena una parálisis parcial! ¿Quién juzga de los hechos de honor del general, de la probidad del gobernador, de la lealtad caballerisca del amante, del cariñoso padre de familia? ¡Y si en vez de dar a Estela su mano, la hubiera reducido y puesto en la vía inacabable de la prostitución, vaya que algún castigo hubiera merecido!, pero ¡Señor! ¡Señor! ... Don Policarpo a los ojos de todos había sido siempre bueno: deliberadamente, sólo había hecho beneficios, y del mal causado no tuvo nunca conciencia.

Don Policarpo quiso apartar a Estela de la prostitución a que su madre la destinaba, haciéndola su esposa; pero ella no tuvo otra mira en el matrimonio que hacerse gobernadora.

¡Ah! ¡Gobernadora!

## EL RIDÍCULO SANTELICES\*

Acabado de llegar de la oficina, sin reparo a que venía agobiado de cansancio, sofocado de calor, y que la estancia estaba fresca, se quitó don Hilario la levita color de café; acaricióla para asentarle el pelo, y colgóla en una clavija de la percha, de la que apartó antes otra prenda de ropa que en el mismo sitio pendía. Era otra levita también café, de tono más claro, bastante raída y con varios agujeros disimulados por otros tantos zurcidos. Antes de encajarse la segunda levita y ajustarse el cuerpo en ella como en una corma, hízole don Hilario, también, papachos, como a la primera, tendiendo al mismo objeto de asentarla. Metido en la nueva vestimenta, se sentó el buen señor ante un bufete arqueológico, en la pequeña sala, y se puso a copiar música para matar el tiempo —como él decía—, mientras Pomposita le hacía avisar que ya estaba la sopa en la mesa. Esa diligente señora, atareada en la cocina en dar última mano a los tres majares que componían el *menú* diario de los Santelices, no daría la deseada voz de: “Hilario, que se enfría la sopa”, sino hasta que todos los hijos de la casa estuviesen presentes. De éstos, los menores volverían de la escuela, y los talludos, de diversas oficinas donde los empleaban. Ellos no iban allá por amor al trabajo, sino con el fin de ganar algo para vestir mejor y pasear. Los hijos varones de los Santelices eran siete, por lo que la madre que los mimaba mucho y se veía en ellos, llamábalos los “siete príncipes”.

A su hora fueron entrando de la calle, uno tras otro, los “siete príncipes”. Mientras que la familia se reunía en el comedor, locuaces de hambre los hijos, tímida y callada la madre, don Hilario no dejaba de pasear su pluma de ave por las cinco líneas de la pauta sino cuando le venía la gana de toser, o para llevarse la mano a la cabeza que empezaba a dolerle.

Andrea, Rosa y Consuelo, tres gallardos pimpollos de catorce, quince y dieciséis años, alimentadas mayormente de acelgas o verdolagas y frijoles, porque manjares opíparos no los había en la casa desde que la multiplicación de la familia había reducido la mosca, con su parte de faena doméstica, economizaban a su padre el gasto de tres grandes estipendios: lavandera, costurera y moza del servicio.

Cuanto los mozalbetes eran y vivían para sí, descuidados de las necesidades de la familia, era abnegación en las tres amables criaturas. Conscientes de la obligación debida a sus mayores, cuya asiduidad y empeño eran patentes, de sacar adelante a la prole, desvivíanse por soliviantar la carga que tan abrumado tenía a Santelices.

Para las tres niñas no había lugares de recreo, como no fuesen los que nada cuestan: la Alameda, el Zócalo, la Reforma. Eso en fiestas de guardar muy campanilladas, que en las ordinarias y en días de trabajo, para cuando fenecido el día, se daba tregua a la labor doméstica, allí estaba para solaz el extenso corredor de la gran casa de vecindad, donde los

---

\* Laura Méndez de Cuenca, “El ridículo Santelices”, en *Simplezas* (Paris, 1910), pp. 55-67. *Vid.* Advertencia Editorial.

Santelices ocupaban modesta vivienda. El corredor se sabían ellas de memoria: paseábanlo por sus cuatro lados a la puesta del sol, o en noches de luna, cogidas del brazo, o abrazadas por la cintura, riendo de lo que conversaban o cantando.

Otras muchachas de la vecindad, muy adobadas de cara, y peritas en depilatorios, pastas y afeites, no se rozaban con las de Santelices, por no poder andar de pegoterías donde los garbanzos eran contados y no quedaba, ni para remedio, una taza de caldo en la olla de la familia. Pero, ¿qué tal a los miembros masculinos de la casa!, todos siete eran bienvenidos en cualesquiera de las viviendas del vecindario, porque los “siete príncipes”, si no prestaban servicio alguno a sus padres, ni contribuían al gasto común, los que de entre ellos pudieran haberlo hecho, por ganar salario, hallábanse, en cambio, dispuestos, a toda hora, a lo que las vecinas les pedían, sin recibir otra retribución que de lagoterías y mimos fingidos.

Los tres “príncipes” mayores aprovechábanse de la humilde comida de la casa paterna, que engullían de mogollón, para acrecer sus sueldos. Estos eran más largos que el de Santelices, por razón de la época y las circunstancias. Mientras que los hijos sabían sacar de los empleos del gobierno la leche, la carne y el becerro, como si fuese una vaca, don Hilario creía, a todo a creer, que eso llamado ordinariamente “buscas” no son más que robo. Así el pobre diablo se contentaba con los cincuenta pesos mensuales que de escribiente en la oficina del Papel Sellado, convertida más tarde en del Timbre, ganaba desde el tiempo del rey que rabió.

Cuando Pomposita Armijo empezó a regalar anualmente a su consorte con un chiquillo o dos, según la diosa Fecundidad la favorecía, a don Hilario se le vino la casa encima. “Son bendición del cielo” —decíanle los parientes congregados el día del bautizo. “Para eso que cada muchacho trae su torta”. Pero Santelices no la veía. Las “bendiciones celestiales” si al principio sólo menguaron la torta de la familia, viniendo el tiempo trajeron la bancarrota. Los últimos vástagos habían dado al traste con todo. ¡Y pensar que de éstos eran los dos preparatorianos de San Ildefonso,<sup>1</sup> gemelos de trece años a la sazón, que habían inaugurado su principio de autonomía, fumándose cajetilla diaria e introduciendo en el lenguaje familiar, cuando despotricaban con otros estudiantes, blasfemias y desvergüenzas inéditas!

Pertenecían a un club de hacer versos, como si con ello consolidaran el honor nacional. Mientras que el uno escribía a una novia imaginativa:

*Tus ojos son un pedazo de cielo con dos estrellas  
que me queman el corazón como centellas,*

Su hermanito, mirando venirse abajo el cielo, una tarde de junio, improvisó este pie, para encanto de futuras generaciones:

*Llueve porque los ángeles lloran.*

---

<sup>1</sup> En 1867 el gobierno del presidente Benito Juárez emprendió una reforma en el campo de la educación y sus instituciones. La Ley Orgánica de Instrucción Pública creó la Escuela Nacional Preparatoria, que se estableció en el edificio del Colegio de San Ildefonso. Su primer director fue el doctor Gabino Barrera, quien llevó a cabo un innovador plan de estudios con base en los principios de la filosofía positivista de Auguste Comte.

Otro que el seráfico don Hilario, no se habría andado con paños calientes para levantar la canasta a sus herederos, luego que entraran en edad de ganarse el sustento; pero aquella alma cándida no supo hacer el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, sino matándose en fuerza de trabajar: se puso a copiar música aquellas horas que antes solía dar al descanso.

Con el poco vagar se le fueron acabando, a Santelices, las ganas de vestir a la moda. Andaría con las carnes cubiertas, que era lo preciso. No sacar traje galán para nadie es ignominia —pensaba— conformándose con llevar a perpetuidad en sus espaldas cierta levita verde, que fue de corte moderno allá cuando Dios quería. Llegó al cabo del tiempo la levita verde a dar a su dueño cierto aspecto arcaico de pieza de museo que se peleaba a gritos con la indumentaria de la actualidad.

Para sus adentros convenía don Hilario en andar un tanto rezagado de su siglo; nada tenía que ver él con la academización de la ciudad, la luz eléctrica y otras comodidades con que se regalaban los que podían pagarlas. A él, ¿qué? Relegado había, en cada uno de sus vástagos, el privilegio de representar, en el haz del mundo, a don Catrín de la fachenda,<sup>2</sup> mientras que él, enfundado en su anticuado levitón, apuraba a tragos la vida, por deber hacia la familia que había formado.

A ratos, cuando las desabrideces de sociedad no le atosigaban el alma, ni las dolencias mortificaban su organismo enteco, como alcanzara a oír risotadas y algarabía de sus hijos, sentía todo el regocijo de que gozan los seres nobles al ver la felicidad ajena. Si en sus manos estuviera la dicha universal, ¡adiós peticiones y rezos suplicantes! Por su cuenta, aquél que no pudiera pasársela sin templos ni plegarias, levantaría los unos y haría las otras, no para solicitud de bienes, sino de agradecimiento de mercedes inmerecidas.

Por Santelices jamás se fulminó entredicho en ninguna iglesia; ni persona hubo que abandonase oficina, o sala de tertulia, por no encontrarse con él; ni su nombre, al ser soltado de repente, en los corrillos de Palacio o en los saraos caseros de la vecindad, levantó murmuración. Nadie le sabía nada de vituperable, y, sin embargo, no había conocido de Santelices, que no le apodase a las espaldas, de “ridículo don Hilario”, “ridículo vejete”, o “ridículo” cualquier otra cosa. Los chicos del barrio, no bien le divisaban, bajando la escalera cuando iba a salir o presentarse en el zaguán, de vuelta a casa, le seguían un trecho gritando, cantando y alborotando, en escarnio suyo. Para aquel cordero de Dios, la malicia y la maldad no tenían ser ni siquiera en la fantasía. El nombre de Hilario Santelices era desconocido en el barrio; a su dueño le mentaban siempre: “el viejo de la levita verde”.

Se ufanaba don Hilario en el “de” de su apellido, única herencia paterna, valiosa para él más que una mina. No llevaba el “de” como aditamento al honor de sus antepasados, sino como símbolo de hidalguía. Por aquella partícula prepositiva, colada entre el nombre de pila y el patronímico, no reclamaba ni privilegios ni derechos: tenía la como señuelo del deber por cumplir.

Hecho en el mismo trillado molde que cada quisque, y de carne mortal, precedera y vana, aquel angelote ordinario y sin alas, tenía también sus flaquezas: resbalaba de pensamiento. Cuando agobiado de fatiga, ya no podía más, pensaba, rebajando la misericordia divina, en la dura ley del trabajo. Sentía la pluma de ave pesada como la tranca

---

<sup>2</sup> La novela *Vida y hechos del famoso caballero don Catrín de la Fachenda* (México, 1832) de José Joaquín Fernández de Lizardi, relata las aventuras de un pícaro de la sociedad mexicana en el periodo de transición de la Colonia a la Independencia.

de la puerta; ante sus ojos débiles de viejo alargábanse las paralelas de la pauta, como los rieles de una vía férrea que uniese el polo Norte con el del Sur. La negrura de la tinta se comunicaba a la mente del pobre hombre, y allí era revolverse de muchas dudas; allí era el preguntarse muchos porqués... ¡Cochinos porqués! Como serpientes iban enroscándose en el cerebro las dudas traidoras y las preguntas sin respuesta: ¿Por qué gastar en basílicas y claustros, tesoros que comprarían a los infelices, el honesto placer de alimentarse cada día, y, a sus horas, de proteger su miserable armazón de las inclemencias de la intemperie? ¿Por qué esto, y lo otro, y lo de más allá? Mas, pronto encontraba el camino de Damasco, y, rendido de cuerpo y alma, echábase en la cama diez minutos, en busca de reposo. Recobrado, volvía la fe a su espíritu, con la seguridad de la paloma mensajera que retorna a la estación de partida.

Aquella mañana Santelices no pudo probar bocado. Lo intentó; pero se le hacía lana la comida en la boca. Castañeteando los dientes, su esposa lo arropó en el lecho.

Simultáneamente acudieron a don Hilario el facultativo, el cura y el enterrador: los tres tecolotes que anuncian la muerte. Santelices no perdió sus cabales; comprendiendo que le había llegado la última hora, se preguntó: “¿A dónde iré? ¿Adónde? Allí donde moran el descanso y la paz”.

Ajustadas las cuentas con el cielo, entró don Hilario en él por las puertas de una pulmonía fulminante. Pomposita y sus tres hijas le lloraron sinceramente.

En la oficina quedaba un pupitre vacante. El feliz mortal que pasó a ocuparlo festejó su estreno, en el pesebre nacional, poniendo de oro y azul la memoria del honrado Santelices. Jamás le mentaron sus compañeros de otro modo que: el “ridículo señor de Santelices”.

En la casa de vecindad, de donde había salido con los pies por delante, las tertulias ratoneras se animaron con esos chistes que hacen desternillar de risa porque se arranca al prójimo, a túrdigas, el pellejo. El prójimo era entonces el buen don Hilario, a quien los vecinos llamaban: “el viejo ridículo de la levita verde”.

¡Y con qué gana se reían!

Berlín, 1909.

## EL SEÑOR DE LAS AMAPOLAS\*

Olvera llegó al umbral,<sup>1</sup> precediendo a los dos cargadores que llevaban las angarillas, y la ancha puerta abrióse de par en par, como si manos invisibles la hubieran empujado. Entrados los tres en el zaguán, Olvera hizo, a sus acompañantes, poner en el suelo su carga, y sacando del bolsillo del chaleco un llavín, abrió con él el tosco cajón que sobre las angarillas estaba. Levantó la tapadera, y apartando los cuatro lados del cajón, como los cuatro gajos en que se parte una granada, mostró, ante los ávidos ojos del grupo que había salido a recibirle al zaguán, un Cristo de talla, tamaño como un hombre, sentado en una estaca.

Velaba castamente su desnudez, mezquina trusa de raso verde manzana, con salpique de puntos negros que le habían hecho las indecentes moscas. Sobre la espalda, rameada de coágulos de sangre o cosa que lo parecía, caíale una menguada capa de terciopano púrpura, sin cubrirlo por detrás, ni ajustarle debajo de la barba. La corona de espinas de hoja de lata, que pretendía ceñirle las sienes, se le enredaba entre los caireles enmechudados y de antiguo grasosos. Miraba el santo,<sup>2</sup> con sus ojos de esmalte, el plato de peltre que tenía en el regazo, conteniendo tlaques lisos y cuartillitas de plata, con que los fieles cristianos del 11 del callejón de Pañeras<sup>3</sup> habían contribuido a su culto,<sup>4</sup> cuando les hizo la visita. A los pies del Cristo estaba un ramillete de amapolas de trapo, bastante desteñidas, del cual tomó la imagen, desde tiempo inmemorial, el nombre de Señor de las Amapolas.

Volvió Olvera maliciosamente la mirada, al zaguán, para cerciorarse de si estaban las puertas bien cerradas; y luego que se convenció de estar libre de fisgones, dijo con altanería a los que le rodeaban:

—Bien, bien: ni una vela, ni un ramo de flores, ni nada. Así pagará el Señor a los que de tal modo lo reciben.

Se desperdigaron los circunstantes como venados que columbran la escopeta del cazador. En un instante, de todos los cuartos y viviendas de la vecindad, salieron, encendidos, cabos de La Candelaria, velas de Nuestro Amo, que no suelen faltar en las familias piadosas y tal cual cera escamada, todavía intacta, de las confirmaciones recientes. De los cuatro corredores cayeron profusión de geranios, aretillos, claveles,<sup>5</sup> que las vecinas arrancaban, sin ton ni son, de sus macetas, temiendo el castigo del cielo.

Satisfecho Olvera, organizó la procesión con los que llevaban vela encendida. Los mozos precedían con las angarillas del Cristo, en peso; y todos dividiéndose en dos voces,

---

\* Laura Méndez de Cuenca, “El Señor de las Amapolas”, en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXVII, núm. 4730 (31 de agosto de 1909), p. 4, col. 3-5; con el mismo título en *Simplezas* (Paris, 1910), pp. 183-191. Fijo el texto de la edición de 1910 y señalo en nota las variantes.

<sup>1</sup> 1909: *dintel*, por *umbral*,

<sup>2</sup> 1909 no aparece: *el santo*

<sup>3</sup> Hoy calle de Aldaco, entre Meave y Vizcaínas, en su entorno se ubican numerosos comercios que venden mercancía electrónica y de computación.

<sup>4</sup> 1909: *el culto del Santo* por *a su culto*,

<sup>5</sup> 1909: *aretillos y claveles*, por *aretillos, claveles*,

ronca<sup>6</sup> y falsete, entonaron, o para hablar con propiedad, desentonaron el Alabado, marchando rítmicamente hasta el cuarto del enfermo, a quien tocaba, en turno, la visita.

Era una estancia estrecha<sup>7</sup> y de insuficiente ventilación. En los ángulos más a la vista, estaban respectivamente el brasero bastante encendido y la cama del enfermo: un hombre de edad viril que daba ya las últimas boqueadas.

Para recibir decorosamente al Señor de las Amapolas, los agraciados, que lo eran la esposa e hijos del moribundo, habían colocado, en el centro de la estancia, la mesa de comer, cubierta con una sobrecama de damasco amarillo; bondadoso préstamo de la inquilina de la vivienda principal, lo mismo que los seis candeleros de cobre, surtido de bujías, que debían arder toda la noche.

Distaba aún la puesta del sol, pero como el cuarto del enfermo estuviera embutido en un rincón oscuro del patio, reinaba en él la noche, después de las tres.

Entró la procesión invadiendo la estancia e inundándola de claridad; de lo que el paciente, ocupado en morirse como estaba, no se dio cuenta. El Cristo fue colocado en la mesa que le esperaba. Siguiéron algunos rezos, a coro, tras de los cuales, Olvera mandó a los vecinos apagar las luces. Sacó del bolsillo de pecho un libro grueso y chico, untoso de mugre, en el que había una lista interminable de nombres y señas de casas, que correspondían a otros tantos devotos, solicitantes de la visita del Señor de las Amapolas.

Varios de los presentes se suscribieron “a la visita”,<sup>8</sup> entregando a Olvera los veinticinco centavos que él, por ese privilegio, exigió. En el plato, que el Cristo en el regazo sostenía, cayeron monedas de valor diverso, que los vecinos fueron depositando como limosna para el culto; y cuando Olvera lo vio bien colmado de piezas de plata y cobre, trasegó el caudal del plato<sup>9</sup> a sus propios bolsillos, distribuyéndolo de modo que abultase lo menos posible. Salió después, no sin recomendar los milagros del Señor, y anunciando que volvería a recogerlo, a las veinticuatro horas.

Olvera había sido toda su perra vida un parásito social, lo mismo que la autora de sus días, de quien había él aprendido a explotar la superstición del prójimo. No había conocido padre. Desde que abrió los ojos a la razón, la suya le dijo que el trabajo era la carga que Dios había echado sobre los tontos; y tonto, él no lo era. Su madre no lo había sido tampoco, encontrando, en su viudez, un medio fácil de vivir, de su pura invención. A haberle sido lícito, habría sacado para ella el privilegio de patente. La invención era sencilla: una estampa diminuta de la Virgen de la Soledad pegada con cuatro obleas, en el fondo de una caja de puros; un altarcito en frente, hecho de tiras de cartón, forrado el todo de recortes de seda; en el altar cuatro candelabros de plomo, quitados de la casa de muñecas, con sendas cerillas<sup>10</sup> a guisa de velas.

La socarrona viuda empezó a propagar entre sus amistades, que aquella sagrada imagen socorría a toda suerte de vicisitudes, obrando maravillas cuando se la acogía en la casa del necesitado y se le daba una corta limosna. La invención se tornó en industria y<sup>11</sup> la industria hizo fortuna.

Madre e hijo vivieron modestamente de las maravillas de la Virgen de la Soledad, sin que la viuda pensara, ni por mal pensamiento, en dar oficio a Olvera. Éste ocupaba cada día

---

<sup>6</sup> 1909: *ronco* por *ronca*

<sup>7</sup> 1909: *El tal era estrecho* por *Era una estancia estrecha*

<sup>8</sup> 1909: *se suscribieron también “a la visita”* por *se suscribieron “a la visita”*,

<sup>9</sup> 1909: *Santo* por *plato*

<sup>10</sup> 1909: *sendos cerillos* por *sendas cerillas*

<sup>11</sup> 1909 no aparece: *La invención se torno en industria* y

en llevar la “cajita” providencial, donde la pedían. A la muerte de la madre, Olvera juzgó muy ratonera la industria de los milagros, tal como la había heredado, y se propuso reformarla y darle amplitud.<sup>12</sup> Hízose de algunos santos viejos de talla, comprados de barato; los acomodó en cajones adecuados, para su fácil transporte por las calles sin delinquir contra la ley de cultos que veda el externo; y, con ardor de misionero, fue de vecindad en vecindad, haciendo propaganda. Los que heredan la fe, como se hereda el cáncer, que son los más, cayeron en la trampa del tunante Olvera.<sup>13</sup> Fue negocio redondo. Cuando Olvera<sup>14</sup> ha sido presentado al lector, tiene sus casitas en la colonia de La Bolsa.<sup>15</sup> Cierta es que ya peina canas y jamás ha tenido que ver con las hijas de Eva.

El Señor de la Amapolas no hizo el milagro que se le pidió, en la casa de vecindad donde lo hemos visto entrar bajo lluvia de flores, porque al enfermo aquél no le convenía más la vida. Así lo explicó Olvera a la desolada familia.<sup>16</sup> Hizo, sin embargo, otras maravillas: contagiar del tifo, cuyos gérmenes había acarreado del 11 de Pañeras, a todo el vecindario, al grado de que el Consejo de Salubridad tuvo que hacerse cargo de la casa, cuando los inquilinos, que no huyeron a tiempo, salieron para el hospital en camillas, o fueron sacados con los pies por delante.

\* \* \*

El Señor de las Amapolas ha abierto el camino a varias *Dolorosas* y *Purísimas* que andan por allí en cajas, de vecindad en vecindad, propagando las enfermedades contagiosas para que vivan, en holganza, algunos zánganos.<sup>17</sup>

---

<sup>12</sup> 1909: *dar la amplitud.* por *darle amplitud.*

<sup>13</sup> 1909 no aparece: *Olvera*

<sup>14</sup> 1909: *y ya para cuando Olvera* por *Cuando Olvera*

<sup>15</sup> La colonia de La Bolsa, hoy colonia Guerrero, era una zona popular riesgosa; allí abundaban los asaltos y los crímenes.

<sup>16</sup> 1909 no aparece: *en la casa de vecindad donde lo hemos visto entrar bajo lluvia de flores, porque al enfermo aquél no le convenía más la vida. Así lo explicó Olvera a la desolada familia.*

<sup>17</sup> 1909 no aparecen asteriscos y las últimas tres líneas.

## EL CORPIÑO AZUL\*

Camila se apartó de la borda para que dos hombres de la tripulación, a quienes ella y otros pasajeros estorbaban, encajasen en los candeleros la batayala, pues era el momento de zarpar. Soltaron los cabos, resopló la potente maquinaria y el *Colima* empezó a zarandearse sobre las aguas. El silbato largó un sonido corto y estridente que hizo huir azoradas a un centenar de gaviotas.

Camila permaneció largo tiempo de pie, indiferente a los suspiros, besos y adioses que, en interminable tiroteo, se cambiaban los que iban a partir y los amigos o parientes que los despedían desde el muelle. Ensimismada en tristes pensamientos, no devolvía los saludos que agitando las manos, le enviaban sus dos acompañantes; sólo con la mirada en ellos fija y estrechando contra el corazón el ramillete de rosas de la Francia, que ellos le habían regalado a bordo, acertaba a expresar la pena de aquel viaje tan contrario a sus deseos.

Viró al fin el buque para entrar de lleno en la bahía, y la viajera acercando a sus labios el ramillete, mandó a sus amigos el adiós postrero. Eso se lo decía a gritos el corazón. Y luego, cuando al salir el vapor de la bocana, vio Camila ante sí la inmensidad de aquél océano, sereno y tranquilo como un estanque, le pareció que se le ofrecía, en él, la calma de la tumba. ¡Ay!, ella no quería morir. Su anhelo consistía en permanecer en San Francisco, con su cuñada y el esposo de ésta, con quienes había compartido su hogar casi doce meses.

El velo de lágrimas que nublaba sus ojos no le permitió ver las que su cuñada se había enjuagado al alejarse del muelle. Adivinaba las palabras de consuelo que su marido le diría, prometiéndole insistir en que *mister* Johnson se persuadiera de que era crueldad exponer la salud de Camila, de ella misma, a los rigores de un clima tropical. ¡Qué poca fe tenía la viajera en que *mister* Johnson cesara y le permitiese regresar a la patria; mientras él amasaba la fortuna en los bosques de la América Central! ¡Una fortuna para los dos!

Gladys, la hermana de *mister* Johnson, era para su cuñada como una hermanita mayor; llena de prudencia y bondad. A su juicio sometía Camila todos sus proyectos —los cuales eran muchos— sobre la vida futura de ella y *mister* Smith, el marido que ahora la esperaba en los campos de Guatemala, donde sembrando café y explotando maderas finas, languidecía de soledad y de nostalgia. Y Gladys decidía de todo con cordura, caminando en todo las dos mujeres acordes, y embelleciendo con su alegría, el hogar del que Camila ahora se alejaba para volver ¡sabe Dios cuándo!

En tanto que los Johnson se habían alejado del muelle cabizbajos y sin articular palabra de regreso a la ciudad, Camila se encaraba con el gran océano, y lo maldecía como si él tuviera la culpa de muchas cosas. Vamos a ver: ¿Qué participación había tenido el pobre charco en el divorcio de la madre de la quejosa, en el divorcio de la abuela también, en el de los dos tíos y otras parientas lejanas?, ¿qué más ni qué menos había puesto él en el rapto de la repetida viajera, para casarse con *mister* Smith, rapto innecesario y escandaloso, puesto que siendo ella mayor de edad y libre como el aire, pudo haber salido a la alcaldía, a

---

\* Laura Méndez de Cuenca, “El corpiño azul”, en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXVII, núm. 4781 (21 de octubre de 1909), p. 4, col. 4-5.

toda luz, de brazo del presunto, en vez de desaparecer con él, de un *pic nic* en Saucelito, que ella misma había organizado con tan indecoroso objeto?

Ese mismo mar que tan injustamente increpaba, le había traído de la lejana tierra tropical el marido, largo tiempo solicitado: el marido rico, en perspectiva de serlo aún más. El buen Smith, el trabajador Smith, que le había prometido envolverla en sedas y tisú, recamarla en piedras preciosas y pasearla de arriba abajo por el mundo entero, en cambio de compartir con él el hogar aislado en un plantío de cafetos. Del mar injustamente aborrecido venían regularmente a San Francisco aquellos costales panzudos reventando de grano que, a poco, se convertirían en oro para que Camila satisficiera su loca vanidad. Y el mar se alargaba, salobre y amargo, en presencia de Camila, a medida que crecía su dolor, y otro océano salobre y amargo también, enturbiaba sus ojos azareados. ¡Cuánto lloró la pobre mujer durante la monótona travesía del barco *San Francisco* hasta el litoral mexicano, donde empezó a sentirse extranjera la infeliz, y más y más abandonada y olvidada de la civilización!

Echada en su silla de a bordo, leyendo para distraer su tedio y su pesar, pasó Camila la semana entera. Las paradas del buque en los puertos de tránsito, si eran entretenimiento para la mayoría de los viajeros, acentuaban más el disgusto de la esposa de Smith, a quien cada poblacho se le parecía al temido y mil veces odiado a donde iba ella a sepultar su juventud y su hermosura.

Cuánto había resistido aquella marcha precipitada; hoy, que la enfermedad de tal o cual deudo; mañana que tener que comparecer en la Corte de Justicia, como testigo ante el divorcio de la madre; luego por ayudar a los Johnson en algunas labores oficinescas; y el día de partir al lado del esposo solitario y comido por la tristeza de la expatriación no llegaba. Hasta que por fin el marido, en un rato de mal humor, había escrito la carta aquella larga y precisa que dio por resultado el maldito viaje. *Mister* Smith hablaba formalmente de divorcio en su misiva, aunque él mismo sabía que todo ello no era sino jarabe de pico. ¡Cómo si el divorcio se hubiera hecho para los maridos enamorados de su costilla hasta el embrutecimiento! Amenazaba Smith con dejar sus dólares en tierra centroamericana capitalizados y casarse con mujer del país, que le formara hogar, que le hiciera padre de numerosa prole y compartiera con él tristezas y alegrías. Pero para sus adentros, él mismo se repetía: “jarabe de pico”. Camila era y sería siempre su adoración, aunque le hubiese jurado, que si en el mes inmediato no iba a juntarse con él, olvidaría hasta el santo de su nombre.

Camila, aconsejada por la señora Johnson se determinó a embarcarse a los siete días. La víspera del viaje varias amigas de la Smith la acompañaron en la velada, en la cual hubo canto y música de violín y mandolina. Camila cantó, es verdad, pero con el mismo aliento de quien canta el *De profundis* ante el cuerpo presente de un ser amado. Se despidió de sus amistades disimulando la tristeza que la carcomía, o disculpándose, asegurando que por la civilización de su país sentía ella la misma atracción que los orientales que se aferran con tenacidad a las ciudades antiguas y a las costumbres viejas, sienten por Damasco y Jerusalén.

El recuerdo de la última noche en San Francisco atenaceó a Camila sin querer saber por qué, porque bien sabían ella y su conciencia todo el misterio de sus lágrimas.

El *Colima*, cogido por una tempestad furiosa en aguas de Manzanillo, zozobró arrastrando a lo profundo del océano a centenares de víctimas. Treinta y dos personas se

salvaron; entre ellas se contaba un niño pero ninguna mujer.<sup>1</sup> Cuando a *mister* Smith le fue entregado un cofre que había devuelto el mar a los pocos días del naufragio, en vez del cuerpo de su mujer que el desgraciado había ido a buscar, creyó morir de emoción. Encerróse en su cuarto del hotel a buscar entre las prendas que habían pertenecido a su esposa, objetos que le hablaran de ella, aunque avivaran su dolor. Dos primaveras habían pasado desde que no la veía.

Salieron del cofre la lencería inmaculada, las alhajas valiosas y aquellos vestidos elegantes por su sencillez, que parecían túnicas de diosa; mas, ¡ay!, entre los paños holgados de un corpiño azul, que sentaba a Camila maravillosamente, pareciendo a su marido más bella que con cualquier otro traje, estaba un paquete de cartas amorosas de *mister* Johnson y un retrato del mismo, que denunciaban las criminales relaciones de ambos. Smith, el esposo bueno y su desgraciada hermana, la amiga íntima y consejera de Camila, habían sido traicionados.

Guardó Smith su amargura para sí. Jamás ha pensado en comunicar a la señora Johnson la villanía de su marido; aunque éste le inspirara un odio “nietzscheano”.<sup>2</sup> Comprende Smith que su deber es perdonar, pero ni quiere ni puede. Sabe que Dios ha hecho al hombre frágil y lo ha colocado abajo de los ángeles.

---

<sup>1</sup> La anécdota del cuento está tomada del naufragio histórico del buque *Colima*, sucedido en marzo de 1895, drama que Laura refiere en la *Revista Hispano-Americana*.

<sup>2</sup> Resulta interesante la lectura de Laura Méndez del filósofo alemán Friedrich Nietzsche, sobre todo en lo relacionado con la moral judeocristiana y la visión trágica de la existencia; la autora también tenía especial predilección por la obra de Richard Wagner.

## LA TAMALADA DEL CORONEL\*

Pero esa criatura se va a secar de dolor, había dicho doña Bartola a la viuda de López Angulo, aludiendo a su hija Elena, agraciada joven de dieciocho abriles, quien enlutada y con los ojos encarnecidos de llorar, tejía a gancho, un cuadro de hilaza, sin tomar participación de la garrulería de sus hermanos menores.

—No, no debe ser, déjeme usted Juanita, llevarla a las tamaladas de mi primo el coronel, para que divague en pesadumbre. No se puede estar llorando al muerto eternamente; al fin los que se van entran en un descanso tan grato, que ya lo quisiéramos los vivos. Si el novio de Elena se murió, otros le vendrán, que para eso hay hartos hombres en el mundo.

—Lo quería tanto mi pobre hija, doña Bartola, que dudo vuelva a poner los ojos en otro hombre. Para ella no hay más que un Felipe en el mundo. Y ya la ve usted, no hace más que llorar desde hace un año, allí sentada en la misma silla y detrás del mismo balcón, donde estaba el instante en que le trajeron la noticia del accidente. Desde entonces no quiere oír nombrar la palabra tranvía.

—Es de sentirse. Pero ya es tiempo de que esa criatura se consuele. Ya no tiene lágrimas que llorar. Convénzala usted de que lo que Dios dispone es siempre sabio y justo y que entregarse así a la pena, y permítale usted ir conmigo a la tamalada de mañana. Estoy segura de que con la música y la concurrencia, la pobre niña se divertirá.

La viuda asintió a lo que doña Bartola le pedía. Menos trabajo del que pensaba le costó persuadir a Elena a que fuese a la tamalada. Y era que el certero sanador de almas, el tiempo, con la llegada de nuevo de la estación dorada, había comenzado su obra pía en el corazón de la muchacha.

Corrían esos días de marzo, tibios y azules, en que las golondrinas se ciernen en el aire como cruces aligeras, el Sol dora el ambiente hasta hacerlo visible a los ojos de la fantasía, y los principios vitales se sienten renovados y llenos de energía. Elena, que había agotado la suya en la tristeza y el dolor, por un fenómeno de asociación de ideas, despertó a los recuerdos de la dicha pasada, al presentarse de nuevo la primavera, sin esa excitación cerebral que desde el accidente en que su novio había sucumbido, no la dejaba en paz.

La atmósfera saturada de perfume de nardos, amapolas y chícharo, abundantes en las casas para adorno de los altares durante la Cuaresma, de nuevo acariciaba los sentidos de la joven y de nuevo la emoción misteriosa y el anhelo de vida de aquellos días de discreteos amorosos se filtraron en su corazón.

Contra lo que la madre esperaba, Elena no se hizo rogar mucho para ir a la tamalada del coronel. La invitación de doña Bartola cayó en el ánimo de la niña como *diez aguaceros en el desierto*, que harían reventar en hierba el arenal. Modestamente vestida de negro, se preparó a seguir a la prima del coronel.

---

\* Laura Méndez de Cuenca, “La tamalada del coronel”, en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXVII, núm. 4778 (28 de octubre de 1909), p. 4, col. 3-5.

Doña Bartola, a quienes sus parientes favorecían con dádivas insignificantes, pero que aun así, ayudaban grandemente a la pobre mujer a conllevar la existencia del indigente, estimaba mucho a su primo el coronel, lo mismo que a la mujer de éste: una quintañona estéril, de facciones hombrunas. Para que lo varonil no le faltase, tenía brazos conejudos, cabello grueso y bozo tan fragante, que era la envidia de muchos pollos. Se llamaba Tonchita, vestía con elegancia y era muy amable y aficionada a las fiestas de sociedad. Cuando no daba tertulias languidecía como un tísico.

Doña Bartola presentó a su acompañante, y dejándola muy recomendada con el coronel y Tonchita, en la sala, se dirigió ella a la cocina, donde acostumbraba ejercer las funciones de ama de llaves, por encargo de su primo, recibiendo en recompensa una pesetona, que le permitía asegurar un día de pitanza. Mientras inspeccionaba el servicio doméstico, de la cocina al comedor, y de éste a la cocina, con incansable actividad, esparcía su ánimo la buena mujer con el bullicio de las tertulias y los ecos de música de cuerda, dulce, discreta y gemidora.

Elena, al principio, fue solícitamente atendida por Tonchita y sus amistades; pero cuando el hervidero humano no permitía moverse en ninguna de las estancias de la pequeña vivienda, la joven empezó a pasar inadvertida, por lo que fuese ella a sentar en el poyo de una ancha ventana que daba a un patio monísimo tornado en jardín. En vez de bailar, Elena se entretuvo en mirar los arriates floridos y la infatigable tarea de una paloma zura que, empeñada en anidar en el hueco de la cornisa de un arco escarzano, donde faltaba una piedra, acarreaba en el pico ramas y bodeques de tierra, todavía blandos.

Elena, distraída con lo que en el patio veía, no puso atención en las parejas de bailarores, que se movían voluptuosamente al compás de una danza habanera, ni reparó en la conversación, un poco peligrosa, de unas señoras muchachas, que comentaban desfavorablemente las tamaladas del coronel, jurándose unas a las otras que no volverían a poner un pie en aquella casa de ignominia, si Tonchita no les aclaraba la desaparición de los contertulios de polendas, quienes a poco de comenzar la orquesta sus alegres bailables, se iban escurriendo, uno a uno, del saloncito. ¿A dónde iban? ¿En qué ocupaban las horas? ¿Por qué al finalizar la tertulia, aparecían de nuevo, con caras de pascua los unos y otros, si los mensajeros que trajeron al paciente Job, *in illo tempore*, las malas nuevas que probaron su virtud, vinieran a anunciarles que sus ganados se habían extraviado, perecido sus siete hijos y sus siete hijas, y venido por tierra sus casas?

Entretanto doña Bartola, dirigía maestramente la faena de la servidumbre entre el comedor y la cocina. Ríos de atole de leche, blanco, espeso, oloroso a canela o perfumado con hojas de naranjo, corría de enormes jarras (las de los aguamaniles de la casa habilitadas de fuentes en la ocasión) y llenaba, rebosando, pozuelos y tazas de varios tamaños y colores, como los vasos del festín con que el rey Asuero agasajó a los príncipes sus feudatarios, con la diferencia de que la vajilla del coronel no era de oro, como la del monarca persa ni le daba matices las piedras preciosas que la guarnecían; los de Tonchita, eran platos, pozuelos y tazas de porcelana corriente, de los que de premio, se reparten, en las pulquerías, a los parroquianos que acreditan su consumo, presentando cierto número de billetes.

Los tamales diminutos, echando humo y abriendo el apetito a los más desganados, formaban pirámides en los platonos, ya despojados de su envoltura de hojas de maíz, separadamente colocados los blancos, los teñidos con grana y los colorados que mostraban las tres clases a que pertenecían: de manteca, de chile y de dulce.

Servida la mesa, los bailarines pasaron al comedor, dejando la sala en posesión de los cinco músicos, quienes, rasgueando en los bandolones y el bajo, echando soplidos a la flauta, y acariciando con lasitud el violín, respectivamente, amenizaban la engullidera de la merienda, mientras esperaban, haciéndoseles agua la boca, su turno de engullir también.

Preludiaron un nocturno nacional de moda entonces: *La caída de las hojas*. Los instrumentos gemían dulce y tristemente, llenando las almas de emoción. Elena, inadvertida, en el poyo de la ventana, ya no veía ni los pájaros, ni las campanillas azules, ni oía a la zura arrulladora, a la vez que acomodaba ramitas en su nido. Elena había vuelto a la vida y renacido al amor. Palpitaba en su corazón el ritmo de la dicha juvenil; en su mente sólo asomaban la ilusión y la esperanza. ¡Qué dulce le parecía la existencia, la naturaleza, qué bella; las gentes todas, qué llenas de ternura y de bondad! Cerró los ojos para entregar su ánimo al hermoso nocturno de Planas,<sup>1</sup> y echó la cabeza hacia atrás, quedando medio cubierto su cuerpo por los lienzos de la doble cortina que se abría en dos gajos sobre la puerta.

De pronto, turbó la quietud de la soñadora el ruido de pisadas de dos personas que se encontraron y detuvieron al pie de la ventana. Hablaron.

Ella dijo: ¿Ya?, “ya”, respondió el interpelado. ¿Cuánto?, prosiguió ella: “Trescientos pesos. Todo lo ganó el caballo. Dice Torices que vendrá a desquitarse el jueves, y traerá a dos amigos también. Así es que tenemos que invitar a todos para el jueves, ¿estás?”

El coronel y Tonchita, pues no eran otros los interlocutores, se alejaron del patio para reunirse con los tertulios.

Elena se quedó perpleja. Le chocó aquel diálogo, cuya significación entendió claramente. Regresaron ella y su acompañante al oscurecer.

El silencio obstinado de la joven descorazonó a doña Bartola. La pobre mujer, —ignorante de que las tamaladas del coronel no eran sino un pretexto para que el muy bribón y la no menos tunanta de su mujer, tuvieran unas encerronas en la propia alcoba, donde el coronel ponía el monte y pelaba, a los albures, a unos cuantos viciosos— estaba desolada de no haber logrado distraer de sus tristezas a la hija de una de sus buenas amigas.

---

<sup>1</sup> Miguel Planas, militar y compositor mexicano, autor de romanzas, nocturnos, chotis, etcétera. Es autor de la ópera bufa *Don Quijote en la venta encantada* (1871). En 1873 compuso el chotis *Las hijas del Anáhuac* en honor a la asociación literaria del mismo nombre, interpretado en la Alameda de la Ciudad de México el 18 de noviembre.

## EL RAMO DE VIOLETAS\*

La campanilla del teléfono repiquetea en el cuarto vecino, despertando bruscamente a *frau* Blum, a la hora y media de su reparadora siesta, es decir, a la mitad justamente del tiempo que solía durar para ser sabrosa y efectiva. Eran las cuatro de la tarde. La dama, cuando le pasó el sobresalto, se esperezó en el canapé, estregóse los ojos, malhumorada, e hizo un llamamiento a la conciencia de su ser, esfumada todavía en las vaguedades del sueño.

La memoria se le escapaba a la señora Blum con bastante frecuencia, desde la última meningitis que casi la puso a las puertas de la eternidad; por lo mismo, consciente la cuitada y venerable señora, de la flaqueza de aquella importante facultad del espíritu, hacía por costumbre todos los esfuerzos posibles por organizar sus ideas y sujetarlas a severa clasificación: recuerdos, afanes y atenciones del día, esperanzas e ilusiones del misterioso porvenir. Por riguroso turno pasaban por su frente, como en una cinta de cinematógrafo, los dulces años del ayer, dulces por ser pasados, no porque la vida matrimonial, con el ogro de *herr* Blum, hubiera sido miel sobre hojuelas; luego seguían las desabrideces del hoy: la ausencia de la hija única, casada en América, de donde llegaba mensualmente a la señora Blum, en la forma de un cheque contra cualquier banco, el pan de cada día; por último pasaron las gratas y queridas ilusiones, las que suelen no abandonar a los organismos sanos, sino hasta el último trance.

Para *frau* Blum, las ilusiones y las esperanzas estaban puestas en la vuelta al hogar, del marido y la hija ricos, para reconstrucción de la familia e integración de la patria hacienda. ¡Tan ricamente que figuran los dólares americanos, multiplicados por cuatro y un quinto, en los bancos de Alemania!

Refrescada la memoria, cuando terminó la algarabía de la criada con quien, por teléfono, preguntaba cualquier necesidad, ordenó su programa de la tarde. Haría una visita corta a una amiga que estaba de viaje; luego una visita a pie por el Tiergarten,<sup>1</sup> para desentumecer los miembros tendenciosos al reuma; en seguida merendaría en Josti<sup>2</sup> y, por último, haría algunas compras en el centro. ¡Ah!, a propósito de compras, que no se le olvidara la madeja de lana azul gris, para proseguir la tapicería de marras. Varias veces había salido de casa con intención de no volver a ella sin la madeja, pero la mala memoria, la mala memoria que tenía al presente, no la dejaba nunca cumplir sus deseos. Pero lo que

---

\* Laura Méndez de Cuenca, "El ramo de violetas", en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXVII, núm. 4799 (8 de noviembre de 1909), p. 4, col. 3-5.

<sup>1</sup> Tiergarten es un gran parque ubicado en el centro de la ciudad de Berlín, y además es un distrito, se encuentra enmarcado por el edificio del Reichstag y la Cancillería Federal o la Potsdamer Platz. También se encuentran el auditorio de la filarmónica, el barrio diplomático y el zoológico. Berlín fue para Laura Méndez su lugar de residencia durante su estancia de cuatro años en Europa. De sus andanzas dejó publicadas alrededor de 40 crónicas de viaje en torno a la vida de las ciudades alemanas.

<sup>2</sup> Josti fue uno de los más prestigiados cafés del Berlín del siglo XIX, estaba ubicado en la avenida de los Tilos, en el corazón de la ciudad germana. Por cierto que el óleo sobre tela *Potsdamer Platz* (1914) de Ernst Ludwig Kirchner, recrea de manera magistral el ámbito de la narración.

era esta vez, se había propuesto ir por todo el camino repitiendo *in mente*: “madeja”, “madeja”, “madeja”.

Este soliloquio ocupaba a *frau* Blum mientras de pie, ante el espejo, arreglaba sus cabellos en un moño sencillo que no desdijera con el porte señorial de una cincuentona respetable. Vistióse una falda oscura, corpiño de tela menos pesada, y se prendió con dos largos alfileres la capota negra, sin colorineras ni nada que lo pareciesen, y se marchó así como lo había dicho.

Poco a poco fue *frau* Blum cumpliendo su programa. Durante la visita se le olvidó por completo la “madeja”, pero habiéndosela traído de nuevo a la memoria el airecillo refrescante y saturado del aroma de los tilos, anda que anda por las avenidas del Tiergarten, volvió a coger el tema, y no lo soltó hasta la puerta del café. La dama no dejaba de comprender que, una vez adentro, la deleitosa taza de chocolate y la divagación que trae toda la concurrencia podrían volver a ahuyentarle de la memoria la pícara madejita; así, para fijársela en el magín, compró un ramillete pequeño de violetas, de las muchas que a las puertas del Josti se vendían, haciéndose el cargo de recordar la palabra “madeja” cada vez que viese las flores.

Otras damas y caballeros que entraban en el café, llevaban también sus ramilletes, quién prendido en el corpiño, quién en el ojal. Unas señoras preferían lucir sus violetas cerca del cuello, o en el pecho, prendidas del cinturón, mientras que la mayoría gustaba de tener su ramillete en la mano, y acercarlo de vez en cuando a la nariz. ¡Ah!, cómo trascendía el aire a violetas.

Era una tarde clara de junio. Los pocillos de chocolate oloroso con sus penachos de crema batida, incitaban al apetito, mientras que los vasos de cerveza, altos como torreones y coronados de rubia espuma, ofrecían a los sedientos las delicias del néctar alemán. A la primera ojeada se echaba de ver que el número de sedientos excedía, y con mucho, al de los hambrientos.

*Frau* Blum se hizo servir un chocolate. Mientras se lo bebía, echó en olvido nuevamente la madeja de marras; pero obra de Dios, que se sentó en la mesa vecina una chiquilla de vestido azul gris, trayendo a la memoria de la dama la palabrita que le pesaba tanto no tener presente. Entonces notó cuán ineficaz había sido el ramo de violetas. Atribuyó la ineficacia a que, siendo innumerables los ramilletes que se veían en el salón, la vista se le había ordinariado y las flores nada de particular le decían. Hubiera querido leer un poco del periódico de la tarde antes de ir a hacer compras; pero, ¿quién se fía de la memoria a los cincuenta años de edad? *Frau* Blum sacó de su bolsa de mano una cinta de seda negra, y se ató con ella alrededor del puño izquierdo el ramillete de violetas, diciéndose en el pensamiento: “Cuando las flores no me recuerden que tengo que comprarme una madeja, me lo dirá la presión de esta cinta, me lo dirá el dolor”. Y asegurada de esta manera, pidió la señora Blum el periódico de la tarde, ensimismándose a poco con su lectura.

No tardó en sacarla de su abstracción la sombra de un corpulento individuo que se le sentó enfrente y muy cerca de ella, a la misma mesa. La señora alzó los ojos a verle y se encontró con otros que le guiñaban con malicia; se encontró una nariz roja y carnosa, unos labios sensuales y, ¡vamos!, una cara grotesca de expresión vulgar que jamás hubiera deseado ver en su vida.

El tío ese se aventuró a decir a la dama algo en voz baja que ella creyó oír en sueños, pues, para realidad, era cosa fuerte para una mujer decente. El diálogo se entabló así:

—Yo soy el marido que usted aguarda.

—¿Qué?

—He visto el ramo de violetas, atado con cinta negra en su puño izquierdo, y, cumpliendo sus deseos, me dirijo a usted sin ambages.

—¡Mis deseos! Pero, ¿está usted loco? Explíquese usted, para probarme que no he perdido el juicio.

—Vi el anuncio de usted en el periódico de ayer; lo contesté, en respuesta recibí esta carta.

El hombre mostró a la señora un diario berlinés en el que había un anuncio diciendo: “Una viuda de cincuenta años, agradable, con talento musical y cien mil marcos en efectivo, desea contraer matrimonio con hombre serio, de mediana edad. Objeto, matrimonio”.

Antes de que *frau* Blum abriera la boca para protestar, el hombre le mostró también la carta aludida. La dama leyó:

“Estaré hoy, entre cinco y seis de la tarde, en Josti, a tomar chocolate. Para seña, me ataré en el puño izquierdo un ramillete de violetas con una cinta negra, y estaré leyendo un periódico. Diríjase a mí sin ambages”.

—¡Pero esa vieja verde no soy yo! —clamó la señora, indignada, levantándose para salir. Y salió. Cerca de la puerta encontró una amiga que la detuvo. Sentáronse ambas de nuevo, una a referir la desvergüenza del bellaco, la otra a consolar a la narradora, haciendo esfuerzos por no soltar el trapo a reír.

Cuando, agotado el tema, las dos señoras se retiraron del café, vieron mano a mano al bellaco con una vieja embadurnada de albayalde y colorete, peinada por el peluquero y vestida bizarramente. No le faltaba en el puño izquierdo, el consabido ramillete.

El de la nariz roja estaba tan encantado de su digna pareja, que no reparó en las señoras, que no le quitaban los ojos de encima.

Se despidieron *frau* Blum y su amiga. La agraviada señora se apresuró a su casa, pensando en la corrupción a que ha llegado Berlín, sin acordarse de la madeja gris azul, más que del santo de su nombre.

## LA BRUJA\*

Como se repite el triglifo en el friso dórico, así la triste imagen de la muerte se repetía en el cerebro de José Antonio, un pobrete de vecindad comido a medias por la ictericia.

A su alrededor se agrupaban algunos mozalbetes hipocondríacos como José Antonio, que como éste no había encontrado en el mundo ni gracia, ni belleza, ni bondad. La vida, según ellos, se reducía a comer y digerir los pocos que tenían qué, y a morderse un codo los pelagatos de la fortuna, que formaban la mayoría. Por esos tristes pensamientos no se podía ir contento más que a la tumba; así José Antonio y sus amigos, aquél como maestro, y de fieles discípulos éstos, habían formado escuela de enfermizos entecos y aburridos, creyendo que fuese de filósofos.

José Antonio le hacía el oso a la muerte, imaginándosela matrona de honor rodeada de imposible; no se percataba el menguado de que la tal le había echado ya la zarpa, con la seguridad de una *cocotte* parisiense que ha puesto la mira en un heredero. José Antonio se iba desmoronando sin sentir.

En busca de emociones nuevas, y baratas por supuesto, pues las que compran los próceres no estaban al alcance de sus recursos hacendarios, se metió en trato ilícito con una bruja del barrio; deseando conocer las supercherías y soflamas que hacen la mundo feliz y lo han hecho desde tiempo inmemorial. Ese conocimiento juzgaba él que le era necesario para dar ensanche a su pesimismo ratonero. Pesimismo de cursis e ignorantes.

Un día se coló de rondón en casa de doña Vicenta, la vieja pitañosa a quien todo el callejón de Pajaritos<sup>2</sup> conocía por la bruja más temible del barrio. Poco o nada hacía a favor de los enamorados, pues, ¿de qué servían aquellos untos negros, las hierbas color de tabaco y el agua clara que parecía raudal de lágrimas encerrado en una redoma? Pero para acabar con la vida de algún enemistado con sus clientes, la bruja no conocía competidor: hacía desaparecer a los rivales con dos o tres conjuras, como quien dice con sólo alzar un dedo.

El filósofo halló un pasatiempo en el trato de la bruja, convirtiéndosele bien pronto en apacible melancolía la murria habitual. Se pasaba las horas muertas en el zaquizamí de la bruja chinguiñosa, examinando los enseres del oficio: un almirez tomado de cardenillo, algunas ollas tiznadas, manojos de hierbas secas y los indispensables reptiles disecados o amojamados. También había cabellos de varios colores hechos maraña y algunas calaveras de gatos y perros.

José Antonio, con ser el ideal de las muchachas de la vecindad, no hallaba los encantos de la vida que otros jóvenes han saboreado prematuramente desde que el mundo es mundo.

---

\* Laura Méndez de Cuenca, "La bruja", en *El Imparcial*, t. XXVII, núm. 4812 (21 de noviembre de 1909), p. 4, col. 1.

<sup>2</sup> El callejón de Pajaritos (hoy calle Margil) se encontraba entre el Puente de la Cadena (hoy Emiliano Zapata) y La Soledad, hasta allí fluía el Canal de Roldán, vertiente del Canal de La Viga. Según narra Vicente Riva Palacio, en *Calvario y tabor* (México, 1997), pp. 270-272, la plaza de Mixcalco, no muy lejana, fue escenario de las ejecuciones de militares y partidarios republicanos. En el presente es una zona de venta de textiles a bajo costo, parte del barrio de La Soledad, zona caracterizada por su prostitución callejera. En esa hendidura se levanta el templo de La Santísima y el Centro de Salud "Eduardo Liceaga".

Pasaba indiferente entre el coro de mujeres apasionadas como hace su gira el Sol por un jardín, sin percatarse de las flores a que ha dado vida.

Para las muchachas, una mirada de Don Juan habrías sido la puerta de la gloria; un apretón de manos suyo, el último rincón del séptimo cielo. Al verlo tan esquivo, todas decían que José Antonio estaba embrujado, y echaban denuestos contra Vicenta la chinguiñosa.

Por sus pasos contados vino la muerte por el filósofo y le abrió las puertas del misterio. Le llevaron los vecinos enflorado al panteón; pero al regreso, cuando, las doncellas desdeñadas notaron el vacío que José Antonio dejaba en sus corazones, se exasperaron hasta no poder más. Decidieron tomar venganza de la bruja, encendieron el coraje de los muchachos del barrio, animándolos a una pedrea contra la malefactora condenada. Armados de proyectiles, pusieron los cobardes en acecho. Nadie advirtió a la bruja lo que la esperaba; así, cuando al oscurecer salió hacer su mandado ordinario, llovieron sobre la infeliz garrotazos y pedradas a Dios dar.

De la puerta de su tugurio la levantó el gendarme, quien la hizo conducir en camilla a la comisaría. Estaba gravemente herida. Allí declaró la infeliz no haber muerto ni hecho daño a ninguno. La miseria la había oprimido tanto que, por no dejar morir de hambre a sus hijos, se había metido a bruja. Sus conjuros eran patrañas; sus untos, manteca teñida; sus polvos, cisco de carbón; sus hierbas, las más inofensivas y corrientes, y el elixir del amor y el tósigo de la muerte, agua destilada.

El comisario hizo un cateo minucioso de la accesoria de Vicenta, cerciorándose de la verídica declaración de la infeliz. Vicenta murió a los dos días. Como nadie en la vecindad presencié la agresión, por falta de testigos, la autoridad no ha podido aún dar con la pista de los culpables.

## EL LOCO\*

*Mister* Aroonson era un ave rara entre los propietarios de tierras en el Sur de California. Por sus montes sombreados, desde donde se gozaba de hermosos panoramas, ya se dirigiera la mirada a tierra o a mar, podía trepar cualquier curioso y esparcir el ánimo cuando gustase, sin temor de tropezar con el consabido cartelón que suele, en toda la comarca, colgar de un árbol, estar fijo en un poste o surgir de entre las piedras, advirtiéndolo al transeúnte que por aquí o por allí, está vedado pasar. En los huertos de naranjos que cubrían acres y acres de terreno, entraba cualquiera sin más que solicitar del administrador de *mister* Aroonson una respectiva licencia, que en el acto era concedida, porque de generoso y liberal tenía aquel de plantaciones y viñedos, más fama que de millonario. Pero como lo que completa el decoro de un hombre acaudalado, es que las mujeres de su familia vistan mucho y se den paquete, para que nada faltara a *mister* Aroonson, su esposa y su hija eran dos propagandistas de la moda, de uno al otro confín del Universo, porque dicho era de paso, las tres personas viajaban lado a lado del Judío Errante, y, como este condenado a tragar leguas, se sabían el mundo de memoria.

*Mister* Aroonson embellecía sus jardines para que muchos gozaran de ellos, pues a todo quisque permitía entrar a esparcir el ánimo en los lugares de su propiedad, con tal de que se ajustasen a guardar el respeto debido a lo ajeno, y contribuía pródigamente al embellecimiento de su esposa e hija, quienes también se regocijaba la gente de mirar pagando cuentas de modistos, joyeros y comerciantes en artículos de fantasía. No había más que poner los ojos en aquel par de diosas, y pasearlos por el vergel, en cuyo centro se asentaba la casa solariega, para aprender a contar por millones y alabar a Dios que, criando naranjos en cantidad fabulosa, ha dado a los hombres ocasión de amasar tales fortunas.

Del interior de la casa, no se diga; a no ser por el buen gusto con que todos los objetos estaban distribuidos por las espaciosas estancias, creyeran los ojos admirar las magnificencias de un museo de arte. Muchos años y repetidos viajes por el mundo entero había menester para que *mister* Aroonson hubiera trasladado a su casa todo cuanto hubo estado al alcance de su fortuna. ¡Qué dificultades, qué de contrariedades y chascos no se había llevado para conseguir piezas raras, o hermosas o de valor histórico! Los aduaneros, perpetuos y fieles alimentadores de la boca de la nación conocían a *mister* Aroonson como a uno de los fieles y honrados contribuyentes. ¡Pues no era floja la entrada de derechos por los vestidos de las señoras, que mensualmente recibían de París!

Disfrutaba también *mister* Aroonson del culto de sus criados muy especialmente, pues si bien era estimado por los millares de empleados y dependientes que con él trabajaban, la servidumbre de la casa tenía por él adoración.

A *mister* Aroonson le gustaba hacer viajes únicos y directos a los países que deseaba conocer, estudiándolos y sacándoles todo el provecho posible. Téngase entendido que el millonario californiano adolecía del mal de la historia. Se despepitaba por averiguar lo que

---

\* Laura Méndez de Cuenca, "El loco", en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXVII, núm. 4813 (23 de noviembre de 1909), p. 4, col. 1.

había pasado en tiempos remotos aquí o acullá, las hazañas de tal o cual personaje famoso, las bellaquerías de éste o el otro tunante; importándole un bledo el nombre de los vecinos que a menudo tropezaba en los alrededores de sus tierras, ni los malos hechos de los bribones que merodeaban por la comarca y asaltaban con desvergüenza sin igual los ferrocarriles, haciéndolos volar con dinamita cuando podían.

Una mañana se le puso a *mister* Aroonson entre ceja y ceja, embarcarse para Egipto. Hizo preparativos, y cuando ya estaba para salir, su esposa y su hija lo participaron que iban a acompañarle. Se fueron. Subieron el Nilo hasta la segunda catarata, y muy satisfecho de su excursión el californiano, pues se había hecho de artículos muy curiosos para su colección, se dispuso a regresar a América. Su mujer y su hija se le pronunciaron ante esta determinación. Querían ellas darse una vuelta por el París dorado, por el tentador París, que con su Paquín, y sus “madamas” Camila y Esther y su calle de La Paz,<sup>1</sup> que es el pecado mismo, es la ruina de los capitales de América. En París se quedan los viajeros del Nuevo Mundo, sin cara en qué persignarse.

Pero *mister* Aroonson se negó a acompañar a las dos señoras a la capital de la tentación. Fueran ellas donde quisieren, él se embarcaría para América en el primer vapor que llegase a Alejandría. ¿Solo? No: acompañado de dos barriles de pedacería, cada tiesto cuidadosamente numerado, para formar con ellos jarrones, vasos, fuentes y urnas de inmenso valor, por las que los museos habrían pagado un tesoro. Y lo hizo como lo digo: se embarcó.

En dos meses no vieron sus servidores a *mister* Aroonson, más que cuando él, cansado de revolver tepalcates y pegarlos unos con otros según su capricho, buscaba aire y reposo espiritual, paseando de un extremo a otro de su jardín. Nadie osaba dirigirle la palabra, antes le huían mirándole con lástima a la vez que recelo. Al principio *mister* Aroonson no paró mientes en las miradas zahareñas de la gente de su casa, ni se percató de los cuchicheos que levantaba al pasar, mas fue pintándose el terror en las caras de todos de tal manera, que por fin tuvo el agricultor que observarlo. Con todo, usó de prudencia y a nadie dijo palabra.

Cierto atardecer, pasó sin ser visto por un arbolado de follaje muy denso, donde casualmente se encontraba tertuliano el jardinero, la cocinera y el ama de llaves de la casa. Aroonson oyó su nombre, y queriendo saber lo que de él se decía, se tuvo quedo a escuchar. La cocinera decía:

—Yo opino por despachar un parte a la señora, comunicándole la desgracia. Así ella vendrá pronto a disponer lo que sea necesario hacer con el pobre señor.

—¿Lo que sea necesario hacer? —repuso el ama de llaves. Pues yo no le veo a esto otra salida, que avisar al médico de la familia, y contárselo todo. ¡Quién sabe si mandará que de una vez pongan a *mister* Aroonson en el manicomio, para su observación! ¡Quién sabe si tres meses de cura lo alivien del todo y vuelva a ser el mismo señor de antes!

---

<sup>1</sup> *Madame* Paquín abrió su tienda en 1892, en 3 Rue de la Paix, París. En 1900 fue nombrada presidenta de la Sección de Moda de la Exposición de París, y en 1902 abrió casas en Londres, Buenos Aires y Madrid. Se hizo famosa por sus vestidos lujosos y románticos, por la cuidada confección artesanal de los mismos. Actrices y damas de la alta sociedad lucieron sus trajes, descritos como “los del país de las hadas”. En 1913, diseñó vestidos de calle que también podían llevarse como trajes de noche.

—Mientras su manía no pase de formar vasos y jarrones de tepalcates, no veo yo ningún peligro —agregó el jardinero. Así propongo escribir solamente a la señora, contándole todo y pidiéndole órdenes.

—Es verdad, es verdad. ¡Pobre señor! Él que acostumbraba traer de cada viaje tan bonitas cosas: muebles, alhajas, ropa, en fin, todo. ¡Y ahora venir a salirnos con dos barriles de basura! ¡Vaya, vaya!

*Mister* Aroonson, dándose por enterado y satisfecho de lo que sus criados pensaban de él, tosió para poner fin al conciliábulo, y se alejó por una espesa avenida, haciendo esfuerzos para no reír.

## PORQUE ERA BIZCA\*

Viena, febrero de 1910

¿Cómo fue que se decidió mi matrimonio? Van ustedes a ver. ¡Qué cierto es que el que escoge, escoge lo peor!

Como de alcalde, además de ricachón, había yo sido adulado por todo el pueblo. Mis picardías eran gracias; que fuera yo un truhán, el más relumbrante galardón que haya tenido hombre en el mundo. Las muchachas de la municipalidad todas se pirraban por mí, ambiciosas de la posición social de la familia. ¿He dicho todas? Pues he dicho mal. Rectifico: Andrea, la hija del maestro de escuela de niños, sin hacerme zalameos ni mostrar desenvoltura y coquetería, me amaba de veras.

A mí me gustaba Andrea, y empezaba yo a quererla; pero me disgustaba que los amigos me cogieran el pelo, porque pudiera yo enamorarme de una pobretona. Yo estimaba las cualidades de Andrea; lo era todo: hacendosa, económica, diligente y muy caritativa. Pero... el eterno pero: Andrea bizcaba algo el izquierdo, lo que en verdad, si a mí me caía en gracia, a los demás no. En concepto de mis amigos Andrea era una bizca horrorosa.

Antes de enamorarme mucho de la hija del maestro de escuela, me trasladé a la capital a disipar la fortuna que mi abuela materna me había legado, como ahijado y único nieto. Eso sí que fue vivir de prisa. Se hizo más guasón mi carácter, lo que celebraban mucho los nuevos amigos que adquirí: aduladores de estofa cortesana más cargantes que los de mi pueblo, aunque entonces no me lo parecía.

Se acercaba el final de la Cuaresma. Aún no cerraban sus puertas los teatros. Maria Aymée con su coro de francesas graciosas y bonitas, cantaba por primera vez en México, una ópera bufa de esas que las mujeres saborean, recatándose entre el varillaje del abanico, cuando la retozona música y las picantes coplas les atiranta los nervios y les cosquillea la espina dorsal.<sup>1</sup>

Se acabó tarde. Me retiré a dormir llevando estereotipados en las celdillas de mi cerebro, algunos compases de *Madame Angot*.<sup>2</sup> Dale que dale me bailaba la melodía en el cerebro soñoliento, y las caritas pintadas de las cantantes me despertaban a la concupiscencia. Sobre la mesa me encontré varias cartas cuya vista me espantó de una vez la música y los torpes deseos.

---

\* Laura Méndez de Cuenca, "Porque era bizca", en *El Imparcial*, t. XIX, núm. 5043 (10 de julio de 1910), p. 2, col. 4-7.

<sup>1</sup> "Maria Aimée, nombre de escena de Marie Aimée Tronchon, soprano francesa, se presentó en México en el Gran Teatro Nacional el 30 de diciembre de 1873, con la opereta en cuatro actos *La grande-duchesse* de Gérolstein (1867), música de Jacques Offenbach, libreto de H. Meilhac y L. Halevy. Contratada por José Joaquín Moreno, la Aimée fue quien introdujo a México la auténtica ópera bufa francesa, cantada en su idioma original, sin alteración alguna y montada exactamente igual que en París". (Y. Bache Cortés, nota 3 al texto "Llega la compañía de Grau", en Gutiérrez Nájera, *Obras IV. Teatro II*, México, 1984, p. 4). Las funciones ordinarias de la Compañía de Ópera Francesa, promovidas por el empresario Maurice Grau, se efectuaban a las 20:30, las funciones extraordinarias a las 15:30.

<sup>2</sup> *La fille de Madame Angot* (1872), es una opereta de Charles Lecocq. La obra fue estrenada en el Teatro Nacional, en México, el 4 de enero de 1874.

Me senté a leer aquellas misivas tan esperadas como tardías.

A los veinticinco años, el hombre por juicioso que sea (y yo no lo era) aguarda con impaciencia las cartas amatorias repletas de mentiras y sandeces; rara vez de expresiones cariñosas y sinceras. Novia yo no la tenía desde que Andrea, desengañada de que yo correspondiese a su amor desinteresado, había demostrado prescindir de mí.

En trato de mujeres no me dejaba atrás Don Juan Tenorio, pues avistando faldas, ya tenía yo para revolcarme insomne en el lecho, hundiendo al amanecer mi cabeza abatida, en la almohada, con el tenaceo de impuros pensamientos.

Cuando mis esperanzas se veían colmadas con la perspectiva de una fácil conquista, era yo tan feliz en mi soledad que me estorbaba hasta la presencia de los criados. Esa noche con todo no me sentía a gusto, ni me decidía a abrir los sobres que ni siquiera me movían a curiosidad. ¡Secreto presentimiento de hondísimos pesares!

Mi cabeza era un dédalo en que se atropellaban las ideas, como dirían los poetas románticos, pues yo no lo era menos en aquellos días. Las cartas de mujeres me volteaban al revés el corazón. Abrí las que tenía adelante. Eran todas de amor: ramilletes de promesas inefables, búcaros de esperanzas en flor; hoy haces de espinas, ánforas de amargas y calcinantes lágrimas. Dos particularmente determinaron esa noche de mi porvenir. Decía una de ellas:

“Manuel: ya he manifestado a usted en mis anteriores que no puedo corresponderle porque tengo empeñada mi palabra a mi primo; pero sin embargo, si usted se obstina en quererme y me solicita con buenos fines, háblele a papá. Si él lo consiente, no tendré inconveniente en ser su esposa. Elena”. Y al calce una firma muy mona

La impresión que me causó aquella brevísima esquela fue de desabrimiento. El perfume místico del ideal se evaporó de mi alma como por encanto. Arrojé con desdén la carta olorosa a esencia barata y medité. ¿Quién era Elena? Nada decía a mi corazón aquel nombre. Respondía al de una graciosa adolescente pálida y ojerosa por la anemia. Había cumplido apenas trece años y pensaba ya en ser esposa.

Por más vuelta que daba yo al asunto, no podía yo transigir con aquel furor matrimonial, causa de la ruina de muchas familias desmembradas y de nombres honrados por el suelo. Esposas de juguete para las que el matrimonio significa el cambio de nombre en la vida social y el goce absoluto de la libertad restringida por la madre o el tirano de la familia. A su vez esas esposas hacen lo que sus madres hicieron, me decía yo: venderse. Lo que sus hijas harán más tarde: revolcar el honor de sus maridos en medio del arroyo. La mujer sin preparación moral ni cualidades domésticas —todo lo cual adornaba a la Andrea de mi pueblo a quien había menospreciado—, no es la que el hombre apetece para esposa. Si de soltera se llama Julia o Luisa y usó el vestido a la garganta del pie, de casada añadirá metros que le hagan cola a su falda y hará desaparecer de sus dedos las manchas de tinta con que escribió su última plana, y se llamará la señora de Martínez o de Gutiérrez. Las puertas del hogar se abrirán a su paso; pero cuando discretamente misteriosas tornen a cerrarse detrás de ella, la novia con sus ilusiones habrá huido, quedando en la alcoba nupcial una mujer agobiada de arrepentimiento y pesadumbre. Los deberes del matrimonio la atenacearan como grillos; falta de abnegación, no podrá confrontar los sinsabores de la vida. Entonces el marido sustituirá al tirano de la casa, y un amante ocupará el puesto de aquél. Hasta aquí el drama, porque si el marido se percata de su deshonor, el drama se convierte en tragedia.

Depuse mis solicitudes amorosas por la chica y di mi pensamiento a la autora de otra carta que iba así:

“Manuel: han llegado a mis manos su carta y su presente. Es una joya preciosa y usted un loco adorable ante quien no puedo menos que rendirme. Lo cuento ya en el número de mis íntimos. Esta noche cenaremos en mi cuarto del hotel después de la función. Lo espero. Amelia”.

¡Diablo!, pensé, pues esto es cosa hecha. Le llevaré otra alhajita y luego empezaré a retroceder con discreción. A esta chica le veo trazas de querer dejarme en el petate.

La conquista de Amelia era, a mi ver, poco gloriosa y no valía la pena de ninguna calaverada. Mucho menos la de echar mi caudal por un voladero. Cierto es que la corista tenía un rostro peregrino y realizaba cualquier ideal plástico por exigente que fuese. Cuando vestida de gasa sutil, lucía en el foro su desnudez estatuaria, y ponía en juego la voluptuosidad y el sensualismo con la pericia con que el gladiador maneja sus puños, volaban los adoradores a poner a sus pies, puñados de diamantes.

—Tomaré precauciones —me dije. Y con mi resolución tomada dormí esa noche con los nervios en juicio y a pierna suelta.

Abrevio para no cansar a ustedes. Amelia me costó la mitad de mi caudal antes de que Maria Aymée acabara el abono en México. Con la otra media me establecí en México al casarme con Elena, no sin hacerme propósitos de honradez y enmienda. Lo que siguió después, ustedes que me han sacado adelante con este proceso donde se jugó mi vida lo saben tanto como yo. Elena me engañó muchas veces. Cuando abrí los ojos, la segunda vez la observé, y cuando, para su mal la sorprendí infragante, una misma bala de mi revólver hirió de muerte a los dos en la mitad del pecho. ¿Fue venganza o justicia? Dígalo Dios.

Sólo recuerdo ahora que la ira y la vergüenza me cegaron. El mal mayor estuvo en que anduviera yo armado detrás de la perjuración, desde que me la denunciaron sus criados.

Cuando ya absuelto volví a mi pueblo a ver a mis padres, los amigos que antes me habían adulado, si se les ofrecía ocasión huían de mí; los extraños o me veían con horror o se dibujaba la burla en sus labios. Sólo en los ojos bizcos de Andrea y en su saludo cortés y modesto encontré expresión compasiva.

Andrea se casó con el boticario, cuando supo mi matrimonio, y es la mujer santa y buena que yo deseché porque bizcaba un poco el izquierdo.

## ILUSTRACIONES

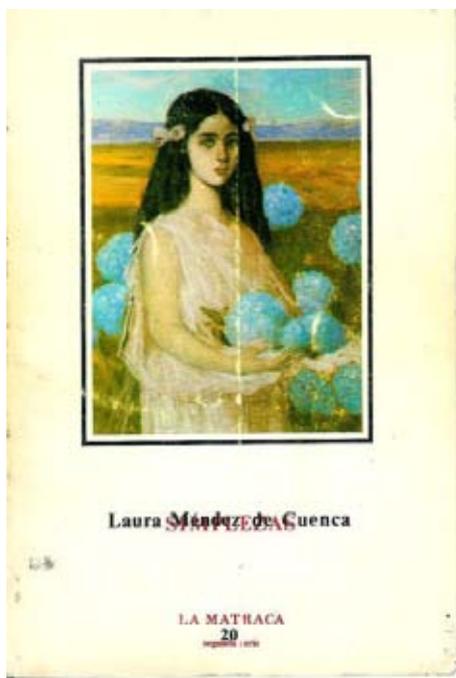


Portada de la edición de *Simplezas*, 1910



*Laura Méndez de Cuenca*

Retrato y nombre que acompaña a la edición de *Simplezas*, 1910 y 1983



Portada de la edición de *Simplezas*, 1983

## APÉNDICES

## APÉNDICE I

### ESTABA ESCRITO\*

Aquella mañana Marcial y Camila salieron a pasear muy de mañanita, ¡cosa rara!: ninguno de los dos era madrugador.

Marcial estaba sombrío, aunque hiciera esfuerzos por ocultarlo, fingiendo reír hasta enseñar los dientes, pero con una risa estúpida que ninguna razón tenía de ser, pues si la mañana estaba azul y alegre, las flores ebrias de Sol, y el agua del río echando espumarajos de caballo cansado, cuando más habría motivo para sentir el contento que da al ánimo el vigor de quien puede beber oxígeno a pulmón lleno; la alegría de la Naturaleza saliendo de su lecho oriental; pero en cuanto a risa capaz de aflojar las quijadas, no podía caber en un hombre taciturno por enfermedad, como lo era Marcial; en un hombre eternamente dolorido del género humano, y sin el menor asomo de avenimiento con las chochees del siglo que corre

Marcial era por instinto, un trasunto quijotesco muy fuera de caja con las costumbres modernas; profesaba la honradez convencional pregonada en los tratados de Moral, con exageración tan extremada, que a no serle tan indispensable ganar para sí y los suyos el pan de cada día, hubiérase dado al ejercicio de desfacer entuertos, aunque pare ello hubiera tenido que arriesgar vida y hacienda. Nuestro hombre, empero, ignoraba la existencia de Cervantes y por ende la del ilustre manchego y su remilgada Dulcinea; hubiera sido trovador provenzal si por una broma del hado no le hubiera tocado en suerte venir al mundo en un pueblo rabón de México y ser maromero por educación, por necesidad y por honor a su abolengo.

El padre de Marcial fue siempre el ecuestre más notable de cuanta compañía de funámbulos y volatineros recorrió la legua por la extensa república; la madre “volteaba” con extrema limpieza en los juegos de salón; de ahí es que podría decirse que Marcial había sido acróbata desde el vientre materno. Era muy niño aún, llegaba muy de cerca a su décimo octubre, cuando ingresó a la compañía una pobre mujer de miembros flácidos y rostro amarillento y sudoroso a causa de un asomo de tisis que empezaba a minarla y había de llevarla al sepulcro a vuelta de pocos meses y con poquísimo trabajo; como que ninguna droga le salió al encuentro, ningún cuidado ni higiénico afán, ni aun por aprecio a la vida, ¡ay!, aquella vida del trapecio y del trampolín.

Tenía en aquel entonces la encanijada acróbata una chiquilla mofletuda que se bebía a la madre en constante succión de lo que no prometía cansarse nunca; si había tenido

---

\* Laura M. de Cuenca, “Estaba escrito”, manuscrito del Archivo Personal de Enrique de Olavarría y Ferrari (APEOF), Biblioteca Nacional de México (BNM), c.24, exp.1, d.22, 1890. La correspondencia epistolar de Olavarría y Ferrari con Laura Méndez puede consultarse en la página electrónica <http://www.coleccionesmexicanas.unam.mx>. El hallazgo de estas epístolas corroboró la autoría de los cuentos firmados con el seudónimo de Stella, *vid.* Advertencia Editorial.

progenitor, lo que es padre, ni de juguete: el tal era uno de tantos, difícil de entresacarlo entre la multitud de admiradores, por la misma madre de la chica. A la muerte de ésta, que no se hizo rogar mucho, Camila, la mamona insaciable, fue recogida generosamente por la familia de Marcial.

Andando el tiempo la niña se convirtió en adolescente y el muchacho en atleta en posesión del vigor juvenil y con una dotación de sueños e ilusiones de lo más raro que imaginarse pueda. No sabía leer ni escribir; pero ni la sabiduría le hacía falta para gobernarse a sí propio por muy recto criterio, ni estorbábale la ignorancia para practicar el bien donde quiera que hallaba modo y ocasión de hacerlo.

Camila había crecido en la sentina del circo; la libertad de acción, el lenguaje obsceno que ahí se estilaba y la desnudez impudente que constituía el traje de gala de los artistas, le arrebataron la inocencia desde muy temprano pero sin corromper su corazón, porque la abstención de trato con gente honrada le impidió caer en groseras malicias. Para ella no era un secreto las causas de la vida; presentía los deliquios del amor, y como nadie la amonestaba enderezándola por camino alguno de moral escrita, Camila no tenía impaciencia por llegar a mujer, y esperaba su turno gozosa, alegre y feliz, sin que le dieran quehacer los nervios.

Como dije antes, Marcial aquel día estaba decididor y locuaz, motivo suficiente para que Camila abriera tamaños ojazos de asombro que se convirtiera en espanto, cuando sentados ambos artistas a la sombra de un mezquite que se miraba en el río, Marcial, atrayendo a sí dulcemente a Camila, le dijo en el tono más mimoso que darse puede:

—Camila, yo te amo. ¿Quieres ser mi esposa? ¿Quieres que nos casemos y no volver a subir jamás al trapecio que tanto te acobarda?

La chiquilla creyó estar fuera de este mundo. No subir más al trapecio nunca, al terrible trapecio que se mecía allá arriba, tan áspero y tan alto, ¡ah!, eso debía ser un sueño. Iba a responder a Marcial: sí quiero, cuando le vino a la memoria, como un golpe mortal, que en la noche de ese mismo día iba a verificarse su función de gracia y tendría que trabajar sin red, para lucirse más, en el trapecio volante y en el trapecio doble; así es que no respondió palabra y sonrió tristemente.

—¿Qué me respondes, Camila, tú no me amas?

Lo que es eso ni la pobre muchacha lo sabía; pero no le disgustaba cambiar por la vida de esposa y de madre cuyos dolores no conocía, aunque las satisfacciones de ambas adivinara, el trapecio aquel de todos los días y de todas las noches, la cuerda por donde subía sosteniéndose con los dientes, y por la cual bajaba haciendo angelitos, con su vestido de tarlatana de colorines y una flor teñida con *fushina*, entre los indóciles cabellos destrenzados. Camila no respondió a derechas sí o no; pero no pudo menos que preguntar tímidamente:

—¿Tampoco esta noche trabajaré?

Marcial sintió un brusco volteo de corazón como si tal víscera había tenido la humorada de ponerse cabeza abajo.

—Mira, esta noche sí porque el empresario no querría permitirlo aunque te pesáramos en oro; pero después, no; ni mañana, ni nunca. Mi padre ya no renovará el contrato; nos casaremos en esta semana, y yo subiré al trapecio por los dos, por ti y por mí. ¿Quieres?

Camila pensó: “Hoy nada más, nada más”; nada dijo, y cayó muda en los brazos de Marcial. El artista la estrechó fuertemente, haciéndose entre sí el propósito de labrar la felicidad de aquel pobre ser.

Eran más de las ocho; la destartada plaza de gallos del pueblo abría de par en par las anchas puertas, cuyos batientes lamían amenazando aniquilarlas, movedizas llamaradas de ocote; la murga insufrible formada por cinco indígenas que nada tenían que agradecer a Euterpe, se vengaba a trompetazos del desdén con que había sido vista durante todo el año, y desde que empezara la feria no cesaba de echar trompetazos a los cuatro vientos para llamar a la gente al circo. Aquella acudía bien provista de cañas cacahuates y naranjas para entretenerse, comiendo y arrojando las cáscaras al redondel, la larga espera de todas las noches antes de la función.

Como que ya tenía el público para rato. Mientras no estuviera en la plaza todo el pueblo reunido, ni esperanzas de maroma, ni de suertes, ni de coplas saladas por el payaso.

Parte de los acróbatas, con el vestido mixto de calle y de trabajo funambúlico, emparejaba con un rastrillo el estiércol de la pista, otros extendían la raída alfombra, sobre el colchón de zacate y algunos más afianzaban a martillazos las maniotas de la barra o aseguraban el trampolín. Nada de red: suprimirla en las noches de beneficio era el lujo de la función. A un lado del redondel, bajo un tinglado hecho a última hora de tiras de manta y tejamanil, el resto de la compañía en rutinaria promiscuidad, hombres y mujeres, se metían en abigarradas mallas; pintarrajeábanse otros, y algunos ya listos, esperaban que el empresario diese la señal de salir al saludo, todos cogidos de las manos, ante el palco de la autoridad.

Llegado el momento, sonó la campanilla y al compás de una marcha popular, empezó la función. Transcurridos los tres o cuatro primeros actos de la función salieron al redondel, Camila a ejecutar un acto ecuestre y el payaso Pepino, el disoluto Pepino, a dejar con la boca abierta a los espectadores con sus acostumbrados chistes graciosos, crudos y oportunos. Marcial, que conociendo el miedo de la pobre niña nunca permanecía en el picadero mientras ella trabajaba, desde ahora se creyó obligado a velar por su futura esposa y a defenderla de cualquier riesgo; así que fuese allá, a la pista y se clavó como estatua, junto a una viga del cuadro que sostenía los aparatos de arriba.

Camila, como siempre, se plantó muy bien, hizo a caballo las más difíciles piruetas, arrancando del público frenéticos aplausos. Cuando el animal, jadeante y sudoroso, empezó a echar espuma, la ecuestre suspendió su ejercicio para dar descanso al animal, y sentándose sobre él a mujeriegas, empezó a acariciarlo y a pasearlo alrededor del picadero. Aquí empezó el payaso a desempeñar su importante papel.

A una contorsión sucedía una gracejada, a la gracejada una pirueta; a la pirueta un dicho o una seña obscena. Camila entretanto pasaba y repasaba al lado del payaso con las piernas cruzadas, sobre un soberbio alazán, y él mostrando al público a la artista, hacía ademanes soeces que arrancaban carcajadas a la muchedumbre y miradas de odio a Marcial.

De repente al pasar Camila junto al payaso ya dispuesta a reanudar su ejercicio, éste llevando al extremo su afán de divertir a los espectadores, acarició por dos veces las piernas de la ecuestre besándose después las manos, lamiéndoselas y haciendo escenas muy significativas de lúbricos antojos. Marcial sintió que le faltaban las fuerzas, una venda cubrióle los ojos y le fue difícil respirar. Al entrar al tinglado Camila, concluido el ejercicio ecuestre, su prometido la recibió en sus brazos, murmurando: “Hoy nada más, nada más”. Siguió varios actos ejecutados por el resto de la compañía, y para concluir la función, llegó el acto principal: *trapezio doble por Marcial y la beneficiada*.

Ambos salieron a la pista juntos, cogidos por la mano, simulando esas carreritas monas que suelen dar los acróbatas cuando se presentan ante el público. Al hacer ella su ascensión

por la cuerda, dejaba flotar un vestido de gasa azul que parecía ala de mariposa; Marcial siguió a la niña y los dos empezaron a lucirse y arrancar aplausos.

Todo había salido muy bien; faltaba nada más la última figura, muy vistosa pues, aunque de fácil ejecución, era de peligrosísima apariencia. El artista, sostenido de las manos en el trapecio, tenía que sostener con los pies a su compañera quien acostada, al parecer, en el vacío, daba cuatro o cinco vueltas con mucha rapidez.

Ya estaba Camila tendida horizontalmente en los pies de Marcial, cuando éste acertó a distinguir al payaso entre un grupo de maromeros que se acercaron a la entrada de la pista; verlo y reconstruir la escena de sus indecentes caricias fue todo uno; perdió, entonces, las fuerzas, y la niña, sin que nadie pudiera preverlo ni evitarlo, cayó desde la altura del trapecio fracturándose el cráneo.

Al descender el acróbata por la cuerda en incomparable estado de idiotismo, la policía lo recibió para defenderlo contra la indignada plebe que quería aniquilarlo sospechando un crimen. ¡Son esos maromeros tan depravados!

Cuando Marcial entró a la cárcel del pueblo, era más de media noche y la luna menguante asomaba por el Oriente con un pedazo de menos, como roída y destacándose sobre una negra nube, como el corazón del artista sobre el fondo tenebroso del pensamiento.

## LA GOBERNADORA\*

Era graciosa y más linda que el pecado, por no decir que el pecado en persona. Era la mayor de cuatro primos de la Naturaleza, cuatro hijas de una mujerzuela que pensó en explotarlas, apenas Estela, la primogénita, hizo su salida del cascarón.

Coralina, una hembra hermosota, producción de un feliz cruzamiento de razas, no transigiendo con las desabrideces que aparejaba su estado de viuda, se malvendió a varios tunantes pobretones que jamás la sacaron de apuros; mas al llegar sus chicas a la adolescencia, la suerte empezó a sonreír a la desalmada, quien supo coger la ocasión por los cabellos en la persona de un gobernador.

Él era a secas un mentecato. Carecía de cultura, de educación, de principios, de todo. Ya sesentón, después de sacarle el jugo a la vida, en acuerdo con sus inclinaciones sensuales, habiendo amasado una pequeña fortuna, no pedía a Dios sino descanso para la vejez ocupando un puesto público y que no se lo llevara muy pronto para el otro barrio.

El gobernador era, además, brigadier, o general de brigada, como antes se decía. Su vida entera pasó el pobre hombre sin descubrir en sí una cualidad sola, aunque a montones las tenía; así es que lo que dejaba ver en sus actos y maneras era para él inconsciente. Despedía bondad por todos sus poros, sin saberlo: como arrojan fulgores las estrellas.

En su carrera militar había sido valiente por temperamento: no comprendía que se pudiera ser cobarde

A su juicio, el miedo al peligro y a la muerte era tan enfermedad como el vómito prieto o la pulmonía. Así es que en la prolongada lucha de la patria con enemigos nacionales y extranjeros por reivindicar sus derechos de independencia y de libertad, el gobernador había recorrido glorioso todos los grados del ejército. Ya de brigadier, el pueblo soberano lo hizo gobernador de un Estado lejano y rico; y al término constitucional de su gobierno, pasó quietamente al Senado, como quien dice, a la covacha donde solemos almacenar a nuestros hombres políticos cuando ya no sirven para nada.

Durante las campañas diversas con americanos, mochos, franceses y otros soldados extranjeros de Europa coaligada para meternos un rey, el gobernador, a quien, para distinguirlo de otros muy distinguidos y honorables gobernadores, llamaremos don Policarpo, fue procreando sucesión como un patriarca. No habría sido tan fecundo en hijos si le hubieran impuesto la obligación de colonizar el desierto bajo pena de la vida. Dejaba tras de sí una o dos mujeres en vías de maternidad en cada lugar donde acampaba.

Pero en lo que nada se parecía a otros muchos militares que hacen lo mismo, es en que éste, en vez de dejar a las madres desamparadas, y huérfana a la prole que él por incontinente sacaba al mundo, reconocía a las crías y enviaba mesadas modestas a sus mamás.

---

\* Laura Méndez de Cuenca, "La gobernadora", en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXVI, núm. 4641 (3 de junio de 1909), p. 4, col. 3-5. *Vid.* Advertencia Editorial.

Las mujeres que don Policarpo dejaba tras sí, agradecidas de tan desusado comportamiento en un calavera, no se quejaban ni malquerían a su seductor. Con el tiempo llegaban a ufanarse de haber dado con él, y asegurado con firmeza la torta del porvenir. El mundo capitulaba también con el estado de cosas; y a medida que la familia menuda de don Policarpo crecía, iban siendo conocidos y vulgarizados por los hijos del teniente, los hijos del capitán, del comandante, del coronel y del general, según el grado militar que su señor padre servía cuando vieron ellos la luz.

Pero hijos del gobernador no los hubo; ninguna mujer sino Estela pudo gloriarse de haber despertado en don Policarpo un amor tan verdadero y desinteresado que le empujara a doblar el hombro bajo la cruz del séptimo sacramento. En el primer puesto del Estado no se revolcó don Policarpo en el fango del deshonor. Ni metió las manos en el erario, ni hizo reparto de empleos entre los aduladores, ni se dobló al cohecho ni se hizo que le llevaran la firma en las casas de amigas íntimas o en las de asignación, como algunos lo han hecho. Su gobierno se desarrolló pomposa y naturalmente de las circunstancias a la manera que de una viga podrida abandonada en el corral, brota un hongo lozano y saludable.

El gobernador recogió y atrajo bajo su amparo a varios de los hijos del comandante, del coronel y del general, que eran de los más jóvenes, dejando, aunque no sin consejos y auxilios pecuniarios, a los del teniente y del capitán que camparan por su respeto, por tener ya los colmillos duros.

Con la mujercita y los hijos de varias madres, se formó don Policarpo un hogar donde ser feliz. Lo era más que todo, por la satisfacción de haber arrebatado a las celestinas una víctima: Estela. Una de esas bribonas se la había ido a ofrecer con anuencia de Coralina, la madre monstruo, y él, enviando a la tal por cual a la perica, se acercó a la hermosa criatura y le ofreció su mano.

Si Estela vio solamente la mano tosca y morena, o si con sagacidad femenil alcanzó a columbrar el papel lucido que de gobernadora puede hacer una muchacha hermosa que apenas raya en dieciocho años, baje Dios y lo diga. ¿Quién penetra en las reconditeces de un pecho de mujer?

Fue la boda. Estela hizo su entrada de esposa del señor gobernador, precedida de una banda del Estado, la cual, desafinada y todo, alegraba cuanto podía. Recibieron a la gobernadora bajo de arcos triunfales y adornaron las calles de su tránsito con gallardetes y cortinas que sólo salían del ropero en honor de algunos santos morrocotudos de mucha veneración por aquellos contornos.

El camino de ida lo había hecho Estelita arrellanada en una poltrona ligera que dos indios llevaban en hombros, montañas arriba y montañas abajo, desfiladeros a derecha e izquierda; pero el regreso a la capital, cuando por haber fallado la reelección de don Policarpo, iba el pobre a arrinconarse en el Senado, que es la covacha donde se almacenan los fracasados en la política, no hubo ni recibimientos de los alcaldes con vara en mano y discurso en boca, ni serenatas por las murgas aldeanas, ni otro séquito que el de los burros que cargaban los bártulos de los ex gobernadores y los sendos arrieros que los guiaban.

En las cuatro paredes de una modesta vivienda de vecindad se encerró don Policarpo a vegetar; y con el reuma que lo castigaba y con la agobiadora vejez, encerró también a su lado dos vidas lozanas y ávidas de duración y de placer: la esposa y uno de los hijos que él, pobre impenitente pecador, había sacado al mundo allá en los tiempos de sus campañas militares. Fue uno de tantos errores cometidos por el egoísmo inconsciente de los hombres.

Estela era el fuego y Efraín estopa. El diablo, Coralina, la madre monstruo, vino a soplar con su mal ejemplo, y su ambición, surgiendo en seguida la formidable hoguera.

¡Qué escenas se suceden en el hogar del viejo senador! ¡Qué de cosas presencia el miserable enfermo desde la poltrona donde lo tiene encadenado la parálisis parcial! Y pensar que don Policarpo ha sido siempre bueno; deliberadamente ha prodigado beneficios, y del mal que ha podido causar no tiene conciencia.

Don Policarpo quiso apartar a Estela de la prostitución a que estaba encaminada, haciéndola esposa y madre; pero ella no tuvo otra mira al aceptar el matrimonio, que hacerse “gobernadora”.

¡Ah! ¡Gobernadora!

## EL RIDÍCULO SEÑOR DE SANTELICES\*

Acabado de llegar de la oficina, sin reparar en que venía agobiado de calor y que la estancia estaba fresca, se quitó don Hilario la levita color de café; acaricióla para asentarle el pelo, y colgóla en una clavija de la percha, no sin apartar antes otra prenda de ropa que en el mismo sitio pendía. Era otra levita también café, de tono más claro, bastante raída y con varias rejas que disimulaban otros tantos agujeros. Antes de encajarse el buen señor la segunda levita y ajustarse el cuerpo en ella como en una corma, hízole también sus papachos como a la primera, tendiendo al mismo objeto, y ya presentable con la nueva vestimenta, se sentó ante un bufete arqueológico, en la pequeña sala, a copiar música, para matar el tiempo, mientras Pomposita le avisaba que ya estaba la sopa en la mesa.

Esta buena señora, ocupada en la cocina, dando la última mano a los tres manjares de que se componían el *menú* de los Santelices a diario, no daría la deseada voz de: “Hilario, se enfría la sopa”, sino hasta que todos los hijos de la casa estuviesen presentes. Iban a la escuela los menores, y los talludos, a diversas oficinas donde los empleaban. Iban al trabajo con dos fines: enseñarse a hombres y ganar algo con qué vestir y pasear.

A su hora, fueron entrando de la calle los “siete príncipes”, como Pomposita con efusión maternal apellidaba a sus siete hijos varones, pero mientras se reunieron en el comedor, don Hilario dejaba de pasear su pluma de ave por las cinco líneas de la pauta, más que cuando le venía gana de toser, o para llevarse la mano a la cabeza que empezaba a dolerle.

Andrea, Rosa y Consuelo, tres gallardos pimpollos de catorce, quince y dieciséis años, alimentadas mayormente de acelgas y frijoles, porque manjares opíparos no los había en la casa desde que la multiplicación de la familia había reducido considerablemente la mosca, con su parte de faena doméstica, economizaban a su padre el gasto de tres grandes estipendios: el de lavandera, costurera y moza del servicio. Cuanto los mozalbetes eran y vivían para sí, descuidados de las necesidades de la familia, parecía en las amables criaturas ser abnegación. Conscientes de las obligaciones que debían a sus mayores, cuya asiduidad y empeño en sacar adelante a su prole eran patentes, desvivíanse ellas por ayudar en todo soliviantando la carga que tan abrumado tenía al buen don Hilario.

Para aquellas tres niñas sólo existían como sitios de recreo los que nada cuestan: la Alameda, y el Zócalo, las fiestas de guardar, y en días de trabajo, después de la faena doméstica, el extenso corredor de la gran vecindad. Paseábanlo, por sus cuatro lados o abrazadas por la cintura o cogidas del brazo a la puesta del sol, o las noches de luna, riendo de lo que conversaban o cantando.

Otras muchachas de la vecindad, muy adobadas y peritas en depilatorios, pastas y afeites, no se rozaban con las de Santelices, por no poder andar de pegoterías donde los

---

\* Laura Méndez de Cuenca, “El ridículo señor de Santelices”, en *El Imparcial* (Especial para *El Imparcial*), t. XXVII, núm. 4710 (11 de agosto de 1909), p. 4, col. 3-5. *Vid.* Advertencia Editorial.

garbanzos eran contados y no quedaba, ni para remedio una taza de caldo en la olla de la familia. Pero, qué tal a los miembros del género masculino; todos siete eran bienvenidos en cualesquiera de las viviendas del vecindario, porque los “siete príncipes”, si no prestaban servicios en su propia casa, ni contribuían al gasto común los que por recibir sueldo, podían, unos y otros se hallaban siempre dispuestos a lo que las vecinas les pedían, en cambio de lagoterías de contertulios de oficio.

Aprovechábanse los tres príncipes mayores de la humilde comida de mogollón de la casa paterna, para acrecer sus sueldos más largos que el de don Hilario, por razón de la época y las circunstancias; pues mientras que los hijos sabían cómo sacar de los empleos del gobierno, la leche y la carne; y el becerro, como se hace de las vacas, don Hilario creía, a todo creer, que las “búsquedas” de los empleos son robo. Así se contentaba el pobre diablo con los cincuenta pesos que de escribiente en la oficina del Papel Sellado, convertida más tarde en del Timbre, ganaba desde el tiempo del rey que rabió.

Cuando Pomposita Armijo se empeñó en regalar anualmente a su consorte con un chiquillo o dos, según la diosa Fecundidad la favorecía, don Hilario sintió hundírsele la casa. “Son bendición del cielo”, decíanle los parientes congregados, el día del bautizo. “Para eso que cada uno trae su torta”, repetían los amigos; pero Santelices veía que las bendiciones celestiales si al principio menguaban nada más la torta de la familia, los últimos vástagos daban ya al traste con todo. ¡Y pensar que de éstos eran los dos preparatorianos de San Ildefonso, gemelos de trece años, que habían inaugurado su primero de autonomía intelectual, fumándose e introduciendo en el lenguaje familiar, cuando despotricaban con otros estudiantes, blasfemias y desvergüenzas inéditas! ¡Ah!, también componían versos, como si con ello consolidaran el honor nacional.

Mientras que el uno escribía a su novia imaginativa:

*Tus ojos son un pedazo de cielo con dos estrellas  
que me queman el corazón como centellas.*

Su hermanito, mirando los cielos venirse abajo una tarde de junio, improvisó este pie, para futuras composiciones:

*Llueve porque los ángeles lloran.*

Otro que el bendito don Hilario, no se habría andado con paños calientes para levantar la canasta a los príncipes, cuando entraron en edad capaz de ganarse el sustento; pero aquella alma de Dios no supo hacer el milagro de la multiplicación de los peces, sino por el aumento de trabajo. En resolución: se puso a copiar música aquellas horas que antes solía dar al descanso.

Con el poco vagar se le fueron acabando a Santelices las ganas de vestir a la moda; andaría con las carnes cubiertas y eso era todo. No sacar traje galán, para nadie es ignominia —pensaba el buen señor— conformándose con perpetuar en sus espaldas cierta levita verde, que fue de corte moderno cuando Dios quería, y llegó a dar a su dueño cierto aspecto arcaico de pieza de museo.

Para sus adentros, convenía nuestro hombre en andar un tanto rezagado de su siglo; nada tenía que ver él con la academización de la ciudad, la luz eléctrica y otras comodidades con que se regalaban los que podían pagarlas, pero, ¿a él qué? Relegado había, en cada uno de sus vástagos, el privilegio de representar, en el haz del mundo, a don

Catrín de la Fachenda, mientras que él, enfundado en su levita verde del año del rey que rabió, apuraba a tragos la vida por deber hacia la familia que había formado. A ratos, cuando las desabrideces de sociedad no le atosigaban el alma, ni las dolencias mortificaban su organismo enteco, como alcanzara a oír las risotadas y algarabía de sus hijos, sentíase también él regocijado de ver a los suyos felices. Si en sus manos estuviera la dicha universal, adiós peticiones y rezos suplicantes, él que no pudiera pasárselas sin plegarias, las haría no más de solicitud, sino de agradecimiento.

Por él no se fulminó jamás entredicho en los templos; ni persona alguna se salió, disgustado de encontrarle, de oficina o tertulia, ni su nombre levantó murmuración, al ser soltado de repente en los corrillos de empleados de la nación ni en las tertulias ratoneras de la casa de vecindad donde habitaba. Con todo, no había entre los conocidos de don Hilario, ni superior ni inferior, que no lo apodase a las espaldas: el “ridículo señor de Santelices”. Los chiquillos de la vecindad, no bien lo divisaban, bajar la escalera cuando iba a salir, o presentarse en el zaguán, de vuelta a casa, lo seguían hasta su vivienda, gritando y cantando y alborotando, todo en escarnio del cordero de Dios, para quien la malicia y la ruindad no tenían ser ni siquiera en la fantasía. Su nombre de pila era, cuando no desconocido de los vecinos y del barrio, a lo menos impopular; en su cara llamábanle: “señor de Santelices”, por detrás: “el de la levita verde”.

Ufanábase don Hilario en el *de* de su apellido, su única herencia paterna, valioso más que mina; no lo tenía por aditamento al honor de sus antepasados, sino como símbolo de hidalguía. Por aquel “de” colado entre el nombre de pila y el patronímico, no reclamaba ni privilegios ni derechos; conceptuábase solamente señuelo que atraía al deber por cumplir.

Hecho en el mismo trilla de molde que cada quisque, y de carne mortal, precedera, y lo que es peor, frágil, aquel angelote sin alas, no dejaba de resbalar, de pensamiento solamente, cuando, agobiado de fatiga, veíase obligado a sacar fuerzas de flaqueza. Sentía la pluma de ave pesada como la tranca de la puerta, y ante sus ojos débiles se alargaba la pauta como los rieles de una vía férrea que uniese el polo Norte con el polo Sur; la negrura de la tinta, entonces, comunicándose a sus pensamientos, de inofensivos que eran de ordinario, tornábanse en blasfemos. Por entre las corcheas escalonadas, iban pasando como serpientes las dudas traidoras, los cochinos “porqués”: ¿Por qué gastar en basílicas y claustros los tesoros que comprarían a los infelices el placer honesto de alimentarse cada día y a sus horas, de proteger su miserable armazón de las inclemencias de la intemperie? ¿Por qué esto, y lo otro, y lo de más allá? Pero pronto encontraba el camino de Damasco, y, rendido de cuerpo y alma, echábase diez minutos en la cama, en busca de reposo. Recobrado ya, volvía la fe a su espíritu, con la seguridad con que la paloma mensajera retorna a la estación de partida.

Esa mañana el señor de Santelices no pudo probar bocado. Lo intentó, pero se le hacía lana la comida en la boca. Castañeteando los dientes por la calentura estaba cuando su consorte lo arrojó en el lecho. Acudieron casi simultáneamente el facultativo, el cura y el enterrador: los tres tecolotes que anuncian que un alma va a remontar un vuelo. Santelices no perdió sus cabales; comprendiendo que le había llegado la última hora, se preguntó: “¿A dónde iré? Allá donde moran el descanso y la paz”.

Don Hilario hizo cuentas con el cielo, y una vez ajustadas, entró en él, por las puertas de una pulmonía fulminante.

El feliz mortal que ocupó su pupitre vacante en la oficina, festejó, por largos meses, su estreno en la nómina nacional, oyendo poner de oro y azul al “señor de Santelices”, al “ridículo señor de Santelices”, por sus compañeros, mientras que en la casa de vecindad

donde don Hilario vivió su santa vida, y de donde salió con los pies por delante, desde el día del entierro, comenzaron a animar las tertulias ratoneras, esos chistes que hacen desternillar de risa, porque se arranca al prójimo, a túrdigas, el pellejo. Todo ello era a costa del difunto, al cual se le mentaba nada más: “el ridículo de la levita verde”.

## APÉNDICE II

### INFORTUNIO\*

(A mi Madre)

... En ese triste día.  
En esa hora de llanto  
fatídica y sombría,  
en que fuiste la enviada del destino  
para lanzarme al paramal camino  
de una vida de angustia y agonía;  
algo como la noche  
de la orfandad se proyectó en mi cielo,  
el anatema coronó mis sienas  
y fue el sol de mi vida un sol de duelo:  
Se alzó la tempestad de los dolores  
en torno de mi cuna solitaria,  
y la canción que me arrulló de niña  
fue el grito de la triste procelaria;  
traspuso el Sol el monte,  
y cuando en el Oriente  
sobre el azul apareció la Luna,  
ni de tu hogar se suspendió mi cuna,  
ni posaste tus labios en mi frente.

\*

¡Qué lentos y tediosos  
resbalaron mis años infantiles;  
auroras apagadas  
al punto de brillar fueron mis sueños;  
siempre mis ilusiones destrozadas;  
sin rumbo al porvenir mi aciaga estrella;  
mi fe en las sombras del dolor perdida!  
¡Qué soledad aquella!  
¡Qué horas tan negras las de aquella vida!  
Buscaba en la quietud de mi aislamiento  
con la alma de una madre y la de un niño;  
y a solas —devorando  
toda la hiel de los tormentos que hacen  
derramar tantas lágrimas al hombre—

---

\* Laura Méndez, "Infortunio (a mi Madre)", *El Siglo Diez y Nueve* (17 de marzo de 1875), pp. 2-4.

tu nombre entre sollozos repetía  
bañando con mis lágrimas tu nombre.

\*

Y en esas tristes horas,  
buscaba las caricias con que premia  
la madre al inocente  
niño que forma la mitad de su alma,  
cuando al morir el día  
le presenta acabada la tarea  
por la que tantos besos le ofrecía;  
su voz tan amorosa  
que cuando silenciosa  
la noche tiende su enlutado velo,  
le enseña a murmurar una plegaria  
al borde de una tumba solitaria,  
o al brotar las estrellas en el cielo...  
Buscaba la embriaguez de su ternura,  
de sus palabras la canción sublime,  
su llanto idolatrado  
que nunca agota el maternal empeño,  
y hasta el divino beso enamorado  
con que cierra sus párpados el sueño.  
Todo eso yo buscaba, y entretanto,  
brotando de mis horas de agonía,  
se alzó la inmensa noche del quebranto,  
y envuelta en las tinieblas de su manto  
sentí que toda mi alma se moría.

\*

Más tarde cuando un mundo de ilusiones  
se forjó mi ardorosa fantasía  
y el terrible huracán de las pasiones  
mi pecho estremecía;  
cuando allá en lontananza  
me señalaba el ángel del destino  
del mundo el impetuoso torbellino  
a la indecisa luz de la esperanza;  
cuando la rosa del amor temprana  
brotó en mi alma de hielo,  
y vi un rayo de sol en mi ventana  
y un iris en mi cielo;  
creía que para siempre se extinguía  
ese germen de angustia  
que desde niña fecundó en mi pecho;  
que mi cabeza doblada y mustia,  
altiva se alzaría,

y brotaron entonces de mis ojos  
lágrimas de alegría...  
Creí que era bastante  
tanto martirio y sufrimiento tanto,  
que era mi porvenir todo ventura,  
que era mi última pena esa amargura,  
que era mi última lágrima ese llanto;  
y dije adiós a mi aflicción postrera  
y de mi inmensa dicha en el exceso,  
busqué ¡Oh madre!, tu sombra en mi carrera,  
esperando que tú, por vez primera,  
coronaras mi dicha con tu beso.  
¡Fue vana mi esperanza!  
Y hoy que mi corazón yace enterrado  
bajo la losa de un dolor eterno;  
hoy que el rudo quebranto  
dentro de mi alma impera,  
tú... ¡Ni una lágrima siquiera  
has vertido en el cáliz de mi llanto!  
Y lucho aún contra el destino impío,  
y lucho aún contra la infausta suerte,  
y en la tiniebla del dolor sombrío,  
como consuelo al infortunio mío  
sólo hallo la esperanza de la muerte.

\*

No existes para mí; tendió la ausencia  
entre las dos su sombra aborrecida,  
nubló con sus tinieblas su conciencia  
y oscureció los astros de mi vida;  
abrió en mi corazón a tu recuerdo  
un sepulcro sombrío;  
y ... olvidarte quisiera; pero en mi alma  
cuando mi dicha muere y se derrumba,  
la cruz de mis dolores infinitos  
se alza otra vez a señalar tu tumba.

\*

Triste es el porvenir; en lontananza  
la negra esfinge del pesar asoma  
y se pierde entre brumas la esperanza;  
y pues la primavera de mi vida  
ya se ha cambiado en árida existencia  
sin tus dulces caricias ni tu abrigo,  
de mi amor y mis besos en abono,  
yo en lágrimas bañada te bendigo,  
y en nombre de mi llanto te perdono.

## APÉNDICE III

### LAURA MÉNDEZ\*

En el grupo, bien pequeño por cierto y por desgracia, del feminismo letrado, destacan marcadamente los perfiles enérgicos, bien acabados de Laura Méndez de Cuenca. Su nombre ha sonado mucho, y, con justicia siempre, encuadrado en el marco de los elogios, para detenerse en referir quién es Laura Méndez.

Reúne en su figura la gallardía varonil con la gracia femenina; extraña mezcla que en este caso viene a demostrar que es posible lo increíble.

De talento natural, abonado con selecta lectura, y bien aprovechada instrucción, alcanzó por voto unánime el título de profesora. Compartió las arideces del profesorado con los deleitosos desahogos de la inspiración poética. Casó con un poeta, y aquellas liras, enlazadas por el amor, fueron pródigos manantiales en los que el buen Apolo pudo haber saciado su sed.

Viuda y pobre, vivió de su pluma, cosa rara, tal vez única en México, e impulsada por uno de sus arranques varoniles, que en mucho la distinguen, marchó sola, a San Francisco California, “sin hablar una palabra en inglés.”

Supo de su llegada el cónsul mexicano, Alejandro R. Coney, y al momento envió a su esposa para que la atendiera y le evitara todas las molestias que le originaría su desconocimiento del idioma.

Voluntariamente expatriada, laboró con mayor entusiasmo, y su producción artística fue entonces más rica que en otras épocas. Fundó, siempre en California, periódicos que aún viven y enriqueció con versos, cuentos y esbozos novelescos, las páginas de *El Universal*, cuando éste diario fue dirigido por el señor Rafael Reyes Spíndola.

Laura Méndez es lo que se llama “un carácter”, una mujer cuya virilidad y energías femeninas podrán envidiarle muchos hombres.

Como “cuentista”, sin perder su originalidad, acusa su vocación por los *conteurs* franceses de estos últimos veinte años; como novelista, dentro de un estilo ameno y galano, es “tendenciosa”; pero por encima de todas las manifestaciones de su talento, sobresale la poetisa, la poetisa gallarda, que enhebra ideas, llenas de brillantez y de hermosura, en el sutil hilo de la rima.

Puede decirse, sin lastimar a nadie, que Laura Méndez es, actualmente, la primera poetisa mexicana.

P. P.

---

\* “Laura Méndez”, en *Jueves del Mundo*, sección Artes y Artistas, núm. 22 (12 de junio de 1902), p. 13. Las iniciales indican que el artículo es de la autoría del redactor de la revista: Porfirio Parra. Por cierto, que siendo diputado en 1884, intercedió a favor de ella para que se le otorgase la dirección de una Escuela Municipal.

## APÉNDICE IV

### LA DÉCIMA MUSA\*

A Laura Méndez de Cuenca

En la sala, aprisionada por brillante marco dorado, se ostentaba el retrato de cuerpo, de la inspirada poetisa, hábilmente copiadas por la mano del pintor. Un reguero de libros por todas partes, cuartillas comenzadas a escribir; y sobre la mesa, mezclados, los periódicos de todos los colores y de todas las ideas, aquella pensadora se dedicaba a laboriosas tareas.

En efecto, la inteligente dama buscaba el pan para sus hijos, en esa ruda faena de escribir a diario.

El panorama había cambiado por completo.

Yo la conocí en posición, si no de riqueza, desahogada cuando menos. Inculcaba sus consejos a los párvulos del barrio, en una escuela sostenida por el Municipio. La vi dedicar sus afanes difundiendo el “verbo divino” entre los necesitados, olvidando las melancolías del verso, y los rencores de una sociedad hipócrita.

Terminadas sus tareas, después de que la parvada de criaturas dejaba las bancas de la clase para correr alegremente en la plazuela; ella recibía a sus amigos, y saboreando perfumado té, se hablaba de literatura, de periodismo y de artes. Así fue, tarde por tarde, en algún tiempo.

Después... el rencor de partido concluyó con aquellas reuniones. La poetisa, colaboró en un diario pequeño que hizo oposición al Ayuntamiento, y éste, cerró a la profesora las puertas del establecimiento.

Ya no había té, y los amigos desertaron.

Solo, en la sala desierta, el retrato parecía mirar con honda tristeza, los libros cubiertos de polvo, y las cuartillas diseminadas por el suelo.

\*\*\*

La lucha fue larga. La poetisa tenía un alma varonil cubierta por los hábitos de su sexo.

El destino se le enfrentaba, y ella levantó su frente altiva contra el destino.

Entonces no fue su pluma la que engendró cántigas; ni de la que brotó en cadencias la idea.

Escribió artículos razonados y enérgicos. Llamó a las cosas por sus nombres, con la misma maestría y con el mismo talento con que cantara sus ansias y sus nieblas.

A la lira blanca de la favorita de las musas, había sustituida la lira negra del bardo del combate.

No hubo en esa vez quien recordase los triunfos y las glorias de aquel talento femenino. Sola, en la callada galería de la Biblioteca Nacional, buscaba en las páginas del libro, algo

---

\* Fernando Rivera Fuentes, “La Décima Musa”, en *Lunes Literario. Edición del Diario del Hogar* (1904), pp. 123-124.

con qué olvidar la envidia de afuera, o algo con qué encontrar nuevas fuerzas para la lucha por la vida.

Alguna vez rodó por sus mejillas lágrima candente, y dejó escapar el suspiro, manifestación del pesar interno; pero eran actos momentáneos. Rehacíase pronto, y su cerebro vigoroso se imponía de nuevo sobre el debilitamiento o la flaqueza.

De redacción en redacción pasaron sus artículos; desde el diario en que el editor paga con alguna esplendidez los trabajos calzados por una firma autorizada, hasta aquellos en que se regatea el precio, como el usurero acorta, tras del mostrador del empeño, el pago del efecto que se le propone.

La peregrinación fue larga, hasta que al fin, decepcionada, combatida por los envidiosos y por los murmuradores, resolvió abandonarnos.

Hizo bien. Hay ciertos soles que brillan con más fuerza mientras más se alejan.

Y partió. Era una noche lluviosa y oscura. Desde el andén del paradero se contemplaba un horizonte sombrío en cuyo fondo brillaban apenas como luciérnagas de colores, los faroles de los guardavías.

El grupo de amigos que fue a darle, tal vez el último adiós, se alejó hasta el extremo de la estación, para verla pasar, asomada en el ventanillo. La locomotora se puso en marcha, gimió tristemente el silbato, como si se despidiera de la metrópoli, y después como una mancha blanca, en aquel cuadro negro, se agitaba el pañuelo de la décima musa, que nos decía adiós.

Fernando Rivera Fuentes, 1893.

## APÉNDICE V

### LA SEÑORA DOÑA LAURA MÉNDEZ DE CUENCA \*

Esta ameritada profesora, cuyo retrato aparece hoy en las columnas de *La Mujer Mexicana*, regresó a la Patria después de algunos años de residencia en los Estados Unidos del Norte, donde comisionada por el gobierno de México estudió la organización escolar de aquella nación, recogiendo importantes observaciones que seguramente mejorarán la condición de nuestras escuelas, pues nombrada para visitarlas realiza en la actualidad un estudio comparativo, basado en los estudios sociológicos que pudo hacer en el vasto campo que acaba de dejar.

Reconocida la competencia de la señora de Cuenca, así como su grandes virtudes cívicas, entre las que sobresalen su amor a la justicia y a la verdad, su valor para romper con el yugo de toda preocupación, su cariño a la niñez y su bien entendido patriotismo, esperamos que su labor contribuya eficazmente a la sagrada causa de la educación nacional.

La señora de Cuenca para satisfacer su noble ambición de estudiar, ha vencido poderosos obstáculos; pero su espíritu investigador, su constancia, su aplicación y su entusiasmo, rompiendo las trabas de la rutina y los diques de añejas puerilidades, la ha hecho salir vencedora de las grandes pruebas a que voluntariamente se ha sometido con el heroísmo y el afán de las almas superiores. Modesta sin afectación, y entusiasta sin alarde, estudia siempre, anegando su elevado espíritu en las ondas de luz con que las ciencias envuelven a sus devotos.

Aunque pocas veces ha sido comprendida, y en sus tareas escolares no ha recogido el aplauso y la estima que merece, su excepcional energía la hace avanzar resuelta y decidida por la senda del progreso, desdeñando la intolerancia y la mordacidad, y pasando sin altivez y sin rencores en medio del vulgo que ruge a los pies de lo que se enaltece, escarneciendo lo que no posee y criticando lo que no comprende.

En el cielo de la literatura patria luce como una de sus más brillantes estrellas, y su alma consagrada al sacerdocio augusta de la idea, en sus alas de inspirada se alza hasta la cima de la gloria, tomando su lugar entre los inmortales.

Mateana Murguía de Aveleyra.

---

\* Mateana Murguía de Aveleyra, "La señora doña Laura Méndez de Cuenca", en *La Mujer Mexicana*, t. II, núm. 2 (febrero de 1905), p. 1.

## APÉNDICE VI

### CUENTOS ABSURDOS\*

España es el país del mundo sobre el cual se han inventado mayor número de cuentos inverosímiles, absurdos y disparatados.

Tratándose de nuestra nación, parece que todo les está permitido a los que se dedican a entretenernos con sus novelerías.

Divertir al público es el gran negocio del día; y para ello, hay que darle sorpresas, extravagancias, escenas pintorescas, nuevas y exóticas, que difieran absolutamente de lo que vemos todos los días.

Y como en alguna parte hay que colocar esas escenas anodinas, se elige como teatro el suelo de la legendaria España, peguen o no peguen bien tales engendros con nuestro carácter, nuestras costumbres, nuestra sociabilidad y nuestras tradiciones.

Los franceses son los que más han abusado en este sentido de credulidad de los lectores y espectadores. Tiene una frase gráfica con que pintan esa tendencia. En vez de decir como nosotros *hacer castillos en el aire*, para indicar la falta de solidez y fundamento de ciertos planes o concepciones, ellos dicen hacer *castillos en España*.

Y esta costumbre francesa se ha transmitido, como las modas de París, a algunos escritores hispanoamericanos, que hablan de nuestra Patria sin más conocimientos acerca de ella, que las novelerías y ridiculeces que han propagado sobre nosotros algunos escritores transpirenaicos.

Recordemos en estos momentos que Sarmiento escribió un libro de viajes, en que se decían enormidades sobre España, sin que el escritor argentino hubiese puesto los pies en ella; lo cual dio lugar a que Villergas escribiera un contundente vapuleo que se hizo célebre con el título de *El Sarmienicidio* y el subtítulo de *A mal Sarmiento buena podadera*.

Hoy le ha tocado caer en la tentación a una escritora mexicana de bastante notoriedad: nos referimos a doña Laura Méndez de Cuenca.

Para variar sus interesantes crónicas publicadas en *El Imparcial* esa señora ha querido también darnos un cuento *sobre*, o mejor dicho, *contra* España, con tan mala sombra, que el punto de partida, el arranque fundamental en que descansa toda la trama, es una falsedad notoria y una especie enteramente calumniosa para nuestra Patria.

Supone la escritora que habiendo muerto repentinamente el jefe de una familia a causa de un síncope, no pudo hacer testamento; y como consecuencia el hijo mayor hereda toda la hacienda. Sobre esta base deleznable, la señora Méndez levanta una construcción que es un verdadero castillo en el aire, y dice entre otras cosas:

“En cumplimiento de las odiosas e injustas leyes de la provincia española donde esto sucedió, el hijo mayor heredó toda la hacienda del difunto.

---

\* Artículo sin firma, “Cuentos absurdos”, en *El Correo Español* (26 de mayo de 1909), p. 1.

“No tardó éste en ir mostrando la puerta a cada uno de los miembros de la familia, sin exceptuar ni la madre ni la abuela.

“De los hermanos varones unos entraron a servicio, no teniendo ya al padre que los redimiera: emigraron a América otros. Las mujeres que aún permanecían solteras, se derramaron también por el mundo mal casándose las que pudieron hallar con quien y colocándose el resto como criadas de servicio en casas nobles. Rodrigo, el más joven de los hermanos, mocito de catorce abriles bien floridos, con ensueños y deseos de hacerse arquitecto, para lo cual sentía poderosas inclinaciones, tuvo que salir a aprendiz de hortera en una tienda de Madrid.”

La señora Cuenca nos refiere después que una de las hijas del difunto llamada Blanca, entró en un convento porque “la cercenó del mundo la superstición, la miseria y la injusticia de una ley catalana.”

Salvemos ante todo el error geográfico, diciendo a la autora del cuento que Cataluña no es una provincia, sino una región española con título de Principado compuesta de cuatro provincias, que son: Barcelona, Tarragona, Lérida y Gerona. Hecha esta salvedad para gloria y honra de la Geografía, hablemos de las supuestas odiosas e injustas leyes de la provincia española donde esto sucedió, según textualmente nos dice la autora del cuento.

Si la señora Méndez de Cuenca se hubiese tomado la pena de averiguar algo sobre las cosas de España antes de hilvanar su composición, había podido saber que nuestro país tiene un código civil que rige en todo su territorio sin distinción alguna de provincias, que por ese código se rigen las sucesiones *ab intestato*, y que en ese código no se consignan las odiosas injusticias que supone, sino todo lo contrario; pues según la ley española, que en esto no se diferencia sustancialmente de las leyes de todos los países civilizados; en las herencias *ab intestato*, todos los hijos tienen igual participación y el cónyuge viudo no es menos en tales casos que los hijos.

En España hay un parlamento que dicta leyes para toda la nación, y no para ciertas y determinadas provincias especialmente.

Existieron en otros tiempos los mayorazgos, no en Cataluña exclusivamente sino en toda España y en las demás naciones, como un resto de la época feudal; mas al aparecer en Europa el régimen liberal y representativo fueron abolidas las vinculaciones y con ellas los mayorazgos, que tampoco tenían el carácter cruel y despótico que la escritora supone, pues el mayorazgo comprendía únicamente los bienes vinculados o entroncados.

Los restantes estaban sujetos a la ley común, que con algunas variantes acomodadas a las circunstancias del tiempo, del país y de los progresos de la ciencia jurídica, ha tenido por base la legislación romana y especialmente las Instituciones de Justiniano.

Desde esos tiempos remotos, ha sido reconocida universalmente la participación de todos los hijos en una parte más o menos considerable de los bienes libres dejados por los autores de sus días, pudiendo el testador disponer libremente del resto.

En el campo jurídico de las sucesiones, han luchado dos principios opuestos, que son los mismos que se disputan el dominio público: la libertad de testar, que obedece a las tendencias del individualismo, y la igualdad de todos los hijos en la participación de la herencia, que obedece a las ideas socialistas.

Y como ha acontecido en política, de la armonía de ambos principios más o menos acentuada en uno u otro sentido, han nacido hoy las legislaciones hoy vigentes en todas las naciones, sin que las provincias catalanas sean una excepción de la regla, como supone la señora Méndez de Cuenca.

Fuera de esto, la escena de un heredero que al entrar en posesión de la totalidad de los bienes de su padre arroja a la calle para abandonarlos a la miseria a su madre, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta a su abuela, es un hecho tan absurdo, tan contrario a los elementos arraigados en el corazón de los españoles de todas las regiones de España, y tan opuesto a su amor al hogar y a la familia, que no se registra de ello un solo ejemplo en nuestras crónicas.

Nadie se atrevería allí afrontar la reprobación y el anatema unánime que recaería sobre semejante monstruo.

Pero la manía de deprimir a España no se ha extinguido aún en algunos espíritus inquietos, que se imaginan vivir aún en aquellos tiempos en que ése daba notoriedad.

La autora del cuento ha oído campanas y no sabe dónde. En otra ocasión daremos algunas ideas acerca del origen de la leyenda de los *hereus* con la cual se ha querido hacer tan mala atmósfera contra la religión catalana.

## ÍNDICES

## I. PERSONAS

### A

ACUÑA, Manuel (1849-1873), 7n, 15, 16n, 17, 20, 37, 40n, 46, 80, 92, 92n, 161n  
ALCALDE, Carlos (1871-1917), 135n  
ALTAMIRANO, Ignacio Manuel (1834-1893), 40n, 60, 62, 63, 63n  
ALZHEIMER, Alois (1864-1915), 83n  
ANTONIO, abad, san (251-356), 206n  
AQUINO Tomás de, santo (1225-1274), 197n  
ARISTA, Mariano, presidente de México (1802-1855), (1851-1853), 186n  
ARRIAGA, Jesús [*Chucho el roto*] (1858-1894), 192n  
AYCOK, Wendell M., 50n

### B

BABLOT, D'OLBREUSSE Alfredo († 1892), 87, 179, 179n  
BACHE CORTÉS, Yolanda, 288n  
BALZAC, Honoré de (1799-1850), 77  
BARBIER, Jules (1825-1901), 10n  
BARRAGÁN DE TOSCANO, Refugio (1843-1916), 28n  
BARREDA, Gabino (1818-1881), 268n  
BARRIOS DE LOS RÍOS, José María (1864-1892), 65n  
BAZANT, Mílada, 3, 8, 50n, 69, 69n, 182n  
BECKERS, Jeanne (1869-1936), 286n  
BÉCQUER, Gustavo Adolfo (1836-1870), 39, 39n, 41, 53  
BELLINI, Vincenzo Salvatore (1801-1835), 89, 172n  
BENÍTEZ, Rubén (1928), 53, 53n  
Benjamín [*vid.* SILVA]  
BETETA, Carlos, 9n  
BORGES, Jorge Luis (1899-1986), 49  
BRACKEL-WELDA, barón de, 89, 89n  
BRETÓN DE LOS HERREROS, Manuel (1796-1873), 180n  
BRUSWOOD, John (1920-2007), 8, 72  
BUSTOS TREJO, Alicia, 120n  
BYRON, Lord (1788-1824), 40, 40n, 89, 93n

### C

CÁCERES CARENZO, Raúl (1938), 7n, 8  
CALDERÓN, Edmundo (1934-2005), 7n  
CAMARILLO, María Enriqueta (1872-1968), 28, 28n  
CAMPO, Ángel de (1868-1908), 30

CAMPOAMOR, Ramón de (1817-1901), 61  
CANDIDO, Antonio (1918), 32, 32n  
CAÑEDO, Juan de Dios (1786-1850), 209, 209n  
CARRANZA, Venustiano, presidente de México (1859-1920), (1917-1920), 192n  
CARREDANO, Consuelo, 89n  
CASTILLO, Apolinar, 19n  
CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de (1547-1616), 115  
CETINA GUTIÉRREZ, Rita (1846-1908), 28n  
CHAMISSO, Louis Charles (1781-1838), 14  
CHATEAUBRIAND, François René, vizconde de (1768-1848), 39, 39n, 42, 53, 74  
CHAVES, José Ricardo (1958), 54n  
CHÉJOV, Antón (1860-1904), 77  
CHICO PARDO, Rafael, 74n  
CLARK DE LARA, Belem, 3, 15n, 23n, 31n  
COBOS, Marcelino (1825-1860), 58, 58n  
COMTE, Auguste (1798-1857), 268n  
CONEY, R. Alejandro, 307  
CORDERO, Soledad (1816-1847), 88, 88n, 180, 180n  
CORONADO, Carolina (1821-1911), 62  
CORRAL, Jesús, 21  
CORTÉS, Jaime Erasto (1938), 23n  
CRUZ, sor Juana Inés de la (1648-1691), 62, 130n  
CUENCA, Agustín F. (1850-1884), 15, 16n, 17, 18, 19, 19n, 37, 80, 127n, 148n  
CUENCA MÉNDEZ, Alicia (1878-?), 104n  
CUENCA MÉNDEZ, Horacio (1880-1906), 104n  
CURIEL, Fernando, 3

## **D**

DACIER, Anne (1647-1720), 62  
DANTE ALIGHIERI (1265-1321), 170n  
DÍAZ, Porfirio, presidente de México (1830-1915), (1876-1911), 191n, 228n  
DÍAZ MIRÓN, Salvador (1853-1928), 93, 93n  
DOMENELLA, Ana Rosa, 8, 23n, 45, 72n  
DOMICIANO, Tito Flavio, emperador de Roma (51-96 d. C.), (81-96 d. C.), 129n  
DUNCAN, Isadora (1878-1927), 88

## **E**

ELOÍSA (1101-1164), 197n  
ENRÍQUEZ, Juan de la Luz (1836-1892), 19n  
ESCALANTE, Ignacio M., 15n  
ESCOBAR DE FÉLIX DÍAZ, Haydee, 30  
ESCOBEDO, Mariano (1826-1902), 59n  
ESOPO (620-560), 68

## F

FALCÓN, Romana, 178n  
FAULKNER, William (1897-1962), 84  
FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín (1776-1832), 269n  
FLORES, Manuel M. (1840-1885), 17  
FLORES MONROY, Mariana, 3  
FLOTOW, Friédrich von (1812-1883), 135n  
Fortún [*vid.* ZARCO]  
FRANCISCO DE ASÍS, san (1181-1226), 250  
FRÖBEL, Frédéric (1782-1852), 55, 55n, 67  
FULLBERTO, 197n

## G

GALVÁN RIVERA, Mariano (1791-1876), 182n  
GALLI, Filippo (1783-1853), 172n  
GAMBOA, Federico (1864-1939), 45, 59, 59n  
GARCÍA, Bernardo, 178n  
GARCÍA, Jesús [Héroe de Nacozari] (1881-1907), 14  
GARCÍA, Marcela, 3  
GARCÍA CUBAS, Antonio (1832-1912), 160n, 209n  
GARCÍA DE ONTIVEROS, Concepción, 28, 28n  
GARCÍA FIGUEROA, Agustín (1847-1919), 7, 7n, 18, 75  
GLANTZ, Margo, 5n, 26  
GOETHE, Johann Wofgang von (1749-1832), 40n  
GOITIA, Francisco (1862-1960), 91  
GÓMEZ, Aurora, 178n  
GONZÁLEZ, Manuel, presidente de México (1833-1893), (1880-1884), 19n, 217, 217n  
GRAU, Maurice (1849-1907), 10n, 288n  
GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel (1859-1895), 23, 25, 31, 31n, 35n, 44n, 54, 80, 89, 89n, 120n, 122n, 135n, 200n, 288n

## H

HALEVY, Ludovic (1834-1908), 288n  
HANDKE, Peter (1942), 83  
HEINE, Heinrich (1797-1856), 89, 89n  
HELLION, Teófilo, 171n  
HIGAREDA, Alfredo, 17  
HOFFMANN, Ernst Theodor Amadeus (1776-1822), 10, 10n, 41n  
HOMERO (s. IX a. C.), 62  
HUGO, Víctor (1802-1885), 10

## I

Ilancueitl [*vid.* GARCÍA DE ONTIVEROS]  
IRIARTE, Tomás de (1750-1791), 68

## J

JIMÉNEZ, Gustavo (1958), 85, 135n  
JONES, Thomas C. (1790-1856), 249, 249n  
JUÁREZ GARCÍA, Benito, presidente de México (1806-1872), (1858-1872), 80, 192n, 268n  
JUSTINIANO I (483-565), 312

## K

KIRCHNER, Ernst Ludwig (1880-1938), 280n  
KRUPP, Alfred (1812-1887), 260, 260n

## L

LARRAINZAR, Enriqueta († 1906), 28n  
LARRAINZAR, María Ernestina (1854-1925), 28n  
LAVISTA, Rafael (1839-1900), 74, 74n, 75, 159n  
LECOCQ, Charles (1832-1918), 288n  
LEDUC, Alberto (1867-1908), 45  
LERDO DE TEJADA, Sebastián, presidente de México (1827-1889), (1872-1876), 199n, 201n  
LICEAGA, Eduardo (1839-1929), 74, 74n, 75, 148n  
LICURGO (700-630 a. C.), 47, 138, 138n  
LINARTE, Joaquín (1799-?), 17  
LINCOLN, Abraham, presidente de los Estados Unidos de América (1809-1865), (1861-1865), 245  
LOMBROSO, Cesare (1835-1909), 47, 138, 138n  
LOYOLA, Ignacio de, san (1491-1556), 19n  
LOZANO VARGAS, Elvira, 28, 28n  
LUCÍA, santa (¿283-304?), 170, 170n

## M

MADAME PAQUÍN [*vid.* BECKERS]  
MANN, Thomas (1875-1955), 76n, 77  
MARTÍNEZ, Javier T., 91, 91n  
MARTÍNEZ VILLERGAS, Juan (1816-1894), 311  
MATEO, evangelista, san (s. I), 129n  
MAXIMILIANO DE HABSBURGO, emperador de México (1832-1867), (1864-1867), 37, 59, 80, 217n  
MEILHAC, Henri (1831-1897), 288n  
MEJÍA, Tomás (1820-1867), 60  
MÉNDEZ DE CUENCA, Laura (1853-1928), 9, 10, 17, 17n, 54, 59n  
MÉNDEZ MÉRIDA, Ramón (1832-1867), 57, 57n, 58, 59, 60n, 109n  
MERAULYOCK o MEROIL-YOCK, Raphael de J., 238n  
MICOLO, Pierre, 120n  
MIER, fray Servando Teresa de (1765-1827), 192n  
MÍQUEL, Ángel, 190n

MIRAMÓN, Miguel (1831-1867), 60  
MONTERDE, Francisco (1894-1985), 31n  
MORA, Pablo, 3, 6n, 8, 17n, 21, 32n, 36n, 43n, 46n, 72, 77, 78n, 79n, 82n, 84, 86, 87n, 92n  
MORENO, José Joaquín, 228n  
MORLOTE, Gumersindo [*vid.* COBOS]  
MUNGUÍA ZATARAIN, Martha Elena, 22n, 24, 24n, 42n,  
MURGUÍA DE AVELEYRA, Mateana (1856-1906), 22, 26, 27, 27n, 28n, 65n, 85n, 310  
MURILLO, Josefa (1860-1898), 30

## N

NATALY, Fanny, 135n  
NATALY, Inés, 135n  
NAVARRO, Rosa (1850-?), 29, 29n  
NEGRETE, José (1855-1883), 238n  
NERVO, Amado (1870-1919), 30, 44n, 45  
NIELSEN, Gustavo, 84n  
NIETZSCHE, Friedrich (1844-1900), 276n  
NORIEGA HOPE, Carlos (1896-1934), 31

## O

OFFENBACH, Jacques (1819-1880), 10n, 288n  
OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de (1844-1918), 8, 17, 22n, 86, 88n, 89n, 115n, 135n, 159n, 180n, 293n  
OLVERA, Eugenio, 159n, 167n  
OLLENDORFF, Paul, 5n  
OMARINI, Antonio, 106n  
ONETTI, Juan Carlos (1909-1994), 46n  
OVIDIO (Publio Ovidio Nasón, 43 a.C.-17 d.C.), 144n

## P

PADILLA DE PIÑA, Ignacia (1838-?), 28n  
PANUNCIO, san, 205, 206, 206n, 207  
PARDO BAZÁN, Emilia (1851-1921), 47n  
PARRA, Porfirio (1854-1912), 64n, 85n, 307n  
PASTERAC, Nora, 8, 23n, 45, 72  
PAVÓN, Alfredo, 23n  
PAYNO, Manuel (1810-1894), 185, 185n  
PEDRO ABELARDO [*vid.* PIERRE ABÉLARD]  
PEÑA-RUBIO Y TELLO, Carlos [*vid.* PÉREZ ESCRICH]  
PEÓN Y CONTRERAS, José (1843-1907), 80  
PEREDO, Manuel (1830-1890), 87, 179, 179n  
PÉREZ, Juan E., 17  
PÉREZ DE BARCIA, Domingo (1649-1713), 192n  
PÉREZ DE GARCÍA TORRES, Josefina († 1894), 30

PÉREZ ESCRICH, Enrique (1829-1897), 185, 185n  
PÉREZ GÓMEZ, Gonzalo, 7n  
PÉREZ RÍOS, Claudia Isela, 3, 4, 81n  
PEZA, Juan de Dios (1852-1910), 7n 17, 18, 80, 114n, 123n  
PIERRE ABÉLARD (1079-1142), 197n  
PLANAS, Miguel († 1891), 279, 279n  
PODESTÁ, José Juan (1858-1937), 117n  
POE, Edgar Allan (1809-1849), 174n  
PORTILLA, Anselmo de la (1816-1879), 15n  
POZZI, Francesco (1799-1844), 227n  
PUSHKIN, Aleksandr (1799-1837), 77

## R

RAMÍREZ, Guadalupe, 26, 27, 27n  
RAMOS MARTÍNEZ, Alfredo (1872-1946), 5n  
REBOLLAR, Rafael (1848-1915), 17  
RENI, Guido (1575-1642), 246, 246n  
REYES SPÍNDOLA, Rafael (1860-1922), 307  
RICEUR, Paul (1913-2005), 33, 33n, 34, 76, 76n, 77, 77n  
RIVA PALACIO, Vicente (1832-1896), 16, 23, 24, 25, 25n, 27, 28, 31, 283  
RIVERA, Bertha, 3  
RIVERA FUENTES, Fernando, 21n, 30, 30n, 85n  
RIVERA Y SAN ROMÁN, Agustín (1824-1916), 60n, 369  
ROA BÁRCENA, José María (1827-1908), 8n, 24  
ROAS, David (1965), 41n  
ROCKEFELLER, John Davison (1839-1937), 189  
ROMERO CHUMACERO, Leticia, 189  
ROSAS, Juventino (1868-1894), 135, 135n  
ROSAS MORENO, José (1838-1883), 68  
RUBIN, Anna, 35

## S

SAFO DE LESBOS (*ca.* 650–580 a. C.), 48n  
SALGADO, Francisco, 89n  
SAMANIEGO, Félix María de (1745-1801), 68  
SÁNCHEZ MÁRMOL, Manuel (1829-1912), 17  
SANTAMARÍA, Francisco J. (1886-1963), 238n  
Sara [*vid.* MÉNDEZ DE CUENCA]  
SCHUBERT, Franz (1797-1828), 89  
SCHILLER, Friedrich Johann Christoph (1759-1805), 89  
SCHNEIDER, Luis Mario (1931-1999), 7n  
SCHULMAN, Ivan A., 26n  
SHAKESPEARE, William (1564-1616), 50, 50n, 84  
SIERRA MÉNDEZ, Justo (1848-1912), 17, 18, 23, 24, 24n, 25, 25n, 31, 64, 69n, 91n  
SILVA, Agapito, 7n, 16n

SILVA, Gerardo M. (1852-1895), 17  
SILVA PULGAR, Orlando, 7n  
SLOAT, John Drake (1781-1867), 249, 249n  
SPECKMAN, Alicia, 15n, 23n  
STAËL, Madame de (1766-1817), 62  
Stella [*vid.* MÉNDEZ DE CUENCA]

## T

TÉLLEZ RENDÓN, María Néstora (1828-1890), 28n  
TENNYSON, Alfred (1809-1892), 142, 142n  
TERESA DE JESÚS, santa (1515-1582), 62  
TOLA DE HABICH, Fernando (1941), 5n  
TOMBA, Rafael, 227n  
TREVINO, Blanca Estela, 3  
TRONCHÓN, Marie Aimée († 1887), 288n

## V

VÁZQUEZ SCHIAFFINO, Adelaida, 29, 29n  
VENEGAS, Aurelio J. (1859-1931), 148, 148n  
VIDAL Y VALENCIANO, Cayetano (1834-1893), 35n  
VILLADA, José Vicente (1843-1904), 148n  
VILLERGAS [*vid.* MARTÍNEZ VILLERGAS]

## W

WAGNER, Richard (1813-1883), 89, 89n, 276n  
WASHINGTON, George, presidente de los Estados Unidos de América (1732-1799), (1789-1797), 245, 252  
WATTEAU, Jean-Antoine (1684-1721), 161, 161n  
WEBER, M., 10n, 112n  
WENDERS, Wim (1945), 83, 84n  
WILDE, Oscar (1854-1900), 77, 86, 138, 138n

## Z

ZADI, Cecilia [*vid.* ESCOBAR]  
ZANOLLI FABILA, Betty Luisa (1965), 74n, 179n  
ZANINI, Juan, 227, 227n  
ZARCO, Francisco (1829-1869), 60, 61, 61n, 62, 62n, 63  
ZAVALA DÍAZ, Ana Laura, 3, 31n

## II. OBRAS

### A

- “A Byron”, de Díaz Mirón, 93  
*A la orilla del sauz*, de Rosas, 135  
“A Laura”, de Acuña, 16n  
“Adriana”, de Murguía, 28  
*Álbum de mis recuerdos*, de García Cubas, 171n  
*El Aleph*, de Borges, 49n  
*Almanaque de la Corte, año de 1866*, 59n  
“Amor y misterio”, de Ramírez, 27  
“Los amores del cometa”, de Gutiérrez Nájera, 35n, 80  
*Anales mexicanos. La Reforma y el Segundo Imperio*, de Rivera, 60n  
“Angela”, de Navarro, 29  
“Annabel Lee”, de Poe, 174n  
*Apollo nel suo carro preceduta da Aurora*, de Reni, 246n  
“Armonías y disonancias del modelo andrógino en relatos de Emilia Pardo Bazán y Laura Méndez de Cuenca”, de Romero, 47n  
*Atala*, de Chateaubriand, 39

### B

- Los bandidos de Río Frío*, de Payno, 186n  
*Biblos*, 7, 7n

### C

- La caída de las hojas*, de Planas, 186n  
*Calendario de Galván*, de Galván, 182  
*Calvario y tabor*, de Riva Palacio, 283n  
“Canción”, de Vázquez, 29  
“Carta a una poetisa”, de Altamirano, 62  
“Cartas de Laura Méndez a Enrique de Olavarría y Ferrari”, de Mora, 8n  
*Los ceros, galería de contemporáneos*, de Riva Palacio, 25n  
*Les Châtiments*, de Víctor Hugo, 10n  
*Comedia*, de Dante, 170n  
“Los cometas”, de Vidal, 35n  
“El concepto de fragilidad en Gutiérrez Nájera”, de Glantz, 26n  
*La construcción del modernismo*, de Clark y Zavala (antolog.), 31n  
*Les contes d'Hoffmann*, de Offenbach y Barbier, 10n  
“El corazón y la cabeza”, de Murguía, 28  
“Crítica y sociología”, de Candido, 32n

“Crónica de la semana”, de Altamirano, 40n  
“La cruz del diablo”, de Bécquer, 53  
“El cruzamiento en literatura”, de Gutiérrez Nájera, 31n  
“Cuento del mar”, de Gutiérrez, 28n  
“El cuento y sus espejos”, de Cortés y Pavón, 32n  
*Cuentistas mexicanas del siglo XX*, de Ocampo, 23n  
*Cuentos del general*, de Riva Palacio, 23, 25n  
“*Cuentos del general y Noche al raso*. La fundación de una poética del cuento mexicano”,  
de Munguía, 22n  
“Cuentos pálidos”, de Vázquez, 29  
*Cuentos románticos*, de Sierra, 24  
“El cuervo”, de Poe, 174n

## D

“Das Verlorene Spiegelbild”, de Hoffmann, 10n  
“De la protección a la literatura”, de Zarco, 62n  
“La décima musa”, de Rivera, 21n  
*Del tapiz de mi vida*, de Camarillo, 29n  
“Der Sandmann”, de Hoffmann, 10n  
*Der Himmel Über Berlin*, de Wenders, 83  
*Diccionario de mejicanismos*, de Santamaría, 238n  
“El dietario de Karlsbad (Laura Méndez se va de viaje)”, de Sánchez, 76n  
“Discurso sobre el objeto de la literatura”, de Zarco, 51  
*Don Quijote en la venta encantada*, de Planas, 279

## E

*La educación nacional*, de Sierra, 69n  
“Emma Zunz”, de Borges, 49  
”En el campo”, de Murguía, 27  
*En el país de las perlas, cuentos californios*, de Barrios, 65n  
*Epístolas a Manuel Gutiérrez Nájera*, de Brackel-Welda, 89n  
*Epístolas y papeles privados*, de Sierra, 91n  
*Epopeyas de mi patria*, de Peza, 123n  
“Esmeralda”, de Neruo, 44n  
*El espejo de Amarilis*, de Méndez de Cuenca, 6, 8, 46n, 74, 80, 81n, 109n, 130n, 209n  
“El espejo de Laura Méndez”, de Brushwood, 8n  
“Las estrellas volantes”, de Vidal, 35n  
“Estrofas para ponerle música”, de Byron, 40n  
Evangelio de san Mateo, 129n  
*El evangelista*, de Gamboa, 59

## F

*Fausto*, de Goethe, 40n  
*La fille de Madame Angot*, de Lecocq, 288

## G

“¿Generaciones o constelaciones?”, de Clark, 15n  
“La gloria”, de Acuña, 16n

## H

*Hoffman en España*, de Roas, 41n  
*El hogar mexicano, nociones de economía doméstica*, de Méndez de Cuenca, 69  
“La hija del aire”, de Gutiérrez Nájera, 44n  
*La hija del bandido o los subterráneos del Nevado*, de Téllez, 28n  
*La hija del judío*, de Peón, 80  
*Las hijas del Anáhuac*, de Planas, 279n

## I

*Impresiones de una mujer a solas*, de Méndez de Cuenca, 8, 8n, 22n, 32n, 37n, 43n, 45n, 46n, 72n, 76n, 78n, 84n, 92n, 174n

## J

“Juan Lanas”, de Gutiérrez Nájera, 12n  
*Junto al manantial*, de Rosas, 135

## L

*Laura Méndez de Cuenca: Crónicas de viaje, 1896-1910. Andanzas por Estados Unidos y Europa*, de Sánchez, 9  
“Laura Méndez de Cuenca. Forjando la nación, entre el magisterio y la escritura”, de Domenella y Gutiérrez, 45n  
“Laura Méndez de Cuenca: una mujer entre ciudades, una viajera entre ambos mundos”, de Mora y Sánchez, 36n, 42n, 79n, 82n  
*Lazos de amor*, de Rosas, 135n  
“Leyendas”, de Lozano, 28n  
*Leyendas, apólogos y otros relatos*, de Bécquer, 39n, 53n  
Libro de Isaías, 122n  
“Licenciado Justo Sierra”, de Méndez de Cuenca, 25n  
“El linón blanco”, de Ontiveros, 28  
*Literatura y sociedad*, de Cándido, 65n

## M

“El maestro Floriani”, de Camarillo, 28  
*Manfredo*, de Byron, 40n  
*Marcela, o ¿a cuál de las tres?*, de Bretón, 180n  
“Mariana”, de Murguía, 27  
*Mariposas fugitivas*, de Méndez de Cuenca, 7n

“Martha”, de von Flotow, 135  
“Mas allá de la gracia: la modernidad de Manuel Gutiérrez Nájera”, de Schulman, 26n  
*El matrimonio del diablo*, de Pérez Escrich, 185n  
*Memoria. Coloquio Internacional Manuel Gutiérrez Nájera y la Cultura de su Tiempo*, de Bache *et al* (edits.), 26n, 50n, 89n  
*Memorias*, de Miramón, 59n  
*Memorias de Merolico*, de Negrete, 238n  
*La metamorfosis*, de Ovidio, 144n  
*Mil personajes en el México del siglo XIX*, de Cárdenas, 57n  
*La misión del escritor*, de Ruedas (edit.), 63n  
*La montaña mágica*, de Mann, 76  
*Muchacha*, de Ramos Martínez, 5n

## N

*Norma*, de Bellini, 172n  
“La novela del tranvía”, de Gutiérrez Nájera, 200n  
*18 novelas del Universal Ilustrado, 1922-1925*, de Monterde, 31n

## P

*El país de las perlas. Cuentos californios*, de Barrios, 65n  
*El pasado*, de Acuña, 16n  
“Pasión”, de Padilla, 28n  
*La pasión a solas*, de Cáceres, 8  
*La pasión a solas*, de Méndez de Cuenca, 7n, 25n  
“Playera”, de Sierra, 25n  
*Poemas escogidos*, de Byron, 40n  
*Poems Chiefly Lyrical*, de Tennyson, 142n  
“El poeta”, de Zarco, 62  
*Poesía rediviva*, de Méndez de Cuenca, 7n  
“Las posadas”, de Murguía, 28  
*Potsdamer Platz*, de Kirchner, 280n  
“La promesa de un genio”, de Riva Palacio, 23, 24n  
*Los Preciados*, de Méndez de Cuenca, 6, 91

## R

“Rath Krespel”, de Hoffmann, 10n  
*Recuerdos y esperanzas*, de Peza, 114n  
*René*, de Chateaubriand, 39  
*Reseña histórica del teatro en México*, de Olavarría, 88n, 135n

## S

*El Sarmienicidio*, de Martínez, 311  
“Shakespeare en las obras de Manuel Gutiérrez Nájera”, de Aycok, 50n

*Sobre las olas*, de Rosas, 135  
*Sorpresas de la vida*, de Camarillo, 29  
“The Skipping-Rope”, de Tennyson, 142n  
*The Sound and the Fury*, de Faulkner, 84  
“La stabilité est assurée”, de Víctor Hugo, 10n  
*Staufilia*, *precioso cuento alegórico*, de Tellez, 28n  
“Stella”, de Víctor Hugo, 10

## T

*Tannhäuser*, de Wagner, 89n  
*The Tragedy of Julius Caesar*, de Shakespeare, 135  
*Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato de ficción*, de Ricœur, 36n  
*Tiempo y narración II. Configuración del tiempo en el relato histórico*, de Ricœur, 33n, 77n  
“Tras los reflejos de Amarilis. Laura Méndez novelista”, de Domenella *et al*, 8n  
“La triple mimesis”, de Ricœur, 33n

## U

“El rayo de luna”, de Bécquer, 39n  
“Un rayo de luna”, de Ramírez, 27  
“Un ‘Orfeo en los infiernos’ del teatro porfiriano: la crónica musical de Manuel Gutiérrez Nájera”, de Carredano, 89n  
*Una especial elegancia*, de Brushwood, 8n  
“Una noche de luna en la montaña”, de Murguía, 27  
“Una visión educativa contrastada. La óptica de Laura Méndez de Cuenca, 1870.1910”, de Bazant, 8n  
*L'uomo delinquente*, de Lombroso, 138n

## V

*Vacaciones*, de Méndez de Cuenca, 68  
*Viaje a varias partes de Europa*, de Larrainzar, 28n  
*Vida y hechos del famoso caballero don Catrín de la Fachenda*, de Fernández de Lizardi, 269n  
*Las voces olvidadas, antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX*, de Domenellay Pasternac (edits.), 23n

### III. PERSONAJES

#### A

Abelardo, 197  
Agamenón (*La Iliada*, de Homero), 175  
Apolo, 64, 307  
Aurora, 245

#### B

Birján, 81

#### C

Catrín de la Fachenda (*Vida y hechos del famoso caballero don Catrín de la Fachenda de Fernández de Lizardi*), 269  
Chactas (*Atala*, de Chateaubriand), 39  
Chucho el roto, 192n  
El Cid (*Cantar de Mio Cid*, anónimo), 192, 240  
Cupido, 224

#### D

Don Juan (*Don Juan Tenorio*, de Zorrilla), 120, 223, 242, 284, 289  
Don Simón, 228  
Dulcinea (*El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes), 115, 214, 293

#### E

Emma Zunz (*El Aleph*, de Borges), 49  
Euterpe, 295

#### F

Fama, 225  
Fecundidad, 268  
Fortuna, 44

#### G

Galatea, 144, 144n

## H

Helena (*La Iliada*, de Homero), 246

## J

Juan Lanas (“Juan Lanas”, de Gutiérrez Nájera), 122, 224

Judas, 73

Judío Errante, 285

Julieta (*Romeo y Julieta*, de Shakespeare), 224

## M

Macbeth (*Macbeth*, de Shakespeare), 175

Manrique (“El rayo de luna”, de Bécquer), 41

Marcela (*Marcela, o ¿cuál de las tres?*, de Bretón), 180

Merolico (*Memorias de Merolico*, de Negrete), 238

Matusalén, 235

Morfeo, 161

## N

El Negrito, 228

Norma (*Norma*, de Bellini), 172

## P

Pigmalión, 144, 144n

Palas, 163

Paris, 246

Pepino 88, 117n

## R

René (*René*, de Chateaubriand), 39, 42

Reyes Magos, 131, 168

Romeo (*Romeo y Julieta*, de Shakespeare), 197, 224

## U

Ulises (*La Iliada*, de Homero), 197

## V

Venus, 48n, 144n, 149

#### IV. INSTITUCIONES, CALLES, LUGARES Y ESTABLECIMIENTOS

##### A

ACADEMIA DE MEDICINA (Ciudad de México), 148  
ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA, 179  
LA ADUANA (Ciudad de México), 150n  
ÁGUILA DE ORO, Portal del (Ciudad de México), 171n  
AJUSCO, Cordillera del (Ciudad de México), 40, 41, 79, 102, 102n  
ALAMEDA CENTRAL (Ciudad de México), 80, 150, 267, 279n  
ALDACO, Calle de (Ciudad de México), 271n  
ALEJANDRÍA, 286  
ALFAJAYUCAN (Hidalgo, México), 260n  
ALTA CALIFORNIA, 231, 249  
AMECAMECA (Estado de México), 8, 57  
AMÉRICA, Continente, 139, 140, 256, 286  
AMÉRICA CENTRAL, 146, 274  
ARGENTEUIL, Monasterio (Paris), 197  
ARIO, Pueblo de (Michoacán, México), 59  
AUSTRALIA, 149n  
AZCAPOTZALCO, Villa de (Ciudad de México), 149, 150  
AZTLÁN, Isla de (Nayarit, México), 186n

##### B

BARCELONA (España), 69n, 91, 312  
BELISARIO DOMÍNGUEZ, Calle de (Ciudad de México), 19n  
BIBLIOTECA NACIONAL (Ciudad de México), 6, 7, 7n  
BIBLIOTECA DEL CONGRESO (Ciudad de México), 125n  
BERLÍN (Alemania), 62, 270, 280n, 282  
BOLÍVAR, Calle de (Ciudad de México), 125n  
LA BOLSA, Colonia de (Ciudad de México), 273n  
BOSCOTRECASE, Villa de (Nápoles, Italia), 241, 241n  
BRAVO, Río (México, Estados Unidos), 246  
BUENAVISTA, Estación de ferrocarriles (Ciudad de México), 199  
BUENOS AIRES, Ciudad de (Argentina), 286n

##### C

CALLEJÓN DEL 57 (Ciudad de México), 123n  
CAN MAYOR, Constelación del, 102n  
CÁRCEL DE BELÉN O CÁRCEL NACIONAL (Ciudad de México), 192, 218

CASA BOKER (Ciudad de México), 209  
CASA DE LA MORENA (Tacubaya, Ciudad de México), 187n  
CATALUÑA (España), 312  
CHAPULTEPEC, Bosque de (Ciudad de México), 200, 201, 228n  
CHAUSSÉS D'ANTIN, Rúa (Paris), 5n  
CHICAGO, Ciudad de (Estados Unidos), 244, 245, 246  
CHINA, 263  
CENTRO MERCANTIL (Ciudad de México), 182n  
CENTRO DE SALUD EDUARDO LICEAGA (Ciudad de México), 283n  
CERRO DE LAS CAMPANAS (Querétaro, México), 60  
CIEGOS, Calle de los (Ciudad de México), 59  
CIRCO CRIOLLO, 117n  
CLOVERDALE (California, Estados Unidos), 145  
COLEGIO DE MEDICINA (Ciudad de México), 150n  
COLEGIO DE LA PAZ (Ciudad de México), 209  
COLEGIO DE LAS VIZCAÍNAS (Ciudad de México), 127n  
COLEGIO DE SAN ILDEFONSO (Ciudad de México), 268n  
COLISEO, Calle del (Ciudad de México), 150  
COLISEO VIEJO, Calle del (Ciudad de México), 160n, 209n  
COMPAÑÍA ROSETE ARANDA (México), 228n  
COMPAÑÍA WARDES AND JAMES (Estados Unidos), 135  
CONCORDIA, Café de la (Ciudad de México), 106, 106n  
LA CONCEPCIÓN, Templo de (Ciudad de México), 123, 123n  
LA CONCEPCIÓN, Calle de (Ciudad de México), 50n  
CONSEJO DE SALUBRIDAD (Ciudad de México), 74n  
CONSERVATORIO NACIONAL DE MÚSICA (Ciudad de México), 29, 64, 74n, 87, 135n, 179n  
CONVENTO DE REGINA (Ciudad de México), 123n  
CONVENTO DE SAN JERÓNIMO (Ciudad de México), 16, 130  
CONVENTO DE SAN JOSÉ DE GRACIA (Ciudad de México), 125n  
CONVENTO DE SANTA CLARA (Ciudad de México), 58  
CONVENTO DE SANTA TERESA (Querétaro, México), 60n  
CORFÚ, Isla de (Mar Jónico), 48  
CUBA, Isla de, 165  
CUERNAVACA (Morelos, México), 195

## **D**

DAMASCO, Ciudad de (Siria), 275  
DIECISÉIS DE SEPTIEMBRE, Calle (Ciudad de México), 209n  
DORA RIPARIA, Río (Italia), 216

## **E**

EGIPTO, 168, 286  
EJE CENTRAL LÁZARO CÁRDENAS (Ciudad de México), 123n, 127n  
EMILIANO ZAPATA, Calle de (Ciudad de México), 283n  
ESCUELA NACIONAL DE ARTES Y OFICIOS (Ciudad de México), 19, 64, 87

ESCUELA NACIONAL DE MEDICINA (Ciudad de México), 7n, 159n  
ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA (Ciudad de México), 268n  
ESCUELA NORMAL PARA NIÑAS DE TOLUCA, 164n  
LA ESMERALDA, Edificio de (Ciudad de México), 106n  
ESPAÑA, 51, 87, 171, 172, 175, 176, 202, 203, 257, 311, 313  
ESPÍRITU SANTO, Calle del (Ciudad de México), 209  
ESTADO DE MÉXICO, 7  
ESTADOS UNIDOS, 17, 22, 86, 88, 90, 135, 138n, 165n, 217n, 231n, 310  
ETZATLÁN (Michoacán, México), 27n  
EUROPA, 51, 70, 90, 106, 120, 120n, 121, 121n, 140, 146, 227, 312  
EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS, 121n  
EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE SAN LOUIS MISSOURI, 43n

## **F**

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS (Ciudad de México), 3, 54n  
FERROCARRIL CENTRAL (México), 21n  
FLANDES, 257  
FRANCIA, 17, 121, 203, 274  
FRANCISCO I. MADERO, Calle de (Ciudad de México), 106n, 120n, 182n, 200n

## **G**

GERONA (Cataluña, España), 312  
GRAN EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE LONDRES, 260n  
GRANADA (España), 196  
GRECIA, 241  
GUADALAJARA (Jalisco, México), 27  
GUATEMALA, 146, 274  
GUERRERO, Colonia (Ciudad de México), 273n

## **H**

HACIENDA DE SANTA CRUZ (Tlalmanalco, Estado de México), 57  
HACIENDA DE TAMARIZ (Amecameca, Estado de México), 19, 57  
HALLEY, Cometa, 35n, 36, 93  
HOTEL DE LA CIUDAD DE MÉXICO (Ciudad de México), 182n  
HOTEL DE LA GRAN SOCIEDAD (Ciudad de México), 209, 209n  
HUNGRÍA, 245

## **I**

INDEPENDENCIA, Calle de la (Ciudad de México), 80  
INDIA, 139  
INGLATERRA, 139  
ISABEL LA CATÓLICA, Calle de (Ciudad de México), 106n, 120n, 200n, 209n  
ITALIA, 245

## J

JABAL MUSA, [*vid.* MONTE SINAÍ]  
JERUSALÉN (Israel), 275  
JÓNICO, Mar, 48n  
JOSTI, Café (Berlín, Alemania), 82, 83, 280, 281, 282

## K

KARLSBAD, Balneario de (Austria-Hungría), 70, 71, 76

## L

LEADVILLE (Colorado, Estados Unidos), 138n  
LÉRIDA (Cataluña, España), 312,  
LEUCADE (Mar Jónico), 48n  
LICEO HIDALGO (Ciudad de México), 16n, 27n  
LISBOA (Portugal), 190  
LONDRES (Inglaterra), 286n

## M

MADRID (España), 23, 256, 286, 312  
MAGDALA, Pueblo de (Israel), 124  
MALTRATA, Cumbres de (Veracruz, México), 37, 92, 201, 201n  
MANRESA, Pueblo de (Cataluña, España), 58  
MANZANILLO, Puerto de (Colima, México), 275  
MARGIL, Calle de (Ciudad de México), 283  
MATAMOROS, Pueblo de (Tamaulipas, México), 217n  
MEAVE, Calle de (Ciudad de México), 271n  
LA MERCED, Barrio de (Ciudad de México), 46, 167  
LA MEXICANA, Fábrica de cigarrillos (Orizaba, Veracruz), 178n  
MICOLÓ [*vid.* PELUQUERÍA DE MICOLÓ],  
MICHOACÁN (México), 27, 28, 59, 217n  
MISIÓN DE SAN GABRIEL (Sinaloa, México), 249  
MIXCOAC, Pueblo de (Ciudad de México), 187  
MIXUP, Tienda de discos (Ciudad de México), 106n  
MONTE DIABLO (California, Estados Unidos), 136  
MONTE SINAÍ (Egipto), 168  
MORAS, Calle de las (Ciudad de México), 227n  
MORELIA (Michoacán, México), 27, 28 59, 217n  
EL MORO MUZA, Fábrica de cigarrillos (Orizaba, Veracruz), 88, 178  
MUSEO DEL ESTANQUILLO (Ciudad de México), 106n  
MUSEO FRANZ MAYER (Ciudad de México), 35, 35n  
MUSEO NACIONAL DE ARTE (Ciudad de México), 5n

## N

NÁPOLES, Golfo de (Italia), 48, 121  
NILO, Río (Egipto), 286  
NUEVA YORK, Ciudad de (Estados Unidos), 246, 263

## O

ORIZABA, Pueblo de (Veracruz, México), 19, 92, 115, 164n, 201n

## P

PAJARITOS, Callejón de (Ciudad de México), 283  
PALACIO PALAVICINI (Roma, Italia), 246n  
LA PALMA, Calle de (Ciudad de México), 182n  
LAS PALMAS, Pueblo de (Orizaba, Veracruz), 46, 46n, 50, 115n, 168, 169, 212  
PAÑERAS, Callejón de (Ciudad de México), 271, 271n, 273  
PARAÍSO TERRESTRE, Dulcería del (Ciudad de México), 171, 171n  
PARÍS, Ciudad de (Francia), 11, 51, 82, 120, 121, 122, 285, 286, 288, 311  
PELUQUERÍA DE MÍCOLÓ (Ciudad de México), 120, 120n, 121  
PLATEROS, Calle de (Ciudad de México), 51, 80, 106n, 182n  
PLAZA DE GALLOS (Ciudad de México), 227n  
PLAZA DE GARIBALDI (Ciudad de México), 123n  
PLAZA DE LA CONCEPCIÓN (Ciudad de México), 123n  
PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN (Ciudad de México), 182, 182n, 238, 267  
PLAZA MAYOR [*vid.* PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN]  
PLAZA DE MIXCALCO (Ciudad de México), 283n  
PLAZUELA DE SAN JUAN (Ciudad de México), 127n  
PLAZUELA DE LAS VIZCAÍNAS (Ciudad de México), 209  
Po, Río (Italia), 216n  
POLONIA, 245  
PORTAL DE AGUSTINOS (Ciudad de México), 182  
POTSDAMER, Platz (Berlín, Alemania), 83, 280n  
LA PROFESA, Templo de (Ciudad de México), 106n, 120n, 200  
EL PROGRESO, Fábrica de cigarrillos (Orizaba, Veracruz), 178n  
PUEBLA, Ciudad de (México), 168, 214  
PUENTE DEL ESPÍRITU SANTO (Ciudad de (México), 168, 214  
PUENTE DE LA CADENA (Ciudad de (México), 283n  
PUERTA LATINA (Roma, Italia), 129n

## Q

QUERÉTARO, Ciudad de (México), 37, 59

## R

REFORMA, Avenida de la (Ciudad de México), 80, 267

REPÚBLICA DE BRASIL, Calle de (Ciudad de México), 161n  
ROLDÁN, Canal de (Ciudad de México), 283  
ROMA, Ciudad de (Italia), 82  
EL ROSARIO, Minas de (Sinaloa, México), 186n

## S

SAINT-DENIS, Monasteries (Paris, France), 197n  
SAINT-LOUIS MISSOURI (United States), 64, 69, 89, 174  
SAN ANDRÉS TUXTLA, Valle de (Veracruz, México), 222, 223  
SAN BERNARDINO (Sinaloa, México), 249  
SAN FRANCISCO, Calle de (Ciudad de México), 200  
SAN FRANCISCO, CALIFORNIA (Estados Unidos), 21, 47, 64, 85, 86, 91, 138n, 141, 146, 147, 202n, 274, 275, 307  
SAN GABRIEL, Valle de (Sinaloa, México), 249n  
SAN HIPÓLITO, Calle de (Ciudad de México), 80  
SAN JOSÉ DEL REAL, Calle de (Ciudad de México), 106n, 200  
SAN JUAN DE LETRÁN, Calle de (Ciudad de México), 127n  
SAN JUAN DE ULÚA, Cárcel de (Veracruz, México), 49, 192, 198, 199, 200, 201  
SAN JUANICO, Pueblo de (Ciudad de México), 261  
SAN PEDRO DE LOS PINOS, Calle de (Ciudad de México), 104, 104n  
SANTO DOMINGO, Calle de (Ciudad de México), 161, 161n  
SANTA ANITA, Canal de (Ciudad de México), 209  
SANTA MARÍA, Ciudad de, 46  
SANTA MARÍA LA REDONDA, Colonia de (Ciudad de México), 59  
SANTO DOMINGO, Calle de (Ciudad de México), 45  
SAUSALITO, Condado de (California, Estados Unidos), 275  
SIERRA MADRE, Cordillera (México), 249  
SINAÍ, Península del (Egipto), 136n  
SIRACUSA, Catacumbas de (El Vaticano, Roma), 170n  
SIRIO, Estrella, 102  
SOCIEDAD NETZAHUALCOYOTL (Ciudad de México), 15, 16, 17, 18, 20, 37, 61, 67, 87n  
LA SOLEDAD, Barrio de (Ciudad de México), 283n

## T

TACUBA, Calle de (Ciudad de México), 125n  
TACUBAYA, Calle de (Ciudad de México), 187n  
TAMPICO, Cárcel de (Tamaulipas, México), 57  
TARRAGONA (Cataluña, España), 312  
TEATRO ITURBIDE (Ciudad de México), 89n  
TEATRO NACIONAL (Ciudad de México), 10n, 288n  
TEATRO PRINCIPAL (Ciudad de México), 80, 172n, 180n  
TEXAS, Condado de (Estados Unidos), 217n  
TIERGARTEN, (Berlín, Alemania), 280  
TLALMANALCO, Pueblo de (Estado de México), 57, 132n  
TOLEDO, Ciudad de (España), 258n

TOLUCA, Ciudad de (Estado de México), 164  
TORRE EIFFEL (Paris, France), 121n  
TURÍN, Ciudad de (Italia), 49, 216, 218

## V

VALDEPEÑAS, Condado y vinos de (Castilla, España), 175, 196  
VERACRUZ, Puerto de (México), 22, 28, 92, 165, 182, 192, 246  
VESUBIO, Volcán (Nápoles, Italia), 241, 242  
VIENA, Ciudad de (Austria), 92  
LA VIGA, Canal de (Ciudad de México), 209

## X

XALAPA, Ciudad de (Veracruz, México), 19

## Y

YUCATÁN (México), 49, 198, 247

## Z

ZARA, Casa de modas (Ciudad de México),  
ZÓCALO [*vid.* PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN]